

DA
CCIO

D308

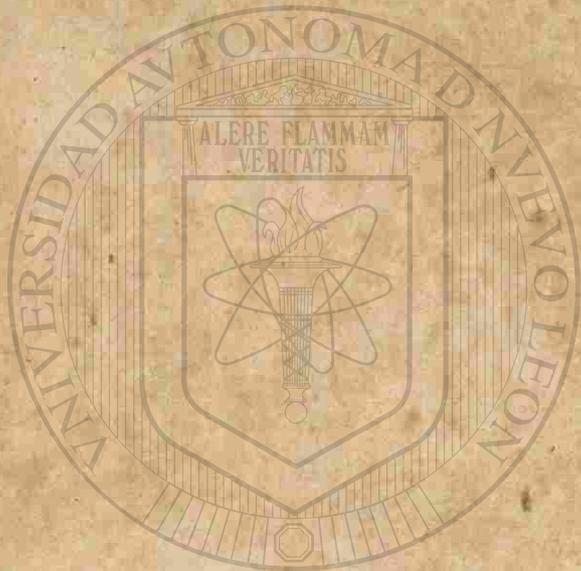
A4

v. 2

c. 1



1080043896



B#7-6# 1

9(44)

-A-

F. J.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA
DE EUROPA,

DESDE

EL PRINCIPIO DE LA REVOLUCION FRANCESA,

EN 1789,

HASTA LA RESTAURACION DE LOS BORBONES

EN 1815.

ESCRITA EN INGLES

por **Archibaldo Alison,**

ABOGADO, MIEMBRO DE LA
SOCIEDAD DE EDIMBURGO.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL Y PUBLICADA

POR

LOS EDITORES DEL UNIVERSAL.

TOMO II.

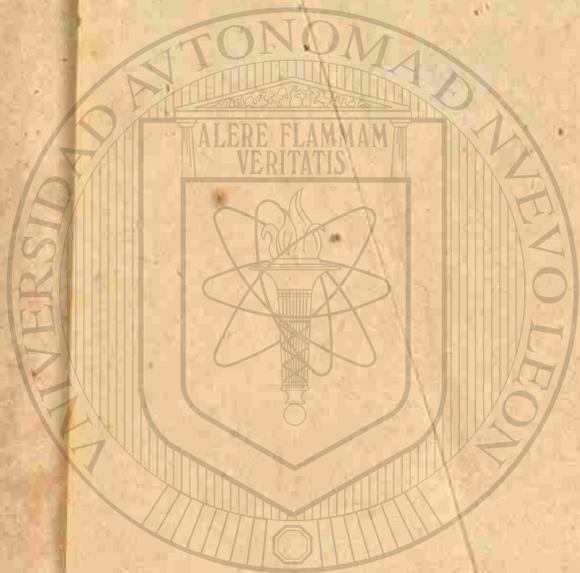
México.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.

1849. ■

54713

16983



D 308
AY
v. 2

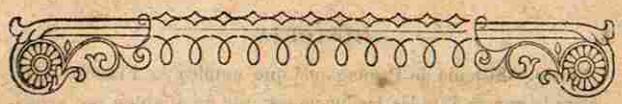


FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Capilla Almonia
Biblioteca Universitaria

10883



CAPITULO VII.

Estado de Europa al principio de la revolucion francesa.—Fuerte agitacion que se sintió por todas partes á consecuencia de su triunfo—Poder militar y marítimo de la Gran Bretaña.—Sus partidos.—El Sr. Pitt y el Sr. Fox.—El Sr. Burke.—Divergen-
cia de opinion entre estos corifeos acerca de la Revolucion, y entre los wihgs y toris.—Situacion del Austria.—Recursos militares con que contaba el emperador en sus dominios.—Países bajos austriacos.—Destruccion de las fortalezas limítrofes, por el emperador José.—Estado militar de Rusia y Prusia.—Ejército.—Cosacos.—Polonia.—Suecia.—Dominios de la Puerta Otomana.—Italia y Piamonte.—España y Portugal.—Holanda.—Suiza.—Francia.—Estado social de la Europa en este período.—Diferencia que habia entre los Estados del Norte y Mediodia respecto de valor militar.—Estado interior de la Francia cuando las hostilidades se rompieron.—Negociaciones diplomáticas de las potencias europeas antes que diese principio la lucha.—Estado que guardaba la guerra en Turquía, su conclusion, y como se fueron estinguendo por grados la desconfianza y las desavenencias.—Lenguage amenazador con que se dirigió la Francia á las demas potencias.—Tratado de Mantua.—Manifiesto de Plinitz.—Como no obraron con arreglo á él los aliados.—Como el partido revolucionario de Francia se manifestó resuelto á llevar á cabo la guerra.—Declaraciones de los girondinos en pro de la guerra.—Recíprocas inculpaciones que terminan con el rompimiento de las hostilidades.—Rigorosa neutralidad en que se conserva la Gran Bretaña.—Hace cesar esta neutralidad la rebelion del 10 de

Agosto.—Sistema de Propaganda que emplea la Francia.—Declara la guerra á todas las naciones que no adopten sus principios de gobierno.—Llenan de inquietud estos actos á la Gran Bretaña.—Hace preparativos para la guerra.—La declara á la Francia.—Reflexiones generales con relacion á estos sucesos.

“A cualquiera revolucion que estalle en Francia,” dice Napoleon, “se sigue tarde ó temprano otra revolucion en Europa.” En efecto, situada esa gran nacion en el centro de la civilizaci6n moderna, afectó en todos tiempos, con sus cambios, á las potencias inmediatas. La situacion que guarda es imponente en demasia, para que los reinos circunvecinos vean con indiferencia sus conquistas, y su influencia es sobremanera expansiva, para que no se comuniquen á las demas naciones los principios que en ella dominan. No era de esperarse que un acontecimiento de la magnitud del de la Revolucion francesa, acontecimiento que ponía en efervescencia, por toda la estension del globo, las pasiones de una parte del género humano, y escitaba la inquietud de la otra, fuese espectáculo que contemplasen mucho tiempo los estados vecinos, con la frialdad de simples espectadores. Como alimentaba las esperanzas y lisongeaba las preocupaciones de la inmensa masa del pueblo de todos los paises; como al paso que escitaba la mal solapada antipatia que tiene hácia sus superiores la turba, agregaba al sentimiento de los males positivamente padecidos el poderosísimo estímulo

lo de la ambicion revolucionaria, puso inmediatamente en agitacion á los ánimos en todos los reinos contiguos, y comenzáronse á abrigar en ellos exageradas esperanzas, entreviéronse perspectivas quiméricas; y las clases menesterosas engraidas al contemplar la elevacion á que con tanta rapidez habian llegado en Francia sus iguales, juzgaron que se acercaba la época en que toda distincion desapareciese y en que hubiesen de cesar las angustias de la pobreza bajo el dominio universal del pueblo.

Con que una simple revolucion triunfe, con fuerte agitacion que se logre derrocar á un gobierno en Europa á consecuencia de la revolucion francesa. no, es bastante para que semejantes principios se difundan, y es necesario que corran abundantes torrentes de sangre antes que pueda estirpárselos. Los hombres, impelidos por el deseo de satisfacer su ambicion democrática, son capaces de someterse á una tirania mucho mas dura que la que pueda atreverse á imponerles el mas arbitrario de todos los gobiernos monárquicos: con tal de lograr elevarse sobre la ruina de sus superiores, voluntariamente abandonan los positivos goces que les presenta la condicion en que vivieron. No han bastado las tremendas calamidades que se resintieron bajo el reinado de Napoleon, ni la conscripcion bajo la cual gimió la Francia, ni la retirada de Moscow, para que se estinga ese deseo. Mas de una generacion ha perecido en esa lucha, y sin embargo esa vehemente pasion es aun la misma, y á semejanza del ave fenix, renace de sus propias cenizas.

La aparición de este terrible espíritu que debía trastornar al globo, produjo la mayor inquietud en todas las monarquías de Europa. De él se originaron las encarnizadas guerras que la revolución francesa sostuvo, guerras que se emprendieron con el intento de contener el mal, pero que solo tendieron al principio á darle mayor incremento, porque ocasionaron que al vigor que prestó la ambición democrática se agregase el prestigio que atraen las conquistas. Con motivo de estas guerras originóse otro género de lucha; termináronse las mútuas contiendas de los reyes, y travóse otra nueva pelea de un principio social contra otro. Desde entonces cesaron las guerras de hacerse por defender intereses opuestos, y ya no se intentó sostener con ellas sino contrarias opiniones; olvidáronse los soberanos de sus mútuas desavenencias, y fijaron toda su atención en el violento encono de sus súbditos. Entonces tomaron las contiendas un aspecto menos espontáneo pero mas terrible; las pasiones que se habian puesto en movimiento, hicieron saltar á la liza á naciones enteras, y la lucha que se siguió, complicó á lo mas florido de todas las clases del estado. (1)

El Austria, la Rusia y la Inglaterra, eran en aquel periodo las principales potencias de Europa; de consiguiente hicieron el primer papel en la larga y obstinada lucha que se siguió. No tenían disposición alguna á lidiar, pero guardaban una situación que les daba la posibilidad de ha-

(1) Mig. I, 129. Lac. Pr. Hist. I, 199.

cer poderosos esfuerzos. La dilatada paz que habian tenido, les prestaba la facilidad de lanzarse con inmensos recursos á un teatro que exigía sacrificios inauditos.

Nueve años de tranquilidad habian hecho que se restableciese en alto grado la Inglaterra. Gran Bretaña de las pérdidas y el aniquilamiento que la guerra con los Estados-Unidos la ocasionaron. Aun cuando no contaba ya con sus posesiones de Occidente, habia adquirido otras en el Oriente: las riquezas de la India comenzaban á derramarse por su seno, de suerte que una isla que ocupaba una cortísima estension en la parte occidental de Europa, dominaba ya sobre imperios que abrazaban un espacio mayor que el de todos los pueblos que subyugó la vencedora Roma. Ya por aquella época la rendian sus posesiones indias la vasta renta anual de 7,000,000, de libras; y aunque casi toda ella se consumia en el costoso arreglo de aquellas colonias, sin embargo, abrigaban sus gobernantes la esperanza que hoy sí, con seguridad podemos decir que no veremos realizarse, de que no estaba lejos el periodo en que el imperio del Hindostan, en vez de ser oneroso, como hasta entonces á su gobierno, seria el manantial de sus rentas, y que las riquezas de la India pondrían á la Gran Bretaña bajo el mismo pie de opulencia en que habian puesto á tantos de sus hijos. (1) Su deuda pública que ascen-

(1) Ann. Reg., XXXVIII, 153.

Estado que guardaba la Gran Bretaña. dia á 244,000,000, de libras, suma que soportaba un interés anual de 9,317,000, libras era, es cierto un inmenso gravámen, y es verdad tambien que los impuestos, apesar de ser ligeros en proporcion de los en otros tiempos establecidos, se consideraban como gravosos; pero no obstante todo esto, habíanse aumentado los recursos del estado de una manera extraordinaria durante la calma que habia reinado desde la conclusion de la última contienda. El comercio, la agricultura y las artes habian tomado un rápido impulso; el tráfico que se hacia con los estados independientes de la América septentrional, habia llegado á ser mucho mayor de lo que era cuando se encontraban aquellas comarcas en el estado de simples colonias; y los incesantes esfuerzos que hacian los particulares para mejorar de condicion, produjeron un efecto maravilloso respecto de la acumulacion de capital y del estado del crédito público.

Los fondos del 3 por 100 que habian estado á 57 á la conclusion de la guerra, habian subido á 99 entonces, y la abundante riqueza de la capital, se empleaba en el comercio que se hacia con las mas distantes regiones, y en las empresas mas aventuradas. Las rentas del gobierno ascendian á 16.000,000 de libras, y el ejército constaba de 32,000 hombres en las islas británicas, fuera de la fuerza que habia en las Indias oriental y occidental, que ascendia á igual número, y de treinta y seis regimientos que habia de guar-

dias; y aun estas fuerzas tuvieron un rápido aumento despues de rotas las hostilidades; de suerte, que con anterioridad al año de 1796, el ejército de la Gran Bretaña constaba de 260,000 hombres, incluyéndose en este numero 42,000 de milicia. Sin embargo, necesitábase mas de la mitad de esta fuerza para el servicio de las colonias; y la esperiencia ha demostrado que jamas podrá contar la Gran Bretaña sino con cuarenta mil hombres á lo sumo, para sostener una guerra europea. El verdadero vigor de la Inglaterra estaba cifrado en su inagotable riqueza, en el espíritu y la energía de su pueblo, en la influencia moral que la habia hecho adquirir tantos siglos de gloria, y en su escuadra de ciento cincuenta navíos de línea que la daban absoluto dominio sobre los mares (1).

Empero la Inglaterra, aun cuando contaba con tantos recursos, hallábase destituida casi, en el período de que tratamos, de la fuerza moral que es tan necesaria para la guerra. Durante su funesta lucha en América, habia visto eclipsarse en gran manera el esplendor de sus glorias militares. Dos fuertes ejércitos se habian rendido al enemigo, y aun el predominio que desde tiempos tan remotos habia ejercido sobre los mares, parecia haber sufrido menoscabo, supuesto que las escuadras aliadas de Francia y

(1) Jom. I, 550. Ann. Reg. XXXVIII, 124. Memoria de la comision de hacienda, Mayo 10, 1791. Documentos de Estado. James, I, Tabla I, Ah. Tablas de Pebrer, 247.

España atravesaban sin oposicion el canal de la Mancha. La gloriosa defensa de Gibraltar fué el único hecho que sostuvo la antigua celebridad de las armas inglesas; de suerte, que no se hallaban las fuerzas navales ni terrestres en estado de atraer á la Inglaterra los primeros triunfos en la guerra que debia seguirse. En todos los ramos concernientes al ejército, existian funestísimos abusos; espedíase á muchos jóvenes despachos de oficiales por medio de compensaciones pecuniarias, ó porque gozaban de favor en el parlamento, sin tener conocimiento alguno en la carrera que emprendian; rara era la vez que, al tratarse de ascensos, se atendiese al verdadero mérito, y no habia academias ó escuelas donde se enseñase á los ignorantes oficiales siquiera los rudimentos del arte de la guerra. No sino á pasos lentos y en fuerza de reveses, llegó el ejército inglés á hacer adelantos, y lograron aprender sus gefes á sacar ventaja del indómito esfuerzo que formó en todas épocas el honroso signo característico del pueblo británico (1).

La Inglaterra, de igual modo que las demas monarquias de Europa, habia pasado el siglo XVIII casi sin gloria, y dormitando en el seno de su prosperidad y de su ventura. La esplendente aurora que sobre ella brillara en los dias de Eugenio y Malborough, no anunciaba que seria lo que realmente fué, la era política que se sucediera: las feroces pasiones, los violentos afectos y la obstinada energía que ostentan

(1) Tom. I, 251.

las guerras civiles, solo se conocian por la historia; y la desenfrenada perversidad de Carlos II tan solo se sabia porque hablaban de ella los anales de la época, ó porque se reflectaba en el claro espejo del teatro.

Las hazañas de Federico y los actos de la administracion de Chatham solo produjeron una ligera interrupcion en la general monotonia que reinaba en aquel periodo; pero aun la gloria que adquirieron ambos, resultó de la ambicion de los monarcas ó de la rivalidad de los gabinetes, y no produjo el profundo interés que habian escitado las anteriores contiendas teológicas, ni despertó las pasiones políticas que en la época que se siguió, se pusieron en efervescencia. Habia cesado la lucha religiosa, pero la lucha que se entabló en defensa de la igualdad, todavia no habia comenzado: entre aquella y esta medió una dilatada calma de un siglo, en que hubo pocas glorias, menos crímenes, en que insensiblemente desapareció la efervescencia que la gran convulsion anterior ocasionara, y durante el cual fueron llegando paulatinamente á su sazón las simientes que debian producir una pelea mas encarnizada que ninguna de las anteriores,

Opinaban los filósofos y políticos de aquel tiempo, y esta opinion estaba generalmente admitida, que al fin habia llegado la sociedad á tomar una organizacion fija y estable; que habian desaparecido las principales causas de discordia, y que jamas se volverian á ver descritos en las paginas de la historia, las guerras sangrientas

y los trágicos incidentes que aparecieron en las anteriores épocas del mundo. Adam Smith decía que al paso que la población americana duplicaba cada 25 años su número, la europea se aumentaba tan insensiblemente que apenas se podría equiparar con la primera en el espacio de cinco siglos; y por otro lado lamentabase Gibbon de que hubiese desaparecido el tiempo en que acontecian sucesos de interés, y quejábanse de que los escritores modernos jamás volverían á describir los patéticos acontecimientos y las catástrofes terribles que contenía la historia de las pasadas épocas. Tal era el sentir que emitían los hombres más distinguidos de aquel siglo, en los momentos en que iba á presentarse un periodo que debía hacerse memorable por la sangre que derramara Robespierre, por la perseverancia de Pitt y por las victorias de Nelson; periodo en que la especie humana, después de haberla segado Napoleón con despiadada mano, había de reponerse con una celeridad igual á aquella que tanto se celebra, al tratarse del aumento de población de las regiones trasatlánticas. (1)

Las opiniones que se abrigaban en Inglaterra con respecto á la Revolución de Francia, eran como debía esperarse, atendiendo á la intensidad del suceso, absolutamente contrarias. Los jó-

(1) En el día la población de Prusia se duplica en el término de 26 años, la de la gran Bretaña en 42, la de Austria en 69, la de Francia en 105 y la de Rusia en 66. DUPIN, "Force Com. de la France," I, 36.]

venes, los turbulentos y los filósofos esperaban que triunfaria; parecían que con su victoria se abriría una nueva era al universo, y que llegando á tomar asiento la libertad en aquel grande imperio se desprendería la especie humana de las cadenas de la esclavitud y de los lazos de la superstición. Y no se limitaba esta opinión á los ánimos turbulentos, inquietos ó ambiciosos, sino que también la abrigaban muchos de los hombres más rectos y sensatos del reino; de suerte que respecto de la Inglaterra, se podía decir con exactitud lo que ha dicho un historiador elocuente hablando de la Europa, (1) esto es, que los adictos á la Revolución Francesa se componían de los hombres más ilustrados y de más nobles sentimientos que la comunidad tuviese. Esta circunstancia consistía en que por entonces aun no había conocido la generalidad sus tendencias. (2).

Pero si bien una de las clases de la sociedad veía con satisfacción los cambios que se introducían en Francia, había otra que con sumo terror los contemplaba. Una gran mayoría de los miembros de la aristocracia, todos los dependientes de la Iglesia y los empleados de la monarquía, y en general todos los individuos que formaban á las clases opulentas del estado, los observaban con sobresalto ó con disgusto. Mu-

(1) Bot. I, 70.

(2) Los demócratas dedidos que había en la Gran Bretaña, por aquel tiempo, no eran en gran número. Un personaje que en manera alguna disminuiría los peligros que en aquel tiempo se corrían, el Sr. Burke los calculaba en 80,000.

chos de aquellos cuya edad les hacia creer que tenian mucho aun que vivir, se regocijaron al contemplar los cambios por los cuales iba á pasar la sociedad; los que se iban acercando ya al término de la existencia, los temieron: los que nada tenian que perder, nada recelaron de las consecuencias que las innovaciones acarrearán; los que poseian cuantiosos bienes, por su trabajo ó por herencia, sospecharon con justa razon que serian los primeros en quienes se ejerciese el despojo. He aquí las divisiones que á toda la comunidad afectaban: pero por sentado, modificábanse segun era el carácter ó ilustracion de los individuos de ambos partidos, y entre los defensores de la innovacion figuraban muchos miembros de las familias nobles de mayor antigüedad y lustre.

A la cabeza del primero de los dos enunciados partidos, encontrábase M. Fox, elocuyente y distinguido campeón de la libertad, en cualquiera parte del mundo que apareciese. Descendiente de familia noble, habíale legado sus mayores el amor á la independenciam, el cual habia sido por mucho tiempo hereditario en su familia, y por medio del torrente impetuoso de su elocuencia, habia sabido conservar su posicion de gefe de la oposicion en el imperio británico. Sus talentos en punto á discusion eran de lo mas eminente, y jamas existió orador en el Parlamento de Inglaterra, que emitiese con mas vehemente energia sus opiniones. Con motivo de su natural

El Sr. Fox y el Sr. Pitt.

indolencia no habia podido adquirir una erudicion vasta, y mas de una vez necesitó, lo mismo que Mirabeau, para instruirse de algunos hechos relacionados con las materias en discusion, que otros le proporcionasen informes; pero nunca hubo quien mejor supiese servirse de los datos que se le presentaban, ó que acopiara el mismo durante el curso del debate, ni quien con mas originalidad tratase una cuestion que parecia agotada ya por los esfuerzos de los que antes que él la examinaran. Pródigo, disipado, desarreglado en su vida privada, carecia de aquel prestigio que presta una conducta pura, y que fué siempre de tanta consideracion en Inglaterra. Pero apesar de sus flaquezas, la vehemencia de su afecto y la generosidad de su carácter le conservaron la ardiente adhesion del crecido número de amigos que se atrajo, entre quienes figuraba una gran porcion de los hombres mas distinguidos y de las familias mas antiguas del estado; al paso que su vigorosa y fascinadora elocuencia le atraia la admiracion de la inmensa clase que deseaba con ansia el establecimiento de un gobierno mas popular, ó el completo desenfreno que las revoluciones ocasionan. Pero no era igual su entendimiento á su elocuencia; su juicio era inferior á su talento para el debate: amante sincero de la libertad, sostuvo durante el mejor periodo de su vida, un sistema político que sugetaba al país donde tuvo origen, á la mas degradante servidumbre; consagrado con passion á la causa de la libertad, veia con una ad-

miracion constante las violentas innovaciones cuya duracion, mas que por la coalicion de los soberanos contra la cual fulminaba rayos su elocuencia, se hacia imposible por otras causas en las principales monarquias de Europa.

Mr. Pitt era el corifeo del otro partido que, desde el principio de la revolucion de Francia, se hallaba en plena posesion del gobierno, y al cual apoyaba una decidida mayoria de los miembros de ambas camaras del Parlamento. Apenas podrá la historia moderna ostentar un carácter mas distinguido que el de este personage. Habiendo heredado de su padre, el primer lord Chatham, el patriotismo y el espíritu de un buen inglés, concibió ademas, desde sus juveniles años, una fuerte adhesion á los principios liberales, que habia tomado por base de su administracion aquel hombre ilustre, principios que habian dado á su gobierno aquella tan completa cuanto merecida popularidad que tuviera. Distinguíronse estos sentimientos desde los primeros dias de su carrera, y sus grandes talentos, desde muy luego, le hicieron obtener un lugar distinguido en el Parlamento; empero presentáronse en breve circunstancias que desarrollaron las ocultas facultades de su ánimo y mostraron en todo su esplendor la inflexible firmeza de su carácter. Mr. Fox y lord North habian hecho mutua alianza, cuando la causa principal de su desavenencia hubo cesado á consecuencia de la conclusion de la guerra norte-americana: y fiado en la mayoria con que contaba en la cámara baja, mayoria

que al parecer era irresistible, emprendió dar el atrevido paso de presentar un proyecto de ley en virtud del cual se arrebatava á la compañía de la India Oriental el gobierno de aquellos establecimientos, y se depositaba en manos de cierta comision que debia nombrar, no la corona, sino la Cámara de Comunes. No es posible que quepa duda en que tal cambio, si se hubiese llevado á efecto, habria dado con la constitucion por tierra, porque habria establecido un *imperium in imperio*, investido de mayor autoridad ó influencia que los que poseia el ejecutivo. Pero la firmeza y prevision del monarca que empuñaba entonces el cetro de la Gran Bretaña, evitaron calamidad tan grave.

Echando de ver desde luego toda la magnitud del peligro que tal medida acarrearía, é intimamente convencido de que como lo habia dicho con énfasis Lord Thurlow, "si aquel proyecto se aprobaba, pasaria la corona de las sienas del monarca á las de M. Fox," (1) se resolvió con prontitud el gobierno á interponer su influjo, á fin de impedir que llegase á erigirse en ley, ó á retirarse si era necesario, á Hanover, antes que continuar siendo en la Gran Bretaña simple instrumento de una oligarquía parlamentaria. Merced á sus esfuerzos, el proyecto en Diciembre 8 1783 cuestion despues de haber sido aprobado en la Cámara de Comunes por una mayoria considerable, fué desecha-

(1) Hist. del Parl. XXIV, 125:

do en la de lores por una débil mayoría, cuyo resultado ocasionó que presentasen su dimision los coligados miembros del ministerio. El rey mandó llamar inmediatamente á M. Pitt, quien el dia 12 de Enero de 1784, ocupó el asiento que le correspondia en la Cámara de Comunes, como ministro de la Real Hacienda.

Jamás hubo ministro que tuviese que sostener mas vigorosa lucha. La oposicion dirigida por la impetuosa energía de Fox, apoyada por el cimentado prestigio y admirable calma de Lord North, contaba con una grande mayoría en la Cámara baja, y vió á los principios con el mayor desprecio la empresa de arrebatarla el gobierno de las manos, que tomaba á su cargo un jóven de 26 años. Pero no tardó en conocerse que tal tarea, apesar de lo árduo é infructuoso que parecia, no era superior á sus talentos. Inflexible en sus resoluciones, á la par que sereno en medio del peligro; dotado de un esfuerzo moral que nada era capaz de doblegar; fecundo en expedientes, fuerte en los debates, elocuente en el discurso, poseia un conjunto de cualidades eminentes, idóneas para las cuestiones políticas, que nadie jamás superará. Su conducta pura, irreprochable, no presentaba á sus contrarios flanco por el cual pudiesen penetrar sus tiros la armadura que le cubria: su vehemente imaginacion que empleaba toda entera en hacer el bien de su patria, no le dejaba hueco para abrigar pensamiento alguno que le hiciese propender al interés personal ó al egoismo. Incorruptible, sin

embargo de que tenia á su disposicion los inmensos caudales de la Inglaterra y de las Indias; intrépido, á pesar de que tenia que lidiar solo contra el torrente de una oposicion que en la apariencia se manifestaba irresistible; moderado aunque pulsaba obstáculos que hubieran podido apurar la mas acrisolada paciencia; cunto cuando la prudencia exigia reserva; enérgico y elocuente cuando era llegado el momento de obrar, resistió con buen éxito á la mas poderosa mayoría parlamentaria de que habla la historia de Inglaterra, desde la época de la Revolucion, hasta quedar victorioso en la lucha. Una administracion que daba en su infancia pruebas de tal cuantia, no podia temer que se llegasen á consumir los males que se preparaban para los dias de su virilidad: los talentos del que se hallaba á su cabeza, á la vez percibieron el peligro que traian consigo los principios revolucionarios de la Francia, y lo conveniente que era no contener su marcha por medio de la fuerza física; y felizmente para la causa de la libertad del mundo, hallábase el gobierno de la Gran Bretaña, cuando se hizo sentir aquella convulsion inmensa, depositado en manos de un hombre, que á la vez que era adicto á la causa de la libertad, era enemigo de los excesos que la conducen con tanta frecuencia á su ruina. De consiguiente, á la par que vigilaba, sin apartar de ella los ojos, la marcha revolucionaria, absteniase con prudencia de dar un solo paso que pudiese empeñar á la Inglaterra en una lucha con su insurreccionada

vecina; y aunque á los principios se le escitara con instancia á tomar parte en la contienda, conservóse en una neutralidad completa, en tiempo aun en que ya los ejércitos de la Alemania habian penetrado en el corazon mismo de la Francia, y cuando parecia llegado el momento en que por medio de una simple demostracion hostil, quedase terminada la rivalidad de cuatro siglos.

M. Burke era el corifeo de otro partido que se componia de antiguos whigs, que sostenia los principios de la revolucion inglesa y reprobaba los que proclamaba en la suya la Francia. Este varon ilustre habia combatido por espacio de mucho tiempo en las filas de la oposicion, en compañía de M. Fox, y la mas cordial amistad habia estrechado con mas fuerza los vinculos con que ya les unia la alianza política que formaran; pero al estallar la Revolucion de Francia, difirieron en opiniones (1). M. Fox aplaudió los principios de la Revolucion con entusiasmo, y declaró en la cámara de comunes que "la nueva constitucion de Francia era el monumento mas admirable y el mas glorioso edificio de libertad que se hubiese levantado en ningun siglo ni país, sobre los cimientos de la igualdad del género humano. M. Burke por otra parte, dotado de mayor penetracion y prevision políticas que su amigo, hizo uso de sus talentos, desde que comenzara á hacerse sentir la convulsion, para

(1) Ann. Reg. XXXIII, 114.

atacar los principios de igualdad que establecia; y la obra que escribió sobre la revolucion francesa, produjo acaso mas impresion en los ánimos, que ninguna de las que hasta hoy han aparecido en el mundo. Abundan en ella trozos elocuentes, y manifiéstanse una filosofia profunda y un esquisito tacto. Pero á pesar del vasto prestigio y de la inmensa celebridad de que gozaba su autor, cuando vió la obra la luz pública, no se pudo conocer su mérito hasta que el curso de los acontecimientos demostró la exactitud de sus principios. La divergencia de opiniones sobre esta cuestion importantísima, destruyó para siempre el mútuo afecto que estos dos ilustres varones se tenian, y su rompimiento les hizo derramar lágrimas en la cámara de comunes: hé aquí un emblema de las consecuencias que produjo la revolucion en los mas tiernos afectos de la vida privada, y de la discordia que introdujo en el seno de las familias, y entre amigos "cuya amistad no habia podido hacer variar la mano destructora del tiempo (1)."

La célebre ruptura de los dos personages de quienes acabamos de hacer mencion, aconteció durante el debate sobre la nueva constitucion que se habia propuesto para las provincias del Canadá en 1791; notable coincidencia si se toman en consideracion los sucesos que posteriormente acaecieron en aquella colonia, y la violenta lucha sobre principios mo-

Divergencia de opinion entre los señores Burke y Fox, acerca de la constitucion francesa.

(1) Ann. Reg., XXXIII, 136.

nárquicos y republicanos, de que después fué teatro. Tan afectados se hallaban estos dos hombres distinguidos, pero en particular M. Burke, del asunto único de la época, cual era la Revolución de Francia, que incesantemente introducían esta cuestión en cuantos debates se sostuvieron en la cámara de comunes por aquel tiempo, y ella fué el motivo especial de los vehementes discursos que se pronunciaron cuando se discutió la moción de M. Baker, relativa á la guerra con Rusia, y durante el debate que sufrió el proyecto de ley sobre el gobierno del Canadá, cuyas materias hacían suponer no sin razón, que la Revolución de Francia tendía á alterar las relaciones mútuas de las naciones y su felicidad interna. Desde aquel período, el público, á la vez que los amigos de aquellos dos hombres ilustres, previeron que infaliblemente romperían. Este suceso era, á la verdad, inevitable, y se debe considerar como un claro indicio del cisma que debe seguirse en todo país liberal, con motivo de cualquiera agitación democrática vehemente entre los que se adhieren á los límites con anterioridad establecidos, y los que quieren arrojarse al tenebroso laberinto á que pueden conducir en lo futuro las innovaciones. Sin embargo, prosiguieron todavía tributándose muestras exteriores de afecto; continuábanse visitando, aunque no con la frecuencia de antes; el 16 de Mayo, fecha en que se discutió en plena sesión el proyecto de ley referente al Canadá, se dirigieron juntos á la cámara, y aun M. Fox,

en una conversacion que habia tenido con él M. Burke poco antes, habíale tratado con franqueza, comunicándole cierta medida de política de suma reserva. Pero los sentimientos del último eran demasiado vehementes para que pudiese contenerlos; revelábanse tan distintamente á su imaginacion las calamidades de que estaba cargado el porvenir, que le hacían olvidar el tiempo pasado y correr un velo sobre el presente; de suerte, que con motivo del debate que se sostuvo aquella noche, quedaron para siempre desavenidos los dos personajes de que tratamos, y el partido popular de la gran Bretaña se dividió desde entonces en dos bandos. Los debates á que nos hemos referido, presentan el mayor interés, porque no solo comprenden el período de mas agitación de la vida de ambos individuos, sino que aun forman éra en la historia de Europa, en la época mas fecunda en sucesos que ha tenido; la suerte de la civilizacion estaba cifrada en sus palabras.

M. Fox, con motivo del proyecto de decreto sobre el asunto del Canadá, presentó el mismo argumento que hiciera valer en el anterior debate respecto del armamento ruso. "Sin entrar, dijo, en cuestion sobre si los títulos hereditarios son ventajosos ó perjudiciales, el punto que tiene que considerar la cámara, es el de si existe en ellos algo que produzca tanto bien que nos incline á introducirlos en un país donde totalmente se les desconoce, y que nos haga dis-

Argumento de M. Fox en pro de la Revolución francesa.

tinguir de esta manera al Canadá de las demás colonias del Nuevo Mundo. En los países donde la constitucion los establece, no seria en manera alguna prudente destruirlos; pero darles ser donde no los hay, es cosa distinta. No se puede explicar ese paso si no es por el principio de que habiendo sido antiguamente el Canadá colonia francesa, esta circunstancia presenta la oportunidad de resucitar allí esos títulos de nobleza cuya estincion tanto lamentan algunos señores, y de reanimar ese espíritu caballeresco que ha caido en desgracia en un país vecino. ¿Volverán, por ventura, esas cintas encarnadas y azules que han perdido toda su importancia en el Antiguo Mundo, volverán á tener valia en el Nuevo? ¿Darásé medida mas absurda que la de introducir títulos hereditarios en el Nuevo Mundo, donde son vistos con aversion tan manifiesta? La formacion de una cámara alta, que se ha propuesto, seria igualmente perjudicial si sus miembros hubiesen de ser hereditarios, porque una asamblea de ese género no seria sino un dócil instrumento de la autoridad regia. Es igualmente impracticable la cláusula en que al tratarse del clero protestante, se dispone que en toda sesion de terrenos baldios que haga la corona, el séptimo sea para el clero de la enunciada secta. ¿Podráse dar medida mas monstruosa que la de establecer semejante regla fundamental en un país donde la gran masa de la poblacion está compuesta de católicos? Aun cuando todos fuesen protestantes, estaria toda-

vía la ley en cuestión sujeta á objeciones; luego mucho mas debe estarle si se atiende á que el conjunto de protestantes ecistente está sumamente subdividido, puesto que hay entre ellos Presbíterianos, noconformistas y otras diversas sectas inferiores.

“Aunque son débiles mis fuerzas en comparacion de las de mi honorable amigo, á quien debo llamar mi maestro, por que todo lo que sé en punto de política, á él lo debo, jamás sin embargo, cesaré de sostener mis principios, así tenga que luchar contra su elevada elocuencia. Sostendré que los derechos del hombre, que él llama quiméricos é ideales, son de hecho las bases y cimientos de toda constitucion racional, y que son aun las de la constitucion inglesa, como ella misma evidentemente lo prueba; en efecto, ese pacto original entre el soberano y el pueblo que está reconocido en ella, ¿no importa por ventura el reconocimiento de los derechos inherentes al pueblo, considerado como una reunion de hombres, derechos que ninguna ley puede anular, y ningun accidente suspender ó destruir?

“Si son perjudiciales á la constitucion estos principios, son los mismos que profesa mi honorable amigo, y de él es de quien los he aprendido. En tiempo de la guerra norte-americana, mutuamente nos felicitamos por los triunfos de un Washington, y lamentamos hasta casi llorar, la infausta suerte de un Montgomery. De él he aprendido que la rebelion de todo un pueblo no puede proceder de que se le incite ó anime á que

la empresa, y sí proviene de que en fuerza de la opresion se le precipita. Tales eran sus doctrinas cuando decia, con tanta energia como vehemencia, que no podria estender acusacion alguna contra todo un pueblo. Cáusame dolor haber llegado á ver que de entonces acá ha aprendido á fulminar tal acusacion, y á adornarla con los adecuados epitetos que degradan á nuestra constitucion, y que aplica al pueblo acusado, cuales son los de falso, malicioso, depravado, instigado del diablo y sin temor alguno de Dios. Sabiendo por las lecciones de mi honorable amigo, que ninguna nacion se subleva si no se la provoca, no pude menos que regocijarme al observar que la constitucion francesa se establecia sobre los derechos del hombre, cimiento sobre el cual tambien descansa la constitucion de la Inglaterra. Ajar aquella constitucion es absolutamente lo mismo que deturpar á la de la Gran Bretaña; y ninguna de las obras de mi honorable amigo, por muy bien escrita que esté, ninguno de los discursos que pronuncie, por muy elocuente que sea, podrá reducirme á variar de opinion ó á abandonarla.

“Hubo un tiempo en que empleé todos mis esfuerzos para sostener el equilibrio del poder, pero fué cuando la Francia era aquella nacion intrigante, inquieta, de lo cual habia dado con anterioridad tantas pruebas. Hoy que ha variado de posicion la Francia, hoy que ha establecido un gobierno del cual no pueden temer ultrage ni perjuicio alguno sus vecinos, no me cuido en manera alguna

del equilibrio del poder, y tal haré hasta que vea que otras naciones combinan el mismo poder con los principios gubernativos que regian en la antigua Francia. El verdadero principio del equilibrio del poder no consiste en que cada estado se conserve en la misma condicion absolutamente que antes tuvo, porque eso es imposible, sino en impedir que cualquiera de ellos llegue á adquirir tal ascendiente, que se haga temible á los demas. Nadie podrá decir que en este respecto será la Rusia la sucesora de la Francia. La estension de su territorio, su poblacion escasa, sus limitadas rentas, hacen que de ningun modo pueda ostentársenos su poder temible; es una potencia que no podemos atacar, ni ser atacados por ella; y es tal potencia contra lo que habremos de romper las hostilidades, dando lugar á que vuelva á preponderar el decadente imperio de Turquía, cuya destruccion seria probablemente mas bien benéfica que perjudicial á nuestros intereses? Si comparamos el estado actual de la Francia con la condicion que antes guardaba, tanto en lo tocante á la política de Europa, cuanto en lo que respecta á la felicidad del pueblo, aun los que mas detestan á la revolucion, hallaran motivos de satisfaccion en los efectos que produce. No puedo menos de proclamar al gobierno de Francia por bueno, respecto de su regimen interior, porque propende á labrar la felicidad de los que le están sometidos. Muchos hombres habrá que abriguen opiniones diversas en cuanto al cambio de sistema que se ha

operado en aquel país; pero yo, por lo que es mi individuo, admiro la constitucion de Francia, y la considero como el monumento mas admirable, como el mas glorioso edificio de libertad que se haya levantado, en ningun siglo ni país, sobre los cimientos de la igualdad del género humano. (1)

Burke dió principio á su réplica en un tono grave y solemne, digno de la importancia del asunto, y propio para romper los vínculos que nada habia podido quebrantar durante la cuarta parte de un siglo. "Hoy se invoca á la Cámara." dijo, "para que consume un acto de altísima importancia, cual es el de legislar para un pueblo lejano, y se la pide que demuestre su autorizacion para el ejercicio de tales facultades. ¿Cual es el fundamento en que se apoya el derecho para ejercerlas? No se apoya, seguramente, en una vaga concepcion de los derechos del hombre; por que si semejante doctrina se admitiese, no tendria mas que hacer la cámara que reunir á todos los habitantes masculinos del Canadá, á fin de que ellos decidiesen á mayoría de votos, qué sistema de gobierno les convenia. No siendo pues admisible una proposicion tan absurda, ¿en qué podrá fundarse la competencia de la cámara en cuanto á legislar sobre la materia? Pálpase desde luego que en el derecho de gentes se apoya, en el título que para legislar adquirió en virtud del derecho de conquista, y á

(1) Hist. del Parl., XXXIX, 107, 248, 379; y discursos de Fox, IV, 217, 204, 199.

consecuencia de la cesacion de los que ejercia el antiguo gobierno, cesacion que obtuvimos por medio del tratado que la confirmara. He aquí los principios que nos precisan á formar leyes equitativas para el pueblo del Canadá, el cual, en compensacion, nos debe obediencia. La cuestion que se presenta, es la de sobre qué base habrá de formarse este nuevo gobierno. ¿Habremos de trabajar en ella á la clara luz de la constitucion inglesa, ó nos dejaremos ofuscar la vista por el reflejo deslumbrador que arrojan las nuevas antorchas de los clubs de Paris y Londres?

"Para resolver este punto no debemos imitar el ejemplo de ciertos países que sin atender á las circunstancias, han roto los vínculos de la sociedad y los lazos de la naturaleza. Mucho miramiento se debe tener, sin duda, para con la constitucion americana, y es de la mayor importancia que nada tenga el pueblo del Canadá que envidiar á la constitucion de un estado vecino; pero es claro que no tiene los elementos que existen en los Estados-Unidos para disfrutar de la libertad republicana. La constitucion de la América del Norte está tan bien adoptada, cuanto es dable al carácter y circunstancias de sus pobladores; pero aquel carácter y estas circunstancias son esencialmente diversos de los de los colonos del Canadá francés. Los americanos han heredado de su ascendencia anglo sajona cierta dosis de aquella flemay benevolencia que es peculiar á los ingleses, y esto les hace mas idóneos que sus vecinos para vivir bajo un siste-

ma republicano. Agréguese á esto, que tuvieron una educacion republicana, que la forma de su gobierno interior era republicana, y que los malos principios y vicios de que adolecía, se modificaron por medio del salutífero freno que les imponía la monarquía, á que estaba sujeto aquel pueblo. Los americanos formaron su constitucion, despues de haber sostenido una guerra dilatada, durante la cual por medio de la disciplina militar, aprendieron á respetar el orden, la obediencia, y á mirar con veneracion á los hombres ilustres. Aprendieron lo que un rey de Esparta, hablando de su pais, dijo que le faltaba que aprender todavía; es decir, el arte de mandar y obedecer. Condújoles á la guerra el gobierno, y no las maquinaciones, el homicidio ni las matanzas.

“¿Pero qué diremos de los antiguos canadianos, quienes por componerse de mayor número, merecen que con mayor cuidado se les atienda? ¿Les formaremos una constitucion francesa, una constitucion que está fundada sobre principios diametralmente opuestos á los que se proclaman en la nuestra, y que no se asemeja á ella en un solo punto siquiera; que difiere tanto de la nuestra como el vicio de la virtud, como se diferencian entre sí los mas opuestos extremos que ecsistan en la naturaleza? ¿Les daremos en fin una constitucion que tiene por base eso que se denomina derechos del hombre? Pero ecsaminemos esta constitucion por los efectos que su práctica ha producido en las colonias francesas de la India Occidental. Aquellas colonias, á pesar de

las tres calamitosas guerras que sufrieran, se hallaban en el estado mas venturoso y floreciente, antes que llegase á su conocimiento que ecsistian los derechos del hombre. Tan luego como comenzaron á poner en práctica ese sistema, no pareció sino que la caja de Pandora llena de los mas destructores males, se habia abierto; no pareció sino que el infierno mismo espelia de sí á todos sus maléficos espíritus para que se esparciesen por toda la superficie de aquella tierra. Los negros se levantaron contra los blancos, los blancos contra los negros, y se hicieron unos á otros una guerra sangrienta; desconocióse toda sugesion, rompiéronse los vínculos sociales, y cada hombre se mostró sediento de la sangre de su vecino.

“Espíritus negros y blancos, espíritus azules y pardos; mezclaos, mezlaos, mezlaos.”

“Todo se volvió movimiento y alboroto, discordia y sangre desde el punto en que circuló por entre los colonos esa doctrina; y firmemente creo que donde quiera que los derechos del hombre se proclaman ó se proclamaren, infaliblemente sucederá lo mismo. La Francia, que habia generosamente obsequiado á sus colonias con el precioso don de los derechos del hombre, no gustó mucho de que sus hijas la imitasen, y destacó sobre ellas un cuerpo de tropas muy imbuidas asimismo en los derechos del hombre, á fin de que el orden y la obediencia se restableciesen. No bien hubieron llegado estas tropas á su destino, cuando en fuerza de la instruccion

que tenían en los principios de la ciencia política, juzgaron de su deber tomar parte en la sedición, y comenzaron á ejercer sus derechos degollando á su general.

“Hoy se sostienen en nuestro seno esas perjudiciales doctrinas, cuyas terribles consecuencias deseo y ambiciono evitar, defendiendo con todas mis fuerzas, en todas sus partes, á la constitucion inglesa. Acostúmbrase ahora, por cierto partido, tributar los mejores elogios, á cada paso, á la constitucion francesa; y quien elogia á la constitucion, elogia á la Revolucion, supuesto que aquella es parte de esta. A tal extremo ha llegado esta preocupacion, que todo aquel que desaprueba la anarquía y confusion que se han desarrollado en Francia, y no sostiene la opinion de que habrán de dar por resultado el orden y la libertad, es declarado desde luego por enemigo de la constitucion inglesa; —acusacion á un tiempo falsa, injusta y calumniosa. Las doctrinas de tal naturaleza siempre fueron perjudiciales; pero doblemente lo son cuando se las vé sancionadas bajo nombres tan distinguidos como el que lleva el muy honorable personaje que me ha precedido en la palabra, cuyas opiniones son de tanto peso, y que sin embargo, no ha vacilado en esta misma discusion que se sostiene, en decir de la constitucion francesa, que es la obra mas gloriosa y admirable que formara jamas la sabiduría humana.

“Esa constitucion, ó Revolucion, ó sea cual fuere el nombre que quisiere dársele, no puede ser benéfica á la causa de la libertad, y solo ser-

virá, por el contrario, para dar origen á la tiranía, á la anarquía y á la sedicion. Jamas fueron mis ideas sobre sistemas de gobierno, diversas de las que hoy emito. Siempre juzgué que la monarquía era el cimiento de todo buen gobierno: mientras mas identidad tenga cualquier sistema con el monárquico, mas se acercará á la perfeccion, y vice versa. Los que desean con empeño echar por tierra á la constitucion, son, es cierto, en la actualidad, poco numerosos en el pais; ¿pero quién nos puede asegurar que conservarán su minoría, cuando prevaleciéndose de la escasez, apoyándose en el descontento, pretendan derribar nuestras instituciones monárquicas? Hoy es, pues, el tiempo en que se debe combatir ese diabólico espíritu, y observar, con la mayor vigilancia, la menor tentativa que se pretenda hacer para destruir á la constitucion británica.

“Acaso es una indiscrecion en todo tiempo, y especialmente en una edad avanzada cual la mia, atraerse enemigos, ó dar á los amigos un motivo para que nos abandonen; pero si mi firme y obstinada adhesion á la constitucion inglesa me pone en tal dilema, preferirela á todo, y hasta mi postrer instante exclamaré: “¡Huid de la constitucion francesa!” “No os abandonarán los amigos!” dijo el Sr. Fox. “Sí, continuó diciendo el Sr. Burke, sin duda habrán de abandonarme. Bien sé yo á lo que me espone mi conducta. He cumplido con mi deber á trueque de perder el afecto del objeto á quien mas aprecio; nuestra amistad ha terminado. Hasta exhalar mi postrer aliento, no cesaré de rogar encarecidamente á los dos muy honorables señores á

quienes se conoce en esta cámara como rivales, que, ora en lo sucesivo se muevan en la esfera política como dos distintos meteoros, ora con sus manos enlazadas se les vea marchar unidos como hermanos, que conserven y amen á la constitucion británica, que la liberten de toda innovacion, y la salven de las alteraciones que no se fundan sino en teorías. Solo es dado á esa infinita é inefable potencia, solo es dado á la Divinidad que con su brazo impele al cometa como si fuera un proyectil, en su curso, y le hace soportar el calor del sol y la intensa obscuridad de la tenebrosa noche, formar obras de una perfeccion infinita; en cuanto á nosotros, pobres, débiles, inhábiles mortales, no tenemos mas regla á la cual podamos normar nuestra conducta, que la esperiencia (1).”

M. Fox se puso en pie para contestar; pero las lágrimas embargaron por un rato su voz, y aun continuaron corriendo por sus mejillas algun tiempo despues de haber dado principio á su discurso. Comenzó manifestando de la manera mas apasionada el tierno afecto que profesaba á M. Burke, afecto que habia tomado origen desde la infancia, y que se habia conservado inalterable por espacio de veinticinco años; empero gradualmente se fué enseñoreando de su ánimo el asunto que iba á ocasionar la desavenencia, y aunque dió á su adversario el título de su muy honorable amigo,

(1) Deb. Parlam. XXIX, 364, 366, 380, 388; y Discurs. de Burke, IV, 3, 8, 9, 17, 23.

no hubo quien no palpase que allí quedaba terminada la amistad de ambos. Los wihgs celebraron una junta con el objeto de tomar en consideracion este gran cisma que se habia introducido en su partido, y publicaron en el Morning Chronicle (Crónica Matutina), periódico oficial de esta faccion, acerca del particular, la resolucion que copiamos.

“La grande y firme corporacion que forman los Wihgs de Inglaterra, fiel á sus principios, ha decidido en la cuestion que tiene divididos á los Sres. Fox y Burke, y declara que el primero ha sostenido las doctrinas puras que ligan entre sí á los miembros del partido, y á las cuales han normado invariablemente sus actos. La consecuencia es que M. Burke se separa del Parlamento.” M. Burke, aludiendo á esta resolucion, dijo que sabia que le habia desechado de su seno un partido, y que era demasiado avanzado para buscar refugio en otro; (1) y que aunque era sobradamente triste que á su edad le hubiese acontecido tal desgracia, tenia muy á menos retractarse ó solicitar la amistad de alguno de los miembros de la cámara perteneciente á uno ú otro bando.

Nada pudiera darse que caracterizase mejor á esos dos personajes ilustres, ni que diese mas esacta idea de las miras de los partidos que acaudillaban, que los discursos que hemos copiado. Obsérvanse en el uno impresiones fuertes,

(1) Discursos de Burke, IV, 34, 38.

tiernos afectos, pasión á la filantropía, y una vehemente espresion, digno todo del político á quien ha denominado un hombre ilustre "el orador mas parecido á Demóstenes que haya existido desde la época de aquel filósofo." (1) Osténtanse en el otro una imaginacion ardiente, una elocuencia abrasadora, una prevision adquirida por la observacion de lo pasado, y una benevolencia que se contenia al aspecto de los males futuros. Quizá se podrá reprochar al último la suma dureza con que le hacia emitir el enojo sus verdades proféticas, y al primero, la vehemencia extrema con que enunciaba sus opiniones, vehemencia que es inseparable de las cuestiones políticas en las épocas de disturbios. Empero el tiempo, ese gran descubridor de la verdad, ha ido manifestando la exactitud ó la falsedad de una y otra de las opiniones que por ambas partes con tanta elocuencia se emitian, y ha pronunciado el fallo en favor de M. Burke.

Acaso no se encontraria en toda la historia de la prevision humana un solo caso de haberse cometido mas errores que los en que incurrió M. Fox respecto de la constitucion francesa, al decir de ella que era la obra mas admirable que hubiese producido la sabiduria en ninguna época ó nacion; que ningun temor debia tenerse de que peligrase el equilibrio del poder europeo ya que habia establecido la Francia en su seno las instituciones democráticas; y que aun cuando ese equilibrio se alterase, no debia temerse que

(1) Mackintosh.

corriese peligro alguno la libertad de Europa á consecuencia del ascendiente ó de la ambicion de la Rusia. Por otro lado, no habrá quien no perciba la extraordinaria perspicacia de M. Burke cuando no solamente predijo las consecuencias que producirian en perjuicio de la misma Francia, y de las demas potencias de Europa, las convulsiones de su suelo, sino que aun con admirable exactitud marcó esa importante distincion que existe entre las razas anglo-sajona y gálica que habitan hácia las márgenes del S. Lorenzo, y la notable diferencia de idoneidad que hay entre una y otra para vivir bajo instituciones democráticas; diferencia que no debia producir sus inevitables resultados en el trascurso de medio siglo, y de la cual empezamos apenas á percibir los ulteriores resultados.

Dotado de una perseverancia infatigable, de una firmeza á toda prueba en la consecucion de sus proyectos y dominado por una ambicion insaciable, el gobierno austriaco era el mas formidable rival con el cual tuviese que sostener por principio, la República francesa, la lucha que debia hacerse estensiva á todo el continente europeo. Este grande imperio, que por aquel tiempo contenia sobre 25 millones de habitantes, y que disponia de una renta de 90 millones de florines, contaba en el número de sus provincias á los distritos mas fértiles y ricos de Europa. La opulencia fabril de Flandes y las riquezas agrícolas de la Lombardia, proporcionaban tantos recur-

Estado que guardaba el Austria.

sos pecuniarios al imperio, cuanto prestaban ascendiente á sus ejércitos el valor de los Húngaros y la intrépida lealtad de los tiroleses. Su posesion de los países bajos le proporcionaba un puesto avanzado, que en tiempos atras habia estado solidamente fortificado, y le ponía inmediatamente en contacto con las fronteras de la Francia, al paso que las montañas del Tirol que formaban una vasta fortaleza guarnecida por un pueblo leal y belicoso, le presentaban un angulo saliente entre la Alemania y la Italia que debió ser el seguro teatro de los venideros combates. Sus ejércitos, numerosos y perfectamente disciplinados, habian adquirido una fama imperecedera en las guerras de Maria Teresa, y ocupaban un lugar distinguido, á las ordenes de Daun y Laudohn, en las campañas científicas con el gran Federico. Su gobierno, aun cuando tenia la denominacion de monarquia, era en realidad una oligarquia que estaba en manos de la alta nobleza, y poseia toda aquella firmeza y obstinacion que siempre distinguieron á las potencias aristocraticas, y que al fin las hizo quedar triunfantes en la dilatada lucha en que poco despues se vieron empeñadas. (1)

Maria Teresa era el alma de la monarquia austriaca; su animo heróico, su sabia administracion y su carácter popular, salvaron al país de la terrible crisis que ocurrió á mediados del siglo XVIII, y sirvieron de cimiento á su actual prosperidad y grandeza cuando el advenimiento al

(1) Hard., I, 83.

trono, en 1780, de un hijo José II varió de máximas el gobierno; pareció estar á punto de extinguirse el antiguo espíritu de la monarquia. Aquel príncipe tenia un ánimo cultivado, buenas intenciones y costumbres sencillas; pero á estas buenas prendas uníanse cualidades de una naturaleza peligrosa. Ansioso por reformas, entregado á una filántropia filosófica, anhelaba por variar todo en la administracion civil, religiosa y militar de sus vastos dominios; y aguijado por sus buenos deseos, operaba imprudentemente muchas reformas que, ni eran necesarias, ni tampoco deseaban sus vasallos.

Dotado de un carácter amigo de la novedad, y entusiasta, animábanle al mismo tiempo los deseos de hacerse de nuevas posesiones territoriales y de adquirir gloria por medio de las armas. Fuertemente impresionado de la idea de lo perjudicial y dispendiosa que le era la posesion de los Países Bajos, que estaban tan espuestos á perderse por su proximidad á la Francia, que se hallaban tan distantes de los dominios hereditarios y atendidos al apoyo de Catarina, emperatriz de Rusia, de enyos ambiciosos proyectos sobre la Turquía participaba, mostrábase sumamente deseoso de incorporar la Baviera y sus considerables posesiones á sus estados, dando en cambio de ella al elector los Países Bajos y el título de rey. Inmediatamente que Federico de Prusia supo esta peligrosa proposicion, tocó al arma, y merced á su influjo se celebró un tratado en Berlin entre la Prusia, la Sajonia y Ha-

nover, que fué el último acto de aquel grande hombre, y que por algun tiempo dejó frustrando este ambicioso proyecto del Austria. Pero el gabinete imperial no perdió de vis-

Marzo 17, 1786. ta su designio, y las tentativas que

hizo para llevarlo á egecucion durante el periodo de la guerra revolucionaria, fueron como se verá en la continuacion de esta historia, el origen de calamidades sin cuento, tanto para el Austria como para las demás potencias de Europa. (1)

Las fuerzas austriacas á los principios de la guerra, ascendian á 240 mil hombres de infanteria, 35 mil de caballería y 100 mil de artillería; pero la estension de aquellos estados y el genio marcial de sus habitantes, presentaban recursos inagotables para el sostenimiento de la lucha. Sincero y recto en sus principios, adicto á sus antiguas instituciones, y fuertemente dominado por la religion, el pueblo de aquellos diversos dominios tenia, á escepcion de algunas de las provincias italianas, un horror unánime á los principios republicanos de la Francia, al paso que el poder y sólido influjo de la nobleza, daban firmeza y consistencia á los esfuerzos que se hiciesen para contrastarla. Encontrábase la caballería en el mejor estado, y prestó durante la época de la guerra brillantísimos servicios; pero la infanteria aunque era muy propia para combatir con armas iguales desde una posicion ventajosa, era incapaz de emprender aquellos mo-

(1) Hard., I, 32, 36.

vimientos energicos que requiere el nuevo sistema de operaciones militares, y tuvo que sufrir repetidas veces la vergüenza de que se viese á masas numerosas de ella rendir al enemigo sus armas. Dióse á las provincias de Croacia, de la Transilvania y el Bannat, que lindaba con la Turquía, una organizacion militar; instruyóse á todos sus habitantes en el manejo de las armas, lo cual ocasionó que pudiese el gobierno contar con un acopio inagotable de fuerzas irregulares. Los pobladores de la Hungia y de los Países Bajos eran lo mas selecto de la infantería, y formaban lo mejor de la guardia imperial. La caballeria que estaba admirablemente montada, era muy diestra en todas las evoluciones militares, y la artillería era imponente y se hallaba bien equipada; pero los oficiales de la infanteria carecian de conocimientos en el arte; y los soldados aunque tenian buena disciplina, no poseian el fuego y la viveza de las tropas francesas. (1)

Los dominios flamencos del Austria habian sido poco antes el teatro de una rebelion tan diversa de la francesa, que difícilmente se concibe como pudieron ambas operarse en países tan inmediatos uno de otro y en un mismo siglo. El emperador José II, se habia enagenado el afecto de estas provincias por el propósito que se habia formado de cambiarlas por la Baviera, proyecto que se hubiera llevado á cabo, si no hubiese intervenido por medio de la fuerza armada la Pru-

(1) Harb., I, 33, 34. Join., I, 235, 236.

sia; y despues aun mas las disgustó con algunas reformas que introdujo, las cuales estaban fundadas sobre principios filosóficos, pero eran completamente adecuadas al caracter y grado de ilustracion del pueblo. Al fin llegó el punto en que el proyecto de conceder á una colonia de genoveses y de suizos que se habia formado á las inmediaciones de Ostende, llevase el estado de cosas á su crisis. Las universidades protestaron contra la innovacion, y contestólas el soberano aboliendo las jurisdicciones dominicales, y dando autorizacion para la venta de una considerable porcion de los bienes monacales, estableciendo escuelas independientes del clero, y menoscabando los privilegios de los estados con el paso de establecer intendentes que casi invalidaban la autoridad de aquellos. Estos cambios excitaron un desafecto universal en las provincias, y dieron origen al paso (1) mas funesto de que pueda hablar la historia moderna.

Las plazas fuertes de la frontera de los Países

Bajos, que á costa de tanta sangre se habian arrebatado á la Francia, y para cuya construccion se habian desembolsado tan enormes sumas, fueron demolidas, y quedó sin defensa la estension del pais que ocupaban, como para invitar á los emprendedores vecinos á que lo invadiesen. No parecia sino que se imaginaba el

(1) Hard., I, 89, 90. Lac. VII, 157, 159. Vida de Napoleon, por Scott, I, 12, 13.

emperador que el enlace de su hermana María Antonieta habia hecho que la union de ambos reinos fuese perpetua, y que todo su peligro emanaba del desafecto que reinaba para con él entre sus vasallos. "La Europa, dice Jomini, vió con admiracion arrasadas aquellas fortalezas, que se habian hecho de tanta celebridad durante las guerras pasadas, por las propias manos que las construyeran; y los flamencos, á quienes antes enorgullecieran los recuerdos que á la imaginacion les traian, suspiraron al ver como el arado hacia desaparecer los vestigios de tan brillantes glorias. No tardaron los acontecimientos en poner á la vista las funestas consecuencias que debia acarrear tal medida. Los Países Bajos, destituidos de sus fortalezas, faltos de montañas y á demasiada distancia del punto céntrico del imperio para que pudiese defenderseles con buen éxito, fueron víctimas del primer impulso, y no conoció el gobierno austriaco la tendencia perjudicial de sus medidas, sino cuando supo la pérdida de aquella su antigua provincia (1)."

El descontento y la ingratitud de los flamencos affligieron de tal manera al sensible corazon de José II, que abreviaron sus dias. A su fallecimiento, que acaeció el 16 de Febrero de 1790, sucedióle su hermano Leopoldo, cuyo benigno y paternal gobierno en la Toscana habia sido de mucho tiempo atrás objeto de admiracion para todos los filósofos de Europa, pero cuyo carác-

(1) Jom. I, 159.

ter, admirablemente formado para la sosegada administracion de aquel apacible ducado, no podia servir ni por asomo para la direccion de las grandes y varias provincias de que se componia el imperio austriaco. Encontróse á la monarquía por todas partes conmovida, á consecuencia de las reformas é innovaciones que su antecesor introdujera; á las provincias de la Bélgica en una insurreccion abierta; á la Bohemia y al Austria inferior dominadas por un vehemente descontento, y á la Hungría en un estado de insubordinacion imponente. Para colmo de males, las semillas de la Revolucion iban cundiendo con rapidez por la Polonia, en un período en que la discordia que reinaba en el pais, y la debilidad de su gobierno, presentaban muy poca esperanza de que pudiese salir de sus apuros sin una invasion estrangera; y desde luego se preveia que el despojo de sus ricos é indefensos planios seria la manzana de discordia que hiciese saltar á la palestra á las ambiciosas monarquías militares que la circunian (1).

Al fin la contenida indisposicion de los flamencos se convirtió en una insurreccion declarada. En el otoño de 1789, en el período precisamente en que los franceses se levantaban contra las clases privilegiadas y la autoridad eclesiástica, tomaban los Países bajos las armas para sostenerlas. La Francia intentaba obligar á su gobierno á que dictase medidas liberales, y

(1) Hard., I, 79, 80.

Flandes pedia la revocacion de las del mismo género que habia introducido su soberano; Bruselas, Gante y Mons cayeron con prontitud en manos de los insurgentes, y la rapidez con que acontecieron estos desastres, causó la muerte del emperador José. Pero no fueron de larga duracion estos triunfos. Su sucesor Leopoldo tomó las mas enérgicas medidas para restablecer su autoridad; los partidarios de la aristocracia vinieron á las manos, con los de la aristocracia, en las provincias insurreccionadas; los franceses, indignados de que reprobasen sus principios los rebeldes aristócratas, se negaron á prestarles apoyo (1); la marcha del mariscal Bender á la cabeza de las fuerzas del imperio, fué un continuo triunfo, y las tropas austriacas se rehicieron de toda la estension de los dominios flamencos con mucha mayor facilidad que aquella con que los habian perdido.

La casa de Hapsburgo se conservaba aun en la dignidad de imperio; empero los títulos altisonantes y el notorio ascendiente de los Césares no bastaban para ocultar la debilidad de su dominio. La vasta y pesada máquina del imperio estaba dirigida por la Dieta cuya residencia era Ratisbona y que se componia de tres corporaciones; la de los electores, la de los príncipes y la de las ciudades libres. La primera, el número de cuyos electores se habia resuelto por el tratado de Westphalia que seria el de ocho, á los cuales mas adelante se agregó Hanover, poseia

(1) Hard., I, 88, 90.

por único derecho el de elegir al emperador; la segunda, que se componia de 33 prelados y 61 príncipes, gozaba de poca influencia y solo servia para estimular la codicia de sus superiores; y la tercera, que consistia en 47 ciudades, era consultada por pura fórmula y no tenia verdaderamente voto alguno en los negocios públicos. Cada una de estas asambleas se encontraba en la obligacion de dar cierto contingente de tropas para la defensa del imperio; pero estos soldados, hallándose divididos entre si por pertenecer á distintos países, eran de un amparo muy débil, de suerte que la fuerza positiva del imperio consistia en las monarquias austriaca y Prusia. (1)

La fuerza militar de la Prusia, que elevara el gran Federico en virtud de su ingenio y sus triunfos al mayor grado que era posible segun los recursos que presentaba el país, habia convertido á este insignificante reino en una de las potencias de primer orden del continente europeo. Su ejército, que constaba de 160 mil hombres, incluyendo en este número á 35 mil de caballeria, se hallaba en el estado mas brillante en cuanto á disciplina y equipo; pero esta fuerza sin embargo de ser numerosa no formaba sino una pequeña parte de la total con que contaba el reino. Por el admirable sistema de organizacion establecido, todos los jóvenes del estado estaban obligados á servir por un tiempo determinado desde sus mas floridos años; y esto daba por resultado

(1) Hard., I, 8, 9.

no solo que se generalizase el amor á la carrera de las armas, sino aun que en todos tiempos conservase la nacion en su seno un acopio inagotable de veteranos aguerridos que en un momento crítico pudiesen volar á su defensa. Estando limitado á solo cuatro años el tiempo de servicio, no se temia allí á la carrera militar la aversion que en otros países, la cual proviene de que se hace en ellos servir á los ciudadanos por un término ilimitado; por el contrario abrazábala con gusto la juventud en Prusia, porque abria campo donde se esplayase el espíritu activo y emprendedor del hombre en ese periodo de la vida. La Prusia recogió los frutos de tan acertado sistema cuando hizo frente á las tres mayores potencias de Europa durante la guerra de siete años, y á la misma causa debió el inmenso número de intrépidos campeones que volaban á ponerse bajo sus banderas durante la lucha revolucionaria. (1)

A la muerte de Federico el grande, considerábase al ejército pruso como el primer ejército de Europa. Enorgullecidos por haber sostenido una lucha de que no se encontraba ejemplo en las páginas de la historia moderna, y por el talento sin igual de su gefe, los soldados prusos poseian no solo la fuerza moral que es tan necesaria para la guerra, sino aun una consumada instruccion, que se les habia hecho adquirir por medio de un constante ejercicio, en el rápido movimiento de las grandes masas. Las evoluciones que en una

(1) Jomini I. 231, 232. Hard., I, 37.

proporcion inmensa, hacia anualmente el ejército, le familiarizaron con este indispensable ramo, y bajo los científicos auspicios de Seidlitz; logró perfeccionarse su caballería hasta el grado de llegar á ser la mejor de Europa. En Berlin y otros puntos habia escuelas, establecidas bajo muy buen pie, donde aprendian el arte de la guerra los jóvenes á quienes se destinaba á oficiales; y en aquel estado, de igual modo que en las demas monarquías de la parte septentrional de Europa, todos los jóvenes de consideracion se dedicaban á la carrera de las armas. De consiguiente reservábase á la nobleza los mas encumbrados empleos del ejército; pero fué abandonándose despues esta odiosa preferencia, y en la terrible lucha que se suscitó en 1813, no pudo menos la Prusia que alegrarse de haber introducido tal cambio. (1)

Los Estados de que la monarquía prusa constaba, no se hallaban tan unidos ni inmediatos á ella como los de que se componian los dominios del Austria. No habia trazado la naturaleza en el primer reino líneas como el Rhin, los Alpes ó los Pirineos, que pudiesen servir de límites territoriales; no contaba con caudalosos rios ni con séries de montañas que sirviesen de proteccion á sus fronteras, y tenia pocas plazas fortificadas que la preservasen de las incursiones de las vastas monarquías militares que la circuián. Su territorio comprendia una área de catorce mil leguas cuadradas; y su poblacion, que se habia

(1) Jom., 228, 231.

aumentado á casi el doble durante el reinado de Federico el Grande, ascendia á cerca de ocho millones de almas, pero se componia de distintas razas, hablaba diversos idiomas, profesaba diferentes religiones, y carecia de fortificaciones internas y esternas que la protegiesen. Su frontera del lado de la Rusia, el Austria y la Polonia, que abrazaba una línea de descientas leguas, se hallaba absolutamente destituida de fortificaciones: la Silesia solo disfrutaba de la doble ventaja de poner tres líneas de fortalezas, y de haberla colmado, en este respecto, de sus dones la naturaleza. De suerte, que la defensa nacional dependia solo del ejército y del esfuerzo de los habitantes; pero animados todos por el recuerdo de sus hechos durante la guerra de Siete Años, hallábanse en el grado mayor de entusiasmo [1].

La forma de gobierno que regia, era la de un despotismo militar; no existian privilegios de individuos ó corporaciones que modificasen en manera alguna la autoridad del soberano; desconocíase la libertad de la prensa; mas sin embargo, la sabiduría y benevolencia de la política interior del Estado, mitigaban el rigor que en virtud del sistema hubiera debido ejercerse. Esta política, que estableciera Federico el grande, se habia convertido en principio constante, que invariablemente siguió la administracion de sus sucesores. No hubo pais de Europa, sin exceptuar á la Inglaterra ni á la Suiza, donde mayor

(1) Hard., I, 37, 39.
TOM. II.

respeto se tuviese á los derechos individuales, ni donde se observase con mas rigidez la justicia, tanto en los actos de los tribunales como en las medidas del gobierno, relativas al interior de sus dominios. "Que se haga todo por el pueblo, y que nada haga el pueblo por sí," era el principio que aquella administracion seguia. La tolerancia establecida, que rayaba ya en el exceso, habia dejenado en indiferencia é impiedad, que son sus funestas compañeras, en muchas de las clases mas encumbradas del Estado. En la capital, que imitaba la disolucion de Paris, las costumbres estaban corrompidas, y la clase media, uniéndose por medio de secretas sociedades francmasonicas, comenzaba á poner en fermento aquellos violentos afectos que mas adelante ejercieron tan importante influjo en los destinos de la Europa [1].

El poder de la Rusia, que Federico fué el primero que conociera en la terrible batalla de Cunnorsdorff, empezaba en la época que describimos, á ins-

pirar inquietud á las potencias del norte de Europa. Este imperio inmenso que comprende á la mitad de Europa y de Asia dentro de los límites de sus dominios, defendido por inaccesibles regiones heladas, á cubierto de toda invasion por la estension de su superficie y la crudeza de su clima, habitado por una raza indómita y sufrida, que está siempre dispuesta á trocar la vida cómoda y variada del Sur por las penali-

(1) Hard., I, 40, 44.

des y la monotonia del Norte, se hacia de dia en dia mas formidable á las libertades de Europa. La emperatriz Catarina, dotada de una energía y de una ambicion varoniles, ocupábase con empeño en hacer una guerra sangrienta contra la Turquía, guerra en que la astucia que caracteriza á la guerra civilizada, se aprovechaba del entusiasmo que inspira toda cruzada religiosa. Habia dado principio la campaña con la toma de Oczakoff, punto que con facilidad cedió á la audacia y fortuna del príncipe Potemkin; pero el esfuerzo de los turcos aun cuando por tanto tiempo dormitara, se habia elevado al fin á su mayor extremo. Aunque eran indisciplinados y débiles en campo raso, mostrábanse invencibles cuando combatian tras de murallas; de suerte que los mas insignificantes fortines guarnecidos por tales guerreros, no se podian tomar sino á costa de un sacrificio enorme de sangre y numerario. Empero presentóse otro nuevo y terrible enemigo á los otomanos, en la persona de Suwarrow, que era uno de esos hombres extraordinarios que por la fuerza de su caracter, alteran los destinos de las naciones. Este general, hombre de resolucion y de un valor intrépido, y que egerecia sobre el animo de sus soldados una influencia religiosa, se pasó á los austriacos con 8 mil hombres, en momentos en que estos sostenian una pelea de écsito dudoso, con cincuenta mil hombres, hácia las márgenes del rio Rymniskí, y comunicó tal energía con su incorporacion á estas tropas, que obtuvieron completa victoria

sobre una masa superior de turcos. Empleósele mas adelante en el sitio de Ismael, y particularmente por el ascendiente superticioso que tenia sobre sus soldados, tomó por asalto aquella famosa fortaleza, á pesar de que la defendian 24 mil hombres de los mas valientes de Turquía. La Gran Bretaña hizo uso con tiempo de su diplomacia para evitar al imperio otomano las calamidades que le amenazaban; presentáronse entretanto nuevos objetos de contienda; suscitáronse nuevas luchas con motivo de la Revolución de Occidente, y quedó reservada para otro siglo la gloria de plantar la cruz sobre el domo de Santa Sofia. (1)

Desde mucho tiempo atras se habia hecho célebre la infantería rusa por su inmóvil firmeza; en Pultawa, Cunnersdorff, Choczim é Ismael hizose distinguida; y la caballeria, aunque era infinitamente inferior á lo que es hoy en cuanto á disciplina y equipo, adiestróse en el servicio durante la guerra con los turcos, y cabalgaba en una raza de caballos; admirable por su vigor; la artilleria, que hoy vemos bajo un pie tan brillante, no era notable en aquel tiempo sino por lo pesado de sus trénes y el obstinado valor de las tropas de esta arma. Formábanse los ejércitos con cierta porcion de conseritos que se tomaba de entre cada ciento de los habitantes varones; sistema que empleado en una poblacion numerosa y que con

(1) Lac., VIII, 155, 156, Ann. Reg., XXXIII, 201 La Rusia, por Fooke, I, 128. Segur II, 279.

tanta rapidez se aumenta, debia producir un incesante refuerzo de tropas. En 1792 ascendian á 200 mil hombres, pero de esta fuerza solo estaba disponible la mitad para operaciones de campaña, pues el resto permanecia constantemente acantonado hácia el Pruth, el Cáucaso, y las fronteras de la Finlandia. Sin embargo, no hemos incluido en este número á la juventud de las colonias militares, que adquirió suma importancia mas adelante, ni á los bien conocidos Cosacos del Don. Esta fuerza indisciplinada, compuesta de las tribus de pastores que habitan las provincias meridionales del imperio, casi nada cuesta al estado; no tiene mas que hacer el gobierno que expedir una orden solicitando cierto número de individuos de los que forman aquellas intrépidas cuadrillas, para el servicio de la campaña, y acuden á su llamamiento multitud de jóvenes fogosos equipados á sus espensas, montados sobre caballos de pequeña estatura pero incansables, dispuestos á sufrir todas las penalidades de la guerra en cumplimiento del deber que les liga á su soberano, y alhagados por la esperanza del saqueo y por la vida aventurera de la campaña. Dotados de toda aquella inteligencia que es peculiar al carácter pastoril y salvaje, y sometidos ademas, hasta cierto punto, á la disciplina militar, forman las mejores fuerzas que pueda darse en la clase de tropas ligeras, y producen efectos mas terribles en un ejército en retirada, que

lo mas selecto de las guardias francesas ó rusas. (1)

Habituado desde su infancia á las penalidades de la vida, el soldado ruso es mas propio para resistir á las fatigas de la guerra, que ninguno de los demas de Europa. La obediencia á sus gefes es para él el mas sagrado de los deberes; sumiso á la disciplina como á los preceptos de la religion, no hay para él fatiga ni privacion que le haga olvidar el cumplimiento de sus obligaciones. Durante cada marcha, durante campañas enteras, obsérvase á los artilleros á la intermediacion de sus piezas, en el puesto que les han asignado sus gefes, y nada es capaz de hacerles abandonarlos sin previa autorizacion para ello. Los carromateros se ponen á encerar sus harnesses á campo raso, bajo un frio de 15 grados en el termómetro de Reaumur, con la misma tranquilidad y esmero que si se estuviesen preparando para un dia de parada, y se encontrasen bajo la mas benigna temperatura. Esta admirable exactitud ocasiona que sean sumamente raras sus derrotas; y se han habituado tanto estos soldados, en las guerras que han tenido con los turcos, á cifrar su seguridad en estrechar sus filas, y á contar con una infalible destruccion si huyen, que es rara la vez que se les dispersa. Aunque no tienen aquella facilidad de reunirse despues de una derrota, que dá á los soldados franceses su elevada inteligencia, sí po-

(1) Jom., I, 254, 158.

seen mayor firmeza, y de consiguiente hay en ellos menos posibilidad de dispersarse. (1)

Todo el anhelo de la nacion está dedicado al ejército. El comercio, las leyes, y las profesiones civiles, no gozan de consideracion alguna; todos los jóvenes de representacion se consagran á las armas. En diversos puntos del imperio hay establecidos inmensos colegios militares que arrojan anualmente lo mas florido de la juventud á esa brillantísima carrera: su elevacion en el ejército depende absolutamente de los hechos; y los herederos de las mas distinguidas familias se ven obligados á empezar á servir por los grados mas subalternos. Arrostran las penalidades y los peligros de la campaña con la misma intrepidez que los simples soldados; víoseles al lado de estos, ya en el asalto de Ismael ya en su marcha por los hielos de la Finlandia. Todos pueden con igualdad obtener ascensos, sea cual fuere la condicion de que procedan: (2) todo gobierno cuya existencia esté cifrada en sus hazañas militares, se vé en la indispensable necesidad de premiar al verdadero mérito, de suerte que la mayor parte de los oficiales que tienen mando en el ejército, proceden de las clases ínfimas del estado.

Pero, aun cuando ya por aquel tiempo aparecia formidable el poder de la Rusia, estaba muy distante el mundo de preveer el brillantísimo papel que habia de representar en la lucha que

(1) Jom. I, 256.

(2) Jom. I, 257.

iba á seguirse. Su inmensa poblacion, que solo en sus dominios europeos ascendia á cerca de treinta y cinco millones de almas [1], la proporcionaba un acopio inagotable de tropas. Los destrozos que hacia la guerra ó la peste entre sus habitantes, muy en breve se reparaban, porque el número de aquellos, cada cuarenta años se duplicaba. Sus soldados, acostumbrados al calor y al frio desde su infancia, y dominados por una ciega adhesion al Czar, reunian en sí el indómito valor de las tropas inglesas á la impetuosa energia de las francesas. Temida de todas las demas naciones sus vecinas, y demasadamente remota para abrigar la idea de que se intentase dirigir sobre ella algun ataque, no habia motivo alguno que la impidiese prestar toda su fuerza disponible para que se sirviese el extranjero, importándole muy poco la escasez de recursos pecuniarios, mientras se pudiese contar con que los caudales de la Inglaterra proporcionarian el elemento mas necesario para la guerra. Antes de la conclusion de las hostilidades, vió la Francia pasar revista en los planios de la Borgoña á ciento cincuenta mil soldados rusos, fuerza mayor que aquella con que combatió, Atilla en los campos de Chalons.

La Polonia, pais que mas adelante debia ser teatro de gloriosas proezas, se hallaba, al principio de la Revolucion francesa, gimiendo bajo la opresion del yugo extranjero. Esta nacion heroica, que fuera por

(1) La Rusia, por Tooke, II, 138.

tan dilatado espacio de tiempo el baluarte del Cristianismo contra los turcos, y la libertadora de la Alemania bajo el reinado de Juan Sobieski, antiguo conquistador de Rusia, habia sido víctima de una conspiracion atroz en 1772. La planimetría de su superficie, la falta de plazas fortificadas, y la debilidad que es consiguiente á toda nacion que esté regida por una monarquía electiva, y tenga en su seno á una turbulenta democracia, habian hecho infructuoso todo el valor del pueblo, y la mayor parte de aquellos dominios habian caido en manos de sus ambiciosos vecinos, en la época de que hacemos mencion. En 1792 encontraron nuevo pretesto para volver á ejercer su rapacidad los soberanos inmediatos. Estanislao Augusto, último soberano en el nombre, habia concedido á sus vasallos una constitucion mejor adaptada de lo que hubiese podido esperarse, á la peculiar situacion del pais. En ella se declaraba elegible la corona, pero hereditaria la dinastía, y nombrábase á la princesa de Sajonia heredera del trono despues del fallecimiento del rey. La corona habia de proponer las medidas legislativas y los decretos, y estos habian de ser sancionados por las cámaras de Lores y Comunes. Los nobles abandonaban el privilegio de desempeñar esclusivamente todos los cargos públicos, y para que se fuese elevando gradualmente el pueblo, se precisaba al rey á que en cada período de sesiones de la dieta, ennobleciese á treinta individuos de la clase media. Declaróse, en fin, que la religion católica era la establecida.

Promulgóse esta constitucion en medio de la unánime aclamacion del pueblo, y se juzgó que la energía de este iba á comunicar un juvenil vigor á la caduca monarquía. Pero fueron de corta duracion aquellos transportes de júbilo. Estanislao Augusto, si bien ostentó grandes luces al formar su constitucion, tambien demostró que no era apto para defenderla. La emperatriz Catarina comenzó á concebir recelo de que la Polonia recobrare su pasada robustez política, y tuvo temores de que se contagiasen sus Estados hereditarios con aquellos principios revolucionarios que tan cerca de ellos se proclamaban. Celebróse un nuevo tratado de repartimiento entre las tres potencias contiguas, [1] y retiróse á los vencedores de Ismael de la guerra en la Turquía, para que descargasen un golpe mortal sobre los antiguos defensores de la fé cristiana.

Aunque no poseian los polacos el ascendiente que dá la union, su valor natural les hacia propios para haber representado un papel importante en los acontecimientos de Europa. Napoleón los ha caracterizado, diciendo que son los hombres que con mas prontitud se vuelven soldados; y su vehemente patriotismo les hacia verter voluntariamente su sangre en favor de cualquiera otra nacion en la cual veian que por su medio podian recuperar su independencian nacional. Las legiones polacas se distinguieron por su intrepidez en las guerras de Italia y España:

(1) Ann., Reg., XXXIII, 205. Lac., VIII, 168, 172 Burke, 178.

militaron bajo los pendones franceses en Smolensko y en Moscow, y les mostraron una fidelidad á toda prueba, durante todos los desastres que se padecieron en la posterior retirada. Aunque los abandonó cruelmente Napeleon al principio de la campaña en Rusia, asociáronse á su suerte durante los cambios que mas adelante se operaron, y en medio de la general defección de la Europa conserváronle su lealtad en el campo de Leipsic.

Hallábase la Suecia demasiado distante del teatro de la lucha europea, para ejercer influjo alguno en la política. A salvo de todo peligro por la situacion distante y casi inasecible que ocupaba, habitada por felicidad suya, por una poblacion de labradores robustos, virtuosos é ilustrados, nada tenia que temer sino de la insaciable ambicion de la Rusia. Hacia poco, sin embargo, que habia terminado una guerra gloriosa con su poderosa vecina; sus armas, combinadas con las de la Turquía, habian tomado á las fuerzas imperiales por sorpresa; y Gustavo, salvándose, por medio de un desesperado esfuerzo de valor de una posicion peligrosa que guardaba, habia destruido á la escuadra rusa, y ganado una señalada victoria tan cerca de San Petersburgo, que desde el palacio de la emperatriz se oia el rumor del cañoneo. Catarina se apresuró á celebrar la paz con la Suecia, por medio de proposiciones ventajosas que dirigió á aquella su valerosa antagonista, y á fin de que las aceptase, todavía se sirvió

del expediente de alhagar sus sentimientos caballerescos, diciendola que los esfuerzos de todos los soberanos debian dirigirse á contener los proyectos de la révolucion francesa, y que ninguna nacion era mas digna que la Suecia de ponerse al frente de tamaña empresa. [1]

Situada la Turquía al otro extremo de los dominios rusos, sus fuerzas eran menos capaces todavía, que las de la Suecia, de alterar la balanza de las potencias europeas. Formidable durante el período de su vigor y engrandecimiento, el poder otomano como sucede respecto del de todas las naciones bárbaras, habia declinado rápidamente y sin intermision, despues de haber llegado al apogeo de su grandeza. Hallábase defendido aquel imperio por la natural fragosidad de su terreno, por su escasísima poblacion, consecuencia de la cruel é incesante opresion del gobierno, y por la rivalidad de las potencias europeas que siempre intervenian en su favor cuando corria riesgo la existencia de estos dominios. Su caballería valiente, diestra y bien montada, era la mas formidable del mundo; pero el carácter veleidoso del pueblo le hacia incapaz de prestarse á la sujecion y al sufrimiento, que son indispensables para la formacion de una masa de infantería aguerrida y disciplinada. Algunas veces, sin embargo, impelió el fanatismo á hacer extraordinarios esfuerzos, y en tales casos no era cosa rara ver tendida hácia los márgenes del

(1)º Lac. VIII, 167.

Danubio á una fuerza de ciento cincuenta mil hombres; pero eran de corta duracion estos esfuerzos, pues á la primera derrota de alguna consideracion desaparecian aquellas poderosas huestes y dejaban á sus gefes al frente solo de unos cuantos regimientos de caballería. Pero aunque todas estas causas ocasionasen que fueran los otomanos incapaces de llevar la guerra al extranjero, eran sin embargo formidables contra cualquier fuerza que los invadiese. Sus planios, despoblados y sin agua, no prestaban recurso alguno al enemigo, y al mismo tiempo, la falta absoluta de caminos propios para trenes, hacia casi llegar al imposible el transporte de provisiones de los Estados inmediatos, ó avanzar la necesaria artillería para el sitio de las fortalezas del imperio. Los genízaros parapetados tras de las murallas de las mas insignificantes poblaciones, combatian las mas veces, con buen éxito, con un valor frenético; los habitantes todos tomaban las armas en defensa de sus vidas y de su culto; y las ciudades mas despreciables defendidas por tales guerreros, presentaban con frecuencia una oposicion mas terrible, que las mejores fortificaciones de la parte occidental de Europa.

Sin embargo, la continua y dura opresion que ejerce el gobierno otomano para con sus súbditos, habia introducido en el poder de la Turquía un principio de debilidad que no habia llamado la atencion en las épocas anteriores, pero que ha desarrollado posteriormente sus efectos, de una manera manifiesta. Los efectos de aquella cau-

sa eran, en primer lugar, la rápida y constante mengua que presentaba su poblacion, la cual, en breve imposibilitó al imperio de hacer aquellos súbitos y violentos esfuerzos que tanto terror inspiraran en las épocas anteriores á los Estados inmediatos. [1] En segundo lugar, el orgullo ignorante y brutal del gobierno, no permitiéndole adquirir instruccion alguna sobre la situacion que guardaban las diversas naciones de Europa, le dejaba en la imposibilidad de aprovecharse de las ventajas que las encarnizadas luchas de aquellas con mucha frecuencia se daban, y mas de una vez esa misma ignorancia le hizo desechar los únicos medios con que podia contar para rehacerse del ascendiente que le hacian perder las incesantes agresiones de la Rusia.

Distintas causas habian originado que la importancia política de la Italia hubiese llegado á ser tan insignificante como la de la Turquía. Apesar de habitar el suelo mas hermoso de Europa, apesar de haberle dado la naturaleza riquísimos planíos y feracísimas montañas, y de haberle defendido de agresion estraña por el mar que le circuye y los helados Alpes, apesar en fin, de tener á la vista venerables memorias de su antigua grandeza, y de hollar un territorio que habia sido la cuna de la libertad moderna, el pueblo de Italia no figuraba sin embargo en el catálogo de las naciones. Esta triste degradacion parece haber consistido

(1) Constantinopla, por Walhs, I, 193, 194. La Mesopotamia, por Buckingham, I, 212.

en la pérdida de su valor militar y de sus virtudes privadas. Cuando militan bajo caudillos extranjeros, los habitantes de sus estados septentrionales, á semejanza de los portugueses y los hindos cuando han estado bajo la direccion de la Gran Bretaña, han ostentado un valor distinguido como se vió cuando ingresaron en las filas de Napoleon; pero hallándose al mando de oficiales de su pais y combatiendo en defensa de los pendones de su patria, jamas pudieron resistir el impulso de las fuerzas transalpinas. La Toscana, á consecuencia del gobierno sabio y paternal de Leopoldo, florecia, prosperaba, y disfrutaba de contento; pero la inmediacion de la Francia habia hecho que se esparciesen las semillas de la discordia en el Piamonte, y tanto este como el Milanesado, contemplaron con una satisfaccion manifiesta los triunfos que obtenian las huestes republicanas al otro lado de los Alpes. En vano reinaba en todos los estados de Italia una insuperable antipatía en contra de todo yugo extranjero; en vano retumbaban de aplausos sus teatros cuando en ellos se recitaba este verso de Alfieri:

“Servi siam si! ma servi ognor frementi.”

Eran incapaces de hacer aquellos vigorosos y sostenidos esfuerzos que se requieren para el establecimiento de la libertad civil ó de la independencia de la patria; de aquí provino que la Italia, durante todas las contiendas de que fué teatro, pasó sin resistencia alguna, á manos del

conquistador del norte. Las águilas austriacas y francesas dominaron alternativamente en sus planios, pero jamas se tremoló el pendon nacional, ni se hizo esfuerzo alguno para libertar al país del dominio extraño; y las pocas veces que los napolitanos y venecianos intentaron enarbolar el pabellon de independendia, quedaron vencidos al simple aspecto de las fuerzas de sus contrarios. Causa sentimiento recordar que los descendientes de los romanos, de los samnitas y de los galos cisalpinos, hayan degenerado tanto, y probablemente para siempre, de las virtudes de sus progenitores; no parece sino que hay una ley de la naturaleza que prescribe que no pueda existir por mucho tiempo un alto grado de civilizacion unido al valor militar en los hermosos climas del mundo, y que la misma naturaleza, como para equilibrar los infinitos dones que ha acumulado en esos paises, ha negado á sus habitantes la constante resolucion para defenderlos. (1)

El reino del Piamonte situado en las fronteras

Piamonte. de la Italia, tenia una poblacion cuyo carácter se asemejaba mas al de sus vecinos los del norte que al de los del mediodía. Sus soldados, que iba á tomar especialmente de la Saboya, de la Siguria ó de los Alpes marítimos, eran valientes, dóciles y emprendedores, y bajo la administracion de Víctor Amedeo, se habian elevado á la mas alta distincion á principios del siglo XVIII. El ejército regu-

(1) Bot. I, 21. Lac. VIII, 147.

lar consistia en 30 mil hombres de infantería y 3.500 de caballería; pero ademas de esta fuerza contaba el gobierno con el apoyo de 15 mil hombres de milicia que podian rivalizar con las mejores tropas de Europa, empleándoseles en la defensa de las gargantas de sus montañas. Ocupábaseles, especialmente durante la guerra, en guarnecer las fòrtalezas; y el número de estas, unido á la fuerza natural del país y á su importante situacion, que le hacia dueño de todos los pasos por donde se podia atravesar á los Alpes, daban al Piamonte una importancia, que no se hubiera podido esperar de solamente su fuerza fisica. (1)

Sumergida en lóbregos pantanos, oprimida por el ascendiente naval de la Inglaterra, y encarcelada en un rincon de Europa, la república holandesa ha-

Holanda.

habia decaido mucho en importancia, respecto de la política europea. Continuaba su ejército constando de 44 mil hombres, y sus plazas fortificadas, é inundaciones, le prestaban los mismos medios de defensa que en anteriores épocas la habian hecho adquirir tanta gloria; pero el esfuerzo de sus habitantes no era igual en aquel tiempo, á las ventajas que su natural situacion le daba. Un largo periodo de paz habia hecho decaer el espíritu marcial del pueblo, y su principal defensa consistia en el miserable apoyo de tropas auxiliares, que nunca permitieron á la república, durante la posterior contienda, poner

(1) Jom. I, 244.

mas de 30 mil hombres en campaña. Muy distante estaba el mundo de preveer, en aquella época, la gloriosa resistencia que mas adelante debia hacer la Holanda á las hostilidades por mar y tierra, que habian de dirigir contra ella las dos mayores potencias de Europa.

El pueblo de la Península española, animado por pasiones mas vehementes que otro alguno, descendientes de mas fogosos progenitores y habituado á mayor variedad de climas, debia naturalmente desempeñar un distinguidísimo papel en la lucha, que se iba á trabar en defensa de la libertad europea. Esta raza de singular mezela, unia á la obstinacion en sus intentos que distinguia á los godos, la fogosa intrepidez que caracteriza á la raza morisca; los siglos que habia pasado en una casi no interrumpida calma, no habian bastado para extinguir la primera de ambas cualidades, ni para moderar la segunda; y el conquistador de Europa se equivocó en sus cálculos sobre el carácter de aquel pueblo, al fundar su juicio en la ninguna gloria que habia adquirido durante el reinado de la dinastía de los Borbones. Los nobles, que habian degenerado á consecuencia de haber seguido constantemente el uso de no enlazarse sino con los de su clase, carecian, es cierto, de energía; y la familia que ocupaba el trono estaba destituida de todas aquellas cualidades que hubieran podido asegurar el triunfo; pero la poblacion de los campos que era animosa, y que gozaba de prosperidad é independen-

cia, presentaba elementos con que poder formar un ejército decidido; y el clero que ejercia sobre las clases ínfimas un ilimitado dominio, estaba poseido del mas insuperable encono en contra de los principios de la Revolucion francesa. La decadencia en que se hallaba la nacion respecto de su vigor político, que muchos escritores superficiales han atribuido infundadamente á sus atenciones coloniales y á la adquisicion de las minas de América, realmente consistia en hallarse estancada una considerable porcion de propiedades en manos de ciertas corporaciones y de algunas familias nobles, y en la grande influencia que ejercia el clero católico, el cual, en los muchos siglos que preponderara, habia hecho que aquel hermoso reino casi no se compusiese sino de conventos rodeados de una poblacion de robustos aldeanos. Pero aunque todas estas causas imposibilitaban á la España, de acometer empresa alguna con relacion al extranjero, no habian disminuido en lo mas leve su aptitud para la defensa de su suelo, y el pueblo que en todos tiempos ha hecho allí causa comun con el soberano y los nobles, volaba á las armas con entusiasmo sin igual, cuando se atacaba á su lealtad, por la captura de su monarca ó se exaltaba á su fanatismo, por medio de las exhortaciones de sus pastores. El primer reves de consideracion, que sufrieron las armas francesas, fué ocasionado en justa retribucion, por el espíritu de resistencia religiosa á que dieron márgen sus primeros enormes actos de injusticia; de suerte, que se

habria evitado la desgraciada batalla de Baylen y la muerte de 500 mil franceses, que quedaron tendidos en los campos de España, si no hubiese llevado á efecto la asamblea constuyente la confiscacion de los bienes del clero. (1)

La fuerza nominal del ejército español, al principio de la revolucion francesa, era la de ciento cuarenta mil hombres; pero mucho distaba esta de ser la positiva de que constase, puesto que nunca pudo lograr aquel gobierno, durante las primeras campañas que sostuvo, presentar mas de ochenta mil hombres al enemigo, sin embargo de haber reforzado su ejército, con la adición de treinta y seis batallones, en los momentos de romperse las hostilidades. Pero con motivo de la invasion, que se practicó en 1808, levantáronse los habitantes en masa y formáronse fuerzas particulares en toda la estension del reino. Mas estas masas indisciplinadas, aunque desplegaban valor como los turcos, defendiendo á las poblaciones aparapetadas tras de sus muros, carecian absolutamente de las cualidades esenciales que poseen las tropas de línea, y no tenian aquella firmeza, aquella confianza en sí propias, ni aquel porte, que son tan necesarios en campaña, para obtener un seguro triunfo. De consiguiente, eran derrotadas en casi cada encuentro que tenian, y á no haber sido por la obstinacion de su carácter, por su ignorancia, por su natural jactancia, que les daba la posibilidad de ocultar á

(1) Foy II, 143, 144, 151, 160, 170. Jomel., 171, Napier, I, 4, 5.

todos, pero no á los suyos, la magnitud de sus revéses, y en fin, por la crecida fuerza auxiliar inglesa, que incesantemente las apoyaba, habríanse terminado las hostilidades á poco de haber dado principio, sin mayor trabajo para el emperador de los franceses [1].

Durante las campañas de la Revolucion, no hubo un solo ejemplo de que el ejército español, desplegar aquella firmeza militar, con que en épocas anteriores se habia distinguido su infantería en las jornadas de Pavía, Rocroi y los Paisos Bajos. En lo que verdaderamente se señaló fué en aquella facilidad á desordenarse y á volver la espalda á sus banderas al primer descalabro, nulidad propia de las tropas del trópico, y que caracterizó á sus mayores durante sus campañas con los romanos. No parecia sino que la dilatada residencia de sus antepasados bajo otro clima, habia debilitado el indómito esfuerzo que habia desplegado la raza goda, cuando estaba limitada á la helada temperatura de su nativo suelo. La carrera de las armas se tenia en España muy en poco; en 1792 apenas habia cuatro personajes de distincion, en los servicios del ejército y la marina. Pero los pobladores de los campos se mostraron todo el tiempo que duró la guerra, sumamente perseverantes y sufridos; aunque tuvieron innumerables descalabros, no por eso se desalentaron, sino que se volvian á reunir, como en los tiempos de Sertorio, siempre que veian que las circunstancias les eran propi-

(1) Napier, I, 237. y sig., Jom. I, 240.

cias [1] y á pesar de haberse visto abandonados por casi toda la nobleza, sostuvieron hasta el fin una obstinada lucha contra el vencedor de la parte septentrional de Europa.

Criados entre montañas cubiertas de nieve, consagrados al cultivo de un terreno estéril y ostentando austeras costumbres, los agrícolas pobladores de la Suiza, presentaban las mismas cualidades que constantemente los han hecho célebres en las guerras de Europa. Pasaban una vida tan sencilla, tenían tan invencible esfuerzo y un patriotismo tan ardiente como sus antecesores, los que sucumbieron en los campos de Morat ó Morgarten. Aunque se defendían con brio, la fuerza numérica de sus tropas, que no escedía de treinta y ocho mil hombres de línea (2), les daba muy poca influencia respecto de las grandes contiendas que se trataban á las faldas de sus montañas. Sin embargo, no dejaron de presentárseles ocasiones, en que desplegaron el antiguo valor de su progenie; las luchas que sostuvieron en Berna y Undervald, en tiempo de la invasión francesa, no desdijeron de la inmensa celebridad que les hicieran adquirir sus anteriores campañas de independencia; y ya hemos visto además, que en medio de la vergonzosa defección que hubo cuando los sucesos del 10 de Agosto, las guardias suizas fueron las únicas que, fieles á

(1) Jom. I, 242, 243.

(2) Statistique de la Suisse, [Estadística de la Suiza] 102.

Luis, persistieron en seguir su suerte, mereciendo por su muerte heroica que se les hubiese consagrado aquella patética inscripción que se grabó en los sepulcros de las Termópilas:

“Anda á Lacedemonia ¡oh pasajero!
Y dí que aquí, esclavos de sus leyes,
Rendimos el aliento postrimero.”

Las fuerzas con que debía luchar la Francia y obtener tan dilatado triunfo contra el inmenso número total de tropas que dejamos enumerado, no era considerable, ni con mucho, cuando las hostilidades se rompieron. Constaba la infantería de ciento sesenta mil hombres, la caballería de treinta y cinco mil, y de diez mil la artillería; pero una gran porción de esta fuerza se había separado de sus filas durante la agitación del país y con anterioridad al período en que dió principio la guerra. En toda la época tempestuosa de la revolución, habíase relajado notablemente la disciplina entre las tropas [1], y la costumbre que habían tomado de entablar entre sí discusiones acerca de la política del país, había introducido en ellas el desenfreno, circunstancia que es incompatible con la disciplina militar; empero, viéronse mas que contrapesadas estas nulidades, á consecuencia de los muchos hombres resueltos

(1) Jom. I, 224. Memorias de Carnot, 136. Saint Cyr, Intruduc. I, 36.

del estado llano, que poco despues se presentaron al servicio, quienes suplieron en los principios, por medio de su energía y audacia, á la falta de esperiencia en el ejercicio de las armas, que tambien adquirieron en breve.

La caballería, que constaba de cincuenta y nueve regimientos valientes, entusiastas é impetuosos, á los principios, carecia tambien de órden y firmeza; pero no tardaron en desaparecer estos defectos bajo el imperio de la necesidad, y en virtud de los talentos que se desplegaron entre los individuos de las clases ínfimas de la sociedad. Los cuerpos de artillería é ingenieros, cuya formacion desde el antiguo régimen, no estaba eselusivamente limitada á personajes de noble cuna, se mostraron desde el principio superiores, en luces y en capacidad, á lo mejor del ramo que pudiera haber en Europa, y contribuyeron mas que ninguna de las otras armas á los primeros triunfos que obtuvieron los ejércitos republicanos.

El estado mayor, era sumamente inepto; pero habia elementos en Francia para poder formar el mas brillante que pudiera darse, y el ascendiente del ingenio, en una era en que todos pudieran distinguirse, atrajo á este importante ramo del servicio un raro acopio de grandes talentos. Pero la verdadera fuerza del ejército, consistia en 200 batallones de voluntarios, que se habian levantado en virtud de un decreto de la asamblea constituyente; los cuales, aunque no se encontraban en su total completo, ni conocian

con la debida perfeccion las evoluciones militares, estaban animados del mayor entusiasmo y se hallaban en el mejor estado de actividad moral y fisica. En estos dos respectos eran infinitamente superiores á los antiguos regimientos, que no solo se habian entorpecido, con motivo de la discordia é insubordinacion que la revolucion introdujera, sino que aun se habian amilanado á consecuencia de la ociosidad en que habian estado y de los vicios que habian contraido durante su dilatada residencia en sus cuarteles. (1)

Sin embargo, cométese un error si se cree que fuese insignificante en aquel período la fuerza militar de la Francia, ó si se supone que debiese aquella nacion la conservacion de su independencia, cuando en 1792 fué invadida, unicamente á las tropas que la revolucion levantara. Napoleon dice terminantemente lo contrario, "No fueron," dice, "ni los voluntarios ni los reclutas los que salvaron á la República, sino los 180 mil hombres de las tropas viejas de la monarquia y de veteranos licenciados que lanzó la revolucion á las fronteras. Parte de los reclutas se desertó, parte murió, y los pocos que quedaron no llegaron á formar buenos soldados sino con el trascurso del tiempo. No está remota la época en que nadie presentará en campaña un ejército de reclutas." [2]

Tal era el estado que guardaban las principa-

(1) Jom. I, 225. Saint Cyr, I, 38. Hard. I.

(2) Thib. Cons., 109.

Estado que guardaba en Europa la sociedad en aquel período. les potencias europeas al principio de la revolucion francesa. En el mundo político, reinaba un espíritu de cortesania, que era el resultado de los progresos de la ilustracion y de la dilatada prosperidad de que se habia gozado. Hasta en los países donde imperaba el despotismo, conducianse los gobiernos con una lenidad hasta entonces desconocida; y si se hubiesen examinado las careeles de estado de todas las monarquias de Europa, habriase encontrado acaso en ellas tan reducido número de reos como los que habia en la sola Bastilla cuando fué asaltada por el pueblo en 1789. Desde la conclusion de la guerra continental, operada en 1763, habiáse difundido por todas las potencias europeas un espíritu de progreso que incesantemente escitaba los elogios de los historiadores contemporáneos. La agricultura, habia adquirido la mayor estimacion en todas partes; véiase á los monarcas dar el ejemplo en el cultivo de la tierra, y una porcion considerable de la nobleza de todos los países, prestaba su apoyo para dar impulso á este ramo que forma la primera y mas útil de las profesiones humanas. Leopoldo en la Toscana y Flandes, y Luis en Francia, estaban ocupados con afán en las mejoras de su dominios, y aun en las regiones del norte iba tomando grande incremento el espíritu de progreso. Federico, en virtud de sus sabios esfuerzos, habia logrado aumentar, durante su solo reinado, los recursos de sus dominios á casi el doble de lo que antes fueran; y

en Polonia y Rusia se habia procedido con el mas feliz éxito, á la gradual emancipacion de los siervos. La altivez y el orgullo de los nobles habia ido insensiblemente mitigandose en fuerza de las mayores y mayores necesidades, que la sociedad iba teniendo y el mas dilatado ensanche, que tomaba necesariamente el trato; y en muchos estados de Europa, véianse los cargos de primera categoria en manos de hombres de extraccion plebeya. Necker, Vergenes y Sartires ocuparon sucesivamente en Francia los puestos mas elevados sin embargo de que pertenecian á esa clase. Parma, Placencia, Milan Módena habian abolido espontaneamente el tribunal de la Inquisicion y se habia establecido la tolerancia de cultos, en toda Europa en un grado hasta entonces desconocido. Todos los vestigios que habian quedado de aquel espíritu feroz que habia manchado con tantos actos de barbarie la sublime y novelesca cortesia de las costumbres antiguas, iban paulatinamente disipandose: y las llamas de aquel religioso fervor que tantas veces, en el trascurso de dos siglos, habian encendido la tea de la civil discordia, se habian estinguido para siempre. Cada generacion que se sucedia mostraba un carácter mas dócil y apacible, que aquella á la cual reemplazaba. Habíase difundido la nobleza de sentimientos de manera tal, que comenzaba á enseñorearse de la masa de la especie humana. Las diversas clases de que la sociedad se forma, se hermanaban unas con otras, de un modo, hasta aquel período desconocido; y fueran cuales fue-

sen las diferencias que distinguiesen á las constituciones entre sí, parecia que una sangre menos ardiente circulaba por cada uno de los miembros del cuerpo político. Ya no se veia á las clases mas humildes del pueblo, aun bajo los gobiernos mas despóticos, marchar con inclinada frente; enseñábaselas por el contrario á tenerla erguida para que demostrasen la dignidad de su naturaleza; y la autoridad soberana, en vez de manifestarse severa, presentaba por todas partes un aspecto jovial y complaciente. (1)

Pero apesar de ser este el caracter general de Europa, existia una distincion esencial entre las tendencias de los estados del Norte y los del Sur que en breve produjo importantísimos efectos en sus respectivos destinos: el espíritu de las potencias del Sur propendia á la paz, al paso que las del Norte se hallaban dominadas por la ambicion; el reposo de aquellas tocaba en inercia, y rayaba en turbulencia la actividad de estas. Las mejoras que las primeras introducian eran lentas, casi imperceptibles y procedian las mas de la benignidad de sus soberanos; los adelantos de las segundas eran acelerados, y violentos, y emanaban de la mayor y mayor preponderancia que iba adquiriendo el pueblo. Los placeres eran los objetos á que se consagraba el Sur; la gloria, la gloria militar

(1) Lac. VIII, 140. Bot., I, 13, 19. Ann. Reg., XXXIII, 207, 211; XXIV, 12, 13, XXVII, 3, 4, XXXVIII, 169.

era á lo que estaba entregado el Norte. Palpábase esta diferencia aun en los cambios que durante la paz se introdujeron; pero cuando la guerra estalló, hicieronse importantísimos sus efectos, y en breve dió por resultado que los estados del Sur quedasen subyugados por los del Norte. (1)

Los mayores bienes suelen ocasionar desgracias; muchas veces de un inmenso mal emanan los principales adelantos de la especie humana. La vista perspicaz de la filosofia, con facilidad percibia que aquella ilimitada pasion á innovaciones á que da mas ó menos lugar toda reforma, hacia correr inmensos riesgos al mundo político, y que los deseos de introducir mejoras que animaban con las mas sanas intenciones, á las altas clases, debian al mismo tiempo abrigarse en el ánimo de la demogracia y ocasionar agitacion en las clases ínfimas. Los historiadores contemporáneos previeron este riesgo y lo dieron á conocer en sus escritos; (2) pero lo que no predigieron, ni habia entendimiento humano que lo pudiese, fué que el anunciado espíritu de reformas llegaría á producir en la generacion de entones, los terribles efectos que produjo, ni que habria de dar tan benéficos resultados en favor de la futura condicion de la especie humana, la total connoction del orbe.

No puede hacerse mas esacta descripcion del

[1] Lac. VIII, 141.

[2] Ann. Reg.; XXXVIII, 2, 30.

Estado en que se hallaba la Francia cuando las hostilidades se rompieron.

estado en que estaba la Francia en la época en que las hostilidades se rompieron, que recordando las palabras de que se sirvió el elocuente y filántropo abate Raynal en una carta que dirigió á la asamblea: "Hallándome á los umbrales del sepulcro, y en los momentos de separarme de una inmensa familia por cuya felicidad he hecho constantes votos, ¿qué es lo que en derredor de mi observo en esta capital? Contiendas religiosas, discordia civil, consternacion en unos y audacia en otros, un gobierno esclavo de la tiranía popular, el santuario de las leyes violado por bandidos, soldados sin disciplina, gefes sin autoridad, ministros sin recursos, un rey que es el primer y mejor amigo de su pueblo despojado de todo poder, ultrajado, amenazado y preso en su propio palacio, y el mando supremo en manos de clubs de la plebe donde algunos hombres ignorantes y feroces, toman á su cargo la empresa de decidir sobre todas las cuestiones políticas. Tal es el verdadero estado de la Francia; pocos habrá que tengan como yo el valor de manifestarlo, pero obro así porque conozco que es de mi deber hacerlo; por que estoy para llegar á mis ochenta años; porque nadie me puede acusar de partidario del antiguo régimen; porque aunque lamento la desoacion de la iglesia de Francia nadie puede decir que soy un sacerdote fanático, y porque, aunque considero que el único medio de salvacion es el restablecimiento de la au-

toridad legítima, nadie puede suponerse que menosprecie los beneficios de una libertad verdadera." (1) Siendo tal el lenguaje de que se servian los primeros defensores de la Revolucion, no era estraño que las potencias europeas viesan con terror el incremento que iban tomando unos principios, que segun lo confesaban sus mismos partidarios, producian tan funestas consecuencias en el pais, donde por primera vez se enunciaran.

El lenguaje en que se produjo el gobierno francés con respecto al pueblo de los demas Estados, era propio para inspirar los mas graves temores á los amigos del orden de todos los paises civilizados. No solamente los oradores de los clubs, sino aun los miembros mismos de la asamblea proclamaron descaradamente que simpatizarian con los revolucionarios que existiesen en todas las naciones del mundo. La agregacion de los Estados de Aviñon y el Venecino, fué hecho que desde luego señaló M. Burke, como anuncio de una ambicion, que en breve no estaria satisfecha ni aun con la Europa entera.

La incorporacion de este reducido Estado á la república francesa, llamó tanto mas la atencion, cuanto que era la primera agresion que emprendia el gobierno de aquella nacion contra sus vecinos, habiendo ademas la circunstancia de que el ata-

(1) Lac. VIII, 355, 356.

que se cometía sobre un soberano independiente, con quien no existía el mas leve pretexto de desavenencia y respecto de quien, no se podia alegar que hubiese entrado en alianza alguna hostil, contra la potencia su agresora. Siguióse á este paso, en el mismo año, la toma de Porentrui, parte de la jurisdiccion del obispado de Basilea [1].

Octubre 4, 1791.

La Revolueion francesa, sorprendió á las potencias europeas, en su estado habitual de rivalidad simulada y en guerra abierta unas contra otras. Catarina, emperatriz de Rusia, desahogaba su ambicion al Sud Este de Europa, y el ascendiente que ejercia en las cortes de Berlin y Viena, era tan grande, que no podia tener oposicion alguna por parte de ellas.

Setiembre 23,
1786.

La Francia habia celebrado poco antes tratados de comereio con la Gran Bretaña, en que se echaba de ver la superioridad que tenia sobre aquella, esta su gran rival en los mares, y los cuales disminuian muy notablemente la influencia de la primera en el Continente europeo; y Federico el grande acababa de concluir, poco antes de su muerte, los convenios de Berlin, en virtud de

Junio 22, 1785.

los cuales, se ponía á cubierto á la Baviera, y a las potencias inferiores, de la ambicion de la casa de Austria. Pero la muerte de este ilustre monarca, que acaeció en Agosto de 1786, vino á oca-

Agosto 17, 1786.

(1) Hist. Parl., XXXIV, 1316. Ann. Reg. XXXIII, 199, 206; XXXIV, 39.

sionar una irreparable pérdida á la diplomacia europea, supuesto que la hizo carecer de sus luces cuando empezaban apenas á asomar los nuevos é inauditos males que se preparaban.

Su sucesor Federico Guillermo, á pesar de estar dotado de valor y de abundar en penetracion y juicio, era demasiado indolente y دادó á la sensualidad para poder seguir con actividad el hilo de las negociaciones, que su antecesor habia entablado. Hertzberg pasó á ser, despues del fallecimiento del anterior monarca, el alma del gabinete pruso, y todo su objeto era el de establecer un contrapeso que disminuyese la enorme preponderancia que tenian las dos cortes imperiales, la cual se habia hecho mas formidable aún en virtud de la union que habian formado Catarina y José II, fundada en los ambiciosos designios que sobre la Turquía abrigaban ambos, y que habian declarado á la faz de la Europa, en un viage que estos dos potentados hicieron juntos por el Volga á la Criméa y á las costas del Mar Negro. Celebrar tratados con la Francia no era paso que pudiese dar un resultado satisfactorio, atendiéndose al estado de confusion á que se hallaba reducido aquel reino. En estas circunstancias, la única medida que pareció mas oportuna para lograr establecer el equilibrio de poder apetecido, fué la de que se formase una alianza entre la Gran Bretaña, la Prusia y la Holanda; y, bajo la influencia de M. Pitt, se celebró,

Junio 13, 1768.

entre estas tres potencias, un convenio en Loo,

por medio del cual volvió á quedar establecida la preponderancia de la Inglaterra en el continente, y se conservó por mucho tiempo el equilibrio del poder en Europa [1]. Hé aquí como, al paso que la ambicion revolucionaria de la Francia, estaba para suscitar terribles peligros contra las libertades de la Europa, hácia la parte occidental del Continente, dirigian todas sus miras los políticos hácia distinto rumbo, y solo pensaban en impedir el engrandecimiento de las monarquías militares, que amenazaban á absorberse ya á las dinastías de Oriente [2].

José II, deseando apasionadamente hacerse de fama militar, dirigió, á principios del año 1788, una comunicacion confidencial á Federico Guillermo, en la cual le manifestó francamente sus designios sobre la Turquía, designios que justificaba con la práctica de los turcos mismos y con la que habian seguido en igualdad de circunstancias todas las potencias europeas (3). El

[1] Marten's Trait., V, 172.

[2] Hard. I, 62, 63.

[3] "Ha salido la espada de la vaina, decia, y no volverá á entrar á ella hasta no haber quitado á los otomanos cuanto usurparon á mis dominios. No son otras mis miras respecto de la Turquía que las de rehacerme de las posesiones que el tiempo y la adversidad separaron de mi corona. Los turcos tienen por constante máxima aprovecharse de la primera oportunidad que se les presenta para volver á tomar lo que se les ha quitado. La casa de Brandemburgo se ha elevado al actual esplendor, que ostenta por haber seguido los mismos principios. Vuestro tio arrebató la Silesia á mi madre en momentos en que, cercada de enemigos, no contaba con mas apoyos que su natural grandeza de ánimo y el

gabinete pruso, á pesar de verse lisonjeado por este testimonio de confianza, no dejó de conocer el peligro que amagaba á la Europa á consecuencia del próximo desmembramiento de la Turquía, que tan en breve sucedia al último repartimiento de la Polonia. Entretanto inspiraban mayor y mayor inquietud, los progresos de las armas imperiales y moscovitas; el trono de Constantinopla parecia hallarse á punto de venir por tierra. Habia sucumbido Oczakow habiendo perecido en su defensa los mas intrépidos soldados del imperio turco; el príncipe de Saxe Coburgo, y Suwarow, derrotaron sucesivamente á numerosas masas de otomanos en Fochzani y Martinesti; al paso que Belgrada, fuerte apoyo de la Transilvania, cedia á las científicas medidas del mariscal Landohn: los rusos, hácia las playas del Mar Negro, habian completamente derrotado á Hassan Bajá en Tobak; y despues de un prolongado sitio se posesionaban de Bender, al tiempo que las fuerzas imperiales, no menos afortunadas que aquellas, tomaban á Bucharest, y se estendian por toda la orilla septentrional del Danubio.

Habiase tomado á Orsova, y ambos ejércitos,

amor de su pueblo. Durante un siglo, el Austria solo ha sufrido pérdidas sin hacer adquisiciones que las compensasen; porque la mayor porcion de la Polonia, en la reparticion que de ella se hizo, tocó á la Prusia. Espero que parecerán suficientes á V. M. estas razones para que no tenga á mal que rehuse su intervencion, y que no contrariará mis esfuerzos por trasformar en alemanes á unos cuantos cientos, de miles de orientales."—
Hard. I, 65, 66.

imperiales; hallándose en combinacion, constando de 150 mil hombres, y ocupando una linea de 400 millas de estension, se hallaban á punto; en la primavera de 1790, de hacerse de Gergevo y de Widdin y amenazaban con una proxima destruccion al imperio otomano. (1)

Sumamente desazonado M. Pitt al considerar los peligros que habia de atraer á Europa la caida del imperio turco, consagró sin descanso sus esfuerzos, cuando aun era tiempo oportuno á contener los progresos que hacian en los dominios de la Turquía las fuerzas de las cortes imperiales. Por su medio estrecháronse mas los vínculos que unian á la Prusia con la Gran Bretaña; y Federico Guillermo, conociendo muy bien el riesgo á que se veian espuestos sus dominios con el engrandecimiento del Austria, avanzó á la cabeza de cien mil hombres, á las fronteras de la Bohemia. Incapaz de sostener la guerra á un mismo tiempo hácia las márgenes del Elba y las del Danubio, y lleno de inquietud tanto por el aspecto aterrador que iba tomando la Francia, cuanto por la insurrección que habia estallado en Flandes, detúvose el Austria en la carrera de sus conquistas. Celebráronse conferencias en Reichenbach, punto situado en medio del espacio que mediaba entre los cuarteles generales de los ejércitos austriaco y pruso, y despues de alguna moratoria se firmaron los preliminares en virtud de

Julio 27 1790.

(1) Ann. Reg. XXXI, 182, 200, y XXXIII, 1, 18. Hard. I, 68, 84.

los cuales volvian á quedar avenidos los gabinetes de Viena y Berlin; y se habria camino al arreglo del primero con la Puerta Otomana. El ejército pruso se retiró inmediatamente; moviéronse treinta mil austriacos, á las ordenes del mariscal Bender, sobre los Países Bajos, y en breve redugeron á la obediencia á las provincias insurreccionadas: poco despues se ajustó una tregua por el término de nueve meses entre los Turcos y las fuerzas de ambos imperios, á la cual se siguiéron las conferencias que tuvieron lugar en Sistow (1); hasta que al cabo se celebró un tratado definitivo en aquel punto el 4 de Agosto de 1791: la emperatriz Catarina, á quien no se habia incluido, á la verdad, en esta pacificacion, manifestó terminantemente á las cortes de Saint James y Berlin, que se hallaba con disposicion á suspender las hostilidades, y en testimonio de su buena fé, ajustó la paz en Verela con el rey de Suecia que, instigado por la Inglaterra y la Prusia, habia tomado las armas y lidiado con indómito esfuerzo en contra de su gigantesca vecina. (2)

No fué el simple acaso el que produjo esta general y pronta pacificacion de Europa, el que impuso freno á tantas pasiones y estinguió tantas rivalidades, sino que fué efecto de la consternacion que en todas partes ocasionaban los rápidos progresos que iba haciendo la revolucion de Francia, y de que ya todos los gabinetes

(1) Hard. I, 83, 86. Ann. Reg. XXXIII, 17, 19.

(2) Hard., I, 86, 87.

empezaban á percibir distintamente el inminente peligro en que se hallaban todas las instituciones establecidas, de contagiarse con sus principios. Pero á pesar de la general turbacion, adoptáronse por todas partes, para libertarse del mal, medidas mas prudentes de lo que hubiera debido esperarse.

El Sr. Pitt en Inglaterra, Kaunitz en Viena y Hertzberg en Berlin, convinieron de consuno en que era un paso imprudente y á la vez peligroso oponerse á la introduccion de innovaciones en Francia, siempre que en aquel pais hubiese un partido bastante fuerte para hacer que se contuviesen en un justo límite, é impedir que degenerasen en excesos; y que entretanto se debían adoptar medidas tan enérgicas cuanto las circunstancias lo permitiesen, para impedir que cundiesen por los demas estados tales principios. Tales eran las máximas á las cuales normaron su conducta la Inglaterra, el Austria y la Prusia en los dos primeros años de la revolucion, aunque Catarina, acaso impelida por su carácter fuerte é imperioso, ó quizá por tener mayor prevision que los demas monarcas, incesantemente insistió en que era de necesidad formar una confederacion general para contener los efectos de conmocion tan formidable. Pero llegó por fin el caso de que tuviesen que desistir Viena y Berlin de sus moderados propósitos y de que se lanzasen las monarquías de Europa á la terrible lucha que se preparaba. (1)

(1) Hard. I, 85, 90.

Luis, desde el 5 de Octubre de 1789, fecha en que se le condugera preso á Paris, habia recomendado al rey de España que no considerase como suyo acto alguno público que apareciese bajo su nombre, á no ser que fuese acompañado con una carta autógrafa de su puño; y en el trascurso del verano que se siguió, autorizó al baron de Breteuil, que habia sido uno de sus ministros en otro tiempo, para que sondease á los gobiernos de Alemania sobre la posibilidad de libertarle del estado de esclavitud á que se veia reducido. En Noviembre de 1790, cuando presintió que habia de llegar un momento en que se le habia de obligar á que adoptase medidas hostiles contra la Iglesia, se resolvió á expresarse con mas franqueza; y en Diciembre del mismo año dirigió una circular á todos los soberanos de Europa, sugiriendo la formacion de un congreso que se apoyase en la fuerza armada, el cual tomase en consideracion los medios de contener á las facciones de Paris y de restablecer la monarquía constitucional en Francia. (1) Esta

(1) "La buena disposicion de V. M., decia Luis en la circular, ha escitado mi mas profunda gratitud, y la invoco en este momento en que, sin embargo de haber aceptado la constitucion nuevamente establecida, declaran sin embozo las facciones que sus intenciones son las de derrocar á la monarquía. Me he dirigido al emperador, á la emperatriz de Rusia, á los reyes de España y Suecia, presentándoles el plan de un congreso compuesto de las principales potencias y apoyado por la fuerza armada, por juzgar que es el mas acertado medio de contener á las facciones de esta capital, de establecer el mejor orden de cosas posible en este reino, y de evitar que el mal de que adolece se estienda á los esta-

circular escitó en todas partes los mas profundos sentimientos de simpatía y de compasion del monarca; pero á pesar de esto, continuó en su divergencia la política de los gabinetes: el de Viena persistió en que era de necesidad reconocer el régimen revolucionario, y los de San Petersburgo y Estokolmo declararon que era indispensable organizar desde luego una cruzada contra las naciones que proclamasen los mismos principios que la Francia. (1)

Sin embargo, ya desde fines de 1790 los actos violentos de la asamblea nacional la pusieron en pugna con los estados del imperio. Las leyes contra los emigrados y el clero que se espidieran con tanta precipitacion por aquel cuerpo, atacaban los derechos de los vasallos alemanes sugetos á la corona de Francia en la Alsacia y la Lorena, cuyos derechos les habian sido garantizados por el tratado de Westfalia; y el emperador como cabeza del imperio dirigió una queja sobre el particular, al rey de los franceses. Luis, dominado por su ministerio revolu-

Diciembre 14,
1790.

cionario, contestó que el asunto era ageno del imperio, supuesto que las medidas en cuestion afectaban á los príncipes y prelados de que se hablaba como vasallos de la Francia y no como miembros del imperio, y que á nadie se habia

dos inmediatos. Me parece ocioso decir que es necesario observar, respecto de esta comunicacion, absoluto sigilo."—HARD. I, 94, 95.

(1) Hard. I, 95, 96.

ofrecido resarcimiento. Esta contestacion no se consideró satisfactoria, y originó un fuerte altercado. Leopoldo sostuvo con vehemencia los derechos de los príncipes alemanes; y esta desavenencia, unida á la consideracion del peligro manifiesto y cada vez mayor que corria su hermana María Antonieta, fueron dando á conocer al emperador que debia tomar medidas mas enérgicas y estrechar los vínculos que le unian á Federico Guillermo, que por su carácter caballeroso y su valor heróico, se hallaba mas dispuesto que ningun otro soberano á libertar á la desventurada princesa. Tambien el rey de Inglaterra tomó un vivo interes en las desgracias de la real familia de Francia; prometió como elector de Hannover, cooperar á la consumacion de las medidas que se juzgasen necesarias para salvarla de la crítica situacion en que se hallaba, y mandó á lord Elgin cerca de Leopoldo, que en aquella sazón viajaba por la Italia, para que con él concertase los pasos que se habian de dar para alcanzar el fin mencionado. Acercóse al mismo tiempo al emperador otro enviado de Prusia, y á poco se agregó á estos el conde de Artois, que estaba en Venecia, y que manifestó en las deliberaciones aquel calor, aquel brio y aquella imprudente energía que habian hecho que fuese uno de los primeros enemigos irreconciliables de la revolucion, y que fueron despues tan funestos á la suerte de su familia. [1]

(1) Hard. I, 100, 107.

Entretanto el rey y la reina de Francia, no pudiendo sobrellevar su situación, y conociendo que no solo peligraban su libertad sino aun sus vidas, se resolvieron á hacer todos los posibles esfuerzos para quebrantar sus cadenas. Con tal objeto despacharon agentes secretos á Bruselas y á Colonia, que se entendiesen con el emperador y el rey de Prusia, dándose así mismo instrucciones al conde Alfonso de Darfort para que hiciese saber al conde de Artois que ya el rey no podía ejercer influencia alguna para con sus ministros, que se hallaba positivamente preso á disposición de M. de Lafayette, que secreta é hipócritamente encaminaba todos los sucesos al establecimiento de un república; que la real familia tenía les mas vivos deseos de fugarse por el camino de Metz ó el de Valencianos, y que tenía cifrada toda su esperanza en el afecto y la actividad de sus augustos deudos. El conde de Darfort, para dar cumplimiento á estas instrucciones, salió de Paris á fines de Octubre de 1791, y en breve llegó á Venecia, donde se acercó al conde de Artois, que se hallaba precisamente ocupado en concertar con los enviados inglés y pruso los medios de que podrian servirse para vencer los escrúpulos que el emperador manifestaba [1].

— Cuando estos diversos comisionados se encontraron con el emperador en Mantua, el 20 de Mayo de 1791, presentáronle planes diametralmen-

(1) Hard. 105, III. Bertrand de Molleville, Mem., III, 147, 170.

te opuestos entre sí. El del conde de Artois, que que era en realidad parto del Sr. Calonne, antiguo ministro de Luis XVI, era un plan de guerra, puesto que proponia que en el siguiente mes de Julio se dictasen medidas hostiles. El emperador de Alemania y los reyes de Cerdeña y España, alarmados por los principios perniciosos que paladinamente proclamaba la asamblea nacional, y por las muestras de descontento que comenzaban á manifestar sus vasallos, celebraron un convenio

en Mantua, en Mayo de 1791, en el cual acordaron: "1º Que el emperador reuniría 35 mil hombres

hacia las fronteras de Flandes, y al mismo tiempo presentaría en la Alsacia quince mil de las tropas del imperio germánico; que se situaría á 15 mil suizos sobre las fronteras del Franco Condado, á 15 mil piemonteses en las del Delfinado, y que el rey de España situaría un ejército de 20 mil hombres hacia los Pirineos. 2º Que estas fuerzas formarían cinco ejércitos que operarían sobre aquella de las fronteras de la Francia á la cual se les destinaba, y que se atraerían á los descontentos que hubiese en las provincias y á las tropas que se hubiesen conservado fieles al trono. 3º Que en el siguiente mes de Julio harían una protesta los príncipes de la familia de los Borbones, y que á continuación de ésta, promulgarían un manifiesto las potencias aliadas. 4º Que el objeto con que se haría tal reunión de tropas sería el de que el pueblo frances, aterrado por la proximidad de las fuerzas alia-

das, volviese á su obediencia al rey é implorase su mediacion." Los soberanos juzgaban que se conservaria en su neutralidad la Inglaterra, pero las protestas de Lord Elgin hacian creer que, como elector de Hannover, el monarca de la Gran Bretaña no desaprobaria la celebracion de aquella liga. [1]

Entretanto que esto acontecia, la real familia de Francia, siguiendo los conceptos del baron de Breteuil y aguijada por los graves y cada vez mayores peligros que la cercaban, se habia decidido por fin á ausentarse de Paris clandestinamente. Mientras Luis y M. de Bonillé concertaban las medidas para que se practicase la fuga en direccion de Montmedy ó de Metz, comunicóse á las principales cortes de Europa este designio. Leopoldo dió ordenes al gobierno de los Países Bajos de que pusiese á la disposicion del rey cuando llegase á las fronteras, no solo las tropas del imperio, sino aun las sumas que hubiese en el tesoro público; y el rey de Suecia estimulado por su carácter caballeroso y las instancias de Catarina de Rusia, se acercó á las fronteras de la Francia, con el pretexto de haber de aquellas aguas, pero con el objeto verdadero de recibir á los augustos fugitivos. Sin embargo el emperador, el conde de Artois y M. Calonne se opusieron fuertemente á la proyectada fuga, por considerarla sumamente riesgosa para la real familia y nociva á los negocios de la

(1) Hard. I, Jom. I, 262. Pieces Just. núm. 1. Mig. I, 131.

Francia, puesto que mas bien tendia aquel paso á retardar que á acelerar el definitivo arreglo de ellos. Estaban persuadidos de que el único medio que habia de alcanzar un objeto tan benéfico para aquel pais y para la Europa, era el de sostener al partido realista y constitucional de Francia por medio de un aparato tal de fuerza que le diese la posibilidad de sacudir el yugo de la faccion revolucionaria y establecer una constitucion duradera que aprobasen el rey, los nobles y el pueblo. Dominado por estas ideas el emperador dirigió una circular [1] desde Padua á

las principales potencias, dándolas conocimiento de los principios en los cuales, segun su opinion, se debian apoyar todos los esfuerzos que mancomunadas hiciesen. Al mismo tiempo el conde Lamarek, agente secreto de Luis, vino á Londres con el objeto de complicar á M. Pitt en la misma causa; pero por

(1) Invitaban á los soberanos á que promulgasen de mancomun una declaracion, diciendo: "Que consideraban la causa de S. M. Cristianísima como propia de ellos; que pedian que aquel príncipe y su familia fuesen puestos inmediatamente en libertad, y que se les permitiese irse donde gustasen, bajo la salvaguardia de inviolabilidad y respeto hácia sus personas; que se unirían para vengar, de un modo terrible, cualquier atentado que se cometiese contra la libertad, el honor ó la seguridad del rey, de la reina ó cualquier otro de los individuos de la real familia; que no reconocian como leyes legítimas, sino aquellas que aprobase el rey cuando gozase de libertad completa, y que harian uso de todo su poder para poner término á una usurpacion de autoridad que habia tomado el carácter de abierta rebelión, y que estaban en el deber todos los gobiernos establecidos de reprimir en bien de ellos mismos."—HARD, I, 116.

mas que hizo no pudo lograr que el gobierno inglés se separase de la estricta neutralidad que, después de un exámen muy detenido del asunto, se habia propuesto observar [1]. Sin embargo, en Viena tuvieron mejor éxito los esfuerzos del partido antirevolucionario, pues el 25 de Julio el príncipe Kaunitz, y Bischofswerder, firmaron, por parte del Austria y de la Prusia, un convenio en que se estipulaba que ambas cortes unirían su influjo para con las demás potencias europeas, á fin de conducir las á que tomasen de consuno alguna medida con relacion á Francia; que celebrarían un tratado de alianza tan luego como se estableciese la paz entre la emperatriz Catarina y la Puerta Otomana, y que invitarían á la Gran Bretaña, á los Estados generales y al elector de Sajonia á aprobarlo. Este convenio, que se celebró con el intento de contener la ambicion de la Rusia por una parte, y la de la Francia por la otra, es digno de atencion, porque fué el fundamento de la gran alianza que mas adelante produjo tan asombrosos resultados en Europa. [2]

Los graves peligros que corria la real familia de Francia después del mal éxito que tuvo la fuga á Varenas, y la pública prision que la impusieron los revolucionarios en las Tullerías, hicieron ver en breve la necesidad que habia de dictar medidas mas activas. Para este objeto

(1) Hard. I, 114, 119.

(2) Hard. I, 119, 121.

convino en que tendria lugar una conferencia personal entre el emperador de Austria y el rey de Prusia, á fin de que ambos acordasen los pasos que se habian de dar respecto de este importantísimo negocio. Hé aquí el origen de la célebre entrevista que tuvo lugar en Plinitz, en Agosto de 1791, entre el emperador y el rey de Prusia.

Tratado de Plinitz, Agosto 27 1791.

Entonces fué cuando se formó la no menos célebre declaracion de Plinitz, que estaba concebida en estos términos: "SS. MM. el emperador y el rey de Prusia, habiendo tomado en consideracion las representaciones de Monsieur, hermano del rey, y de S. E. el conde de Artois, declaran de consuno que consideran la situacion del rey de Francia como asunto de interes comun á todos los soberanos de Europa. Ambos esperan que las demás potencias cuya cooperacion se reservan solicitar, conocerán que existe positivamente ese interes, y que de consiguiente no se negarán á emplear sus fuerzas, en union de SS. MM. para colocar al rey de Francia en una posicion que le permita establecer las bases de un gobierno monárquico que sea compatible con los derechos de los soberanos y el bienestar de la nacion francesa. En este caso, el emperador y el rey están resueltos á obrar con prontitud, empleando las fuerzas que sean necesarias para la consecucion de un objeto que es benéfico á todos. Entretanto espedirán las órdenes convenientes á sus tropas á fin de que inmediatamente

te se dispongan á prestar un servicio activo.” [1 2] Los franceses digeron que ademá de éste acordaron los soberanos otros artículos secretos; pero jamas se presentaron pruebas que demostrasen la veracidad de tal aserto [3].

Aunque estas declaraciones aparecian decididamente hostiles á la usurpacion de gobierno que habia cometido la democracia en Francia, las naciones aliadas, como á poco lo demostraron, no tenian en aquel período una verdadera intencion de hacer la guerra. Al contrario; las medidas que tomaron despues de la declaracion de Plinitz, hacen ver que estaban inclinados á la paz; y en Octubre de 1791, el Sr. Montmorin, ministro de relaciones exteriores, comunicó de oficio á la asamblea “que ningun motivo tenia el

(1) Jom. I, 265. Pieces Just., núm. 1

(2) “Segun lo que hemos podido averiguar, decia M. Pitt, la declaracion que se firmó en Plinitz, se referia á la prision de Luis XVI; el inmediato objeto que llevaba era el de efectuar su libertad si la alianza que se formase era bastante dilatada para el efecto. Dejábase al rey, cuando esuviere libre, el arreglo del estado interior de la Francia, el cual habia de hacerse con la intervencion de los estados del reino, y en ella nada se decia relativo al desmembramiento del pais.” (1) “Esa declaracion, dijo en contestacion M. Fox, aunque no era un plan de que se tratase del desmembramiento de la Francia, era, sin embargo, á los ojos de la razon y del buen sentido, una agresion contra ella. Es cierto que semejante tratado de Plinitz no existe, pero sí existió una declaracion que importaba un acto de agresion á mano armada.” (2)

(3) Ann. Reg. 1792, 86, 87.

(1) Hist. Parl. XXXIV, 1315.

(2) Ib., 1356.

rey de abrigar temor de que fuese agredida la Francia por potencia alguna estrangera.” [1] El verdadero objeto á que tendian era el de hacer que los franceses, por temor del peligro, libertasen á Luis de la crítica posicion en que se hallaba. Sus fuerzas no se encontraban en manera alguna dispuestas para emprender la lucha [2]. Este es hecho en que están de acuerdo los mas distinguidos historiadores republicanos (3).

(1) “Se nos acusa, dijo M. Montmorin, ministro de relaciones exteriores, en la Memoria que dirigió á la Asamblea el 31 de Octubre de 1791, de que procuramos propagar nuestras opiniones y levantar á los pueblos de los demas Estados contra sus respectivos gobiernos. Yo sé que semejantes acusaciones son falsas en lo que toca al ministerio de la Francia; pero sí es muy cierto que hay individuos, y aun sociedades, que se empeñan en establecer, con el mencionado fin, relaciones con los estados inmediatos, y tambien lo es que en nuestros incendiarios periódicos se ultraja día con día á todos los príncipes y á casi todos los gobiernos de Europa. El rey, con el hecho de aceptar la constitucion, ha apartado de sobre vosotros el mal que os amagaba, de suerte que no abrigan las naciones extranjeras, por ahora, intencion alguna de hostilizarnos.”—Jom. I, 286. Pieces Just. núm. 6.

(2) Bot., I, 73. Tom., I, 191. Lau., IX, 24. Ann. Reg., XXXIV, 86.

(3) “La declaracion de Plinitz,” dice Thiers, “no se llevó á efecto, acaso á consecuencia de haberse entibiado el entusiasmo de los soberanos aliados, ó por haberse considerado que se atraerian mayores peligros á Luis, por su medio, ya que se encontraba á disposicion de la asamblea despues de su desgraciada fuga á Varenes. La circunstancia de haber aceptado la constitucion era tambien otra razon que les hacia esperar los resultados que diese la esperiencia antes de emprender medidas activas. Tal fué la opinion de Leopoldo y la de Kaunitz su ministro. De consiguiente, cuando Luis dió conocimiento á las cortes extranjeras que ha-

Los actos de las enunciadas potencias no desmintieron el tenor de la declaración mencionada; ningunos preparativos militares se vió hacer á los Estados germánicos, ni se situó fuerza alguna armada sobre las fronteras de la Francia; y de consiguiente, cuando un año despues se inició la lucha, hallábanse completamente desprevenidas. La Francia tenia situados ciento treinta mil hombres sobre el Rhin, cuando solo tenían diez mil, en los Países Bajos, los austriacos [1].

Verdaderamente, el principal y positivo objeto con que se celebró el convenio de Plinitz fué el de salvar al rey y á su familia del peligro que personalmente corrían; y no bien se hubo visto que se habia alcanzado este fin por haber puesto en libertad al rey y por la circunstancia de quedar aceptada la constitucion por éste, cuando los soberanos coligados dejaron á un lado toda idea de emprender operaciones hostiles, para las cuales estaban mal dispuestos y que por otra parte hacían totalmente impracticables el estado que guardaban los asuntos de la Polonia, que estaba á punto de pasar á manos de la ambiciosa Catalina. Cuando recibió Federico Guillermo la noticia de ser innecesaria la liga, exclamó: "Ya queda por fin afianzada la paz de Europa." El emperador manifestó la satisfaccion que le cau-

bia aceptado la constitucion, y que se hallaba resuelto á observarla, la contestación del Austria estaba concebida en términos sumamente cordiales, y lo mismo lo estudiaron los de Prusia é Inglaterra."—THIERS, II, 19.

(1) Ann. R. g., XXXIII, 226. Th., II, 78.

saba que hubiese aceptado la constitucion en una carta que le dirigió, y poco despues espidió una circular á todos los soberanos del continente europeo, en la cual les comunicaba, que pues habia merecido la constitucion la aprobacion del rey, ya no habia un motivo para hacer preparativos hostiles, y de consiguiente, se suspendian (1).

El gabinete de Berlin manifestó los mismos sentimientos; y generalizóse la opinion, tanto allí como en Viena, de que habian desaparecido para siempre los disturbios de la Francia en virtud de las grandes concesiones hechas al partido democrático, y que con discrecion y talen-

(1) "S. M. hace saber á todas las cortes, á las cuales transmitió su primera circular fecha en Padua á 6 de Julio, que habiendo variado la situacion del rey de Francia, que fué la que dió lugar á la primera precitada circular, juzga de su deber manifestarles cual es ahora su sentir con relacion á la materia. S. M. es de opinion que se debe considerar al rey de Francia como libre, y que de consiguiente, su admision de la constitucion, y todos los demas actos que á este se siguen, deben darse por válidos. Espera que el efecto que produzca la mencionada aceptacion será el de restablecer en Francia el orden, y el de que adquieran ascendiente las personas que profesen principios moderados, segun son los deseos de S. S. Cristianisima; pero con tales apariencias pueden ser engañosas y como puede reincidirse en el desorden, en el desenfreno, y en las violencias para con el rey, tambien opina, porque las medidas que se han concertado entre los soberanos se suspendan, pero no se dejen del todo, y que manden á los embajadores que tienen en Paris, que declaren á aquel gobierno que subsiste la liga y que los monarcas que la forman estan prontos á sostener, en caso necesario, los derechos del rey y de la monarquia."—Nota de 23 de Octubre de 1791. HARD, I, 159.

to podría reinar el monarca francés; si no con el mismo esplendor que antes, al menos en paz y sin correr peligro. [1]

Siendo, pues, este el juicio que habian formado de la cuestion las dos potencias, que por su posicion debian ser las primeras que se lanzasen á la demanda, era, comparativamente hablando, de muy poca importancia el sentir de las cortes mas distantes ó subalternas. Hacia el Norte ocupábanse Catarina y Gustavo en preparativos hostiles, negandose á admitir ante su presencia al embajador que se les despachara con el objeto de hacerles saber que habia merecido la constitucion la aprobacion del rey, fundando tal repulsa en que no podia reputarsele como un agente á quien enviase espontáneamente el monarca; y en las cortes de España y Cerdeña se recibió con suma frialdad el propio aviso. Dominados por la idea de que la vida del rey corria peligros graves, y de que si habia aceptado la constitucion era porque se le habia compelido á ello, estos potentados del Norte y del Sur entraron en un pacto en virtud del cual quedó convenido que se trasportaria por el Báltico á una fuerza de treinta y seis mil rusos y suecos hasta cierto punto de la costa de Normandia, donde se la desembarcaria para que marchase directamente sobre Paris, cuya fuerza apoyarian la España y el Piamonte por medio de una demostracion hostil hacia los Pirineos y los Alpes; proyecto

(1) Hard., I, 157, 159.

que desde luego se percibia que no podia dar fruto alguno sin la cooperacion de las tropas del Austria y la Prusia sobre el Rin, y que el mal écsito de la expedicion á Varenas y los sucesos posteriores dejaron absolutamente frustrado. [1]

Entretanto el conde de Artois y los nobles emigrados, no dando oidos sino á su valor, y contando con el desidido apoyo que les prestaban y en el aliento que les infundian las cortes de Estocolmo y San Petersburgo, conducíanse con aquella temeridad é indiscrecion que durante la Revolucion les caracterizara. Formaban numerosas reuniones en Bruselas, Coblenz y Ettenheim; publicaron con ostentacion una carta de la emperatriz Catarina al mariscal de Broglie en que se decia, que tomaba S. M. el mayor interés en su causa, compraban caballos y armamento, y algunos cuerpos de aventureros nobles, que se habian organizado, comenzaron á desplegarse á la margen derecha del Rin. Transportados de entusiasmo en vista de tan favorables indicios, los espatriados príncipes dirijieron al rey una representacion pública en la cual [2]

Septiembre 10,
1791.

le ecsitaban con energía á que rehusase aceptar la constitucion que estaba para presentarsele; le manifestaba que todas sus anteriores concesiones no habian servido sino para que se cometiese con impunidad toda especie de tropelias y para que se entronizase la tirania de los individuos

(1) Hard, I, 159, 163.

(2) Hard, I, 159, 163.

mas desconceptuados del reino; protestaban que si resultaba aprobado por él la constitucion considerarian tal acto como forzado é inválido, y de nuevo esponian que estaban en la firme intencion, tanto ellos como las potencias aliadas, de libertar á Luis de sus cadenas. [1]

El único motivo de desavenencia que quedaba entre el Emperador y la Francia era la indemnizacion que se debía satisfacer á los príncipes alemanes y prelados que habian sido despojados de sus propiedades en virtud de los decretos espedidos por la asamblea nacional; y sobre este punto mostró Leopoldo una firmeza digna del gefe del imperio. A principios de Diciembre dirigió á los vejados una comunicacion solemne en la cual les hacia saber la resolucion en que estaban él y la dieta "de prestarles todos los auxilios que escigia la dignidad del trono imperial y la constitucion del imperio, si no se les hacia una completa restitution ó se les indemnizaba con arreglo al tenor de los tratados existentes" sin embargo de esto, los gabinetes de Viena y Berlin tenian todavía tanta confianza en que se terminarian amistosamente las desavenencias con la Francia, y en que Luis, ya que habia recobrado su libertad, haria pronta justicia á los vejados, que no solo no hicieron preparativo hostil de ningun género, sino que aun retiraron de las provincias flamencas á una considerable porcion de sus tropas. (2)

(1) Hard. I, 152, 153, 165.

(2) Hard. I, 160, 171.

A la verdad, aunque los soberanos aliados conocian la necesidad en que estaban de dar algunos pasos para libertarse del comun peligro que amenazaba destruir á todas las instituciones establecidas, tenian un insuperable terror á los medios mágicos é invisibles de que los franceses se servirian para traspasarles el corazon por manos de sus propias tropas. El lenguaje de que se servia la asamblea nacional y sus formidables oradores al clamar guerra á los palacios y paz con las cabañas, la mano paternal que ofrecian tender á los desafectos de todos los países que quisiesen sacudir el yugo de la opresion; y las simientes de sedicion que habian difundido sus emisarios por los países inmediatos, tenian inquietos en todas partes á los amigos del orden, é inspiraban á los gobiernos el temor de que aproximando sus fuerzas á los países infestados se contagiasen y volviesen sus armas contra el mismo que las mandaba. La Inglaterra, no obstante las representaciones enérgicas de M. Burke, descansaba aun en una seguridad imaginaria; y Catarina de Rusia, consagrada esclusivamente á su engrandecimiento territorial, estaba solo pendiente de las disenciones de la Polonia, intentando aprovecharse de la facilidad que la prestaban de llevar á cabo sus ambiciosas miras. La Prusia, sin embargo de los deseos que tenia de abrazar la causa de la monarquía, no era competente para luchar con la Francia insurreccionada, y el Austria, bajo la direccion del pacífico Leo-

poldo, habia desistido completamente de sus proyectos de hostilidad desde que Luis hubo recobrado en apariencia el trono y salido del cautiverio en que se le tuviera á consecuencia de su fuga á Varenas. Por tanto, ni la protesta ni el manifiesto que se habian acordado en Mantua llegaron á promulgarse, ni tampoco se pusieron en práctica los preparativos militares que se habian estipulado en aquel convenio. De todas las potencias que se mencionaban en el pacto, solo el obispo de Espira, el Elector de Tréveris y el obispo de Estrasburgo tomaron las armas; y eran tan débiles sus contingentes, que cuando se les puso al frente del peligro se disolvieron á las primeras intimaciones del gobierno de Francia. [1]

Pero no estaba en la política del partido que dominaba en Paris conservarse en paz. Conocia, como él mismo lo manifestaba, "que su revolucion no podia estar quieta; era necesario que avanzara y se extendiese por otros países, so pena de extinguirse en la nacion donde naciera." En efecto, está tan intimamente relacionado el espíritu revolucionario con el espíritu marcial, que rara vez existe el uno sin el otro. La misma constante autoridad, el mismo desprecio del peligro, el mismo deseo de agitacion, que en este, hay en aquel; la vehemencia que escita

(1) Lac. I, 24, 25, 26. Th. II, 76, 77, 78. Dum. 410. Bot, I, 73, 75. Ann. Reg. XXXIV, 86, 87. Hard. I, 172, 180.

una sedicion llevada á cabo con buen éxito no es fácil que ceda si no se desahoga en el campo de batalla. Los ciudadanos que han echado por tierra las instituciones establecidas, que han probado del delicioso nectar del aura popular, y han conocido los encantos de un poder sin límites en el período que trascurre hasta el momento en que caen bajo el yugo de los déspotas que ellos mismos se forjan, no pueden ya volver á las pacíficas costumbres de la vida privada. Un trabajo incesante, una existencia obscura, los sencillos gozos que procura la laboriosa industria, vuelvense intolerables para los que han participado de las glorias que presenta toda oposicion popular; por el contrario, las costumbres de sarregladas, y el lustre fascinador de las armas, que las sigue, es lo único á que se consagran, como solo digno de su fama. La inseguridad de las propiedades y la pérdida de confianza, que necesariamente emanan de toda convulsion política por insignificante que fuere, dejan sin ocupacion á una multitud de individuos, y hacen mas y mas necesario que se acometa alguna empresa en que ejercite su vigor el pueblo. De aquí procede que, como se ha observado con frecuencia en todas épocas, los estados en que rige la democracia sean los mas belicosos é inclinados á agredir á sus vecinos; [1] y la razon de esto debe ser la misma en todos los períodos en que la efervescencia revolucionaria ponga en movi-

(1) Historia de la Grecia por Mitford. Rep. de Ital. de Sismondi.

miento á las pasiones y dé origen á la necesidad que impele á la guerra.

El partido de los girondinos que era, en el período á que nos referimos, el que preponderaba en Francia, deseaba decididamente la guerra. Ya hemos insertado el célebre discurso que, el 29 de Noviembre de 1791, pronunció Isnard en la asamblea [1]. Poco despues pronunciáronse repetidas filípicas en aquel cuerpo, mas vehementes todavía que la citada, por Brissot y Vergniaud, contra las potencias europeas; filípicas que, segun los mismos franceses lo confiesan, "eran otras tantas declaraciones de guerra, otras tantas provocaciones temerarias muy propias para poner á la Francia en pugna con la Europa entera." "La instrucción de Brissot y los profundos talentos en política que demostraba, eran tan opuestos á los sofismas en que sus discursos abundan, dice Jomini, que darian origen á que se supusiera que servia de agente secreto al gobierno inglés si no se supusiese que los errores en que incurria eran comunes en aquel período á los hombres mas ilustrados de Francia. Un orador entusiasta hasta la demencia era solo capaz de atraer á su pais, en momentos en que se hallaba lacerado por los suyos y sostenido por los estraños, el odio de todos los monarcas europeos. No hay palabras con que espresar la vehemencia con que se produjeron durante aquel período los caudillos de la asamblea, y debemos legar sus discursos á la posteridad para que sirvan de

Declaraciones de los girondinos en favor de la guerra.

terráfico ejemplo de las consecuencias á que conducen un entusiasmo desordenado y el espíritu de partido [1]."

"Estais en los momentos, decia, Brissot el 29 de Diciembre de 1791, de juzgar á los reyes; ostentaos dignos de función tan augusta; elevaos á mas alta esfera de la que ocupan ellos, ó seréis indignos de ser libres. La Revolucion francesa, ha destruido á todos los sistemas antiguos; aunque todavía no es en todas partes libre el pueblo, no podrán los gobiernos sofocar por mas tiempo su voz. La opinion que forman los ingleses de nuestra Revolucion, no es dudosa, considéranla como la mejor garantía que se les pueda dar de su independencia. No es en manera alguna probable que el gobierno inglés, aun cuando pudiera, se aventurase á atacar á la Revolucion francesa; y trasfórmase esa improbabilidad en certidumbre, cuando se toman en consideracion la desunion que hay en su Parlamento, lo enorme de su deuda pública, y el estado decadente que guardan sus asuntos de la India. La Inglaterra no vacilaria ni por un momento en decidirse cuando tratase de elegir entre su rey y su libertad, entre la paz que le es tan necesaria y una lucha que ocasionaria probablemente su ruina. Tampoco debe inspirar temor el Austria; sus soldados, á quienes inútilmente intentan sus príncipes alejar del pueblo, se acuerdan de que al pueblo pertenecen sus amigos y sus

(1) Jom., I, 198. Pieces Just., I, 7, 8, 9.

parientes, y no habran de separar su causa de la de la libertad. El sucesor de Federico, si quiere manejarse con cordura, vacilará en destruir para siempre, haciendo frente á nuestras fuérazas, un ejército que, una vez esterminado, jamás volverá á reponerse. La ambiciosa Rusia querrá en vano tomar á cargo contrastar nuestra revolucion; estallaria en Polonia otra insurrección que paralizaria sus armas y haria de Varsovia el centro de la libertad en la parte oriental de Europa. Recorred el mapa del mundo y no encontrareis una potencia á la cual pueda temer la Francia. Si existiese alguna nacion que quisiese guerra, la debemos tomar la delantera, porque el que da primero da dos véces. Si sus preparativos hostiles no son mas que una vana fórmula, debemos descorder el velo y manifestar de este modo al mundo su impotencia. Ese acto de un gran pueblo es el que acabará de poner el sello á nuestra Revolucion. Hoy la guerra se ha hecho necesaria; la Francia se ve en la precision de emprenderla para sostener su dignidad; quedaria por siempre degradada si unos cuantos miles de rebeldes ó de emigrados llegasen á sobreponerse á los órganos de esta ley. Hoy debe considerarse la guerra como un bien para la nacion. El único mal que teneis que temer es el que no se lleve á efecto y que perdaís la oportunidad de refrenar la insolencia de los emigrados. En tanto que no deis ese paso decisivo, no cesarán de estaros engañando por medio de una falsa diplomacia. En lo de adelante, ya

no debemos entendernos con los gobiernos, sino con sus súbditos [1].”

“Al fin se ha descordero el velo, decia el mismo orador el 17 de Enero de 1792. “Se ha declarado vuestro verdadero enemigo. El general Bender os ha dicho quién es; es el emperador. Los electores no eran vuestros contrarios sino en el nombre; solo se mostraban para ocultar el verdadero motor: ahora podeis ya despreciar á los emigrados; el miedo les ha postrado á vuestros pies. Debeis anteponeros á las hostilidades de vuestro adversario; ahora es tiempo de que os mostreis fieles á la declaracion que cien veces habes repetido, la de que estais resueltos á ser libres ó morir. ¡Morir! no hay motivos para que lo temais: comparad vuestra posicion con la que el emperador guarda; vuestra constitucion es un anatema eterno contra las monarquías absolutas; todos los reyes deben detestarla; incesantemente les acusa, á cada paso pronuncia contra ellos el fallo; parece decir á cada cual: Mañana ya no existirás, ó si existes será por voluntad del pueblo! No diré yo al emperador como está vuestra comision porque se le diga: ¿Quereis no empeñaros en atacar á la Francia ó á su independencia? sino que le diria: Habeis formado una liga contra la Francia, y de consiguiente os ataco; y ese ataque inmediato es justo, necesario; exígenlo á la vez las urgentes circunstancias en que nos hallamos y vuestros propios juramentos [2].”

(1) Jom. I, Pieces Just. núm. 7, 299.

(2) Jom. I, 319. Pieces Just. núm. 7.

“Los franceses,” decía Fauchel el 17 de Enero de 1792, “después de haber conquistado su libertad son los aliados naturales de todo pueblo libre. Cuantos tratados celebráremos con los despotas serian nulos ante la ley y de hecho no podrian sostenerse sin poner á nuestra revolucion en peligro de ser destruida. Ya no necesitamos de embajadores ni de cónsules, porque unicamente son espías de oficio. Háganse libres las naciones que soliciten nuestra alianza; en tanto que no lo sean las trataremos como reunion de salvajes mansos. No hagamos guerra de agresion, pero hagámosla, sí, á los príncipes que á nuestra frontera conspiran; hagámosla á Lepoldo que procura destruir cautelosamente nuestras libertades, sean nuestros negociadores los cañones, y nuestros embajadores las bayonetas y nuestros millones de libras.” [1]

Brissot estaba decidido á que se hiciese á todo trance la guerra al Austria: tenia fija día y noche la idea de que existia un gabinete austriaco que dominaba en secreto á la corte y entorpecian constantemente los designios de los revolucionarios. Todo dependia de él y de los girondinos, pues las potencias europeas estaban totalmente desprevenidas para la lucha y demasiado preocupadas con sus particulares empresas para desear entrar en pugna con una potencia insurreccionada que se hallaba entregada á los primeros impulsos de su entusiasmo. Si los

(1) Jom. I. 323, 324.

girondinos hubiesen podido reconciliarse con el trono, habrian desarmado á la Europa, puesto en ridículo á los emigrados y conservado la paz; pero Brissot y Dumourier estaban resueltos á interrumpirla á todo trance. El primero llegó hasta el extremo de proponer que se disfrazase á algunos soldados franceses de húsares austriacos, y que estos durante la noche, diesen una investida á las aldeas fronterizas de la Francia; al recibir esta noticia, presentariase una mocion en la asamblea y quedaria desde luego decretada la guerra en medio del entusiasmo del momento.

El deseo que tenia de ver rotas las hostilidades era indecible. De Graves, Claviere y Roland vacilaban al considerar la inmensa responsabilidad que tal empresa les atraeria; pero Brissot y Dumourier sostenian de consuno que solo la guerra podria consolidar la libertad de la Francia, poner en descubierto á los enemigos de la constitucion y descorrer el velo tras el cual ocultaba la corte su perfidia. Todas sus horas de ocio las dedicaban á estudiar diversos mapas de los Paises Bajos y á meditar proyectos de engrandecimiento territorial que es el objeto favorito de la ambicion francesa. [1]

Supuesto que era tal el lenguaje de los principales miembros del gobierno frances y de la asamblea nacional, parece inútil enumerar por entero las negociaciones y mutuas quejas que

(1) Dum. 410, 411.

mediaron antes que rompiese las hostilidades el gobierno de Francia. Quejábanse con manifiesta justicia los franceses de que en Coblentz y otros puntos de la frontera se organizaban en cuerpos militares los emigrados; de que el Elector de Treveris y las demas potencias subalternas habian eludido cuantas peticiones se habian hecho sobre que se les dispersase; de que las tropas del Austria iban desfilando con rapidez hácia el Brisgan y el Rin, y de que no se habia dado esplicacion alguna satisfactoria acerca de estos movimientos. [1]

Quejábanse los partidarios del imperio, con no menos razon de que las sociedades revolucionarias de Francia procuraban inducir á la sedicion á todos los estados circunvecinos; que el Piamonte, la Suecia y la Bélgica estaban en movimiento á consecuencia de sus esfuerzos; que los oradores y periodistas de Paris publicaban diariamente invitaciones á

Abril 20 1792.

todos los demas pueblos para que se insurreccionasen, ofreciendoles un fraternal auxilio si así lo hacian; que Aviñon y el Venesino habian sido, sin derecho legal alguno, incorporados á la Francia, y que los católicos y nobles de la Alsacia habian sido despojados de sus bienes, títulos é inmunidades, violandose con esto el tratado de Westfalia. En el ultimatum del Austria se pedia que se restableciese la monarquía

(1) Mig. I, 167. Jom. I, 202.

bajo el pie en que la ponía la real orden de 23 de Junio de 1789; que los bienes que se habian arrebatao á la Iglesia, en la Alsacia, fuesen devueltos; que se reintegrase á los príncipes alemanes en los feudos y derechos dominicales que tenian en aquella provincia, y que Aviñon y el Venesino volviesen á poder del papa. Desecháronse estas proposiciones; y Dumourier, que habia logrado que en aquel periodo se le encargase de la cartera de relaciones exteriores, y que esperaba poderse posesionar de Flandes antes de que le auxiliase con fuerzas respetables el Austria, indujo al rey de Francia á romper las hostilidades. [1] El 20 de Abril de 1792, tuvo Luis que cumplir con el triste deber de declarar la guerra á su propio cuñado el rey de Hungría y Bohemia.

Las verdaderas intenciones de los aliados en aquellas circunstancias, y el espíritu de moderacion que les animaba con relacion á la guerra estan patentemente demostrados en una nota que pasaron los gabinetes de Berlin y Viena al gobierno de Dinamarca, en la cual, apartandose de toda idea de intervenir en los asuntos domésticos de la Francia, manifestaban limitarse, aun despues de haber roto aquella nacion las hostilidades, á formar un dique contra el cual se estrellasen los principios revolucionarios, de la República francesa, y á obtener las indemnizaciones que se debian á los

Mayo 12, 1792.

(1) Jom. I, 205. Pieces Just. núm. 13. Mig. I. 167.

príncipes alemanes. [1] Esta nota es tanto mas digna de atencion quanto que abraza precisamente los principios que proclamaron 22 años des-

(1) "El objeto de la alianza es doble. El primero se refiere á los derechos de los príncipes despojados, y á los peligros que atrae la propagacion de los principios revolucionarios, y el segundo á la conservacion de las bases fundamentales de la monarquía francesa. El primero se explica suficientemente de sí propio, el segundo no es susceptible todavía de una determinacion propia.

"Las potencias aliadas no tienen indudablemente derecho alguno á persistir en que una nacion tan grande é independiente como la Francia lo vuelva á dejar todo en la misma disposicion que estaba, ni en que introduzca en su gobierno tales ó cuales determinadas modificaciones. De aquí resulta que se hallan en el deber de reconocer como legal toda modificacion del gobierno monárquico que el rey, cuando goce de libertad completa, adoptare de acuerdo con los legales representantes de la nacion. Las fuerzas que se hayan de emplear en esta empresa, deben ser proporcionadas á la magnitud de ella y á la resistencia que probablemente habrá de pulsarse. Para combinar los medios que den el logro de los enunciados objetos, proponese la ciudad de Viena como un buen punto de reunion; pero cuando estén reunidos los ejércitos se deberá establecer un congreso en otro lugar mas inmediato á Francia que la ciudad citada, y á él se seguirá una declaracion en forma de los fines á que tienden con su intervencion los aliados."—Hard, I, 391, 392.

Idénticos principios manifestó Federico Guillermo al príncipe Har enberg durante una conversacion secreta y confidencial que tuvo este diplomático con su soberano el 12 de Julio de 1792. Declaró "que no sería desmembrada la Francia de ninguna de sus partes componentes; que no era la intencion de los aliados intervenir en su gobierno interno; pero que como un indispensable preliminar para la conclusion de los disturbios, debía darse completa libertad al rey y ponérsele en el pleno ejercicio de sus facultades; que habia de volverse á los ministros de la religion á sus altares, y reintegrarse en sus bienes á los despojados propietarios, y que la Francia pagaría los gastos de la guerra."—Hard, I, 400.

pues en los planios de la Champaña los monarcas aliados, y que dieron á la guerra una conclusion gloriosa.

Para prepararse con anticipacion á la lucha que se esperaba celebróse un tratado de alianza ofensiva y defensiva, el 7 de Febrero de 1792, entre la Suecia y el Austria; pero una de las partes contratantes no sobrevivió por mucho tiempo á esta medida. El 1º de Marzo falleció Leopoldo dejando á su hijo Francisco II en posesion de sus dilatados dominios, y quince dias despues, Gustavo, rey de Suecia, fué asesinado en un baile de mascara. No parecia sino que la Providencia iba preparando nuevos actores para las importantísimas escenas que debian seguirse.

Leopoldo murió el 1º de Marzo de un dolor de estómago. Succedióle su hijo Francisco que apenas tenia entonces 24 años, pero cuyo reinado fué el mas fecundo en sucesos, por un dilatado periodo el mas desgraciado, y el fin el mas glorioso que pueda existir en los anales del Austria. Habíase educado en Florencia, en la corte donde su padre habia ejercido la filosofía benéfica de su carácter, y se habia casado con Isabel de Wirtemberg que murió de parto, á los cuatro años de su consorcio, el 8 de Febrero de 1790; muerta su primera esposa, casóse el futuro emperador, en el mismo año, con la princesa Teresa de Nápoles.

Las medidas que se dictaron á los principios

de su reinado fueron populares y sensatas. Continuó Kaunitz de primer ministro y asociaronsele el mariscal Lasy que habia sido mucho tiempo amigo de Leopoldo, y el conde Francisco Colloredo antiguo preceptor suyo. El nuevo soberano mandó interrumpir la publicacion de todos aquellos periódicos en que se le colmaba de alabanzas, diciendo: "Mi futura conducta dirá si soy digno de elogio ó de vituperio." A su advenimiento al trono mandó quemar todas aquellas revelaciones anónimas y secretas con que se molesta por lo comun á los monarcas jóvenes; aun hizo mas Francisco; dió orden terminante de que ninguna comunicacion de esta clase se recibiese. Cuando se le presentó la lista de los pensionistas, borró con su propia mano el nombre de su madre, diciendo que era indecoroso que viviese á espensas del estado. Tal fué el brillo con que apareció la aurora de aquel reinado tan glorioso, cuanto fértil en acontecimientos. (1)

La Gran Bretaña continuó manejandose con una neutralidad absoluta. Durante todo el año de 1792, teniendo en su seno, como mas adelante veremos, una abundante copia de importantes sucesos que pusieron á la Francia á una cortísima distancia de su ruina, no dió paso alguno para aprovecharse de su debilidad ni para vengarse de la competencia que habia ejercido aquel desgraciado pais para con ella. No qui-

(1) Hard, I, 255, 267.

só la Inglaterra en la época adversa de la Francia devolverla los ultrajes que la infiriera en tiempo de la guerra norte americana, hecho tan notorio que lo han confesado constantemente los mismos franceses. "Solo hay una nacion," decia M. Kersaint en la asamblea nacional el 18 de Setiembre de 1792, "que se haya conservado en una completa neutralidad en los asuntos de la Francia, y esta nacion es la Inglaterra." (1)

Pero el curso de los sucesos hizo variar necesariamente á la Gran Bretaña de política. Llegó el 10 de Agosto, vino abajo el trono y fué reducida á prision la real familia. Las mantanzas de Setiembre mancharon á Paris de sangre, y Dumourier con sus victorias impelió hasta el Rin al torrente de la invasion estrangera. Estos grandes acontecimientos inspiraron al partido revolucionario tan extravagantes proyectos que se hizo imposible la conservacion de la paz por lo que toca á la Inglaterra. En medio del frenesí en que ponía al anunciado bando su desenfreno democrático, se sirvió de un lenguaje y adoptó medidas que eran absolutamente incompatibles con la paz ó tranquilidad de los demas estados: En Chambery, capital de la Saboya, establecióse un club jacobino compuesto de doce mil individuos, y eligióse á 100 de los mas activos de entre sus miembros para que á guisa de mi-

Pero el suceso del 10 de Agosto echa por tierra todas sus resoluciones.

Octubre, 1792.

(1) Ann. Reg. XXXIV, 181.

sioneros, "armados de la antorcha de la razon y de la libertad, ilustrasen á los saboyardos en su regeneracion, y les diesen á conocer sus imprescriptibles derechos." (1)

Declaróse la guerra al rey de Cerdeña el 15 de Setiembre de 1792. El club de Sistema de propaganda de la Francia. que dejamos hecha mencion resolvió en sesion que se dirigiese á la Convencion de Francia una comunicacion en que se denominaba á sus miembros "los legisladores del mundo," la cual recibió el enunciado cuerpo el 20 de Octubre del año ya citado, y mandó que se tradujese al inglés, español y alemán. Los rebeldes saboyardos organizaron en seguida una Convencion á imitacion de la francesa, y ofrecieron incorporarse á la gran república. El 21 de Noviembre recibió la asamblea á la comision que enviaba la Saboya á presentar la antedicha oferta, y fué saludada, al presentarse, con los mas bulliciosos aplausos. El presidente dirigió un discurso á los comisionados en cuestion, en el cual anunció la pronta destruccion de todos los tronos y la regeneracion de la especie humana, y dijo que "la Francia regenerada haria causa comun con todos los que estuviesen resueltos á sacudir el yugo y á gobernarse por si propios." No anduvo omisa la convencion Francesa en aceptar la incorporacion que la proponian de los dominios de la Saboya; la comision á la cual se pasó el negocio para que lo dilucidase dictaminó "que no habia consideracion

(1) Ann. Reg. XXXIV, 135.

fisica, moral y política que no ecsigiese la incorporacion de aquel pais; que cuantas razones se hiciesen valer para demostrar que debia estar relacionado con el Piamonte eran vanas, pues los Alpes constantemente comprobarian que debia ser parte integrante de los dominios de la Francia, y que se violentaria el orden de la naturaleza si el territorio en cuestion estuviese sometido á distinto gobierno;" y la asamblea agregó por unanimidad la Saboya á la República francesa, bajo la denominacion de Departamento del Monte Blanco. A la usurpacion de la Saboya siguióse inmediatamente la de Niza y su territorio y la de Monaco, los cuales se

Octubre 27, 1792.

transformaron en Departamento de los Alpes marítimos. "No temamos, dijo el relator encargado de manifestar la opinion de la Asamblea, opinion que solo tuvo un voto en contra, no temamos que esta nueva incorporacion sea un origen de discordia. El odio que tienen los opresores á la Revolucion francesa, será el mismo; lo que sí hará será prestar nuevos elementos á la potencia por medio de la cual habremos de disolver su liga. El dado está echado; nos hemos lanzado á la liza; todos los gobiernos son nuestros contrarios, todos los pueblos son nuestros amigos: pereceremos ó serán libres, y el hacha de la libertad, despues de haber derribado los tronos, caerá sobre la cabeza del que desee reparar sus ruinas [1]."

La Italia fué el objeto á que se dirigió en se-

(1) Ann. Reg. XXXIV, 139. Bot. I, 88.

guida el ataque. "El Piamonte, dijo Brissot en su dictámen relativo á Génova, debe ser libre. No debe vuestra espada volver á la vaina sino hasta que adquirierau libertad los súbditos de vuestro contrario, hasta que veais ceñida á la Francia con un cinto de repúblicas." Para facilitar esta empresa envióse una escuadra á la bahía de Génova, establecióse en aquella ciudad un club jacobino; al cual asistieron los gefes franceses, y en cuyo seno se resolvió que se dirigiesen comunicaciones llenas de adulacion á la Convencion francesa; entretanto Kellermann, al encargarse del mando del ejército de los Alpes, daba conocimiento á sus tropas de que "habia recibido órdenes de tomar á Roma y que las cumpliria." El embajador de Francia en Roma, tomó tanto empeño en escitar al pueblo á que se insurreccionase, que el 14 de Enero de 1793, yendo en su coche á una de sus reuniones, fué detenido por la plebe sobre la cual descargó una de sus pistolas, y asesinado en la calle. Esta atrocidad causó naturalmente una vehemente indignacion en la Asamblea de Francia, la cual estendió un decreto autorizando al ejecutivo á tomar las mas prontas medidas de venganza [1]. No tuvo la Suiza mas fortuna que sus vecinas en libertarse de la tormenta revolucionaria; pues no tardó Ginebra en verse acometida por ella. Encaminóse hácia sus muros un ejército á las órdenes del general Montesquieu, pero este gefe vaciló en dar

(1) Bot. I, 237.

un paso que equivalia á una declaracion de guerra contra la Confederacion helvética. Brissot, sin embargo, en un dictámen muy bien escrito que presentó sobre este asunto, dijo: "debe hacerse allí la Revolucion, pues de otro modo, retrocederá la nuestra;" é insistió en que se retirasen de la ciudad las tropas suizas, ó lo que es lo mismo, que se pusiese inermes á la disposicion de la faccion revolucionaria. No se respetó á los soberanos subalternos; el elector Palatino, á pesar de haberse conservado hasta entonces neutral, sufrió confiscacion en sus dominios del Rhin inferior; y varias considerables porciones de los territorios de Hesse-Darmstadt, Weid-Rusachel y Nassau-Sarbrook, fueron agregadas á los departamentos de Francia á cuya inmediacion estaban [1].

Al fin, el 10 de Noviembre, la asamblea acordó por unanimidad un decreto en virtud del cual se ponía la Francia en abierta pugna con todos los gobiernos establecidos. Este decreto estaba concebido en estos términos: "La Convencion nacional declara, en nombre de la nacion francesa, que reconocerá como hermano y tenderá su apoyo á todo pueblo que desee recobrar su libertad; y encarga al ejecutivo que preste auxilio á todo pueblo y defienda á todos aquellos ciudadanos que hayan padecido ó padezcan por la causa de la libertad [2]." El mismo Brissot, posteriormente,

La Francia declara la guerra á todas las naciones.

(1) Ann. Reg. XXXIV, 153. Bot. I, 96, 97, 237.

(2) Ann. Reg., XXXIV, 153.

dijo, hablando de este decreto, que era "absurdo, impolítico y á propósito para escitar inquietud en los gabinetes estrangeros [1]." A este paso todavía se siguió, en 15 de Diciembre, una resolución tan original y tan sin ejemplo, que ningun extracto podria bastar para dar idea del espíritu de su contenido [2].

(1) Brissot á ses commettans [Brissot á sus comitentes], 88, edición de Londres.

(2) "La convencion, nacional, fiel á los principios de la soberanía del pueblo que no permiten que se reconozca ninguna de las instituciones que en su contra militan, decreta lo que sigue: 1º En todos aquellos países que están ó fuesen en lo sucesivo ocupados por los ejércitos de la República francesa, proclamarán inmediatamente los generales, en nombre del pueblo frances, la abolición de todos los impuestos y contribuciones existentes, la de diezmos, la de los derechos feudales y dominicales, y la de todos los privilegios en general. 2º Proclamarán la soberanía del pueblo, y la cesación en sus funciones de todas las autoridades existentes; convocarán al pueblo para que nombre un gobierno provisional, y haran que este decreto se traduzca al idioma del país. 3º Ninguno de los agentes ó empleados del anterior gobierno, sean del ramo militar ó del civil, y ninguno de aquellos individuos que esten reputados por nobles, podrá ser electo para desempeñar cargo alguno del enunciado gobierno provisional en las primeras elecciones. 4º Los generales pondrán inmediatamente bajo la salvaguardia de la República francesa todos los bienes muebles ó inmuebles pertenecientes al tesoro, al príncipe, á sus adictos ó servidores, y á todas las corporaciones públicas y comunidades tanto civiles como religiosas, &c. 9º Cesará el gobierno provisional en sus funciones tan luego como los habitantes, despues de haber declarado la soberanía del pueblo, hubiesen organizado otro bajo el sistema libre popular. 10º En caso de que el interés provincial exigiere que las tropas de la República permanezcan mas tiempo en territorio estranero, hará la República el necesario arreglo para la subsistencia de ellas.

Trasmitióse inmediatamente este decreto á los generales que se hallaban en la frontera, acompañándoseles con él un comentario y algunas notas aclaratorias, cuyo contenido era mas violento si es posible, que el del original mismo. Para auxiliarles en sus tareas; asignaronse á todos los ejércitos comisionados cuyo especial deber era el de vigilar que se conservasen insurreccionados los territorios conquistados. Encargábaseles que no permitiesen que quedase el menor resquicio de las autoridades primitivas," y que "no solo diesen fomento á los escritos destinados á la instruccion popular, á las sociedades patrióticas y á todos los establecimientos que tuviesen por fin el de que la libertad se propagase, sino que aun ellos mismos se pusiesen en inmediata comunicacion con el pueblo para que por medio de frecuentes esplicaciones destruyesen las falsedades en que pudieran imbuirle los malintencionados con el objeto de descaminarle." [1 2]

II La nacion francesa declara que *tratará como enemigos á los pueblos que, desconociendo la libertad y la igualdad, ó negándose á ponerlas en práctica, se manifestasen deseosos de conservar á sus príncipes y á sus castas privilegiadas, ó entraren en algun convenio con ellos.* La nacion ofrece bajo compromiso, no dejar las armas hasta no haber establecido la soberanía y la libertad del pueblo en los territorios donde el ejército francés entrare, y no consentirá en que se celebre convenio ni tratado alguno con los príncipes y las clases privilegiadas, con las cuales está la República en guerra."—Ann. Reg. XXXIV, 155.

(1) Lac. XXXIV, 153, 156.

(2) Los mas distinguidos escritores de Francia están completamente de acuerdo en el desenfrenado deseo de guerra con el estranero que dominaba en aquel

Al decreto del 19 de Noviembre acompañóse una esposicion dirigida á todos los generales de los ejércitos de Francia, que contenia una esquila que estaba concebida en los mismos términos que hubiera podido emplear cualquiera de los ministerios de estado. A cada gefe se remitió el modelo de una nota que debia servir para todas las naciones del mundo, y que comenzaba con estas palabras: "El pueblo de Francia al pueblo de.....salud. Hemos venido á lanzar á los tiranos." Y cuando M. Baraillar presentó en la convencion nacional una mocion [1] proponiendo que se declarase espresamente que el decreto de 19 de Noviembre solo se referia á las naciones con las cuales se estaba en guerra, desechóse la proposicion por una considerable mayoria.

Estos actos tan inauditos cuanto alarmantes, unidos al rápido aumento y pérvido lenguaje de las sociedades jacobinas de Inglaterra, suscitaron una general inquietud en la Gran Bre-

Inquietud que escitaron estos actos en la Gran Bretaña.

período al gobierno. "No habia, dice el mariscal de Saint Cyr, "quien no conociese á primera vista, á fines de 1792, el peligro que amenazaba á la República, y quien no se sobrecogiese de asombro al considerar, no diré la imprudencia, pero sí la locura de la Convencion cuando en vez de disminuir el número de sus enemigos, hacia los posibles esfuerzos para aumentarlos, por medio de incesantes insultos, no solo contra todos los soberanos, sino aun contra todos los gobiernos existentes. Una ciega é infundada confianza se habia posesionado de los ánimos. Solo pensaban en destronar reyes con sus decretos, y tenian al mismo tiempo en total miseria á los ejércitos en que estaba cifrada la conservacion de la República."—Saint Cyr, Memor. I, 19, 20.

(1) Hist. Parl. XXXIV, 1310, 1311.

taña. Habianse reducido, á principios del año de 1792, las fuerzas del ejército y la marina, á peticion del trono, y se habia resistido el gobierno ingles á cuantas escitaciones se le habian hecho para que se uniese á la confederacion que se habia formado contra la Francia. Aun despues de haber sido derrocado el trono el 10 de Agosto, el ministro británico dió orden al embajador de que antes de separarse de una capital donde ya no habia gobierno estable, reiterase la protesta de que se conservaria neutral la Inglaterra; y M. Le Brun, ministro de Francia, declaró que el gobierno frances confiaba en que "el gabinete británico no se separaria, en aquel decisivo momento, de la justicia, moderacion é imparcialidad que hasta entonces habia manifestado." Pero cuando la convencion nacional comenzó á intentar á las claras, insurreccionar á todos los demas paises, su conducta inspiró desconfianza, y esta se cambió en aversion luego que se la vieron intenciones de incluir á la Inglaterra entre aquellos estados á cuyos subditos rebeldes tenderia un fraternal apoyo. [1]

La correspondencia de Londres y otras cuatro sociedades, presentaron el 7 de Noviembre, á la asamblea nacional, una peticion que abundaba en sentimientos en extremo revolucionarios, y que fué acogida con muestras vehementes de aprobacion; tal era la creencia que habia en Francia de que estaba la Inglaterra en momentos de in-

(1) Ann. Reg. XXXIX, 163, 165, y Documentos de Estado, 327.



surreccionarse, que el 21 de Noviembre, refiriéndose á ello el presidente Gregoire, dijo, (1) "estos respetables isleños, que fueron en un tiempo nuestros maestros en el arte social, ahora se han vuelto nuestros discipulos; y si siguen nuestras huellas, no tardaremos en ver á los intrépidos ingleses descargar un golpe que retumbará hasta los confines del Asia."

En el mismo periodo cometió la Francia un acto de agresion contra la Holanda que estaba entonces aliada con la Gran Bretaña, y que de consiguiente la puso en pugna con esta potencia. En el tratado de Munster se habia estipulado que el Escalda quedaba por siempre cerrado; pero habiendo llegado los ejércitos franceses hasta Antuerpe á consecuencia de sus triunfos, promulgó la asamblea, el 16 de Noviembre, un decreto en el cual se mandaba al general en jefe de las enunciadas fuerzas que hiciese libre la navegacion del Escalda; y en otro decreto que se promulgó en la misma fecha, dióse orden á las propias tropas de que persiguiesen á los austriacos prófugos hasta dentro del territorio de la Holanda. La escuadra francesa puso desde luego en práctica estas órdenes en despecho de las autoridades holandesas, navegando las aguas del Scheldt con el objeto de cooperar al asedio de la ciudadela de Antuerpe. Los franceses no intentaron justificar estas violaciones de los tra-

(1) Ann. Reg. XXXIII, 137; y Documentos de Estado, 244, 246.

tados existentes apoyándose en alguno de los principios reconocidos del derecho de gentes, sino que sostuvieron "que los tratados que habia arrancado la codicia y á los cuales habia presidido el despotismo, no podian ser obligatorios para los libres y emancipados belgas." Lo que hizo aparecer esta agresion completamente imperdonable, fué que los franceses apenas en 1784, es decir 8 años antes, habian cooperado á impedir que se navegase por el mismo rio cuando quiso intentarlo el Austria que era dueña entonces de los Países Bajos, y consiguió evitar aquella agresion apoyándose en que era una violacion de los derechos de las Provincias Unidas, segun habian quedado establecidos por el tratado de 1737. [1]

En tan críticas circunstancias púsose sobre las armas á la milicia en Inglaterra, á la ciudadela (Tower) en estado de defensa, y convocóse para el 13 de Diciembre al Parlamento. En el discurso de la corona llamóse gravemente la atencion hácia lo peligrosos que eran los nuevos principios de intervencion respecto de las demas naciones, que proclamaba el gobierno de Francia, y en los cuales fundaba sus operaciones. "He observado escrupulosamente," decia el rey, "una estricta neutralidad en la actual guerra del continente, y me he abstenido constantemente de ejercer intervencion alguna en los asuntos domésticos."

(1) Memorias de Lebrun á la Convencion. Ann. Reg. XXXIII, 163. Segur, II, 78, 79.

cos de la Francia; pero es imposible contemplar sin concebir la mayor inquietud, las decididas intenciones que allí se manifiestan de escitar á la sedicion á los demas paises, de despreciar los derechos de las naciones neutrales y de llevar á cabo proyectos de conquista y engrandecimiento; ni se pueden ver con indiferencia las medidas que se han adoptado para con mis aliados los Estados generales que se han conservado en la misma neutralidad que yo, medidas que no estan conformes con el derecho de gentes, ni con las estipulaciones que constan en los tratados ecistentes. A consecuencia de esto, entablose una desagradable correspondencia entre el gabinete británico y el embajador frances; y como no produjese resultado alguno satisfactorio, continuaronse haciendo sin interrupcion en Inglaterra aprestos hostiles, y los mismos preparativos se hicieron en los puertos de Francia. "La Inglaterra," dijo Lord Grenville al Sr. Chauvelling, enviado frances en una nota, "jamás consentirá en que la Francia se tomé la facultad de destruir á su antojo, y so color de un derecho natural que no existe, y respeto del cual se presenta como único juez, el sistema político de Europa que se halla establecido en virtud de tratados solemnes, y que está garantizado por el unánime consentimiento de todas las naciones. Tampoco verá jamás con indiferencia el gobierno que represento, que la Francia se convierta, ni directa ni indirectamente en soberana de los Paises Bajos, ó en árbitra general de los

derechos y las libertades de Europa. Si realmente desea la Francia conservarse en armonía y en paz con la Inglaterra, apártese de esos proyectos de agresion y engrandecimiento, límitese á su territorio, y déjese de insultar á los demas gobiernos, de perturbar su tranquilidad, y de hollar sus derechos." [1]

A esta nota contestó el enviado frances lo que sigue: "Jamás tuvo el designio la Convencion de tomar á su cargo la causa de algunos estrangeros, convirtiendola en causa de la nacion francesa; pero cuando un pueblo al cual tenga encadenado un déspota, esté animado de la suficiente resolucion para quebrantar sus cadenas; cuando este pueblo habiendo recobrado su libertad, se haya constituido de tal modo que distintamente se comprenda cual es la voluntad general, y cuando esta voluntad general invocare el apoyo y la simpatía de la nacion francesa, entonces será cuando naturalmente se haga uso del decreto del 19; y esto á nadie puede parecer extraño." (2)

Las intenciones que animaban en aquella época á la Gran Bretaña, y la conducta que de consuno con sus aliados, se propuso seguir antes de que se festinase la guerra á consecuencia de la decapitacion del monarca, no se pueden manifestar mejor que consultándose la nota oficial

(1) Ann. Reg. XXXIV, 168, 178, y Documentos de Estado, núm. 1.

(2) Memorial de Lebrun. Ann. Reg. XXXIV, 174.

que dirigió Lord Grenville al embajador inglés cerca de la corte de San Petersburgo, con motivo de la proyectada confederación en contra de la República francesa. Por este importante documento aparece que la Inglaterra proponía por base de la alianza, que se dejase á los franceses en plena libertad de arreglar su gobierno y sus asuntos domésticos por sí propios, y que los esfuerzos de los aliados se limitasen solo á evitar que se ingiriese la Francia en los negocios de los demás estados, ó á que estendiese sus conquistas ó su propaganda mas allá de la comprensión de sus fronteras. (1)

(1) En este importante documento, lord Grenville dice: "Los puntos principales sobre los cuales habrá de girar esta explicación, han de ser, la conducta que se debe seguir antes de que se dé principio á las hostilidades, la cual ha de tender, si posible fuere, á evitarlas, y la clase y número de fuerzas de que podrán disponer las potencias que entren en el pacto, suponiendo que se haga inevitable la guerra. Con respecto á lo primero, parece, sobre todo, sin perjuicio de discutirlo después con las demás potencias, que el paso mas acertado que se debe dar es, el de entrar en las necesarias aclaraciones con las naciones que están hoy en guerra con la Francia, á fin de posibilitar á las que no se han declarado hasta ahora sus contrarias, el proponer á aquel país condiciones de paz. Estas condiciones serian las de que se retirasen las armas francesas dentro de los límites de su territorio, que abandonase la Francia sus conquistas, que se abstuviese en lo futuro de todo acto ofensivo á la soberanía ó á los derechos de toda otra nación cualquiera, y de que se comprometiese, de una manera terminante, á no mas fomentar la disensión ni escitar sediciones en contra de los demás gobiernos. En cambio de estas estipulaciones, comprometerianse las diversas potencias de Europa que tomasen parte en tal

Pero aunque eran tales las miras de la Inglaterra, muy diversas eran las ideas de los que se hallaban en Francia á la cabeza de los negocios. La resolución en que se hallaba aquel gobierno sobre difundir los principios revolucionarios en Inglaterra, manifestóse muy á las claras en una nota circular que dirigió Monge, ministro de marina, á los vecinos de los puertos marítimos de Francia, en 31 de Diciembre de 1792, mas de un mes antes de que se declarase la guerra. "El rey y el Parlamento de Inglaterra," decía, "desean hacernos guerra; ¿pero habrán de permitirlo los republicanos ingleses? Ya aquellos libres manifiestan la repugnancia con que toman las armas contra los franceses sus hermanos. Volaremos á su auxilio, haremos un desembarco

medida, "á desistir de todo paso ó proyecto hostil contra la Francia ó de ejercer intervención alguna en sus asuntos domésticos," y á conservar sus relaciones de amistad con las autoridades existentes de aquel país "con las cuales se celebrase tal tratado." Si estas proposiciones, presentadas por las potencias puestas de acuerdo, no fuesen admitidas por la Francia, ó si siendo aceptadas no tuviesen exacto cumplimiento, entonces las diversas naciones del pacto podrian comprometerse mutuamente á dictar activas medidas para conseguir los deseados fines; y debe meditarse si, llegado este caso, no seria de justicia que pidiesen indemnización por los gastos y riesgos á que necesariamente se espondrían." Hé aquí los principios sobre los cuales quería la Inglaterra establecer la pacificación general de Europa; y en la continuación de esta historia se verá que éstos y no otros fueron los que sostuvo constantemente durante la lucha, y en particular que jamas propuso como condicion de su término la reposición de los Borbones en el trono Véase la Hist. Parl. XXXIV, 1313, 1314.

en su isla, tremolaremos en ella 50 mil gorros de la libertad, plantaremos el árbol de independencia, y abriremos nuestros brazos á aquellos republicanos hermanos nuestros. En breve quedará destruida la tiranía de sus gobernantes." Siendo tal el lenguaje en que se dirigía el ministro de Francia á un pueblo con el cual aun estaba en paz su nacion, era evidente que no podia haber medio alguno conciliativo, y particularmente cuando mediaba la circunstancia de que tales palabras se escuchaban con satisfaccion á este otro lado del canal por un numeroso partido. (1)

Habiendo trascurrido algun tiempo que se ocupó en comunicaciones, llegaron los negocios á su crisis, á consecuencia de la decapitacion de Luis que tuvo efecto el 21 de Enero de 1793. Como no habia ya el menor resquicio de gobierno en la capital de la Francia con el cual se pudiesen conservar las relaciones diplomáticas, notificóse á M. Chauvelin, que saliese de los dominios de la Gran Bretaña en el término de ocho dias, manifestándosele todavia que el gobierno inglés escucharía cualesquiera proposiciones que se le dirigiesen para un arreglo; y el 3 de Febrero, la Convencion de Francia, por dictamen de Brissot, declaró por unanimidad la guerra á la Gran Bretaña. [2]

He ahí la minuciosa relacion de las causas que

(1) Ann. Reg. XXXIV, 179.

(2) Ibid. XXXIV, 199.

dieron origen á esa guerra inmensa, universal, que se estendió con tanta rapidez á todos los puntos del globo, que se prolongó con breves interrupciones, por espacio de mas de 20 años, ocasionó la ocupacion de todas las capitales de Europa por ejércitos extranjeros, y finalmente condujo á los cosacos y á los tártaros á la metrópoli de la Francia. En vano buscaríamos en cualquiera de las anteriores épocas del mundo, lucha que presentase tan gigantescas proporciones, en que se ostentase tan general intrepidez, y durante la cual se hiciesen tan extraordinarios esfuerzos por los gobiernos, ni manifestasen los subditos tan universal entusiasmo. Con todo la historia europea aparece insignificante cuando se la compara á las guerras que de la Revolucion francesa emanaron, y los triunfos de Malborough ó de Turena son opacos, puestos al lado de las campañas de Napoleon.

Recorramos sin prevencion los sucesos que produjeron el rompimiento, y veremos que no puede decirse que alguna de las potencias europeas lo provocase. El gobierno de Francia, aun cuando hubiese tenido los deseos, no tenia el poder de refrenar á sus gobernados, é impedirles aquellas relaciones que entablaron con los descontentos de los demas países, que pusieron en tanta inquietud á sus respectivos gobiernos. Los austriacos y prusos tenian mucha razon en quejarse de la infraccion de los tratados de Westfalia, quebrantados por el violento despojo que se ejerció en los nobles y el clero de Alsacia, y suma justicia en temer gravísimos peligros para

sí propios de las doctrinas que diseminaban por sus dominios los emisarios de la Francia. Aunque la Inglaterra fué la última que desistiese del sistema de neutralidad que se habia propuesto seguir, arrojóse al fin á la contienda en vista de los principios alarmantes que proclamaron los jacobinos despues del suceso del 10 de Agosto, y que tendian á ejercer intervencion en los asuntos estrangeros, y tambien por el inminente peligro que corria la Holanda á consecuencia del avance triunfal de los ejércitos franceses hácia las márgenes del Escalda.

El principio sobre no intervenir en los asuntos domésticos de las demas naciones, aunque es sumamente justo en casos generales, está sujeto, sin embargo, á algunas escepciones. Todavía está por contestarse á aquella observacion de M. Burke que dice, "si la casa de mi vecino está incendiada, y hay probabilidad de que se comunique el fuego á la mia, no haré mal en intervenir para evitar una desgracia que anuncia ser fatal á ambos." Si se admite que pueden interponerse las naciones con los gobiernos que egerzan una estremada tirania para con sus súbditos, debe tambien concederselas el derecho de impedir que un pueblo trate con escesivo rigor á su soberano. Los franceses, que con tanto ardor como justicia defendieron el tratado de 6 de Julio de 1827 que tenia por objeto libertar de la opresion otomana á la Grecia; los franceses, que tomaron una parte tan activa contra la Gran Bretaña en la lucha que la suscitaron sus colonias

de América, y los franceses, en fin, que invadieron á los Paise Bajos y sitiaron á Antuerpe en 1832 con el espreso fin de conservar la paz de Europa, no tienen derecho alguno á quejarse de los tratados de Plinitz, que tendian á libertar al rey del cadalso y á la nacion francesa de una tirania, que despues fué mas pesada que la que se egerce en Constantinopla.

Las razones en que se apoyaba el gobierno británico para declarar la guerra, se vieron ampliamente desarrolladas en una importante esposicion que espidió á los gefes de sus fuerzas de mar y tierra, el 29 de Octubre de 1793, poco tiempo despues de la decapitacion de la reina. Decíase en aquel insigne documento diplomático: "Al gobierno que antes regia, se ha sucedido un sistema que tiene por objeto la destruccion de todo orden público—que se sostiene á fuerza de incesantes proscripciones, destierros y confiscaciones,—per medio de encarcelamientos arbitrarios, de matanzas cuyo solo recuerdo horroriza, y por medio en suma, del horrendo asesinato de un justo y benéfico soberano y el de una ilustre princesa que, con inalterable entereza, participó de todas las desgracias de su real esposo, de sus prolongados padecimientos, de su cruel cautiverio y de su ignominiosa muerte. Los aliados han tenido que pugnar contra actos de agresion que no han tenido pretesto alguno, contra una completa violacion de todos los tratados ecisistentes, contra declaraciones de guerra sin motivo, y en una palabra contra todos los medios de

que la corrupcion, la intriga y la violencia pudieran valerse para lograr el fin, que sin embozo se confiesa, de subvertir todas las instituciones sociales y derramar por todas las naciones de Europa esa confusion que ha producido la miseria que reina en Francia.

“Semejante estado de cosas no puede subsistir en aquel pais, sin atraer un peligro comun á todas las potencias que le circundan; sin darles el derecho, sin imponerlas el deber de contener los progresos de un mal que debe solo su existencia á la continua violacion de toda ley y propiedad, y que ataca los principios fundamentales que forman los vínculos sociales por medio de los cuales está unida la especie humana. Las condiciones que imponga el rey, no serán sino las que dicten la equidad y la moderacion; no serán las que pudiera imponer con justicia en vista de los gastos, riesgos y sacrificios que atrae la guerra, sino los que juzgue S. M. de una necesidad indispensable, atendiendose á estas consideraciones y á las mas importantes todavia, referentes á su propia seguridad y á la futura tranquilidad de Europa. Los mas vehementes deseos de S. M. no son otros que los de poner término de este modo á una guerra que ha procurado en vano evitar y cuyas calamidades todas, como lo está palpando la Francia, solo se deben atribuir á la ambicion, pérfidia y violencia de aquellos que en sus crímenes han atraído la miseria sobre su patria y arrojado un borron sobre todas las naciones civilizadas.

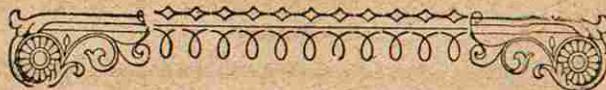
“El rey ofrece por su parte la suspension de las hostilidades, su amistad, y, en tanto que lo permitieren los sucesos de los cuales no puede disponer á su voluntad el hombre, seguridad y proteccion en favor de todos aquellos que, declarandose por la monarquia, sacudieren el yugo de la sanguinaria anarquia, de esa anarquia que ha roto los mas sagrados vínculos sociales, disuelto las relaciones todas de la vida civil, violado todos los derechos y destruido todos los deberes; que se sirve del nombre de la libertad para egercer una cruelisima tirania, para anonadar toda propiedad y usurpar todo bien ageno; que establece su poder en la aparente voluntad del pueblo, y que castiga al mismo tiempo á sangre y fuego á las dilatadas provincias que piden sus leyes, su religion y su legítimo soberano.” He aquí una verdadera elocuencia,—he aquí una esacta relacion de los motivos porqué se declaró la guerra, escrita en un lenguaje digno de la gran causa de la libertad á cuya defensa se consagraba la nacion desde aquel punto, y de la cual jamas se separó en lo sucesivo hasta que los ejércitos ingleses entraron victoriosos por las murallas de Paris. (1)

(1) Ann. Reg. 1793. Documentos de Estado, 199. Hist. Part. XXX, 1597.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE



CAPITULO VIII.

CAMPAÑA DE 1792.

SUMARIO.

Estado de los ejércitos franceses á los principios de la guerra.—El que guardaban los de los aliados.—Invasión de los franceses en los Países Bajos.—Derrota de los invasores.—Consternación de los habitantes de París á consecuencia de esta derrota.—Reúnen se en el Rhin los ejércitos aliados.—El duque de Brunswick invade á la Francia.—Su línea de avance.—Rendición de Longwy y de Verdun.—Movimientos de Dumouriez.—Descripción de la selva de Argona.—Dumouriez toma los caminos por donde se atraviesa, antes que los prusos.—Lento movimiento de los aliados.—Clairfayt fuerza uno de los caminos.—Replégase Dumouriez á Santa Menehulda.—Derrota de una parte del ejército francés al operar su retirada.—Sitúanse los franceses en Santa Menehulda.—Reúnen se allí sus ejércitos.—Consternación en París y en la retaguardia de las fuerzas francesas.—Cañoneo sobre Valmy.—Retienen su posición los franceses.—Conflicto de los aliados; se resuelven á retirarse.—Diversos motivos que hubo para esto.—Terror que se difunde en París.—Conferencias que se entablan para la retirada de los aliados.—Comienzan á operar su retirada y regresan al Rhin.—Operaciones en Flandes.—Bombardeo de Lila.—Se levanta el sitio.—Movimientos en el alto Rhin.—Toma de Maguncia por Custine.—Planes para la invasión de

Flandes.—La comienza Dumouriez.—Batalla de Jemappe.—Lento avance de Dumouriez.—Conquista de Flandes.—Desconfianza que se suscita contra Dumouriez en Paris.—Avance de los republicanos sobre el Escalda y el Mosa.—Toma de Antuerpe, de Lieja y de Namur.—Dumouriez pone á su ejército en cuarteles de invierno.—Violento decreto de la Convencion, y grandes cambios revolucionarios en la Bélgica.—Cruel opresion que ejercen los franceses sobre el pueblo de Flandes.—Rómpanse las hostilidades contra el Piamonte.—Conquista de la Saboya y de Niza.—Amagos de invasion sobre la Suiza.—Se difiere.—Medidas para difundir las ideas revolucionarias en Saboya y Niza.—Se las incorpora á la Francia.—Conclusion de la campaña sobre el alto Rhin.—Infructuosas operaciones de los republicanos: vuelven á atravesar el Rhin.—Resultados inmensos de esta campaña.—Conducta precipitada de los aliados.—Funestas consecuencias que produjo la falta de vigor de éstos á los principios.—Gran peligro que corrió la Francia en aquella época.—Reflexiones generales sobre la campaña.

“La paz,” dice Segur, “es el sueño del sábio: la guerra es la historia del hombre. La juventud oye con desden á los que quieren conducirla por el sendero de la razon á la ventura, y se arroja á los brazos del fantasma que la lleva á la destruccion por medio del esplendente brillo de la gloria. (1)” La razon, la cordura, la experiencia, pugnan inutilmente para contener esta propension. Por razones superiores á las leyes de la filosofia, vense menospreciadas en esta parte sus lecciones por la generalidad de la especie humana; y todas las generaciones impelidas por un irresistible impulso, se arrojan á su propia ruina, al buscar en el choque con sus semejantes, un desahogo para sus desenfrenadas pasio-

(1) Memorias de Segur, II, 59.

nes. “Aterror é intimidar, dice M. Ferguson, y resistir con entereza cuando no se puede persuadir con la razon, hé aquí lo que constituye las tareas que proporcionan á toda inteligencia vigorosa sus mayores triunfos y su mas activo ejercicio; de suerte que aquel que jamás haya luchado con sus semejantes, carece de la mitad de los sentimientos que animan al género humano.” (1)

Pero cometeríamos un error enorme, si nos imaginásemos que solo calamidades y destruccion producen estas inestinguibles pasiones, y si juzgásemos que ningun bien resulta del movimiento de ellas á las generaciones futuras. No por otro medio que por el de estas tempestades se esparcen las simientes del progreso por el orbe, se confunden las razas de los hombres, y se combina la energía de los habitantes del Norte con la cortesanía que ha introducido la civilizacion entre los pobladores del Sur. En medio de los apuros y los peligros que acarrea la guerra, se desiste de las rancias preocupaciones y se adoptan nuevas ideas; entonces es cuando del seno de la necesidad nace la invencion, y se hacen adelantos en fuerza del estímulo que dá el ejemplo; entonces es cuando por medio de la mezcla de las diversas razas de que consta la especie humana, se mitigan los vicios y la aspereza de que cada cual adolece, y los bienes que resultan de la reciproca comunicacion, se difunden. Roma conquistó al mundo con sus armas, y des-

(1) Ferguson, 89, Sociedad civil.

truyó la ferocidad de sus pobladores por medio de su ejemplo; los conquistadores del Norte infundieron á la corrupcion de la civilizacion antigua el enérgico valor de los bárbaros; las Cruzadas esparcieron en la parte occidental del mundo la instruccion y las artes de Oriente. No fueron menos grandes ni menos duraderos que aquellos, los efectos y beneficios que produjo en favor de la humanidad la guerra que se suscitó á consecuencia de la Revolucion de Francia; recúrrase á sus sangrientos anales, y se percibirá que de ella emanaron los principios que deben variar la organizacion de las sociedades, y conducir al mundo moral á su mayor grado de perfeccion.

Habiéndose decidido la Francia por la guerra, dispuso que se formasen tres ejércitos respetables. En el Norte hallábase el mariscal de Rochambeau, con cuarenta mil hombres de infantería y ocho mil de caballería, acantonado desde Dunquerque hasta Filipville. En el centro, desde Filipville hasta Lautre, encontrábase situado La Fayette con cuarenta y cinco mil hombres de infantería y siete mil de caballería; y el mariscal Luckner, con treinta y cinco mil hombres de infantería y ocho mil de caballería, vigilaba las márgenes del Rhin desde Basilea hasta Lautenburgo. Hacia el Sur, el general Montesquieu, á la cabeza de cincuenta mil hombres, tenia á su cargo la defensa de la línea de los Pirineos y las corrientes del Ródano. Pero estos ejércitos solo

Estado de los
ejércitos france-
ses.

eran terribles por su número. La agitacion y el desenfreno que habia introducido la Revolucion habian relajado el freno de la disciplina, y la costumbre que habian contraido las tropas de juzgar por sí y de discutir sobre asuntos políticos, habia destruido la confianza que debian tener en sus gefes. Púdose haber previsto que tan luego como la guerra se hubiese vuelto defensiva, habríase necesitado la mitad de la enunciada fuerza para guarnecer la triple linea de fortalezas que defendian el curso del Rhin de cualquiera invasion estrangera [1].

Sin embargo, el entusiasmo nacional presentó en breve numerosos reclutas para los ejércitos. Las aldeas y los pueblos mandaron sus reducidas cuadrillas de gente armada á la frontera para que engrosasen las filas de las fuerzas que la defendian; veíanse cubiertos los caminos, de batallones de guardia nacional que marchaban con precipitacion al teatro de la guerra. Pero el espíritu público jamás suple la falta de organizacion militar, ni basta el valor cuando no existe disciplina. Cuantos esfuerzos hicieron á los principios los ejércitos franceses, fueron infructuosos; y si hubiesen estado los aliados mejor dispuestos para la lucha, ó hubiesen sabido sacar provecho de las ventajas que obtuvieron, habríase terminado la guerra en la primera campaña (2).

Para resistir á la enunciada fuerza, no tenia

(1) Jom., II, 3. Toul., II, 119. Th., II, 45, 46.

(2) Toul., II, 121. Jom., II, 4.

Fuerzas aliadas. listos los aliados los ejércitos suficientes, y esto es una prueba evidente de que las operaciones militares de que se hablará en el tratado de Plinitz, habian sido abandonadas por las potencias contratantes. El Austria y la Prusia unicamente se presentaron en campaña. La Inglaterra se conservaba aun en una neutralidad completa, y las fuerzas de la Rusia, apartandose del Danubio despues del tratado de Jossy, marchaban lentamente á concentrarse en la Polonia que era el objeto de la ambicion del gabinete moscovita. La España y el Piamonte permanecian en paz: 50 mil hombres formaban toda la fuerza de que podia disponer la Prusia para realizar la invasion de un pais tan distante como la Francia; y el emperador, debilitado á consecuencia de su sangrienta lucha con los turcos, pudo apenas reunir sesenta mil soldados, en todo el territorio de las márgenes del Rin, desde el lago de Constanza hasta la frontera de la Holanda.

Los cuerpos de emigrados que se habian reunido en los paises de Tréveris y Coblentz y en los dominios del margrave de Bade, llegaban apenas á siete mil hombres muy poco apropósito por su rango, para los deberes de simples soldados, en una molesta campaña, y á quienes ademas no se esperaba en el Rhin sino para fines de Julio. [1]

Estimulados los franceses por el insignificante número de tropas que tenia en los Países bajos el Austria, intentaron invadir á Flandes. Dividieron sus

Invasion francesa sobre los Países Bajos.

(1) Jom., II, 17.

fuerzas en cuatro columnas que debian reunirse en las inmediaciones de Bruselas, y el 28 de Abril se movieron; pero por todas partes sufrieron derrotas y desgracias. El general Dillon, que avanzó de Lila con 4 mil hombres, se encontró con un destacamento de Tornay, y antes de que hubiesen hecho una sola descarga los austriacos, ó que hubiese siquiera llegado al campo su caballería, tomaron los franceses la fuga, mataron á su general, y regresaron á Lila en tal desorden, que pusieron en gran peligro á aquella importante fortaleza. El trozo que avanzó desde Valenciennes, al mando de Biron no obtuvo mejor resultado; no bien hubieron dado principio al cañoneo el 29, con las tropas imperiales, cuando huyeron dos regimientos de dragones esclamando: "Nous sommes trahis;" [! se nos vende!] y en breve arrastraron tras sí á la infantería. El dia siguiente atacaron á esta fuerza los austriacos á las ordenes de Beaulieu, y á la primera arremetida huyeron á Valenciennes, diciendo que se les vendía, y solo Rochambeau, con gran trabajo, pudo conseguir reunirla á espaldas del Ruelle. La masa que debia avanzar de Dunquerque á Furnes, se replegó al oír la noticia de estos descabros, y el general La Fayette juzgó prudente suspender el movimiento de todo su ejército y volverse á su campamento de Rancenes. (1)

Derrota que sufren.

Tales fueron los frutos de la insubordinacion

(1) Jom., II, 16, 17. Th., II, 78, 79, 80. Saint-Cyr, I, 47, 48, Introduccion, Toul., II 121.

y el desenfreno que reinaba en los ejércitos franceses desde que se rebelaron contra su soberano: memorable ejemplo es este, que enseña á las generaciones futuras el extremo peligro que se corre con que los soldados se transformen en políticos, y olviden el honor militar, por afectar cumplir con los deberes sociales. La rebelion de las guardias francesas, que fué la causa inmediata del destronamiento de Luis, condujo á la Francia al borde de su ruina; si el enemigo hubiera sido mas audaz ó hubiera estado mejor dispuesto, la desmoralizacion que produjeron las derrotas de la frontera habria sido funesta para la independenciam de la nacion. [1] Si Napoleon ó Wellington hubiesen estado á la cabeza de las tropas austriacas en Flandes jamas habrian vuelto los franceses á incorporarse á sus banderas; y si los aliados hubieran estado bien impuestos del triste estado en que se hallaban sus contrarios, habrian avanzado sin vacilar, hasta Paris. Ninguna confianza puede tenerse en tropas, aun cuando antes hayan sido escelentes, que han tomado parte en una insurreccion, hasta que se haya restablecido en ellas la disciplina, por medio de una autoridad despótica.

La suma facilidad con que se repelió la enunciada invasion de Flandes, y la vergonzosa derrota que sufrieron las tropas francesas, produjo en Europa un efecto extraordinario. Los Prusos miraron con el mayor desprecio á sus nuevos contrarios, siendo dignos de atencion los tér-

(1) Jom. II, 17.

minos en que se espresaron al comenzarse la campaña. Los militares de Magdeburgo reputaban á las tropas de Francia por una indisciplinada turba. "No compreis demasiados caballos," decia á varios oficiales de graduacion el ministro Bischoffswerder; "porque no durará mucho tiempo la farsa; no tardará en ser esterminado en la Bélgica el ejército de letrados, y estaremos en camino, de vuelta á nuestros lugares, para el otoño." [1]

Los jacobinos y el partido que habia en Paris en favor de la guerra, se affigieron en sumo grado por la desgracia que sus armas habian sufrido, pero supieron ocultar sus temores.

Fulminaron los rayos de su indignacion contra los autores de los desastres. Dióse orden á Luckner de que remplazase á Rochambeau á quien se destituyó del mando, y establecieronse tribunales que entendiesen en los delitos que contra la disciplina militar se cometiesen. Tomáronse las mas énergicas medidas para que se reforzase á los ejércitos, y para reanimar el espíritu nacional que se hallaba sumamente abatido á consecuencia de los desastres ultimamente acaecidos, y se mandó á Luckner que de nuevo emprendiese las operaciones ofensivas. (2)

Este anciano general era débil, irresoluto, y poco propio para restablecer la confianza en el ejército. Sus primeras operaciones fueron tan

(1) Hard. I, 357. Saint Cyr, I, 50. Introd.

(2) Jom. I, 19, 21. Th. II, 30. Toul. II, 125.

infructuosas como las de su antecesor, y se vió en la precision, despues de haber sido vigorosamente repelido, de retirarse con precipitacion á su frontera. Al mismo tiempo, la vanguardia de La Fayette fué sorprendida y derrotada cerca de Maubeuge, suceso que puso á su numeroso ejército en un completo desaliento. En aquella época no parecia sino que las operaciones de los generales franceses unicamente dependian de la ausencia del enemigo, supuesto que desistian precipitadamente de ellas en el momento que se presentaba. [1]

Los ejércitos aliados se concentran en las fronteras.

Entretanto, las fuerzas austriacas y prusas se iban reuniendo con lentitud sobre la frontera. El vergonzoso tumulto que tuvo lugar el 20 de Junio, aceleró sus movimientos, y M. Calonne estrechaba incesantemente á los soberanos aliados á que hiciesen avanzar con celeridad sus fuerzas, por ser este el único medio que habia de libertar á Luis de la crítica situacion en que se encontraba. Los prusos se reunieron á las inmediaciones de Coblenz á mediados de Junio: la disciplinada pericia que habian adquirido estas tropas en la escuela de Postdam, y el aspecto marcial de los austriacos que habian vuelto hacia poco de la campaña de la Turquía, parecian prometer un fácil triunfo sobre los tumultuosos resultados de la Francia. [2] La desorga-

(1) Th. II, 80. Jom. II, 22, 23.

(2) Toul. II, 211. Jom. II, 85. Saint Cyr, I, 62, Introd.

nizacion y el desaliento de los ejércitos franceses habian llegado á su mayor grado antes de que se diese principio á la invasion, de suerte que Federico Guillermo contaba á la vez con una débil resistencia y con la magnitud de sus fuerzas.

El duque de Brunswick, á quien se habia confiado el mando del ejército, y que fué de entre todos los generales que hacian frente á la Revolucion de Francia, el que tomó la iniciativa, era un hombre de conocimientos poco comunes. Habia nacido en 1735; era hijo del duque Carlos de Brunswick, y su muger hermana de Federico II de Prusia. Desde muy niño manifestó una extraordinaria aptitud para instruirse, pero desgraciadamente los ejemplos de disolucion que le presentaba la corte, en breve le iniciaron en los vicios y los placeres que procura una vida relajada. Durante los siete años de guerra, tuvo que consagrarse al desempeño de útiles deberes, y se hizo compañero de armas y amigo de Federico el Grande; pero el restablecimiento de la paz volvióle á encenagar en el ocio, en el trato con las mancebas y en el goze de los placeres. Sus costumbres sensuales que no lograron corregirle por medio del matrimonio que contrajo en segundas nupcias con la princesa Augusta hermana de Jorge III, rey de Inglaterra, no le hicieron, sin embargo, perder la natural energía de su ánimo. Su conversacion era brillante, su instruccion inmensa, y despejadas sus ideas, las cuales enunbiaba con una lucidez estrema;

pero aunque la viveza de su imaginacion le hacia percibir la verdad con presteza, y anticiparse á cuantas objeciones pudieran oponerse á sus dictámenes, operaba en él el efecto de volverle irresoluto en la práctica, y le inspiraba un continuo temor de que se eclipsase su fama; circunstancia de que adolecen con frecuencia los hombres distinguidos de segundo orden, pero que nunca se observa en los ingenios que se elevan sobre la masa de la especie humana. [1]

Zeloso de su reputacion militar, de la fama que habia adquirido de ser, despues de la muerte de Federico el grande, el principe mas capaz de Alemania, se encargó con disgusto de la campaña, porque no queria aventurar una y otra, empenándose para con la Francia insurreccionada en una lucha cuyos peligros palpaba. Habia tambien ciertos motivos personales que le inspiraban esta repugnancia. Antes de romperse las hostilidades, el abate Sièyes y el partido de los filósofos que habia en Francia, fijaron sus ojos en este príncipe, considerándole como el caudillo mas á propósito para dirigir la Revolucion y desarmar el encono de la Prusia, y aun llegaron á entablar, sobre este particular, negociaciones secretas con él. Es, pues, fácil de imaginarse con cuanto sentimiento emprenderia el duque hostilidades que á la vez que interrumpian las antedichas inteligencias, le privaban de la posibilidad de que llegase dia en que fuese colocado en el

(1) Mirabeau, Cour de Berlin (Corte de Berlin), I, 231. Hard. I, 347, 351.

trono de los Borbones. Preocupado con estas ideas, dirigió una memoria reservada al rey de Prusia, que abundaba en ideas juiciosas é imparciales, sobre la conducta que se debía observar al llevarse á cabo la invasion inmediata, las cuales habrian sido muy útiles á los aliados, si se hubiesen adherido estrictamente á ellas durante la campaña [1 2].

En los proyectos que abrigaban en aquel período el gabinete pruso, y el duque de Brunswick, se encuentra el verdadero secreto de los desastres de la campaña, y una causa poderosa de las calamidades que despues se resintieron en todos los puntos de Europa. El primero meditaba en las infames adquisiciones que queria hacer en la

(1) Hard. I, 340, 353.

(2) "Vos comprendéis mejor que yo, cuánto debe influir la disposicion interior de la Francia en el buen éxito de las operaciones de la campaña. Seria conveniente dirigir una proclama á las guardias nacionales, en la cual se las hiciese saber que la guerra que hacemos, no es contra la nacion, que no es en manera alguna nuestra intencion la de restringir sus libertades, que no es nuestro deseo el de destruir su constitucion, sino que en lo que puramente insistimos, es en que se indemnice competentemente á los príncipes alemanes, á quienes se ha despojado en Alsacia. Ese asunto de indemnizaciones atraerá las mayores dificultades, si no podemos lograr del emperador, que acceda á los cambios que se están empezando á introducir en la Polonia. Por lo que á mí hace, prefiero las adquisiciones en la Polonia á cualesquiera que se puedan obtener en Francia, porque la menor intencion que se manifieste sobre engrandecimiento territorial, con relacion á este país, basta para que varíe totalmente el espíritu con arreglo al cual se debe hacer la guerra."—Mem. Febrero 19 1792.—Hard. I, 353.

Polonia, y de entre todos los coligados fué el que tomó la iniciativa contra la Francia, por alhagar los deseos de la emperatriz Catarina, que estaba á la cabeza de la liga que tenia por objeto el repartimiento de aquel pais desventurado, y porque al mismo tiempo deseaba con ardor extinguir los principios revolucionarios de la Francia. El segundo temia que su gran reputacion, que carecia de sólidos cimientos porque no la debia á ninguna accion distinguida, padeciese, y que viniesen abajo sus miras secretas sobre la Francia, haciendo á esta nacion una guerra demasiadamente sostenida. De suerte, que tanto el gobierno como el generalísimo estaban ya dispuestos á obrar con falsía desde antes que se abriese la campaña; intentaban puramente hacer una demostracion hostil hácia el Rhin que bastase para tener grata á la Semíramis del Norte, y predisponerla á dar á la Prusia la mayor parte que posible fuese del botin que se intentaba recoger de la region por donde corre el Vístula. Federico Guillermo, sin duda, abrigaba sinceros deseos de libertar al rey de Francia, y restablecer la autoridad de aquel monarca en la comprension de sus dominios; pero, rodeado de ministros que tendian á diversos fines, no se hallaba en la posibilidad de obrar con la necesaria energía para asegurar el buen éxito, ni estaba al tanto de los obstáculos que habia de tener que superar para alcanzarlo. Solo el duque de Brunswick conocia á fondo los graves peligros que envolvía la invasion proyectada; y en su Memoria,

que ya dejamos mencionada, insistió con empeño en la necesidad que habia de que "las operaciones se practicasen tanto mas inmediata y decisivamente, cuanto que, si así no se hacia, se podrian seguir consecuencias de una importancia incalculable, porque los franceses se hallaban en grado tal de efervescencia, que si no se les derrotaba desde el principio, podrian llegar despues á tomar extraordinarias resoluciones [1]."

Dumouriez, ministro de relaciones exteriores de Francia, sabiendo que el Austria se hallaba totalmente desprevénida en los Países Bajos, y fuertemente impresionado de la idea de que el verdadero objeto de la Francia debia ser el de arrebatar á la casa de Hapsburgo estas opulentas provincias, sugirió que se hiciese un inmediato avance sobre Flandes, y al mismo tiempo, valiéndose de agentes secretos, preparó los ánimos de los descontentos, tanto en el enunciado pais como en el Piamonte, para que apoyasen la invasion de los republicanos. Noticioso de las intrigas que traia entre manos M. de Semonville, enviado de Francia, no quiso el rey de Cerdeña permitirle que pasase de Alejandría. Dumouriez aparentó la mas vehemente indignacion por el ultrage que se inferia á "la gran nacion" en la persona de su representante; pero mantúvose firme el gabinete de Turin, y se negó a admitir á M. de Semonville en su corte, y á dar satisfaccion alguna que calmase el enojo de los republicanos [2].

(1) Hard. I, 253, 357.

(2) Hard. 357, 369.

Después de una deliberación detenida, resolvióse por los aliados que se operaría la invasión sobre la Francia por los planios de la Champaña, rumbo por el cual hicieron más adelante su feliz irrupción en 1814. Pulsáronse graves dificultades con respecto á los cuerpos que formaban los emigrados, quienes, no contando con apoyo alguno por parte de la Prusia ó el Austria, no habían llegado á adquirir una organización militar perfecta; además, por un lado temían los aliados predisponer en su contra á la nación con presentarla, entre las tropas invasoras, fuerzas compuestas de nobles emigrados, y por el otro, considerábase imprudente dar motivo alguno de queja á aquellos ilustres espatriados, atendándose al prestigio de que gozaban, con particularidad en las cortes del Norte. Al fin hubo de adoptarse un partido medio, y este fué el de incorporar estas fuerzas al ejército, dejándolas de reserva con la segunda línea: resolución que, no obstante las fatales consecuencias que podía atraer, se hizo inevitable por la llegada de un correo de San Petersburgo que conducía comunicaciones de oficio de aquel gabinete, en las cuales, no solo se daba aviso de que la emperatriz Catarina estaba totalmente de acuerdo en las operaciones militares proyectadas, sino que aun se notificaba que estaba decidida á no consentir en que se variase la forma de gobierno en ninguna de las naciones europeas: declaración con la cual [1], bajo el velo de un principio ge-

(1) Hard. I. 369, 383.

Mayo 3, 1792. neral que no podía menos que agrandar á las cortes despóticas, ocultaba la Rusia el secreto intento que tenía de tomar por pretexto los cambios que se acababan de introducir en la constitución polaca, para acabar de llevar á efecto la total partición del territorio sármata.

Las potencias entre las cuales debía de repartirse aquel reino, se espresaron al fin sin embozo. El 8 de Junio, Federico Guillermo, de acuerdo con la emperatriz Catarina, contestó al rey de Polonia, que completamente desaprobaba la revolución que se acababa de consumir en sus dominios, y que de tal paso, que se diera sin acuerdo de ambos, no podía esperar otro resultado que la inmediata invasión de su territorio por las fuerzas de ambas naciones. Al mismo tiempo se espidieron órdenes para que el mariscal Moellendorf, á la cabeza de veinticinco mil hombres, avanzase sobre Varsovia. Hé aquí como, en momentos en que era de imperiosa necesidad que todas las potencias europeas formasen una sincera alianza para contener el torrente de la Revolución francesa, sembraban estas dos naciones los gérmenes de debilidad y de desunión con sus criminales proyectos de engrandecimiento hácia las márgenes del Vístula (1).

Entretanto el rey de Francia, no atreviéndose á entablar abiertamente relaciones con los soberanos aliados, despachó un enviado secreto á Viena, con cartas para el mariscal de Castries,

(1) Hard. I, 383, 389.

condueto que habia elegido para comunicarse con los príncipes espatriados, en las cuales daba los mas sanos y acertados consejos sobre la conducta que habian de observar las potencias invasoras. [1] Recibieronse estas instrucciones, y meditaronse detenidamente por los gabinetes aliados. En aquel periodo impresionoles vivamente la rectitud de estas ideas, é hicieron las mas solemnes protestas al enviado, que lo era Mallet du Pan, de que sugetarian estrictamente á ellas sus medidas; empero olvidaronse de estos consejos á poco de haberlos recibido, y los inmoderados deseos

Julio 20.

(1) "La salvacion de la monarquía, decia Luis, la del rey y de su familia, la seguridad general de personas y propiedades, la estabilidad del orden, que acaso podrá sucederse á la confusion que actualmente reina, la necesidad urgente que hay de abreviar la duracion de la crisis y de debilitar á los poderes revolucionarios —son circunstancias que recomiendan las ideas de su magestad, á todos los verdaderos realistas. Teme su magestad, y con razon, que la invasion estrangera atraiga una guerra civil á la nacion, ó acaso alguna horrible "Jacquerie," y hé aquí el objeto de sus mas graves temores. A fin de evitar calamidades de las cuales pareis afectar la consideracion con demasiada ligereza, desea con ardor su magestad que no tomen los emigrados parte alguna en las hostilidades que se preparan, que piensen en los intereses del rey y del Estado, que piensen en sus propiedades y en las de todos los realistas que se hallan en el interior, mas bien que en su justo resentimiento; y que, despues de haber desarmado la crímen con sus victorias y de haber disuelto una fanática liga privandola de sus medios de resistencia, preparen los medios de que se celebre un tratado de paz, mediante el cual el rey y las potencias estrangeras sean árbitros de los destinos y de las leyes de la nacion —Instrucciones de Luis XVI, al duque de Castries. —Hard., I, 402, 404.

de los príncipes espatriados fueron á los que normaron posteriormente su conducta. [1]

El dia 25 de Julio se incorporó al ejército el rey de Prusia, y en la misma fecha promulgó la proclamacion de que ya hicimos referencia en la historia civil de Francia, y que ejerció tan poderoso efecto sobre aquel pueblo; supuesto que escitó su patriotismo y estinguó las divisiones que en él reinaban. La enunciada proclamacion, aun cuando aparecia bajo la firma del duque de Brunswick, habia sido redactada por M. Calonne y el marques de Lemon, y estaba concebida en un language mas acre del que se habia intentado emplear al principio, el cual desdecia del objeto que el gabinete pruso, en su anterior declaracion oficial, habia manifestado ser el de la guerra. [2] Esta

(1) Hard., I, 402, 421.

[2] "No hay potencia," decia el manifiesto del gobierno pruso, "de las que estan interesadas en el equilibrio del poder europeo, que pueda ver con indiferencia que sea presa aquel gran reino de los horrores de la anarquía que hasta cierto punto "ha destruido su existencia política; [1] no hay un buen francés que no deba desear que semejantes desórdenes desaparezcan. Poner término á la anarquía que reina en Francia, establecer, con este fin, un poder legal fundado en la autoridad monárquica, salvar, por este medio, á las demas potencias, de los esfuerzos del frenético bando jacobino, —hé aquí los objetos que el rey, en union de su aliado, se propone alcanzar, al acometer esta noble empresa, no solo con el general asentimiento de las naciones de Eu-

(1) M. Burke era de la misma opinion. "Debemos considerar á la Francia, decia, como "casi borrada" del mapa político de Europa."—Discurso pronunciado en la Cámara de Comunes el 9 de Febrero de 1790.—Obras, V. 5, 8.

alteracion consistió en que habiendo llegado á conocimiento de las potencias aliadas las proposiciones secretas que habia hecho al duque el partido constitucional de Francia, juzgaron que era de necesidad comprometerle irrevocablemente contra la revolucion. Los pasages susceptibles de objecion se introdujeron contra su voluntad, por medio de la autoridad directa del emperador y el rey de Prusia; y estaba tan impresionado el duque de Brunswiek con la idea de que habia de producir funestas consecuencias la publicacion del manifiesto de que tratamos, que hizo pedazos el primer ejemplar que le presentaron á la firma, y mas tarde lo denominó "ese calamitoso manifiesto." Lo que hay de cierto es, que ya que habia de promulgarse, no debió haber sido sino á las puertas de Paris, y despues de haberse obtenido en los campos de batalla un decisivo triunfo, y que haberlo publicado al comenzarse á emprender operaciones militares tan lentas y tan poco enérgicas, fué el colmo de la imprudencia. [1]

El 30 se puso en movimiento todo el ejército, y traspasó los límites del territorio de la Francia. Componíanse las fuerzas aliadas de 50 mil prusos que se hallaban en una condicion brillantísima, y apoyábalas un extraordinario tren de arti-

ropa que reconocen la justicia y necesidad de ella, sino aun con la aprobacion y en obsequio de los buenos deseos de todos los amigos de la especie humana."—Hard. I, 425, 426.

(1) Hard. I, 427, 432.

llería de campo y sitio; de 45 mil austriacos, la mayor parte de los cuales constaba de veteranos que habian concurrido á las guerras con la Turquía; de diez mil heses y de mas de 6 mil emigrados, respeto de quienes se habia cometido la grave imprudencia de distribuirlos en cuerpos separados. Ascendia en su totalidad el ejército á ciento trece mil hombres; fuerza formidable tanto en su número cuanto en su escelente disposicion militar, pero que no bastaba para empresa tan grande, cual era la de llevar la guerra al territorio de la Francia. (1)

Los ejércitos franceses que estaban destinados á contener esta invasion, no podian competir, con mucho, en disciplina ni en equipo con sus contrarios, y viéronse paralizados en breve á consecuencia de las disensiones intestinas. El ejército de La Fayette, que no constaba en aquella razon sino de 28 mil hombres, se hallaba situado en las inmediaciones de Sedan. Encontrábase Bournonville entre Maubeuge y la Lila con una fuerza de 30 mil; Kellerman con 20 mil en Metz; Custine con 15 mil en Landau, y Biron con 30 mil en la Alsacia; fuerza total que llegaba á 123 mil hombres, pero que se hallaba sumamente falta de subordinacion y de disciplina; agreguemos á esto, que doce mil individuos de su oficialidad habian pasado á las filas de los emigrados, y que los que habian sido electos para reemplazarlos, no tenian esperiencia algu-

(1) Compárese á Jom. II, 4, con Toul. II, 266. Ann. Reg. LXXXV, 45. Jom. II, 86, 87, y Hard. I.

na en el arte de la guerra. Pero á consecuencia de la insurreccion del 10 de Agosto, cambióse la oficialidad de los ejércitos; el enunciado suceso fué funesto para los aliados, no solo por la energía que presentó al gobierno, sino aun por las grandes capacidades que hizo lanzarse al frente de las tropas. La Fayette, despues de haber en vano levantado el estandarte de rebelion en contra de los Jacobinos, tuvo que refugiarse buscando su salvacion con los austriacos; Luckner, por haber desobedecido las órdenes de la Convencion, fué depuesto del mando, de suerte que el de ambos ejércitos se confió á Dumouriez, hombre cuyo ánimo fogoso, cuya actividad infatigable, cuyos inagotables recursos mentales, le hacian el mas apropósito que hubiera podido presentarse para libertar á la Francia de la crítica posicion en que se hallaba. (1)

La frontera oriental de la Francia está defendida de invasion por un triple muro. El centro de este que era por donde intentaban las fuerzas aliadas emprender su ataque, está cubierto por Thionville, Bitsch, Sarre Luis, Longwy y Montmedy á vanguardia, y por Metz, Verdun, Sedan y Mezieres á retaguardia; ademas las montuosas alturas de la selva de las Ardenas, que ocupa entre Verdun y Sedan, un espacio de 15 leguas, presentan gravísimos obstáculos para el tránsito de cualquiera ejército. Esta fué la línea por la cual resolvieron invadir á la Francia los aliados;

Línea de avance que adoptaron los aliados.

[1] Jom. I, 104, Th. III, 37, 39. Saint Cyr, I, 39.

porque entonces se suponía, suposicion cuya exactitud ha demostrado posteriormente la experiencia, que seria necesaria una fuerza nada menos que de 250 mil hombres, para hacer una irrupcion por el lado de la Suiza ó de Flandes. Todo anunciaba un feliz éxito, y recomendaba que se dictasen las mas enérgicas medidas para obtenerlo. Los ejércitos franceses diseminados por una inmensa línea que se estendia desde los Alpes hasta el oceano, se hallaban en la imposibilidad de unirse para practicar ninguna operacion en masa; y era tal el grado de desorganizacion en que estaban, que era sumamente dudoso que se hallasen en disposicion de combinarse para llevarla á cabo. [1]

Solo tres fortalezas debian encontrar en su tránsito, que eran Sedan, Longwy y Verdun; pero estaban en el estado mas miserable de defensa; pasados estos puntos no tenia el ejército mas que atravesar un fértil planio para trasladarse al camino de Paris. En tales circunstancias, el paso mas prudente que debiese darse, se juzgó ser el de emprender un enérgico y rápido ataque por medio del cual quedasen dispersas las fuerzas revolucionarias, y se hiriese en el corazon al poder de que procedian, antes de que reuniese alguna otra fuerza para su defensa. No cabe duda alguna en que semejante plan de operaciones era acertado; pero por desgracia de los aliados, equivocaronse en cuanto al grado de vigor que era necesario para ponerlo en práctica. [2]

[1] Jom. II, 86. Toul. II, 298.

[2] Jom. I, 90, 91. Th. III, 40.

Las fuerzas invasoras avanzaron con lentitud y con una timidez manifiesta por un territorio que con ostentacion consideraban ya vencido. Al fin, despues de una incomprensible demora, atacaron á la fortaleza de Longwy el 20 de Agosto; dióse principio inmediatamente al bonbardeo, y la guarnicion que se componia en parte de voluntarios, y que estaba dividida en opiniones, capituló el 23. Recibióse al mismo tiempo la noticia de que se habia fugado La Fayette del ejército que mandaba, y que para salvarse de la violencia de sus tropas, habia ido á buscar asilo en las filas de los austriacos. Todo parecia vaticinar un éxito brillante; y si el duque de Brunswick, aprovechándose de la consternacion del momento, hubiese caido con el grueso de sus fuerzas sobre el campo de Sedan que se hallaba sin gefe, no hay duda de que habria descargado un golpe que hubiera puesto en tal confusion al partido revolucionario, que se habria terminado con suma celeridad la guerra.

Pero en vez de hacerlo así, el ejército aliado sin apartarse del concertado plan de operaciones, avanzó por el camino real, y despues de una inesplicable demora de seis dias al frente de Longwy, se movió el 29, y el 30 atacó á Verdun. El 2 de Setiembre capituló esta importante for-

taleza, despues de haber hecho una debil resistencia; de suerte que en

Rendicion de Longwy Agosto 23.

Rendicion de Verdun. Setiembre 2.

lo restante del camino, hasta Paris, no quedaba ya plaza alguna fortificada. (1 2)

En vista de una felicidad tan extraordinaria é inesperada, como lo era la capitulacion de las únicas fortalezas que pudieran encontrar en su tránsito á los pocos dias de asediadas, difícil era explicar la inaccion que guardaba el ejército aliado, é imposible preveer los desastres que al fin sufriera. Las fuerzas que se hallaban á las inmediaciones de Sedan, cuyo mando habia tomado ya Dumouriez, no pasaban de 25 mil hombres, numero que hacia poco mas de la cuarta parte del de las tropas del duque de Brunswick, y se hallaban tan distantes del indicado punto los demas ejércitos, que en el de Dumouriez casi esclusivamente dependia la salvacion de la Francia. (3) Pero la conducta dilatoria de los aliados y la audacia é ingenio de Dumouriez, inutilizaron todas estas ventajas. Nada podia apartar al duque de Brunswick de su tardío sistema, ni aun las urgentes manifestaciones que le

[1] Th. III, 42, 98. Jom. I, 101, 102.

[2] Durante la marcha, encontróse el rey de Prusia con un soldado jóven que llevaba su mochila á la espalda, y en la mano un fusil viejo. "¿Dónde vais?" preguntóle el rey. "A pelear;" contestó el soldado. "Con esa respuesta, replicó el monarca, me dais á conocer que sois de la nobleza de Francia." Saludóle y pasó adelante. El nombre de aquel soldado llegó á hacerse inmortal mas adelante; llamábase FRANCISCO CHATEAUBRIAND y volvia de su viage á la América del Norte, á su patria para participar de los peligros del trono.— Véase á Chateaubriand, Memorias, 83, Fragmentos.

[3] Toul, II, 297. 298. Dum. II. 387. Th. III, 43.

dirigia el rey de Prusia, que deseaba que se emprendiesen operaciones decisivas. (1)

Todo dependia de la inmediata ocupacion de los desfiladeros de la selva de las Ardenas, único obstáculo que mediaba entre un ejército triunfante de 80 mil hombres de fuerza, y la capital del pais invadido. Solo distaban los aliados seis leguas de aquellas montuosas alturas, y era de suma importancia llegar á ellas antes que el enemigo; pues si se trababa la pelea en los pla-

[1] Las ventajas con que contaba el ejército invasor en el período de que tratamos, se enumeran del modo siguiente por la persona que podía conocerlas mejor que nadie, es decir, por el general Dumouriez. "¿Cómo pudo ser, dice, que despues de la rendicion de Longwy el 23 de Agosto, no se resolvió el enemigo á marchar sobre Stenay y Monzow, donde hubiera podido destruir al ejército francés ó atraerse á las tropas de línea á su partido, en medio de la indecision en que estaban despues del destronamiento del rey? Ciertísimo es que si lo hubiesen hecho así, el ejército francés se habria desbandado; además, hay fundamentos para creer que si algunos de los oficiales del antiguo régimen se hubiesen presentad en los puestos avanzados, una gran parte de las tropas de línea, y en particular la caballería, se habria incorporado al ejército aliado.

"Cuando vayais á invadir un pais que se halle desgarrado por una revolución, en cuyo seno podais contar con un gran partido, y cuyo rey querais libertar del peligro, debeis servirlos del principio invariable, sobre todo, si teneis á vuestra disposicion un ejército numeroso, de multiplicar vuestras fuerzas por medio de movimientos rápidos, y llegar con la velocidad del rayo á la capital del pais invadido, antes de que tenga tiempo el pueblo de volver de su confusion. Despues de la toma de Longwy, si se hubiese dispersado al ejército de Sedan, ya no quedaba al enemigo obstáculo alguno que vencer, y podia continuar una campaña bien organizada ó marchar inmediatamente sobre Paris.

nios que estan del otro lado, habia poca probabilidad de que las mal disciplinadas tropas de Francia resistiesen el choque de la numerosa y perfectamente disciplinada caballería de los prusos. Dumouriez, con su grande perspicacia, desde luego percibió cual era el único punto defendible que quedase, y poniendo la mano en el mapa, sobre la selva de Argona, "Aquí están," dijo, "aquí estan las Termópilas de la Francia. Si tengo la felicidad de llegar á ellas antes que los prusos, estamos salvados." Inmediatamente se decidió; [1] pero á lo que parece, ya antes habia recomendado el consejo egecutivo de Paris ese mismo movimiento hácia el bosque de Argona, y que el general habia omitido hasta entonces ponerlo en practica, porque estaba en la idea de que los aliados se demorarían algunas semanas para posesionarse de Longuy y Verdun, y que el medio mejor de contener su marcha era el de amagar con invasion á los Países Bajos.

La selva de Argona es una cordillera de montes que se estiende desde las inmediaciones de Sedan hasta unas

trece leguas adelante rumbo al S. O. Su latitud varia de una á cuatro leguas. Cinco caminos la atraviesan, y estos conducen á los ricos y fértiles distritos de Evechés por los escampados y arenosos planíos de la Champaña. Al comino real para Paris se sale por el camino de Islettes; los demas se denominan Grandpré, Chene Populeux, Croix au Bois y Chalade. Es-

[1] Dum. II, 391. Th. III, 88, 89. Toul. II, 299.

tos caminos debian ocuparse y guarnecerse antes de que se trasladase á ellos el enemigo; operacion riesgosa porque consistia en un movimiento de flanco al frente directo del ejército contrario, cuyas fuerzas eran infinitamente superiores. Entonces se palpó el funesto efecto que debia producir la torpeza de permanecer tanto tiempo á la vista de Longwy, despues de la rendicion de aquella fortaleza; si las fuerzas aliadas hubiesen proseguido adelante en vez de permanecer allí en la inaccion por espacio de una semana, habriase travado la pelea en los planios de la Champaña, y se habria pasado el mal terreno antes que hubiese tenido el ejército frances la posibilidad de llegar á él. [1]

Clerfayt, con la vanguardia de los aliados, hallabase ya el 30 de Agosto á solo seis leguas de Islettes, que era el tránsito principal de la selva de Argona, al paso que los puestos mas avanzados de los franceses, que mandaba Dillon, distaban todavia diez leguas, habiendo por otro lado la circunstancia de que el mas inmediato camino que habia para llegar al enunciado tránsito, se hallaba precisamente al frente de la vanguardia austriaca. Resuelto sin embargo Dumouriez á posesionarse á todo trance de los caminos en cuestion, tomó el 31 la audaz determinacion de avanzar por sobre los austriacos. Operóse este movimiento sin obstáculo alguno.

Apoderase Dumouriez de los pasos de la selva.

[1] Jom. II, 109. Toul. II, 300. Th. III, 90.

Los austriacos, no comprendiendo cuál era su designio, y queriendo de preferencia cubrir el asedio de Verdun, que en aquella sazón se practicaba, retiraron sus fuerzas avanzadas, y dejaron el paso franco á los franceses, y del 1.º al 4 de Setiembre estuvo todo el ejército de éstos desfilando casi á vista de los vigilantes del enemigo, y ocupó los caminos, situándose el mismo Dumouriez en Grandpré, inmediato al centro, con una fuerza de trece mil hombres. Inmediatamente procedió á fortificar la posicion que habia tomado, y esperó con tranquilidad los refuerzos que le debian llegar del interior, del ejército del centro y del del Norte. Estos refuerzos eran de mucha consideracion, pues constaban de quince mil hombres que se habian desprendido con toda celeridad del ejército de Flandes, y que mandaban Bournonville y Duval, y de veintidos mil que habian salido de las inmediaciones de Metz, á las órdenes de Kellerman, y se esperaban dentro de pocos dias. Ademas, avanzaban numerosas masas desde Paris, cuyo gobierno tomaba las mas enérgicas medidas para proveer á la defensa pública. Habíanse formado campamentos para los reclutas en Soissons, Meaux, Reims y Chalons, á los cuales se trasladaban diariamente crecido número de voluntarios á quienes animaba el mas vehemente entusiasmo; y los sanguinarios tiranos de Paris, por su parte, enviaban á miles de ciudadanos manchados todavia con la sangre de las víctimas sacrificadas en las cárceles, á que sostuviesen otra

mas noble lucha en la frontera. Habíase mandado que todos los refuerzos que fuesen llegando del interior, se reuniesen en Santa Menehulda, punto situado á retaguardia y á corta distancia de la posición que ocupaba el ejército. El campo que había formado el general francés en Grandpré, estaba fortificado de una manera extraordinaria. Una serie de alturas, dispuestas en forma de anfiteatro, constituían el terreno en el cual estaba colocado el ejército; á sus piés dilatábanse varias de estas praderas, por en medio de las cuales corrían las profundas agnas del Aisne, sirviendo de excelente defensa al frente del campamento. Dos puentes solo se habían levantado sobre el rio, y éstos hallábanse guardados por una numerosa avanzada, de suerte, que el enemigo se veía en la necesidad de atravesar el Aisne sin puentes, salvar una gran porción de pradera bajo el fuego concéntrico de una infinidad de baterías, y escalar una eminencia escarpada interrumpida por varios bosques, y fortificada con trincheras que casi la hacían inaccesible. Lleno de confianza en aquella su posición, escribió Dumouriez al ministro de la guerra en estos términos: "Verdun se ha perdido y yo estoy esperando por horas á los prusos; El campamento de Grandpré y de Islettes son las Termópilas de la Francia, pero habré de ser yo mas afortunado que Leónidas [1]."

En tanto que los franceses tomaban estas enér-

[1] Dum. II, 394, 396. III, 2, Toul. II, 301. Jom. II, 110, 111. Th. II, 93, 94. Saint Cyr, I, 66, Introd.

Movimientos tardios de los aliados. gicas medidas, los pasos que daban los aliados, sin embargo, de la felicidad con que comenzaron, se distinguían por aquella irresolución que en toda guerra de invasión conduce infaliblemente á la derrota. Era evidente, atendiéndose á la posición que guardaban las tropas francesas y al gran número de las que con precipitación se dirigían hácia ellos de todas partes para aumentarlas, que todo dependía de forzar los tránsitos tomados, y de poner en confusión á los que los defendían antes que les llegasen los refuerzos que esperaban ó adquiriesen energía moral, que es mas importante en la campaña que la fuerza numérica. Pero en vez de esto, sus movimientos eran sin razón alguna tardios, no pareciendo sino que querían dar tiempo á los franceses que reuniesen sus fuerzas, antes de emprender operación alguna decisiva. Aunque capituló Verdun el 2 de Setiembre, no avanzó el ejército sino el 5, fecha desde la cual estuvo posesionado de las alturas de Fromerville hasta el 11, perdiendo en la inacción el mas precioso periodo de la campaña. Al fin, habiendo llegado á saber que había ocupado Dumouriez los caminos de la selva, el duque de Brunswick, despues de haber acabado de hacer todos sus preparativos con suma calma, movió el 12 una parte de sus fuerzas hácia Londres, y permaneció allí en una tranquilidad completa hasta el 12, amagando la izquierda de la posición de las fuerzas francesas (1).

[1] Jom. II, 115, 118. Saint Cyr, I, 67. Introd. TOM. II. 15

Dumouriez, para precaverse del riesgo en que le ponía este movimiento, retiró una parte considerable de las fuerzas que ocupaban el paso de Croix au Bois, que era, como queda dicho, uno de los cinco por los cuales se atravesaba la selva de Argona, y que estaba situado á la derecha de la línea, para sostener á la izquierda que era á la que parecía dirigirse el ataque. El resultado de esto fué que el 12 se estableciese Cleirfayt en aquel importante puesto, rompiendo de este modo la línea francesa y amagando atacarla por retaguardia. El general frances, habiendo conocido su error, destacó al general Chazot para que se rehiciese de la posicion; pero Clairfayt, no solo no perdió terreno, sino que aun desalojó á los contrarios del cuerpo central del ejército, y completamente cercó la derecha de las posiciones francesas. La situacion de Dumouriez era sumamente crítica; la fuerza que tenia en el campamento central de Grandpré no pasaba de 60 mil hombres, y tenia al frente á todo el ejército pruso, y á los austriacos que á las ordenes de Clairfayt iban desfilando con celeridad por su retaguardia. Para colmo de desgracia, Kellerman, cuya marcha desde Metz habia sido, sin saberse porqué, sumamente tardía, aun no habia llegado, y era evidente que no podia incorporarse al ejército sino por la retaguardia de la posicion que ocupaba en la selva de Argona; [1] y el destacamento

[1] Dum. III, 20, 21, 23. Saint Cyr, I, 67, 69. Jom. II, 120, 121. T. III, 101 102.

Cleirfayt se apodera del Paso de Croix au Bois.

al cual se habia confiado la defensa del paso de Chêne Populeux, no pudiendo resistir á los ataques de los austriacos, habia abandonado su posicion y replegádose á Chalons. "Jamás" dice Dumouriez, "se vió ejército en situacion mas angustiada; hallábase la Francia á un paso de su ruina."

En tal apuro resolvió el general frances evacuar completamente la línea de la selva de Argona, y replegarse con toda su fuerza á la posicion de Santa Menchulda, situada á unas cuantas leguas de su retaguardia. Todo dependia de ganar tiempo; comenzaba la estacion de las copiosas lluvias, circunstancia que hacia el avance de los aliados sumamente difícil, y quizá impracticable. De consiguiente levantóse el campamento el 15 á media noche, y el 17 hallabase reunido todo el ejército á retaguardia, en Santa Menchulda, donde resolvió estarse firme hasta que llegasen los refuerzos que se esperaban. Sus tropas no pasaban de 25 mil hombres, pero hallábase defendida su posicion por numerosa y escelente artilleria, y los refuerzos que esperaba, aumentarían el ejército á setenta mil combatientes. [1]

Durante la retirada, sin embargo, ocurrió un suceso que pudo haber causado la destruccion del ejército entero. El general Chazot, que mandaba la retaguardia, que constaba de 10 mil hombres,

[1] Jom. II, 123. Dum. III, 33. Saint Cyr, V, 69, 70. Introd.

Retirada de Dumouriez á Santa Menchulda.

Derrota de una parte del ejército frances.

fué atacado en Vaux por mil y quinientos husares prusos y cuatro piezas de artillería ligera. Las tropas francesas huyeron inmediatamente, se desbandaron, se arrojaron en la mayor confusión por entre el grueso del ejército, y muchos continuaron su fuga hasta Reims y Paris en un espantoso desorden. A no haber sido por el general Duval que logró reorganizar

Setiembre 17.

á una parte de la vanguardia, y por el general Miranda que restableció el orden en el grueso del ejército, toda la columna habría sido infaliblemente derrotada. Pero no habiendo tenido la caballería de que tratamos, otra fuerza que la sostuviese, vióse en la necesidad de retirarse asombrada de su fácil victoria, y lamentando que se perdiese aquella oportunidad de destruir al ejército de Francia. Muchos de los soldados franceses huyeron hasta á distancia de treinta leguas y más del campo de batalla, difundiendo la consternación por donde quiera que pasaban, y declarando que todo quedaba perdido. A las seis de la tarde, después de haberse acampado las tropas á las inmediaciones de Damar-tin, volvióse á apoderar de las tropas otro temor; pusieronse los artilleros á guarnecer con precipitación sus caballos para huir mas allá del riachuelo de Bione, y reinó la mayor confusión en el campamento. Al fin logróse restablecer algún orden por medio de los dragones de la escolta del general, que tuvieron que hacer regresar á planazos á los fugitivos; encendieron-se grandes fogatas, y agruparonse en derredor

de ellas los individuos del ejército sin distinción ni orden [1].

“Me he visto en la necesidad,” decía Dumouriez en la nota que dirigió en aquellos momentos á la Convención, “de volverme del campo de Grandpré; durante la retirada apoderóse del ejército un pánico incomprensible, á consecuencia del cual huyeron 10 mil hombres de 1,500 husares prusos; la pérdida que tuvimos no llegó á 50 hombres; pero todo queda reparado, y respondo de la salvación de la Francia.” Muy lejos estaba sin embargo, de tener la confianza que en tales términos manifestaba. La derrota que había sufrido una porción tan considerable de sus fuerzas, le hacía ver cuan poca confianza debía tener en los indisciplinados reclutas con los cuales tenía que hacer sus movimientos al frente de un enemigo tan numeroso como aguerrido. De consiguiente, resolvióse á hacer una guerra de posiciones é inspirar nuevo aliento á sus tropas colocándolas detrás de trincheras inespugnables. (2)

El nuevo campo que eligió, era por su posición muy propio para que pudiese alcanzar los objetos que se proponía. Situado en un elevado terreno, en medio de un valle dilatado y abierto, dominaba á toda la extensión circunvecina; el centro del ejército á las órdenes del

Dumouriez hace
pié firme en San-
ta Menchulda Se-
tiembre 18.

(1) Jum. II, 123. Dum. III, 32. Saint Cyr, I, 69, 70. Introd.

(2) Dum. III, 34. Th. III, 106, 107.

mismo Dumouriez, daba frente á la Champaña, al paso que la division de Dillon situada sobre el camino de Verdum aun conservaba en su poder los transitos de Islettes y Chalade por los cuales se tenia que atravesar para salir al camino real que á Paris conducia. Una numerosa artilleria defendia todas las avenidas del campamento, en el cual se tenia agua en abundancia, por la proximidad del Aisne que le servia de confin por el lado derecho. En tal disposicion situado, esperaba con ansia el general francés los refuerzos que debian llegarle. (1)

Aterrados por la noticia que habian recibido en Vaux, de la derrota de las armas francesas, Kellerman y Bournonville, hallandose á cortísima distancia ya del campamento de Santa Menehulda, retiráronse aquel á Vitry, y á Chalons este. Habriárase visto indudablemente cortados, si los aliados hubiesen sabido aprovecharse con actividad de sus ventajas. Pero su extraordinaria lentitud dió tiempo á que reiterase Dumouriez sus órdenes para que inmediatamente se le incorporasen, y al fin se reunieron el 19 los tres ejércitos, á las inmediaciones de Santa Menehulda. Las órdenes dirigidas á Bournonville llevólas un ayudante de Dumouriez llamado MACDONALD, que despues fué el duque de Tarento, vencedor en el campo de Wagram. [2]

La llegada de estos dos generales con sus

(1) Dum. III, 35, 36. Th. III, 106, 107.

(2) Dum. III, 3, Jom. II, 124. Th. III, 109.

fuerzas, hizo que variasen de faz los asuntos. Las tropas francesas recobraron un prodigioso brio con aquel aumento de fuerzas. Cesaron de formar una masa de 25 mil hombres, que sostenia una lucha desigual con ochenta mil contrarios, y convirtieronse en un ejército respetable de setenta mil soldados; que anhelaban el momento en que se hubiesen de medir con los invasores.

Entretanto, reinaban la confusion y el desaliento á retaguardia de las posiciones francesas. Los fugitivos de Vaux, que habian recorrido huyendo hasta treinta leguas al interior, en todas partes referian que quedaba destruido el ejército, que Dumouriez era un traidor, y que todo se habia perdido. La guardia nacional y la gendarmeria de Reims, Soissons y Chalons, obraron en el mismo sentido; hizose general el pillage, disolvieronse los cuerpos y se vengaron del mal resultado obtenido, en sus oficiales, á muchos de los cuales dieron muerte. Tal era la consternacion por todas partes, que el pueblo de Paris comenzó á temer que no se pudiese sostener la República, notándose vacilacion en las nuevas fuerzas colecticias que salian diariamente por las puertas de la capital en direccion de la frontera [1]

Las tropas de Bournonville, que fueron las primeras que llegaron, se situaron en Santa Coupiers. Cuando se incorporaron á Dumouriez las

(1) Toul. II, 322. Th. III, 110. Dum. III, 39. Saint Cyr, I, 74, 75, Introd.

de Kellerman, mandó aquel que se acampasen entre Dampierre y Elise, á espaldas del rio Auve; y como se creia que no tardaria en atacar el enemigo, dióselas órden de que en este caso avanzasen á las alturas de Valmy. Kellerman comprendió que la prevencion que se le hacia, era la de que desde luego se situase en las alturas, y de consiguiente, las ocupó con toda su artillería y todos sus bagages, y comenzó á formar sus tiendas de campaña. El alboroto que la llegada de estas fuerzas ocasionó, atrajo la atencion de los prusos que habian llegado á la sazón á las alturas de la Luna, que estaban en frente, y dió lugar á una accion que, aunque fué insignificante en sí misma, produjo importantísimas consecuencias [1].

El duque de Brunswick, sabido que hubo que habia levantado Dumouriez su campo de Grandpré, puso al fin á sus tropas en movimiento, salvó los abandonados desfiladeros de la selva, atravesó el Auve el 18, y avanzó entre el ejército francés y Paris. En virtud de este audaz movimiento, esperaba cortar al enemigo los recursos, y obligarle á abandonar á la capital ó á rendirse (2). De esta manera ocupaban ambos ejércitos contendientes una posicion muy singular; los prusos daban frente al Rhin y espalda á la Champaña, al paso que Dumouriez, con su retaguardia en la selva de Argona, daba el frente á la capital de la Francia.

(1) Dum. III, 41.

(2) Jom. II, 124. Th. II, 115. Toul. II, 324.

Los prusos llegaron á las alturas de la Luna el 28, bajo una densa niebla; y cuando se hubo disipado, percibieron frente á ellos á los franceses en las alturas de Valmy. Dióse principio inmediatamente al cañoneo; Dumouriez, viendo que ya no era tiempo de hacer regresar á Kellerman al punto que con anticipacion se le asignara, desataó sin pérdida de instantes, nueve batallones y ocho escuadrones, á las órdenes del general Chazot, con el fin de que le auxiliasen, mandándose simultáneamente al general Steingel que se posesionase de otra altura que dominaba á la de Valmy por la derecha [1].

El duque de Brunswick dispuso á su ejército en tres columnas, y preparose á comenzar su ataque en direccion oblicua, sistema que era en aquella época el favorito de las tropas prusas. La esplosion que ocasionó el incendio casual de algunos carros de pertrechos que se hallaban cerca del molino de Valmy, produjo en el ejército francés una confusion momentánea; y si á ésta se hubiese seguido un enérgico ataque, probablemente habria quedado derrotada. Pero el fuego formidable que hacia la artillería francesa, el vigor que desplegó Kellerman y el frente inmóvil que presentaban las fuerzas de su mando, intimidaron á los Prusos y hasta hicieron que vacilase el duque de Brunswick en si empeñaria un ataque general con sus tropas. Terminóse la lucha con un sostenido cañoneo por ambas

(1) Toul. II, 330. Dum. III, 41.

partes, y las orgullosas columnas de los prusos tuvieron en la noche que retirarse, sin haber disparado un tiro. Kellerman vivaqueó en la altura de Valmy, y los prusos en la de la Luna (1) conservando éstos interceptado el camino real á Chalons, y quedando aun situados entre Dumouriez y Paris.

Sucede con un ejército invasor lo que respecto de una insurreccion; enalquier lance de armas en que se manifieste irresolucion, equivale á derrota. La accion de Valmy se redujo á un simple cañoneo; la pérdida total que se sufrió por ambas partes, no pasó de ochocientos hombres, y ni una ni otra desplegó el grueso de sus fuerzas; sin embargo, produjo en los invasores las mismas consecuencias que el mas terrible descalabro. El duque de Brunwick cesó desde aquel punto de menospreciar á un enemigo que habia ostentado firmeza tal, bajo los mortíferos fuegos de su artillería. El prestigio que atrae el triunfo, la total confianza en sí propio, que es el medio por el cual se vence, volviéronse al lado contrario. Dotado de una dosis extraordinaria de inteligencia, y dominado por una imaginacion ardiente, el soldado francés se amilana con facilidad cuando ha sufrido una derrota, pero se exalta en igual proporecion cuando consigue una victoria, y pasa con suma rapidez de uno á otro extremo. El cañoneo de Valmy debe considerarse como el principio de aquella larga série de

(1) Dum. II, 44, 45. Jom. II, 131. Toul. II, 330, 331. Th. 112, 113.

triumfos que condujeron á las armas francesas á Viena y al Kremlin [1].

Despues de la accion prevínose á Kellerman que se retirase de las alturas de Valmy, y se situase en el punto que antes se le habia señalado dentro del campamento atrincherado, y los prusos se fortificaron en la posicion que ocupaban en las alturas de la Luna, desde donde continuaban cubriendo el camino real de Chalons y Paris. La situacion que guardaban los ejércitos hizo concebir grave inquietud al consejo ejecutivo, y se dió orden terminante á Dumouriez de que cambiase su posicion por cualquiera otra, en virtud de la cual pusiese á cubierto á Chalons, Meaux y Reims, del riesgo en que estaban de que las atacasen las tropas ligeras del enemigo. Dumouriez contestó con la firmeza de un general ilustre: que no abandonaria la posicion que en aquella sazón ocupaba; y bien lejos de destacar fuerzas que cubriesen á Chalons (2), dió órdenes para que las tropas que se estaban colectando en aquel punto, avanzasen á ponerse mas próximas al teatro del combate. Conservaban aún las tropas francesas el paso de Islettes, y habian derrotado, merced á la obstinada resistencia del oficial que las mandaba, á un destacamento de fuerzas aliadas que habia intentado apoderarse de aquel importante camino.

(1) Toul. II, 334. Jom. II, 131. Th. III, 113. Dum. III, 44. Hard. I, 478, 479.

(2) Jom. II, 133, Dum. III, 44, 47. Th. 116, 117. Ann. Reg. XXXIII, 30.

La conducta del duque de Brurswick, tanto en la accion que acabamos de mencionar, como en los movimientos que se habian hecho durante las tres semanas anteriores, seria inesplicable si solo se atendiese á la apariéncia exterior de los sucesos militares. Pero el hecho era, como al fin ha llegado á descubrirse, que durante todo este periodo, se hallaban en negociaciones secretas él y Dumouriez, en que se trataba de que este último, después de transcurrido un corto intervalo de tiempo, reconociese el trono constitucional é incorporase su ejército á las fuerzas invasoras. El general frances se condujo con suma habilidad en estas negociaciones, pues incessantemente manifestaba que era adicto al rey y á la constitucion, y que como tal se mostraria, llegado el momento oportuno; pero que, á fin de obtener buen resultado, era necesario esperar á que llegasen los demas cuerpos de ejército, pues sin una fuerza imponente no produciria tal declaracion el deseado efecto en Paris, y que cualquiera desgracia que ínterin acaeciese, echaria todos sus designios por tierra. Por medio de estas plausibles pero insidiosas comunicaciones, ganó tiempo Dumouriez para retirarse de la selva de Argona á Santa Menehulda sin que se le molestase, y contuvo completamente las operaciones de su contrario hasta que la llegada de los refuerzos que esperaba, le pusieron en estado de arrojar la máscara y de resistir abiertamente á las armas de los aliados. [1]

(1) Hard. I, 471,

Las mismas negociaciones secretas que habian contenido en sus movimientos á las armas prusas, impidieron que pasasen mas allá del campo de Valmy; el duque de Brunswick temia que se convirtiese en enemigo irreconciliable un futuro aliado, presentandole una accion decisiva que probablemente le habria dado el triunfo. (1)

No bien hubo cesado el cañoneo, cuando el envio de mensajeros de una y otra parte se hizo mas frecuente que nunca. Lombard, secretario particular del duque, se dejó hacer prisionero por las patrullas de los franceses, para continuar las negociaciones. El duque insistia en que se pusiese inmediatamente en libertad al rey, y se restableciese la monarquía constitucional, y el general frances manifestaba que tales eran los objetos que ansiaba en el alma, pero que, para que las medidas que se pusiesen en práctica para su consecucion, tuviesen la probabilidad de un buen éxito, era indispensable en primer lugar, que se retirasen los aliados y evacuasen el territorio de la Francia; que si así lo hacian, adquiriria él tal influencia, que no dudaba de que alcanzaria tan apetecibles fines, y que empeñaba su palabra de honor de que haria todo lo posible al efecto; pero que si no se admi-

(1) Aludióse claramente á esta circunstancia en la nota oficial de los prusos en que se daba el parte de esta accion. "Desde el general hasta el último soldado reinaba el mayor entusiasmo en las tropas; y sin duda se habria obtenido un glorioso triunfo, "si no hubiesen "mediado consideraciones de alta cuantía que impedían "al rey dar batalla."—Hard. I, 482.

tian estas condiciones, emplearia todos los medios que estaban á su alcance para acabar con los invasores, lo cual le era facil á la sazón que se hallaba á la cabeza de cien mil hombres, debiendo producir por otra parte la continuacion de la lucha, por infalible resultado, la destruccion del soberano y su familia, que estaban ya corriendo riesgo de perder sus vidas á manos de la faccion anárquica que llevaba las riendas de la autoridad en Paris. [1]

Estas manifestaciones de Dumouriez hicieron una fuerte impresion en el cuartel general de los aliados. Palpábase el peligro que corria el rey en vista de la vehemencia de los jacobinos y de las horribles matanzas que ya se habian perpetrado en las cárceles. La conducta que habian observado los republicanos durante el cañoneo de Valmy, habia demostrado que sus tropas eran capaces, cuando menos, de sufrir un fuego sostenido sin perder terreno, y que no se hallaban en disposicion de incorporarse á los invasores; circunstancias que aun cuando fuesen muy favorables á los aliados, presagiaban que habia de ser necesario sostener una sangrienta lucha antes de que diese un feliz resultado la guerra. Pareció ser un paso distante de los intereses de la Prusia el de poner en riesgo á su soberano y á lo mas florido de su ejército, emprendiendo un avance hácia el interior de la Francia, con el fin de alcanzar objetos en los cuales no tenia interes alguno particular ó inmediato, pero que pro-

(1) Hard. I, 486, 487.

bablemente, si con demasiado teson se proseguia, apartaria á las fuerzas del imperio, del territorio de la Polonia, en la cual podia obtener la monarquía positivas adquisiciones. Manifestaronse con empeño estas consideraciones al rey, tanto por su consejo, cuanto por el duque de Brunswick, que todavía conservaba brillantes esperanzas de elevacion, si triunfaba el partido liberal en Francia. Pero resistióse el rey con firmeza, é inflamado por el entusiasmo militar y por el noble deseo que le animaba de libertar á los augustos presos de Paris, persistió en que sin pérdida de tiempo se avanzase á la capital. (1)

Sin embargo, continuaban las negociaciones. El rey de Prusia hizo proposiciones, aceptadas las cuales, inmediatamente evacuaria el territorio francés; (2) pero en contestacion á ellas recibió un boletin que contenia el decreto de la asamblea, por el cual quedaba abolida la monarquía en Francia, y se trasformaba el reino en república. Llenos de consternacion al darseles esta noticia, volvieron tristes al campo los enviados prusos; y Dumouriez, aprovechándose con destreza de la general inquietud que este suceso difundiera, manifestó que tanto como el que más

(1) Hard. I, 486, 494.

(2) Estas proposiciones eran:

1.º El rey renuncia toda intencion de restablecer el antiguo régimen, y solo desea el establecimiento de una constitucion que labre el bien del reino.

2.º Insiste en que cese toda propaganda con respecto á sus dominios y los de sus aliados.

3.º Que se ponga en libertad al monarca.

Setiembre 23, 1792.

sentia que hubiesen tomado los asuntos semejante giro en Paris, que al fin habia triunfado el partido republicano, y que ya no seria posible destruirlo hasta que por medio del restablecimiento de la paz no dominasen otras ideas mas moderadas; pero que era indisputable que el avance de los invasores acarrearía la destruccion instantánea del rey, la real familia y toda la nobleza, y absolutamente impediría el restablecimiento de toda autoridad legítima. (1)

Mientras que con tanta destreza hacia Dumouriez estas dolorosas pero exactas observaciones, con el intento de contener á los ejércitos aliados y hacerles perder un tiempo tan precioso en infructuosas negociaciones; daba conocimiento al gobierno de Paris de lo que ocurría, y le informaba de que sabia, á no dudarlo, que estaban en el mayor apuro las fuerzas enemigas; y que con un poco mas de tiempo que se mantuviese firme, les haría emprender una funesta retirada (2) Al mis-

(1) Hard. I, 500, 501.

(2) "Las proposiciones del rey de Prusia, decia, no presentan base en que apoyarse para entablar una negociacion, pero sí demuestran que se halla aquel ejército en el mayor apuro, circunstancia que bien á las claras manifiesta la malísima clase de sus alimentos, la multitud de enfermos que tiene, y lo poco vigoroso de sus ataques. Estoy persuadido de que á esta hora está el rey de Prusia sumamente arrepentido de haberse internado tanto, y que desde luego adoptaría cualquier medio que se le presentase de salir del mal paso. Se conserva tan inmediato á mí, porque desea empeñarnos en un combate que es el único paso que le puede proporcionar la fuga, pues si permanezco ocho dias mas dentro de mis trincheras, se disolverá por sí mismo su ejército por falta de víveres. No emprenderé entrar en

mi tiempo dirigió una larga exposicion al rey de Prusia, en la cual le presentaba todos los argumentos que podian alterar la resolucion en que estaba de seguir su marcha adelante, insistiendo de una manera especial en los peligros que atraeria con tal paso, sobre el rey de Francia. [1]

Sin embargo, ostentábase firme Federico Guillermo; ni las fuertes observaciones de sus generales sobre el riesgo que corría el ejército, ni los gravísimos peligros que podía correr el rey de Francia, pudieron hacerle variar en la resolucion que habia tomado. En junta de guerra que se celebró en el cuartel general, el 27 de Setiembre, á la cual asistieron los ministros de Austria y Rusia, decidióse que se avanzaría y se daría batalla el 29. Pero antes que se hubiese puesto en práctica, recibíose una noticia que dió el ascendiente al numeroso partido que

Setiembre 25.
1792.

había en pro de la paz en el gabinete Pruso. Es el caso que llegó al cuartel general un decreto de la comision de salvacion pública, en que constaba haber acordado por unanimidad aquel cuerpo, que no entraría en negociacion alguna con la Prusia, hasta que sus tropas no hubiesen evacuado completamente el territorio de la Francia. Al mismo tiempo llegaron avisos de Londres y el Haya en

negociacion alguna seria, sin que á ello me autorizéis y al mismo tiempo me remitais las bases sobre las cuales haya de entablarse. Todo lo que he hecho hasta hoy con M. Manstein, ha sido ganar tiempo sin comprometerme á nada.—"Comunicacion reservada de Dumouriez al gobierno francés, de 24 de Setiembre."—Hard. I, 500.

(1) Hard. I, 499, 509.

que se decía que el gabinete de Saint James y los Estados generales se negaban á entrar en la alianza. Los generales reiteraron con mas empeño sus observaciones sobre el estado lamentable en que se encontraba el ejército, y la condesa de Lichtenau, manceba del rey, á quien cohechaba con profusion el gobierno de Francia, empleó para obtener el mismo fin su poderosísima influencia. (1)

Viéndose estrechado por tantas partes, y vencido por las manifestaciones de sus generales que le hacian ver la necesidad que habia de emprender una retirada, hubo al fin de ceder el monarca, y revocó el 27 las ordenes que se habian espedido sobre dar batalla al enemigo, y espidió otras para la retirada. Pactóse entre los generales de ambos ejércitos,

Setiembre 29.

que con tal que evacuasen los prusos las fortalezas de que se habian posesionado, no se les molestaria en su marcha; y Dumouriez sumamente satisfecho de verse libre por medio de su habilidad y firmeza, de los peligros de que se habia visto rodeado, escribió á la Convencion: "La República debe su salvacion á la retirada de los prusos. Si yo no me hubiese resistido á la opinion general de los que me rodeaban, habriase salvado el enemigo, y se hallaria en peligro la Francia." (2)

En esta determinacion de la Prusia influyó, no solo la inveterada rivalidad del Austria que

(1) Hard. VII, 245.

(2) Comunicacion reservada, Octubre 1.º 1792. Harl. I, 503.

en aquel periodo ejercia una poderosa influencia en sus dictámenes y en la opinion del pueblo, sino aun la consideracion de los peligros á que se esponia el ejército, si mas avanzaba. El rey, al emprender esta campaña, habia contado con una marcha rápida sobre Paris; pero la circunstancia de haberse prolongado la guerra, y la resistencia cada vez mayor que indicaban hacer los franceses, demostraron evidentemente que no se podria alcanzar facilmente el objeto con el cual se hacia, y que su prosecucion pondria en inminente riesgo de perderse las adquisiciones en la Polonia á que por tanto tiempo se aspirara, á la vez que habiendo mediado el destrozamiento y la prision de Luis, quedaba en grave peligro si continuaba avanzando hácia la capital el ejército. [1]

En breve justificaron los sucesos la confianza que habia mostrado tener en sus fuerzas el general frances. Encontrábase Dumouriez á la cabeza de sesenta mil hombres, aun despues de todas las perdidas que habia sufrido en la campaña, incluyendo en este numero á 12 mil de caballeria; era numerosa su artilleria y excelente su posicion, y ademas contaba con los crecidos destacamentos que rapidamente se formaban en Chalons, Reims, Soissons, Epernay, y todas las ciudades del interior. Sus tropas, aunque algo maltratadas por las inclemencias del tiempo, hallabanse en lo general sanas y en buen estado;

(1) Saint Cyr, I, 80, 81. Jom. II, 133, 137. Th. HI, 120. Dum. III, 20.

agréguese á esto, que no dejaba de recibir, de vez en cuando, abundantes auxilios de víveres de Sedan y Metz, puntos que conservaban en su poder los franceses. Por el contrario, la situacion del

Triste situacion de los aliados. Resuelven retirarse.

ejército aliado, haciase cada dia mas y mas crítica. Sus convoyes, á consecuencia de los incesantes ataques que sufrían, de las guarniciones de Sedan y Montmedy, y de que venían desde las remotas provincias del Luxemburgo y Tréveris por el paso de Grandpré, llegaban con suma irregularidad; los soldados habian estado ya cuatro dias sin raciones, manteniendose solo con menestra cocida con agua corrompida. Los planíos de la Champaña eran estériles, y destituidos de agua, forrage y víveres. Habianse entablado las lluvias, y caian con extraordinaria abundancia; y las tropas, que vivaqueaban á campo raso en el planío, estaban infestadas de fuertes disenterias y otras enfermedades contagiosas, que habian acabado ya con una tercera parte de la positiva fuerza del ejército. En tales circunstancias, internarse mas en el territorio del enemigo, habria sido el acto mas temerario que pudiese darse, y habria puesto en notable riesgo á la persona del rey de Prusia y á sus fuerzas todas. Empezar un ataque sobre el campamento fortificado de los franceses, habria sido un paso, de exito dudoso; y si el resultado era adverso, la destruccion era segura. La única idea prudente que se presentase, fué la de retirarse á las fértiles comarcas de los tres obispados, poner sitio á Montmedy, y tomar cuarteles

para el invierno en la Lorena, conservando como puestos avanzados á aquellos de los desfiladeros de la selva de Argona, de que se hallaban posesionados. Pero este designio era incompatible con el convenio secreto que acababa de celebrarse, y en vista de esto acordóse emprender la retirada en direccion del Rhin.

Pero en tanto que se anunciaban tantos tropezos sobre las fuerzas aliadas, pulsaba la mayor dificultad Dumouriez para conservarse en su posicion, de la cual no queria separarse á pesar de las reiteradas ordenes que le dirigia la Convencion, y de las observaciones que le hacian los oficiales de sus tropas. Grande era la inquietud del gobierno frances, al ver que no habia fuerzas situadas entre el punto de su residencia y los aliados; y algunas secciones sueltas del enemigo, que llegaban hasta Reims, difundieron una general consternacion por todo aquel rumbo. Sucedianse sin interrupcion los extraordinarios al general, llevandole ordenes de que abandonase su posicion y se retirase mas inmediato á la capiial, determinacion á la cual se adherian con calor, tanto Kellerman, como los demas oficiales del ejército. La gran concentracion de fuerzas que se operara, ocasionó en breve una total carencia de víveres en el campamento; llegaron los soldados á estar sin pan por espacio de dos ó tres dias, y comenzaron á asomar indicios de motin, sobre todo en los batallones de federados, que habian llegado últimamente de Paris.

Consternacion que escitó en Paris la retirada á Santa Menehulda.

Hasta los oficiales superiores empezaron á meditar seriamente en que era de absoluta necesidad que se emprendiese la retirada, y Kellerman insistió con tal teson en que se practicase este movimiento, que tuvo Dumouriez que ofrecer, como Colon, que si no alcanzaba el objeto de sus deseos en un número de dias determinado, se retiraria. Pero su firmeza triunfó de todos los obstáculos, pues habiendo logrado imbuirles una exacta idea de que aquel de ambos contendientes que mas se sostuviese, venceria, les inspiró tal resolucion, que se sobrepusieron á todas las privaciones que sufrían [1].

Ya hemos dicho que se celebró un armisticio bajo condiciones muy limitadas, pues únicamente se estipulaba en él, que no se molestaria á la retaguardia de los aliados durante su retirada; no tardó Dumouriez en aprovecharse de él en lo posible. En el mismo dia de su celebracion, destacó diversas secciones que forzaron á retroceder á las partidas mas avanzadas del enemigo que habian esparcido en el interior el sobresalto de que hemos hablado, y acosándolas por sus flancos, las cercaron al fin por retaguardia, destrozaron á sus destacamentos é interceptaron sus convoyes. Rara vez acontece que nos enseñe á ser cautos la esperiencia. Napoleón cometió un error de la misma naturaleza, y que produjo consecuencias todavia mas funestas, cuando el armisticio celebrado entre Murat

(1) Dum. III. 54, 60. Th. III, 116.

y Kutusoff, cerca de Moscow, en tiempo de la campaña de Rusia (1). El 30 de Setiembre comenzaron á emprender los aliados su retirada, y volvieron á pasar los desfiladeros de la selva de Argona, sin que se les molestase, durante los dias 2 y 3 de Octubre. En vano urgió Kellerman al general en jefe á que adoptase vigorosas medidas, á fin de que se les fatigase en su marcha, y recomendó con empeño que se destacase inmediatamente sobre Clermont un cuerpo respetable de tropas. En cumplimiento del convenio secreto ajustado con el enemigo, y en razon de la poca confianza que tenia en sus fuerzas, tratándose de movimientos de campaña contra soldados tan disciplinados como los prusos, permitióles Dumouriez que se retirasen en completa seguridad, y empleando quanto tiempo necesitasen. El primer dia hicieron una jornada de solo tres millas, sin dejar tras sí el objeto mas insignificante de sus bagajes; y hasta que no hubieron pasado el desfiladero de Grandpré, fué cuando se destacó á Kellerman para que siguiese sus huellas. Retiráronse los aliados en el mejor orden, y sin sufrir vejámen de ningun género, á pesar de que iban horriblemente debilitados por la peste [2].

Hallándose á salvo por la retirada de los prusos, del peligro urgente que le habia hecho concentrar sus fuerzas, juzgóse Dumouriez en bue-

(1) Dum. III. 63, 65. Jom. II, 138.

(2) Jom. II, 139. Th. III, 122. Toul II, 345, 349.

na disposicion para volverse á ocupar de su favorito proyecto, es decir, de la invasion de Flandes. De consiguiente, dejando á Kellerman con cuarenta mil hombres para que persiguiese á las columnas enemigas que operaban su retirada, envió treinta mil al ejército del Norte, á las órdenes de Bournonville, y se dirigió él á Paris. La fuerza con la cual se retiraban los prusos, constaba como de setenta mil hombres, y practicaban su marcha de un modo imponente, pues tomaban buenas posiciones, y volvian el frente á cada alto que hacian. De consiguiente, era imposible que Kellerman, con la insignificante fuerza que llevaba, pudiese hacer impresion alguna en las masas, y los generales franceses, satisfechos con haber salvado á la República, parecian dispuestos á hacer cualquier sacrificio, con tal que el enemigo desapareciese. Sea que se les hubiese dado conocimiento del convenio, sea que lo hubiesen inferido, no molestaron en manera alguna en su retirada á los invasores, quienes sucesivamente fueron abandonando á Langwy y Verdun, y á fines de Octubre evacuaron el territorio de la Francia. Las tropas de Kellerman se acantonaron entre la fortaleza de Longwy y el Mosela [1].

Cuando volvieron á poder de los franceses las fortalezas rendidas, los comisionados por la Convencion egercieron allí una cruel venganza en los partidarios de la monarquía. Habiendo lle-

(1) Toul. II, 351, 356. Jom. II, 141, 142. Th. III. 180.

gado á saber que varias personas del bello sexo habian presentado guirnaldas de flores al rey de Prusia durante el avance del ejército, remitióse-las al tribunal revolucionario, por el cual fueron sentenciados á muerte. Los prusos dejaron tras sí, en su tránsito, tristes muestras de lo funesta que les habia sido la campaña, todas las aldeas vecinas llenas de cadáveres y de moribundos. Sin haber tenido una lucha de consideracion habian perdido los aliados, de disenteria y fiebres, mas de la cuarta parte de sus fuerzas. [1]

Al paso que ocurrian estos sucesos decisivos en las provincias del centro, practicábanse operaciones de menor cuantía, pero que no dejaban de contribuir poderosamente al resultado de la campaña, hácia los dos flancos, en la Alsacia y los Países Bajos. Habiéndose retirado las principales fuerzas de ambas partes contendientes de los Países Bajos, para reforzar á los respectivos ejércitos del centro, resultó de esto que fueron de poca importancia los movimientos que allí se operaron. Levantaron el campo de Maulde los franceses, y comenzaron su retirada, trasladándose al campamento de Bruillé, fuerte posicion que quedaba un poco á retaguardia. Pero al hacer este movimiento, fué atacada la fuerza que marchaba en retirada, el 14 de Septiembre, por los austriacos, y completamente derrotada, con pérdida de toda su artillería, bagages y pertrechos. Alentados por este fácil triunfo los inva-

(1) Toul. II, 351. Jom. I, 142.
TOM. II.

sores, al mando del Archiduque Alberto, emprendieron con una fuerza de 25 mil hombres el asedio de Lila, una de las ciudades mas fuertes de Europa, que, en 1708, habia hecho una gloriosa resistencia contra los ejércitos aliados de Eugenio y Malborough. La guarnicion, que constaba de 10 mil hombres, y su comandante, que era hombre de valor y energía, estaban consagrados á la causa de la república. Atendiéndose á estas circunstancias, pocas esperanzas de un buen resultado se podian fundar en un simple sitio; pero los austriacos procuraron intimidar al gobernador estableciendo un bombardeo, que duró dia y noche por espacio de una semana. Esta horrorosa tempestad hizo poquisima impresion en las tropas que, hallándose guarecidas bajo brindages á prueba de bomba, veian con indiferencia caer los proyectiles sobre los indefensos habitantes; pero en las poblaciones de los contornos produjo tal consternacion, que despues se aseguró que si se hubiere tomado á Lila, casi todas las demas ciudades de la frontera habrian capitulado para libertarse de correr la misma suerte. En efecto, posesionándose de aquella importante ciudad, habrian tomado los austriacos en la frontera de la Francia una sólida posicion, circunstancia que al mismo tiempo habria influido poderosamente en el resultado de la campaña. Pero interrumpieronse sus operaciones por la retirada del duque de Brunswick, y sabiendo que de varios rumbos marchaban fuerzas considerables sobre ellos, levantaron el sitio. Los

Septiembre 29.

habitantes sufrieron con heroica firmeza los horrores de un bombardeo que sostuvo el enemigo con una obstinacion sin ejemplo, y á consecuencia del cual fué consumida por el fuego una parte considerable de la ciudad. Durante el sitio, el general Lamartiere logró entrar á ella con mas de diez mil hombres, de suerte que la fuerza sitiada se hizo igual en número á la sitiadora. Esta circunstancia, unida á la de haberseles agotado los pertrechos y á la de estar para llegar un cuerpo de tropas que habia destacado Dumouriez para que entorpeciese sus operaciones, obligó á los austriacos á abandonar su empresa,

Levantaron el sitio.
Octubre 7.

y el 7 de Octubre levantaron el sitio y retiraron sus fuerzas del territorio de la Francia. La cesacion del bombardeo y el glorioso resultado del sitio se celebraron por toda la estension de la Francia, y contribuyeron en gran manera á que se robusteciera el espíritu de energía que animaba en aquel periodo á los habitantes aun de los mas remotos departamentos, y que á poco se hizo tan temible á los Estados inmediatos. [1]

Entretanto el general Biron, que se hallaba en la Alsacia á la cabeza de 45 mil hombres, perdía el mas importante periodo de la campaña en hacer lentos preparativos. Pero al fin el general Custine, que se hallaba á la cabeza de una fuerza de 17 mil hombres, y situado á las inmediaciones

(1) Jom. II, 170, 175, 176. Th. III, 181. Ann. Reg. 1793, 55, 56.

de Landau, hizo un movimiento hostil sobre Espira, donde se habian formado inmensos almacenes. En virtud de la rápida marcha que hizo, logró cercar á una seccion de tres mil hombres que estaba apostada á la inmediacion de la ciudad y obligóla á rendirse; suceso

Septiembre 30.

que dió lugar á la toma de Espira, Worms y Frankenthal. Este importante triunfo, que se obtuvo en los momentos precisamente en que estaba empeñado el grueso del ejército aliado en la selva de Argona, pudo haber producido un importantísimo efecto, en cuanto al posterior resultado de la campaña, si Custine hubiera obedecido inmediatamente las órdenes de la Convencion, y abandonando su invasion del Palatinado, hubiese vuelto sus fuerzas victoriosas contra la retaguardia del ejército del duque de Brunseviak, y cortadole las comunicaciones.

Tomada de Maguncia.

Pero este general tenia otros proyectos en planta, que hicieron no pequeño mal á la república. Desobedeciendo las órdenes de su gobierno, mantúvose por espacio de catorce dias en el Palatinado, y aunque al parecer nada hacia, estaba sin embargo en correspondencia secreta con la guarnición y el club jacobino de Maguncia. A consecuencia de esto, movióse el 18 de Octubre á la cabeza de 22 mil hombres sobre la enunciada ciudad, atacóla el 19, y el 21 antes que se hubiere tenido tiempo de levantar una sola trinchera en aquella importante fortaleza, llave de las provincias occidentales del imperio, rindióse por capitulacion, per-

mitiéndose á la guarnicion que constaba de 4 mil hombres, que se retirase bajo la condicion de que no tomara las armas contra la Francia en el término de un año. De este modo perdieron los aliados el único punto fortificado que tenían hácia el Rin, evidente prueba de la temeridad y presuncion con que obraron al penetrar hasta el corazon de la Francia, sin proporcionarse antes los medios de practicar su retirada. (1)

Aguijado por su espíritu de despojo, hizo Custine una incursion en Frankfort, que no era de una absoluta utilidad para la campaña; y el duque

de Brunswick, aterrado por la pérdida de Maguncia, avanzó á marchas forzadas, de las inmediaciones de Luxemburgo, á Coblenz, donde estuvieron sus fuerzas desfilando á través del Rin, por espacio de doce dias, por medio de un puente volante. La fuerza que formaban los emigrados, disolviose inmediatamente, por carecer de elementos con que sostenerse: los austriacos que mandaba Clairfayt, se dirigieron á los Países Bajos, á fin de emprender su defensa, y los prusos se acantonaron á la margen derecha del Rin. He aquí como se consumó la disolucion de este brillante ejército, que pocos meses antes habia entrado en Francia con tan risueñas esperanzas, y que pudo, si se le hubiese dado buena direccion, haber libertado á la Europa del azote de la ambicion demo-

(1) Journ. II, 148, 151, 157, 158. Th. III, 182. Ann. Reg. 1793, 70, 71. Hard. II, 41, 61.

crática. (1) ¡Cuantos mares de sangre se debían derramar todavía, cuantas provincias debían verse assoladas, cuantas ciudades destruidas, para que volviesen los gobiernos europeos á obtener ventaja sobre su contrario, para que se volyesen á oír en los planios de la Champaña los víctores de triunfo, y la República conquistadora recibiese el condigno castigo de sus crímenes!

La retirada de los aliados dejó en libertad á Dumouriez para poder llevar á ejecución el plan que tanto tiempo meditaron, esto es, el de invadir á los Países Bajos, y arrebatár aquellas hermosas provincias del dominio del Austria. Palpábanse las ventajas que se obtendrían poniendo este designio en práctica: estender las fronteras de la República hasta el Rhin, estraer de las provincias conquistadas los recursos que fuesen necesarios para la prosecucion de la guerra, escitar el espíritu revolucionario en Flandes, reforzar el ejército con los desafectos que hubiese en aquel país populoso, y destruir la influencia que egercia la Inglaterra en la Holanda, eran objetos dignos del vencedor de Brunswick. Concedióle facultades omnímodas el gobierno, y las pérdidas que habían soportado los aliados durante su invasion, le daban, sobre ellos, una gran superioridad de fuerza. El ala derecha del ejército, compuesta en gran parte de las tropas que se ha-

(1) Jom. II, 160, 161. Saint Cyr, I, 8, 9. Th. III, 185, 186. Harl. II, 61, 78.

bían destacado de la selva de Argona, constaba de 16 mil hombres; Dumouriez mandaba el grueso que ascendía á 40 mil, y el ala izquierda, á las ordenes de Labourdonne, era fuerte como de 30 mil hombres: el número total de tropas era pues el de cien mil hombres, todos animados del mayor esfuérzo, y no pensando sino en triunfos y conquistas, á causa del buen resultado que habían tenido arrojando á

Octubre 29.

los invasores. [1]

Para hacer frente á esta inmensa fuerza, no contaban los austriacos con suficientes tropas disponibles. El número total de estas, inclusa la division que había traído el general Clairfayt del ejército del duque de Brunswick, no pasaba de 40 mil hombres, y estos se hallaban estendidos por una línea demasiadamente dilatada. El centro, que mandaba el archiduque Alberto, estaba apostado á la vista de la importante ciudad de Mons, y el resto del ejército, que se encontraba diseminado en un frente de cerca de 30 millas, no podía prestar mayor auxilio en caso de necesidad al grueso del ejército. (2)

Este grueso de ejército, que no pasaba de diez y ocho mil hombres, estaba atrincherado en una fuerte posicion de las cercanías del pueblo de Jemmappes. Desde mucho antes habían elegido los imperiales el campo de batalla, y estendiase, por una parte, desde las aldeas de Ausmes y

(1) Jom. II, 215. Toul. III, 38, 39. Th. II, 210, 211. Ann. Reg. 1793, 61, 62. Harl. II, 45, 47.

(2) Toul. III, 40. Ann. Reg. 1793, 61.

Jemmappes hasta las alturas de Berthaimont, y por la otra, hasta el pueblo de Sifly, espacio que contenía una continuada serie de eminencias que dominaban al planio contiguo. Catorce reductos formados con todos los recursos que presta el arte, y defendidos por cien piezas de artillería, parecían casi compensar á los austriacos su grande inferioridad numérica. La artillería de los franceses, sin embargo, era igual con corta diferencia á la de sus contrarios, y sus tropas infinitamente superiores, supuesto que ascendían nada menos que á cuarenta mil hombres, y aunque muchos de ellos eran novicios, los triunfos últimamente conseguidos habían elevado su brio á un grado extraordinario. En el encuentro á que nos estamos refiriendo, púsose á prueba por primera vez, con un brillante resultado, la táctica moderna, que consiste en acumular masas armadas sobre un punto, forzar de esta manera alguna parte débil de la posición, y obligar al enemigo á que enteramente la abandone [1].

El día 6, al rayar el día, se dió principio á la batalla. Las tropas francesas, que habían vivaqueado por espacio de tres días consecutivos, recibieron orden de avanzar, lo cual hicieron con celeridad en medio de gritos de júbilo, habiendo tenido poca pérdida al atravesar el planio que las separaba del enemigo. Comenzóse el ataque por el general Bournonville sobre la aldea de Cuesmes: por espacio de algunas horas un vivísimo fuego

(1) Jom. II, 217. Dum. III, 165, 169. Toul. III, 54, Ann. Reg. 1793, 61, 62. Hard. II, 45, 47.

de artillería contuvo sus esfuerzos, pero al fin dió vuelta al pueblo de Jemmappes hasta tomarlo por el flanco, y posesionóse de la izquierda de la posición austriaca, por la impetuosa carga que dieron las columnas francesas. Aprovechóse Dumouriez de este momento para hacer que avanzase su centro sobre el frente de Jemmappes; movióse la columna con rapidez y poca pérdida, pero al irse aproximando á la aldea, atacáronla por su flanco algunos escuadrones de caballería; rompiéronla, y repelieron á una parte de la caballería francesa que la protegía. El momento era de lo mas crítico, pues los batallones de vanguardia, arredrados por las vivas descargas de metralla que se les dirigían, comenzaban á vacilar al pie de los reductos. En tal extremo, solo pudieron contener á los victoriosos escuadrones de los austriacos, el heroísmo de un intrépido criado de Dumouriez llamado Batista, por haber reunido á las tropas que comenzaban á dispersarse, y el denuedo con que cierto jóven general reorganizó el frente de la línea. Formando con celeridad á los desordenados regimientos en columna, á la cual denominó Columna de Jemmappes, paróse á su frente, y cargó de nuevo sobre los reductos con vigor tal, que tomó posesión del pueblo, y logró al fin arrojar á los austriacos de sus trincheras del centro del campo. Este jóven oficial era el duque de Chartres, el mismo que mas tarde fué Luis FELIPE, rey de los franceses [1].

(1) Dum. III, 169, 173. Toul. III, 49. Ann. Reg. 93, 62. Th. II, 241, 245.

Entretanto que se disputaba en el centro con tanta obstinacion la victoria, hallábase la derecha en el mismo riesgo de verse desorganizada. Bournonville, que era quien mandaba aquel costado, aunque habia comenzado con fortuna, se habia detenido al percibir la confusion en que la division central se encontraba, y vacilaba entre sostener el terreno que habia ganado, ó retroceder á dar auxilio á la desordenada columna del planio. No tardó en percibir aquella indecision el enemigo; los fuegos de la artillería francesa apenas podian contestar á los que disparaban los cinco reductos sobre sus filas, y al frente habia una masa de caballeria imperial dispuesta á dar la carga al menor indicio de desórden. Dumouriez voló hacia aquel lado, recorrió el frente de dos brigadas, que se componian de sus veteranos del campo de Maulde, quienes hirieron los aires con las aclamaciones de: "Vive Dumouriez," y consiguió ordenar á los escuadrones de caballería que comenzaban á desorganizarse. La caballería imperial cargó inmediatamente despues; pero habiéndosela recibido á tiro de pistola con una descarga de la infantería, volvió grupos en confusion. Destacóse sobre la marcha en persecucion de ella á los dragones franceses, y quedó la caballería imperial completamente derrotada, huyendo en desórden hasta Mons. Animado por este triunfo, hizo Dumouriez que las brigadas victoriosas entonasen la Marsellesa, y aprovechándose de su entusiasmo, se arrojó adelante á su cabeza, y penetró en los reductos

por la gola. Mas desazonado todavía por la idea de lo que podia haber acaecido á su centro, fué se hácia él al frente de sus escuadrones de caballería, con el intento de reforzar al duque de Chartres; pero no habia andado muchos centenares de pasos, cuando se encontró con su ayudante el jóven duque de Montpensier, que le traia la plácida noticia de que tambien aquella division habia vencido, y de que los austriacos abandonaban todos sus puntos y se retiraban á Mons (1).

Tal fué la famosa batalla de Jemappes, primer triunfo de consideracion que hasta entonces hubiesen obtenido las armas republicanas, y que fué muy celebrado en aquella época, tanto por esta razon cuanto porque producia consecuencias de mayor cuantía que la gloria por su medio adquirida. La pérdida de los austriacos ascendió á cinco mil hombres; llevaronse toda su artillería á escepcion de catorce piezas, y se retiraron con órden á Mons. Los franceses perdieron mas de 6 mil hombres; (2) pero las consecuencias que produjo esta victoria en el ánimo y la fuerza moral de ambas partes, fueron incalculables, pues nada menos ocasionó que la pronta conquista de todo el territorio de los Países Bajos.

Sin embargo, mas se debieron estos grandes

(1) Dum. III, 172, 173, 175. Toul, III, 49. Th. III, 242, 246. Ann. Reg. 1793, 62, 63. Hard. II, 45, 47.

(2) Ann. Reg. 1793, 63. Toul, III, 50, 51. Th. III, 246.

resultados al terror que se apoderó de las fuerzas imperiales que á las enérgicas providencias que el general francés dietase. El 7 entró en Mons, cuyas puertas se le abrieron sin resistencia alguna, y allí permaneció en una completa inacción por espacio de cinco días. Entretanto las autoridades austriacas tomaban con tiempo la fuga, y desocupando á Bruselas, se refugiaron en Ruremunda. Cuando avanzaron los franceses, recibióseles con entusiasmo en todos los puntos de su tránsito. Ath, Tornay, Neuporto, Ostende y Brujas, abriéronles sus puertas, y despues de una ligera escaramuza con la retaguardia del enemigo, la misma ciudad de Bruselas fué ocupada por las tropas vencedoras. Por la derecha el general Valerce tomó á Charleroi y avanzó sobre Namur; y por la izquierda, el general Labourdonaie, despues de haber vacilado mucho tiempo, se movió hácia Gante y Antuerpe. Antes de la conclusion de Noviembre, nada poseian ya las fuerzas imperiales de sus posesiones en los Países Bajos, sino las ciudades de la importante ciudad de Namur. [1]

La magnitud de estos triunfos suscitó temores en el partido republicano de Paris. El mismo día en que se empezaba el cañoneo sobre Valmy, se proclamaba la República y se abolía la monarquía en toda la estension de

Lento avance de Dumouriez. Conquista de Flandes.

8 á 12 de Noviembre.

Noviembre 14.

Recelos que se suscitan en Paris contra Dumouriez.

la Francia. Las rápidas conquistas del jóven general alarmaron á los déspotas republicanos; díjose que se habia presentado un nuevo César, otro Cromwell: Marat, en las columnas de su sanguinario periódico, y Robespierre desde la tribuna, asentaron que corria riesgo con él la libertad del pueblo. Si los sucesos justificaron en cierto modo sus predicciones, débese confesar que ellos mismos le obligaron á conducirse como lo hizo, pues le demostraron la suerte que debia esperar si los azares de la guerra, haciéndole sufrir un reves de cuantía, ponian su cabeza en sus manos.

En tanto que se suscitaban estos recelos en la residencia de los altos poderes llegaba Dumouriez en su carrera de conquistas al Escalda, donde sobrevinieron sucesos que debian producir consecuencias de altísima importancia. El consejo ejecutivo, en virtud de un decreto de 16 de Noviembre, mandó que abriese la navegacion de aquel rio á los buques flamencos, cuyo paso ne podia menos de ocasionar un rompimiento con todas las potencias marítimas. Dumouriez, en cumplimiento de la prevencion que se le hacia, despachó á una masa considerable de fuerzas en direccion del enunciado rumbo, y Labourdonaie, despues de haberse posesionado de Malinas y de su gran depósito de pertrechos que allí habia, avanzó sobre Antuerpe. Al llegar á esta ciudad depúsole del mando Dumouriez, por sospechas que tenia de falta de lealtad

Avanzan los franceses al Escalda. Toma de Antuerpe.

(1) Toul. III, 51, 52, Jom. II, 236, 239, 243.

al gobierno republicano, y confiólo á Miranda, oficial leal y de talento, que mas adelante se hizo célebre por los esfuerzos que impendió para

volver á la América meridional su independencia. El 30 de Noviembre capituló la ciudadela de la importante ciudad enunciada con el nuevo gefe de las fuerzas, y se hicieron los franceses dueños absolutos del Escalda. [1]

El general republicano llevó á cabo sin pérdida de tiempo el proyecto favorito de los franceses, cual era el de abrir aquella grande arteria de la prosperidad flamenea. Inmediatamente escribió á Miranda: "Sin pérdida de momentos despachareis una embarcacion de fondo plano que recorra el Escalda, á fin de que nos cerciorem de si se impide realmente su navegacion, ó es esto puramente un rumor que han esparcido los holandeses. Haced todo lo posible para que quede abierto el rio á las operaciones mercantiles, á fin de que los flamencos, estimulados por el contraste que forma la generosidad de la República con la avaricia del gobierno austriaco que vendió la navegacion del Escalda á la Holanda por siete millones de florines [2], abracen con sinceridad los principios puros de la libertad." Miranda tomó inmediatamente sus medidas para poner en ejecucion este desegno, y á los pocos dias fondeó la escuadrilla en la boca

(1) Jom. II, 247. Pieces justif. II, núm. 6, Th. II, 266.

(2) Jom. II, 248.

del rio, y subió á Antuerpe en medio de las aclamaciones de los habitantes, que entreveian en este fausto acontecimiento la aurora de una era mas brillante en empresas mercantiles que la que hasta entonces hubiese resplandecido sobre su ciudad desde la fundacion de la República holandesa. (1)

En tanto que el ala izquierda del ejército obtenia estos triunfos, el centro, á las ordenes de Dumouriez, proseguia igualmente adelante en la carrera de las conquistas. Atacó el 26 á una numerosa retaguardia del grueso del ejército austriaco, que se hallaba situada á las inmediaciones de Roucoux, y despues de una obstinada lucha retiráronse las tropas imperiales y en la mañana del dia siguiente abrió Lieja sus puertas á los vencedores. El

partido revolucionario procedió inmediatamente á dictar con relacion á los vecinos de aquella ciudad medidas de estremada violencia; formóse un club jacobino que en breve rivalizó en energia y atrocidad con el principal de Paris, y la faccion democrática se dividió en opuestos bandos, queriendo unos que se fundase en el pais una República independiente, y otros que se incorporase á la Francia. Danton y Lacroix, que eran los comisionados de la Convencion en el ejército, sostuvieron con vigor el voto de este último partido, el cual no tardó en comenzar á ejercer tropelías de todo género. [2]

(1) Jom. II, 249.

(2) Ann. R. g. 1793, 66. Th. III, 233.

Al mismo tiempo que esto sucedía estrechaba el sitio de la ciudadela de Namur el ala derecha, á las órdenes de Valence. Habiéndose situado los austriacos en las cercanías con el fin de molestar á los sitiadores, fueron en primer lugar desalojados; y habiéndose descubierto poco despues de esto sus trincheras, tomóse por asalto el 30 de Noviembre al fuerte de Villette, que era una excelente fortificación desde donde se entorpecian las operaciones del sitio. A consecuencia de este paso rindióse á los pocos dias la ciudadela, y su guarnición, que constaba de mas de dos mil hombres, fué hecha prisionera de guerra. [1] Por aquel tiempo destituía Miranda á las autoridades austriacas que encontraba establecidas en Ruremonda, y tomaba posesion de la ciudad; y Dumouriez, por el otro extremo, despues de haber desalojado á las tropas imperiales de sus posiciones y de haber cercado á Aquisgran, se apoderaba de ella.

Entonces proyectó Dumouriez hacer una incursion en el territorio de la Holanda y sitiar á Maestricht, que es una de las principales fortalezas de aquella República; pero el consejo de ejército temiendo, y con razon, empeñarse en guerra á la vez con las Provincias Unidas y la Gran Bretaña, que en virtud de tratados se ha-

(1) Ann. R. g. 1793, 67. Th. III, 266. Jom. II, 249. Toul. III, 252, 253.

llaba en la obligacion de protegerlas, le mandó que desistiese de esta empresa; y hallándose en aquella sazón muy debilitadas sus fuerzas por enfermedades, falta de recursos, postracion, por la desercion que habia sufrido de mas de diez mil hombres que habian abandonado sus banderas durante el desenfreno militar que se siguiera á la conquista de la Bélgica y por la pérdida de seis mil caballos, resolvió poner en cuarteles de invierno á sus tropas. De consiguiente organizó á su ejército en cantones, que ocupaban una línea que se extendia desde Namur, por Aquisgran, hasta Ruremonda. El gobierno le estrechó á que continuase sus operaciones ofensivas, y á que arrojase á las fuerzas imperiales mas allá del Rin; pero el estado de aniquilamiento en que se encontraban sus tropas no le permitian hacer ya un solo movimiento, hasta que cediendo á sus vivas instancias se concedió á sus fuerzas que tomasen algunas semanas de descanso. [1]

No tardó mucho Flandes en recoger los amargos frutos que debia producir la conquista de su país por las armas republicanas. El 19 de Noviembre, la Convencion, enorgullecida por la victoria de Jemappes, promulgó el famoso decreto en que declaró que estenderia una mano fraternal y prestaria su apoyo á todo pueblo que estuviese dispuesto á hacerse libre, y que encargaba á sus generales que diesen auxilio á to-

(1) Jom. II, 250, 258, 259, 260. Th. III, 267. Ann. Reg. 1793, 69. Dum. III, 230, 233.

do aquel que se encontrase en este caso, y protegiesen á cuantos ciudadanos hubiesen sido ó fuesen vejados por adictos á la causa de la independencia. Este decreto, que equivalia á una declaracion de guerra contra todos los gobiernos establecidos, se mandó traducir y publicar en todos los idiomas. Y siguiósele otro espedito en 15 de Diciembre, que parecia espresamente ideado para perjudicar á los súbditos de las provincias conquistadas. En este célebre manifiesto, la república proclamaba, respecto de todos los países vencidos, "soberanía del pueblo supresion de todas las autoridades constituidas, de todas las contribuciones é impuestos existentes, de todos los derechos territoriales y feudales, de todas las inmunidades de nobleza y de los privilegios exclusivos de toda especie. Ofrecia á los súbditos de las demas potencias libertad, fraternidad é igualdad; invitáales á que formasen sus asambleas primarias, procediesen á la organizacion de una administracion y un gobierno provisional, y declaraba que consideraria como enemigos á todos los que declarando estos beneficios ó haciendo de ellos renuncia mostrasen alguna disposicion á conservarse adictos á su príncipe ó á cualquiera de las razas privilegiadas, los volviesen á admitir en su seno ó entrasen en convenio con ellos." [1]

Decreto de la Convencion en contra de todos los gobiernos.

Este último decreto escitó tan vehemente in-

(1) Jom. II, 264, 265. Pieces Just. núm. 8, 9.

Violentos cambios que se introducen en la Bélgica.

dignacion en la Bélgica, cuanto fué sería la inquietud que suscitó el primero en toda la estension de Europa. No se hallaban nada dispuestos los flamencos á desprenderse de sus antiguos gefes; y las simpatias del feudalismo, que habian tomado en ellos hondisimas raices, se resentieron de aquella súbita disolucion que se operaba respecto de todos los vínculos que hasta entonces se habian tenido por inviolables. Hollábanse los mas caros intereses, destruíanse los mas fuertes lazos de la naturaleza, con el hecho de anonadarse á la antigua aristocracia del país y poner nuevos cimientos para la ereccion de otra clase de gobernantes, que habian de ser el resultado del sufragio universal de los habitantes; recibiendo el edificio social tan violento choque, hallábanse en gran riesgo la propiedad de cualquier género que fuese y las mas antiguas instituciones. Estos sentimientos, que naturalmente se suscitan en todo país que se someta á tan inmenso cambio, agitarónse de una manera particular en Flandes, á causa de la poderosa influencia que ejercia en los habitantes el clero y del inmenso número de intereses y grandes propiedades que habia establecidos allí, los cuales corrian gran peligro de ser destruidos en virtud de los cambios que queria introducir la Convencion francesa. Los discursos que pronunciaban los oradores que habian propuesto la medida de que tratamos, no eran tampoco á propósito para calmar la efervescencia; pues Cambon,

motor de la resolución, habló de los Países Bajos como de una provincia conquistada, y Brissot, al apoyarla, amonestó á los belgas que la adoptasen, pues de no hacerlo así "se atraerian el anatema de la filosofía francesa." [1]

Tan luego como se hubo promulgado este decreto, viéronse inundados los Países Bajos de una turba de agentes revolucionarios, que no tenían en los labios sino libertad, patriotismo y protección, pero cuyas medidas solo tendian á la violencia, á la confiscacion y al derramamiento de sangre. Los primeros efectos que produjo el gobierno democrático de Flandes, fueron los de que se exigiese por la fuerza á sus pobladores contribuciones de gente, caballos y víveres, que se les impusiese por la autoridad militar inmensas gabelas, que se les obligase á admitir en los pagos que le hacian los desprestigiados asignados de Francia, y que se ejerciese un general despojo en sus templos. Las legiones de agentes fiscales y de cobradores de impuestos que se espacieron por el pais, no parecian tener otro empeño que el de arrebatár á aquellos desventurados habitantes hasta el último cuarto que tuviesen, y aprovecharse cuanto antes para labrar fortuna, de la efimera posesion de los distritos conquistados. A la cabeza de estos figuraban Danton, Lacroix y Carrier, hombres que profesaban el mas vehemente republicanism y que tenían la mas decidida propension que pueda darse á la rapiña; estos comunicaban su in-

(1) Jom. II, 265. Th. III, 268.

fernal energia á los agentes subalternos, y presentaban á los habitantes de Flandes una idea anticipada de la época del Terrorismo. [1]

Los tres principales caudillos de que acabamos de hacer mencion, hallábanse apoyados en su obra de estermínio por 35 comisionados, que parecian haber sido electos para tal fin por la Convencion, pero que no debian en realidad su nombramiento sino al club jacobino de Paris. Hábiaseles enviado á Flandes con el supuesto intento de que organizasen la marcha de la libertad, pero con el verdadero de que saqueasen á los miembros todos del partido de la aristocracia.

Tan luego como hubieron llegado á aquel desdichado pais, dividiéronlo en distritos, y procedió cada cual á ejercer el despojo en el pequeño dominio que le tocaba. Hízose concurrir á los aldeanos á golpe de sable y á punta de bayoneta, á las asambleas primarias que la Convencion designara, y al paso que esto se practicaba, saqueábase á las iglesias y á los castillos, vendíanse los bienes muebles de toda clase y entregábanse los productos á los comisionados franceses. Poníanse por todas partes en secuestro los bienes del clero, y al mismo tiempo, todas las propiedades valiosas, de cualquier género que fuesen, pertenecientes á seglares, se confiscaban tambien y se vendian; y con bastante frecuencia aconteció que los infelices dueños de ellas, dán-

(1) Dum. III, 277, 278. Jom. II, 265.

doseles el odioso título de aristócratas, fuesen remitidos con sus mugeres é hijos á las fortalezas de Francia para que allí se les asegurase en tanto que se hacian otros requerimientos (1).

Habiendo despertado los flamencos en vista de estas terribles calamidades, del sueño de libertad en que se engolfaran, no tardaron en desear la reposicion de su anterior gobierno, con mayor vehemencia aún que la que emplearon para derrocarlo. Las provincias de Brabante y Flandes, que tantos esfuerzos hicieron por sacudir el yugo de José II, cuando hubieron experimentado las consecuencias que se habian seguido de la conquista de su país por las armas republicanas, tomaron el mayor empeño en libertarse de la opresion que ejercian sobre ellas sus libertadores. Con tal objeto, enviaron una diputacion al emperador implorando su patrocinio y ofreciéndole que le auxiliarian con treinta mil hombres y que pondrian á su disposicion cuantiosas sumas en caso de que les prestase su apoyo [2]. Tales fueron los primeros frutos que produjeron en Europa las conquistas de los republicanos; pero no fueron los postreros. La voz libertad á todos seduce, pero solo conocen los males que acarrea, aquellos que los palpan. Fué necesario que la Europa resintiese las calamidades bajo las cuales gemia Flandes para que se llegase á desprender de aquella funesta ilusion que la hizo inclinar la cerviz para que se la aplicase el yugo.

(1) Dum. III, 278.

(2) Jom. II, 266.

En tanto que se operaban estos cambios hacia el Norte, ocurrían en las fronteras meridional y oriental sucesos de menor cuantía, pero que debían producir consecuencias de no poca importancia. Las montañas de la Saboya eran teatro de luchas meros sangrientas entre las fuerzas de la República y las tropas de Italia. El manifesto peligro que corrían los dominios del Piamonte por la circunstancia de hallarse tan inmediatos al gran foco de la accion revolucionaria, habia inducido al gobierno de la Cerdeña, desde principios de 1792, á tomar algunas medidas precautorias; y todos los Estados de Italia, sobrecojidos de temor al ver los rápidos progresos que iban haciendo los principios democráticos, habian hecho proposiciones para la formacion de una alianza por medio de la cual mutuamente se protegiesen. Era tan fuerte la agitacion en que se hallaba el Piamonte, y operábase con tanta rapidez el contagio de los principios liberales, que no tardó en patentizarse que no podía el reino libertarse de una insurreccion, sino por medio de la guerra. Los asuntos llegaron á su crisis en Setiembre de 1792, á consecuencia del rápido avance de las fuerzas imperiales por el Tirol, en los Estados de Milan. Los franceses enviaron una embajada al gobierno piamontés, proponiéndole alianza, y ofreciéndole que en el caso de que se formase, se le asegurarian sus dominios, se reprimiria á sus súbditos, y se le cederian todos los países que conquistasen al Nor-

Se declara la guerra al Piamonte. Sobre 15.

te de los Alpes, obrando en combinacion, las fuerzas de ambas naciones. Pero se mostraba tan de bulto el peligro que deb'a correr todo gobierno establecido haciendo causa comun con las tropas republicanas, que el rey de Cerdeña desechó estas proposiciones. De consiguiente, no se permitió al enviado de Francia proseguir mas allá de Alejandría, y la Convencion, luego que hubo recibido la noticia de esta resolucion,

Sibro. 15, 1792.

declaró la guerra al rey del Piemonte, é inmediatamente se dieron órdenes al general Montesquieu para que acometiese á la Saboya, donde los emisarios del partido jacobino habian sembrado ya los gérmenes de descontento contra la dinastía italiana (1).

El 21 de Setiembre entraron los republicanos inesperadamente en Saboya, y des-

Sibre. 21. Entran los franceses en Saboya.

pues de una débil resistencia, tomaron posesion de Chambery y de Montmelian, é infestaron los planios hasta la falda del monte Cenis. Las fuerzas sardas, aunque ascendian á cerca de diez mil hombres, se hallaban tan diseminadas, que era imposible reunir- las en suficiente número para hacer frente á los republicanos en el ataque repentino que emprendieran; otra prueba mas, sobre las infinitas de que se ha presentado ejemplo, de lo sumamente difícil que es defender una cordillera de montañas contra un enemigo superior y atrevido.

Poco despues se emprendieron operaciones bajo un pié mas serio sobre la comarca de Niza.

(1) Botta, I, 75, 88. Jom. II, 180.

El 1º de Octubre atravesó el Var el general Anselme á la cabeza de 9 mil hombres, y el mismo dia fondeó la escuadra francesa, que constaba de doce buques entre navios de línea y fragatas, á distancia de tiro de cañon de las murallas de Niza. Aterrado al aspecto de la superioridad de las fuerzas contrarias, el general Courten, que no contaba sino con dos mil hombres escasos á sus órdenes, y que tenia en su contra á la poblacion de la ciudad que intentaba insurreccionarse, se retiró precipitadamente hácia el Saorgio y el Col di Tende, dejando todos los planios y la costa, hasta la falda de la gran cordillera de los Alpes marítimos, en posesion de los franceses. Montalban y Villa Franca, la última de las cuales habia hecho una gloriosísima resistencia al príncipe de Contí en 1744, se rindieron á las primeras intimaciones que se les hicieron, y vino á ser Saorgio el punto militar fronterizo de las posesiones del Piamonte. (1)

Los republicanos hicieron un cruel uso de su victoria, y el premio que recibieron los vecinos de Niza y del territorio circunvecino por la buena acogida que les dieron, fué el de que se ejerciese con ellos el saqueo, el homicidio y todo género de ultrages. Cazóse como á bestias salvages á los montañeses que habitaban en los mas remotos planios, despojóseles de sus ganados, incendióse sus casas, y se abusó de sus mugeres; practicóse todo esto por aquellos á quienes

(1) Jom. II, 190, 198. Ann. Reg. 1792, 74. Bot. I, 95.

invocaran como á sus libertadores. El general Anselme publicó un bando para refrenar tales excesos, pero ningún efecto produjo, y los comisionados que nombrara la asamblea para la averiguación de los causantes de estos desórdenes, no lograron obtener resultado alguno. Poco despues dispúsose una expedición compuesta de las fuerzas de mar y tierra, que marchase contra la pequeña fortaleza de Oneglia, y habiendo hecho fuego sus vecinos sobre un esquife que con bandera parlamentaria se acercaba á las baterías, y muerto al oficial que iba encargado de la conferencia, vengóse horriblemente esta violencia de las leyes de la guerra con la completa destruccion de la plaza. [1]

Hé aquí, como en el espacio de unas cuantas semanas se vieron segregadas Niza y la Saboya de la corona de Cerdeña, á pesar de hallarse defendidas por ejércitos numerosos, de estar sus territorios á cada paso interrumpidos por fragosos é intransitables montes, y de tener por salvaguardia fortalezas que se habian tenido por inespugnables en otro tiempo. La circunstancia de haber aparecido insignificantes todos estos elementos de defensa ante las fuerzas republicanas dió origen á tristísimas reflexiones. Demostró la inutilidad de las tropas piemontesas que habian sido en tiempos atrás tan afamadas, y se tuvo un funesto presagio del resultado que daria cualquier ataque que se emprendiese sobre Italia en vista de la pusilanimidad con que se ha-

(1) Jomim II, 200, 203, 205. Botta, I, 92, 96. Ann. Reg. 1793, 74.

bian conducido los mejores de entre sus soldados. Aumentóse la consternacion general cuando se vió llegar á poco á Ginebra y Turin, en la condicion mas lamentable, á los desterrados de Francia, presentando un triste ejemplo de la repentina transicion de la posicion elevada y próspera que ocuparan, á la mas abyecta miseria. (1)

Habiendo llevado de este modo la Convencion las armas republicanas hasta las faldas de la cordillera central que separa á la Francia de la Italia, procedió á estender sus conquistas hácia las repúblicas de la Suiza. Hallabanse los cantones de aquella confederacion muy divergentes en opiniones; habia algunos que conservaban un vehemente resentimiento por la matanza cometida el 10 de Agosto en la guardia Suiza, y otros, imbuidos en los principios democráticos, estaban dispuestos á dar buena acogida á las tropas republicanas considerando que por su medio se verian libres de la dominante influencia de la aristocracia. El pais de Vaud, en particular, encontrabase en estado tal de efervescencia, que el gobierno, para sostener su autoridad, se habia visto en la precision de aplicar algunos severos castigos. Paralizada por esta discordia intestina, habia resuelto la confederacion Helvética conservarse en una neutralidad armada; pero las ambiciosas empresas de los republicanos conquistadores le impidieron mantenerse en es-

(1) Botta I, 97, 98.

ta posicion ventajosa, y tuvo al fin que entrar mal grado en la lucha general de Europa. [1]

Clavieres, ministro de relaciones exteriores en Francia, y ginebrino por nacimiento, tomó con mucho calor la defensa de los descontentos de su ciudad natal. Deseaba con empeño desplegar todo el poder que recientemente habia adquirido, para anonadar á la faccion contra la cual habia luchado mucho tiempo en aquella diminuta república. Sugirió a Servan, ministro de la guerra, que escribiese al general Montesquiou diciendole "que seria conveniente quebrantar las cadenas, que habia forjado el despotismo para tener sugetos á los ginebrinos, y consultarseles sobre si se hallaban en disposicion de reconocer los *derechos del hombre*. El general sentia una repugnancia insuperable á cometer esta nueva agresion, no solo porque le habia hecho la dieta las mas solemnes protestas de la resolucion en que estaba de conservarse en una estricta neutralidad, sino aun porque el canton de Berna habia reunido una fuerza de cerca de diez mil hombres para llevar á efecto estas protestas; y desde luego se preveia, que si se atacaba á Ginebra, recibiria la confederacion este acto como una declaracion de guerra hecha á todos los cantones. Desentendiendose de todas estas consideraciones, el gobierno frances mandó á Montesquiou que inmediatamente avanzase, y entretanto los Suizos, por su parte, enviaban á la ciudad mil ochocientos hombres como un auxilio para su

(1) Tom. II, 306, 310. Th. III, 191.

defensa. Cuando llegaron los republicanos á las inmediaciones de Ginebra, encontraronse con sus puertas cerradas, con que la habian llegado auxilios, y con una notificacion del senado de Berna, en que se protestaba que se defenderia la poblacion hasta el último trance. El estado indefenso que guardaban las ciudades fronterizas del Jura, entre la Francia y la Suiza, hacia que fuese el paso mas imprudente que pudiera darse, el de empeñar una inmediata lucha con aquellos belicosos montañeses. En vista de estas circunstancias, la via de las negociaciones pareció preferible á la de la fuerza; y despues de un breve espacio de tiempo, retiraronse los franceses de las cercanias de Ginebra, atreviendose el general Montesquiou á desobedecer abiertamente las temerarias ordenes de la Convencion, en los cuales se le habia prevenido que emprendiese el sitio de la ciudad mencionada. Celebraronse dos convenios consecutivos, en virtud de las cuales retiraron de la ciudad sus fuerzas los suizos, y los franceses las suyas de las inmediaciones. Ginebra se vió libre por aquel momento de los males de la invasion republicana, y Montesquiou tuvo la gloria de salvar á su pais de las consecuencias que le habria atraido la temeraria é injusta agresion á la cual habia dado principio. [1]

Octubre 28 y Noviembre 2.

No perdió tiempo la Convencion en consoli-

(1) Ann. Reg. 1793, 75. Tom. II, 311, 312, 313. Th. III, 119.

dar sus conquistas y hacerlas el origen de nuevas medidas revolucionarias. Formóse en Chamberiy un club jacobino que constaba de mil doscientos miembros, y establecieron sociedades, corresponsales de esta, por toda la Saboya, las cuales en breve produjeron la fiebre de la democracia en toda la estension de los Alpes marítimos, y amagaron con una completa ruina á las instituciones del Piamonte. Estableciöse en Chambery una Convencion nacional, que proclamó el 21 de Octubre, la abolicion de la monarquía, la de los diezmos, y la de las clases privilegiadas; y de todos los clubs de Saboya, enviáronse á Paris diputaciones que tuvieron la mas entusiasta acogida en el cuerpo legislativo de Francia. Por fin, el 27 de Noviembre, todo el

territorio de Saboya, quedó incorporado á la Francia, bajo la denominacion de departamento del Monte Blanco; y poco despues se absorbió al distrito de Niza la república usurpadora, dandole el titulo de departamento de los Alpes marítimos, agregandose tambien á sus dilatados dominios el estado de Monaco. [1]

No obstante los completos triunfos que la causa de la República obtenia, mostrábase la fortuna adversa á sus armas en el alto Rhin. Las fuerzas francesas que operaban hácia aquel rumbo, que ascendian, incluyendo en ellas á los ejércitos de Kellerman, Custine y Biron, á 60 mil hombres,

Operaciones en el Rhin superior.

(1) Anu. Reg. 1793, 134, 135, 140.

podieron haber descargado un fuerte golpe sobre las huestes del duque de Brunswick, que se hallaban en aquella sazón sumamente debilitadas con la separacion de la division de austriacos del mando de Clairfait, que se habia retirado á los Países Bajos para cooperar á su defensa. Pero como estos generales no operaban sus movimientos en completo acuerdo entre sí, todos fueron para ellos desastres. El plan de operaciones que se habia adoptado, era el de que Bournonville que habia sucedido á Kellerman en el mando, tomara posesion de Tréveris, y se moveria sobre Coblenz, donde debia efectuar su union con Custine, y que ambas fuerzas combinadas estrecharian á los aliados que ya se hallaban amagados por el ejército de Flandes, y los obligarian á repasar el Rhin. Semejante plan era acertado, pero no pudo en lo absoluto realizarse, por comenzar en aquella sazón el invierno, y por la falta de acuerdo entre los generales que debian cooperar á su buen éxito. [1]

El general Laroboliere á quien se habia confiado la vanguardia del ejército de Bournonville, que era fuerte de 3000 hombres y que tenía el encargo de atacar á Tréveris, recibió la orden de contramarchar, cuando habia vencido ya la mitad del camino, por temores que concibió su general en jefe; y Custine, cuya fuerza, por la baja que habia tenido con motivo de la guarnicion que habia dejado en Maguncia, quedaba reducida á 15 mil

(1) Toul. III, 105-106. Tom. II, 269, 272, 273.

hombres, manifestaba mas disposicion á saquear los palacios que en su tránsito encontraba, y á establecer clubs jacobinos en Frankfort y Maguncia, que á contiuar los movimientos militares de la campaña. Entre tanto, los prusos observando la inaccion que guardaba el ejército de Kellerman, fueron imperceptiblemente situando sus fuerzas en derredor de la division Custine, confiados en que, pues se hallaba sin auxilios y muy á vanguardia, podria hacersela prisionera antes de que pudiese destacarse fuerza alguna que la apoyase.

Este intento, merced al descuido del gefe de de las tropas francesas, estuvo á punto de lograrse. Mucho tiempo estuvo Custine sin observar que la division prusa gradualmente le iba cercando, y no echó de ver su posicion sino cuando observó que el enemigo amagaba cortarle la unica retirada que le quedaba. Entonces destacó al general Houchard á la cabeza de 3 mil hombres, quienes trabaron sin buen exito, una accion con los prusos á las inmediaciones de Limburgo; pero poco despues del ejército, llegó del Rin superior una fuerza de doce mil hombres, y esto puso á Custine en disposicion de poder tomar la ofensiva.

Entre tanto el rey de Prusia, viendose á la cabeza de una selecta fuerza de cincuenta mil hombres que se habia recobrado ya, hasta cierto punto, de las desgracias que habia sufrido, resolvió anteponerse al enemigo, y arrojarle de la márgen

Diciembae 2. Re-
pasan el Rin los
franceses.

derecha del Rin, á fin de procurar á sus tropas buenos cuarteles para que pasasen el invierno. Con tal objeto, puso á su ejército en movimiento, y dirigiendo el grueso de sus fuerzas sobre el flanco derecho de Custine, obligóle á retirarse á un campamento atrincherado que quedaba á espaldas del Nidda, dejando una guarnicion de dos mil hombres en Frankfort, en la situacion mas precaria. El rey emprendió inmediatamente un ataque repentino y brusco sobre aquella ciudad, el cual tuvo un éxito completo, pues todas las tropas de su guarnicion, á escepcion de doscientos hombres, fueron muertas ó hechas prisioneras. Custine, á consecuencia de este reves, despues de haber hecho una débil tentativa para defender las aguas del Nidda, volvió á pasar el Rin, y acantonó á sus tropas entre Bingen y Frankental, dejando una guarnicion de diez mil hombres en Maguncia, guardando aquella importante fortaleza. Los aliados, por su parte, pusieron en cuarteles de invierno á sus tropas, que tambien lo necesitaban mucho, ocupando sus cantones una línea que se estendia desde Frankfort hasta Darmstadt, y establecieron una avanzada que estuviese en continua observacion de esta ciudad fronteriza [1].

Hé aquí como terminó la campaña de 1792, período fecundo en preciosas lecciones para el militar y para el diplomático. Ya se echaba de ver por aquel tiempo, lo violenta y vigorosa que

(1) Tom. II, 282, 292. Toul. III, 116, 117. Saint Cyr. II 12, 16. Hard. II, 77, 98.

habia de ser la guerra que debia seguirse: el contagio de los principios republicanos, habia hecho obtener muchas conquistas á la Francia, pero el yugo que aquel gobierno imponia á los países conquistados, hizo perder á estos la ilusion con tanta mas celeridad cuanto que carecia totalmente de fundamento.

En muchos puntos habíase acogido á sus ejércitos como á libertadores; en ninguna parte se sintió que se marchasen como hubiera debido suceder supuesto que se les habia recibido con los brazos abiertos: la campaña, que se habia abierto bajo tan siniestros auspicios, habíase señalado por las mas brillantes vistorias en favor de los republicanos; pero palpóse que sus conquistas eran superiores á las fuerzas con que contaban para conservarlas, y notóse que á la suspension de las hostilidades, iban tomando mal aspecto por todas partes sus negocios [1]. En el Norte, el ejército de Dumouriez, que acababa de llevar á su término la conquista de Flandes, se habia entregado al mas grande desorden; batallones enteros de él habian abandonado completamente sus banderas para volverse á sus hogares, ó se habian espareido formando cuadrillas de ladrones por el territorio conquistado; los caballos y equipos se encontraban en una condicion miserable, y el ejército todo, debilitado por el desenfreno y la insubordinacion, se encaminaba con paso violento á su ruina. Las fuerzas de Bournonville y de Custine, paraliza-

[1] Tom. II, 192.

das por la desunion y la apatía de sus gefes, se hallaban en poco mejores circunstancias; y con todo, los últimos reveses que habian sufrido, habian debilitado en gran manera aquel espíritu enérgico que sus primeros triunfos habian introducido en ellas, y las tropas que se habian posesionado de Saboya y Niza, entregadas á sus propios desórdenes, sufrían las consecuencias del saqueo y la devastacion por medio de los cuales se habia atraído sobre los distritos conquistados la miseria que en ellos reinaba [1].

Pero á pesar de los sucesos que habian acaecido, echábase de ver que la guerra debia de ser mucho mayor y mas importante que cuantas la habian precedido, y que habian de seguirse de ella consecuencias de altísima cuantía. Apenas á principios de Agosto se habia comenzado la campaña, y antes de la conclusion del año habíase dejado frustrada la mas temible invasion que jamas hubiese amagado la existencia de la Francia, y se habian hecho conquistas mayores que las que en ningun tiempo consumaran sus monarcas. Flandes, que habia sido el teatro de tan sostenidas contiendas bajo el reinado de Luis XIV, se habia rendido á las armas republicanas en poco mas de quince días; los dominios transalpinos de la casa de Saboya habian sido segregados del trono de Cerdeña, y la gran ciudad fronteriza de Alemania habia sido arrebatada á aquel imperio, casi á vista de las fuerzas del emperador y del rey. Agreguemos que se habia

[1] Tom. II, 292, 317. Dum. III, 230.

operado todo esto mediando las mayores posibles desventajas; los ejércitos franceses se habian puesto en campaña en un estado de insubordinacion completa; durante sus primeros esfuerzos, no tuvieron sino vergonzosos descabros; hallábase desgarrado el reino por domesticas disensiones; una parte considerable de su nobleza figuraba en las filas de los invasores, y pocos habia entre sus generales que conociesen la carrera de las armas ó se encontrasen en la posibilidad de competir con la consumada táctica del enemigo.

Pero para contrapesar todas estas graves desventajas, poseian los franceses elementos que se habian desconocido hasta entonces en las guerras modernas, y estos eran la energía del esfuerzo republicano y el vigor que presta la ambicion democrática. En breve demostró la experiencia, que estos principios eran mas poderosos que ninguno de los que hasta entonces hubiesen puesto en accion los hombres, y que la fuerza que comunicaban, solo se podria equiparar con el desarrollo de pasiones igualmente fuertes y de afectos que fuesen susceptibles de adquirir la propia generalidad. Triunfaron los franceses, mientras lidiaron contra reyes y ejércitos; pero sucumbieron cuando su tirania escitó la indignacion, y despertaron sus invasiones el patriotismo de los pueblos.

Pero no se presentó *inmediatamente* este poderoso contrapeso; todavía se vieron en esta guerra memorable, ejemplos que pueden servir de

útiles lecciones á los políticos, para conducir en lo futuro á la especie humana.

1. La primera consecuencia que se presenta, es la de la absoluta necesidad, al atacar á un pais insurreccionado, de operar con vigor desde el principio, sin dar lugar á que los primeros triunfos de la democracia transformen en ambicion militar su energía. Estos dos principios guardan entre sí una relacion íntima; conviértese el uno con la mayor celeridad en el otro; pero en los primeros momentos son absolutamente distintos. Cuando un pais insurreccionado ha llegado á obtener un triunfo, por pequeño que sea, vuelvese el mas terrible de los contrarios; antes de haber obtenido uno solo, es generalmente muy fácil vencerle. No hay ejército que se pueda encontrar en peor estado, que el que guardaban los de Francia á la apertura de la campaña de 1792; y esto consistia en que el desenfreno que á toda revolucion es consiguiente, habia disuelto los vínculos de la disciplina; ninguno puede haber mas formidable de lo que se ostentaron las mismas fuerzas en Arcola, porque las victorias que ya habian obtenido antes, habian convertido la vehemencia política en ardientes deseos de conquista. Cuando se ataque á una nacion insurreccionada, el único plan acertado y verdaderamente espeditivo que se pueda seguir, es el de presentarla desde el principio una respetable fuerza, y de ninguna manera, dar lugar á que un triunfo, por efimero que parezca, haga cobrar valor al pueblo. Los gobiernos austriaco y prus-

so tuvieron que lamentar amargamente el miserable aparato militar que desplegaron al dar principio á las hostilidades. Facilmente pudieron haber empleado cien mil hombres en la invasion de la Champaña, haber hecho al mismo tiempo avanzar á 60 mil por la Alsacia, y otros tantos por los Países Bajos. Dos monarquias militares que podian disponer entre ambas de una fuerza de mas de cuatrocientos mil hombres, eran ciertamente capaces de haber hecho semejante impulso para terminar la guerra en solo una campaña. [1] ¡Que multitud de males hubieran evitado si hubiesen hecho desde el principio tal esfuerzo! ¡habrian evitado el establecimiento de la concricion en Francia, la campaña de Moscow, la derrota sufrida en Leipsick la sangre de millones de hombres, y el desembolso de tesoros para cuya acumulacion se necesitarian siglos enteros!

II Si los aliados se hubiesen sabido aprovechar de las ventajas que obtuvieron desde que rompieron las hostilidades, habria quedado sin disputa sofocada la revolucion desde la primera campaña. Con que hubiesen empleado una poca mas de actividad en su avance á la selva de Argona, habrian impedido que los franceses ocupasen, con su inesperta fuerza, sus asperas gargantas, y habrianles obligado á abandonar la capital ó á combatir en los planios de la Champaña, donde no habrian podido resistir el choque de la caballeria prusa; con que se hubiese des-

(1) Jom. I, 375, 386.

plegado un poco mas de vigor en la persecucion de la columna que se retiraba de Grandpré á Santa Menehulda, habriase puesto en dispersion á todo el ejército, y se habria convertido en terror la pasión á la independenciam. Mil quinientos húsares prusos bastaron en aquellos momentos para derrotar á diez mil hombres de las mejores tropas de Francia; los destinos de Europa se hallaban en aquella sazon pendientes de un hilo; si el duque de Brunswick hubiese acometido al ejército, cuando marchaba en retirada, con una fuerza considerable, habríalo disuelto, y se habria terminado la revolucion.

III La ocupacion, por Dumouriez, de los desfiladeros de la selva de Argona, ha dado origen á grandes elogios por parte de los escritores militares; pero puso á la Francia á un paso de su ruina, por el peligro que corrió su ejército cuando tuvo despues que retirarse á Santa Menehulda. Una autoridad muy respetable como lo es el mariscal de Saint Cyr, ha censurado el enunciado movimiento, diciendo que fué tan arriesgado como innecesario, porque quedando divididas las fuerzas francesas al frente de un enemigo superior, esponianse al riesgo de ser atacadas y destrozadas en detall. [1]

Sin duda que la imposibilidad en que se vió Dumouriez de defender las gargantas de aquella selva, presenta un ejemplo mas, sobre los muy numerosos que existen, de lo impracticable que es defender cualquiera estension de terreno

(1) Saint Cyr, Mem. I, 64 y sig.

escarpado, cuando se tiene al frente á un enemigo superior y atrevido. Consiste esto en que la fuerza que defiende, tiene que estar necesariamente dividida para guardar los distintos puntos accesibles; y como la que ataca, puede elegir la parte sobre la cual mas le convenga dar el asalto, resulta que cargando con un considerable número de sus tropas, obliga á las primeras á abandonar toda su línea. Hé aquí precisamente lo que hicieron, Napoleon en los Alpes marítimos, Soult en los Pirineos y Diesbitsch en el Balkan. El único ejemplo que haya habido de haberse sostenido una posicion en los términos que dejamos dicho, fué el que presentó Wellington en Torres Vedras, pero tampoco defendía una serie de montañas, sino mas bien un inmenso campo atrincherado, que estaba perfectamente fortificado en todas sus partes. Es inquestionable que si Dumouriez hubiese tenido reunidas sus fuerzas, jamas habrian estado expuestas al eminente riesgo que corrieron al retirarse en columnas aisladas de Grandpré al campamento de retaguardia; movimiento que si se hubiese practicado al frente de un enemigo audaz, habria sido funesto á la Francia. Si en lugar del duque de Brunswick, se hubiese hallado Napoleon á la cabeza de tan superior fuerza, habria penetrado sin pérdida de instantes á los demas desfiladeros de la selva de Argona, y compelido á Dumouriez á rendirse en su mismo inespugnable campo.

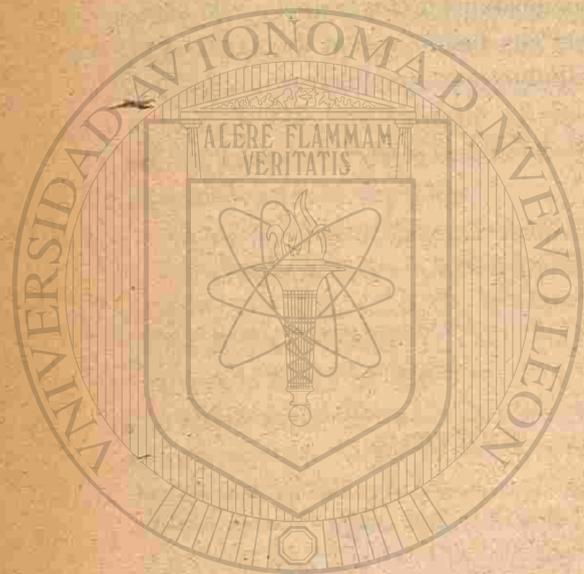
IV. La miserable condicion en que se halla-

ban los ejércitos franceses á la apertura de la campaña, y las vergonzosas derrotas que sufrieron, presentan una prueba palpable del peligro extremo que corre la independencía nacional, cuando tiene por defensores á soldados que han tomado parte en las discusiones civiles, y olvidado por atraerse el efimero aplauso de la muchedumbre, la obediencia y lealtad que constituyen la mas relevante de las virtudes militares. El motin de las guardias francesas y la irresolucion que mostró el ejército bajo la autoridad de Luis XVI, pusieron la independencía de la nacion á un paso de su ruina. La insubordinacion, los tumultos y la falta de disciplina que son las necesarias consecuencias de toda insurreccion, estinguen el heroismo militar completamente; hasta que no desaparecen estos vicios, no tiene una nacion quien la defienda de sus enemigos. No se fien las generaciones futuras en que volverán á encontrarse con el ingenio de Dumouriez ó la timidez del duque de Brunswick; si el general frances hubiese estado á la cabeza de los invasores, y el pruso al frente de las tropas que tenian á su cargo la defensa del pais, ¿qué seria hoy del nombre ó de la independencía de la Francia? La tirania doméstica y la dominacion estrajera son las consecuencias que inevitablemente se siguen de que llegue á sufrir quebranto tal la disciplina del ejército. La Francia tuvo que lamentarse amargamente de ambas, por haber aplaudido la sedicion de aquellos á quienes estaba cometida su defensa. La épo-

ca del Terrorismo, el despotismo de Napoleón y la toma de París, emanaron directamente de las circunstancias enunciadas. El ejército francés conservó siempre su honor sin mancha, y mantuvo á la capital en una virginal pureza apesar de los muchos peligros que corriera la monarquía en épocas diversas; pero no pudo sostener al uno ni á la otra, durante la anarquía que se siguió, cuando se desentendió de sus deberes, al establecerse la república.

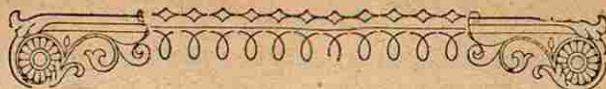
En suma, el glorioso resultado que obtuvo el pueblo francés en virtud de los nobles esfuerzos que hizo para sostener su independencia, cuando la sedición debilitó á sus verdaderos defensores, presenta un ejemplo á los patriotas de los siglos futuros, para que aprendan á no desalentarse jamas, aun cuando se encuentren en el mayor conflicto á que pueda llevarles una suerte adversa. No puede haber situacion mas desesperada que aquella en que estaba la Francia despues de la toma de Longwy, supuesto que tenia á su capital insurreccionada, en disension al pueblo; que se hallaba traspasada hasta el corazon por fuerzas invasoras, y que se encontraba destituida de generales de pericia y de tropas disciplinadas. Y sin embargo, libertóse la Francia de tan graves males, por medio de la energía de su gobierno y del heroismo de sus pobladores. Del peligro extremo que estaba corriendo en Grandpré, pasó con increíble prontitud á la seguridad y al triunfo, á las glorias mayores que las que obtuvo Francisco I, á con-

quistas mas rápidas que las de Luis XIV: notable ejemplo que hará ver á las generaciones venideras todo lo que se puede alcanzar con la energía y el patriotismo, y los premios que obtienen los que desdeñando los golpes de la suerte, se adhieren con teson, apesar de las vicisitudes, al cumplimiento de sus deberes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPITULO IX.

REPUBLICA FRANCESA.—DESDE LA DECAPITACION DEL
REY HASTA LA CAIDA DE LOS GIRONDINOS.

SUMARIO.

Dolor y consternacion general que se difunden con motivo de la muerte de Luis.—Ocasiona la irreparable ruina de los Girondinos.—Retírase Roland del ministerio del Interior y succédele Garat.—Guerra con la Gran Bretaña, la España y la Holanda.—Prodigioso efecto que produce este acontecimiento.—Su efecto perjudicial á la causa del partido del rey y de la constitucion.—Plan que adoptan los jacobinos para resistir á los aliados.—Ereccion del tribunal revolucionario.—Grande miseria en Paris.—Peticiones que dirige el pueblo para que se establezca una ley de Maximun.—Diseños de Dumouriez.—Se resuelve á restablecer la monarquía.—Frústrase su proyecto y huye.—Contiendas entre Girondinos y Jacobinos.—Traman los Jacobinos una conspiracion, y se les malogra.—Estalla la guerra en la Vanda.—Medidas vigorosas de la Convencion.—Es denunciado Dumouriez, y se nombran los miembros para la comision de salvacion pública.—Los Girondinos y el centro envian á Marat al tribunal revolucionario.—Violenta agitacion que se suscita para impedirlo.—Queda absuelto.—Enérgica proposicion de Guadet.—Insurreccion general contra los Girondinos y la Convencion.—Desespera da lucha en la asamblea.—Dictámen de Garat, declarando á Pa ri

en Estado de tranquilidad.—Repítase la insurrección el 31 de Mayo.—Inmensa fuerza que se organiza en los suburbios.—Rodean á la Convención y la asaltan.—Vehemente debate que se sostiene en su recinto.—Intentan los diputados evacuar la cámara, pero los repelen hácia adentro las turbas armadas del pueblo.—Los treinta caudillos de la Gironda son entregados y se les arresta.—Muchos se fugan á las provincias.—Se les juzga y sentencia.—Su heroica muerte.—Juicio de Madama Roland y su muerte.—Noble conducta que despliega.—Muerte de Mr. Roland.—Reflexiones sobre la caída de los Girondinos.

Con la muerte de Luis consumóse la destrucción de la monarquía francesa. Con este hecho habia llegado la Revolucion al primer escalon de las convulsiones de esta clase. Habiendo emanado de principios que se apoyaban en la filantropía, debiendo un fuerte apoyo al liberalismo de la aristocracia y su existencia á la descendencia del trono, fué destruyendo sucesivamente á todas las clases que la sostuvieran. El clero fué el primero que figurara bajo sus pendones, y fué el primero al cual esterminase; despues sometieronse á correr su suerte los nobles, y fueron los que en seguida padecieron; propúsose el monarca hacer bienes sin límites á sus súbditos, accedió á todas las peticiones de los corifeos de la Revolucion, y en cambio se le envió al cadalso. Quedaba por verse cuál seria el fin de los que habian vencido en la lucha; faltaba ver si sus enormes crímenes no tendrian castigo, y si las leyes de la naturaleza dejarían á la perversidad en la misma impunidad que los tribunales humanos.

“¿Quid in rebus civilibus, dice Bacon, maxime prodest? Audacia. ¿Quid secundum? Audacia. ¿Quid tertium? Audacia. In promptu ratio est; inest enim naturæ humanæ, plerumque plus stulti quam sapientis, unde et facultates ex quibus capitur pars illa in animis mortalium stulta, sunt omnium potentissimæ. Attamen utcumque ignorantie et sordidi ingenii proles est audacia, nihilominus fascinat et captivos ducit eos qui vel iudicio infirmiores sunt, vel animo timidiores; talis autem est hominum pars maxima.” “Le canon que vous entendez, decia Danton en la barra de la asamblea, n’est pas le canon d’alarme; c’est le pas de charge sur nos ennemis. Pour les vaincre, pour les atterrir, que feut il? De l’audace! encore de l’audace! toujours de l’audace!” [Esos cañonazos que ois no se disparan en lugar de alarma, es el paso de ataque sobre nuestros enemigos. ¿Qué es lo que se necesita para vencerlos, para aterrarlos? ¿Audacia, mas audacia y siempre audacia!] No deja de ser coincidencia notable la de que una gran perspicacia filosófica hubiese inspirado al sabio del siglo XVI, no solo las mismas ideas, sino aun las propias palabras que sugirieron al terrible demagogo del siglo XVIII las tormentas revolucionarias (1).

Jamas se mostró tan á las claras la exactitud de las memorables palabras que dejamos citadas como en Francia durante los progresos de la Revolucion. La nobleza, el prestigio, el talento

(1) Bacon X, 32. Mig. I, 204. Th. III, 272.

y el patriotismo abandonaron el campo de batalla ó perecieron en la lucha; la intrépida ambicion y la turbulenta audacia triunfaron de todos sus contrarios. Los Girondinos sostenian que la fuerza de la razon y la fuerza del pueblo eran una cosa misma, y se lisongeaban de que por medio de su sola elocuencia refrenarian á la Revolucion cuando se llegasen á hacer temibles sus excesos; vivieron para palpar que eran absolutamente incapaces de luchar contra la vehemencia del pueblo y fueron víctimas al fin de la tormenta que escitaran.

La máxima de "Vox populi vox Dei," es solo exacta cuando se hace entender con ella el resultado de la reflexion de los hombres en época, tranquilas, cuando han pasado las de agitacion y la razon ha vuelto á tomar todo su dominio; pero es tal el imperio de las pasiones en momentos de efervescencia, que entones seria mucho mas exacto decir que la voz del pueblo es la de los demonios que lo dirigen. No corre á una muerte mas cierta un corcel desbocado por el terror, como se lanza el populacho á su perdicion aguijado por la ambicion revolucionaria. Hé aquí la ley que ha establecido la naturaleza para el lento pero infalible castigo de los ambiciosos. Sobre cada faccion de las que sucesivamente se van posesionando del poder, levántase otra mas audaz que ella misma para que la sirva de azote, hasta que todas las clases que estan complicadas en el crimen, han ido recibiendo su castigo, y la nacion, vestida del peni-

tente saco y cubierta de ceniza, no haya espionado sus culpas.

La muerte de Luis hizo percibir á una multitud de ciudadanos, cuando ya era

Consternacion que se esparció por todas partes á consecuencia de la muerte de Luis.

demasiado tarde, el peligro que se corria con que el pueblo se apoderase de la suprema autoridad. Apenas

hubo caido en un patíbulo su cabeza, cuando se hizo visible el dolor público. Los desalmados á quienes se pagara para que prorumpiesen en exclamaciones de triunfo, no pudieron arrojar un grito á presencia de los espectadores. Maldecíase generalmente el nombre de Santerre. "El rey iba á apelar á nosotros, decian los individuos del pueblo, y le habriamos salvado." Muchos hubo que mojaron en la sangre de la víctima sus pañuelos; y unos cuantos de los concurrentes que aun conservaban algunos sentimientos religiosos, recogieron fragmentos de su cabello con la mayor veneracion, y pusieronlos al lado de reliquias de santos. Los guardias nacionales se retiraron silenciosos y abatidos á sus hogares; y arrojando á un lado sus armas, dieron rienda suelta en el seno de sus familias, á sentimientos que no se habian atrevido á demostrar en público. "¡Ay! ¡Si hubiera yo podido contar con seguridad con mis camaradas!" era lo que generalmente decian. Hé aquí el funesto efecto que producen las disensiones intestinas; la desconfianza mútua que reina, no permite obrar á los buenos, y se ele-

ván los malos, porque se teme su notoria audacia [1].

A las diez y media ya habia sido decapitado Luis, y sin embargo las tiendas estuvieron cerradas todo el día, y las calles desiertas. No parecia Paris sino una ciudad que hubiese despojado un terremoto. No se veian sino algunos grupos de asesinos entonando cantares revolucionarios, los mismos que habian servido de preludio á las matanzas de Setiembre. Sus voces, repetidas en eco por las silenciosas paredes, llegaron á la cárcel del Temple, y fueron las primeras que llevaron la noticia á la real familia, de la muerte del soberano. La reina y su huérfano infante cayeron de rodillas, y rogaron al Eterno que les permitiese reunirse en breve al martir en las regiones del Empíreo. [2]

La muerte del monarca, no solo engendró entre los partidos un encono irreconciliable, sino que aun debilitó el influjo de que gozaban los girondinos para con el pueblo. Acusabanles incesantemente los jacobinos de que habian hecho esfuerzos por salvar al tirano; aquellos no podian negar haber abrigado tan noble designio, el cual constituia un imperdonable delito en el sentir del partido democrático. Acusabanles tambien de tener aversion al pueblo porque reprobaban sus excesos; de que eran cómplices del tirano porque habian intentado

(1) Lac. X, 256. Th. IV, 2.

(2) Lac. X, 257.

salvar su vida; de que eran traidores á la República porque recomendaban que se usase de moderacion para con los enemigos de ella. Temiendo que se hiciese palpable la monstruosidad de semejantes inculpaciones, si volvía á enseñorearse la razon del ánimo del público, continuaron los jacobinos adoptando cuantas medidas podian influir en que se conservase en su anterior efervescencia. Infundir terror á los contrarios de la revolucion; mantener en un mismo ser á la vehemencia revolucionaria, mostrandola el peligro é impeliendola al frenesí de las insurrecciones; hacer ver que la salvacion de la República unicamente dependia de sus esfuerzos, y electrizar á los departamentos por medio de las sociedades subalternas, tal era el sistema que con todo empeño seguian, hasta que esterminaron á todos sus contrarios. [1]

A consecuencia de la muerte del diputado Lepelletier Saint Fargeau, á quien asesiné por haber votado por la muerte del rey un antiguo miembro de la guardia de corps llamado Paris, operóse una fusion temporal de partidos. La condicion que medió para esta union, fue la de que se despidiese al recto é intrepido Roland, del ministerio del interior. Reemplazole Garat, hombre de bella índole pero destituido de firmeza, y nada apto para la época delicada en que comenzó á ejercer sus funciones. Con la depo-

Se despidió á Roland del ministerio.

(1) Mignet I, 242. Th. IV, 2, 3.

sición de Roland perdió el partido girondino el único fuerte apoyo con que contaba. [1]

Los jacobinos dudaron hasta el postrer momento de que tuviese buen éxito su ataque dirigido al rey. La misma magnitud de esta tentativa y la enormidad misma del crimen, asustaba á aquellos hombres sanguinarios; de suerte que fué tanto mayor su júbilo cuanto era inesperado el triunfo. Los girondinos, por su parte, lloraron á la ilustre víctima, y sobrecogidos de terror al contemplar la horrible victoria que habian obtenido sus contrarios, consideraron el martirio de Luis como preludio de dilatadas y sangrientas contiendas, y como el primer paso que se diese hácia el implacable sistema que se siguió en breve. Habian abandonado á Luis á su suerte, para demostrar que no eran realistas; pero no hubo en toda la república quien no echase de ver que tal conducta no era sino una vergonzosa flaqueza. Todos conocieron que la necesidad, y no sus sentimientos, les hacia manejarse de aquel modo; que el miedo se habia sobrepuesto á sus resoluciones, y que la medida de apelacion al pueblo que propusieran, tenia por objeto atraer sobre otros un peligro al cual temian esponerse ellos mismos. De este modo se enagenaron la confianza de todos los partidos; la de los realistas, porque fueron los primeros motores de la sedición que causó el destronamiento del monarca; la de los jacobinos, porque no sostuvieron

(1) Lac. Pr. Hist. II, 50. Mignet, I, 243, 244. Toul. III, 235. Th. IV, 3.

su sentencia á muerte. Roland, completamente desalentado, no por el riesgo que pudiese correr su individuo, sino porque no veia posibilidad de contener los progresos del mal, tuvo á gran fortuna descender de la peligrosa altura en que se hallaba, á la tranquilidad de la vida privada. (1)

Todos los partidos se equivocaron en los efectos que juzgaron produciria la muerte del monarca. Los girondinos, que por medio de sus criminales declamaciones escitaron la efervescencia que le hizo caminar al cadalso, se figuraron que recobrarian su ascendiente para con el populacho, cooperando á este gran sacrificio, y que obtenido que lo hubiesen, harian que preferiese la turba sus consejos moderados y conservadores, á los feroces designios de sus temibles rivales los jacobinos; pero en breve se desengañaron á su costa, de que semejante acto de infamia, como sucede ordinariamente con toda accion inicua, les puso en un estado peor todavia que el que antes guardaban. Los orleanistas perdieron, á consecuencia de este terrible acontecimiento, la poca consideracion que aun poseian; y Felipe *Igualdad*, que se habia lisongeadado de que contribuyendo á él, se aseguraria la corona de Francia para sí propio y sus descendientes, no tardó en sucumbir al impulso de las vigorosas y frenéticas facciones que posteriormente se disputaron la direccion de los negocios públicos. Los jacobinos esperaban, con mas fundamento que los demas, que quedando destruido el trono,

(1) Th. IV, 2, 3. Buzot, 10, 13.

serian dueños del poder por mucho tiempo; sin embargo, apenas gozaron de él diez y ocho meses. La Francia, cansada de la tiranía que ejercieron, se entregó, para que la libertase de sus horrores, no en las débiles manos de un benigno monarca, sino á la potente garra de un guerrero inflexible. Tal es la marcha de las revoluciones: jamas retroceden cuando los caudillos que las dirigen, obtienen un ascendiente irresistible, pero se precipitan, de igual modo que los hombres cuando marchan por la senda del crimen, de uno en otro exceso, hasta que el mismo extremo del mal vuelve la primacía á los que deben ejercerla, y espele de la sociedad el mortal veneno de la democracia. [1]

Los girondinos hicieron todos los posibles esfuerzos para impedir que se retirase Roland del ministerio del interior, pero todos fueron en vano. Ni aun la influencia que ejercian en él las grandes prendas tanto físicas como morales de que estaba dotada su consorte, le pudieron hacer conservar en el puesto. Declaró que prefería la muerte á los tormentos que se veía obligado á sufrir diariamente. Su ausencia del ministerio afligió en sumo grado á los miembros de su partido, por que palparon la imposibilidad en que estarían de suplir en manera alguna su falta; habian llegado los momentos en que de bulto percibiesen todo el mal que habian de producir sus medidas, tanto para su patria como

(1) Hist. de la Convenc. II, 152, 115, 116.

para ellos mismos, pero no era ya tiempo de que pudiesen remediarlos. [1]

En aquella época ocurrieron en el exterior algunos acontecimientos de una importancia extraordinaria, que aceleraron la destruccion de este célebre partido, y precipitaron el entronizamiento del terrorismo.

El primero de estos fué el paso que dió la Inglaterra sobre unirse á la liga que formaran contra la República los soberanos europeos. La decapitacion del rey, como Vergniaud lo habia predicho, hizo desaparecer completamente la especie de neutralidad en que se habian conservado las potencias rivales. Chauvelin, embajador de Francia en Londres, recibió orden del gobierno inglés para que inmediatamente saliese de aquella capital, y á los pocos dias de esta medida, promulgó la Convencion su declaracion de guerra contra la Gran Bretaña, la España y la Holanda; contra la Inglaterra, porque antes la declaró esta potencia con el hecho de haber despedido al embajador francés; contra la Holanda, porque estaba dominada por el influjo de la primera, y contra la España, porque se la consideraba como una solapada contraria. Siguióse á estas declaraciones la orden para que se pudiese sobre las armas una fuerza de 300 mil hombres. [2]

(1) Hist. de la Conv. II, 153.

(2) Lac. Pr., Hist. I, 51. Mig. I. 248. Th. IV, 13, 14.

Asombroso fué el efecto que produjeron estas medidas en toda la estension de la Francia. “Os tributamos las gracias por que nos habeis puesto en la *necesidad de vencer*,” dijo uno de los ejércitos á la Convencion en respuesta á la comunicacion en que se le diera aviso de la muerte del rey y de la declaracion de la guerra; y estos sentimientos á decir verdad, eran unísonos en los ejércitos, y generales entre el pueblo. El orgullo nacional que ha sido en todas épocas tan vehemente en los franceses, conmovióse en aquella sazón hasta el exceso; el partido jacobino cesó de presentar en Paris el aspecto de una sanguinaria faccion que solo ansiaba por posesionarse del poder, y apareció como una sociedad de patriotas que luchaba con intrepidez por salvar la independencia de la nacion; cualquiera resistencia que se opusiese á sus prescripciones, reputábase por traicion á la República en los momentos de peligro. Prestábanse con gusto cuantos auxilios se solicitaban, en vista de la inmensa calamidad que amenazaba; todos tenían en poco la pérdida de sus bienes ó el abandono de sus giros; los ánimos marciales solo veían un sendero abierto, y este era el del honor; solo conocían un deber los buenos, el de la obediencia; y hasta la sangre que corrió á torrentes en el cadalso, se consideró como un sacrificio que se debía justamente tributar al genio del patriotismo, para aplacar la indignacion que le inspiraba la defeccion de algunos de sus sectarios. [1]

(1) Toul. III, 236, 237. Th. IV, 4, 5.

Los partidos realista, constitucional y moderado, no pudieron ya separar la causa de la patria de la de los jacobinos, que eran en aquella sazón los que presidieron á sus destinos.

El pueblo, que siempre sigue sus instintos, y que aunque no puede las mas veces formar un juicio exacto de las cosas, se declara generalmente por la causa de la virtud cuando no le guían hombres perversos, consideraba constantemente á los miembros de los enunciados partidos, como enemigos de la República; á los realistas, porque combatían sus cofrades en las filas de los aliados y lidiaban en la Vendée contra el régimen republicano; á los que sostenían la constitucion, porque se hallaban en relacion con los enemigos del estado, y solicitaban el apoyo de fuerzas extrañas para restablecer el equilibrio, entre las facciones intestinas; y á los moderados por que levantaban su voz contra la tiranía doméstica, y procuraban impedir que el brazo del poder derramase sangre humana.

El partido que en la opinion del pueblo se muestra indiferente á la suerte de la nacion en los momentos de peligro, jamás podrá, mientras aquella generacion subsista, volver á hacerse de su influjo; y la resistencia que opone á las medidas que dicta la faccion dominante en el período de la enunciada crisis, justifica el concepto que de él se forma. Por una coincidencia singular, pero que emanaba de un mismo principio, la oposicion que se hacia en aquel tiempo, tanto



en Francia como en Inglaterra, perdió el prestigio que ejercía para con la nación por la propia causa: perdiéronlo los realistas franceses, porque se les acusaba de que hacían causa común con las potencias extranjeras contra la integridad de la Francia; y perdiéronlo los whigs en Inglaterra, porque se les echaba en cara que veían con indiferencia la gloria de la nación, en la lucha que debía emprender contra la ambición del continente [1].

Los caudillos de la facción que dominaba en Francia, bien echaron de ver el peligro á que los esponía el ataque de coalición tan formidable; pero habíase hecho imposible dar paso alguno en retroceso. En virtud de la decapitación de Luis, habían acabado de romper con todos los gobiernos establecidos. La insurrección del 10 de Agosto, las matanzas perpetradas en las cárceles, y la muerte del rey, habían escitado la mayor indignación en toda la aristocracia de Europa, y entibiado extraordinariamente el entusiasmo que en favor de la Revolución había manifestado en todas partes la clase media. Las potencias de Europa habían cesado de menospreciar á los Jacobinos, y los temían; y el terror impele á hacer esfuerzos mas enérgicos que el desprecio. Pero los caudillos republicanos de París no perdieron la esperanza de salvar la causa de la democracia. La extraordinaria agitación que se notaba en toda la estension de la

(1) Lac. III, 237. Mig. I. 248.

Francia, les hacía con fundamento concebir la idea de que podían lograr levantar en masa á toda la parte masculina de la población en su defensa, y que de este modo llegarían á presentar en campaña una masa armada mucho mayor que la que pudiesen reunir los aliados para dominarlos. Los inmensos desembolsos que tendrían que hacer, era para ellos una consideración muy secundaria. Los bienes de los emigrados les presentaban un fondo que excedía con mucho al importe de la deuda pública, y que se hacía á cada paso mas y mas crecido; y la ilimitada expedición que hacían de asignados, fuera cual fuese el descuento con el cual circulasen, les prestaba la posibilidad de proveer abundantemente las arcas, y de cubrir las necesidades del día y las que pudiese haber en lo futuro (1).

La dificultad de procurar el sustento al pueblo y la total paralización del comercio, consecuencias inevitables de las convulsiones intestinas, aumentáronse hasta un grado muy alarmante durante los meses de Febrero y Marzo de 1793. El temor del saqueo, la repugnancia que tenían los labradores á vender sus frutos en cambio del desacreditado papel moneda, deserción que era la necesaria consecuencia de la incesante emisión de asignados, hicieron inútiles cuantos esfuerzos impendía el gobierno para cubrir las necesidades públicas. Al mismo tiempo, subieron á precio tan alto los renglones todos de consumo, que comenzó á prorrumpir en vehe-

(1) Th. IV, 16, 18.

mentes quejas el pueblo. El precio no solo del pan sino aun de la azúcar, del café, de las velas y del jabon, habia llegado á mas del doble desde que la Revolucion estallara. Hiciéronse sin interrupcion; acerca de este particular, innumerables peticiones en la barra de la asamblea. Los mas turbulentos de entre los jacobinos, encontraron muy pronto el remedio, y este consistia en fijar un maximum al precio de cada renglon, imponer á los ricos una contribucion forzosa, y ahorrar á todos los que vendiesen sus efectos á precio mayor que el establecido por la ley. En vano Thuriot y los miembros mas moralizados del partido levantaron la voz contra estas medidas extremas; aturdióseles á gritos contra la *aristocracia mercantil* y sofocaron sus declamaciones por medio de silbidos que les lanzaban los concurrentes de las galerías; y hasta la Montaña percibió que si persistia en contrariar las enunciadas providencias, se veria en breve tan desprestigiada como lo estaban ya los girondinos. En aquella sazón declaró el pueblo que los caudillos que habia elegido, eran tan malos como los antiguos nobles. Acaso el error mas grave y perjudicial en que pueda incurrirse durante las convulsiones de este género, es la de creerse ordinariamente, que eligiéndose gobernantes de entre la clase á que pertenecer los electores, encontraran las clases menesterosas en aquellos, hombres que con mas facilidad simpaticen con su miseria, que si los fuesen á tomar de entre corporaciones mas elevadas; opi-

ción natural pero nociva, cuya falsedad demuestra de un extremo á otro la historia, y que igualmente justifica el proverbio popular que dice: que el que quiera ver á un ruin, que le dé un cargo [1].

La suma dificultad que se pulsó en proveer al sustento público, puso al fin al pueblo en un estado verdaderamente frenético. Agolpóse una desenfrenada turba al salon de juntas de los jacobinos, y amenazólos en los propios términos en que con tanta frecuencia acostumbraban amenazar á la asamblea semejantes reuniones. El objeto de aquel tumulto era el de compeler á los jacobinos á que solicitasen de la Convencion una ley de maximum; pero estos se negaron á solicitarla. Inmediatamente oyéronse los gritos de: "Mueran los monopolistas; mueran los ricos," y se vieron tratados los jacobinos de igual modo que trataran ellos mismos á la Convencion.

En la mañana del dia siguiente, levantó Marat la voz por medio de su periodico en contra de los que denominaba "monopolistas, mercaderes del lujo, promotores del fraude, ex-nobles" y dijo: "en cualquier pais donde no fuesen los derechos del pueblo un vano título, saquearianse unas cuantas tiendas, colgariase á las puertas de ellas á sus monopolistas dueños, y de este modo se cortaria un mal que reduce á la desesperacion á cinco millones de individuos, y que diariamente hace morir de hambre á miles de ellos. ¿Hasta cuando aprenderán á conducirse

(1) Th. IV, 36, 41. Hist. de la Conv. II, 164.
Tom. II. 23

los representantes del pueblo, y cesarán de limitarse á pronunciar estériles discursos sobre males cuyo remedio no conocen"? [1]

Alentado por semejantes exhortaciones, no tardó el populacho en hacerse justicia por sí propio. A poco formóse una reunión del pueblo, y saqueó cierto número de tiendas de las calles de la Vieille Monnaie [Antigua Moneda], de Cinq Diamans [los Cinco Diamantes] y de Lombardo, [Lombardos]. Hecho esto persistió en que habian de valer todos los objetos de comercio la mitad de lo que en aquella sazón valian, y habiéndose apoderado á este precio de una considerable porción de efectos, atrajeron una ruinosa pérdida á sus dueños. Pero cansóse en breve de pagar por lo que tomaba, y vaciaronse completamente las tiendas, sin que se retribuiese en manera alguna á sus dueños. [2]

Llenáronse de consternación todas las corporaciones públicas, al contemplar estos desordenes. Los tenderos, en particular, que habian hecho tantos esfuerzos en favor de la revolución desde los momentos en que estallara, afligiéronse sobre manera al ver que iba invadiendo sus propios umbrales la anarquía. Los girondinos, que en su mayoría representaban á las ciudades mercantiles de la Francia, procuraron evitar el mal que atraeria cualquiera medida que se tomase para imponer á los precios un *maximun*; pero

(1) Journal de la Republique, [Diario de la República] de 25 de Febrero 1796. Th. IV. 43, 44.

(2) Th. IV, 46.

apenas hubieron intentado sostener sus principios, cuando les acometió por todas partes el populacho, y acabaron de perder, en virtud de los esfuerzos que hicieron, la poca consideración en que ya se les tenia. No fueron mas afortunados los jacobinos en el empeño que sobre este mismo particular tomaron. Las calamidades que se padecian eran positivas y generales, y no habia medio de que se pudiese hacer entender al pueblo, que emanaban de las medidas que á consecuencia de la revolución se tomaran. Las tentativas que hizo la municipalidad para restablecer el orden, y la petición que dirigió á la Convención para que dictase decretos coercitivos, perdieronse entre la grito de la muchedumbre y los silvidos de las galerias; cada nuevo acto de desenfreno de que se daba cuenta, acogíase con los mas bulliciosos aplausos. Ni la Convención, ni el cabildo, ni los jacobinos, pudieron encontrar un remedio para calmar el frenesí del pueblo. Robespierre, Saint Just y Chaumette fueron silvados por el populacho en el momento de irle á dirigir la palabra. Los realistas hacian resaltar estas lamentables escenas, trayendo á la memoria la tranquilidad de que se gozaba en tiempo de la monarquía. "Contemplad" decian los girondinos, "á que extremo caminamos con celeridad bajo el sistema de la violencia popular." "Todo eso," decian los jacobinos, "es obra de los realistas, de los rolandistas, de los girondinos y de los partidarios de La Fayette que se nos disfrazan." Robespierre sostuvo aquella no-

che en la sesion de los jacobinos, la doctrina popular de "que el pueblo no podia ser nocivo," y que los realistas eran los ocultos instigadores de todos los desordenes. [1]

No tardo en hacerse estrema en Paris la alarma; todas las corporaciones públicas declararon permanentes sus reuniones; tocóse por todas partes generala para llamar á las secciones armadas á sus puestos, y manifestó el pueblo sin embozo, que se hacia necesaria otra insurreccion "para cercenar de la representacion nacional la parte gangrenada de sus miembros." Los girondinos, que parecian ser los mas inmediatos al peligro, se reunieron armados en la casa de Valazé, individuo del partido, y allí permanecieron sin decidirse á paso alguno, á consecuencia de la divergencia de opiniones que entre ellos reinaba. Hallábanse los Jacobinos casi tan irresolutos como ellos mismos. Aunque contaban con el apoyo de la municipalidad, de la mayoría de las secciones ó guardia nacional y de la plebe armada, no juzgaban que estuviese todavia en sazón el espíritu público, para emprender un ataque directo sobre la representacion nacional, en cuyo seno desempeñaban aun los girondinos las mas importantes funciones. Resolvieronse pues á limitar sus peticiones á puntos de menor cuantía, conducentes al grande ataque por medio del cual debian anonadar á sus contrarios. [2]

El otro acontecimiento que hizo que quedase

(1) Th. IV, 47, 48. Hist. de la Conv. II, 153.

(2) Th. IV, 50, 55.

Designios de Dumouriez.

consolidada en la metrópoli la influencia de los jacobinos, fue la infructuosa tentativa que hizo Dumouriez para restablecer el trono constitucional. Este general distinguido, que estaba adherido con fervor á los principios de los girondinos, veia con disgusto mucho tiempo hacia, los feroces designios y las manifestaciones mas feroces aun de los caudillos de la democracia, y percibió que no podria salvarse la Francia sino restableciendose en ella la constitucion de 1791. Dejó el mando de su ejército, y se trasladó á Paris con el intento de salvar al monarca; pero habiendose frustrado este proyecto, volvióse á Flandes, y entró en negociaciones con la Holanda y la Gran Bretaña. Su designio era el de hacer una irrupcion en Holanda, lanzar á las autoridades revolucionarias que habia establecidas en aquel pais, formar un nuevo gobierno en las diez y siete provincias de que constaban los Países bajos, y levantar un ejército de ochenta mil hombres; ofrecer la alianza de su estado al gobierno frances bajo la condicion de que restableciera la constitucion de 1791, y en caso de negarse á esto, marchar sobre Paris con sus fuerzas y las de los Belgas, disolver á la Convencion y destruir el dominio de los Jacobinos [1].

Entregado á este extraordinario proyecto, Dumouriez á la cabeza de quince mil hombres, se lanzó á la Holanda. Comenzó con fortuna, por-

(1) Dum. II, 387. Toul. III, 256, 260. Mig. I, 249, 250. Roland, I, 217.

que desde luego logró posesionarse de Breda y de Gertruydenberga; pero al proseguir su carrera, tuvo noticia de la derrota que habia sufrido el ejército frances que tenia puesto cerco á Maestritch, é inmediatamente se dió orden á las fuerzas victoriosas de que regresasen á cubrir las fronteras. Fué tan grande la consternacion que se difundió entre las tropas republicanas, que hubo batallones enteros que se desbandasen, y algunos de los fugitivos se dirijieron hasta Paris, esparciendo las noticias mas eesageradas por todos los puntos de su tránsito. En cumplimiento de las órdenes que se le dieran, regresó á Flandes Dumouriez, y presentó una accion general al príncipe Coburgo; pero esta vez se declaró por los aliados la fortuna, y se vieron obligados los franceses á desprenderse de todos los puntos de que se habian posesionado en Flandes. (1)

Estos sucesos cuyos pormenores corresponden á otro capítulo, ocasionaron un inmediato rompimiento entre este general y los jacobinos. Poco despues de la batalla de que dejamos hecha mencion, dirijió una nota á la Convencion, en la cual hacia una pintura sumamente esacta de su gobierno, la acusaba de la anarquía que habia reinado, de los desordenes que se habian cometido hasta entonces, y la hacia responsable de la seguridad de la parte mas moralizada de sus cólegas. El gobierno tuvo esta comunicacion en reserva; pero apesar de esto, hubo de circular en

[1] Lac. II, 53, 55, 56. Mig. I, 250.

Paris, y produjo una sensacion inmensa. Separóse Danton del ejército para volverse á la capital, y denunció paladinamente al "traidor Dumouriez" en el club de los jacobinos; pidióse á grito herido su cabeza como un sacrificio que la justicia nacional eesigia, y continuó en toda su fuerza la agitacion que habian ocasionado las calamidades públicas, á consecuencia de las funestísimas noticias que se circulaban. (1)

El inminente riesgo en que se hallaba Dumouriez con motivo de la delicada situacion que guardaba; el disgusto que le habian inspirado las medidas de la Convencion á causa de las cuales se habian frustrado sus designios políticos, y marchitándose sus laureles militares; y la predisposicion que le animaba en contra de la conducta que habia observado el gobierno para con los belgas, quienes despues de haber capitulado con él bajo la fé de sus protestas, habian sido cruelmente vejados por los vencedores, impulsaronle á entrar en relaciones con los generales aliados. Al emprender el designio que entonces meditaba, no se condujo con el vigor ni con el sigilo que eran indispensables para obtener un buen resultado; habló á sus oficiales de que intentaba marchar sobre Paris con la misma franqueza que poco antes les comunicára que emprendia su marcha sobre Bruselas, y dejó á sus soldados espuestos á la seduccion de los jacobinos, que veian en ellos dóciles instrumentos de sus ambiciosos designios. Dumouriez como lo confie-

[1] Toul. III, 203. Mig. I, 251. Th. IV, 112, 113.

sa él mismo, no poseía las cualidades que son esenciales á un gefe de partido; pero aun cuando hubiese tenido la energía de Danton, la firmeza de Bouillé ó la ambicion de Napoleon, era demasiado impetuoso por entonces el torrente revolucionario, para que hubiese podido contenerlo con su solo brazo. Estaba destinado, de igual modo que La Fayette y Pichegru, á palpar la esactitud de aquella sentencia de Tácito que dice: "Bellis civilibus plus militibus quam ducibus licere." Grande cual habia sido su prestigio cuando dejaba que el poder de la democracia tomase su mayor ensanche, decayó aquel cuando quiso servirse de él para contener el desenfreno de esta, y el gefe de cincuenta mil hombres se vió en brevísimo espacio de tiempo abandonado y proscrito en el seno de las tropas mismas sobre quienes habia ejercido poco antes una autoridad despótica. [1]

La primera noticia que tuvo la Convencion de los designios del general, le vinieron de manos de él mismo. Nombróse á tres determinados jacobinos, que fueron Proly, Pereira y Dubuisson, para que se dirigiesen al cuartel general y tomaran informes de cuales eran verdaderamente sus intenciones. En una discusion detenida y acalorada que con ellos tuvo, comunicóles sin embargo cuales eran sus miras, y amenazó á la Convencion con el enojo de su ejército. "Ninguna paz," dijo, podrá celebrarse jamas en nom-

[1] Tácito, Hist. II, 53, 55, 56. Lac. II, 256 y 56 Toul. II, 294, 306. Mig. I, 268.

bre de la Francia, si no destruimos á la Convencion; mientras yo pueda esgrimir la espada, procuraré derrocar su dominio y extinguir ese sanguinario tribunal que ultimamente ha establecido. La República es una positiva quimera que solo me alucinó por tres dias; si queremos salvar á nuestra patria, debemos restablecer el trono y la constitucion de 1791. Desde la batalla de Jemappes, no he cesado de sentir los triunfos que se obtenian en favor de causa tan mala. ¿Qué importa que se llame el rey Luis, Santiago ó Felipe? Aun cuando se atente contra la vida de la familia que está presa en el Temple, no dejará la Francia de encontrar por eso soberano, y yo marcharé inmediatamente á Paris para vengar su muerte." [1]

A la imprudencia de esta declaracion prematura, Dumouriez, con aquella mezcla de energía y flaqueza que le caracterizaba, añadió otra falta mas grave aun, cual fué la de dejar á los comisionados, á quienes impusiera como hemos visto de sus designios, que se marchasen para Paris; y estos sin pérdida de instantes, pnsieron á la Convencion al tanto del peligro que la amenazaba. Desde luego se tomaron las necesarias providencias para poner á tan formidable enemigo en la imposibilidad de llevar á cabo sus intentos. Procediendo con la resolucion y actividad que son indispensables para el buen éxito en las disensiones civiles, notificósele que compareciese á la barra, y habiendose negado á

[1] Mig. I, 256. Lac. II, 57.

obedecer despachóse á cuatro comisionados con orden de que lo tragesen consigo, ó le prendiesen en el seno de su mismo ejército. Dumouriez recibió á los enunciados representantes, rodeado de su estado mayor; leyéronle el decreto de la asamblea en que se le mandaba que inmediatamente se presentase en la barra, y negóse á acatarlo poniendo por excusa los importantes deberes con los cuales tenia que cumplir, y ofreciendo que mas adelante daria cuenta de sus actos. Presentáronle los diputados, como una razon para que obedeciese, el ejemplo de los generales romanos. "Incurrimos en un error," contestó, "al citar para justificar nuestros crímenes, las virtudes de los antiguos. Los romanos no asesinaron á Tarquino; establecieron una República gobernada bajo leyes sabias; no habia entre ellos clubs jacobinos ni tribunales revolucionarios. Nosotros vivimos en una epoca de anarquía; hay tigres que piden mi cabeza, y no habré de darla." "Ciudadano general," dijo Carnier que era el que presidia á la comision; "¿queréis obedecer el decreto de la Convencion, y trasladaros á Paris?" "Por ahora no," contestó Dumouriez. "Pues os declaro suspenso del mando, y ordeno á vuestros soldados que os arresten." "Ya esas son muchas demasias," exclamó el general; y llamando á sus húsares, prendió á los representantes de la Convencion, y los entregó como rehenes al general austriaco. [1]

[1] Lac. II, 57. Mig. I, 257, 258. Toul. III, 311, 312. Th. IV, 118, 119.

Habiendo arrojado de este modo el guante, preparóse Dumouriez á llevar á cabo el designio que concibiera sobre establecer la monarquía constitucional en Francia. Hallábase muy dividida al opinion en su ejército; aquellos cuerpos que tenian adhesion á su persona, estaban decididos á apoyar sus miras, fueran cuales fuesen; las que pensaban de distinto modo, considerabanle como un traidor; y la mayoria, como acontece en toda convulsion intestina, se manifestaba indiferente y dispuesta á sostener al que venciese. Empero no tenia el general en sus manos aquella firmeza que es tan necesaria para conducir un movimiento revolucionario, y los mas enérgicos de entre sus soldados desaprobaban sus designios.

Pusose en marcha para Condé con la intencion de entregar aquella ciudad á los austriacos, segun el convenio que con ellos tenia formado, como una muestra de la buena fé con que obraba; pero habiendose encontrado con un cuerpo de tropas de las que reprobaban sus planes, tuvo que emprender la fuga, y no logró salvarse sino abandonando su caballo que se resistió á brincar una zanja.

Con heróica entereza intentó el siguiente dia, acompañado de una escolta de húsares austriacos, regresar á su campamento; pero el aspecto de los uniformes del enemigo exaltó el patriotismo de las tropas francesas; la artillería fué la que primero abandonó su causa, y en bre-

Se resuelve á restablecer la monarquía.

Frustranse sus planes y se fuga.

ve toda la infanteria siguió su ejemplo. Con dificultad pudo conseguir Damouriez volverse al ejército austriaco, habiendo habido sólo 1500 de los suyos que le siguiesen. El resto de las fuerzas francesas se reunió en un campamento fortificado que habia en Famars, donde poco despues pasó á encargarse del mando de ellas, por órden de la Convencion, el general Dampierre. (1)

El mal éxito que tuvo este plan, y que tuvieron todos los demas conatos de conspiracion, hizo que adquiriese mayor ascendiente todavía el partido que dominaba en la capital de la Francia. El terror, que las mas veces es mayor despues que ha pasado el peligro, indujo al pueblo á tomar las providencias mas extremas para proveer á la seguridad pública; la circunstancia de haberse desertado Damouriez á los austriacos, dió á los mas violentos de entre los revolucionarios la ventaja inmensa de hacer aparecer á sus adversarios como verdaderos enemigos de la causa de la nacion francesa. En los primeros impulsos del terror, denunciaron los jacobinos á sus antiguos enemigos los girondinos, declarándolos autores de cuantas calamidades públicas se padecian, y señalaron el 10 de Marzo para dirigir un ataque general contra los caudillos de este partido, en el seno mismo de la Convencion. Habíase declarado en sesion permanente la asam-

[1] Toul. III, 313, 316, 320. Mig. I, 258. Lac. II, 61, 62.

blea con motivo de las calamidades públicas, y la noche del 9 acordóse en el club de los jacobinos y en el de los Franciscanos, que en el dia siguiente se cerrarian las puertas de la capital, se tocaria á rebato, y se marcharia sobre la Convencion con las fuerzas de los suburbios. A la hora señalada dirigiéronse á sus puestos los caudillos de la insurrección; pero los girondinos, noticiosos del riesgo que estaban corriendo, se abstuvieron de concurrir á la asamblea en aquellos críticos momentos; las secciones y la guardia nacional, vacilaron en unirse á los insurgentes; Bournonville, ministro de la guerra, marchó contra la fuerza de los suburbios, á la cabeza de un batallon fiel de tropas de Brest, y un fuerte agnacero que cayó, acabó de enfriar la efervescencia de la muchedumbre: Petion, viendo que se desgajaba el cielo, exclamó: "No habrá nada; se frustró la insurreccion por esta noche." La conspiracion se frustró en efecto, y quedó diferrido, para algunas semanas despues, el establecimiento del terrorismo. Hé aquí por qué insignificantes medios podian contenerse en aquel período los desórdenes de la Revolucion; hé aquí de qué casuales incidentes dependian los mas importantes cambios [1].

Inmediatamente que ocurrieron los sucesos de que dejamos hecha mencion, aprovecharonse Danton y los jacobinos de la agitacion que ocasionaran, insistiendo en que se esta-

Restablecimiento
del tribunal revo-
lucionario. Mar-
zo 3.

(1) Mig. I, 251. Lac. 62, 65. Th. IV, 77.
Tom. II.

ciase un TRIBUNAL REVOLUCIONARIO "cuyas funciones fuesen las de defender de los enemigos domésticos á los deudos de los ciudadanos que estaban combatiendo en las fronteras contra la agresion estrangera." Los girondinos hicieron los mayores esfuerzos para impedir que se crease semejante tribunal, que aparecia tan arbitrario cuanto debia ser formidable; pero inútil fué todo su empeño; hallábase tan apoderado de los ánimos el terror que les inspiraba la traicion doméstica, que no temieron al sistema de sangre que estaba para introducirse. Todo lo que al fin pudieron lograr, fué que en el nuevo tribunal hubiese jurados, y que se mitigase en cierta manera la violencia de sus procedimientos, hasta que la fatal insurreccion les hizo caer á ellos mismos bajo su terrible dominio [1].

Por aquel mismo tiempo espidióse otro decreto imponiendo á todos los propietarios una contribucion extraordinaria para los gastos de la guerra,—y otro mas que organizaba cuarenta y una comisiones, de dos miembros cada una, que debian estenderse por los departamentos, investidos de plenos poderes para que hiciesen llevar á cabo la colecta de gente, desarmasen á los refractarios, se apoderasen de todos los caballos que solo se tuviesen por lujo, y egerciesen, en una palabra, la autoridad mas despótica. Estos comisionados hicieron uso, generalmente, de sus facultades, con un rigor terrible, y sostenidos por todo el partido revolucionario, co-

(1) Mig. I, 248, 249. Th. IV, 66.

menzaron á forjar aquella red de fierro en que se vió aprisionada la Francia durante el imperio del Terrorismo.

Los conspiradores, asombrados de que se hubiesen separado de la asamblea los girondinos en los momentos críticos de que llevamos hecha referencia, prorrumpieron en las mas acres invectivas contra ellos, aludiendo á su defeccion. "Consevaronse inalterables en sus puestos," esclamaban, "cuando tenian empeño en salvar á Luis Capeto; pero se escondieron cuando vieron á la patria en peligro."

El siguiente dia no se habló en Paris de otra cosa que de la conspiracion frustrada; y Vergniaud aprovechandose de la consternacion en que todos los animos estaban, denunció en la Convencion á la junta de insurrectos que debio haber protegido la carniceria que se habia proyectado, y presentó mocion pidiendo que se tomasen á los clubs todos sus papeles y se prendiese á los miembros de la junta mencionada. "Marchamos," exclamó, "de crímenes en amnistias y de amnistias en crímenes. En virtud de la frecuencia con que estos se cometen, ha llegado la gran masa de los ciudadanos á cegarse de tal manera, que confunda esos tumultos sediciosos con el gran movimiento que en favor de la independencia se ha practicado; juzga las violencias de los bandidos como esfuerzos de animos enérgicos, y considera el latrocinio como acto indispensable para la seguridad pública. Sois libres,

Malograda conspiracion de los jacobinos.

dicen á los demas los desalmados; pero si no pensais como nosotros, os designaremos por victimas del encono del pueblo; sois libres; pero si no prosternais ante el ídolo que adoramos, os entregaremos á su violencia; sois libres; pero si no haceis causa comun con nosotros para perseguir á aquellos á quienes por su probidad ó talento tememos, os abandonaremos á su furia. Ciudadanos, cuanto tenemos á la vista nos hace creer *que, la revolucion, como Saturno, irá devorando sucesivamente á sus hijos y que al fin solo dejará al despotismo con todas las calamidades que le siguen.* Estas proféticas palabras produgeron alguna impresion en la asamblea; pero dominada por su natural apatia, nada hizo por evitar los males que en ellas se predecian. Hizose comparecer á algunos de los conspiradores ante el tribunal revolucionario, pero no dieron resultado alguno sus procesos. [1]

El mal éxito que tuvo la susodicha conspiracion, desanimó por un momento á los jacobinos; pero la guerra que estalló por aquel tiempo en la Vendea, y que hizo con celeridad los mas alarmantes progresos, volviéles todo el ascendiente que egercian poco antes para con el populacho. Las condiciones particulares del departamento á que nos referimos, el caracter sencillo de sus pobladores, las costumbres patriarcales de estos, la remota distancia en que vivian y la circunstancia de no haberse separado de sus tierras los

Estalla la guerra en la Vendea.

(1) Mig. I, 552. Th. IV, 78. Lac. II, 64.

propietarios que allí habia, hiciéronle centro natural del partido realista, que se habia trasportado en toda la estencion de la Francia al mayor grado de efervescencia, con motivo de la decapitacion de Luis. Los nobles y el clero que no habian emigrado de aquellas provincias, se encontraban con la suficiente fuerza para poder contrapesar el influjo de las ciudades, y levantar el estandarte de la rebelion. Las dos pasiones mas poderosas que pueda abrigar el corazon humano, es decir, el fanatismo religioso y la ambicion del pueblo, encontráronse repentinamente en pugna, y el resultado de esto fué una guerra de esterminio, y que millones de franceses pereciesen en la lucha que entablaron las facciones queriendo hacerse del dominio. (1)

Viéndose la Convencion en el interior y en el exterior, cercada de tantos peligros, propúsose adoptar las mas enérgicas medidas, y volvieron los jacobinos á tener en sus manos los medios de que ordinariamente se servian para dominar el ánimo del pueblo, y tenerlo en efervescencia. Ampliaronse al tribunal revolucionario las facultades que ya tenia; en vez de actuar en virtud de previo decreto de la Convencion, que servia como de órden para que se juzgase á un acusado, confirióse autorizacion para que *acusase* y *juzgase* á un tiempo. Previnose que se armase á todos los sansculotes con fusil y pica, á espensas de las clases opulentas; impúsose un prestamo for-

Medidas vigorosas de la Convencion.

(1) Lac. II, 63, 64. Mig. I, 252, 553.

zoso á todas las personas que tuviesen una propiedad cualquiera, y exigieronse contribuciones en todos los departamentos, al antojo de los comisionados revolucionarios. El cabildo de Paris pidió que se impusiese un maximun al precio de los comestibles, medida muy propia para atraer popularidad á sus motores, pero que aumentó el disgusto que ya inspiraba la Convencion, puesto que se rehusó á decretarla. [1]

Entretanto aprovechábanse con diligencia los demócratas de la mayor y mayor efervescencia que iba adquiriendo el ánimo del pueblo, para llevar adelante la gran victoria que habian obtenido poco antes con el establecimiento del tribunal revolucionario. Recurrieron á la agitacion que era su espediente favorito; dispúsose un banquete para el pueblo en la Halle au blé (Mercado de semillas), y concluido este, llenáronse las galerias de la Convencion de partidarios de los jacobinos que, acalorados con el vino, estaban prontos á aplaudir cuantas estravagancias profiriesen sus caudillos. Lindet leyó un *proyecto* de ley que reglamentaba al nuevo tribunal; decíase en él, que constaria de nueve miembros nombrados por la Convencion, á quienes se exoneraria de toda fórmula legal, y se autorizaria á fallar en vista de una prueba cualquiera; que se dividirían en dos secciones permanentes y que tendrían derecho á perseguir, á petición de la asamblea ó por autoridad propia, á todos los que estraviasen con sus opiniones al

(1) Lac. II, 65, 66.

pueblo, ó que por la posicion que ocupaban en tiempo del antiguo régimen, recordasen los usurpados privilegios de que los déspotas gozaban (1).

Quando se dió lectura á este terrible *proyecto*, oyóse un violentísimo rumor á
 Marzo 10. la derecha que inmediatamente sofocaron los estrépitosos aplausos de las galerias y de la izquierda. “Preferiria la muerte, esclamó Vergniaud, á aprobar que se erigiese un tribunal, que seria peor que la inquisicion de Venecia.” “Pues elegid, contestóle Amar, entre una insurreccion y esa providencia.” “La inclinacion que tengo al poder revolucionario, dijo Cambon, es barto notoria; pero si es susceptible de engañarse en su eleccion el pueblo, ¿no estamos espuestos á incurrir en igual error nosotros, al proceder al nombramiento de los jueces? y siendo así, ¿qué insoportables tiranos no nos crearemos á nosotros mismos!” Volvióse espantoso el tumulto; acercábase la noche, y la asamblea, agobiada de cansancio por el debate, iba cediendo á la violencia; empezábanse á retirar los miembros de la Llanura, y pedían á grito herido las galerias, que por votacion nominal se aprobase ó reprobese el *proyecto* de ley enunciado, cuando exclamó Ferand: “Si, emitamos públicamente nuestros votos, para que sepa el mundo quienes son los que desean inmolar á la inocencia, á la sombra de las leyes.” Este audaz apóstrofe hizo que volviesen á ocupar sus asientos los débiles miembros del centro, y adoptáronse resoluciones

(1) Th. IV, 70.

que no se esperaban, cuales fueron las de "que en las actuaciones del tribunal intervendrían jurados, que estos se elegirían en los departamentos, y que la Convencion los nombraría [1]."

Después de haber obtenido este inesperado triunfo propusieron los girondinos que se suspendiese la sesión por espacio de una hora; pero Danton, temiendo que la influencia que en aquellos momentos ejercía el terror y la efervescencia en los ánimos, se debilitase en el enunciado brevísimo periodo, levantó su voz formidable. "Yo intimo," dijo con torrente de trueno, "á todos los buenos ciudadanos que vuelvan á ocupar sus asientos. Es necesario que inmediatamente quede terminada la formación de esas leyes que deben servir para infundir terror á los enemigos domésticos que tiene la revolución. Es necesario que esas leyes sean arbitrarias por la razón de que no pueden precisarse; por la razón de que, por terribles que fuesen, son preferibles á esas ejecuciones populares que hoy, como en Setiembre, provendrían de cualquier moratoria que hubiese en la aplicación de la justicia. Después que se haya organizado el tribunal de que se trata, debemos proceder á organizar un poder ejecutivo enérgico, que esté en contacto inmediato con vosotros y ponga á vuestra disposición los recursos con que contéis de gente y numerario. Corrijamos los errores en que incurrieron nuestros antecesores, y hagamos lo que no se atrevió á hacer la

(1) Th. IV, 71, 72.

asamblea legislativa; no hay medio que adoptar entre las fórmulas ordinarias y el tribunal revolucionario. Seamos terribles para evitar que llegue á serlo el pueblo; instituyamos un tribunal, no que haga bien, porque eso es imposible, sino que haga el menor mal que dable fuere, á fin de que la cuchilla de la ley caiga sobre todos sus enemigos. Dejemos pues formado hoy el tribunal revolucionario, ocupemonos mañana de la organización del poder ejecutivo, y pasado mañana de la marcha de nuestros comisionados para los departamentos. Calumnieseme si se quiere, pero padezca mi reputación, con tal que la República se salve." [1] La asamblea, dominada por el terror, confirió al nuevo tribunal aquellos despóticos poderes que más adelante produjeron tan fuertes efectos en los más de sus propios miembros. [2]

(1) Hist. de la Conv. Lac. II, 202; IV, 72, 73. Hist. de la Conv. II, 209, 210.

(2) El decreto de la Convencion estaba concebido en estos términos: "Se establecerá en Paris un tribunal extraordinario de lo criminal. Intervendrá en todos los atentados que se cometieren contra la libertad, la igualdad, la unidad ó indivisibilidad de la República, contra la seguridad interna ó esterna del Estado, y asimismo en toda conspiración que tienda al restablecimiento de la monarquía ó á destruir á la soberanía del pueblo, ora sean los acusados funcionarios públicos, del ramo civil ó militar, ora simples particulares. Los miembros del jurado serán electos por la Convencion. Los jueces, el denunciante público y los dos sustitutos, serán nombrados por ella; el tribunal fallará con arreglo á la opinión de la mayoría del jurado; el fallo no tendrá apelación, y los bienes del sentenciado serán confiscados á beneficio de la República." Los girondinos trabajaron empeñosamente para que se introdujese la cláusula en

No bien se hubo sabido en París la prision de los comisionados de la Convencion nacional, cuando se erigió este cuerpo en sesion permanente, declaró á Dumouriez traidor, puso á precio su cabeza, desterró al duque de Orleans y á todos los Borbones, y creó la famosa COMISION DE SEGURIDAD PUBLICA, que debía poner el colmo á los crímenes y esterminar á los autores de la revolucion. (1) Aunque los girondinos tomaron igual empeño que los jacobinos en la adopcion de estas medidas, acusábaseles sin embargo, de tener una secreta inclinacion al desafecto general; y esa adhesion que le tenian, fué una arma poderosa que pudieron esgrimir contra ellos sus enemigos, durante la agitacion que se siguió á la desercion de Dumouriez. Robespierre acusó sin embozo á Brissot, Guadet, Vergniaud, Petion y Gensonné en la Convencion, al pa-

que se decia, que serian juzgados por el tribunal los miembros de la Convencion, con el intento de remitir á él á Marat; pero esta misma cláusula fué el medio por el cual los mas de ellos fueron mas adelante al cadalso.

(1) El decreto para el restablecimiento de la Comision de Seguridad pública, estaba concebido en estos términos: "Se compondrá la comision de 25 miembros, y tendrá á su cargo la preparacion de las leyes y todas las medidas, tanto esterioras como interiores, que sean necesarias para la seguridad de la República. La comision hará concurrir á sus sesiones, dos veces á la semana por lo menos, á todos los ministros de que conste el ejecutivo. Dará cuenta á la Convencion todas las veces que se le pidiere, y la informará semanariamente del estado que la República guardare, y del en que estuvieren todos aquellos asuntos que estén relacionados con ella, y que pudiesen divulgarse."

so que los delataba Marat en las reuniones populares. Como presidente de la sociedad jacobina, dirigió una circular á los departamentos, en la cual pedia que se fulminase "un rayo de acusaciones y peticiones contra los diputados traidores é infieles que se habian esforzado en salvar al tirano, votando por la apelacion al pueblo." [1]

Fouquier Tinville era el delator público del tribunal revolucionario, y su nombre se hizo en breve tiempo tan terrible en toda la estension de la Francia, como lo era ya el de Robespierre. Era natural de Picardía, y estaba dotado de un conjunto de cualidades tan extraordinarias, que si no mediase el testimonio de tantos escritores fidedignos, podriase tener por fabuloso. Aspero, cruel, suspicaz, enemigo implacable del mérito y de la virtud de cualquier género que fuesen, y dispuesto siempre á hacer mayores los padecimientos de la inocencia, mostrábase insensible á todo sentimiento de compasion ó de equidad. Para él consistia la justicia en condenar al acusado; pareciale que el perdon era el origen de graves males, y no estaba tranquilo hasta no ver sentenciados á muerte á todos aquellos á quienes delataba. En la consecucion de este objeto desplegó una vehemencia extraordinaria; no parecia sino que se hallaba comprometida su reputacion personal en el fallo contra los reos; el aspecto firme y severo que presentaban algunos de los delatados al comparecer ante sus jue-

(1) Mig. I, 258, 259. Th. IV, 131, 145.

ces, le trasportaba de ira. Al paso que tenia tal aborrecimiento á quanto mas estiman los hombres, mostrábase tambien insensible á los atractivos de la riqueza y á las dulzuras de la vida doméstica. No era afecto á género alguno de recreo; éranle igualmente indiferentes los placeres de las mugeres, de la mesa ó del teatro. Sobrio y económico en la comida y en la bebida; jamas se le vió entregarse á los excesos de la embriaguez, sino cuando con los jueces del tribunal revolucionario celebraba lo que todos ellos llamaban *feu de file*, que significaba que habian sido condenados á muerte todos los acusados que durante la sesion habian comparecido ante ellos; entonces era cuando comia y bebia con desenfreno. Su vigor para soportar el cansancio no tenia límites; por rareza se le veia en los clubs ni en ninguna otra reunion pública; el tribunal revolucionario era el teatro donde desplegaba todos sus esfuerzos. El único recreo que para él hubiese, era el de ver espirar en el patíbulo á sus víctimas, y por sus propios labios decia que este espectáculo tenia para él grandes encantos. En el tiempo en que estuvo en auge, pudo haberse labrado una fortuna inmensa; pero permaneció pobre hasta su muerte, y su muger, segun se dice, murió de hambre. Su habitacion estaba desnuda de todo adorno; su ajuar, cuando murió, no valia veinte libras. No habia goce por medio del cual pudiese seducirsele; su alma era materialmente de hierro con respecto á los deseos que abrigan ordinariamente los hom-

bres. Nada habia que conmoviese su alma, sino la posibilidad de que sus delatados fuesen condenados á muerte, y entonces animábase en grado tal, que presentaba un aspecto radiante y expresivo (1).

La ciega preocupacion en que se hallaban los girondinos aumentábase de dia en dia. Las masas que formaba la parte activa é influente de la poblacion de Paris, hacianse cada vez mas y mas imponentes, y sin embargo, obstinadamente confiaban en la inviolabilidad que les daba la constitucion, sin acordarse de que ellos mismos habian faltado escandalosamente á ella respecto del monarca. Tanto mas singular aparecia esta circunstancia, quanto que Robespierre comenzaba ya á desarrollar en sus actos el plan que se habia propuesto observar, y que invariablemente siguió hasta haber logrado el estermio de sus contrarios. Consistia en primer lugar este proyecto, en deshacerse por lo pronto de los girondinos con el auxilio de la Montaña, y en segundo lugar en destruir por medio de la influencia de esta última, á cuantos individuos del antiguo régimen, por su rango, bienes ó virtudes, pudiesen contrariarle. Era su intento el de abatir todas las cabezas que superasen á la suya, y habia señalado ya á Felipe Igualdad por primera víctima, y á la reina como segunda; y hecho esto, su último paso seria el de diezmar á la misma Montaña, á fin de que nadie quedase, cuyo prestigio rivalizase con el suyo. Al mismo

(1) Hist. de la Conv., II, 215, 217.

tiempo perseguía con implacable encono á todos aquellos de los gefes militares que se habian encontrado á cierta altura, pues recelaba que de entre ellos habria de salir el mas formidable de sus rivales. Por inconcebible que semejante plan parezca, es indudable que existió, y tanto, que los sucesos que mas adelante describiremos, demostrarán que estuvo á punto de llevarse en todas sus partes á cabo. [1]

La confianza en que estaban los girondinos, cifrábase en particular en la inmensa mayoría que formaban, y á cuya circunstancia habian debido poco antes que fuese electo Petion para corregidor de Paris, contra Robespierre y Danton que habian sido propuestos para el desempeño de aquel encargo. El primero, solo pudo obtener 23 votos, y el segundo 11, al paso que reunió 14,000 Petion. No es extraño que, pues contaban con tan crecida mayoría, desdeñase al populacho; pero los sucesos que acaecieron, hicieron ver en cuan débiles fundamentos tenian cifrada su confianza. [2]

La Convencion echó de ver que se hallaba en la necesidad de hacer un esfuerzo, para contrastar los actos incendiarios de los jacobinos. Los girondinos auxiliados por la parte neutral de la asamblea, hicieron de consuno un impulso, y remitieron á Marat al tribunal revolucionario, para que allí se le juzgase

Los girondinos hacen comparecer á Marat ante el tribunal revolucionario.

(1) Hist. de la Conv., II, 192.

(2) Hist. de la Conv., I, 130.

por el delito de que se le acusó, de haber instigado al pueblo á que pidiese el castigo de los representantes de la nacion. Este fué el primer ejemplo de haberse quebrantado la inviolabilidad de la Convencion, y presentose por su medio un funesto antecedente, de que el partido sanguinario no dejó poco despues de aprovecharse. Hizosele comparecer ante el tribunal revolucionario, no por lo que habia hecho ó dicho en el seno de la Convencion, sino por cierta circular que, como presidente del club jacobino, habia dirigido á los departamentos, pues en ningun caso se habia juzgado que los miembros de la asamblea tuviesen el privilegio de cometer traicion fuera de su recinto. [1]

Los jacobinos adoptaron sin pérdida de tiempo cuantas medidas pudiesen impedir la consecucion de tan enérgica providencia. Convocaron á todas las fuerzas que habia creado la efervescencia, popular para que salvaran al individuo á quien llamaban "el filósofo austero y profundo, á quien

Abril 15.

la desgracia y la meditacion formaran, y que estaba dotado de perspicacia tal y de tan vasto conocimiento del corazon humano, que á él solo era dado penetrar los designios de los traidores, cuando ostentandose en su carro triunfal, les prodigaba aplausos el estúpido vulgo." Pache, corregidor de Paris, se presentó en la barra de la asamblea, pidiendola, á nombre de 35 seccio-

Vehemente agitación para impedir que tuviese efecto dicho acto.

(1) Toul., IV, 330. Th., IV, 150.

nes y del cabildo; que espeliese de su seno á los caudillos de la Gironda. El jóven y generoso Boyer Fonfrede solicitó que se le incluyese en la lista de los proscritos; acto magnánimo que despues le costó la vida. Todos los miembros de la derecha y el centro se levantaron, é insistieron en que se les uniese á aquellos de sus colegas á quienes se acusaba. Desechóse esta petición, pero quedaron descubiertos los sentimientos de sus autores; permaneciendo ellos en la asamblea, subsistia un motivo para que en lo sucesivo pudiese el pueblo dirigir contra la asamblea su incesante grito, y llevando á buen término el atentado contra el cuerpo legislativo, presentábase un ejemplo de la impunidad con que se podia emprender cualquier ataque sobre sus miembros. [1]

Marat marchó al tribunal revolucionario acompañado de todos los gefes del partido jacobino. Resultó absuelto, y le volvieron á conducir en triunfo

á la asamblea sus secuaces. Una inmensa turba le fué siguiendo hasta las puertas; entraron al salon los cabecillas de la plebe, y esclamaron: "Os devolvemos al esforzado Marat, amigo probado del pueblo, que jamas cesará de sostener su causa." Un zapador atravesó por entre la muchedumbre y exclamó: "Marat fué siempre amigo del pueblo; si hubiera caido su cabeza, la del zapador hubiera caido junto con ella." Al de-

(1) Toul., III, 339, 340. Mig., I, 259. Th., IV, 150. Lac., II, 69.

cir estas palabras, agitó por el aire su hucha en medio de los entrepitosos aplausos de la montaña y de la galeria. Insistió la turba en que habia de atravesar el salon en triunfo, y antes de que hubiese podido el presidente consultar sobre esta pretension á la asamblea, precipitóse adentro aquella desenfrenada masa venciendo cuanta opoicion se le hacia, y saltando por sobre las trancas, fué ocupando los asientos vacios de los diputados, que se habian retirado disgustados de aquella escandalosa escena. La asamblea observó en silencio, que se desaprobaban todas sus medidas, y los jacobinos redoblaron sus esfuerzos para sacar el posible partido de la victoria que habian ganado. Hallabanse las inmediaciones del salon incensatamente cercadas de una turba desenfrenada, que á voz en cuello pedia el castigo de los diputados traidores; las galerias estaban llenas de partidarios de los jacobinos, que impedian que se oyese los argumentos de sus contrarios, y aplaudian con estrépito las mas violentas proposiciones de los suyos; no se oyeron en las sesiones que celebraron en la noche los clubs, sino peticiones de venganza en contra de la faccion traidora. [1]

Entonces echaron de ver los girondinos que no debian perder instantes en poner freno á las demasias de los jacobinos y del cabildo. Guadet, en un enérgico discurso, dijo: "Ciudadanos, entre-

(1) Toul., 260. Lac., II, 66. Mig., I, 260. Th., IV, 151, 152.

tanto que los buenos lloran en silencio las desventuras de la patria, agitanse los conspiradores para destruirla. Semejantes á César, esclaman, "Hablen otros mientras nosotros obramos." Pague mosles en la misma moneda y obremos tambien nosotros. El mal proviene de la impunidad en que se han quedado los conspiradores del 10 de Marzo; en la anarquía que reina; en la confusion en que están las autoridades de Paris, que solo aspiran al poder y á las riquezas. Aun es tiempo de salvar á la patria, y de volver por nuestra dignidad ultrajada. Propongo que inmediatamente sean depuestas las autoridades de Paris; que se sustituya á la municipalidad con los presidentes de las secciones; que se reunan en Burges los miembros suplentes de la asamblea, y que se dé conocimiento de este acuerdo á los departamentos por medio de correos extraordinarios." Si hubiese adoptado la asamblea estas decisivas medidas, habria venido por el suelo el ascendiente de la municipalidad y frustradose los intentos de los conspiradores; pero por otro lado habrian sido origen de guerra civil, é impidiendo la unidad de accion, habrian hecho mayor el peligro que ya se corria, de la dominacion estrangera. Todas estas consideraciones pesaban sobre el ánimo de la mayoría: la division de la asamblea en dos fracciones, parecia igualmente anunciar el establecimiento de dos gobiernos contrapuestos. Barrere, que era de esta misma opinion, sostúvola. "Con union y energía, dijo, es como lograreis disipar las tempestades que sobre nosotros se descar-

gan; la desunion no hará sino acelerar nuestra ruina; si llegan los conspiradores á disolver la Convencion en el centro de su poder, ¿juzgais que tengan alguna dificultad en desembarazarse de la fraccion de ella, que resida en Burges?

Yo propongo que establezcamos una comision de doce personas, que vigile los designios del cabildo, instruya una averiguacion sobre los últimos desórdenes cometidos, y se apodere de sus motores; pero nunca estare por que se apruebe la proposicion de Guadet, que equivaldria á declararnos incapaces de combatir la influencia de los sediciosos." Adoptó esta proposicion la asamblea, y perdióse para siempre la oportunidad de destruir al cabildo [1].

Sin embargo, la comision de los Doce dictó por principio de sus tareas las mas vigorosas medidas. Algun tiempo hacia que se organizaba descaradamente en Paris una conspiracion

en contra de la mayoría de la asamblea; el club de los Franciscanos era el centro de este movimiento, y veíase dia y noche reunida una junta revolucionaria. No tardó mucho la efervescencia pública en no conformarse ya con la proscripcion de solo los treinta diputados; despues quiso la de trescientos. Varlet habia propuesto sin embozo un plan de insurreccion que

(1) Toul., III, 261. Mig., I, 260, 261. Th., IV, 198.

Se desecha la proposicion de Guadet, pero se establece una comision de doce individuos. Mayo 15.

Insurreccion general contra los girondinos y la Convencion. Mayo 21.

se discutió en el club de los Franciscanos, en medio de furiosos gritos, y cuya ejecución quedó decidida para el 22 de Mayo. Acordóse que la muchedumbre se dirigiera armada á la Convencion, llevando consigo los *Derechos del hombre*, cubiertos con un velo de crespon; que se apoderaría de los diputados refractarios que habian pertenecido á las asambleas constituyente ó legislativa, destituiria al ministerio, y esterminaria á cuantos individuos existiesen de la familia de Borbon [1].

No tardó la comision recién creada en tener conocimiento de esta conspiracion, y arrestó á uno de sus gefes, Hebert, que era redactor de un periódico revolucionario, obsceno y repugnante, que tenia por título: "Le Pere Duchesne," y que habia adquirido una inmensa circulacion entre los partidarios del cabildo. Esta turbulenta corporacion se manifestó inmediatamente insurreccionada, declaróse en junta permanente, é invitó al pueblo á que levantase el estandarte de rebeldía. Algunas de las mas desenfrenadas de entre las secciones, siguieron su ejemplo; los que estaban por la asamblea, se vieron cercados por estrepitosas cuadrillas de hombres armados. El club de los jacobinos, el de los franciscanos, y las secciones insurreccionadas, se conservaron en movimiento noche y día; llegó la agitacion de Paris á su mayor estremo [2].

(1) Th., IV, 206.

(2) Lac., II, 67, 68. Mig. I, 261, 262. Th., IV, 210, 211,

El 25 de Mayo agolpóse una frenética muchedumbre al salon de sesiones de la ^{Mayo 25.} asamblea, y presentóse una diputacion en la barra pidiendo, en los términos mas irrespetuosos, la supresion de la Comision de los Doce, y la libertad de Hebert, aquel miembro de la magistratura á quien se habia reducido á prision, y aun hubo quienes insistiesen en que se enviase ante el tribunal revolucionario á los individuos que componian la comision recién creada. Isnard, presidente de la asamblea, girondino esforzado y elocuente, replicó: "Prestad oido á mis palabras; si llega el caso de que la Convencion corra peligro, si estalla otra insurreccion como las que con tanta frecuencia se han suscitado desde el 10 de Marzo, levantarás toda la Francia en masa, en defensa de nuestra causa, quedará destruido Paris, y preguntarán los estrangeros en cuál de las márgenes del Sena estaba situada la capital de la República." (1)

Esta respuesta que dictaba la indignacion produjo una grande impresion por el momento; pero la multitud de solicitantes que se presentó despues trayendo á Danton á la cabeza, volvió en breve la confianza á los conspiradores. Habiendose negado obstinadamente Isnard á dar orden para que fuese puesto en libertad Hebert, levantóse una infinidad de miembros de la Montaña con ánimo de arrancarle del sillón, visto lo cual por los girondinos, se reunieron para defenderle. En medio del tumulto exclamó Danton

(1) Lac., II, 68, 69. Mig., I, 262. Th., IV, 213.

con voz de trueno, "Impudencia tal no puede sufrirse; os haremos frente; no haya mas tregua entre la Montaña y esos hombres bajos, que quisieron salvar al tirano." (1)

Los diputados del cabildo se retiraron esta vez, sin haber obtenido lo que deseaban, pero se resolvieron á declararse inmediatamente insurreccionados. El resto del dia 25 y todo el 26 emplearonlo en tomar activas medidas, y en escitar al pueblo dirigiendole las mas incendiarias alocuciones. Fué tal el buen éxito de sus esfuerzos, que en la mañana del 27 se habian reunido 28 secciones para pedir que se pusiese en libertad á Hebert. La comision de los doce no contaba con otro apoyo que el de la fuerza armada de tres secciones; pero estas se apresuraron, á las primeras indicaciones que les hicieron, á defender á la Convencion, lo cual hicieron formandose al frente del salon con su artilleria. Pero veíanse cercadas sus filas por una inmensa muchedumbre; los clamores de "¡Mueran los Girondinos!" se exhalaban por todos lados, y aun los mas resueltos se acobardaban en vista de la furia y atrevida conducta del pueblo. [2]

Con dificultad podian los girondinos defenderse de los jacobinos en el seno de la asamblea y de la frenética muchedumbre que por de fuera la cercaba, cuando se apareció Garat, ministro del interior, y les privó del último recurso que les quedase,

Terrible lucha que se sostuvo en la Asamblea. Parte de Garat de que se conservaba en Paris la tranquilidad pública.

(1) Mig., I, 262. Lac., II, 69.
(2) Th., II, 214, 215.

que consistia en ostentar una inalterable firmeza. Habiendosele llamado para que diese cuenta del estado que guardaba Paris, declaró "que ninguna apariencia de conspiracion veia, que la turba de que estaba rodeada la asamblea, no habia hecho sino tributarle manifestaciones de respeto; y que lo único que creia, era que existia el pérfido designio de dividir por medio del temor de quiméricos peligros, á dos partidos que escitaban igualmente deseosos de promover el bien público." Al producirse de este modo Garat habiase dejado llevar de lo que falsamente le digera Pache, corregidor de Paris, que era un hipócrita jacobino del mas peligroso carácter. Entonces tuvo sobrados motivos la Francia para lamentar que se hubiera retirado el enérgico y perspicaz Roland, de las importantes funciones que desempeñara. [1]

Asombrados al oír proferir tan extraordinaria como inesperada especie, que solo se podia explicar suponiendose que el ministro del interior habia desertado de su partido, retiróse de la asamblea la mayor parte de los girondinos, y reemplazóse en la presidencia, al intrépido Isnard, con Herault de Sechelles. Cediendo á la grito con que se veía aturdido el cuerpo legislativo, dijo el nuevo presidente dirigiendose á la muchedumbre, "La fuerza de la razon y la del pueblo son una cosa misma; reclamais á un magistrado que está preso; los representantes del pueblo os le devuelven." Presentóse entonces

(1) Lac., II, 69. Mig., I, 263. Th., II, 217, 218.

moción para que la comisión de los Doce fuese disuelta y puesto en libertad Hebert, y fué aprobada á media noche, en medio de clamores de triunfo que arrojaba la plebe que constituyó la mayoría, pues subiéndose sobre las barandillas; y ocupando los asientos de la Montaña votó en compañía de los jacobinos. [1]

Los girondinos, avergonzados de las consecuencias á que había dado lugar su última deserción de la asamblea, concurren á ella el día siguiente, y conduciéndose con energía; hicieron revocar el decreto que la noche anterior había arrancado la violencia. En el debate que se sostuvo, que fué en sumo grado tumultuoso y amenazante, manejóse Lanjuinais de una manera distinguida. "Mas de cincuenta mil ciu-

Mayo 26.

dadados," dijo, "hay ya presos en los departamentos por disposición de vuestros comisionados; se han hecho arrestos mas arbitrarios todavía que los que se practicarán por espacio de un siglo bajo el antiguo régimen; y todo ese tumulto excitasteis solo porque mandamos asegurar á dos ó tres individuos que proclamaban matanza y saqueo. Vuestros comisionados son procónsules que obran á remota distancia de vosotros y sin daros conocimiento de sus actos, y descargais todo vuestro encono sobre una comisión que tenéis á la vista, y que está bajo vuestra autoridad inmediata. El domingo se presentó en los jacobinos la proposición de que se cometiese en Paris una general

[1] Lac., II, 69. Mig., I, 263. Th., IV, 220, 221.

carnicería; esta noche débese presentar igual proposición en los franciscanos y en el club electoral del obispado; las pruebas de esa conspiración están á mano, y sin embargo vacilais; es por que solo protegéis á asesinos cubiertos de sangre." A estas palabras, las exclamaciones de la Montaña ahogaron la voz del orador, y Legendre le amenazó con arrojarle de cabeza de la tribuna; pero el intrépido Lanjuinais no se arredró por eso, y el decreto que se acordara el día anterior, fué revocado por una mayoría de 51 votos. Los jacobinos prorrumpieron de luego á luego en frenéticas exclamaciones. "Ayer," dijo Danton, "practicasteis un acto de justicia; cuidado de no desviaros de esa misma senda; si persistis en ejercer las facultades que habeis usurpado, si se continúan haciendo encarcelamientos arbitrarios, si no se vuelve á los magistrados públicos al ejercicio de sus funciones, después de haber demostrado á nuestros enemigos que les excedemos en moderación y en sabiduría, les haremos ver que tambien les superamos en audacia y en energía revolucionaria." "Habeis infringido los derechos del hombre," dijo Collot d'Herbois; "¡temblad! estamos á punto de seguir vuestro ejemplo; no se formaron para que sirviesen de salvaguardia á los tiranos. Cubrid con un velo á esa estatua de la libertad que colocasteis en medio de vuestro salon con tanto descaro; nosotros no hemos de cometer el crimen de contener por mas tiempo la indignación del pueblo (1)."

[1] Th., IV, 223, 224.
Tom. II.

La efervescencia que se habia comenzado á calmar á consecuencia del triunfo obtenido la noche anterior, renovóse con doble fuerza cuando se supo la revocacion del decreto. Robespierre, Marat, Danton, Chaumette y Pache, procedieron inmediatamente á organizar nueva rebelion; emplearon el 29 en organizar y disponer sus fuerzas. El 30 declaráronse insurreccionados los miembros del cuerpo electoral, los comisionados de los clubs y los diputados de las secciones; confirióse á Henriot el mando de la fuerza armada, y ofrecióse á los Sansculotes cuarenta sueldos diarios, mientras estuviesen sobre las armas. Luego que hubieron tomado estas disposiciones, mandaron tocar á rebato y generala al amanecer del día 31, y las fuerzas de los suburbios marcharon sobre las Tullerías, que era donde la Convencion se reunia [1].

Con motivo de esta rebelion, apareció el primer síntoma de division entre Danton y Robespierre y los mas frenéticos de entre los jacobinos; el primero deseaba que se aboliese la comision de los Doce, pero no que se infiriese ultraje alguno á la legislatura, y el segundo queria destruir á la Convencion con la fuerza de que podia disponer el cabildo. Pero ya en aquel periodo habia muchos revolucionarios que le superaban en vehemencia; la junta central de insurreccion habia resuelto llevar á cabo una revolu-

[1] Mig., I, 265. Lac., II, 70, 71. Th., IV, 225, 233.

cion general, á la cual daba la denominacion de moral, que habia de hacerse sin saqueo ni tropelia de ningun género, pero con un aparato de fuerza fisica tan imponente, que hiciese imposible toda resistencia. Cuarenta y ocho secciones se reunieron, y públicamente manifestaron la determinacion en que estaban de levantar el estandarte de la rebelion, y al amanecer del 31 de Mayo no se veia en Paris sino gente armada [1].

La guardia nacional y las fuerzas insurreccionadas encontrábanse al principio tímidas, sin saber á que autoridad obedecerian, ni el objeto con el cual se las convocara. Los terribles artilleros, genzaros de la revolucion, fueron los que tomaron la iniciativa. Los gritos de: Vive la Montagne! Perissent les girondins! (Viva la Montaña, mueran los girondinos), comenzaron á salir de sus filas, é hicieron ver cual era el fin á que la sedicion tendia; por medio de este paso lograron fijar á las fuerzas que se habian mostrado irresolutas. Descubrióse á poco, que el asunto de que se trataba era el de presentar una peticion, apoyada en las armas, á la asamblea, en la cual se solicitase la proscripcion de los veintidos caudillos de la Gironda; la estincion de la Comision de los Doce y la imposicion de un maximun sobre el precio del pan. (2)

En el arrabal de San Antonio que era el an-

[1] Th., IV, 236, 237.

[2] Lac., II, 71. Mig., I, 265. Th., IV, 233, 232.

Vastas fuerzas que se organizaron en los suburbios.

tiguo foco de todas las insurrecciones, fué donde tomó la sedición un aspecto de verdadero desenfreno. La idea del saqueo y del desorden era la única que pudiese servir de aliciente á aquel inmenso vecindario para alzarse. El cabildo alhagaba esta su propension á la rapiña, proponiéndole que marchase sobre el palacio Real, donde estaban situadas las tiendas mas acaudaladas de Paris. "Tomad las armas," esclamaban dirigiéndose á los vecinos del enunciado barrio los agentes del cabildo; "ved que la contrarrevolucion está á punto de operarse; en estos momentos se da ya el grito en el Palacio Real de "Vive le Roi," y se pisotea el estandarte nacional; cuantos allí habitan son cómplices de la maquinacion; marchad pues sobre el Palacio Real, y de allí sobre la Convencion." Pero los vecinos de aquel punto se habian preparado á la defensa; habianse cerrado las puertas del palacio, y estaban colocadas varias piezas de artilleria por todos los caminos que á ellos conducian. Cuando la inmensa selva de picas comenzó á desembocar por el lado de los arrabales, veíase á los artilleros con mecha encendida al pie de sus piezas, y aquel torrente revolucionario retrocedió dirigiéndose hácia el rumbo en que estaba situado el edificio donde se reunia el cuerpo legislativo que contaba con menos defensa. [1]

[1] Lac., II, 72. Th., IV, 247.

Habiase reunido muy temprano la Convencion, desde que se oyera tocar á rebato; los gefes del partido girondino, apesar de las vivas instancias que les hicieron sus amigos, dirigieronse todos al lugar del peligro. Habian pasado la noche en la casa de un amigo comun, todos reunidos, armados, y resueltos á vender cara la existencia; pero ausentaronse al amanecer, del asilo á que se acogieron, y fueronse á ocupar sus asientos en la Convencion, en los momentos que se oia el toque á rebato. Garat persistió en sostener que no existía razon alguna que pudiese inspirar rezelo; que una *insurreccion moral* era lo único de que se trataba. Pache, con hipócrita zelo, manifestó que habia mandado que se doblasen las guardias de la Convencion y prohibido que se disparase el cañonazo, señal de alarma. En aquellos momentos oyóse el estallido de la artilleria, é inmediatamente llegó á su colmo la agitacion de la asamblea. "Yo pido," dijo Thuriot, "que la comision de los Doce en este instante se disuelva." "Y yo" dijo Tallien, "que la cuchilla de la ley hiera á los conspiradores que tiene la Convencion en su seno." Los girondinos insistieron en que se llamase á la barra á Henriot, comandante en gefe de las fuerzas de la capital, por haber tocado á rebato sin autoridad de la Convencion. "Si se trata de que empenemos una lucha," dijo Verguiaud, "sea cual fuere su resultado, no dará otro que la destruccion de la República. Juren todos los miembros, que perecerán en sus puestos." Todos presta-

ron juramento, pero á pocas horas olvidaronlo. "Disolved la Comision de los Doce," dijo Danton con su voz estentórea; "ya habeis oido el estallido del cañon. Si teneis alguna discrecion política, aprovechaos de la agitacion pública y servios de ella como de un pretesto para cejar un tanto y rehaceros de la popularidad que habeis perdido. Dirijome á aquellos de los diputados que tienen alguna consideracion á la posicion en que se han puesto, y no á esos insensatos mortales que solo dan oido á sus pasiones. No vacileis pues por mas tiempo en satisfacer al pueblo." "¿A qué pueblo?" preguntó Vergniaud. "A ese pueblo," contestó Danton, "á esa masa inmensa que constituye nuestra vanguardia, y que detesta toda especie de tirania, al mismo tiempo que esta baja moderacion por medio de la cual en breve volveria á entronizarse. Apresuraos, pues, á satisfacerle; libertadle de los aristócratas; salvadle de su propia furia; y si despues de hecho esto continuase aun el movimiento, no tardará Paris en esterminar á las facciones que alteran su reposo." [1]

Las Tullerías fueron bloqueadas por la muchedumbre; la presencia de esta y el insolente lenguaje de que hacian uso los solicitantes que se iban admitiendo sucesivamente á la barra de la asamblea, sugirieron á los jacobinos la idea de consumir en aquel instante la destruccion de sus opositores. Barrere y la jun-

(1) Mig. I, 266.

ta de seguridad pública propusieron como convenio, que la Comision de los Doce fuese disuelta; Robespierre y sus sócios insistieron en que se encarcelase inmediatamente á los girondinos. "Ciudadanos," dijo aquel, "no perdamos el tiempo en una inútil grita y en insignificantes proposiciones. El dia de hoy es acaso el último en que luche la libertad contra la tirania." "Presentad pues vuestra mocion," exclamó Vergniaud; "Sí," contestó Robespierre, "presento mi mocion ¡y la presento contra vos! Contra vos que despues de llevada á cabo la revolucion del 10 de Agosto, procurasteis enviar al cadalso á los hombres que la consumaran; contra vos que incesantemente habeis sugerido medidas funestas á la prosperidad de Paris; contra vos que tanto os esforzasteis por salvar al tirano, contra vos que habeis conspirado con Dumouriez para echar por tierra al sistema republicano; contra vos que habeis atacado con teson todos aquellos de quienes Dumouriez pedia la cabeza, y contra vos en fin, cuya venganza criminal ha provocado esos gritos de indignacion que ahora echais en cara como un crimen á los mismos que han padecido á consecuencia de esa venganza. Pido que se ponga inmediatamente en acusacion á los que han conspirado con Dumouriez para destruir á la República, y cuyos nombres se especifican en las peticiones que ha hecho el pueblo." La asamblea impelida por el riesgo que la rodeaba, adoptó como el paso mas prudente, la proposicion de Barrere y de la junta de seguridad pú-

blica, relativa á la supresion de los Doce, desentendiéndose de las violentas peticiones de los jacobinos; cuya medida fué un fatal ejemplo de sumision, á los deseos imperiosos del pueblo que llegó en breve á ejercer sobre la Convencion un total dominio [1].

Pero no era la intencion de los revolucionarios la de detenerse á la mitad de la carrera de violencia que comenzaron. En la noche del 31 manifestó Billaud Varennes en el club de los jacobinos "que no habian hecho su obra sino á medias, y que era necesario inmediatamente concluir la antes que el ardor del pueblo se mitigase. "Estad persuadidos, dijo Bourdon de l'Oise, de que todos los que desean formar una aristocracia de la clase media, no tardarán en reflexionar en las medidas á cuya cooperacion se les convoca. Ahí los tenemos que ya preguntan, cuándo se les dice que se subleven, ¿pero contra quién habemos de insurreccionarnos? ¿no hemos destruido á la aristocracia y al clero? ¿quiénes, pues, son nuestros opresores?" Temiendo que se operase una reaccion en este sentido, se propusieron mantener al pueblo en una agitacion incesante. El 1º de Junio fué el dia que dedicaron á quedar del todo prevenidos, y en la noche se subió Marat al campanario del palacio municipal y tocó á rebato. Toda la noche se estuvo tocando generala, y al amanecer del 2 no se veia en Paris sino gente armada [2].

(1) Mig. I, 268. Lac. II, 73. Toul. III, 413. Th. IV, 125, 255.

(2) Mig. I, 269. Th. IV, 258, 259. Toul. III, 414.

En este dia, último de su vida en que hubieran de estar reunidos, comieron juntos los girondinos para deliberar sobre los medios de defensa que les quedasen aun en la desesperada posición que guardaban. Sus opiniones, como de ordinario acontecia, fueron discordantes. Algunos eran de sentir que debian mantenerse firmes en sus puestos y morir en sus sillas curules sosteniendo hasta el último trance el sagrado carácter de que se hallaban investidos. Petion, Buzot y Gensonné apoyaron esta resolucion triste á la vez que magnánima. Barbaroux, no dando oido sino á su intrépida energía, deseaba provocar, presentándose en la Convencion, á sus enemigos. Otros hubo, y entre ellos Louvet, que sostuvieron con empeño que el paso que se debia dar, era el de separarse inmediatamente de la Convencion donde ya no podian mezclarse con libertad en las discusiones, y cuya mayoría estaba dominada por el terror que á los jacobinos tenia, y retirarse cada cual á su respectivo departamento, para volver sobre Paris con una fuerza que bastase á vengar los ultrages á la representacion nacional inferidos. Estaban aun deliberando, cuando el toque á rebato y los redobles de los tambores, dándoles á saber que habia estallado la insurreccion, les hizo disolverse sin haber acordado medida alguna decisiva (1).

A las ocho de la mañana se puso Henriot á la cabeza de las inmensas columnas de hombres armados que se habian reunido en derredor del

(1) Th. IV, 260.

palacio municipal, se presentó ante el cabildo, y espuso, en nombre del pueblo insurreccionado, que no se rendirían las armas hasta conseguir la prision de los malos representantes.

Las fuerzas que con tal motivo se habian reunido, eran en sumo grado considerables. Aquel aparato de 160 piezas de artillería, chirriones, carros de balas de todos calibres, hornos de bala roja, artilleros con mechas encendidas y espadas desnudas, parecia desplegarse mas bien para poner sitio á una fortaleza inespugnable, que para atacar al pacífico cuerpo legislativo. Agréguese á esto que varios batallones que habian marchado en la mañana en direccion de la Vendée, recibieron contra orden y regresaron á Paris en la mayor efervescencia. Repartiéronles desde luego asignados de á cinco francos, y pusieronse á las órdenes de Henriot proponiéndose obedecerle aun cuando se tratase de atacar á la Convencion. Despues de haberles dirigido una alocucion en la plaza de Greve, incorporóse al resto de los sediciosos; y poniéndose al frente del total de sus fuerzas, se encaminó hácia el Carrousel. A las diez veíanse interceptados todos los caminos que conducen á las Tullerías, por densas columnas de artillería; y se hallaban cercados por ochenta mil hombres los indefensos representantes del pueblo [1].

Pocos de los diputados proscritos concurrían

(1) Mig. I, 269. Toul. III, 415, 424. Th. IV, 261, 262.

ron á la sesion de aquel dia. El intrépido Lanjuinais figuraba en el número de los que no faltaron; habiendo tomado la palabra, hizo desde la tribuna una pintura horrible pero esacta del estado en que se hallaba la asamblea, la cual, decia, habia estado deliberando por espacio de cuatro dias bajo los puñales de asesinos, se habia visto amagada por fuera por una frenética turba; dominada por dentro por una faccion que, ocurriendo á la violencia, habia hecho marchar al cuerpo legislativo de degradacion en degradacion, premiando su condescendencia con la arrogancia y su sumision con ultrajes. "Mientras pueda yo levantar mi voz en este recinto, prosiguió diciendo, jamás permitiré que se envilezca á la representacion nacional en mi persona. Hasta aquí nada habeis hecho; solo habeis padecido; habeis sancionado cuanto se ha querido que sancionaseis. Hé ahí que se forma una insurreccion, que nombra una junta que organice su movimiento, y un comandante en gefe de la fuerza armada con el fin de que la dirija, y tolerais que se forme esa insurreccion, que se establezca esa junta y que se nombre ese comandante." Al proferir estas palabras, ahogaron su voz los gritos que arrojaron los miembros de la Montaña, y los jacobinos se abalanzaron hácia él con el intento de arrancarle de la tribuna; empero sostúvose en su puesto, y logró al fin imponer silencio el presidente. "Pido, dijo por conclusion, que inmediatamente sean disueltas las autoridades revo-

lucionarias de Paris; que se anulen las medidas que hace tres dias se han acordado, y que se declare fuera de la ley á cuantos ejercen una autoridad ilegítima." Apenas hubo terminado, cuando se presentó una comision de los sediciosos, solicitando la prision del miembro que acababa de hablar y la de los demas girondinos. El lenguaje en que se espresaron, era lacónico y terminante. "Los ciudadanos de Paris, dijeron, han estado por espacio de cuatro dias sobre las armas; por espacio de cuatro dias han estado pidiendo á sus mandatarios la reparacion de sus derechos que tan escandalosamente han sido violados, y en estos cuatro dias nada han hecho sus mandatarios para satisfacerles. Los conspiradores deben ser inmediatamente aprehendidos; debeis inmediatamente salvar al pueblo, ó el pueblo proveerá á su seguridad por sí propio." "Salvad al pueblo, esclamaron los jacobinos, salvad á vuestros colegas, accediendo á que provisionalmente se les arreste." Barrere y los miembros del partido neutral, instaron á los diputados proscritos á que tuviesen la generosidad de hacer renuncia de sus puestos en obsequio de la tranquilidad pública. Isnard, Lanthenas y varios otros se prestaron á esta peticion, pero negóse á ello terminantemente Lanjuinais. "Hasta aquí, dijo, he hecho ver que no carezco de entereza, y no habrá de faltarme en el último trance; no esperéis, pues, de mí suspension ni renuncia." Habiéndole interrumpido con palabras vehementes la izquierda, añadió: "Cuando los antiguos

preparaban para el sacrificio una víctima, adornábanla con guirnaldas de flores al conducirla al ara; inmolábala el sacerdote, y no la dirigia insultos ni injurias; pero vosotros, mas crueles que aquellos, ultrajais á victimas que no hacen el menor esfuerzo por libertarse del sacrificio." "He jurado morir en mi puesto, dijo Barbaroux, y cumpliré con mi juramento. Inclinaos, si os place, ante la municipalidad, vosotros que os habeis negado á imponer un freno á la perversidad de sus miembros, ó mas bien, imitad el ejemplo que os presentamos nosotros cuyo pronto esterminio le hace pedir su furia; sosteneos y arros-trad su encono. Podreisme hacer perecer á los golpes de sus puñales, pero no me hareis prosternar á sus pies [1].

Entretanto que reinaba la mayor agitacion en la asamblea y se hallaba alternativamente dominada por el terror y la admiracion, Laeroix, uno de los íntimos amigos de Danton, entró despavorido á la Cámara diciendo que se le habia detenido á la puerta, y que los miembros de la asamblea se hallaban encarcelados dentro de su recinto. Entonces la causa de la sedicion hubo de quedar completamente descubierta; no eran Danton ni la Montaña los que la dirigian, sino Robespierre Marat y el cabildo. "Preciso es," dijo Danton, "que inmediatamente vengüemos ese ultraje que á la representacion nacional se infiere; mar-

(1) Mig. I, 270, 271. Lac. II, 72, 73. Toul. III, 430, 434. Th. IV, 264, 265.

chemos y aterremos á los sediciosos con la magestad del cuerpo legislativo." En efecto, con su presidente á la cabeza encaminose la Convencion, con aspecto triste, hácia la puerta principal que caía al palacio del Carrousel donde se encontraron con Henriot á caballo, con espada en mano y al frente de los mas entusiastas batallones de los suburbios. "¿Qué es lo que pide el pueblo?" preguntó el presidente

Las cuadrillas de hombres armados repelen á la Convencion.

Herault de Sechelles; "la convencion no se ocupa sino de procurarle su bienestar." "Herault," contestó Henriot "no se engaña al pueblo con buenas palabras; pide que sean entregados los 24 diputados culpables." "Mas bien pide que nos entreguemos todos," exclamaron los representantes que rodeaban al presidente "¡Artilleros! grito Henriot, ¡a vuestras piezas!" Abocáronse dos cañones cargados á metralla sobre el cuerpo legislativo, que maquinalmente retrocedió, y que despues de haber procurado en vano escarpase por las otras puertas del jardin, se volvió aterrado á la Cámara. Siguióle Marat capitaneando á una cuadrilla de malhechores. "Os mando, dijo dirigiendose á la asamblea, en el nombre del pueblo, que vengais á ocupar vuestros asientos, de libereis y obedezcais [1]."

Cuando hubieron ocupado sus asientos los miembros, tomó la palabra Cout-hon. "Ya os ha convencido la evidencia, dijo, de que la Convencion

(1) Lac. II, 76, 77. Mign., I, 268, 272. Th., IV, 268, 270.

se encuentra en una libertad completa; la indignacion del pueblo solo pesa sobre algunos miembros indignos; el pueblo nos tributa sus homenajes y su afecto; obremos pues con arreglo á nuestra conciencia y segun sus deseos. Propongo que Lanjuinais, Vergniaud, Sillery, Gensonné, Le Hardi, Guadet, Petion, Brissot, Boileau, Birotteau, Valazé, Gomaise, Bertrand, Gardieu, Keverlegan, Mellevant, Bergoien, Barbaroux, Ledon, Buzot, Lasource, Rabaut, Salles, Chambon, Gorsas, Grangeneuve, Le Sage, Vigie, Louvet y Henri Lariviere, sean inmediatamente prendidos." La Convencion acordó este decreto con el puñal á la garganta, habiendo habido una gran parte de sus miembros, que tuvo la entereza de protestar contra aquella violencia y de negarse á prestar su voto. Esta medida por medio de la cual se labraba la Convencion su propia ruina, se aprobó por solo la Montaña y unos cuantos de sus adictos, pues una considerable mayoria no quiso tomar ningun participio en ella. La muchedumbre arrojó tumultuosos gritos y dispersóse; su victoria habia sido completa; la municipalidad de Paris acababa de destruir á la representacion nacional [1].

En aquel dia se terminó la carrera política de los girondinos; desde entonces quedaron en la esfera de simples individuos, y no llamaron la atencion sino por la entereza que ostentaron durante la adversidad y en los momentos de su muerte. Su lucha con los jacobinos fué una prolongada contienda entre las dos clases que

(1) Mig., I, 272, 273. Lac. II, 78, 79. Th. II, 272.

ordinariamente se suceden en el poder durante las revoluciones.

El partido temerario y debil, pero ilustrado y generoso, que creyó que imperaba la razon en las asambleas populares, pereció por haber querido poner dique al torrente que desenfrenara, vengar las matanzas de Setiembre, impedir la decapitacion del rey, y oponerse á la institucion del tribunal revolucionario y la de la junta de Seguridad pública. Perecieron cuando se agitaron pasiones mas vehementes que las suyas, cuando comenzaron á amenazar al pais peligros de la mayor cuantía, cuando llegó la epoca en que se reputase á la moderacion por un crimen. Donde entonces, puesto que toda formula legal fué hollada, y sofocada toda queja contra la violencia con la prision de los girondinos, marchó el despotismo democrático sin obstáculo alguno por la carrera que comenzara, y egerció una irresistible soberania la terrible dictadura que formaban la junta de Seguridad pública y el tribunal revolucionario. [1]

Al principio redújose á sus propias casas la prision que se impuso á los miembros proscritos. Muchos hubo entre ellos, que tuvieron el medio de emprender la fuga antes que se espidiese la orden para que se les encarcelase. Barbaroux, Petion, Henri Larivière, se trasladaron á Caen, ciudad de Normandia, donde se hi-

Muchos de los girondinos se escaparon á las provincias.

(1) Th. IV, 275, 276.

zo una debil tentativa de resistencia contra la autoridad que la plebe de Paris usurpara, oposicion que cedió desde luego á los esfuerzos que impendieron los emisarios jacobinos. Louvet se fugó á Burdeos, y posteriormente anduvo errante por los bosques y cavernas del Jura, donde ocupó sus horas solitarias en componer las bien escritas memorias de su vida. Vergniaud, Guadet, Brissot y los demas caudillos del partido, fueron á poco encarcelados, y despues de haber sufrido un penoso encierro, fueron conducidos al cadalso. (1)

Su juicio y sentencia se efectuaron en el mes de Octubre, ante el tribunal revolucionario.

La Convencion espidió un decreto mandando que se les procesase; la acusacion que contra ellos se dirigia, era general á todos; pero en ella habia cargos especiales que solo afectaban á 5 ó 6 de los acusados. Insistieron en que se les dejase egercer el derecho que tenian á defenderse separadamente, pero los jacobinos, la junta de Seguridad pública y la Convencion, vieron en este empeño una incontestable evidencia de una nueva conspiracion. Para evitar el supuesto peligro y precaverse del efecto que podia producir la notoria elocuencia de los acusados, por medio de la cual habian logrado ya commover á sus oyentes, el tribunal revolucionario, despues de haber continuado por algunos dias el proceso, obtuvo de la Convencion

Proceso y sentencia de los girondinos.

Octubre 29.

(1) Mig. II, 293.

un decreto por el cual se le autorizaba á dar por convictos á los acusados y á fallar contra ellos tan luego como quedase persuadido del delito de que eran culpados, *ora se hubiesen, ó no se hubiesen oído sus descargos.* (1)

Los fundamentos en que se apoyaba la acusacion, eran de lo mas despreciable. Chaumette hizo una relacion de las luchas que habia sostenido contra la municipalidad el lado derecho, sin agregar á esto un solo dato que pudiese acriminar á los acusados; el malvado Hebert refirió los pormenores de la prision que le impusiera el tribunal de los Doce, y alegó que Roland habia procurado corromper á los escritores públicos, pues se habia ofrecido á fomentar su obsceno periódico titulado *Le Pere Duchesne*, y Destournelle declaró que los acusados habian hecho los posibles esfuerzos por esterminar el cabildo, que habian manifestado disgusto por las matanzas que se habian cometido en las cárceles, y trabajado con empeño para instituir una guardia departamental. Chabot fué el mas vehemente de los testigos que se presentaron á deponer contra ellos; atribuyóles haber observado durante toda la revolucion, una política maquiavélica, haber procurado cuanto habia sido dable, convertirlo todo en provecho propio, y aun haber permitido las matanzas cometidas en Setiembre con el intento de que sucumbiesen entre las demas víctimas algunos de sus enemigos. [2]

(1) Toul. IV, 114. Th. IV, 389. Mig. II, 293. Lac. II, 78, 79. Lonv. p. 1.

(2) Th. V, 384.

Nueve dias duró el proceso. Al cabo de este tiempo declaróse convencido el jurado, habiendo sido inútiles toda la elocuencia de Vergniaud, toda la vehemencia de Brissot. El tribunal leyó entonces á los acusados el decreto de la Convencion, en que se le autorizaba á *corrar* la causa tan luego como el yuri se considerase suficientemente convencido; de lo cual dedujeron que ya de antemano se tenia decidida su suerte, y que se les iba á sentenciar sin haber oido sus descargos. Pusieronse todos en pie; y con exclamaciones en que espresaban su indignacion, ahogaron la voz del presidente del tribunal, que les leia el fallo. Valazé se dió una puñalada y cayó muerto en presencia de los jueces, quienes inmediatamente mandaron que se trasportase en una carreta su cadáver al lugar del suplicio, y fuese decapitado en union de los demas presos. La Source exclamó, "Voy á morir en un tiempo en que el pueblo ha perdido el juicio, pero vosotros morireis, tan luego como lo recobre." Los demas presos se dieron mutuos abrazos y gritaron "¡Vive la Republique!" Los concurrentes á esta escena, apesar de componerse en su mayoría, de los asesinos del 2 de Setiembre, vertieron abundantes lágrimas. [1]

Los amigos de Vergniaud, en extremo inquietos de su suerte, le habian provisto de un activo tésigo; empero rehusóse á emplearlo, por acompañar

Muerte heroica de los girondinos.

(1) Toul. 114. Lac. II, 99. Mig. II, 294. T. V, 389, 390, 391,

al cadalso á sus compañeros. Su elocuencia, que se exhalara la noche antes de su ejecucion, sobre la moribunda libertad de la Francia, en torrentes de un esplendor inimitable, tuvo arrobados hasta á los tristes habitantes de su cárcel. El 31 de Octubre fueron conducidos al patíbulo estos ilustres presos, y caminaron á él juntos con paso firme, y cantando la canción revolucionaria que se aplicaron á sí propios haciendo una leve variacion en la otra:

“Allons enfans de la patrie,
Le jour de gloire est arrivé;
Contre nous de la tyrannie,
Le couteau sanglant est levé.”

¡Marchemos, hijos de la patria! el día
De gloria es llegado,
Contra nosotros, de la tiranía
Está el puñal sangriento levantado.

Cuando llegaron al lugar de la ejecucion, se abrazaron unos á otros exclamando: “Vive la République!” El primero que subió al cadalso, fué Sillery; saludó con gravedad al pueblo, y recibió el golpe fatal con inalterable firmeza. Todos murieron con una resolucion digna de romanos; protestando hasta el postrer aliento cuanto amaban á la libertad y á la República [1].

Un jóven llamado Girey Dufocé fué llevado ante el tribunal revolucionario. Preguntóle el presidente si habia sido amigo de Brissot. “Tu-

[1] Lac. II, 95, 100. Th. V, 392. Nig. II, 204. Toul., IV, 115. Riouffe, 51, 52.

ve la felicidad de serlo, contestó: “¿Qué opinion habeis formado de él?” “Mi opinion es la de que vivió como Aristides y murió como Sidrey,” volvió á contestar con intrepidez el jóven. Inmediatamente se le mandó al cadalso donde recibió la muerte con la misma entereza que su difunto amigo (1).

Rabaud Saint Etienne, uno de los mas ilustrados y virtuosos de los diputados proscritos, se habia fugado de Paris poco despues del 2 de Junio. Cansado de andar errante por las provincias, volvió á la capital, y vivió en ella oculto en la casa de uno de aquellos amigos fieles de que presentó la Revolucion tantos ejemplos. Su muger, dominada por un tiernísimo afecto hacia él, velaba incesantemente por su vida. Un dia encontröse en la calle con un jacobino que la aseguró que tomaba el mayor interés por su marido, y le manifestó que deseaba darle asilo en su propia casa. Noticioso de esto Rabaud, y queriendo salvar á su generoso huesped del peligro que por él corria, dió aviso al jacobino del lugar donde estaba oculto, y le designó una hora de la noche para que viniera á buscarle. Aparecióse el pérfido acompañado de gendarmes, quienes arrastraron á la víctima, á su generoso huesped y á la muger de este ante el tribunal revolucionario, de donde fueron conducidos al cadalso [2].

Desesperada de haber sido la causa, aunque inocente, de traicion tamaña, la esposa de Ra-

[1] Lac., II, 100.

[2] Lac., II, 100.

baud, que se hallaba en la flor de su juventud, se dió la muerte.

Madama Roland fué la siguiente víctima inmolada. Desde muy temprano habíase comprendido á esta heroína en la proscripción de los girondinos, á quienes casi exclusivamente dominaba por medio de sus brillantísimos talentos. Habiendo sido confinada en la cárcel de la Abadía, empleó los penosos meses que permaneció en su cautiverio escribiendo las memorias que nos muestran los pormenores de su vida fecunda en sucesos. Con firme mano describió, en aquella mansion tenebrosa, las épocas de placer y de amargura de que se formara su existencia; los ensueños brillantes y el ardiente patriotismo de sus años juveniles; las escenas tempestuosas y fértiles en acontecimientos que presencié mas tarde, y el terror que la dominara y las angustias que padeció en el último período de sus días. En medio de los padecimientos con que la afligiera el frenesí del pueblo, en los momentos de morir hecha víctima de la vehemencia de la muchedumbre, no se apartó ni por un instante de los principios que desde su juventud profesara, ni se arrepintió de ser mártir de la causa de la libertad. Aun cuando algunas veces, al acordarse de su hija y su marido, se deshacía en llanto, recobraba su entereza en todas las circunstancias solemnes. Las Memorias revelan una serenidad de alma imperturbable, aunque con frecuencia la hiciesen interrumpir sus tareas

Proceso de la señora Roland y su muerte.

clamores de los presos, á quienes sacaban los verdugos, de los calabozos contiguos al suyo, para conducirlos al cadalso [1].

El día de su comparecencia ante el tribunal, estaba vestida con esquisito esmero, de blanco. Su hermoso cabello negro la bajaba en abundantes bucles á la cintura; este desórden, que daba realce á su belleza, era debido á sus carceleros que la habian privado de todos los medios de aderezarse. Eligió el color blanco para vestirse, para presentar con él un emblema de la pureza de sus sentimientos. Su defensor, que lo era M. Chaveau Lagarde, pasó á verla con el objeto de recibir sus últimas instrucciones; nuestra heroína, sacandose un anillo del dedo, díjole; "Mañana ya no existo; muy bien sé la suerte que me espera; de nada me podrá servir vuestro bondadoso apoyo; por su medio os perjudicariais sin lograr salvarme, y de consiguiente os ruego que no comparezeais ante el tribunal, y que acepteis esto como última muestra de mi consideracion hácia vos." Su defensa, que ella misma compuso, la noche antes que se pronunciase su sentencia, es uno de los mas elocuentes y patéticos monumentos que la revolucion ofrece. Las contestaciones que daba á las preguntas de sus jueces, la dignidad de su continente y la belleza de su figura, hicieron derramar copioso llanto hasta á los frenéticos revolucionarios que habia entre los concurrentes.

Conducta generosa que observó.

[1] Riouffe, 56, 57. Lac., II, 100. Roland, I, 97.

Viendo el tribunal que no encontraba mérito para decretar la sentencia, preguntóle el presidente si sabia á qué lugar se habia retirado su mando, y contestó que "aun cuando lo supiese no lo diria; y que no existia ley que la obligase á violar, ante un tribunal de cualquier genero que fuese, los afectos mas fuertes de la naturaleza." Oido esto, condenosela desde luego á muerte. Cuando se hubo dado fin á la lectura de su sentencia, levantóse y dijo; "Ya que me juzgais digna de participar de la suerte de los hombres ilustres á quienes habeis asesinado, procuraré imitar la entereza que ostentaron en el cadalso." Volvióse á su prision con ágil paso y alhagüeno rostro. Parecia tener entregada enteramente su alma á los heroicos sentimientos que la animaban. [1]

Condujosela al cadalso en la misma carreta en que iba un hombre que no poseia su entereza. Al atravesar por las calles, observósele el mayor anhelo por alentarle. Hacia esto con tanta sencillez y con tan buen efecto, que varias veces logró ver sonreír al que marchaba á morir con ella. Al llegar al punto de la ejecucion, inclinóse ante la gigantesca estatua de la libertad, y pronunció aquellas memorables palabras de "Oh libertad! ¡qué de crímenes se perpetran en tu nombre!" Cuando llegaron al pie del cadalso, tuvo la generosidad de renunciar, en favor de su compañero, el privilegio de morir primero.

(1) Roland, I, 40, 41, 48. II, 439. App. Q., p. 425. Riouff, 87.

"Subid vos antes," dijo; "pueda yo siquiera ahorraros el tormento de que veais correr mi sangre." Volviéndose entonces al verdugo, preguntóle si la seria permitido hacer este convenio, y contestóle "que la orden era de que ella habia de ser la primera que muriese. "No podreis," replicóle ella sonriendo, "estoy segura, rehusaros á la última suplica de una muger." Sin que la demudara el espectáculo que inmediatamente se siguió, inclinó con serenidad hacia la guillotina su cuello, y murió con la tranquilidad que durante su prision desplegara. [1]

Madama Roland habia predicho que su marido no la sobreviviria mucho tiempo; no tardó en cumplirse su profecía.

Pocos dias despues encontróse muerto en el camino de Paris á Ruan; atravesóse con su espada en aquel sitio, con el fin de que no se pudiese descubrir á los generosos amigos que le habian dado asilo en su infortunio. Encontrósele en el bolsillo una carta que estaba concebida en estos términos: "Quién quiera que seas, ¡oh transeunte! que encuentres mi cadáver, respeta los restos de un infortunado; son los de un hombre que toda su vida dedicó á ser útil á su patria, y que murió como habia vivido, virtuoso y sin mancilla. ¡Ojala en lo sucesivo adopten mis conciudadanos, sentimientos mas humanos que los que hoy profesan! No el temor, sino la indignacion, me hizo abandonar mi retiro cuando el asesinato cometido en mi muger llegó

(1) Roland, I, 43, 44. Lac., X, 278.

á mi noticia. Inspiróme aversion un mundo que está manchado de tantos crímenes." [1]

Los demas gefes del partido se dispersaron en las provincias, corrieron innumerables riesgos y salvaron sus vidas por medios mas portentosos que aquellos de que suelen hablarnos las novelas. Louvet debió su salvacion al leal cariño de una muger. Barbaroux, Buzot, Petion y Valazé fueron ocultados en una caverna de Saint Emelion por una hermana de Guadet. Pocos fueron los que lograron sustraerse de las empeñosas pesquisas de los jacobinos; [2] sus memorias ostentan una prueba notable de la indignacion que inspira á las almas entusiastas y virtuosas el triunfo de una ambicion punible.

Hé aquí como se estinguió el partido de la Gironda, que si bien fué nocivo por sus medidas, y culpable por su imprudencia, fué distinguido por sus talentos, y al caer se cubrió de gloria. Comprendió en su seno á todos aquellos varones que eran filántropos por sentimientos, ó republicanos por principios; ostentábanse en él la entereza, la humanidad y la benevolencia. Empero tambien figuraron en sus filas otros hombres de mas bajo temple; muchos hubo que hicieron uso de su ingenio para satisfacer su ambicion, y que pospusieron el bienestar de su pais á la elevacion de su partido. Vino abajo esta faccion á los esfuerzos de otra que constaba de hombres

(1) Roland, I, 45, 46. Lac., X, 278.

(2) Memorias de Buzot, Louvet y Barbaroux. Lac. X. 280.

vulgares, pero de un carácter mas resuelto; que tenian sentimientos menos rectos, pero que estaban mas instruidos en la maldad práctica. Aun cuando se hallaba adornada de brillantísimos talentos, aun cuando se apoyaba en una vigorosa elocuencia, y obraba las mas veces impelida por las mas nobles intenciones, sucumbió víctima de un bando vil y despreciable; sucumbió á manos de hombres pertenecientes á la hez del populacho, y dominados por una ambicion criminal y egoista. Tal fué siempre, y en todas épocas será, el resultado de las convulsiones revolucionarias que se operen en la sociedad, cuando no las hagan desde sus principios una vigorosa oposicion las altas clases del estado, firmemente unidas. En toda lucha que se trabaje entre opuestas facciones, veráse con frecuencia á los hombres virtuosos y moderados ser víctimas de los depravados y audaces; la prudencia de aquellos es un obstáculo que se opone á sus empresas, la virtud sirve de freno á su ambicion y la humanidad paraliza sus esfuerzos. Sucumben por que se retraen de la violencia, que se vuelve, en épocas calamitosas, un medio esencial de obtener buen éxito en las revoluciones.

Los principios que profesaba aquel partido ilustre, hacíanle poco á propósito para tomar una parte enérgica ó fructuosa en los negocios públicos. La aversion que tenia á todo acto violento, el horror que la efusion de sangre le inspiraba, haciale absolutamente incapaz de lidiar con sus sanguinarios antagonistas. Mejor quisie-

ron sus miembros padecer que cometer violencia alguna, morir en la lucha que sostuvieran para conservar á la libertad, que vivir cooperando á las atrocidades que debian destruirla. Los principios que adoptaron cuando al fin se les llegó á poner en la crítica situacion en que se vieron, fueron los mismos que con tanta exactitud espresó Luis XVIII, cuando se le instaba á que mandase asesinar á Napoleon: "En nuestra familia ha habido asesinados, pero no asesinos." [1]

El error mas grave que cometieron, error que no pudieron espisar con todos sus posteriores infortunios, consistió en el fuerte empeño que tomaron por conservar en una incesante agitacion el espíritu público. La tempestad que por medio de su elocuencia acumularon, no la pudieron aplacar despues con su sabiduria. Levantaron al pueblo en masa el 10 de Agosto, en contra del trono; no pudieron conseguir salvar al rey el 21 de Enero, y perecieron bajo la cuchilla del populacho, cuyas frenéticas pasiones exaltaron. Tal es la marcha general de las revoluciones. Sus primeros caudillos se convierten en objetos de encono, tan luego como han establecido su dominio; los turbulentos y los ambiciosos se coligan para destruir una autoridad que desean con ansia egercer; adulan el desenfreno popular con mayor descaro, presentan mas vehementes protestas de amor al bien público, y alzan en breve á la muchedumbre contra los que han obtenido

(1) Memorias relativas á Luis XVIII, I. 221. Ruzot, 10.

una influencia que para ellos propios desean. Entonces el poder pasa á manos de los hombres mas depravados; todo lo obtienen, porque ningun escrúpulo les arredra.

Los girondinos y el partido constitucional de Francia resintieron, cuando intentaron invocar en su auxilio á sus antiguos aliados para contener los progresos de la revolucion, el necesario efecto de los falsos principios, á los cuales normaran su conducta, y conocieron la naturaleza nociva de las doctrinas que tanto empeño se habian tomado en diseminar por el pueblo. Desde el punto en que las emitieron, ya no les fué dado jamas impetrar el ausilio de las altas corporaciones del estado, el de los propietarios, ni el de los que sostenian el despojo. Ninguna confianza podian inspirar á los primeros, desde el instante en que decretaron la confiscacion de los bienes eclesiasticos, persiguieron al clero, espidieron la dura ley contra los emigrados, provocaron la revolucion del 10 de Agosto, y condenaron á muerte, con sus sufragios, al monarca; los últimos concibieron para con ellos todo aquel encono que suscita en un partido el engaño y la traicion de otro partido, tan luego como procuraron hacer pesar el poder del egecutivo sobre hombres con quienes habian obrado de consuno, y para sofocar principios de que ellos mismos se sirvieran para ocasionar revolucion tan formidable. Aquella desconfianza por un lado, y esta idea de traicion por el otro, es lo que con tanta celeridad destruyé el ascendiente de los

autores de una revolucion, cuando procuran contener sus excesos, y lo que hace que los caudillos de formidables huestes se vean destituidos en un año de todo su prestigio y despreciados en el siguiente. De todos los cargos que contra ellos se hagan, el de haber sido inconsecuentes es el que jamas pueden destruir; el encono que inspiran por haber abandonado sus principios, es lo que neutraliza los esfuerzos que hacen aun para corregir los abusos que de ellos se hagan. Los girondinos y los partidarios de la constitucion resintieron este penoso cambio en todas las posteriores epocas de la revolucion. La Fayette fué el hembre de mayor prestigio en Francia, cuando en 1789 empleó á la guardia nacional contra la monarquia, pero no encontró treinta hombres que se presentasen á seguirle, cuando en 1792 emprendió la defensa del trono; y el mismo que domiára al populacho el 5 de Octubre, solo pudo salvarse de su ferocidad yendo á que los austriacos le encarcelasen en una torre. Vergniaud y los girondinos fueron omnipotentes mientras declamaron contra la supuesta traicion de la corte, é inflamaron á la nacion para precipitarla en una guerra contra todas las demas potencias europeas; pero cuando reprobaron en sus vehementes discursos las maldades perpetradas en las carceles, cuando indirectamente procuraron salvar la vida del monarca, perdieron absolutamente la popularidad de que gozaran, y fueron encarcelados y enviados al cadalso en medio de los aplausos de aquella

misma muchedumbre que poco antes les colmaba de aclamaciones.

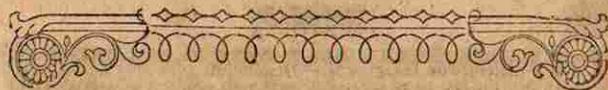
Los hechos que quedan enunciados, presentan una importante conclusion en materia de ciencia politica, y es la de que jamas pueden refrenar con buen éxito la justicia y la violencia de un partido revolucionario, aquellos que profesaron sus principios; y que los amigos del orden no pueden cifrar sus esperanzas en tal caso, sino en aquellos que con resolucion se resistieron á cooperar á la adopcion de medidas injustas, por muchas instancias que se le hiciera. Tienen un no sé qué, el valor y la firmeza, que impone respeto aun en medio del encarnizamiento de las facciones; y si se intenta una reaccion contra el dominio de la violencia, débense elegir sus caudillos, no de entre aquellos hombres que abandonaron á sí propia la marcha de la Revolucion, sino de entre los que desde sus principios constantemente la contrastaron. Con toda confianza pelea un soldado bajo los pendones de un hombre esperto y decidido que en otro tiempo fué su contrario, pero lidiará con rezelo á las órdenes de un general; que alguna vez haya abandonado, durante el combate, sus banderas. Los escritores republicanos han incurrido en un error, al decir que los horrores de la Revolucion provinieron de no haberse arrojado el rey sinceramente en los brazos del partido constitucional. Con tales aliados jamas habria logrado dominar á la faccion jacobina, que estaba apoyada como lo hemos visto por una parte tan considerable de la poblacion urbana de Francia; los realistas

fueron los que únicamente pudieron haber sacado buen partido de la fuerte reacción que contra la revolución suscitaron los primeros actos que descaradamente se cometieron contra el trono. Los sucesos prestan abundantes pruebas de la exactitud de este aserto. En ningún periodo de la revolución se hallaban los partidos orleanista y girondino en la posibilidad de oponer una seria resistencia á sus progresos; no presenta la historia ejemplo de que hiciesen siquiera una simple escaramuza en defensa de sus principios [1], en vez de que los campesinos de la Vendea, sin ningún auxilio exterior, y no contando con ventaja alguna de su parte, hicieron una guerra encarnizada á la República, y después de haber sostenido 600 combates, y de haber visto perecer á un millón de hombres, aun no habian cedido cuando entró Napoleon á ejercer su dominio. El completo abandono en que con el hecho de emigrar, dejaron todos los nobles á su patria, la falta de lealtad del ejército y la irresolución del rey, fueron las causas que verdaderamente allanaron el camino á los jacobinos para la perpetración de sus escesos.

Pero aunque los girondinos, á consecuencia de sus primeros extravíos y de sus ambiciones mezquinas, se pusieron en la imposibilidad de presentar una vigorosa resistencia á la marcha de la revolución, mucho hicieron para hacerse

(1) La resistencia que hicieron las ciudades de Leon y Tolon, aunque apareció á nombre de los girondinos antes de que se trabase la lucha, dirigiala en realidad el partido realista.

perdonar sus errores con la serenidad con que murieron. La posteridad infaliblemente se decide por la causa de la virtud; las últimas impresiones que se reciben, son siempre las mas duraderas; los principios que á la larga triunfan son aquellos que encuentran en el corazón humano un simpático eco. Este efecto á cada paso se patentiza: los talentos, el vigor y la energía de los jacobinos quedaron sepultados en la sangre que empañó sus triunfos; el fervor imprudente, la conducta irresoluta y la inesperta credulidad de los girondinos, olvidanse al recordar el heroísmo que desplegaron á su caída, heroísmo digno de romanos. El reinado del Terror, ese periodo tenebroso de la Revolución, fué de una duración corta; las antorchas que durante ella se extinguieron solo hicieron que con mas ansiedad volviese sus ojos el mundo hácia la aurora que asomaba. Pero la elocuencia de Vergniaud y el heroísmo de Madama Roland, han dejado una impresión imperecedera en el orbe; y al paso que la historia, al recordar los terribles males que atrajeron con sus vehementes declamaciones sobre su patria, no puede absolverles de los cargos que se les hacen de haber introducido temerarias y nocivas innovaciones, de haber dado vuelo á su omisa é inconsiderada ambición, debe respetar algunos de los motivos que les condujeron á errores, cuyas consecuencias no se preveían absolutamente en aquel tiempo, y tributar el debido homenaje á la entereza con que vieron en sus últimos dias la suerte que se les preparaba.



CAPITULO X.

REINADO DEL TERROR.—DESDE LA CAIDA DE LOS GIRONDINOS HASTA LA MUERTE DE DANTON.

SUMARIO.

Organizan nuevo gobierno los jacobinos.—Vastos poderes que se confieren á la junta de Seguridad pública.—Situacion de las provincias.—Situacion de Leon, de Burdeos, y de Marsella.—Coalicion general que forman contra la Convencion los departamentos.—Medidas que se toman para contrariarla; su disolucion.—Facultades inmensas de la enunciada junta.—Ley contra las personas sospechosas.—Formacion de juntas revolucionarias en toda la estension de la Francia. — Inmenso número de estas juntas que se organizan, y grandes desembolsos que ocasionan.—Se establece una nueva era, y se suprimen los domingos.—Carlota Gorday.—Su carácter.—Se resuelve á dar muerte á Marat.—Lo ejecuta.—Su proceso y muerte.—Apoteosis de Marat.—Arresto de 73 miembros de la Convencion.—Situacion de María Antonieta.—Cruel trato que se daba al delfin, y su muerte.—Proceso de la reina.—Conducta heroica que despliega y su decapitacion.—Su carácter.—Violacion de los sepulcros de San Dionisio.—Destruccion de monumentos que se opera en toda la estension de la Francia.—La municipalidad abjura el cristianismo.—Introdúcese en la Convencion á la diosa de la Razon.—Se cambia el nombre de la catedral de Nuestra Señora en el de Templo de la Razon.—Abjuracion universal que se hace de la Reli-

gion, y clausura de las iglesias.—Disolución general y desenfrenada que se introduce en las costumbres.—Confiscación de los bienes de los hospicios y de los pobres.—Prision y muerte de Bailly, de Barnave, de Condorcet y de Custine.—Proceso y decapitación del duque de Orleans.—Desprestigio de los Dantonistas, y autoridad suprema que adquiere la municipalidad.—Publicación del Viejo Franciscano.—Esfuerzos de Danton para enagenar á Robespierre del cabildo.—Convenio secreto entre Robespierre y el cabildo, por el cual queda Danton abandonado al segundo, y Hebert Chaumette al primero.—Exposición de los proyectos de la Convencion.—Proscripción de los monarquistas.—Infamia con que se les da muerte.—Rompiendo entre Danton y Robespierre.—Prision del primero y de Camilo Desmoulins.—Violenta agitación en la asamblea.—Juicio y decapitación de Danton y de Desmoulins.—Irresistible poder de Robespierre.—Reflexiones generales acerca de la sucesiva destrucción de los Revolucionarios.

“El dominio de la plebe, dice Aristóteles, es la peor de las tiranías;” y esto lo ha demostrado constantemente la experiencia desde los actos caprichosos de la democracia ateniense, hasta las proscripciones de la Revolucion francesa. La razon fué siempre la misma, y permanecerá inalterable mientras existan sociedades. En toda lucha que se entabla para la adquisición del poder, el monarca en lo general únicamente tiene que temer los esfuerzos de un rival que intenta suplantarle en el trono; la aristocracia solo tiene que temer el ascendiente que tome alguna facción que se forme entre la nobleza, y el populacho la venganza de todas las clases del estado que le superen. Sígnese de esto, que el primero afianza ordinariamente su seguridad destruyendo á un solo rival y á sus mas próximos secuaces; que los temores de la segun-

da cesan con la proscripción ó el destierro de un limitado número de familias, pero que los terrores del último le impelen á destruir clases enteras de la sociedad. Las medidas que dicta el temor de los individuos, dejan de hacerse necesarias tan luego como estos han perecido; pero las que se toman con el objeto de anonadar la influencia que ejercen ciertas clases, necesitan estar en vigor hasta que quede esterminada toda la clase contra la cual se aplican.

No impelidos por sed de sangre puramente declararon Marat y Robespierre que peligraria la República mientras no se hiciese caer á doscientas sesenta mil cabezas, principio de acuerdo con el cual obraron. Con dificultad se encontrarán hombres que sean crueles porque sientan placer en serlo; no lo eran más los gefes de los jacobinos, que lo que lo habrian sido los hombres turbulentos y ambiciosos de otro pais cualquiera, si se hubieran visto dominados por la influencia de idénticas pasiones. La ambicion es el origen de todas las medidas extremas, porque hace que los hombres no den oido sino á las sugerencias de esa pasión insaciable; el terror es el verdadero principio de donde la crueldad emana. Los hombres estiman en muy poco la existencia de los demás, cuando está en peligro la de ellos. Habiendo dirigido los revolucionarios sus innovaciones contra la aristocracia y demas clases influentes, debieron esperar que la venganza de sus contrarios seria implacable, de suerte que los caudillos de la democracia no

no se podían considerar seguros hasta no consumir el total esterminio de sus adversarios.

En las luchas que se suscitan entre las clases del estado, el círculo de la venganza individual llégase á dilatar hasta un grado espantoso. No uno, sino cincuenta gefes de partido, tienen temores que acallar, rivales que destruir, y resentimientos que satisfacer; á medida que se aumenta el vasto número de los que aspiran al poder, aumentase tambien el número de los sacrificios. En las contiendas que ocasionan el deseo de adquirir influencia y el temor de que el oprimido se vengue, cada cual abandona su individuo á sus relaciones políticas; la amistad privada y el carácter público ceden al temor que de cada cual se apodera. Opérase una forzosa coalicion entre hombres de los caracteres mas disímolos, á consecuencia del comun peligro que les amaga; los amigos entregan á los amigos á la venganza de sus adversarios políticos, y compranse la seguridad individual y la venganza privada con el sacrificio de las antiguas concesiones.

La Francia resintió estos efectos con estremo rigor durante los últimos periodos de la revolucion. Pero los candidatos de la faccion triunfante no se atrevieron á poner inmediatamente en práctica sus principios. La administracion del gobierno habia estado en manos de los girondinos; al caer estos, necesitóse indispensablemente de un poder central que contuviese á la anarquia en que el país estaba á punto de lanzarse. La junta de

Organizan nuevo gobierno los jacobinos.

Seguridad pública presentaba el esqueleto de un gobierno ya organizado. Creada algunos meses hacia, compúsose á los principios de miembros del partido neutral, y despues del 31 de Mayo apoderaronse de su autoridad los victoriosos jacobinos. Robespierre, Saint Just, Couthon, Billaud Varennes y Collot d'Herbois fueron electos miembros de la junta, y en breve espelieron de ella á Herault de Sechelles y demas partidarios de Danton. A los jacobinos que se habian elevado al poder, confirieronse los diferentes ramos del gobierno; confióse á Saint Just el encargo de delatar á los enemigos de la administracion, á Couthon el de poner en ejecucion las medidas generales que debian tomarse, y á Billaud Varennes y Collot d'Herbois el de la direccion de los departamentos; hízose á Carnot ministro de la guerra, á Barrere panegirista y orador del gobierno, y en cuanto á Robespierre, debia egercer una dictadura general sobre todos ellos. (1)

Los jacobinos manifestaron una inmoderada alegría al obtener su decisivo triunfo. "El pueblo," dijo Robespierre, "ha confundido á todos sus contrarios con la conducta que ha observado. Ochenta mil hombres han estado sobre las armas por espacio de cerca de ocho dias, y no se ha presentado caso de que una sola tienda haya sido saqueada, ni de que se haya derramado una sola gota de sangre; esto prueba que carecia de todo fundamento la acusacion que contra él se hacia, sobre que queria aprovecharse de los de-

(4) Mig. II, 295, 296. Toul. IV, 93. Th. V, 94, 95.

sordenes, para entregarse al homicidio y al robo. Su insurreccion fué espontanea, fué el resultado de una conviccion moral en que la generalidad estaba, y la Montaña misma, con su debilidad é irresolucion, demostró que ninguna parte tomó en promoverla. La revolucion fué un inmenso esfuerzo moral digno del pueblo ilustrado que la hiciera." He aquí los terminos plausibles de que se servian los revolucionarios, para hablar de un movimiento que destruyó al único partido de virtudes que hubiese entre la democracia, y que entregó atada á la Francia, á la saña del Terrorismo. [1]

Despues de este acontecimiento memorable, el aspecto de la Convencion hizose absolutamente diverso de lo que antes fuera. Impediala hacer oposicion alguna el terror, y la proscripcion habia minorado su número. Observábase generalmente en el salon un silencio profundo. El lado derecho y la mayoría de los miembros del Centro jamas votaban, y no tomando parte activa alguna en las medidas que se dictaban, parecian reprobar todos los actos de los jacobinos, y esperar para ponerse en movimiento, algunas noticias de las provincias. Todos los decretos que el partido dominante proponia, se aprobaban en el mayor silencio, pues nadie entablaba respecto de ellos discusion alguna. [2]

Por un decreto de la asamblea, todas las fa-

(1) Th. V. 3.

(2) Th. V. 7.

cultades del gobierno pasaron á manos de los decemviros, debiendo en ellas conservarse hasta que la paz general se ajustase. La junta de Seguridad pública no desconoció la naturaleza despótica de los poderes que se la conferian. "Nada teneis ahora que temer, dijo Saint Just, de los enemigos de la independencia; todo lo que nos queda que hacer, es procurar que triunfen sus adictos, y esto se debe alcanzar á todo trance. Atendiéndose á la crítica situacion en que se encuentra la República, restablecer la constitucion es medida inútil; todo ataque contra la libertad quedaria impune, por carecer de fuerza con que reprimirlos. Os hallais demasiado distantes del foco de las conspiraciones, para que podais destruirlas; la cuchilla de la ley debe ponerse en manos de los que las conocen, y estos la volverán en todos sentidos, y habran de descargarla sobre los enemigos de la libertad con la celeridad del relámpago [1]." La asamblea y el pueblo oyeron con un espanto silencioso esta declaracion terrible; todos conocieron cuan fundada era; habia llegado el tiempo en que los males insoportables de la anarquía no se pudiesen contener sino con el brazo sanguinario del despotismo.

En tanto que la administracion práctica de los negocios se depositaba de este modo con arbitraria autoridad en manos de la junta de seguridad pública, encargóse de la superintendencia

(1) Mig. II, 296. Toul. IV, 298.

general de la policía á otra junta denominada de seguridad general, que debia estar subordinada á la primera, pero que poseia una autoridad mas formidable que aquella. Inferior en poder á ambas corporaciones, y despojada á la sazón de una gran parte de su importancia política por la vasta influencia que ejerciera desde su creacion la Junta de Seguridad pública, la municipalidad de Paris comenzó á volver su atención hácia el orden interior de la metrópoli, y en este ramo ejerció su poder con un rigor sumamente tiránico. Tomó á su cargo la policía de la capital, la subsistencia pública, los mercados, el culto religioso, el teatro, las mugeres públicas, y sobre todas estas materias formuló una serie de minuciosos y opresivos reglamentos, que en breve se adoptaron en toda la estension de la Francia. Chaumette, acusador público de este cuerpo, seguro siempre de contar con el aplauso de la turba, ejerció en todas las enunciadas materias una autoridad rigurosísima. Impelido por una incesante manía de someterlo todo á nuevos reglamentos, dominado continuamente por el deseo de invadir la libertad doméstica, este legislador de tiendas y mercados, hacía de día en día mas y mas molesto y formidable; al paso que Pache, con su indolencia é impasibilidad habituales, accedía á cuantas medidas se le proponian, y dejaba á Chaumette adquirir toda la influencia y el favor para con la plebe. [1]

(1) Th. V, 94, 95.

La correspondencia que llevaban los jacobinos en toda la Francia, con los hombres mas fogosos y turbulentos de de ciudades y aldeas, atrájeles en breve el completo dominio del pais. El partido demócrata, hallándose en posesion de todos los cabildos de los departamentos, á consecuencia de la eleccion por general sufragio, teniendo en sus manos la facultad de ejercer una terrible policía, encontrándose investido del derecho de hacer visitas domiciliarias y de desarmar ó encarcelar á las personas sospechosas, no tardó en hacerse de una autoridad irresistible. En vano las secciones armadas y los batallones de guardia nacional se propusieron resistirse; la falta de acuerdo y de organizacion en que estaban, paralizó todos sus esfuerzos. En casi todas las ciudades inferiores de Francia tuvieron la suficiente resolución para tomar las armas, y por todas partes se les vió procurar hacer frente á la tiranía de las magistraturas; empero estas corporaciones que estaban fundadas en el apoyo y por la eleccion de la muchedumbre, generalmente se sobrepusieron á la clase entera de propietarios y á todos los ciudadanos pacíficos, que en vano invocaban á la libertad, tranquilidad y seguridad de propiedades para la conservacion de las cuales se habian presentado al servicio. Este era, generalmente hablando, el estado que guardaban los partidos en toda la estension de la Francia, siendo de advertir que la lucha era mas vehemente en los puntos donde eran mas

compactas las masas, y donde corria de consiguiente mayor peligro la faccion revolucionaria [1].

En Leon era donde con mas especialidad el espíritu de faccion se señalaba. Habíase formado en aquella ciudad un club de jacobinos, compuesto de representantes de todas las sociedades de nota que habia en el mediodia de la Francia, á la cabeza del qual se encontraba un exagerado republicano, italiano de origen, llamado Chalier, que á la vez que miembro del cabildo, era presidente del tribunal de lo civil. Habíanse apoderado los jacobinos de todos los puestos municipales, á excepcion del corregimiento que estaba desempeñando todavía un girondino llamado Nevier. El club jacobino puso en práctica los mayores esfuerzos para lanzarle, pidió á grito herido que se estableciese un tribunal revolucionario, y paseó por las calles una guillotina que poco antes se habia mandado de Paris "para inspirar terror á los traidores y á los aristócratas;" por otra parte, las secciones armadas que estaban firmemente adheridas á los principios de los girondinos, hacian vigorosos esfuerzos para impedir que se crease un tribunal que habia derramado en la capital tan copiosos torrentes de sangre. Todo desde entonces anunciaba aquella encarnizada lucha, de que poco despues fué teatro aquella poblacion heroica [2].

(1) Th. IV, 157. 158.

(2) Th. IV, 161.

La universal eleccion que se hizo de los mas perversos y desprestigiados de entre los demócratas, para todos los cargos de la magistratura en todas las ciudades de Francia, bajo el sufragio general de sus habitantes y á pesar de los muchos esfuerzos que hiciera la clase poderosa, opulenta y ademas valiente y heroica, como lo demostró llegado el caso, es un hecho instructivo para los que estudian la ciencia política. Este hecho prueba cuán poco á propósito son semejantes masas de individuos para elegir por sí á sus gobernantes en períodos en que los depositarios del poder necesitan, mayor firmeza y cuán completamente queda destruido el ascendiente de la propiedad, aun en aquellas ciudades mercantiles donde gozara de mayor consideracion *á priori*, ejerciendo el pueblo un ilimitado derecho de sufragio. La adiccion de poder que ese sufragio universal atrajo al partido revolucionario, durante toda la convulsion que describimos; la firme posesion que en virtud de la eleccion popular obtuvo de todos los cabildos de Francia, y la irresistible influencia que por todas partes adquirió, le constituyeron una de las principales causas de los rápidos progresos que desgraciadamente hiciera el partido revolucionario. Lo que hay mas digno de atencion es, que la vasta mayoría de los pobladores de las ciudades mercantiles de Francia, fué la que le prestó sincero y general apoyo obrando contra sus directos é inmediatos intereses, pues los telares de Leon y de San Estévan bajaron de ca-

torce mil que eran en 1789, á seis mil en 1792, á consecuencia de la agitacion revolucionaria, al paso que, con la escasez que se introdujo en los medios de subsistencia, aumentábase incesantemente mas y mas el fervor democrático en la ilusa muchedumbre [1].

En las demás ciudades del rumbo meridional de la Francia, eran omnipotentes los girondinos, y se dejaba ver ya en ellas un invencible horror hácia el partido anárquico que se habia hecho de todo el ascendiente en Paris y en las provincias septentrionales. Eran casi generales estos sentimientos desde la desembocadura del Ródano hasta la del Garona, y habia partes donde hasta el cabildo estaba en manos del partido moderado. En Burdeos era tan vehemente este espíritu, que rayaba ya en monarquismo, y toda la estension de pais desde la Gironda á la boca del Loira, desde las playas del océano hasta la desembocadura del Sena, á las claras manifestaba su adhesión á las antiguas instituciones, y hacia ver sin embozo el horror que le inspiraban las atrocidades con que empezaba ya á manchar su carrera el partido revolucionario [2].

Tal era el estado que el espíritu público guardaba en Francia, cuando estalló la revolucion de 31 de Mayo y cayeron los girondinos. Aquella catástrofe puso en combustion á todos los departamentos del Sur; el encarcelamien-

(1) Burke, VII, 54, 55.

(2) Th. IV, 160, 163.

to de los miembros de la representacion nacional, hecho á pedimiento del populacho de Paris, y la usurpacion del mando supremo que con desearo cometiera el cabildo de aquella ciudad, escitaron una indignacion vehemente. En las mas de las ciudades grandes habia caido la magistratura, como ya lo llevamos dicho, en manos de los jacobinos, que contaban con el apoyo del club principal de Paris y del egecutivo, al paso que las secciones armadas eran adictas al partido opuesto. La catástrofe que sobreviniera en la capital á los girondinos, puso por todas partes en pugna á los poderes de ambas facciones. En

Mayo 20. Marsella alzáronse las secciones contra el cabildo, y se posesionaron de la magistratura por la fuerza; en Leon se trabó un furioso combate; apoderándose las secciones del palacio municipal por asalto, depusieron á la magistratura, cerraron el club jacobino, y se posesionaron del mando de la ciudad. En Burdeos la prision de los girondinos de cuyos talentos aquella poblacion con sobrada razon se gloriaba, produjo una vehementísima sensacion, que llegó á su crisis con la llegada de los fugitivos representantes que comunicaron que se hallaban encarcelados sus ilustres compañeros y esperando por horas la muerte [1].

Junio 13. El 13 de Junio dió la señal de insurreccion el departamento del Eura; habíase convenido que marcharian de allí 4 mil hombres sobre Paris para libertar al cuer-

(1) Th. V, 8, 10, 11.

po legislativo de la sugesion que sufría. Una gran parte de la Normandia siguió este ejemplo; y todos los departamentos de la Bretaña se pusieron sobre las armas. Los pobladores de todo el valle del Loira, á escepcion de los de aquella parte de él que era el teatro de la guerra de la Vendea; se propusieron enviar diputados á Burges, para que fuesen depuestas las autoridades que habian usurpado en Paris la autoridad suprema. En Burdeos hubo una agitacion extrema. Reuniéronse todas las autoridades constituidas, constituyeronse en comision que denominaron de seguridad pública; declararon que la Convencion estaba oprimida, decretaron el empleo de cierto número de fuerza armada para libertarla, y despacharon correos á todos los departamentos inmediatos. Marsella presentó una peticion fulminante; todos los montañeses del Jura se pusieron en efervescencia; y los departamentos del Ródano, del Garona y de los Pirineos, se unieron á la vasta confederacion que se formaba. A tal grado llegó el espíritu de insurreccion, que en Leon se formó proceso á Chaliier y á los gefes del club jacobino, enviandose de Marsella, Burdeos y Caen diputaciones que entre sí concertasen las medidas que debieran tomarse para prover á la seguridad comun. Hallabanse en estado de rebelion setenta departamentos, y solo quedaban quince firmemente adictos al partido que oprimia el cuerpo legislativo [1].

(1) Th. V, 13.

Las opiniones estaban divididas en Paris, en cuanto á los medios de hacer frente á tan formidable peligro. Barriere propuso á nombre de la Comision de Seguridad pública, que quedasen suprimidas en todas partes las juntas revolucionarias que por los numerosos encarcelamientos que hacian, se habian hecho tan odiosas en toda la estension de la Francia; que se reuniesen en Paris las asambleas primarias para que nombrasen un gefe de la fuerza armada que reemplazase á Henriot á quien los insurgentes nombraran, y que se enviase como en rehenes á treinta diputados á las provincias. Pero no estaban los jacobinos porque se diese paso alguno conciliatorio. Robespierre opinó que no se tomase por entonces en consideracion la proposicion de la junta, y Danton, levantando su voz como lo hacia siempre que la revolucion corria peligro, exclamó: "La revolucion ha pasado por muchas crisis, y habrá de salvarse de esta como de las demas se ha salvado. En los momentos en que se lleva á cabo un grande acto, es cuando los cuerpos políticos, de igual manera que los fisicos, aparecen como amagados de una destruccion inminente. Retumba el trueno, pero en medio de su estrepitoso rumor débese consumir la grande obra que habrá de labrar la felicidad de 25 millones de individuos." Dominada por estas palabras, la Convencion, en vez de ceder, adoptó medidas de suma energia, y se expresó para con la nacion en el mas imponente

language. Declaró que Paris con el hecho de insurreccionarse, habia merecido bien de la patria; que en lo de adelante, los diputados á quienes se prendiera, serian alojados en la carcel como criminales vulgares; que la Convencion convocaria á sus miembros, y que los que se mantuviesen ausentes, serian espelidos de ella, y sus lugares ocupados por nuevos representantes; que todos los conatos de las autoridades departamentales sobre ponerse entre sí de inteligencia ó formar coalicion unos con otros, eran ilegales, y que los miembros de ellos que persistiesen en sus designios, serian remitidos á Paris; anuló el acuerdo del departamento del Eure, mandó que todas las autoridades refractarias fuesen remitidas al tribunal revolucionario, y envió á las provincias á los mas vehementes jacobinos, para que las hiciesen volver á la obediencia del gobierno central. [1]

En virtud de estas vigorosas medidas logró la

Convencion disolver la formidable liga. Los departamentos, poco habituados á desconocer la autoridad del gobierno de la metrópoli, volvieron, uno por uno, á su obediencia. Hicieronse preparativos hostiles en Burdeos, Leon, Ruan y Marsella, pero no teniendo los insurgentes candillo ni punto céntrico de union, y encontrandose destituidos del auxilio de la nobleza y de los gefes naturales del pais, se hallaron en la imposibilidad

[1] Th. 5, 16, 18.

de luchar con la enérgica junta de Seguridad pública, que tenia á su disposicion al ejército, á los clubs jacobinos y á los cabildos. Continuaron sin embargo haciendo sus preparativos, y se negaron á remitir á Paris á las autoridades proscritas; empero gradualmente se fué entibiando su entusiasmo, y en el término de dos meses ya no existian las simientes de la rebelion, sino en Leon, Tolon y Marsella, donde mas adelante produjeron una catástrofe sangrienta. [1]

Poco despues la Convencion, que dominaban completamente los jacobinos, procedió á formar una constitucion la mas democrática de cuantas puedan haber existido sobre la tierra. En ocho dias estuvo terminada la obra. Por ella, todo francés que tuviese veintin años de edad, era acreedor á ejercer los derechos de ciudadano, y cada cincuenta mil ciudadanos nombrarian un representante; el dia 1.º de Marzo de cada año se reunirian las asambleas primarias, sin que precediese convocatoria, para la elección de nuevos diputados. Adoptóse sin discusion, y circulóse inmediatamente por toda la Francia. "La constitucion mas democrática que jamás existiera, decia Robespierre, ha salido del seno de una asamblea compuesta de contra revolucionarios, pero que ha venido á quedar purgada de los indignos miembros que tenia [2]."

Pero error crasísimo seria imaginarse que esta constitucion, tan republicana en su forma,

(1) Th. V, 20, 27, 61, 75.

(2) Th. V, 59, 60.

otorgase al pueblo libertad alguna positiva. El efecto que debia producir unicamente era el de concentrar toda la autoridad del estado en manos de unos cuantos caudillos del pueblo.

Desde aquel punto comenzó á ejercer sin obstáculo alguno, la junta de seguridad pública, todas las atribuciones del gobierno; fué de su resorte nombrar á los generales y depone-
 Vastos poderes que se confirió á la junta de seguridad pública.
 nerlos, y lo mismo á los jueces y á los jurados; elegir á los intendentes de las provincias, presentar á la Convencion iniciativas sobre todas las medidas públicas que debiesen tomarse, y de este modo se halló en la posibilidad de fulminar sus rayos contra toda facción contraria. Por medio de sus comisionados mandaba á las provincias, como así mismo á los generales y á los ejércitos, con un absoluto dominio; y poco despues quedó á su disposicion la libertad individual de todos los ciudadanos, en virtud de la ley que se espidió sobre sospechosos; el tribunal revolucionario la hizo dueña de todas las vidas; la facultad de coleccionar auxilios y la ley del maximum la hicieron dueña de todas las haciendas, y las acusaciones que se fulminaban en la Convencion, la hicieron dueña de todos los miembros del cuerpo legislativo [1].

La ley de sospechosos que fué la que dió á los decenviros este poder enorme, se espidió el 17 de Setiembre. Declaróse en ella que merecian pri-

Ley de sospechosos. Setiembre 17.

[1] Mig. II, 296, 297. Th. V, 93, 94, 95. Lac. II, 92.

sion todas las personas que "por su conducta, sus relaciones, su conversacion ó sus escritos, hubiesen demostrado ser partidarios de la tirania ó de la federacion y enemigos de la independencia; todas las personas que no hubiesen satisfecho las deudas que tenian contraidas para con la patria, y ademas todos los maridos, esposas, padres, hijos, hermanos, hermanas ó agentes de los emigrados, que no se hubiesen manifestado incesantemente afectos á la Revolucion [1]." Bajo esta ley ningun individuo se podia considerar seguro, á no ser que mostrase un vehemente esceso de frenesí revolucionario [2].

[1] Lac. II, 92.

[2] Esta ley atroz, que esplicó la municipalidad de Paris en un decreto que circuló á toda la Francia, calificaba en los términos siguientes á los sospechosos: 1.º Todo el que, en las reuniones del pueblo, contuviere su entusiasmo por medio de gritos, amennzas ó palabras capciosas. 2.º Todo el que, conduciéndose con mas mesura, hable solo de las desgracias de la República, y esté siempre dispuesto á difundir malas noticias con semblante de fingida pena. 3.º Todo el que haya variado de conducta y lenguaje segun el curso de los sucesos; que se mantuvo mudo respecto de los crímenes de los realistas y los federalistas, y que declame á grito herido contra las leves faltas de los republicanos. 4.º Todo el que lamentare la situacion de los labradores ó de los comerciantes avaros, cuyas propiedades se tomaren en virtud de las peticiones forzosas de auxilios. 5.º Todo el que á pesar de tener las palabras "libertad, patria y república incesantemente en los labios, frecuente la sociedad de frailes, caballeros, fuldenses, moderados, ó aristócratas, ó se interese en sus padecimientos. 6.º Todo el que no hubiere tomado una parte activa en sostener la causa del pueblo, y se disculpare de su tibieza alegando los patrióticos donativos que

Declaróse á las juntas revolucionarias por jueces de las personas á quienes se juzgase dignas de prision. Aumentóse el número de las que se formaron con una celeridad espantosa; en poco tiempo contó Paris 48. No hubo poblacion en todo el pais, por insignificante que fuese, que no siguiese este ejemplo. Quinientas mil personas pertenecientes á la hez de la comunidad, se hicieron árbitros en estas reuniones de la vida y de la libertad de todos los habitan-

ha hecho, ó los servicios que ha prestado en la guardia nacional. 7.º Todo el que se hubiere manifestado indiferente al proclamarse la constitucion republicana, ó hubiere espresado vanos temores por lo que hace á su duracion. 8.º Todo el que, aun cuando nada hubiese hecho en contra de la libertad, tampoco haya hecho nada en su apoyo. 9.º Todo el que no concurriese con puntualidad á las juntas de su seccion respectiva, y alegue por disculpa que no es afecto á perorar en público, ó que le tienen ocupado el tiempo sus asuntos particulares. 10. Todo el que hablare con desden de las autoridades constituidas, de las insignias de la ley, de las sociedades populares ó de los defensores de la libertad. 11. Todo el que haya firmado peticion alguna anti-revolucionaria, ó frecuentado sociedades ó clubs compuestos de las altas clases. 12. Todo el que hubiere sido partidario de La Fayette ó hubiese servido á sus órdenes cuando la fusilada del campo de Marte. En estas minuciosas cláusulas hallábanse comprendidos cuantos individuos habian sido nocivos á los revolucionarios, de suerte, que el número de encarcelados en solo Paris ascendió en unos cuantos dias, desde 300 á 3,000, en el cual se comprendian las únicas familias notables que quedaban del mundo elegante en el arrabal de San German [1].

[1] Th. V. 369, 361.

tes de Francia. Hubo hombres que con noble resolucion se constituyeron miembros de ellas, llevados por el generoso designio de poner coto á la opresion que era de esperarse egercerian, pero espulsóseles en breve, y fueron sustituidos por otros individuos que se prestaron á ser fáciles instrumentos de la voluntad de los dictadores. [1]

El número de las juntas revolucionarias que se organizaron en todos los puntos del reino con el objeto de poner en ejecucion la terrible ley mencionada, toca en increíble; en breve vióse á cincuenta mil, desde

Inmenso número de las antedichas reuniones, y enorme desembolso que ocasionaban.

Calés hasta Bayona, poniendola en práctica. Segun el cálculo de Cambon, miembro del cuerpo legislativo, ocasionaban á la nacion un desembolso anual de 591,000,000 de asignados, ó sea mas de 24,000,000 de esterlinas. Cada miembro de estas reuniones recibia 3 francos diarios, y el número de aquellos era nada menos que el de 540 mil individuos. La verdadera causa de la solidez con que se logró cimentar el Terrorismo, y de la dilatada duracion que adquiriera, provino del inmenso número de aquellos individuos mas activos y ambiciosos de entre el pueblo, que figuraban en las filas del gobierno revolucionario, y que estaban interesados en conservarle. [2]

Los calculos de estos agentes inferiores de la crueldad de sus caudillos, en breve superaron á

(1) Lac. II, 93.

(2) Chateaub. Estud. hist. Pref. 97, 98.

los que se habian formado estos. Marat habia sostenido que debian caer 260 mil cabezas para que la libertad se cimentase; las juntas revolucionarias juzgaron que era de absoluta necesidad sacrificar á 700,000 víctimas, y llenaronse de ellas las cárceles de todas las ciudades de Francia; para desembarazarse de los reclusos, ideóse una manera mas espeditiva que las matanzas del 2 de Setiembre. "Que tiemblen en sus calabozos," decia en la Convencion Collot d'Herbois; "tiemblen los infames traidores á cada triunfo que nuestros enemigos adquieran; ábranse minas debajo de los cimientos de las cárceles, y al acercarse á ellas esos á quienes llaman sus libertadores, hágaseles volar por los aires, por medio de una simple chispa." La retirada de los ejércitos aliados hizo innecesaria por entonces aquella proposicion inhumana; y el hambre, la peste y la guillotina, hicieron inútil despues que de nuevo se presentase. (1)

La terrible autoridad á que nos estamos refiriendo, contó en todas partes con la cooperacion de la muchedumbre. Esta formidable masa contribuyó á generalizar el terrorismo, en los clubs por medio de las incesantes denuncias que hacia en contra de las clases opulentas, en las juntas de Seguridad pública, multiplicando el número de encarcelamientos. Sostenia la plebe á la cuchilla de los decemvros, porque se descargaba sobre las clases superiores, y porque ofrecia á los indigentes la opulencia de que gozaban y

(1) Lac. II, 93, 94.

los empleos que servian los individuos pertenecientes á las clases acomodadas del estado; porque aquellas corporaciones la alhagaban dando la un ascendiente que jamas hubiera llegado á ejercer, y porque destruían á las altas clases, á las cuales se la habia enseñado á considerar como sus naturales enemigos. (1)

Estas medidas revolucionarias lleváronse á cabo con extremo rigor en toda la estension de la Francia. Como habian sido concebidas por los ánimos mas ardientes, serviales de base la violencia; como se ponían en práctica á grandes distancias de los caudillos que las idearan, hacíanse todavía mas opresivas en razon del carácter brutal de los agentes á quienes su ejecucion se encomendaba. Una parte de los ciudadanos se vió en la necesidad de ausentarse de sus hogares; otra fué confinada en calabozos, reputándose la por sospechosa. Los graneros de los labradores, los almacenes de los comerciantes y las tiendas de los mercaderes, fuéron vaciados á mano armada, para proveer á las necesidades de los ejércitos y á las atenciones del gobierno, sin que se diese á los interesados, en compensacion del despojo que con ellos se cometia, mas que un inútil papel moneda. Exigíanse con extremo rigor los préstamos forzosos; los comisionados no tenian mas que decir á uno: "Teneis un capital de 10,000 libras anuales;" y á otro: "Poseeis un capital de 20,000;" y los dueños, por libertar de la guillotina sus cabezas, entregaban gusto-

(1) Mig. II, 297.

sus propiedades, tan luego como se les pedían [1].

No puede darse mejor pintura de la tiranía que ejercían estos déspotas comisionados, que citando el parte que uno de los miembros de la Convención dirigió á aquel cuerpo. "Por todos lados, decía Laplanche, á quien se habia enviado al departamento del Cher, "he puesto al Terror á la orden del día; por todas partes he impuesto fuertes contribuciones á los ricos y á los aristócratas. De Orleans he estraído cincuenta mil francos; y en el espacio de dos días colecté en Burges dos millones. En los puntos donde no he podido actuar personalmente, me han desempeñado á toda satisfaccion mis delegados. He depuesto á todos los federalistas, encarcelado á todos los sospechosos, y depositado la autoridad en manos de los sansculotes. He hecho á todos los frailes casarse por fuerza, y por todas partes he electrizado el corazón é inflamado el esfuerzo del pueblo. He pasado revista á los batallones de guardia nacional, para que se ratificasen en su adhesion á la República, y mandado á la guillotina ú un gran número de realistas. En una palabra, he cumplido en toda su estension con mi mision suprema, y me he conducido en todas partes como entusiasta partidario de la Montaña y fiel representante de la Revolucion [2]."

Para sepultar cuanto posible fuese en el olvi-

(1) Th. V, 353.

(2) Th. V, 354.

do todos los antiguos recuerdos, Establecese una nueva era. Supresion de los dominios. Establecióse una nueva era; cambiárouse las divisiones del año, y los nombres de los meses y de los días. Abolióse la antigua y venerable institucion del domingo; el décimo día fué el que se estableció para el descanso; midióse el tiempo por divisiones de diez días, y el año en diez meses de una misma duracion, que daban principio el 22 de Setiembre. Estos cambios fueron los precursores de la general abolicion del cristianismo, y de la sustitucion del culto de la *Razon* en su lugar [1].

Entre tanto, presentaban las cárceles de Paris el mas extraordinarie espectáculo. Llenas á la vez de malhechores de la hez del pueblo y de toda la suma de dignidad, virtudes y hermosura que quedase aun en la República, presentaban la mezcla mas original que se viera jamas en la Europa moderna, pues al lado del descarado crimen moraba la austera virtud, al lado de esquisitos modales, se observaba la groseria revolucionaria, y al lado de los mas brillantes talentos, una ferocidad espantosa. Hubo cárceles, y eran aquellas en que estaban confinados los ricos á quienes se habia permitido que se procurasen algunas comodidades á sus espensas, donde se notara una grande afluencia de visitas, y donde aun reinó por algun tiempo la elegancia; hubo otras en que se veía á los presos, pertenecientes á la mas distinguida nobleza, llorando reclinados so-

(1) Mig. II, 268.

bre una estera sin mas abrigo que unos asquerosos harapos. El caracter francés, que posee en mayor grado que ninguno de los demas caracteres de Europa, la resignacion y la fortaleza en la desgracia, presentó numerosos ejemplos de haberse sobrepuesto á todos los horrores de que las cárceles abundaban. No habia recluso que al observar el inmenso número y la alta clase de sus compañeros de infortunio, no sintiese mitigarse sus propias penas. Por grados comenzaron los atractivos de la vida á ejercer su influencia aun en los umbrales de la muerte; dejóse oír la poesía en los poblados calabozos echando sus encantadores acentos; ejerció en ellos la elocuencia su ascendiente irresistible, y enagenó la hermosura á los corazones con sus seductores atractivos. Las personas del bello sexo pertenecientes á elevada esfera, que se hallaban en reclusion, comenzaron á vestir con esquisito esmero, formáronse relaciones intimas; y en medio de la agitacion y de la angustia que eran consiguientes á sus prolongados padecimientos, animó á todos la esperanza de una existencia mas feliz aun al pié del cadalso. Gradualmente, á medida que con mas frecuencia se fueron instruyendo los procesos y viendo que diariamente se sacaban mas y mas de sus compañeros de prision para el patíbulo, el conocimiento que adquirieron del comun peligro en que se hallaban, unióles fuertemente entre si con el mas vehemente cariño; regocijábanse y lloraban juntos, y la constante disminucion que iba notandose en su núme-

ro produjo entre los que quedaban una simpatía que se hizo superior á todos los demas afectos que hacen amable la existencia. [1] *En tanto que estos sucesos acaecian, el entusiasmo se agolpaba siasta brazo de una muger contra Carlota Corday. Su carácter.* *Carlotta Corday, natural de Ruan, hallábase animada, á la edad de 25 años, de un heroismo y una abnegacion superiores á su sexo. Dotada de una hermosa figura y de una grande serenidad de ánimo, consideraba las ocupaciones vulgares y la comun ambicion de las mugeres, indignas de ella; apesar de que poseia un esfuerzo mas que varonil, tenia toda la delicadeza de su sexo. En una sola pasion, en el amor á la libertad, se concentraban todas las ardientes aspiraciones de su alma. Resaltóse en eminente grado su entusiasmo con la llegada á Ruan de los girondinos proscritos. Aparecieronsele en su imaginacion como destruidas por las sanguinarias usurpaciones de la faccion dominante en Paris, las románticas visiones que durante su juventud tuviera. Imaginóse que Marat instigador de cuantos crímenes se perpetraban, era el caudillo, y que inmolando no quedaria ya obstáculo que se opusiese al imperio de la igualdad y de la justicia, á que se encaminase hácia su ventura la Francia. Impelida por aquel natural heroismo de la muger apasionada, resolvió sacrificar su vida por alcanzar tan precioso objeto (2).*

(1) Th. V, 362, 363, 364. Riouffl, 46, 51, 60, 68.

(2) Lac. II, 80. Th. V, 71, 78.

Cuando hubo tomado esta resolución, recobró la acostumbrada hilaridad de su carácter que las calamidades públicas habían alterado en gran manera. Engañados por el risueño aspecto que manifestaba, permitieronla sus deudos que se pudiese en marcha para Paris, bajo el pretexto de cumplir con algunos de poca importancia. En el carruaje público en que hizo el viage, llamó especialmente la atención por la amable jovialidad de su carácter, que no lograban alterar ni aun las feroces conversaciones que entablaban algunos jacobinos en cuya compañía viajaba. El primer día que pasó en Paris, empleó en el despacho de sus negocios; al segundo compró un cuchillo en el Palacio Real, que debía servir para atravesar el pecho del tirano. Al tercero logró, aunque con dificultad, que se le introdujese cerca de Marat, á quien encontró en el baño, donde la preguntó con ansiedad quienes eran aquellos de los diputados proscritos que se encontraban en Caen. La joven le dijo sus nombres. "En breve recibirán el castigo que merecen;" dijo Marat. "¡Aquí tienes el tuyo!" exclamó la joven atravesándole el corazón con su cuchillo. Marat arrojó un penetrante grito y espiró. Carlota Corday permaneció sin hacer movimiento alguno, en la estancia, donde se apoderaron de ella, y la condujeron á una cárcel. [1]

El día en que fué juzgada, interrumpió á los

(1) Lac. II, 80, 81. Mig. II, 279. Tb. V, 80, 81.

juces en los momentos en que comenzaban á investigar las pruebas del asesinato cometido en el finado. Su proceso y muerte, "Esas fórmulas," dijo Carlota, "son inútiles; yo fui quien mató á Marat." "¿Qué os condujo á cometer ese asesinato?" la preguntaron. "Sus crímenes." "¿Qué es lo que denomináis sus crímenes?" "Las desgracias que desde la revolución ha atraído sobre la Francia, y que se proponía hacer aun mayores." "¿Quiénes son vuestros cómplices?" "Ningunos tengo; la idea fué unicamente mía." "¿Qué fin os propusisteis al dar muerte á Marat?" "El de contener la anarquía en Francia. He asesinado á un hombre para salvar á cien mil otros; he matado á un malvado para libertar al inocente; á un monstruo feroz para procurar descanso á mi patria. Fuí republicana desde antes de la revolución, y jamas desmayó mi esfuerzo." "¿Que es lo que entendeis por esfuerzo?" preguntó el presidente: "Aquel sentimiento que anima á los que, desdeñando el riesgo á que se esponen, se sacrifican por la felicidad de su patria." Al oír pronunciar su sentencia, lanzó una exclamacion de júbilo, y con un risueño semblante alargó al presidente dos cartas, una de las cuales iba dirigida á Barbaroux y á su padre la otra. En la última decia, "Perdonadme, querido padre, que haya dispuesto de mi vida sin vuestro permiso. He vengado á muchas víctimas, y evitado que sucumban otras: Tiempo vendrá en que el pueblo reconozca el servicio que he prestado á mi patria. Por res-

peto á vos habia querido conservarme incognita pero ha sido imposible; confio en que no se os perjudicara por lo que he hecho. Adios, querido padre; olvidadme, ó mas bien regocijaos de la suerte que se me espera. Dad un ósculo en mi nombre á mi hermana, á quien amo con toda mi alma. Jamas aparteis de la memoria estas palabras de Corneille:

“El crimen envilece; no el cadalso.”

Cuando la condujeron al lugar de su ejecucion, contempló con una serenidad imperturbable los preparativos que se hacian para su suplicio. El aspecto que presentaba, era el de una muger amable que, alegre y con interior satisfaccion asistiese á una fiesta triunfal que se le dedicara. Pareciala ver á la inmensa muchedumbre, libre del yugo bajo el cual gemia, por medio del sacrificio que en su obsequio hiciera. Cuando el hacha hubo puesto fin á sus dias, el verdugo tomó su cabeza, que conservaba aun despues de la muerte, su hermosura, y la dió bofetadas; esta atrocidad hizo estremecer á los indignados espectadores (1).

Los jacobinos se propusieron deificar á Marat.

Robespierre pronunció en la Convencion un elocuente panegirico de sus virtudes. “Si tomo hoy la palabra, dijo, es porque me veo en la obligacion de hacerlo. Habianse puesto en uso los puña-

Apoteosis de Marat.

(1) Mig. II, 279. Th. V, 78, 86. Lac. II, 82, 83.

les; yo debia haber recibido el golpe fatal, pero quiso la casualidad que cayera sobre ese gran patriota. Cesad pues de entregaros á declamaciones innútiles, dejad de ocuparos en la pompa de sus funerales; el mejor medio con que podais vengar á Marat, es el de perseguir á sus enemigos con infatigable energia. La venganza que solo consiste en fúnebres honores, pronto se aplaca disipandose en inútiles proyectos. Dejaos, pues, de esas infructuosas discusiones, y vengadle de una manera digna de su nombre.” Celebraronse sus funerales con una extraordinaria pompa; invitóse á una reunion de jóvenes del bello sexo á que arrojasen flores sobre el cadaver; y el presidente de las sociedades populares que pronunció su oracion funebre, dijo en ella: “Desistamos de hacer su elogio, pues bastante le encomian su conducta, sus escritos, su terrible herida y su muerte. ¡Ciudadanos! cubrid de flores el exánime cuerpo de Marat; era nuestro amigo, el amigo del pueblo; por el pueblo vivió, y tambien murió por el pueblo. Basta ya de gemidos; escuchad al alma de Marat que se levanta del sepulcro y os dice, ¡Republicanos, no mas lágrimas! los republicanos no deben llorar sino un momento, y en seguida consagrarse á su patria; no fué á mí á quien se quiso asesinar, sino á la Republica; no soy yo quien pido venganza, la Republica es la que la exige; el pueblo y nosotros mismos la demandan.” Depositáronse en el Panteon con fúnebre pompa sus restos, y erigióse un momento á su memo-

ria en todas las ciudades y aldeas de Francia [1]. La posteridad ha trastornado el fallo que en aquel periodo se pronunciara entre la heroína y el tribuno, entregando á Marat á execración eterna, y colocando á Carlota Corday al lado de los de Timoleon y Bruto.

Robespierre y los decenviros tomaron el asesinato de Marat por motivo para perseguir con mayor encarnizamiento á los aislados miembros que quedaban del partido girondino. Muchos de los amigos de los malogrados caudillos permanecieron en la Convencion, y con magnánima constancia siguieron ocupando aquellos asientos de la derecha, de los cuales habia lanzado la proscripción á tantos esforzados miembros. Durante el proceso de Carlota Corday, habiase descubierto una protesta que en secreto hicieran contra la usurpacion cometida el 2 de Junio, 73 representantes [1], quienes inmediatamente fueron prendidos y arrojados á una carcel. Una vez separados de la Convencion estos individuos, no la quedaron ya elementos con que poder resistir á los tiranos.

María Antonieta fué la siguiente víctima inmolada. Desde la muerte del monarca habiase tenido en estrecha reclusion en el Temple á su desventurada familia; las princesas hacian los oficios de domesticos para con la reina y el delfin. Ha-

Arresto de 73 miembros de la Convencion.

Situacion de María Antonieta.

(1) Mig. II, 279. Lac. II, 83, Th. V, 88, 91.

(2) Lac. II, 84. Toul. IV, 279.

biase formado un proyecto que presentaba todas las probabilidades de buen éxito, para que se fugase la reina; al principio aceptó la proposicion, pero la noche antes del dia en que se debia poner en práctica, declaró que se habia resuelto á no separarse jamás de su hijo. "A pesar del sumo placer que tendria, dijo, en verme fuera de este sitio, no puedo resolverme á separarme de mi hijo. Sin mis hijos no puedo tener goces, con ellos de nada carezco." Aun en el calabozo del Temple cuidábase de la educacion del delfin con el mayor esmero, de suerte que en aquella su temprana edad ya conocia el tierno monarca los deberes de la dignidad régia [1].

Los reclusos del Temple y todos los demas presos políticos que habia en todas las cárceles de Francia, resintieron con extremo rigor la revolucion del 31 de Mayo. Hebert insistió en que no era digna la familia del tirano de pasar mejor vida que las familias de los Sansculottes, y obtuvo un decreto de los magistrados en virtud del cual se la privó de cuantas comodidades gozara; ministráronsele los mas groseros alimentos, dierónsele lámparas, que producian mas escasez de luz, para alumbrarse; y compusieronse sus vestidos de los mas ordinarios tejidos. Poco después hizo Hebert en persona una visita al Temple, y privó á los desventurados reclusos hasta de los insignificantes muebles de que dependia

(1) Memorias de la duquesa de Angulema, p. 17 Lac. X, 226.

su comodidad. No pudieron sustraerse, al rigoroso registro que se hizo, ochenta y cuatro lises que la princesa Isabel habia recibido de manos de Madama de Lamballe, y tambien fué despojada de ellos. (1)

No tardó la crueldad del gobierno en hacerle envidiar á la viuda y cautiva reina la satisfaccion de tener consigo á su hijo. Habiendose descubierto una conspiracion que tenia por objeto libertar á la real familia de su encierro, tomóse esta circunstancia por pretexto para separar al delfin de su madre, poniéndole bajo la custodia del inhumano Simon agente y amigo de Robespierre. En vano pidió el tierno príncipe que se le enseñase el decreto en que se autorizaba esta separacion amarga; su llorosa madre le recomendó resignacion, y el niño estuvo dos dias sin tomar alimento alguno, despues que se le hubo separado para siempre de ella. No bastó el cruelisimo trato de Simon á extinguir la natural generosidad de su carácter. "Capeto," deciale Simon, "si los vendeanos lograsen libertarte y ponerte en el trono, ¿qué harias conmigo?" "Os perdonaria;" le contestó el tierno monarca. (2)

"¿Que es lo que debo hacer con el niño?" preguntaba Simon á la junta de Seguridad pública; "¿desterrarle?" "No" "¿Matarle?" "No" "¿Envenenarle?" "No" "¿Que pues?" "Desahaceros de él." Ejecutaronse con demasiada esactitud estas instrucciones.

(1) Th. V, 369.

(2) Lac. X, 230, 233. Th. V, 370.

nes. Privándole del aire, de egercicio y de alimentos sanos, conservándole en un asqueroso desaseo, encaminóse al desventurado niño al sepulcro, sin que hubieran tenido sus custodios la necesidad de cometer segun ellos, un nuevo crimen. [1]

El 2 de Agosto se separó á la reina de sus afligidas hermana é hija, y se la trasladó á la cárcel de la Conserjería, donde un cuarto estrecho, húmedo, y oscuro, donde una estera y un deteriorado colchon, fueron las únicas comodidades que encontró aquella para quien apenas habia sido suficiente en otro tiempo la brillante opulencia de Versalles. Távosela allí mas de dos meses en rigorosísima clausura; su amable trato y su heroica entereza, interesaron en su favor á la muger misma del carcelero. Madama de Staël publicó un folleto, en el cual, con magnánima elocuencia, manifestó cuanto era antipolítico é injusto continuar tratando con rigor á la real familia. "Mugeres de Francia, concluia diciendo, á vosotras apelo; acabóse vuestro imperio si prosigue la ferocidad dominando; acabóse vuestra mision si no tienen poder vuestras lágrimas. Defended, pues, á la reina con las armas que la naturaleza os ha dado; recoged al niño, que perecerá si se le aparta de su madre, y que debe inspirar un compasivo interes por las inauditas calamidades que ha padecido; tomadlo y hacedle pedir de rodillas la vida de su madre; no se

(1) Lac. X, 233.

envilece la infancia con suplicar; puede rogar aun cuando no sepa todas las desgracias que evita [2].” Pero fueron inútiles sus esfuerzos. El 14 de Octubre se hizo comparecer á la reina ante el tribunal revolucionario.

Un inmenso gentio se reunió á presenciar su juicio. El espectáculo de una REINA juzgada por sus propios vasallos, era absolutamente nuevo en la historia del mundo; el populacho, á pesar de haberse familiarizado con el aspecto de escenas sangrientas, sintióse fuertemente escitado por este suceso. Los pesares y el encierro habian encanecido el cabello, en otro tiempo tan hermoso, de la augusta acusada; su figura y su continente aun llenaban de admiracion á todos los que la contemplaban; sus mejillas pálidas y descarnadas, tomaban un vivo tinte de carmin, cuando acontecia que se hablara delante de ella, de los seres queridos que habia perdido. Mas bien por respeto á la memoria de su esposo que por impulso propio, resolvióse á defenderse ante sus jueces. Las preguntas que le dirigieron, no la cortaron; sus respuestas fueron como las del rey, claras, distintas y terminantes (2).

Siendo indispensable la fórmula de citar testigos, hicieron comparecer los jueces al conde de Estaing que mandaba en Versalles la fuerza

(1) De Staël, Reflexions sur le proces de la Reine. [Reflexiones sobre el proceso de la reina] Œuvres, XVI, 32. Lac. X, 239, 241, 249.

(2) Lac. X, 250, 251. Th. V, 374.

armada el 5 de Octubre de 1789; pero éste, aunque habia sido enemigo político de la reina, tenia demasiado honor para no esponer la verdad, y no habló sino de su heroismo en aquellos críticos momentos, y de la noble resolucion que delante de él espesara sobre que preferia morir con su esposo á vivir apartándose de su lado. Manuel, á pesar de su encono contra la corte en la época de la asamblea legislativa, declaró que no podia citar un solo hecho que fuese en contra de la acusada. Despues de éstos, compareció el venerable Bailly, que viendo á la sazón los frutos que su entusiasmo democrático produjera, lloró al encontrarse con la reina. Habiéndosele preguntado si conocia “á la *muger* de Capeto,” volvióse hácia su soberana con melancólico semblante, y saludándola con una profunda reverencia, dijo: “Sí, conozco á *la señora*.” Entonces declaró que nada tenia que decir contra ella, y que todos los supuestos relatos que se decia haber hecho el príncipe acerca del viage á Varenas, eran otras tantas falsedades.” Enfureciéronse al oír esta declaracion los jacobinos, y al observar la vehemencia con que se producian, pudo desde luego preveer Bailly la suerte que le reservaban. Recurrióse entonces al testimonio de otros testigos; llamóse á declarar á los monstruos Hebert y Simon, y éstos depusieron que el delfin les habia contado que le habia enseñado su madre á cometer ciertos actos lascivos. La reina, sobrecogida de horror al escuchar tan atroces calumnias, guardó silencio; pero habiéndola instado uno de los jueces á que

contestase: "No he hablado hasta ahora, dijo; porque se resistia la naturaleza á repeler una acusacion de tal género y dirigida contra una madre;" y volviéndose á la concurrencia, añadió: "Apelo á todas las madres que me escuchan, y las pido que digan si semejante monstruosidad es posible." Pero de nada sirvió todo esto; á pesar de la elocuente y enérgica defensa que hicieron para salvarla sus defensores, fué condenada á muerte [1].

A las cuatro de la mañana del dia en que debía marchar al suplicio, escribió á la princesa Isabel una carta que es digna de ponerse al lado del testamento de Luis. "A vos, hermana mia," la decía, "me dirijo por la vez postrera. Se me ha condenado, no á una muerte infamante, porque solo lo es para los criminales, sino á reunirme á vuestro hermano. Inocente como él, espero que podré imitar en mi último instante su entereza. Solo me contristan mis hijos. Espero que algun dia, cuando vuelvan á elevarse á su rango, se reunirán á vos y les hareis gustar de las dulzuras de vuestros afectuosos cuidados. Recordadles incesantemente lo que jamas cesé de inculcarles: que el escrupuloso cumplimiento de nuestros deberes es la única base sobre la cual se pueda apoyar una vida arreglada; la amistad y la confianza mútua constituyen el mejor consuelo. Que jamas olvide mi hijo aquellas últimas palabras de su padre, de que *nunca intente*

(1) Lac. X, 254. Th. V, 374, 375.

temer nuestra muerte. Muero fiel á la religion católica, fé de mis mayores que toda mi vida he profesado; pues carezco de todo consuelo espiritual, no me es dado buscar mi perdon sino impetrandolo del cielo. Pido á cuantos me conocen, y en particular á vos, hermana mia, por todas las faltas que haya cometido involuntariamente para con vos; pido perdon para todos mis enemigos." (1)

Para ir al cadalso vistióse de blanco; y cortése con sus propias manos el cabello.

Octubre 16.

Colocada sobre un zarzo y con los brazos atados á la espalda, condújose la por un gran rodeo al lugar del patíbulo, que estaba situado en la plaza de la revolucion [2] donde habia sido inmolado su esposo. El pueblo, al cual varios agentes revolucionarios azuzaban, exhaló estrepitosos alaridos de alegría por todo el tránsito; y la reina, con un apacible mirar que mas bien revelaba compasion que encono, sufrió aquella última espresion del frenesí del populacho. Cuando llegó al lugar fatal la comitiva, subió la reina al cadalso con paso firme; [3] iluminóse su semblante con una espresion de cristiana esperanza, y la hija de los Césares exhaló su postrer aliento con una entereza digna de su progenie.

Así murió, á la edad de 39 años, Maria Anto-

[1] Lac. X, 259.

[2] Hoy plaza de Luis XV.

[3] Lac. X, 261. Toul. IV, 107. Th. V, 337.

Carácter de la reina.
 nieta reina de Francia. Colocada desde una edad temprana en el primer trono de Europa, rodeada de una espléndida corte y de una lisónera nobleza, habiéndola concedido el cielo un esposo tierno y una familia que prometía grandes esperanzas, parecía haberse acrecido, cuanto lo permiten las vicisitudes de la vida, á los límites de la felicidad humana. Murió despues de años enteros de pesares y angustias, marchitada por el encierro, agoviada del infortunio, separada de sus hijos y degradada de su trono, en el cadalso donde viera perecer poco antes á su esposo. No presenta la historia un solo egemplo de vicisitud mas terrible, y que mejor demuestre la esactitud de aquella antigua sentencia que decia: "nadie debe asegurar que fué dichoso, sino en los instantes de su muerte." [1]

Su carácter salió puro y sin manilla del crisol revolucionario. Amorosa hija y fiel esposa, conservó en el seno de las dos cortes mas corrompidas que habia en Europa, la sencillez y los afectos de la vida doméstica. Aun cuando en sus años juveniles tuvo rasgos de indiscrecion y familiaridad que debe reprobár la prudencia, desplegó en su edad madura un valor y una sublime grandeza de ánimo, dignos de la admiracion de los que aman la justicia. Su carácter estaba mejor formado para brillar en medio de las tormentas del infortunio, que en el esplendor de la opulencia. Dominada por la ambicion, é

[1] Plutarco en Solon.

imperiosa en los primeros años de su reinado, desplegó en sus últimos dias las demas nobilísimas dotes de que la habia adornado el cielo. Digno vástago de María Teresa, era mas propia para morir en el campo de batalla combatiendo á sus enemigos, que para vivir en el trono, compelida á satisfacer sus deseos. Los años de infortunio que pasara, agoviaron su ánimo, pero no alteraron su entereza. En su solitaria prision del Temple, cumplió, con una escrupulosidad egemplar, con todos los deberes que contrayera para con su esposo y sus hijos, y sobrellevó una vicisitud de la suerte, que no tuvo egemplo ni aun en aquella época calamitosa, con un heroismo que nadie jamas superará. (1)

Su enlace con Luis consideróse en el tiempo en que se celebrara, como un golpe maestro de política. De este ventajoso consorcio creyóse que se originaria entre las dos monarquías rivales una dilatada alianza, y que por su medio quedarían unidos los destinos de ambas naciones. Pero por el contrario, dió margen á una guerra mayor que las que jamas se suscitaron entre ambas potencias; ocasionó la repetida toma de ambas capitales por los ejércitos enemigos, y animó entre sí á los dos pueblos, del mas encarnizado encono. Tan facilmente así se frustran los cálculos de la ciencia política cuando no tienen otra base que intereses ó relaciones personales, y no se apoyan en los grandes y sólidos

[1] Toul. IV, 108, 109.

principios que sirven de fundamento á la direccion de las cosas humanas. Las costumbres de la reina precipitaron la revolución; su origen extranjero llevó á su colmo el descontento público, y su indigna muerte fué el medio por el cual recibieron los revolucionarios su castigo. La hora en que debía vengarse la Alemania, llegó con lentitud, pero fué infalible. A los veinte años del mismo día en que subió la reina al cadalso, dió principio en el campo de Leipsic la fatal derrota de la Francia (1).

La decapitacion de la reina fué un acto de provocacion de la Convencion nacional para con todas las testas coronadas de Europa. A este paso siguióse otro tan innecesario quanto bárbaro, y fué la violacion que se hizo de los sepulcros de San Dionisio, y la profanacion de todos los demás donde se hallaban sepultados los reyes de Francia. Por un decreto de la Convencion mandóse que todos aquellos venerables depósitos de la antigua grandeza fuesen destruidos; medida que jamás adoptó el parlamento de Inglaterra, ni aun durante la mayor efervescencia de la Liga, y que prueba que el fanatismo político es capaz de impeler á los hombres á mayores excesos que el fanatismo religioso. Una frenética muchedumbre se arrojó fuera de Paris, y los sepulcros de Enrique IV, de Francisco I y de Luis XII fueron saqueados, y lanzados sus huesos

(1) En 16 de Octubre de 1813. La reina murió el 16 de Octubre de 1793.

al aire. No le valió á Turenna su glorioso nombre para que se respetase su tumba. Encontraronse casi intactos sus restos; conservabase como cuando recibiera la fatal herida hácia las márgenes del Leck. Los huesos de Carlos V, salvador de su patria, fueron aquí y allí diseminados. A sus pies encontróse al atahud del fiel Du Guesclin, y hubo franceses que se atreviesen á profanar el esqueleto de aquel, ante quien retrocediera la invasion inglesa. Los mas de estos sepulcros estaban contruidos de una manera sumamente sólida. Habriase necesitado mucho tiempo y no pocos esfuerzos del arte y del trabajo para forzarlos. Habriáanse resistido eternamente á la segur del tiempo y á la violencia de cualquiera exterior enemigo; pero cedieron al furioso impulso de la civil discordia (1).

A este ataque inmediatamente se siguió otro general sobre los monumentos y vestigios de la antigüedad de la Francia. Los sepulcros donde yacian depositados los grandes de las remotas épocas, los de los barones y generales de los tiempos feudales, los de los paladines y los cruzados, fueron sin distincion alguna destruidos. No parecia sino que se habian borrado de la memoria de aquellos hombres las glorias de su antigüedad, ó que deseaban sepultarlas en eterno olvido. El sepulcro de Du Guesclin, corrió la misma suerte que el de Luis XIV. Los cráneos de los monarcas y los de los héroes eran arroja-

(1) Chateaub. Estud. Hist. IV, 169. Lac. Pr. Hist. II, 142, é Hist. X, 265.

do; como pelotas á los aires por la profana muchedumbre. A semejanza de los desenterradores de que se hace relacion en Hamlet, mofábanse de los restos de aquellos héroes ante quienes habian temblado las naciones [1].

Los restos monumentales que pudieron librarse del sacrilego furor del pueblo, fueron reunidos mas adelante por orden del Directorio y colocados en un gran Museo de Paris, donde permanecieron amontonados en una confusion completa, emblema de la Revolucion que habia destruido en unos cuantos años lo que se habia levantado durante muchos siglos de gloria.

Ya que habian asesinado á los grandes de su época y ultrajado en sus cenizas, á los hombres ilustres de los tiempos remotos, no faltaba mas á los revolucionarios que volver contra el mismo cielo sus iras. Pache, Hebert y Chaumette, gefes del cabildo, públicamente manifestaron la resolucion en que estaban "de destronar al rey del cielo á la vez que á los monarcas de la tierra."

Para llevar á cabo este designio, hicieron á Gobelet, sacerdote apóstata y obispo constitucional de Paris, que compareciese á la barra de la asamblea, en compañía de algunos otros eclesiásticos de su diocesis, y allí abjurase la fe cristiana. Hizolo este, y declaró "que no necesitaba la nacion mas culto que el de la libertad, el de la igualdad y el de la moral." Muchos de los obispos constitucionales

(1) Lac. X, 264, 265.

y otros eclesiásticos que hacian parte de la Convencion, apoyaron la proposicion emitida. Una muchedumbre de artesanos ebrios y de descaradas prostitutas se agolpó á la barra, y pisoteó los sagrados vasos que desde tiempo inmemorial habian estado consagrados á los mas santos objetos del culto divino. A poco siguieron las secciones de Paris el ejemplo del clero constitucional, é hicieron pública abjuracion del cristianismo. Despojóse á los templos de todo su ornato, y cuanto contenian de metal precioso, fué llevado en montones á la municipalidad y á la Convencion, y de allí transmitido á la casa de moneda para que se acuñase. Hollando el pueblo con los pies las imágenes de nuestro Salvador y de la Virgen, elevaba, en medio de estrépitosas aclamaciones, los bustos de Marat y de Lepelletier, y se agitaba en contorno de ellos, cantando parodias de la Aleluya y bailando la caramañola. [1]

Noviembre 10.

Poco despues acaeció en el seno de la asamblea otro suceso mas indecente todavia; cumpliósese la profecia del Padre Beauregard cuando digera: "¡Veráse á la belleza inmodesta usurpar el lugar del Santo de los Santos!" Hebert, Chaumette y sus secuaces comparecieron á la barra, y declararon "que no existia Dios, y que el culto de la Razon debia sustituirle." Dicho esto, aparecióse en la asamblea una muger cubierta de

(1) Th. V, 429, 430. Lac. X, 300, 302. Toul IV, 124.

un velo y vestida de ropage azul; y tomandola de la mano Chaumette, "Mortales" dijo, "cesad de temblar ante los impotentes rayos de un Dios que han creado vuestros temores. En lo venidero no adoreis á otra divinidad que á la Razon. Os presento á su mas noble y pura imagen; si habeis de tener ídolos, prestad homenaje sólo á este." Entonces descubrióla y exclamó, "Cae, oh velo de la Razon, ante el augusto senado de los libres." Al mismo tiempo vióse que estaba personificada la diosa por una célebre beldad de la época, que era la muger del impresor Momoro, á la cual no dejaban de conocer de algo cerca los mas de los miembros del cuerpo legislativo. La diosa, despues de haber recibido un abrazo del presidente, subió á un magnífico carro, en el cual se la condujo, en medio de un inmenso gentio, á la catedral de Nuestra Señora, para que ocupase el lugar de la divinidad. Llegada que hubo allí, colocóse en el altar mayor, y recibió la adoracion de todos los concurrentes, y entretanto las jóvenes que la servian de séquito, y cuyas insinuantes miradas indicaban suficientemente el ejercicio de que vivian, se retiraron á las capillas que rodean el coro, y se entregaron con desenfreno y á la vista misma del concurso, á torpezas de todo genero. A que extremo no llegaría el desorden, pues mas adelante declaró Robespierre, que merecia Chaumette la muerte por los desordenes inmundos que habia tolerado cometerian. Desde entonces denominóse *Tem-*

plodo la Razon [1] el antiguo edificio de que tratamos.

Todos los servicios de la religion vieronse universalmente abandonados; de nada sirvieron ya los pulpitos en toda la porcion del pais que se hallaba insurreccionada; cesaron los bautismos, los dobles y responsos;

Abandonó universal que se hace de la religion, y clausura de las iglesias.

y no recibieron ya los sacramentos los enfermos, ni consuelos espirituales los moribundos. Un anatema infinitamente mas terrible que el que pudiese fulminar el poder papal, pesaba sobre el populoso reino de Francia, y este era el anatema del cielo, que se atrageron por medio de su frenesí aquellos, habitantes. Las campanas de las aldeas habian enmudecido; habíase olvidado la observancia del domingo. Entraba la infancia por las puertas de la vida sin ninguno de los beneficios del cielo; moria la ancianidad sin esperanza. Al servicio divino habíanse sustituido en los templos, en honor del nuevo culto, libidinosas fiestas, en que figuraban las mugeres mas corrompidas; no parecia sino que se habian sucedido á la fé cristiana, las orgias de los sacerdotes babilonios, ó las groseras ceremonias de la teocracia india. Cada dia decimo subia al pulpito alguno de los caudillos revolucionarios, y predicaba el ateismo á la descaminada muchedumbre; habíase deificado por todas partes á Marat, y santificado hasta el instrumento de

(1) Hist. de la Conv. III, 192 á 197. Lac. X, 307, 308. Toul IV, 124. Th. V. 431, 432. Mig. II, 299.

muerte dándosele la denominacion de "Santa Guillotina." En todos los cementerios públicos veíase trazada la inscripcion de, "La muerte es un eterno sueño." En la iglesia de San Roque, el cómico Monort llevó la impiedad á su colmo. "¡Dios!" dijo; "si es verdad que existes, venga tu ultrajado nombre. Yo te desafío; pero callas, y no te atreves á fulminar tus rayos; ¿quien al ver esto, habrá de creer en tu existencia?" Por medios mas pausados, y en virtud de leyes generales, pone la Providencia en egecucion sus decretos. Debiase presentar mas tarde una prueba del poder divino, mas evidente aun de lo que lo habria sido el instantaneo castigo del blasfemo, y esta fué la de haberse destruido por sus propias manos el impio, y las consecuencias que produjeron las pasiones que por sí propio desencadenara; la de haber vuelto un pueblo rebelde por sus mismos pasos, á la fé de sus mayores, despues de haber palpado la imposibilidad de vivir sin observar sus mandamientos. [1]

Despues del trascurso de siete años, restablecióse por Napoleon el culto cristiano con general aprobacion de los pobladores de Francia. Empero el dilatado espacio de tiempo durante el cual habia dejado de estar en observancia, habia producido lamentables efectos; una gran parte de la juventud francesa que bajo el dominio de Napoleon ocupaba en el pais los puestos de mayor cuantía, habia sido educada sin haber re-

(1) Lac. X. 308, 309, 331. Toul IV, 124. Mig. II, 299.

cibido en sus primeros años impresion alguna religiosa. Este mal se resiente aun con sumo rigor en el dia; sus consecuencias son irremediables; ha hecho á los franceses por siempre incapaces de gozar de los beneficios de la independencia, porque ha estinguido en sus corazones los sentimientos del deber, que son los únicos principios que puedan hacer duradera la libertad en la parte juvenil é influente del pueblo.

Por aquel tiempo todas las relaciones sociales pusiéronse bajo un nuevo pié, adecuado á las estrayagantes ideas de la época. Erigióse al matrimonio en contrato civil, quedando libres los contrayentes de separarse cuando en voluntad les viniese. Desde luego se generalizó el divorcio; la disolucion de las costumbres llegó á un grado que jamás se viera desde el origen de la monarquía, y los vicios de las marquesas y condesas del reinado de Luis XV descendieron á las mugeres de los tenderos y de los artesanos de Paris. Llegó á hacerse materia de tanta indiferencia al concubinato, que por un decreto de la Convencion se declaró que los bastardos tendrian igual derecho á heredar, que los hijos legítimos. La Srta. Arnout, célebre actriz, espresaba con mucha esactitud los sentimientos públicos sobre el particular, cuando llamaba al matrimonio "*el sacramento del adulterio.*" Los divorcios que hubo en Paris en los primeros meses del año de 1793, llegaron al número de 562, al paso que solo hubo 1785 casamientos, proporcion que carece acaso de ejemplo en la his-

Disolucion general de costumbres llevada hasta el exceso.

toria de la especie humana. No tardaron las consecuencias en manifestarse. Antes de la era del Consulado, la mitad de los niños nacidos en Paris eran ilegítimos; y hoy mismo, apesar de la aparente reforma que desde la Restauracion se ha introducido en las costumbres, la corrupcion es estremada [1].

En virtud de un decreto de la Convencion, suprimieronse todas las academias, escuelas y colegios, hasta los de medicina y cirugía, y fueron confiscadas sus rentas. Mandáronse abrir nuevos establecimientos de instruccion bajo un plan ideado por Condorcet; pero las medidas que se dictaron para el efecto, no fueron bastante eficaces, y por espacio de algunos años, paralizóse el ramo de instruccion en toda la estension de la Francia. Solo un establecimiento, el de la escuela politécnica, se formó en aquella época luctuosa. Durante aquella tenebrosa era, toda la fuerza del entendimiento humano se fijó en las matemáticas, que por esta causa florecieron y tomaron un elevadísimo vuelo (2).

A consecuencia de la general miseria que se padecia, ni aun los establecimientos de caridad fueron respetados. Las rentas de los hospitales y demás instituciones de beneficencia, fueron confiscadas por los despotas á quienes el pueblo elevára al trono, y ven-

(1) Dupin, I, 79. Lac. X, 332, 333. Burke, VIII, 176.

(2) Lac. X, 321, 322.

ídas sus propiedades considerándoselas como partes de los bienes de la nacion. En breve se palparon los terribles efectos que debia producir el acto de agotar la estable fuente de donde estraia su subsistencia el desvalido; acercábase al pais la espantosa mendicidad á pasos precipitados; y en toda la estension de la Francia llegáronse á encontrar en tan extrema situacion los pobres, que prorrumpieron en vehementes quejas sobre este particular los pocos filántropos que aun seguia las huellas del carro revolucionario [1].

En seguida propusieronse los decenviros destruir á sus antiguos amigos y primitivos defensores de la Revolucion. Bailly, corregidor de Paris y presidente de la asamblea cuando se prestó el célebre juramento del juego de pelota, fué prendido y hecho comparecer ante el tribunal revolucionario. Sus profundas, elocuentes y científicas investigaciones, los eminentes servicios que á la causa de la libertad habia prestado, su ilustrada filántropia, de nada sirvieron para con sus sangrientos jueces. El recuerdo de lo ocurrido en el campo de Marte cuando enarbolara la bandera encarnada, y la firme oposicion que en combinacion con La Fayette hizo entonces á la frenética muchedumbre, se hallaba grabado en la memoria de sus perseguidores. Los testigos á quienes se citara declamaron contra él con una

(1) Rapport sur la Mendicité (Memorias sobre la Mendicidad), por Liancourt, II, 20. Lac. X, 333.

dureza inaudita. Condenósele á muerte y egercióse para con él, como de antemano lo esperaba, una crueldad estrema. Eligiose para su egecion el enunciado campo de Marte; una inmensa turba de rencorosos jacobinos, entre los que habia un número considerable de mugeres y de individuos á quienes libertara del hambre en la época de su corregimiento, se habian reunido á presenciar su muerte.

A pie, sin embargo del crudísimo tiempo que hacia, fué conducida la infortunada víctima por detras de la guillotina, durante las dos penosas horas que duró la marcha, desde el campo de Marte adonde primero se la llevó, hasta el lugar que se habia fijado para su egecion, que quedaba frente á Chaillot. En el tránsito cayó por tierra repetidas veces y á cada una de ellas que caia, prorumpia en silbidos y le arrojaba fango el concurso, y el presidente de la primera representacion nacional que se creara en Francia, recibió muchos golpes crueles de la plebe. En el campo de Marte quemóse, teniéndola suspendida sobre su cabeza, la bandera encarnada, emblema de la ley marcial que promulgara, y en seguida condújosele, siempre á pie, en medio de una copiosa nevada que caia, á las márgenes del rio que fué donde recibió la muerte. “¡Tiemblas, Bailly!” dijole uno de los espectadores. “Es verdad, amigo mio, pero es de frio,” contestó el anciano [1].

(1) Lac. X. 292. Th. X, 294, 396, 397. Toul IV, 130.

El elocuente Barnave, uno de los miembros mas virtuosos de la asamblea constituyente, fué, poco despues, sentenciado á muerte, á pesar de la defensa que en su favor él mismo hizo y en la cual campeaban una destreza y una elocuencia consumadas. En el mismo dia corrió igual suerte Duport Dutertre, ministro en otro tiempo de Luis XVI. Condorcet habia tomado la fuga desde que empezaron á formar sus primeras listas de proscripcion los vencedores el 10 de Junio; mantúvose oculto en Paris ocho meses, y empleó sus penosas horas de aislamiento en componer su célebre “Opúsculo sobre los progresos del entendimiento humano,” obra en que, al lado de una vasta sabiduría se encuentra una vehementemente elocuencia, y en la cual se enuncian con fuego las ilusorias esperanzas de un porvenir risueño en medio de las gravísimas circunstancias que presentaba aquel desastroso período. En testimonio de gratitud hácia la persona benéfica que le ocultaba, escribió un poema que servia como de desahogo á los sentimientos que alimentaba su partido durante aquellos tiempos de luto:

“Debiendo ser ú opresor ú oprimido,
He la desgracia al crimen preferido.”

Aterrado al ver las numerosas listas de los individuos que eran condenados á muerte por ocultar á los proscritos, manifestó á su generosa protectora que estaba resuelto á separarse

de ella. "No me es posible permanecer mas tiempo con vos, díjola; se me ha puesto *fuera de la ley.*" "Pero no nos hemos puesto *fuera de la humanidad* nosotros;" contestósele. A pesar de esto emprendió su fuga disfrazado de labrador; pero en la aldea de Clarmant, lo fino de sus vestidos escitó sospechas en su posadera, quien le hizo prender y llevar á una cárcel, donde al dia siguiente se le encontró muerto por los efectos de un veneno activo que, como lo hicieron muchos otros en aquellos dias de terror, llevaba constantemente consigo [1].

El general Custine, que mandaba el ejército de Flandes en la época en que tomaron á Valenciennes los ingleses, fué denunciado por los agentes de la Convencion y hecho comparecer poco despues ante el tribunal revolucionario. En vano su nuera, á quien adornaban la hermosura y el talento, se presentó á su lado en el tribunal cuantas veces compareció, é hizo en su favor todos los posibles esfuerzos; en vano el general Baraguay d'Hilliers tuvo la generosa resolucion de defenderle por medio de sus conocimientos y esperiencia militares. Las gracias de que estaba dotada la jóven y la injusticia manifiesta de la acusacion, hicieron alguna impresion en los jueces, y hubo algunos que estuvieron por que se le absolviese; pero inmediatamente acriminóse al mismo tribunal revolucionario en el club de los jacobinos. "Sobremenera me aflige, dijo Hebert en aquel gran foco de la revolucion, ver-

(1) Th. IX, 286, 287.

me en la necesidad de denunciar á una autoridad que ha sido la esperanza de los patriotas y que hasta este momento les ha merecido tanta confianza. Pero el tribunal revolucionario está á punto de absolver á un criminal en favor del cual las beldades de Paris están alborotando cielo y tierra. La hija de Custine, que es tan excelente actriz en la capital como fué hábil actor su padre á la cabeza del ejército, se apersona con todo el mundo para pedirle que abogue por éste." Robespierre hizo algunas observaciones picantes sobre el espíritu contencioso que se iba apoderando del tribunal, y acerca del apego que iba tomando á las fórmulas legales, y sostuvo con calor que era criminal Custine. Las consecuencias que dedujo, eran decisivas; declaróse, pues, culpable al acusado, y fué condenado á muerte en medio de los bulliciosos aplausos de los jacobinos y franciscanos de que el tribunal estaba lleno. Enviósele al cadalso, y aunque flaqueó por un momento, al fin murió con entereza. La turba se ofendió de ver que al ir al patíbulo le acompañase en el carro fatal, ausiliándole, un sacerdote. El general Houchard, segundo en mando y denunciante de Custine, no obstante los recientes triunfos que poco antes había obtenido sobre los aliados en Hoondschoote, no tardó en correr igual suerte; y Braguay d'Hilliers, á quien reservaba elevados destinos el cielo, fué reducido á una prision de que logró salir á la caída de Robespierre. [1]

(1) Lac. XI, 296, 297. Th. V, 296, 297. Toul. IV, 62, 131. Th. X, 297.

El duque de Orleans, que fué el primer instigador de la revolucion y el mas interesado en ella, fué la siguiente víctima inmolada. Ya de antemano Robespierre, en el club de los jacobinos, habia pronunciado su sententencia; la asamblea, que antes habia sido su mercenaria aduladora, apoyó por unanimidad la proposicion de Robespierre. En vano alegó el duque en su favor que habia tomado parte en los desórdenes del 5 de Octubre, que habia prestado apoyo á la sedicion del 10 de Agosto y que el 17 de Enero habia votado contra el rey; condenósele con brevedad á muerte. Solo pidió una gracia, que se le concedió, y fué la de que se difiriese su decapitacion por el término de veinticuatro horas. En este intervalo mandó preparar un banquete servido con esquisito esmero, en el cual se regaló con extraordinario apetito; cuando se le conducia al patibulo tuvo fijos por algun tiempo sus ojos, con una sonrisa de satisfaccion, en el Palacio Real que habia sido el teatro de sus numerosas orgías. Detúvosele por mas de un cuarto de hora al frente del palacio por mandato de Robespierre, que, habiendole en vano pedido la mano de su hija, le habia ofrecido, que si se la concedia, escitaria un tumulto en el pueblo, que le salvase de la muerte. Pero el duque de Orleans, por muy depravado que fuese, conservaba aun demasiados sentimientos de honor para hacer tamaño sacrificio, y esperó la muerte, sin dar la señal por medio de la cual habia de indi-

Proceso y decapitacion del duque de Orleans.

car que cedia; visto esto dejósele proseguir su marcha al patibulo. Recibió la muerte con estoica entereza, siéndonos satisfactorio transmitir á la posteridad un rasgo de grandeza que atenua un tanto las manchas que imprimieron en su vida su criminal ambicion y su egoismo, y este fué el de haber preferido la muerte á sacrificar su hija al tirano. Jamas quedó mas á las claras demostrado cuan insensibles se llegan á hacer los hombres á la fama cuando se entregan al materialismo y á la impiedad, y cuanto tienden estos principios á degradar un carácter naturalmente noble. La muchedumbre aplaudió su muerte, y nadie hubo que levantase la voz en favor suyo aunque se componia su mayoria de aquellos mismos hombres que tantas veces se movieron á impulso de sus aduladores, y que habian debido á su prodigalidad su subsistencia. (1)

La muerte de Bailly, de Custine y del duque de Orleans, dejó esterminado el partido que queria que la monarquia constitucional se estableciese; de suerte que los fines con que se hiciera la revolucion al principio, quedaron frustrados, y destruidos los principales motores de ella, por medio de las pasiones que habian escitado en el pueblo. La destruccion de los girondinos hizo desaparecer toda esperanza de república, y la matanza, que se hizo de los que sostenian á la constitucion, ninguna tampoco dejó de que llega-

(1) Hist de la Conv. III, 189. Lac. IX, 289, 290. Toul. IV, 121, 122.

se á establecerse una monarquía limitada. El vaticinio de Vergniaud se iba acercando con celeridad á su cumplimiento; la revolución iba, como Saturno, devorando sucesivamente á todos sus hijos.

Sin embargo, quedaban todavía dos facciones que eran opuestas á los decenviros por los distintos principios que profesaban, y era indispensable su destrucción para que pudiesen estos conservar su autoridad despótica; estas facciones eran las que formaban los moderados, y los anarquistas. A la cabeza de los primeros hallábanse Danton y Camilo Desmoulins, y los últimos contaban con el apoyo de la poderosa municipalidad de Paris. [1]

Ya hemos dicho que ni Danton, ni su partido, tenía conocimiento del verdadero objeto que llevaba la sedición del 31 de Mayo. Ayudaron al populacho en la lucha que contra la Convención entablara, pero al hacerlo no tuvieron en manera alguna la intención de establecer la Oligarquía, que merced á sus esfuerzos logró por fin autorizarse. Después de la destrucción de la asamblea instó Robespierre á Danton á que se retirase al campo. “Una tempestad se levanta,” díjole; “no han olvidado los jacobinos que tuvisteis relaciones con Dumouriez. Aborrecen nuestras contumbres; nuestra sensualidad y molice están en pugna con su energía. Retiraos por un momento; poned vuestra confianza en un amigo que estará en constante observación de los

(1) Mfg. II, 300.

peligros que podáis correr y que os hara saber el momento en que podáis volver.” Siguió este consejo Danton dándose el parabien de poderse desprender de una facción cuyos excesos le comenzaban á inspirar terror, y con su ausencia quedó totalmente escludido del gobierno dictatorial el partido que acaudillaba [1].

Los gefes que figuraban á la cabeza de este partido eran Danton, Phillippeaux, Camilo Desmoulin, Fabre d'Eglantine y Westermann, intrépido caudillo de la sedición del 10 de Agosto. Los principios que profesaban, eran los de que no debía emplearse el terror sino para el establecimiento de la libertad, y que ésta no debía convertirse en medio de opresión por aquellos que la conquistaron; deseaban, sobre todo, que los republicanos fueran los que quedasen en absoluta posesión del campo de batalla, y que lo grado que lo hubiesen, hiciesen un uso moderado de su triunfo. Obrando en consonancia con estos principios, reprobaron las violentas medidas que tomaron los dictadores cuando á consecuencia de lo acaecido el 31 de Mayo obtuvo el triunfo el populacho; desde entonces desearon humillar á los anarquistas del cabildo, disolver el tribunal revolucionario, poner en libertad á las personas que se hallaban encarceladas por sospechosas, y suprimir las despóticas juntas de que el gobierno se formaba [2].

El partido contrario, es decir, el del cabildo,

(1) Lac. Pr. Hist. II, 91, Mig. II, 301.

(2) Th. VI, 6, 7. Lac. Pr. Hist. II, 91, Mig. II, 301.

llevaba la ambicion y la vehemencia á grado mayor que los decenviros. Sus fuertes deseos eran los de establecer en vez de gobierno, una democracia local exagerada, y sustituir á la religion un completo materialismo. Llevaron sus principios como acontece ordinariamente en las contiendas democráticas, mas allá del límite que fijara la faccion dominante á los suyos, procurando de este modo suplantar á esta en el ánimo del populacho. El partido de que tratamos, habia observado con sumo disgusto la usurpacion que cometieran las juntas al posesionarse de todas las facultades del gobierno despues de la sedicion del 31 de Mayo, apropiandose de este modo todos los frutos de un triunfo que en gran parte debian á sus fuerzas. En crueldad, impureza y ateismo, superaba al gobierno dictatorial; en deseos de egereer un poder tiránico á nadie cedia, pero este poder habia de estar depositado esclusivamente en sus manos (1).

Estos dos partidos como ordinariamente acontece en tiempos de discordias civiles, acusabanse mutuamente de ser causa de las calamidades públicas. Los anarquistas echaban en cara continuamente á los moderados haberse vendido, y servir á las cortes estrangeras de agentes secretos. "Vosotros sí sois, contestaban los Dautonistas, verdaderos cómplices del estrangero; todo en vosotros propende á facilitarle el triunfo; tanto el language violento en que incesantemente os producís, cuanto el designio que de

(1) Th. II, 298. Mig. II, 298. Toul. VI, 286.

consuno habeis concebido de desquizarlo todo en Francia. Ved á la magistratura cual se arroga una autoridad mayor que la del cuerpo legislativo; vedla reglamentar todos los ramos, la policia, la subsistencia pública y el culto; vedla sustituir una nueva religion á la antigua, reemplazar una supersticion con otra mas absurda todavía, predicar públicamente el ateismo y hacer que la imiten todos los cabildos de Francia. Contemplad como esas oficinas de guerra donde se engendran tantos opresores, difunden la desolacion por las provincias y por medio de su conducta atraen sobre la Revolución el desprestigio. Observad al cabildo y á las juntas; ¿qué otra cosa se proponen hacer sino usurpar las facultades del poder egecutivo y del cuerpo legislativo, anular la Convencion y disolver el gobierno? ¿quién podria sujerir designios de ese género sino los enemigos esteriores de la Francia [1]?"

Camilo Desmoulins, en un célebre folleto que publicó intitulado "Le Vieux Cordelier," fingiendo describir la situacion de Roma bajo el dominio de sus emperadores, hizo una esatísima pintura de la horrible posicion de la Francia en aquel periodo de luto. "No habia cosa, decía, bajo aquel terrible gobierno, que no diese lugar á sospechas. ¿Gozaba de popularidad un ciudadano? Considerábasele como rival del dictador y capaz de crear disturbios. ¿Se alaja-

(1) Th. VI, 10, 11.

ba del trato y vivia retirado en su hogar? Hacía-
lo para mejor concertar en el retiro sus siniestros
designios. ¿Era rico? Esta circunstancia le
hacia mas peligroso por que por medio de sus
dádivas podia corromper á los ciudadanos. ¿Era
pobre? Tambien por esto era temible por que
no hay hombre mas nocivo que aquel que nada
tiene que perder. ¿Tenia un caracter reflexivo
y melancólico? Era por que meditaba sin cesar
en lo que denominaba las calamidades de su pa-
tria. ¿Era de genio alegre y disipado? Oculta-
ba como César su ambicion bajo el velo de los
placeros. ¿Era virtuoso y austero? Se habia eri-
gido en censor del gobierno. ¿Era filósofo, ora-
dor, poeta? En breve llegaria á atraerse mas
consideracion que aquella de que gozaban los
gefes del estado. ¿Habia adquirido celebridad
en la carrera de las armas? Los talentos solo
servian para hacerle aparecer mas formidable
y para que se juzgase que habia una necesidad
indispensable de destruirse para que su presti-
gio cesase. Llegó á ser suceso tan raro que fa-
lleciese de muerte natural un hombre ilustre,
que los historiadores creyeron deber transmitir-
lo á la posteridad de sus escritos. La muerte
de tantos rectos é ilustres ciudadanos parecia un
mal todavía menos grave que la insolencia y el
escandaloso influjo de sus delatores. Cada dia
veíase al delator entrar triunfante en el palacio
de la muerte y segar de entre las mieses que se
le presentaran las mas ópimas. Los tribunales
que en otros tiempos habian sido protectores de

vidas y haciendas, se habian vuelto órganos de
carnicería en un pais en que el latrocinio y el
homicidio se ocultaban bajo los nombres de se-
creto y castigo (1).” ¡Tal era la pintura que ha-
cia de los actos de un gobierno popular, el hom-
bre á quien se llamaba el primer apóstol de la
libertad! ¿Y podrá darse coincidencia mas nota-
ble que la que se observa entre el estado que
guardaba su pais, y la abyeccion en que se ha-
llaba Roma en tiempo de Neron y Calígula, épo-
ca que pinta con un pincel digno de Tácito?
¿quién habrá que en la descripcion del imperio
romano no reconozca desde luego á la Francia
tal cual se hallaba bajo el gobierno que impu-
siera á sus pobladores en los trasportes de su
entusiasmo democrático?

Danton y sus amigos hicieron los mayores es-
fuerzos para separar á Robespier-
re de la sanguinaria faccion de
acuerdo con la cual obraba, y á los
principios concibieron algunas es-
peranzas de buen éxito. En efecto, Robespierre
habia dado algunos pasos que tendian al estable-
cimiento de un gobierno mas moderado: en la
Convencion habíase opuesto sin embozo al pro-
ceso de los 73 representantes á quienes se habia
encarcelado por haber protestado contra la pri-
sion de los girondinos. Habia desaprobado las
medidas exageradas que tomaran Hebert y el
cabildo, é hizo á la Convencion acordar un de-

Esfuerzo de Dan-
ton para separar
á Robespierre del
cabildo.

(1) Vieux Cordelier. Rev. Mem. XLII, p. 50, 51, 53.

creto en que se reconocia la existencia del Ser Supremo. No solo habia leído el *Vieux Cordelier*, sino que aun habia corregido las pruebas del numero de este periódico en que se le pedia en los términos mas patéticos que adoptara sentimientos humanos; de aquí provino que su popularidad comenzase á ir en decadencia. Acusábasele de inclinarse al moderantismo y empezóse á reprobár sus actos en los corrillos que los jacobinos formaron. [1]

Robespierre, no obstante todo su fanatismo en favor de la democracia, conocia, tambien como el que mas en Francia, la necesidad que habia de crear algunas impresiones religiosas, que sirviesen de freno á las pasiones del pueblo, y de establecer un gobierno central vigoroso que reprimiese sus excesos. En breve horrorizósele las pérfidas atrocidades del cabildo, y vió que semejantes principios, si en ellos se persistia, desorganizarian completamente á la sociedad por toda la estension de la Francia. Dominado por el espíritu sanguinario que en aquella época reinaba, propúsose llevar á cabo sus designios destruyendo á sus opositores. La primera indicacion de este propósito, hizo en un discurso que pronunció en el club de los jacobinos á fines de Noviembre. “Es ese bien que
 Noviembre 21. los hombres” dijo, “animados por un fervor sincero, abandonen sobre las aras de su patria, los inútiles y pomposos monumentos

(1) *Mig.* II, 305, 307. *Lac. Pr. Hist.* II, 136, 138. *Vieux Cordelier*, 73.

de la supersticion; ¿pero con que derecho se nos viene aquí la hipocresia á mezclar su influencia con la del patriotismo? ¿Que derecho tienen algunos hombres que han sido desconocidos hasta hoy en la carrera de la revolucion, á introducirse en vuestro seno á fin de hacerse por medio de los acontecimientos del dia de una popularidad mentida con el objeto de inducir á los patriotas á tomar medidas funestas y sembrar entre ellos los gérmenes de la confusion y de la discordia? ¿Que derecho tienen á interrumpir el culto existente en el nombre de la libertad, y á destruir el fanatismo por medio de fanáticos de otra especie? Hay hombres que aun á mas se atreven, y son los que so pretesto de hacer desaparecer la supersticion intentan entronizar al ateismo. Cada filósofo, cada individuo, es dueño de adoptar la opinion que mas apetezca, y cualquiera que por esto le acriminare, será un imbécil; pero será mil veces mas digna de censura la legislatura que por tal sistema se rija. El ateismo es una creencia de aristócratas. La idea de un Ser Supremo que vigila sobre la inocencia oprimida y que castiga al victorioso crimen, es, y siempre será, digna del pueblo. Los infortunados y el pueblo la acogerán eternamente con aplauso, y no encontrará detractores sino entre los ricos y los malos.

Necesario sería,
 Si no existiese Dios, que se inventase.” (1 2)

[1] *Th.* VI, 15, 17.

[2] “Si Dieu si existait pas il faudroit l’inventer.”
 —Thiers, VI, 17.

Pero al paso que de este modo preparaba Robespierre los medios para destruir á los anarquistas, veía que era necesario hacer un sacrificio al partido revolucionario para libertarse de la fea imputacion de moderantismo que se le dirigia y conservar la reputacion que habia adquirido de tener una resolucion incontrastable y una integridad incorruptible; y para conseguir este su objeto, decidió que á la vez de esterminar á Hebert, Chaumette y demas anarquistas, se enzañaria, con igual rigor contra Danton, Camilo Desmoulins y demas órganos del partido moderado. Obrando de este modo se manifestaria imparcial, daria á la Junta de Seguridad pública la supremacia sobre todas las demas facciones del estado, y se desharia de los únicos rivales que le impedian dominar solo. [1]

Danton, aunque ignoraba que la omnipotente junta de seguridad pública preparaba su ruina, habia echado de ver, sin embargo, que desde algunos meses hacia, iba su popularidad en decadencia, y pidió á voz en cuello en el club de los jacobinos que se manifestasen los motivos de queja que de él hubiese. Robespierre subió inmediatamente á la tribuna. "Danton, dijo, pide que se nombre una comision que examine su conducta; yo consiento en ello si juzga él que pueda servirle de alguna utilidad tal paso. Pide que se le manifiesten cuáles son los motivos de queja que hay contra él; accedo á ello. Danton, se te

[1] Th. VI, 186, 187.

acusa de que eres emigrado; de haberte retirado á Suiza poniendo tu quebranto de salud por pretexto de tu fuga; de que aspiras á ser regente del reinado de Luis XII; de haber hecho ciertos arreglos para proclamar a ese resto de los Capetos en un tiempo determinado; de ser el caudillo de una conspiracion contrarevolucionaria; de ser peor enemigo para la Francia que Pitt, Coburgo, la Inglaterra, el Austria ó la Prusia, y de haber llenado á la Montaña de hombres de tu hechura. Se dice que poco recelo deben inspirarnos los agentes subalternos de las potencias extranjeras, y que sus conspiraciones solo merecen el desprecio; pero que á tí, á tí sí se te debe arrojar al cadalso." Siguiéronse estrepitosos aplausos á esta manifestacion atrevida; pero cuando hubieron cesado, continuó Robespierre volviéndose hácia su atónito rival. "¿No sabes, Danton, dijo, que mientras mas energía y espíritu público tiene un hombre, mas conspiran contra él los enemigos de la patria con el intento de acarrear su ruina? ¿Y no sabes tú, y no saben tambien cuantos me escuchan, que esas persecuciones son las mejores pruebas que pueden darse de que existen verdaderas virtudes en el que las sufre? Si no se calumiasse á un defensor de la libertad, podria creerse que ya no habia generales, frailes ni nobles á quienes temer." Entonces dijo: que si habia alguno que tuviese de que acusar á Danton, que hablase; pero despues de la manifestacion que acababa de oirse, no hubo quien se aventurase á proferir una palabra. En vista

de esto, recibió Danton el abrazo fraternal del presidente. Por medio de esta conducta hipócrita cerciorábase Robespierre del sentido en que estaba el pueblo para con su temible rival, y le inspiraba plena confianza con sus manifestaciones de aprecio [1].

Poco tiempo despues promulgóse un decreto en el cual se ampliaban las despóticas facultades de la junta de Seguridad Pública. La anarquía, decia Billaud Varennes, es el preámbulo del dictámen en que se apoyaba el decreto, es el mal que amenaza á todas las repúblicas desde su infancia hasta su edad decrepita. A nosotros toca hacer esfuerzos para destruirla." De acuerdo con este principio decíase en el decreto que se estableceria un boletín que contendria las leyes; que se nombraria á cuatro individuos que tendrian el derecho esclusivo de formar el dicho boletín; que se imprimiria en papel y con tipos particulares, y que se les circularia á las provincias por medio de correos. Al mismo tiempo declaróse á la Convencion por "Centro de impulso del gobierno," intentándose ocultar bajo esta ambigua frase el despótico poder que las juntas ejercian. Anulóse la autoridad de las asambleas departamentales, no quedándoles otra que la relativa á asuntos de administracion local; se las prohibió además, conminándose con pena de muerte á sus miembros ponerse de acuerdo entre sí sobre materia alguna de política, levantar fuerzas ni im-

[1] Th. VI, 21, 22.

poner contribuciones por autoridad propia, y llevar relaciones con otros cuerpos que no fuesen las juntas de Paris, que era de las que debian recibir intrucciones. De suerte, que las libertades de las provincias iban llegando á la nulidad aceleradamente á impulsos del despótico influjo de las juntas de seguridad pública, y la Francia comenzaba ya á penetrar por la sangrienta senda que de la anarquía democrática conduce á un gobierno arreglado [1].

Entre tanto, la lucha entre Dantonistas y anarquistas se dejaba mas y mas percibir cada dia. Uno de éstos últimos, llamado Rousin, habia fijado en todas las paredes de Paris un pasquin en que decia que de las ciento cuarenta mil almas que habia en Leon, solo mil quinientas eran las que no habian tomado parte en la sedicion de aquella ciudad, y que antes de Febrero perecerian todos los culpables y sus cadáveres serian conducidos á Tolon por las corrientes del Ródano. Camilo Desmoulins atacó vigorosamente á este feroz bando, y de una manera especial al infame Hebert, á quien acusó de ser "un intrigante miserable, abastecedor de victimas para la guillotina, traidor coluchado por Pitt, malvado que habia recibido doscientos mil francos en diversas partidas de casi todas las facciones de la República con el espreso fin de calumniar á sus contrarios, ratero y ladrón á quien habian lanzado del teatro, donde habia servido en calidad de criado, por robo, y que á la sazón queria

[1] Th. VI, 30, 31.

inundar de sangre á la Francia por medio de su prostituido periódico.”

Tal era el hombre despreciable segun dicho de los mismos revolucionarios, cuya simple declaracion bastó al tribunal revolucionario para condenar á muerte á María Antonieta. “En vano” proseguia diciendo Desmoulin, “se intenta sofocar mi voz con amenazas de encarcelamiento; todos sabemos que los anarquistas preparan otra nueva sedicion semejante á la del 31 de Mayo; pero diremos con Bruto y Ciceron: “demasiado tememos el destierro, la pobreza y la muerte.” ¡Que, cuando nuestros soldados arrostran diariamente la muerte al frente de las baterias del enemigo en defensa de la libertad, habremos nosotros, sus indignos caudillos, de temer las amenazas del Padre Duchesne, y será él quien nos impida obtener una victoria mayor aun sobre los ultra-revolucionarios que destruirian á la revolucion marcando cada uno de sus pasos con lagunas de sangre?”

En tanto que se hallaban en tal estado de animadversion, uno para con el otro, los dos partidos, la junta de seguridad pública concibió el audaz designio de interponerse entre ellos y servirse de la disension en que se hallaban para destruirlos. Robespierre y los miembros del cabildo, aprovechandose con destreza política de esta singular situacion en que se hallaban los partidos, celebraron alianza bajo la condicion de que el uno y los otros se desprende-

Convenio secreto celebrado entre Robespierre y el cabildo.

rian de todos sus amigos personales. Robespierre abandonó á Danton, á Camilo Desmoulin y sus adictos á la venganza del cabildo, y este entregó á Hebert, Chaumette, Rousin, Clootz y secuaces de estos á los decenviros. Por medio de este pacto alcanzábanse dos fines importantes; destruíase una faccion temible y hacia desaparecer el dictador á un rival que le hacia sombra. [1]

Robespierre fué el primero que anunciase en la asamblea este proyecto de doble venganza. “Por de fuera,” dijo, “están conspirando contra vosotros todos los tiranos de la tierra; por dentro, todos sus adictos estan apoyando sus esfuerzos; y tal estado de cosas subsistirá hasta que se quite la esperanza de triunfar al crimen. Debemos acabar con los enemigos exteriores é interiores de la República ó perecer bajo sus ruinas. En tales circunstancias, los únicos principios de política que debe adoptar el gobierno son los de conducir al pueblo por la fuerza de la razon, y sobreponerse á sus enemigos por medio de la fuerza del Terror. El origen de todo gobierno popular, en tiempo de paz, es la virtud, en tiempo de revolucion, la virtud y el terror. El terror sin la virtud es fatal; la virtud sin el terror es impotente. Un gobierno revolucionario emplea el despotismo de la libertad contra la tirania. Las facciones en pugna, contra las

[1] Mig. II, 306. Th. VI, 186, 187. Lac. II, 139.

cuales tenemos que luchar, marchan bajo distintos estandartes y por sendas diversas, pero tienen á un mismo fin, el de operar la desorganizacion del gobierno del pueblo y hacer que la tirania triunfe; el uno se encamina á este objeto inclinándose á la debilidad, el otro cometiendo excesos." "La una de estas facciones," dijo Saint Just, "trasformaria á la libertad en bacanal, y el otro en prostituta." Este discurso fué mandado inmediatamente á la prensa, y se circuló por toda la Francia. [1]

La junta de seguridad pública ocultaba incessantemente, por medio de sus órganos, Robespierre y Saint Just, los progresos que hacia en la senda del despotismo bajo el velo de un asiduo empeño en acelerar la marcha revolucionaria, y hacia entender que los dos contrapuestos bandos obraban bajo la direccion y en beneficio de los ejércitos extranjeros. "Las potencias extranjeras, decia la junta, han suscitado contra nosotros á ciertos astutos bellacos á quienes conservan á sueldo. Estos deliberan en nuestras administraciones, se introducen con maña en nuestras secciones y clubs y emplean eternamente unos propios medios para operar la contra revolucion. Agítanse en derredor nuestro, sorprenden nuestros secretos, lisongean nuestras pasiones y procuran empeñosamente atraernos á sus opiniones. Tan pronto nos impelen á un rigorismo extremo como nos hacen

[1] Mig. II, 307. Th. VI, 155, 156.

caer en una debilidad suma, tan pronto escitan en el pueblo de Paris el fanatismo en favor del nuevo culto, como suscitan la guerra en la Vendea en defensa del antiguo; sugieren los asesinatos de Marat y Lepelletier y se mezclan á los grupos que celebran la apoteosis de sus restos; alternativamente esparcen la abundancia entre el pueblo y le reducen á todos los horrores del hambre; circulan ó estancan el numerario y de este modo originan los cambios que se notan en el valor de la moneda; se aprovechan, en fin, de cuantos accidentes ocurren para volverlos contra la Francia y la Revolucion." Hé aquí la táctica invariable de las facciones revolucionarias; es la de imputar al extranjero sucesos que no son sino el afecto natural de sus pasiones y de sus vicios. Siguióse al discurso de que dejamos hecha mencion un decreto en el cual se mandaba que compareciesen Biron, hijo de Custine, Dietrich, corregidor de Estrasburgo, todos los amigos de Dumouriez, y en fin, Custine y Houchard, ante el tribunal revolucionario, de donde poco despues fueron conducidos al cadalso [1].

"Ciudadanos, dijo Saint Just pocos dias despues, quereis república, pero si al mismo tiempo no quereis todo aquello que la constituye, sereis sepultados bajo sus ruinas. Ahora, sabed que lo que constituye á una república es la destruccion de todo aquello que la es contrario. Sereis culpables para con la república si teneis compasion á los presos, sereis culpables si no

[1] Mig. II, 307. Th. VI, 155, 156.

prestais apoyo á la virtud, seréis culpables si no sosteneis al terror. ¿Qué intento es el que os proponéis vosotros que no queréis inspirar terror á los perversos? ¿Qué intento os proponéis vosotros que queréis separar á la felicidad de la virtud? Pereceréis vosotros los que solo haceis el papel de patriotas hasta el instante en que os cohecha el extranjero ú os dá el gobierno algun empleo; vosotros, los de esa faccion indulgente que queria salvar al malvado; vosotros, los secuaces del extranjero que no desplegais rigorismo sino contra los amigos de la independencia. Las medidas estan ya tomadas; estais cercados.

Gracias al genio de la Francia, la libertad ha salido triunfante de uno de los mas graves riesgos que jamas corriera, y el terror que á sus enemigos inspire libertará por siempre de conspiradores á la tierra." La Convencion, dominada por los tiranos, confirió á las juntas, plenas facultades para sofocar las conspiraciones que se tramasen, y decretó que el Terror y la Virtud serian la orden del dia [1].

Los anarquistas fueron los primeros que sintiesen la vehemencia de sus primitivos consocios. En vano procuraron mover á los antiguos partidarios suyos que tenian en el cabildo para que defendiesen su causa; el terror habia helado todos los corazones. Los caudillos del bando en cuestion hicieron los mayores esfuerzos para

(1) Mig. II, 309. Lac. II, 145.

que el pueblo se insurreccionase, y vieronse en los mercados y los puntos mas concurridos de Paris, innumerables pasquines en que se atribuian á la Convencion todas las calamidades públicas, y en particular el hambre que reinaba. Llegaron hasta á proponer que se disolviese á la Convencion completamente, se formase otra, se eligiese un dictador, y se organizase un ejecutivo. Pero todos los esfuerzos que hicieron Hebert con su infame periódico, Momoro con las resoluciones que dictara de acuerdo con la seccion Marat, y Vincent con sus frenéticos secuaces, no pudieron llegar á producir el movimiento popular á que tendian. La municipalidad se retrajo, y en cuanto á los jacobinos hallabanse dominados por la Junta de Seguridad pública y Robespierre. Arrojados los anarquistas del club de los jacobinos donde predominaban los decenviros, buscaron amparo en el de los Franciscanos, pero en vano. Fueron prendidos por Henriot, su antiguo agente, quien apareció para reducirlos á prision, al frente de aquella misma fuerza armada de la cual tantas veces se sirvieron para amedrentar al gobierno, y se les condujo ante el tribunal revolucionario para que contestaran al cargo que se les hacia de que tramaban para poner un dictador á la cabeza de los negocios públicos.

Hebert, Gobet, Ronsin, Chaumette, Clootz, Momoro y Vincent, que eran los acusados, fueron sentenciados á muerte, y demostraron la natural baja de su carácter en la cobardia con

que murieron. El apostata obispo Gobet estaba casi ecsánime de terror, y el infame Hebert tuvo

la debilidad de llorar. Los numerosos presos de que estaban llenas las cárceles de París, apenas podían dar crédito á sus ojos, al ver caminar al cadalso á los tiranos que habian inmolado á tantas víctimas, y que no satisfechos con esto, estaban preparando aun otras nuevas matanzas de reclusos. El populacho, con su veleidad ordinaria, manifestábase gozoso del castigo que se les aplicaba y llenaba en particular de maldiciones al mismo Hebert, cuya prision, que la Convencion le impusiera, habia puesto en movimiento á París poco antes. [1]

Era tal la ansiedad que tenia el público por ver la ejecución de estos caudillos que habian gozado de popularidad recientemente, que se colectaron considerables sumas con la venta de asientos sobre mesas y bancos que se colocaron en derredor del patíbulo para la comodidad de los concurrentes, habiendo habido muchos que solicitaron que se les colocase en los mismos carros en que se conducia á los reos para presenciar de cerca sus mortales angustias. Hebert no hacia esfuerzo alguno para ocultar el terror de que se hallaba sobrecogido; á cada paso mas y mas se abatía; y el vil populacho que poco antes le considerara como oráculo, seguía el carro en que iba, imitando el grito de las personas que

[1] Lac. II, 144. Th. VI, 162, 168, 179, 182. Mig. II, 310.

vendian su diario por las calles, y que clamaban: “¡El padre Duchesne está furioso como un demonio (1 2)!”

El triunfo de los decembiros fué completo; á este golpe sucedióse el de disolver las fuerzas revolucionarias que estaban estacionadas en París, y disminuir el poder de las juntas de las secciones, cuyos pasos que no carecian de importancia, tendian al establecimiento de un gobierno en forma. El cabildo de París dominado por el terror, se vió impelido á enviar una comision á la asamblea que la diese las gracias por la prision y el castigo de sus propios miembros [3].

No se regocijaron mucho tiempo de la destruccion de los anarquistas, Danton y sus secuaces. El primero tuvo una conferencia con Robespierre en la casa de este, de la cual se separaron sin reconciliarse. Quejóse Danton con vehemencia de la conducta de su antiguo amigo; mantúvose Robespierre en una orgullosa reserva. “Bien sé, dijo Danton, cuanto es el odio que me tiene la junta; pero no la temo.” “Estais en un error, dijo Robespierre, ninguna mala intencion abriga contra vos la junta; pero es preciso que obremos con franqueza.” “Para obrar con franqueza, replicó Danton, es necesario que haya

[1] Th. VI, 182.

[2] “Il est C.—t en colere le Pere Duchesne.” Al referir escenas como esta, pierden las frases su energía, si no se enuncian con las propias palabras que se emplearon.

[3] Mig. II, 310. Lac. II, 144.

buena fe. Es indudable que se debe refrenar á los realistas, pero es preciso que no confundamos á inocentes con criminales." "¿Y quién os ha dicho, repuso Robespierre, que ha perecido un inocente?" Al oír esto Danton, volvióse al amigo que le acompañaba, y díjole con amarga sonrisa, "¿Qué os parece?—¿que ni un solo inocente ha perecido!" Separáronse irritados el uno contra el otro, y desde luego cesó toda relacion entre ellos [1].

Entonces los amigos de Danton instáronle á que tomase las medidas necesarias para ponerse en salvo, pero ya no le quedaba medio alguno de evitar el golpe que le amenazaba. El club de los franciscanos, es cierto, estaba consagrado á su persona, y aun la Convencion le tenia una adhesion secreta; pero estas dos corporaciones carecian de un poder positivo, y la fuerza armada se encontraba completamente á disposicion de la junta, y pues no habia logrado escitar en su favor á la opinion pública por medio de los periódicos de su partido y de los esfuerzos de los amigos que en la Convencion tenia, ¿qué otro espediente le quedaba? "Prefiero, decia, ser guillotinado, á ser verdugo; mi vida no merece que me tome el trabajo de conservarla; ya me fastidia la existencia. ¿Qué me condene yo mismo al destierro! ¿creeis que se lleve uno á su patria consigo en la suela de su calzado?" Un dia antes de su prision diósele noticia de que la habia tomado

(1) Mig. II, 308. Th. VI, 189.

en consideracion y estaba discutiéndola la junta, y de nuevo se le instó á que huyese, pero despues de haber reflexionado un momento, no dió mas contestacion que la de: "No habran de atreverse." En la noche fué cercada su casa, y prendiósele en union de Camilo Desmoulins, Lacroix, Herault de Sechelles y Westermann. Al entrar á la cárcel, saludó con afecto á los reclusos que en ella habia, y que se agolparon á verle. "Señores, dijo, habia tenido la esperanza de ser el medio por el cual os hubieseis visto fuera de este sitio; pero hé aquí que vengo á acompañaros, y solo Dios sabe cual será nuestro paradero." Inmediatamente despues encerrósele en un calabozo separado, el mismo que habia ocupado Hebert poco antes. Al entrar á él esclamó, "Al fin veo que en las revoluciones al cabo viene á quedar la autoridad suprema en manos de los hombres mas prostituidos (1. 2)."

Durante el breve periodo que trascurrió desde su encarcelamiento hasta su muerte, perturbósele el juicio y reprodujose en su imaginacion la inocencia de los primeros años de su vida. "No hablaba, dice Riouffe que era su compañero de clausura, sino de árboles, de flores y del campo." Y luego manifestando un sentimiento tardío, esclamaba: "Hace precisamente un año que servia

(1) Rouffe 67. Mig. II, 310 311. Th. V, 190.

(2) Enfin je vois que dans les Revolutions l'autorité toujours reste aux plus scélérats.—Riouffe, p. 57. Sentencia tanto mas memorable, cuanto que la proferian tales labios.

de medio para que el tribunal revolucionario se estableciese, ¡ojalá quieran Dios y los hombres perdonarme lo mal que con esto hice! [1] pero no creí que se convirtiese en plaga del género humano.”

Su prision produjo en Paris una grande efervescencia; en la mañana del dia siguiente, veíase á la asamblea dominada por una general inquietud, que se manifestaba con quejas que podian contenerse apenas: “Ciudadanos, dijo Legendre, cuatro de los representantes de la nacion han sido presos durante la noche; Danton es uno de ellos, y no sé quienes son los otros. Danton es tan inocente como yo, y sin embargo, se halla preso. Sus acusadores sin duda temen que destruya con sus respuestas los cargos que se le hagan; pero vosotros debéis hacer justicia, y pido que, antes de que se rebiba el parte de la junta, se examine á Danton ante vosotros.” Acogióse esta proposicion favorablemente, y por un momento estuvo la asamblea por mandar que se le escarcelase; pero subió á la tribuna Robespierre. “Segun la extraordinaria confusion que veo reinar en la asamblea, dijo, segun la agitacion que han producido las palabras que acabais de oír, es claro que se halla en riesgo un interes grave, y que el punto que debe resolverse, es el de si la salvacion de unos cuantos individuos se debe preferir á la de la patria. Hoy es cuando habremos de ver si la Convencion tiene la su-

Violenta agitacion que produjo su prision en la asamblea.

[1] Mig. II, 312. Th. VI, 123. Riouffe, 67.

ficiente energía para destruir á un falso ídolo, ó si quiere que en su caída abrumé á la asamblea y al pueblo de Francia. Danton, contesta ante la inflexible justicia; examinemos tu conducta. Cómplice en toda criminal empresa, abrazaste invariablemente toda causa que fué contraria á la independendencia; intrigaste con Mirabeau y con Dumouriez; en union de Hebert y de Herault de Sechelles, te hiciste esclavo de la tiranía. Mirabeau, que proyectaba un cambio de dinastía, conoció cuanto valia tu audacia, y se la atrajo; te separaste de tus primitivos principios, y nada volvió á oírse hablar de tí, hasta la matanza perpetrada en el campo de Marte. En cada crisis que ha habido, has abandonado el interes público, y siempre te has declarado en favor del partido triunfante.” El terror que estas palabras inspiraron sumergió de nuevo á la asamblea en el mas profundo silencio, y á este tiempo entró Saint Just, seguido de los demas miembros de la junta de seguridad pública. Con pasos lentos y semblante tétrico y resuelto acercábase á la tribuna, cuando prosiguió Robespierre dirigiéndose á Legendre: “Continuad, dijo, continuad; bueno es que todos los cómplices en la conspiracion que hemos frustrado, se vayan dando á conocer. Ya habeis oído lo que se ha dicho acerca del despotismo de las juntas; ¡como si la confianza que ha depositado el pueblo en vosotros, y que habeis trasmitido á las juntas, no fuese la mas segura garantía del patriotismo de éstas! Fingis sobrecogeros de terror; pues bien, yo os

digo que quien quiera que en estos momentos tiemble, es culpable; porque jamas temió el inocente á la vigilancia de las autoridades públicas." Un unánime aplauso, que hicieron manos trémulas de miedo, siguióse á estas palabras. Nadie quiso hacerse acreedor á la terrible imputacion de descontento; heló el terror los corazones, y Saint Just subió sin oposicion á la tribuna [1].

Desde ella hizo una detenida esposicion de los fundamentos en que se apoyaba la acusacion que se dirijia contra el partido moderado; refirió sus inconsecuencias privadas y su imperdonable elemeucia, acusóles de haber estado complicado en todas las conspiraciones que se tramaran, desde la de los realistas, á quienes destruyera el 10 de Agosto, hasta la de los anarquistas cuya traicion hacia poco tiempo se castigara. El monstruoso absurdo que cometia al imputar al partido en cuestion crímenes tan contradictorios, y al suponerle coligado con sus mas implacables enemigos, era demasiado evidente para que á primera vista no se palpase; pero la asamblea, dominada por el miedo, se inclinó bajo sus tiranos, y decretó por unanimidad, que compareciesen los acusados ante el tribunal revolucionario. Los concurrentes á las galerias imitaron su ejemplo; desde aquellos asientos de donde se oyeron salir con tanta frecuencia estrepitosos aplausos cuando pronunciara Danton sus discursos, no se

[1] Mig. II, 312, 313. Lac. II, 145. Th. VI, 194, 195. Hist. de la Conv. III, 338.

oía á la sazón sino pedir con ferocidad su cabeza. Cuando en union de sus compañeros se le trasladó á la Consergeria, que era el paso preparatorio para la comparencia ante sus jueces, el asombro de los reclusos fué tan grande como cuando se les llevara al Luxemburgo. "Mis antiguos colegas," dijo Danton; "nada entienden en materia de gobierno; todo lo dejo en la confusion mas lamentable; valdria mas ser un miserable pescador, que director de hombres. El único consuelo que tengo es que llevan mi nombre algunos decretos que haran ver á la posteridad que no he participado del frenesí de mis cofrades." [1]

Cuando se les condujo á presencia del tribunal, ostentaron su natural firmeza y dirigieron á los jueces palabras de suma dureza que la indignacion les sugeria. Habiendo preguntado á Danton el presidente del tribunal, su edad y profesion, contestó el primero: "Llámome Danton, nombre bastante conocido en la historia de la revolucion; tengo 35 años de edad; mi mansion será en breve la nada, y mi nombre vivirá eternamente en el panteon de la historia." Camilo Desmoulins contestó, que era de la misma edad que tenia el Sansculote JesuCristo á su muerte. Danton habló con energia y resolucion en su defensa. "Mis labios," dijo con aquel poderoso torrente que tantas veces empleara en defensa de la cau-

[1] Hist. de la Conv. III, 338. Riouffe, 67. Lac. II, 145. Th. VI, 198, 201. Mig. II, 313.

sa del pueblo, "mis labios no tendran dificultad alguna en refutar las calumnias que el acto de acusacion contiene. Presentenseme esos cobardes que me acusan, y no tardaré en confundirlos. Presentense los miembros de las juntas; pido que sean mis acusadores y mis jueces. Que vengan; pero no vendran. Poco me importa la sentencia que pronuncieis; ya os tengo dicho que mi mansion será en breve la nada; la vida me es pesada, me causa hastio, y veré con satisfaccion descargarse el golpe que me envie al sepulcro." El presidente llamó al orden, pero la voz tronante de Danton ofuscó el eco de la campanilla. "¿No me ois?" dijo el presidente "La voz de un hombre que defiende su honor y su vida," contestó Danton, "bien puede sobreponerse á vuestros gritos" Mandósele al fin con despecho que pusiese término á su discurso, y tomó asiento considerando perdida su causa. Sin embargo, la grave indignacion que mostrara, el nervio de Desmoulins y la moderada destreza de Lacroix, inspiraron terror á los jueces de que hiciese un movimiento el populacho para salvar á los acusados; y á fin de evitarlo, declaróles la Convencion *hors de débat* [fuera de debate], so pretesto de que habian faltado en el tribunal al respeto que á este se debia.

No bien se hubo acordado este decreto, cuando se apresuró Amar á ponerlo en manos de los jueces en los momentos en que Danton y sus amigos proseguian haciendo con indignacion su defensa. "Aquí teneis el medio, dijo Amar, de

hacer callar á esos miserables." Fouquier Tinville, delator público, se apoderó con precipitacion del decreto, y lo leyó á los jueces. Danton se levantó y tomó á la concurrencia por testigo de que en nada habia faltado al respeto debido al tribunal. "Tiempo vendrá, dijo, en que la verdad se manifieste; preveo las mayores calamidades para la Francia; hé ahí el dictador sin máscara." El dia siguiente se suspendió todo debate, antes de que hubiesen siquiera comenzado los acusados su defensa, y á pesar de las enérgicas manifestaciones que hizo Camilo Desmoulins, quien llamó al concurso por testigo de que se les asesinaba. Encerróse el jurado, y á poco salió el presidente y con una feroz alegría manifestó que se habia declarado culpables á los acusados. El tribunal pronunció la sentencia de muerte despues de habérseles hecho saber, y leyóseles en la noche en sus calabozos. "Se nos sacrifica, dijo Danton, á la ambicion de unos cuantos cobardes bandoleros, pero no gozarán por mucho tiempo de su triunfo; arrastro á Robespierre en mi caida."

Marcharon al cadalso con aquel estoicismo que era tan comun en aquella época. Custodiábalos una numerosa escolta, y un inmenso gentío compuesto de la plebe, veia en silencio conducir á sus antiguos caudillos á la muerte. Camilo Desmoulins exclamó al tomar asiento en el fatal carro: "¿Conque este era el premio que se destinaba al primer apóstol de la libertad!" La vil muchedumbre que iba detrás de los carros,

llenaba de imprecaciones á los reos; llegó á tal extremo la indignacion de Camilo, que se hizo pedazos la camisa, al desahogarse contra el pueblo. Danton llevaba la cabeza erguida, y arrojaba en derredor de sí una mirada intrépida y serena. "No hagas caso á esa vil canalla," dijo á Camilo. Hallándose al pié del cadalso, adelantóse para abrazar á Herault Sechielles, que con los brazos abiertos le esperaba, pero se interpuso el verdugo. "¡Qué, dijo Danton, con tétrica sonrisa, ¿eres mas cruel tú que la misma muerte? ¡Anda, al menos no podras evitar que en breve se toquen nuestros labios en ese sangriento canasto." Un momento despues calmóse y dijo: ¡Objetos de mi afecto! ¡Consorte mia! ¿No volveré jamás á veros?" Pero inmediatamente reprimióse y exclamó: "Danton, acuerdate de quien eres; no haya flaqueza." Subió al patíbulo con paso firme, y murió con admirable fortaleza de alma [1].

La muger de Camilo Desmoulins no se apartó un momento de las inmediaciones de la cárcel donde se encerrara á su marido, durante el breve espacio que medió entre su prision y su muerte, y su desesperacion sirvió de pretexto para que se dijese que se tramaba otra nueva maquinacion bajo el nombre de "Conspiracion de las cárceles." Con este motivo se la redujo á prision despues de la muerte de su marido, y se la mandó al cadalso en union de Chaumette,

[1] Mig. II, 314. Loc. II, 140. Th. VI, 216. Hist. de la Conv. III, 347.

Gobét y la muger de Hebert, que eran las reliquias que quedaron de la infame faccion de los anarquistas. La muger de Camilo recibió la muerte con la serenidad de Carlota Corday y de madama Roland, al paso que los miserables que con ella murieron, degradaron el sexo á que pertenecian, mostrando una mas que femenil flaqueza [1].

Tal fué el fin que tuvieron los tardíos y últimos apoyos de la humanidad y la moderacion,— los últimos que aspirasen á restablecer la tranquilidad y que recomendaban clemencia para con aquellos sobre quienes la revolucion triunfara. Mucho tiempo trascurrió despues que hubieron sucumbido sin que se oyese exhalar un solo clamor contra el Terrorismo. Los tiranos, en medio del silencio y sin encontrar oposicion alguna, descargaron repetidos y repetidos golpes del uno al otro extremo de la Francia. Los girondinos habian procurado evitar que llegase á existir este fatal dominio, y se empeñaron en contener su marcha los Dantonistas, pero sin lograr su objeto; aquellos y estos perecieron en la demanda. Perecieron porque eran inferiores en perversidad á sus contrarios; fueron víctimas del amor á la humanidad que ardia en sus pechos. (2)

El conjunto de hombres depravados que gobernaron en lo sucesivo á la Francia, no tiene egemplo en la historia del mundo. Su prestigio fundado en el ascendiente que habia adquirido

(1) Lac. II, 146. Th. VI, 220, 221.

(2) Mig. II, 314.

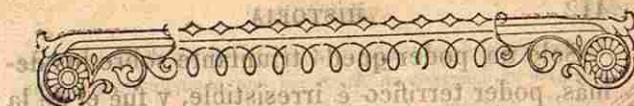
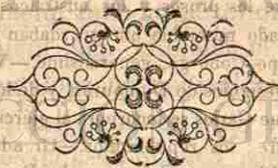
la muchedumbre y en la vehemente cooperacion que les prestaban los cabildos cuyos miembros por todas partes les debian verse elevados al poder, era irresistible. Por ellos trastornóse el orden en las opulentas ciudades, viéronse reducidos á la mendicidad centenares de miles de des-caminados artesanos, vivieron por tierra la agricultura, el comercio y las artes, recibieron un violento choque en sus cimientos las propiedades de todo genero, y todos los jóvenes del Reino fueron lanzados á la frontera, no precisamente para que defendiesen la integridad del territorio de la Francia, sino para que les defendiesen á ellos propios de la justa venganza que les amenazaba tanto por dentro como fuera. Todos inclinaban la cerviz ante aquel inmenso conjunto de malvados. Los escesos revolucionarios iban cada dia en mayor aumento á consecuencia de la union que hacia formar á los que los cometian, el constante temor en que estaban del castigo. No habia medio entre ingerirse en las atrocidades que se perpetraban, y sucumbir si no se tomaba parte en ellas. La virtud parecia haber perdido todo su prestigio, no se mostraba la entereza sino en la sublime resignacion que las víctimas ostentaban, y no resplandecia la religion sino en el heroismo que desplegaban en los momentos de ir á recibir la muerte. No quedaba á la Francia la mas remota esperanza de remedio, ni lo habria tenido á no ser por las disensiones que, como resultado natural de su perversi-

dad, se suscitaron entre los autores de las calamidades públicas. [1]

Nadie puede menos que admirarse cuando, al considerar la suerte que sucesivamente corrieron las facciones de que dejamos hecha referencia, contempla la manera singular y providente con que recibieron el castigo de sus crímenes por medio de sus crímenes mismos. No fué necesaria ninguna intervencion estraña, ni la aparicion de un ángel esterminador, para que hiciese justicia el cielo. Fueron víctimas de sus mismas atrocidades, de las pasiones que desenfrenaron, y de la injusticia de que dieran á los demas ejemplo. Los partidarios de la constitucion derrocaron á la antigua monarquía, y formaron un gobierno limitado; pero la imprudencia que cometieron con escitar la ambicion del pueblo, predispuso los ánimos para la sedicion del 10 de Agosto, y los condujo en breve al cadalso; los girondinos realizaron su sueño favorito de República, y fueron las primeras víctimas del desenfreno que escitaron; los dantonistas levantaron al pueblo para destruir al partido de la Gironda, y no tardaron ellos mismos en morir á los filos de la cuchilla que hicieron esgrimir contra sus rivales; los anarquistas desafiaron al mismo cielo, pero no bien hubieron proferido sus blasfemias, cuando desaparecieron á manos de los mismos que cooperáran á sus sangrientos triunfos.

(1) Hist. de la Conv. III, 230.

Solo un poder quedó triunfante sobre los demás, poder terrífico é irresistible, y fué el de la muerte, el cual ejerció una faccion insensible á todo sentimiento de humanidad, sorda á todo principio de justicia. Bajo su férreo despotismo volvió el orden á entronizarse á impulsos del terror, jeneralizóse la obediencia por haberse estinguido en todos los pechos la esperanza. Los caudillos de esta faccion, en medio del silencio y sin encontrar oposicion alguna, enviaban al patíbulo á sus víctimas, temidos de las tropas á quienes oprimian, por el pueblo que á su aspecto temblaba, y por los míseros sobre quienes descargaba su saña. No se halla en la historia del mundo un ejemplo de los horrores que se vieron en aquella prolongada noche de dolores, porque tampoco hubo jamás época en que se cometiesen los crímenes que la precedieron. Nunca apareció bajo tan horrendas formas la tiranía, pero nunca tampoco necesitó de tan duro castigo el desenfreno.



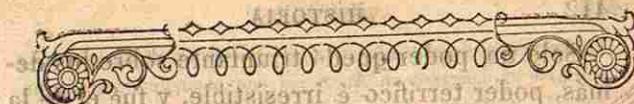
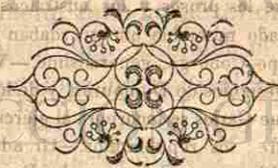
CAPITULO XI.

CAMPAÑA DE 1793.—PARTE I.—DESDE LA APERTURA DE LA CAMPAÑA, HASTA QUE SE FORZÓ EL CAMPO DE CESAR.

SUMARIO.

Gran divergencia de opinion en la Gran Bretaña acerca de la Revolucion francesa.—Argumentos que se presentaron en el país en pro y en contra de la guerra.—Argumentos presentados sobre el mismo particular en el parlamento.—Verdaderos motivos que ocasionaron que se emprendiese.—Reforma parlamentaria.—Argumentos que se emplearon para sostener la mocion relativa, y los que se hicieron valer en contra.—Es reprobada la mocion en la cámara de Comunes.—Decreto acordado contra los que llevasen correspondencia con el enemigo, y persecucion que se entabla contra los sediciosos y traidores.—Preparativos para la guerra que hacen la Gran Bretaña y los aliados.—Efecto que produce en San Petersburgo la muerte de Luis.—Tratado entre la Inglaterra y la Rusia, y con la Cerdeña, la Prusia, el emperador, Nápoles y España.—Miras secretas de la Rusia.—Dissension entre los prusos y los austriacos.—Fuerzas de ambas partes.—Estado miserable que guardaban los ejércitos franceses.—El príncipe Coburgo, generalísimo.—Vastos esfuerzos de la Francia.—Designios de Dumouriez y de los generales aliados.—El archiduque Carlos se incorpora al ejército.—Repetidas derrotas que sufren los republicanos.—Grande sensacion que producen en Flandes.—Esfuerzos de Dumouriez.—Batalla de Nervinda.—Derrota de los franceses.—Desorganizacion de su ejército.—Retirada de Dumouriez.—Conferencias con el príncipe Coburgo.—Se frustra su objeto y se fuga.—Los aliados se posesionan de Flandes y de Austria.—Se frustran en el Rhin los proyectos del Austria.—Sitio de Maguncia.—Se ataca á

Solo un poder quedó triunfante sobre los demás, poder terrífico é irresistible, y fué el de la muerte, el cual ejerció una faccion insensible á todo sentimiento de humanidad, sorda á todo principio de justicia. Bajo su férreo despotismo volvió el orden á entronizarse á impulsos del terror, jeneralizóse la obediencia por haberse estinguido en todos los pechos la esperanza. Los caudillos de esta faccion, en medio del silencio y sin encontrar oposicion alguna, enviaban al patíbulo á sus víctimas, temidos de las tropas á quienes oprimian, por el pueblo que á su aspecto temblaba, y por los míseros sobre quienes descargaba su saña. No se halla en la historia del mundo un ejemplo de los horrores que se vieron en aquella prolongada noche de dolores, porque tampoco hubo jamás época en que se cometiesen los crímenes que la precedieron. Nunca apareció bajo tan horrendas formas la tirania, pero nunca tampoco necesitó de tan duro castigo el desenfreno.



CAPITULO XI.

CAMPAÑA DE 1793.—PARTE I.—DESDE LA APERTURA DE LA CAMPAÑA, HASTA QUE SE FORZÓ EL CAMPO DE CESAR.

SUMARIO.

Gran divergencia de opinion en la Gran Bretaña acerca de la Revolucion francesa.—Argumentos que se presentaron en el país en pro y en contra de la guerra.—Argumentos presentados sobre el mismo particular en el parlamento.—Verdaderos motivos que ocasionaron que se emprendiese.—Reforma parlamentaria.—Argumentos que se emplearon para sostener la mocion relativa, y los que se hicieron valer en contra.—Es reprobada la mocion en la cámara de Comunes.—Decreto acordado contra los que llevasen correspondencia con el enemigo, y persecucion que se entabla contra los sediciosos y traidores.—Preparativos para la guerra que hacen la Gran Bretaña y los aliados.—Efecto que produce en San Petersburgo la muerte de Luis.—Tratado entre la Inglaterra y la Rusia, y con la Cerdeña, la Prusia, el emperador, Nápoles y España.—Miras secretas de la Rusia.—Dissension entre los prusos y los austriacos.—Fuerzas de ambas partes.—Estado miserable que guardaban los ejércitos franceses.—El príncipe Coburgo, generalísimo.—Vastos esfuerzos de la Francia.—Designios de Dumouriez y de los generales aliados.—El archiduque Carlos se incorpora al ejército.—Repetidas derrotas que sufren los republicanos.—Grande sensacion que producen en Flandes.—Esfuerzos de Dumouriez.—Batalla de Nervinda.—Derrota de los franceses.—Desorganizacion de su ejército.—Retirada de Dumouriez.—Conferencias con el príncipe Coburgo.—Se frustra su objeto y se fuga.—Los aliados se posesionan de Flandes y de Austria.—Se frustran en el Rhin los proyectos del Austria.—Sitio de Maguncia.—Se ataca á

las fuerzas sitiadoras sin buen éxito.—Rendición de Maguncia.—Fórmase un congreso en Antuerpia con el fin de organizar un plan de campaña.—Los republicanos tienen que replegarse á Famars.—Toma del campo de este nombre.—Ataque sobre Valenciennes y Condé.—Sitio del primer punto y bloqueo del segundo.—Ambos se rinden.—Custine, con el ejército de Flandes, se refugia á campamentos atrincherados.—Derrota que sufre en el campo de César.—Desesperada situación en que se hallaban los franceses.—Reflexiones generales sobre estos sucesos, y sobre la facilidad con que habrían podido posesionarse de la Francia los aliados si hubiesen obrado de acuerdo.—Efecto perjudicial que produjo el paso que dió la Inglaterra sobre haber reducido sus fuerzas.

“Guerra á los palacios y paz á las cabañas,” era el principio que proclamó la Revolución francesa, y al proclamarlo, puso necesariamente en pugna en toda la estension de Europa á dos clases de la sociedad, y á la antigua rivalidad de los monarcas, sustituyó la lucha del pueblo, que es mas encarnizada todavía que cuantas puedan sostener aquellos. Semejante á la guerra del Peloponeso, la contienda que suscitó, fué, no solo de naciones contra naciones, sino aun de intereses contra intereses; tratóse de hacer dominar una opinion y no de adquirir gloria, y en cada provincia y ciudad veíase á un gran número de individuos que contemplaban á las partes contendientes dominadas por encontrados sentimientos, y que deseaban el triunfo de sus enemigos extranjeros por ver destruidos á sus enemigos domésticos.

En todos tiempos fué la guerra entre la Francia y la Inglaterra un origen de suma agitacion

para el pueblo de ambos países; pero no hubo época en que á mayor grado tal agitacion se elevase, como la del principio de la guerra que la Revolución provocara. No solo se reavivó la rivalidad que de tantos siglos atrás habian abrigado, una respecto de otra, las dos naciones, sino que se engendraron nuevas y mas vehementes pasiones, á consecuencia de los intereses civiles que la Revolución ponía en pugna. El partido influente de Inglaterra consideraba la guerra con Francia, no solamente como una lucha que iba á sostener la Gran Bretaña contra una potencia que con ella rivalizaba, y en la cual se habian de obtener gloria y conquistas, sino que la juzgaba como una contienda de existencia, de cuyo éxito dependian las vidas, las haciendas y aun la patria.

Los republicanos de Francia vieron la incorporacion de la Inglaterra á la liga que formaron los enemigos de la república, como una muestra de que se iba á trabar una mortal pelea contra los principios liberales, y presentian que del mal éxito se seguiria para ellos, no solo humillacion nacional, sino individual esterminio. La nobleza británica contemplaba en las conquistas de los republicanos la difusion de sus principios de revolucion y anarquía, la propagacion de la impiedad y el imperio de la guillotina, y los jacobinos franceses preveían que los triunfos de los aliados no tardarian en atraer sobre ellos una retribucion moral, la venganza de tantos agravios inferidos y el dominio de la espada.

No hay palabras con que podamos presentar una esacta idea del encono que se tenían las contrarias facciones en Inglaterra, al romperse las hostilidades en 1793. La Gran Bretaña de igual manera que la Francia, poseia en su seno talentos que estaban impacientes de salir de la obscuridad en que yacian; ánimos ardientes que deseaban tener campo en que desfogarse; ambiciosos que aspiraban á distinguirse, y espíritus turbulentos que ansiaban por una época de convulsiones. Para todos los hombres de este temple volviöse la clase entera de la aristocracia un objeto de implacable encono, y nada que no fuese la igualdad que proclamara el gobierno de Francia, les pareció digno de las sociedades. De aquí provino que se estableciese en el pais la division de aristócratas y demócratas, que se introdujese el odio político en el seno de las familias, y que se disolviesen jos vínculos de la amistad entre personas que lamas pudieran enemistar las grandes vicisitudes de la vida. El tiempo cura casi todos los demas pesares, y la ausencia atenúa las causas mas graves de desavenencia entre los hombres; pero la esperiencia ha demostrado que las disensiones políticas que suscitaron los sucesos de 1793, se grabaron ideblemente en el ánimo de aquellos que tenian la suficiente edad para resentir toda su influencia [1].

(1) Histor. de Nap. por Scott, I, 280.

El rompimiento de hostilidades presentó nueva materia de discordia á las facciones contendientes. La oposicion argüia que arrojarle a guerra tan aventurada por motivo tan insignificante cual lo era la apertura del Escalda, era atraerse graves y seguros perjuicios, por castigar una falta sumamente leve; que todas las ventajas que pudiese dar el comercio que se hacia con las provincias unidas, eran incapaces de compensar el desembolso que originaria un año la guerra, y que al paso que desde luego se palpaban las pérdidas que la Inglaterra sufriria durante una lucha que tan sin necesidad provocaba, era difícil concebir qué bienes podria atraerla; que si la propagacion de los principios revolucionarios era el mal que en la realidad se temia, nada podia darse mas á propósito para que con mayor celeridad se generalizasen, que la guerra, supuesto que durante sus azares es cuando con mas prontitud se comunican de un pais á otro las opiniones, y cuando con mas seguridad ceden al imperio de la necesidad las preocupaciones; que no se puede aprisionar al pensamiento en muros ni contenerse á la libertad por medio de las bayonetas; que los agentes morales que necesita la tirania para poner en egeecucion sus designios, se convierten en instrumentos de su propia ruina, y que los déspotas que á la sazón procuraban estinguir la libertad en Francia, se encontrarian, como el sultan de Oriente, con que las fuerzas que reunieran para libertarse de la pes-

te, serian los medios por los cuales se esparcira el contagio por toda la estension de sus dominios.

Los torys, por su parte, sostenian que la guerra era á la vez justa y conveniente; justa, porque se hallaban amagados de invasion los antiguos aliados de la Gran Bretaña, y se intentaba la destruccion de aquellos derechos de los cuales dependia la existencia de la República; conveniente, porque habia demostrado la esperiencia que no se podia permitir tal agresion, sino consintiendo en la ruina de los intereses vitales de la Gran Bretaña; que aquella violacion de los derechos de neutralidad que cometia la Francia, aparecia muy estraña en ella, supuesto que hacia apenas diez años que habia intervenido con buen éxito, haciendo valer los antiguos tratados, en impedir que abriese el Austria la navegacion del Esequida, paso que ella misma intentaba dar á la sazón con el auxilio de sus ejércitos; que si la Gran Betaña no mediaba, sino que veia con indiferencia á su antiguo rival sacrificar los derechos de sus aliados y los de todas las potencias neutrales, en breve perderia, no solo la influencia de que en el exterior gozaba, sino que aun cesaria de haber seguridad en su propio seno; que era evidente que los republicanos que se habian posesionado de la suprema autoridad en Francia, estaban dominados por el deseo de egercer universal dominio, y no estarian tranquilos hasta que valiéndose del medio de insurreccionar a los Estados comarcanos,

los hubiesen incorporado á su poderosa República; que la reciente agregacion de la Saboya, Niza y Flandes, al territorio de la Francia, demostraba suficientemente la propension de sus gobernantes á cometer usurpaciones territoriales, y servia de oportuno aviso á las potencias circunvecinas para no tener confianza alguna en las doctrinas de una nacion, que no tenia otro principio fijo que la ambicion republicana; que de nada servian los tratados para con un gobierno que estaba espuesto á tan súbitos cambios como el de la República francesa, en la cual cada partido que sucesivamente se apoderaba de la direccion de los negocios públicos, desdeñando el cumplimiento de los compromisos antes de su administracion contraidos, procuraba solo adquirir una popularidad efimera poniendo en práctica nuevos proyectos de agresion contra el extranjero á fin de deslumbrar al pueblo; que la Convencion habia presentado una clarísima muestra de que habia resuelto desconocer cuantas obligaciones antes contragera, al hacer la singular manifestacion en que decia, que "los tratados que habian celebrado los déspotas, jamás podrian ser obligatorios á los liberales é ilustrados habitantes de la Bélgica;" que en todas las épocas del mundo habian sido las repúblicas las mas ambiciosas y afectas á las armas, de todos los demas sistemas de gobierno, á consecuencia del espíritu turbulento é insaciable que sus instituciones tendian á alimentar en la masa de los ciudadanos, y de la necesidad que

sentian sus gobernantes de distinguir su efímero poder con algunos actos que pudiesen deslumbrar á la muchedumbre; que la República francesa habia dado ya abundantes pruebas de que no habria de ser una escepcion de esta regla comun, y que si tal era la intencion de su gobierno, no tardarian en hacerle obrar en este sentido los padecimientos y la ambicion del pueblo; que la historia demostraba á la vez que la Francia se haria potente en demasia para luchar contra la Europa, cuando estendiese sus dominios al Rhin, y que tan luego como predominase su influencia, emplearíala toda con vehemente encargo en contra de la Gran Bretaña; que de consiguiente, tarde ó temprano invadiria la guerra nuestras playas, y que siendo así, era preferible evitar el mal cuando podria hacerse con una facilidad relativa, y destruir á la floreciente República antes que llegase tiempo en que pudiese disponer de las fuerzas de Europa á su antojo [1].

Tales eran los argumentos que generalmente se hacian valer en Inglaterra al tratarse de la política de tan grande empresa: los que se presentaban en el Parlamento, se referian, como ordinariamente acontece en los debates de este cuerpo, menos á la política general de la medida de que tratamos, que á las causas inmediatas que habian traido á la nacion á punto de tener con su rival un rompimiento.

(1) Hist. Parl. XXX, p. 79 á 128. Ann. Reg. 1793, p. 15.

La oposicion que sostenian los Sres. Fox y Grey, decia: "Las causas que pueden dar lugar á haber para declarar la guerra á la Francia, no son hoy distintas de las que la motivaron bajo los reinados de Luis XIV ó Luis XVI. ¿Cuáles, pues, fueron entonces estas causas? No consistieron en ningun ultraje ni agresion, sino en haber negádose aquel gobierno á dar una satisfaccion que terminantemente se le pedia. ¿Qué prueba han presentado hoy los ministros de haberse solicitado esta satisfaccion y de haber sido la solicitud desechada? Púedese admitir que el decreto de 19 de Noviembre ponía á este pais en el deber de pedir una esplicacion; pero no han podido demostrar los ministros que se haya solicitado respecto del particular, la esplicacion clara y especial que se necesitaba. Es cierto que en una de las comunicaciones de Lord Greenville se manifiesta seguridad con arreglo al decreto en cuestion; pero no se especifica en la nota esa seguridad, ni siquiera se indica en ella en qué pueda apoyarse. Lo mismo pudiera decirse de la apertura del Escalda y de la conquista de Brabante. Nos hemos quejado del ataque cometido sobre los derechos de un aliado nuestro; hemos representado contra un aumento de territorio que es capaz de inspirar graves inquietudes á la Europa; mas nada hemos pedido que pudiese servir de satisfaccion á la ofensa; ningun paso hemos dado para que nuestros terrores se calmen. El mismo argumento es apli-

cable á la conquista de Saboya que arrebató la Francia al rey de Cerdeña, con el cual, en mi opinion, estaba en guerra así como con el emperador. ¿Podrán decir que solo nos toca quejarnos, y á la Francia proponer las vias de satisfacerlos? El solo sentido comun hace ver que una potencia independiente no puede exigir tanto de otra su igual. ¿De qué medios hubiera podido valerse la Francia para saber que clase de satisfaccion necesitaba una nacion que no tenia á bien pedirla? ¿Cómo habria podido juzgar hasta que grado debia llegar esta? ¿No era natural que supusiera la Francia, que pues no se le pedia satisfaccion por las quejas que ocasionara, no deseaba ser satisfecha la parte ofendida? Y sin embargo, la cuestion sobre la agresion de la Francia en esto se cifra; y no es opinion solo mia la de que la circunstancia de haberse negado á dar satisfaccion aquel gobierno, y no el ultrage, sea la causa que pueda justificar la guerra, sino que es tambien el sentir de todos los publicistas que han escrito sobre el derecho de gentes; ¿y como pudiera decirse que existia imposibilidad de obtener una satisfaccion que nunca se pidiera? Por lo que hace á la muerte del rey, nadie podrá jamas hablar de ella sin dolor y sin detestar á los que la causaron. ¿Pero nos hemos aca-so limitado á manifestar nuestro sentimiento? ¿No ha sido este suceso atroz el motivo de un mensaje dirigido por su S. M. á las dos cámaras del Parlamento? Y ahora, preguntamos á esos pocos señores que han tenido la sinceridad de

confesar que no ven en este solo acontecimiento un motivo suficiente para hacer la guerra á la Francia, ¿qué ventajas podremos obtener entablando nuevas negociaciones con Chauvelin, Marat ó Dumouriez? ¿Intentan los ministros servirse de la sangre del infortunado monarca, para arreglar algunos de los puntos en cuestion, intentan decir que la evacuacion de Brabante será hasta tal grado una espiacion de aquella culpa, y que se elevará á un grado algo mayor esa espiacion con la desocupacion de la Saboya? A nadie inculparemos en esto, pero con arreglo á nuestros principios, creemos que cuando se ha cometido el crimen, ya no hay lugar á negociaciones. Entretanto debe convenirse con los muy honorables señores de que acabo de hacer referencia, que ese crimen no es en manera alguna suceso que deba motivar un rompimiento; pero aun suponiendolo así, no es decoroso que no se hable jamas del motivo de la guerra, sin retroceder á la muerte del rey. Cuando al ataque dirigido sobre la Francia se dió la denominacion de causa de los reyes, si hubiesen contestado á esto los agredidos que la suya era la causa de los subditos, esta contestacion habria sido tan ingeniosa como esacta. Afortunadamente, es tan grande la repugnancia que tiene el público á una guerra fundada en tal motivo, que el que habla, juzga de su deber oponerse á ella en toda forma. ¿Pero cómo han obrado los ministros? Aprovechándose de la locura de los franceses, han entrado en negociaciones, sin proponer condiciones

especiales, y despues las han roto; en el interior de este pais han alarmado al pueblo, haciendole creer que peligraba su constitucion, y se han servido de un suceso infausto, que aunque deba contristarnos como hombres, como nacion no debe afectarnos, para irritar nuestras pasiones y precipitarnos á las armas; y ahora que estamos empeñados en la guerra, no se atreven á confesarlos por qué causa la hemos emprendido, ni á decirnos mediante cuales condiciones la paz habria podido conservarse."

Por la parte contraria, los Sres. Pitt y Burké sostenian que "por fuertes que hubiesen sido las tentaciones que hubieran suscitado en la Inglaterra su antigua enemistad y antagonismo hácia la Francia—¡mezquinos motivos en verdad!—ó cualesquiera que hubiesen sido las oportunidades que para vengarse le hubiese presentado el estado de sedicion y frenesí á que su rival estaba entregada, ó por nocivos que hubieran podido ser los sentimientos que hubieran propagado los sucesos que habian acontecido en aquel pais, S. M. se habia abstenido constantemente de tomar la mas leve intervencion en sus asuntos domésticos, y habia observado en esto, en todas ocasiones, la neutralidad mas estricta é inviolable.

"Que habiendose conducido de tal modo para con la Francia, tenia derecho á esperar de esta en retribucion, igual manejo; y sobre todo, habiendo contraido espresamente el compromiso de conducirse así en virtud de un pacto que ce-

lebrara, en el cual habia ofrecido que respetaria los derechos de S. M. y los de sus aliados, que no intervendria en el gobierno de ninguna potencia neutral, que no pondria en práctica sistema alguno de engrandecimiento, que no agregaria territorio alguno á sus dominios, y que á la conclusion de la guerra, quedaria limitada á la estension de territorio que se la conocia. Que habia faltado descaradamente á todas estas condiciones, adoptando un sistema de política ambicioso y nocivo, funesto á la paz y estabilidad de todos los gobiernos, y cuya consecuencia habia sido conmover á la Europa entera hasta en sus cimientos. Que su decreto de 19 de Noviembre, de que tanto se habia hecho mérito, en el cual se ofrecia fraternidad y alianza á todos los pueblos que quisiesen reconquistar su libertad, no era un decreto dirigido á naciones determinadas, sino contra todos los paises donde habia un gobierno establecido, eualquiera que fuese su forma; decreto que no era perjudicial á individuos aislados, sino á toda la especie humana, y muy idóneo para difundir por todas partes las simientes de la sedicion y de la discordia civil, y para propagar la guerra no solo por toda la estension de Europa, sino aun de un extremo á otro del globo. Que al paso que la Francia se hallaba ligada para con la Inglaterra en virtud del enunciado pacto, no habia manifestado en manera alguna la intencion de esceptuarla de las consecuencias de este decreto; que no solo no habia hecho ver el deseo de cumplir con sus

compromisos, sino que aun se habia puesto en la imposibilidad de cumplirlos, aprovechándose de la primera oportunidad que se le presentara para agregarse ajenos territorios en contravencion del pacto celebrado. Que por los decretos que habia espedido, previniendo terminantemente que se depusiese á las autoridades que existiesen en todos los paises invadidos; por medio de las sociedades jacobinas; por las órdenes que habia dado á sus generales; por el sistema que sobre este particular habia adoptado la asamblea nacional, y por la agregacion que acababa de hacer de toda la Saboya, habia manifestado estar en la resolucion de estender sus dominios, y de propagar sus principios por toda la Europa, difundiéndolos en cada nuevo pais de que se apoderaba. Que la conducta de la Francia era tal, que á cada paso atacaba con ella los intereses mas caros y preciosos de la Inglaterra. Que la catástrofe del monarca era suceso digno de que todos amargamente lo sintiesen; y que siendo tal la impresion que era natural produgese, debíanse contrariar con mayor empeño que nunca principios que habian originado acontecimiento tan atroz y horrendo; principios que si no encontraban resistencia, harian que se reprodujesen en otros paises iguales crímenes. Que apesar de que el gobierno inglés se habia visto en la precision de negarse á llevar relacion alguna con la Francia, que pudiera hacer entender que reconocia la autoridad de la Convencion, habia dejado abiertas las vias que pudiesen conducir

á una reconciliacion; y de ninguna manera se podría decir que la conducta que habia seguido, prestase motivo para un rompimiento."

Los sucesos han puesto al fin al historiador en la posibilidad de decidir cual de ambas partes era la que con mas acierto raciocinaba, porque ahora perfectamente conocemos en que manera erramos y podemos apreciar en su debido valor el peligro de que escapamos complicándonos en la lucha. A decir verdad, los argumentos que hizo valer el gobierno, no eran los únicos motivos que hubiese para romper las hostilidades; el peligro que temia, amagaba mas de cerca al pais que los triunfos de los republicanos; no era el yugo extranjero sino una revolucion doméstica lo que se temia, si se continuaba en pacíficas relaciones con la Francia.

"Croyez moi," decia la emperatriz Catarina á Segur en 1789; "une guerre seule peut changer la direction des esprits en France, les reunir, donner un but plus utile aux passions et réveiller le vrai patriotisme [1]." [Creedme, sólo la guerra puede hacer variar de direccion á los ánimos en Francia, uniformarlos, presentar un fin mas útil á las pasiones, y despertar un verdadero patriotismo.] Esta observacion manifiesta el verdadero fin, y forma la mejor apología que pudiera hacerse de la guerra que se emprendió contra la Revolucion. Hallábanse en efervescencia las pasiones, habíase despertado la ambicion democrática: el deseo de ejercer el poder que bajo

[1] Segur, III, 242.

la denominacion de reformas, se ocultaba, iba cundiendo por la clase media, y las instituciones del pais se veian en riesgo de sucumbir bajo un impulso mas violento que aquel que hiciera caer por tierra al trono en Francia. En tales circunstancias, el único medio que habia de evitar el mal, era el de que se empeñase la nacion en una guerra con el extranjero, pues de otro modo, se tendria á los ánimos fogosos en continua accion y al novel deseo de innovaciones se sucederia el bélico ardimiento que caracterizó al pueblo británico desde sus mas remotos tiempos [1].

Cuando las pasiones, ora en los cuerpos políticos, ora en los individuos, llegan á exaltarse, en vano intentaráse combatirlas por medio de las armas de la razon, durante la ceguedad que ocasionan. Vulgarmente se dice que un hombre que está dominado por el amor, se muestra sordo á todo argumento; pues de igual modo una nacion, cuando corre desenfrenada en pos del poder, es incapaz de prestar oido á las reflexiones que el entendimiento la dirija. En tales circunstancias, el único medio que hay de evitar el mal, es el de presentar algun nuevo objeto que alhague, no solo al corto número de hombres pensadores, sino á la crecida turba de los que no piensan; el de neutralizar los efectos de una pasion por medio del fomento de otra, y el de servir en apoyo de la verdad, no solo de las armas de la razon, sino aun del fuego del pensamiento.

(1) Annual Register, (Registro anual) 1793, p. 173

Por grandes que hayan sido los gravámenes que atrajera la guerra, á pesar de los inmensos perjuicios que ocasionara, no obstante los enormes desembolsos á que condujo, fueron insignificantes estos males, si se comparan á los que se habrian padecido, si la Revolucion hubiese estallado. Un acontecimiento de tal género, como los mismos partidarios de ella lo confiesan, solo puede servir de beneficio á las generaciones futuras, á consecuencia de la destruccion de las actuales [1]; y los horrores que habria causado en un pais como la Inglaterra, en donde las tres cuartas partes de la poblacion constan de jornaleros cuya subsistencia depende de un salario; habrian sido superiores á cuantos hayan podido padecerse en los tiempos modernos.

Otra cuestion agitaba con vehemencia el pueblo inglés en el periodo á que nos vamos refiriendo, y esta era la de reformas en el Parlamento.

En la cámara de comunes argüian los Sres. Grey y Erskine: "Que las elecciones para miembros de la representacion nacional, eran tan desproporcionadas especialmente respecto de Escocia y Cornwall, que no se podria presentar un solo argumento racional en su apoyo; que una mayoría de la cámara de comunes era nombrada por menos de quince mil electores, que no hacian mas que la bicentésima parte del número de varones adultos que poblaban el

(1) Segur, III, 251.

reino; que el privilegio electoral, no obstante lo limitado que ya era, solo se ejercia legalmente una vez en el espacio de siete años; que el número total de representantes por Escocia, ascendia solo á uno mas que el de los de Cornwall; que veinte miembros eran electos por treinta y cinco poblaciones, en las cuales solo tenian derecho á votar los arrendatarios de tierras, y en que no eran las elecciones sino pura fórmula segun de pública notoriedad se sabia; que otros noventa representantes eran elegidos por cuarenta y cinco poblaciones, en cada una de las cuales el derecho de votar estaba limitado á menos de cincuenta personas; que otros treinta y siete eran nombrados por diez y nueve lugares en que el número de votantes no llegaba á ciento; cincuenta y dos mas por veintiseis puntos, en ninguno de los cuales pasaban de doscientos los votantes; eran electos treinta en Escocia por condados que no contaban sino con menos de ciento cincuenta votos, y quince por las villas de aquella demarcacion, cada una de las cuales no constaba de ciento veinticinco votantes. Que de este modo resultaba, que doscientos noventa y cuatro miembros, es decir, una mayoría de la cámara de comunes, eran electos por un sistema nominal y ficticio, bajo el cual apenas tenia el pueblo parte en sus elecciones.

“Que á esto se agregaba, que el privilegio electoral era tan vario, complicado y grotesco, que se originaban altercados y una interminable confusion en el acto de ponerlo en práctica; que

las opiniones religiosas formaban, respecto de todos los papistas, un obstáculo que se oponia á que egerciesen el derecho de votar; que en 30 villas hallabanse los protestantes disidentes, por las leyes de Corporacion [Corporation] y del juramento (Test) escludos de este privilegio; que los censualistas en lo general, por ricos que fuesen, tambien estaban escludos de él, y que por las últimas elecciones aparecia que nada menos que 939 cabezas de familia, en solo Inglaterra, no tenian voto alguno en la eleccion de los representantes. Que todavia era peor en Escocia, puesto que la gran masa del pueblo se halla escludida de emitir voto alguno en cuanto á la formacion de la legislatura, y que los miembros eran electos por dos mil quinientos individuos, de entre quienes habia una gran parte cuyos votos eran ficticios. Que en suma, ciento cincuenta y cuatro individuos influyentes y ricos eran los que decidian del nombramiento de trescientas siete personas nada menos que constituian la mayoría de la Cámara de Comunes de Inglaterra. [1]

“Constantemente se nos ha dicho, siempre que se ha promovido esta cuestion, que la época actual no es á propósito para dilucidarla. Es evidéntísimo, sin embargo, que semejante escusa es infundada. Esas vehementes manifestaciones de lealtad, en los momentos de emprender guerra, de que se jacta con tanto estrépito el gobierno, demuestran que por ahora no se debe abrigar te-

(1) Hist. Parl. XXX, 789, 796.

mor alguno. Si algun dia corrió peligro el pais á consecuencia de la propagacion de los principios que proclama la Francia, es incuestionable que ha cesado ya ese peligro; porque no habrá reunion de hombres que se conserven en su juicio, que se proponga tomar hoy por medelo para regirse, á la revolucion francesa. De consiguiente, ningun argumento se puede sacar de la situacion que guarda la Francia, en contra de la introduccion en este pais de mejoras que sean racionales.

“Los mas eminentes estadistas que haya producido nuestro suelo; han apoyado la causa que ahora sostenemos. Defendieronla M. Loike, Sir William Blackstone, Sir George Saville y el actual juez mayor y gefe superior de justicia; la han sostenido el mismo M. Pitt y el duque de Richmond, y aun una autoridad mayor que la de ambos, cual es la del rey, en su discurso de 24 de Mayo de 1784, en el cual dijo S. M. que siempre estaria dispuesto á cooperar á que guardasen un justo equilibrio entre sí todos los ramos de la legislatura.

El sistema electoral relativo á representantes, que tenemos en práctica, es tan monstruoso; que no habrá hombre de juicio que se atreva á sostenerlo por medio de principios generales. ¿Quién podrá defender un sistema, con arreglo al cual un solo condado de Inglaterra puede nombrar tantos diputados á la representacion nacional, como los que nombra el reino todo de Escocia, y que permite que ejerzan el derecho de eleccion po-

blaciones en las cuales apenas queda en la actualidad una casa? Si hubo un principio que con mas ahinco se empeñara en establecer nuestra Revolucion, fué el de que hubiese libertad en la eleccion de los miembros de la cámara de comunes. Uno de los motivos que se hicieron valer en aquella época para el destronamiento de Jacobo, fué, el de que habia atacado la libertad electoral; el otro que se espuso, fué, el de que no se debia gobernar á un individuo en virtud de leyes en cuya formacion no habia tenido voto, ni se le podia obligar á pagar contribuciones á cuya imposicion no hubiese en los propios terminos accedido. ¿Y no es el actual estado de cosas un desvio directo de ambos principios? En tiempo de la Revolucion, tambien se demostró lo necesaria que era la institucion de cortos parlamentos; ¿y no es la constitucion actual, sobre el particular, tanto en su teoría como en su práctica, una infraccion directa de estos principios? ¿Podrá haber mas completa farsa que la que se observa respecto de elecciones en Escocia, donde el mayordomo de un noble se dirige á una poblacion provisto de 10 ó 12 pedazos de pergamino, y reuniendo en torno de una mesa á 10 ó 12 dependientes de su señor, asegura la eleccion á quien éste quiere que la obtenga? M. Pitt habia presentado mocion sobre que se aumentase con 100 miembros mas el número de los electos por los condados, y al principio de cada periodo de sesiones se consigna en los diarios de la Cámara que es un alto ataque á la libertad

y los privilegios de los Comunes de Inglaterra el que algun lord del parlamento ó algun lord suplente se ingiera en la eleccion de miembros para el mismo Parlamento. Qué mucho mejor seria que semejantes acuerdos se omitiesen y abiertamente se proclamase nuestra servidumbre, que dejarlos subsistir cuando era diametralmente opuesta á su contenido la práctica que se observaba [1].”

A esto contestaban los Sres. Pitt, Burke y Jenkinson: “La libertad de un país depende de su gobierno, y no se necesita tener grande experiencia para demostrar que países diversos exigen diferentes instituciones. La verdadera prueba de la bondad práctica de estas debe buscarse en los efectos que produzcan. Partiendo, pues, de este principio, ¿qué opinion debemos formar de la constitucion inglesa? ¿no estan seguras por su medio las propiedades? ¿no está administrada en toda su perfeccion la justicia? ¿no hemos llegado con su observancia á un grado de prosperidad de que ningun siglo ni nacion presenta ejemplo? ¿Y qué frutos son los que han dado las empresas de los que, desdeñando las lecciones de la esperiencia, se han empeñado en establecer instituciones fundadas en una perfeccion teórica? Una turbulenta faccion y el despotismo sin objeto de la democracia ha sido el resultado de ellas. Las manchas del sol no empañan su esplendente brillo. Para formar juicio

(1) Hist. Parl. XXX, 799, 807.

de la constitucion débese la considerar en su conjunto; no se vea si ciertas partes de ella, separándose del todo, son ó no sostenibles, sino que se debe observar si no es digno de admiracion el edificio entero; no se debe atender á si adolece de defectos, sino á si la esperiencia no ha manifestado que de tal manera estos defectos unos á otros se neutralizaban, que se hace sumamente riesgoso alterar en lo mas leve esa obra venerable.

“Yo, yo mismo,” dijo M. Pitt, “presenté cierta vez una mocion referente á reformas, y deseo esponer las razones que en la actualidad me impelen á atacarla. Hicela en un tiempo en que reinaba una paz profunda, cuando ninguna nube parecia en el horizonte político, y cuando se presentaba una oportunidad, propicia para reformar nuestras instituciones, sin que corriésemos riesgo alguno de perderlas. Hoy el caso es absolutamente distinto. La revolucion francesa no solo ha ocasionado que sea imprudente semejante cambio, sino que ha variado á los hombres que estan por él y los fines con los cuales debiera introducirse. Desde que esta grande convulsion estallara he visto formarse un partido que aunque poco numeroso no es de desdeñarse, que aspira nada menos que á propagar en la nacion los principios que ha proclamado la Francia con todos los horrores que les acompañan. En tales circunstancias, han desaparecido todos los bienes que se pudieran esperar de una reforma, y se han aumentado diez veces mas los peligros

que debieran tenerse de un cambio de una consideracion cualquiera. Con tal motivo, aun quando tuviese mas alta idea que nunca de las ventajas que resultarian de una reforma, preferiria desistir de mi empresa á atraer sobre la nacion tamaño riesgo. Es evidente que ahora no se trata de discutir sobre si se debe ó no acceder á que se introduzcan útiles reformas, sino que lo que se procura es buscar un punto por donde se introduzca la palanca que debe poner en conmocion al imperio, y destruirlo.

“¿De dónde proceden hoy esas peticiones sobre reformas? ¿proceden acaso de los edictos á la constitucion británica, de aquellos cuyo carácter y principios hacen creer en seguridad que el objeto que les guia es el de mejorar nuestras instituciones y no destruirlas? No; todas emanan de las sociedades que á imitacion de las de Francia se han organizado en el pais con el intento de propagar los principios de los jacobinos; emanan de los que se ostentan sin embozo vehementes admiradores de la República francesa; de los corresponsales é imitadores de aquella asamblea nacional; de hombres á quienes todos los horrores que aquellos revolucionarios han ocasionado, toda la sangre que han hecho correr, no bastan para hacerles concebir temor hácia los principios que proclaman. Necesario es que estemos ciegos para no percibir cuál es el verdadero objeto de las innovaciones que semejante partido sostiene. En Francia, al mismo tiempo, incesantemente se dice que la reforma parlamenta-

ria será el medio por el cual se lleven á cabo en este pais los proyectos revolucionarios, de suerte que cualquier cambio que en nuestra representacion nacional se introduzca, no será sino un paso que se dé hacia el establecimiento de una Convencion en la Gran Bretaña y hácia la total destruccion de todas nuestras instituciones civiles y religiosas.

“¿Y á una faccion que, aunque pequeña en número, es de un carácter peligroso, habremos de dejar libre el primer escalon de la escala de las innovaciones? ¿Nos desentenderemos completamente de la inmensa mayoría de ciudadanos leales, que conocen demasiado bien el precio de los beneficios de que gozan para quererlos aventurar por medio de cambio semejante? ¿Cuál es la cuestion que debe realmente debatirse? No es la de si el sistema de elecciones respecto de Cornwall y Escocia se acerca ó no á una perfeccion ideal; la que sí debemos agitar es la misma de que se ocupan todas las potencias de Europa que luchan en favor de la causa del orden, de la justicia, de la humanidad y de la religion, y en contra de la anarquia, la injusticia, la crueldad y la irreligion. ¿Y en tan críticos momentos habremos, por dar gusto á unos cuantos individuos, de esponernos á correr estos riesgos? A la verdad si obrásemos así asemejaríase nuestra conducta á la de los que, en los momentos en que se hallase una fortaleza sitiada, se pusiesen á discutir algunos puntos en disputa en vez de proveer á los medios de defenderse.

“Ninguna posibilidad veo á la sazón de introducir moderadas reformas. No veo que garantías ofrezcan la época en que estamos ni el carácter, costumbres y designios de los que quieren que se introduzcan. Bien lejos de que se diesen por satisfechos con ellas, no servirían sino para que después exigiesen otras más y más latas; porque no desean las reformas por el bien que de ellas puede resultar, sino porque les sirven de auxiliares para ulteriores fines, que no se atreven á manifestar hasta que por medio de la primera concesión se pongan en la posibilidad de llevarlos á cabo. Y conociendo cuáles son esos fines ulteriores, en vista de los inauditos horrores que han ocasionado en el país donde en toda su plenitud se han llevado á efecto, es de nuestro deber contener los primeros pasos que se quieren dar por ese sendero. El gobierno que obrar en sentido diverso cesa de ser gobierno; destruye los vínculos con los cuales están unidas las sociedades; se enajena el respeto y la obediencia de sus súbditos, y entrega á aquellos á quienes debía proteger á los puñales de los marseleses y á los asesinos de París. El gobierno de la muchedumbre, al cual nos conducirían de luego á luego las reformas, no es el dominio de unos cuantos sobre muchos, sino el de muchos sobre unos cuantos; con la diferencia de que los pocos que en semejante estado de cosas se ponen al frente de los negocios, son los más ambiciosos, descuidados y perversos de la sociedad.” [1 2]

(1) Hist. Parl. XXX, 808, 902.

(2) Es curioso, ya que se trata de una materia de

Felizmente para la Inglaterra y para la causa de la libertad en toda la superficie del globo, es-

importancia tan vital para la Inglaterra como lo es la cuestión sobre reformas parlamentarias, poner en contraste estos argumentos con los que se presentaron en pro y en contra de esta medida en las discusiones memorables que se entablaron en 1830 y 31. Insertamos aquí un resumen de ellos, que tomamos de los eminentes discursos de Sir Robert Peel, de M. Croker, de lord Lyndhurst, de M. Stanley y del lord abogado Jeffrey, como una prueba instructiva de los progresos que hizo el entendimiento humano en el tiempo que medió entre ambos periodos.

El partido popular sostenía que la constitución inglesa se ha ido desviando gradualmente de los principios que en su primitiva formación la sirvieran de base, y de los cuales podía únicamente esperar estabilidad para lo futuro; que á consecuencia de haberse disminuído la población en algunos puntos, y haber, por otro lado, aumentádose el número de habitantes en los distritos que mucho tiempo antes estaban dedicados exclusivamente á la labranza, había llegado el caso de que una gran porción de los miembros de la cámara de comunes fuesen electos por unas cuantas familias de categoría, al paso que una notable mayoría del pueblo carecía de representación completamente; que tal estado de cosas era una insostenible injusticia para la masa de los ciudadanos, que no dejaría, en el caso de que subsistiese, de fomentar una eterna discordia entre los que ejercerán la influencia política y todas las demás clases del Estado; que la oligarquía que en todas épocas ha sido una forma odiosa de gobierno, lo era más particularmente en aquella en que se exaltaba el espíritu público al contemplar que en Francia se hacía extensivo el derecho de sufragio electoral á la generalidad de los ciudadanos; que haciendo partícipe de los derechos políticos á mayor número de individuos, hallaríanse los cimientos del gobierno levantados sobre más amplia base, y que éste contaría en su favor con una fulange que en todos tiempos se opondría á que los privilegios de que gozaba se hiciesen extensi-

tos últimos argumentos fueron los que prevalecieron en la Cámara de Comunes. La mocion so-

vos á las clases ínfimas, y seria un fuertísimo apoyo del orden social; que era un absurdo suponerse que se corriese el mas leve riesgo con investir de la facultad de elegir á un cuerpo numeroso de votantes, supuesto que el pueblo estaba familiarizado con los derechos políticos, y era tan ilustrado por principios, que podria ejercer este privilegio de igual modo que las clases que le eran superiores; que si no se daba ensanche á las instituciones políticas con el aumento de aquellos que participaban de sus beneficios, llegarían aquellas á hacerse insuficientes para la muchedumbre y reventarian en virtud de la fuerza expansiva de la inteligencia y el mayor número; que la influencia verdadera y genuina de la propiedad, jamas podria extinguirse, y si obtendria una esfera mas dilatada para sus esfuerzos, ensanchándose el círculo al cual el privilegio electoral se hallaba limitado; que todas las revoluciones se habian originado de haberse tenido un obstinado apego á las instituciones añejas en tiempos en que el estado de la sociedad exigia que se reformasen; que no habia mejor medio de evitar las revoluciones, que haciéndose concesiones á tiempo, y que si á pesar del estado de efervescencia en que se encontraban los ánimos se diferian estas concesiones, se romperian los diques de la obediencia que á la autoridad se tenia, y se veria espuesto el Estado á todos los horrores de la Revolucion francesa.

Por otra parte, sostenia el partido aristocrático que la mocion que á la sazón se hacia, no llevaba por objeto que se estirpase un positivo mal, que en todas épocas era digno de la atencion mas detenida, sino que su fin era el de hacer adquirir á las clases inferiores mayor suma de poder, el cual debia concedérselas ó rehusárselas segun las tendencias que manifestasen á conservar ó destruir el equilibrio que la constitucion establecia; que la antedicha mocion sobre reformas era totalmente distinta de las proposiciones que presentara con anterioridad M. Pitt, pues estas tendian á remediar en tiempos bonancibles un mal reconocido, y la mocion que á la sazón se presentaba, se fundaba en una concesion en favor de

Argumentos en
contra.

bre reformas que presentó Lord Grey fué desechada por una mayoria de doscientos ochenta y

los principios de la Francia y de la ambicion democrática en época de una efervescencia sin ejemplo; que era evidente que el partido popular habia ya llegado á ser bastante fuerte, pues lo demostraba el terror de los decretos que desde la Revolucion se habian expedido, los cuales tendian á ensanchar mas bien que á restringir la libertad de los súditos; que por tanto, cualquiera otra mayor concesion que se hiciese, no produciria mas efecto que sobrecargar la balanza en favor del pueblo y poner en riesgo las instituciones monárquicas del Estado; que á nada conducia remitirse á los tiempos remotos para buscar en ellos un ejemplo en apoyo de la mayor estension del derecho electoral que se solicitaba, supuesto que el estado que la sociedad guardaba entonces esencialmente diferia de aquel en que en la actualidad se hallaba; que en aquellas épocas residia el poder de la espada en los barones, y el pais se hallaba cubierto de sus adherentes, en vez de que en la actualidad los progresos de la riqueza y la invencion de las armas de fuego habian destruido esta autoridad formidable, al paso que el aumento de fábricas habia dado á la clase media un considerable poder, y la propagacion de las luces habia hecho diez veces mayor su influencia práctica; que no habria habido temor alguno en que nombrasen á los representantes todas las poblaciones en general cuando formaba el estado llano una clase mísera y comenzaba sus peticiones con las palabras: "Por amor de Dios y como un acto de merced;" pero que seria sumamente peligroso adoptar semejante medida, cuando su número era superior al de los labradores y cuando superaba en riqueza á todas las demas condiciones del Estado; que el ejemplo del largo parlamento suficientemente demostraba que la aquiescencia á las peticiones del pueblo, solo conducia á nuevas y nuevas exigencias por parte suya, y atraia con una inevitable rapidez, la anarquía y la sedicion; que las fatales consecuencias que habia producido en Francia el paso de duplicar el número de los representantes del estado llano, en el cual habia consistido la reforma parlamentaria introducida en aquel reino, era un ejemplo memorable que ma-

dos votos contra cuarenta y uno. Inmediatamente que esto sucedió, todos los amagos de la

nifestaba los efectos que produce el acto de otorgar á la ambiciosa democracia la concesion que en la actualidad se pedia; que en Francia el rey habia cedido todas las prerogativas de su coroua; se habian despojado voluntariamente los nobles de todos sus títulos, derechos é inmunidades, y la consecuencia de esto habia sido que el pueblo hubiese llegado á adquirir un poder irresistible, y que el primero recibiese una muerte ignominiosa, y los segundos fuesen premiados de su desprendimiento con el destierro, la confiscacion de sus bienes y el cadalso; que la preferencia que se tenia para con esas villas corrompidas contra las cuales tantas invectivas se dirigian, era, á decir verdad, lo mejor que la constitucion británica tuviese, y que estas villas por sí solas, dando un resultado contrario al que presentara la esperiencia, habian mantenido hasta el día el equilibrio entre las tres clases del estado, prestando á la propiedad una influencia directa en el cuerpo legislativo, y poniendo á la progresiva riqueza de la aristocracia en la posibilidad de hacer oposicion á la influencia mayor y mayor, que iba adquiriendo el estado llano; que de este modo se dejaba abierta á los hombres de talento una entrada por donde pudiesen penetrar al parlamento, que este habia sido el medio por el cual se habian dado á conocer nuestros mas eminentes políticos, y que si esta puerta se cerraba, quedaria degradado el carácter de la representacion nacional y sus miembros se convertirian en simples defensores de intereses aislados; que en vano debía esperarse en aquel periodo de efervescencia y teniéndose á la vista el ejemplo del buen éxito que habia tenido la Revolucion hecha en Francia, que influyese perdurablemente la riqueza sobre las clases inferiores, si se la privaba de esta corriente constitucional hácia la cámara de comunes; que cualquiera reforma que se hiciese, acarrearía de consiguiente una revolucion, y que en cuanto al fin á que esta revolucion conduciría era ocioso decirlo á los que habian tenido al reinado del Terror ante los ojos; que la esperanza de que se adheriría al gobierno una parte considerable de las clases ínfimas ensanchándose los límites del privilegio electoral, por

Desecha la moción sobre reformas la cámara de comunes.

revolucion desaparecieron, y el paso de no haberse aprobado la medida en cuestion, que se habia asegurado produciría una perdurable

alhagüeña que apareciese en la teoria, era falsa en la práctica, porque las enunciadas clases echarian de ver que sus votos, á consecuencia del crecido aumento de su número, ningun valor tenian; que el estado llano se habia dejado deslumbrar por el nombre de un privilegio que de nada podia servirle, y que el único medio que tenia de sacar algun positivo fruto de sus esfuerzos, era el de aliarse con las clases ínfimas para ejercer sobre las superiores un general despojo; que estas eran las tendencias del estado llano en todas las naciones opulentas, por la razon de que su union con las altas ninguna ventaja inmediata le procuraba, y la que formase con las ínfimas si le presentaba la alhagüeña idea de que le to aría una parte de la division de propiedades que se operase, y se libertaria de pagar impuestos, las cuales tendencias eran de temerse muy particularmente en aquella sazón en la Gran Bretaña, en razon á lo sumamente onerosas que eran las contribuciones establecidas, á la gran desigualdad que habia en las fortunas, y al ejemplo del buen éxito con que habia operado hacia poco la Francia la division de las propiedades; que cualquiera reforma que se introdujese en el parlamento, al contrario de toda mejora de otro género, era en eminente grado peligrosa, porque equivaldria á una espontánea entrega que se hiciese del poder legislativo en manos de las clases inferiores, cuyo poder nunca jamás se recobraría, y que un paso falso, una vez dado, era para siempre irreparable; que aun suponiéndose que adoleciese la constitucion de defectos que fuesen indefendibles en la teoria, era indisputable que el indicado código en su práctica, era, segun lo habia demostrado evidentemente la esperiencia, la mejor garantía que jamás hayan podido tener los derechos é intereses de todas las clases del estado; que los gremios de manufactores y comerciantes eran los que menos podian quejarse de que no se atendia debidamente á sus intereses en el Parlamento, supuesto que desde mas de un siglo ha-

division entre las clases elevadas y las inferiores, dió por inmediato resultado tal concordia entre

cia se habia dedicado esclusivamente la política del estado á fomentar uno y otro ramo; que la representacion que los grandes intereses coloniales, mercantiles y marítimos en la actualidad obtenian en virtud de la adquisicion de villas cercadas, quedaria destruida si cesaba de haber este medio de penetrar en el Parlamento; que de consiguiente el efecto que produciria realmente la reforma seria el de transmitir la autoridad suprema á las manos del populacho de Inglaterra, en menoscabo de todos los grandes y variados intereses que se habian creado en las posesiones que tenia por todo el globo la Gran Bretaña; que tal estado de cosas habia sido fatal á todas las repúblicas antiguas, y no dejaria de producir con celeridad el desmembramiento del imperio británico; que si la corrupcion era el mal que verdaderamente se temia, no habria medio mejor de fomentarla que el de reducir á mas corto espacio á los puntos cercados por la razon del poquísimos número de pobladores que tenian los mas pequeños de entre ellos, y ensanchar á las villas medianas, donde segun lo habia demostrado la esperiencia, estaba en práctica con el mayor estremo el cohecho; que cualquiera reforma que en este sentido se intentase de consiguiente no haria sino disminuir á las enunciadas villas particulares para aumentar á las mercenarias; que siendo constante que la riqueza no podria hacer frente al mayor número sino por medio de desembolsos, era incomparablemente mejor que esta necesaria influencia se ejerciese en el decente retiro de las antiguas villas que en medio de la vergonzosa prostitucion de las populosas ciudades; que el peligro de que estallase una revolucion, circunstancia en que tanto insistia el partido contrario, unicamente lo habria si se llevaba á efecto la medida sobre reformas, lo cual era tanto mas cierto cuanto que demostraba la historia que todas las convulsiones que habian agitado á la monarquia inglesa desde su formacion, habian procedido de la cámara de comunes; que si algo habia que temer era solamente que se dictasen con imprudente precipitacion medidas legislativas, y que las palabras emanadas de la autoridad eran las que con mas seguridad ponian en combustion al

unas y otras; en aquel tan crítico periodo, cual no se habia visto en ninguna de las anteriores épocas del imperio británico. (I) De suerte que al tiempo mismo que la nobleza de Francia atraia sobre su pais una revolucion con el acto de ceder á las concesiones que allí se pedian y desprendiéndose de todas sus inmunidades, evitábala á su patria la aristocracia inglesa resistiéndose con firmeza á la introduccion de innovaciones; egemplo memorable es este que patentiza á las generaciones futuras de cuánto vale la firmeza de un parlamento para calmar la vehemencia de la agitacion popular y contener el torrente de la ambicion de la democracia, y que demuestra cuán poca impresion hacen en el sano juicio del pueblo ingles la grito de la prensa, las reuniones públicas y los oradores populares.

Mas como sin embargo continuasen los clubs

mundo; que la constitucion en el dia habia llegado por acaso, ó mas probablemente por la Providencia divina, á adoptarse á los singulares y complicados intereses del imperio británico, y habia gozado de un grado e estabilidad que no habia tenido ninguna de las instituciones liberales de las pasadas épocas, y que por tanto no habria acto mas imprudente ó criminal que el de esparnerse al riesgo de destruir edificio tan venerable y que tantos bienes produjera, por correr en pos de una perfeccion ideal y quimérica.

[1] Ann. Reg., 1793, p. 153-165. Hist. Part., XXX, p. 787, 923-925.

Decreto contra los que tuviesen correspondencia con la Francia, y persecucion que se entabla contra los sediciosos y los traidores.

jacobinos en efervescencia, y como con celeridad se iban formando en todas las ciudades grandes del reino sociedades á imitacion de la institucion principal de Paris, promulgó un decreto el parlamento, á pesar de la gran resistencia que hizo la oposicion para impedirlo, en el cual se prohibia toda relacion con la Francia, y comenzóse á perseguir, tanto en Escocia como en Inglaterra, á los mas turbulentos de entre los demagogos. Algunas de estas providencias eran notoriamente necesarias; pero la conveniencia de los demas, sobre todo con relacion á Escocia, era mas que dudosa. Raras veces producen positivos bienes aquellas medidas vengativas de un gobierno que á la par escitan las simpatias de los ánimos apacibles y turbulentos, y que convierten á la efervescencia de los afectos populares en la eterna animadversion que engendran los odios políticos. [1] El mejor sistema que se deba seguir en épocas de agitacion pública es el de desplegar firmeza sin severidad, emplear una resuelta resistencia á toda innovacion innecesaria, y abstenerse con todo cuidado de ejercer opresion sobre los individuos.

Habiéndose pues provisto á la tranquilidad interior del imperio británico, tomó el gobierno las mas rigorosas medidas, hasta donde lo permitia la limitada estension de sus recursos

Preparativos de la Gran Bretaña y los aliados para la guerra.

(1) Debat. Parl. XXX, p. 615, 620.

militares, para reforzar el grande ejército que se hallaba en el continente. Embarcóse un cuerpo de veinte mil hombres de tropas inglesas, y trasladóse á Holanda, á las órdenes del duque de York, cuyo número, unido á diez mil hannoverianos y heses, firmaba un total de treinta mil hombres pagados por la Gran Bretaña. La Convencion francesa, desde principios de año, habia dispuesto que se levantara una fuerza de trescientos mil hombres; pero hasta Abril no podian entrar en accion estas tropas. Las actuales fuerzas de los aliados consistian en trescientos sesenta y cinco mil hombres que operaban sobre toda la circunferencia de la Francia desde Calés hasta Bayona, al paso que las de los republicanos ascendian á doscientos setenta mil, la mayor parte de las cuales, es verdad, eran inferiores en cualidades, pero poseian las ventajas de uniformidad de idioma, gobierno y sentimientos políticos, y tenian ademas en su favor la importante circunstancia de maniobrar en un círculo interior y concéntrico, la cual ponía á las diversas masas en la posibilidad de comunicarse rapidamente entre sí y con celeridad auxiliarse, al paso que las tropas de los aliados, diseminadas por una mucho mas dilatada circunferencia, se veian privados de esta ventaja. [1 2]

(1) Jom. VI, 49, 52.

(2) La fuerza relativa de los ejércitos de ambas partes, en Julio de 1793, era la que sigue:

ALIADOS.

Tropas imperiales en la Bélgica, 50,000
Idem austriacas en el Rhin, 40,000

res, la cual se terminó en un tratado entre ambas potencias, que se firmó en Londres el día 25 de Marzo. Por este convenio que sirvió de base para la grande alianza que mas tarde condujo á un glorioso término á la guerra, quedó pactado que las dos potencias "emplearian sus fuerzas respectivas, hasta donde las circunstancias lo permitiesen, en llevar á su prosecucion la guerra justa y necesaria en que se empeñaban contra la Francia; y que recíprocamente se obligaban á no deponer las armas hasta que la nacion contraria no hiciese una completa restitucion de las posesiones que hubiese tomado á las respectivas potencias, ó á los estados ó aliados á los cuales, de comun acuerdo, estendiesen los beneficios del tratado." Tambien convinieron en cerrar sus puertos á la Francia y en no permitir la esportacion de pertrechos navales para el uso de la mencionada potencia, "y combinar sus esfuerzos á fin de impedir que las demas naciones que no estuviesen implicadas en la guerra contra la Francia, prestasen en aquel lance en que estaban interesados todos los paises civilizados proteccion alguna á consecuencia de la neutralidad que guardaran, al comercio ó las propiedades de los franceses en el mar ó en los puertos de Francia." Por medio de otro convenio que separadamente se hizo, ratificaron y confirmaron ambas potencias los tratados de comercio entre ellas existentes [1].

Poco tiempo despues celebróse igual tratado

(1) Hist. Parl. XXX, 1032. Hard. II, 198.

entre la Gran Bretaña y la Cerdeña, en el cual quedó pactado que la primera potencia recibiria un subsidio anual de £ 200,000 durante la prosecucion de la guerra, y que la última mantendria en pie una fuerza de 50 mil hombres; comprometiéndose igualmente el gobierno inglés á hacer que se la devolviesen todos sus dominios, dejándosele bajo el pie en que se hallaban al principio de la guerra.

Por otro convenio que se firmó en Aranjuez el día 25 de Mayo, obligóse tambien la Inglaterra á no hacer la paz hasta no haber conseguido en favor de España una plena restitucion "de todas las plazas, ciudades y territorios que poseia la enunciada nacion antes del principio de la guerra, y que durante su prosecucion la arrebatase el enemigo."

Iguales convenios celebró la Gran Bretaña con la corte de los dos Sicilias y con Prusia, siendo en estos las cláusulas en que se prohibia toda esportacion á Francia, y en que se impedía el comercio de las naciones neutrales con aquella nacion, idénticas á las del tratado con la Rusia. Ajustáronse asimismo tratados del propio tenor, en el trascurso del verano, con el emperador de Alemania y el rey de Portugal. Toda la Europa formó una gran liga en contra de la Francia repu-

Abril 25. 1793.

Tratado de la Gran Bretaña con la Cerdeña, la Prusia, Nápoles y España.

Mayo 25.

Julio 12.

Julio 14.

Agosto 30 1793.

Setiembre 26. republicana, y he aquí que los regicidas de aquel país, como primer fruto de su cruel victoria, vieron escluida á su patria del catálogo de las naciones civilizadas. Ya veremos en la continuación de esta historia los muchos é inauditos desastres que hicieron se disolviese esta confederacion inmensa; con cuánta intrepidez cumplieron algunas de las partes contrayentes con sus compromisos, con cuánta debilidad y cobardía otras de ellas se segregaron, y en qué manera firme y elevada la Gran Bretaña, única entre todas, perseveró hasta el fin, no depuso las armas sino cuando se hubieron alcanzado los objetos á que la guerra tendia, y cumplió al pié de la letra con todas las obligaciones que habia contraído aun para con las mas insignificantes de las potencias confederadas. (1)

Designios secretos de la Rusia. Pero en tanto que por toda Europa no se veian sino preparativos militares contra la Francia, abrigaba diversos y mas interesados designios la Rusia. En medio de la general consternacion que originaban los triunfos de las armas republicanas, concibió Catarina que podria, sin que nadie se la opusiese, dar sima á sus ambiciosos proyectos sobre la Polonia. Constantemente intentaba hacer creer que los disturbios de aquel reino eran fruto de una propaganda revolucionaria, que era en primer lugar la que debia destruirse; y sin gran trabajo se percibia, á los principios por lo menos, que sobre las márgenes del Vístula, y no

(1) Hist. Parl. XXX, 1032, 1034, 1048, 1058.

sobre las del Sena, era adonde dirigia todo su marcial aparato. Las miras ambiciosas de la Prusia, como detenidamente se verá en el curso de esta historia, se inclinaban tambien al mismo rumbo; de manera que en los momentos mismos de irse á comenzar una guerra que exigia para su buen éxito los mancomunados esfuerzos de la Europa entera, y que hubiera podido por este medio llevarse á una acelerada y feliz conclusion, las dos potencias principales se distraian ya de ella por atender á intereses diversos, y por ver logrados proyectos que solo tendian á su propio engrandecimiento. [1]

No eran las miras ambiciosas de la Rusia y la Prusia contra la independenciam Division entre los Prusos y los austriacos. la Polonia los únicos indicios que hiciese ya formar un funesto augurio del resultado de la guerra. Lo que mas inmediatamente aparecia entorpecer su feliz éxito era el antagonismo del Asia para con la Prusia, que en aquella sazón se manifestó de una manera abierta, y ocasionó division tal de las fuerzas aliadas, que eficazmente impidió que pudiesen prestar una cooperacion positiva. El gabinete pruso, desazonado al ver el ascendiente que egercian los generales del imperio en lo respectivo á las comunes operaciones, insistió en que se formasen los ejércitos alemanes independientes uno de otro, compuesto el uno de solo prusos y de austriacos el otro, y que á estos se in-

[1] Hard. II, 198, 199.

corporasen las fuerzas de los demas estados inferiores, ingresando los de Sajonia, Hannover y Hesse á las de Prusia, y militando bajo los pendones del Austria las de Wirtemberg, Suabia, el Palatinado y la Franconia. Por este medio quedó destruida totalmente la unidad de accion entre estos dos grandes ejércitos aliados, en los momentos precisamente en que mas se necesitaba para hacer frente á la vehemente y concentrada energia de un estado revolucionario; y al mismo tiempo entibióse el fervor de las naciones inferiores, al ver repartidas sus fuerzas entre las dos grandes potencias militares cuya preponderancia les inspiraba ya fuertes recelos, y al notar que se las obligaba á servir bajo las banderas de imperios de los cuales temian recibir mas males que del enemigo comun muchas de ellas. [1]

Pero aunque existian tales germenos de debilidad entre las potencias aliadas, el peligro inmediato, segun todo lo demostraba, era mayor para la

Miserable estado que guardaban las tropas france-

Francia. A pesar de que sus ejércitos en Flandes habian sido, al principiarse la campaña, superiores á los de los aliados, encontrábanse á la sazón en el mas lamentable estado de insubordinacion y sumamente escasos de todos los objetos necesarios á su equipo. Habia muerto una parte considerable de los caballos del servicio de la artilleria, á consecuencia de las fatigas de una campaña emprendida en lo mas

(1) Hard. II, 200, 202.

crudo del invierno; el vestuario de las tropas estaba inservible, y estas habian perdido el brio por el desenfreno que se siguió á las conquistas de las armas republicanas. Introdújose una completa desorganizacion en todos los ramos del ejército; sus comisarias carecian de fondos, y la artilleria se hallaba desprovista de pertrechos y la caballeria de caballos; los soldados estaban destituidos de disciplina y faltaba union entre los gefes; en aquellos momentos resentia la Francia la debilidad que es consiguiente á la relajacion que las revoluciones acarrean, y no recobró su vigor hasta que el régimen del terror no hubo desplegado su férreo despotismo. [1]

Nombróse al príncipe Coburgo generalísimo de las fuerzas aliadas que se extendian desde el Rin hasta el oceano germánico. De nada sirvieron á Clerfayt los talentos que habia desplegado al reparar los desastres sufridos durante la anterior campaña, para que se le conservase en el mando; la corte á la cual servia no habia aprendido todavía á elevar el mérito y desdeñar al simple influjo.

Su sucesor habia militado bajo los pendones imperiales en la guerra contra los turcos y participado de las glorias que obtuviera en sus campañas Suwarrow; pero este gefe austriaco estaba muy distante de poseer el vigor ó la capacidad del vencedor de Ismael. Apegado con obstinada

(1) Toul. III, 239. Join. III, 49, 52.

perseverancia al sistema de dividir sus fuerzas; y empeñado en cubrir con secciones que se comunicaban entre sí una inmensa estension de territorio, tuvo dividido en insignificantes fragmentos el vasto ejército que á su disposicion se pusiera, y desperdió la mejor oportunidad que jamas se le presentara de descargar un decisivo golpe sobre la floreciente república, sin provocar suceso alguno de siquiera mediana importancia. [1]

Pertenecia á la antigua metódica escuela de Lacey, carecia de decision y de energia, y por la lentitud con que emprendia sus operaciones era el general menos á propósito que hubiera podido encontrarse para extinguir el fuego y contrastar la energia que las revoluciones despliegan.

La Francia no habria podido soportar los enormes gastos que la debian ocasionar la guerra que se le iba á hacer por todas sus fronteras bajo una proporeion inmensa, contando solo con los recursos comunes y legales de que podia disponer su gobierno. Pero, circunstancia que jamás se vió ni se verá en lo sucesivo, en las propias calamidades y convulsiones que de la Revolucion resultaron, encontró los medios de hacerse de recursos de una magnitud extraordinaria. Los gastos del año de 1792, que se cubrieron por medio de contribuciones, la venta de bienes eclesiásticos y los donativos patrióticos que se co-

Vastos esfuerzos de la Francia.

(1) Jom. III, 62. Hard. II, 204, 205.

lectaron, ascendieron á 958,000,000, de francos, ó sea sobre 40,000,000, de esterlinas; pero los gastos del último periodo del año importaron mensualmente 200,000,000, de francos ó sea 8,000,000, de esterlinas. Mas habia llegado una época en que en materia de rentas habia de cesar todo cálculo, porque los asignados cuya circulacion era obligatoria, formaban una inagotable mina capaz de proveer á cuantas exigencias se presentasen. Cuando se encontraba en escasez el erario, recurriase á nueva emision de papel moneda; y este numerario ficticio, incesante origen de la ruina de los particulares en Francia, sostuvo por sí solo el crédito público durante los primeros años de la guerra que la Revolucion provocara.

Cambon, en su memoria de hacienda correspondiente al año de 1793, espuso que no podia formar cálculo alguno exacto con relacion á los gastos que en aquel año habrian de hacerse, pero que la nacion debia salir airosa de sus apuros pecuniarios así como habia sabido triunfar de sus apuros militares; y para esto propuso la pronta emision de ochocientos millones de francos, ó sea mas de treinta y tres millones de esterlinas en asignados, bajo la garantía de los bienes nacionales, cuya proposicion inmediatamente fué admitida. Los enunciados bienes nacionales calculábalos el ministro en ocho mil millones de francos, ó sea, trescientos cincuenta millones de esterlinas, de los cuales, tres millones se habian consumido ó estaban empeñados

á consecuencia de las anteriores emisiones de asignados; extraordinaria prueba del extremo á que se habia llevado ya la confiscacion de los bienes de los particulares bajo el gobierno revolucionario. [1].

En el Parlamento de Inglaterra, para que se cubriesen las urgencias del año, propuso M. Pitt un préstamo de cuatro millones quinientas mil libras esterlinas, ademas de los recursos ordinarios con que se contaba, el interés del cual se dispuso que se cubriera con el importe de las nuevas contribuciones que se imponian, y se concedieron algunos subsidios al rey de Cerdeña y á algunas de las mas pequeñas potencias de Alemania. Al mismo tiempo votóse la cantidad de cinco millones de libras esterlinas para auxiliar al comercio de los atrasos que habia sufrido á consecuencia de la declaracion de la guerra, y produjo tan feliz efecto este oportuno auxilio, que se restableció con celeridad el crédito público, y que al cabo perdió el Estado poquísimo, si es que algo de esta numerosa suma [2]; notable ejemplo de los benéficos frutos que recogen los gobiernos cuando aun en épocas de su mayor apuro hacen por prestar un generoso esfuerzo á sus subordinados.

En el mes de Enero de 1793 se trasladó Dumouriez á Paris con el intento de levantar á todo el partido girondino para salvar á Luis de la muerte. Este p-

Designios de Dumouriez.

- (1) Toul. III, 248, 250.
(2) Hist. Parl. XXX, 972.

so no produjo el efecto por el cual se daba, y si disgustó para siempre contra el general á los jacobinos [1]. Las consecuencias de esta desavenencia, influyeron en gran manera en el futuro resultado de la campaña.

El plan de Dumouriez, que habia estado meditando durante todo el invierno, era el de comenzar las operaciones emprendiendo una invasion sobre la Holanda, insurreccionar aquel pais, unirlo con las provincias de Flandes como se hizo posteriormente en 1814, levantando un ejército de ochenta mil hombres, moverse con esta fuerza sobre Paris y sin el auxilio de otra fuerza alguna, dictar leyes á la Convencion, y restablecer la tranquilidad en Francia. Uno de los rasgos mas extraordinarios de aquellos dias de trastornos y de desorden, es el de que un hombre tan perspicaz como Dumouriez, hubiese meditado seriamente emprender tan descabellado proyecto [2].

Por otra parte, los intentos de los aliados eran los de arrojar á los republicanos mas allá del Mosa, quitar á los franceses la importante fortaleza de Maestricht, atacar á la ciudad de Metz, que era la llave del Rhin, y rehacerse de ella; y hecho esto, reunir sus fuerzas victoriosas para libertar á Flandes. El designio en lo general, estaba perfectamente concebido; pero los pormenores referentes á la toma de los Países Bajos

- (1) Jom. III, 57. Dum. III, 352.
(2) Dum. II, 14.

afectábanse de un mal, cual era aquella division de fuerzas que por un dilatado espacio de tiempo fué tan nociva á los ejércitos aliados [1].

Para poner en egecucion su proyecto, Dumouriez á principios de la estacion, reunió en Antuerpia un cuerpo como de 20 mil hombres, con el fin de emprender sobre Rotterdam un ataque. Poco despues

Febrero 5, 1793.

penetraron sus tropas en el territorio de Holanda, y se situaron entre Breda y Bergen-op-zoom. A los principios

Febrero 17.

viéronse coronados sus esfuerzos con un éxito inesperado. Despues de un sitio de tres dias, y estando los franceses á punto ya de retirarse por carecer de municiones, capituló Breda teniendo una guarnicion de 2500 hombres. En breve siguióse á este triunfo otro que consistió en la toma de Gertruydemburgo, que se operó despues de una leve resistencia; é inmediatamente despues se puso cerco á Williamstadt. Hallábanse acampados los franceses

Maizo 3.

en chozas de heno, á las orillas del brazo de mar denominado Brisbos, y solo esperaban que se reuniese el suficiente número de esquiifes para trasladarse al otro lado, á fin de emprender el asedio de Dort, cuando la noche del 8 de Marzo recibió noticia el general de que ocurrían en otras demarcaciones de Flandes ciertos sucesos que le hicieron inmediatamente abandonar su mal concebida empresa (2).

(1) Jom. III, 64.

(2) Jom. III, 85. Toul. III, 262. Dum. IV, 4.

En tanto que se hallaba Dumouriez con parte de sus fuerzas en Holanda, proseguía Miranda el cerco de Maestricht; aunque con un número de tropas insuficiente para tamaña empresa. Empero mientras los franceses descansaban con aparente seguridad en sus acantonamientos, los generales del imperio tomaban activas medidas para hacerles levantar el sitio. Habianse reunido cincuenta y dos mil hombres á las ordenes del príncipe Coburgo, entre quienes figuraba el jóven ARCHIDUQUE CARLOS á la cabeza de los

granaderos. En los dias 1 y 2 de Mayo, atacaron los austriacos á los acantonamientos franceses en

Se incorpora el archiduque Carlos al ejército.

toda la línea que ocupaban, y despues de una ligera resistencia, lograron arrollarlos en muchos puntos y ponerlos en completo desorden. El desaliento que tantas veces hemos visto apoderarse de las fuerzas francesas al primer reves

de consideracion que sufrieran, se apoderó de las tropas; batallones enteros huyeron en confusion á

Repetidos descalabros que sufrieron los republicanos.

Francia; muchos oficiales abandonaron á sus tropas, y muchos cuerpos se desbandaron dejando solos á sus oficiales; levantóse el

Marzo 2 y 3.

sitio de Maestricht, remitióse con toda diligencia la artilleria de grueso calibre á Bruselas, y replegóse el ejército en desorden mas allá del Mosa, habiendo tenido una pérdida de siete mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. El 4 de Marzo volvieron á sufrir los republicanos nueva derrota á las inme-

diaciones de Lieja, habiendo abandonado una parte considerable de su artillería gruesa bajo los muros de aquella ciudad. Pocos días después tomó á Tongres el archiduque Carlos, á la cabeza de doce mil hombres, y todo el ejército

Marzo 6.

francés se replegó á Tirlemont, y de allí á Lauvain, donde volvió á tomar el mando de él Dumouriez, que regresó de la frontera de Holanda. Entonces los austriacos desistieron de ir en persecución de las

Marzo 8.

tropas francesas; y se dieron por satisfechos con los primeros triunfos obtenidos, por no considerarse bastante fuertes para romper la compacta masa que formaba en aquella ciudad el ejército republicano. [1]

La noticia de estos reveses produjo una fuerte sensación en toda la extensión de Flandes. El partido republicano que allí había, disgustado ya de las contribuciones que habían impuesto los comisionados franceses, y de los despojos que cometían, hallábase amagado á la sazón de la venganza que ejercería contra él su soberano, y del castigo que las fuerzas aliadas le impondrían. El decreto que espidiera la Convención incorporando todas las provincias flamencas al territorio de la República francesa, había inspirado á todos los habitantes del país un descontento sumo; y el despojo de las iglesias, las peticiones forzosas, y las tropelías de

(1) Toul. III, 270. Jom. III, 86, 94, 99. Id. III, 96, 99.

todo género que durante aquel invierno se cometieran, habían difundido por todas partes en grado tal el espíritu de resistencia, que por momentos se esperaba una insurrección general, habiendo comenzado á llevarla á efecto un cuerpo de diez mil campesinos que se habían reunido en las inmediaciones de Gante, y que había derrotado á cuantos destacamentos se habían enviado de aquella ciudad para atacarlo. [1]

Dumouriez consagró todos sus desvelos á remediar estos desordenes y á atraerse de nuevo el afecto de los flamencos que en gran manera, como lo hemos visto, había comenzado á disminuirse. Con este fin tuvo una conferencia en Louvain con Camus y los demás comisionados de la Convención, la cual á nada condujo sino á que se dirijiesen inculpaciones mutuas.

Los franceses al mando de Miranda se esforzaban en vano para desalojarlos de las aldeas que ocupaban; el fuego de la artillería austriaca colocada en las alturas que dominaban su espalda, barria las cabezas de sus columnas tan pronto como se presentaban; y á pocos instantes el archiduque Carlos á la cabeza de dos batallones, asaltó las aldeas: el príncipe Cobourg conociendo que este era el punto importante, atacó las columnas francesas con un grande cuerpo de caballería é infantería, acompañándole el duque de Wirtemberg por el flanco mientras que el archi-

Esfuerzos de Dumouriez.

Partes del príncipe de Cobourg.

(1) Dum. IV, 66, 72. Toul. III, 272.

duque los acosaba de frente. El resultado fué que derrotaron el ala derecha de los franceses, y habria sido completamente destruida, si el duque de Wirtemberg hubiese cargado con todas las fuerzas de su mando en lugar de la pequeña parte de ellas con la que consiguió este importante triunfo. Alarmados los republicanos con este desastre, se retiraron del campo de batalla, y aunque con alguna dificultad, ganaron otra vez el lugar que ocupaban antes de la accion [1].

Los austriacos perdieron en esta batalla dos mil hombres, y los franceses dos mil quinientos entre muertos y heridos; pero esto solo decidió del resto de la campaña. Dumouriez secundado por el joven duque de Chartres, se retiró en la noche con mucha habilidad y buen orden, sin que fuese inquietado seriamente por el enemigo. Los austriacos se adelantaron pocos dias despues, y el 22 á favor de una espesa niebla, atacaron de improviso la retaguardia francesa, pero fueron rechazados con pérdida, despues de conseguidas algunas ventajas ligeras [2].

Sin embargo, la posicion del general francés era entonces en gran manera crítica. Retirarse con tropas desalentadas y á vista de un enemigo triunfante, ha sido siempre muy peligroso; pero lo era mucho mas en aquella ocasion, á causa del estado de relajacion en que se encontraban la

[1] Dum., IV., 88 90. 97. Jom III., 105. III. 113. Toul., III., 279. 278, 290.

[2] Dum., IV. 101. Jom., III., 117, 122, Toul III., 292-3.

mayor parte de sus fuerzas, y la manera indisciplinada con que los voluntarios habian dejado sus banderas al primer serio descalabro. La milicia nacional declaraba abiertamente que habia tomado las armas para salvar á su país, y no para venir á hacerse matar en Bélgica, y compañías y batallones enteros con sus armas y bagages, se dirigieron en masa hácia la frontera francesa. El desaliento llegó á tal punto, que pocos dias despues de la batalla, seis mil hombres dejaron sus banderas y se desbandaron, espaciando el terror por todos los caminos que conducian á Francia. Los soldados de esta nacion, bravos y emprendedores por naturaleza, son los mejores para cargar al enemigo y triunfar, pero no podrán llegar á este estado, sino cuando la disciplina y la esperiencia los acostumbren, requisitos indispensables para su propia conservacion; Dumouriez por ejemplo, en el caso presente, se espuso á la pérdida de mas de la mitad de su ejército, por la cobarde desercion de los cuerpos voluntarios, y esta cuando las llanuras abiertas de Flandes, desprovistas entonces de plazas fortificadas, no ofrecian ningun punto de defensa capaz de detener los progresos de un ejército victorioso [1].

Inpulsado el general francés por estas consideraciones, se preparó á una retirada general y despachó un espreso al general Harville, ordenándole que colocase una guarnicion de dos mil hom-

(1) Jom., III., 125, Dum., IV 98, 102, 103, 105.

bres en la ciudadela de Namur, y que con el resto de su division, fuerte de doce mil hombres, se dirigiese hácia Bruselas, mientras que los cuerpos avanzados, para la imprudente invasion de Holanda, hasta Gertruydemberg y Breda, recibian órden de retirarse sobre Amberes y Mechlin, en vano el príncipe de Coburgo solicitó que las tropas prusianas y holandesas inquietasen su retirada, contentáronse tan solo con sitiar á Breda y Gertruydemberg donde con una fuerza de treinta mil hombres quedaron en una completa inaccion (1).

Poco despues se entablaron conferencias entre Dumouriez y los generales austriacos, en virtud de las cuales se convino, que el ejército francés se retiraria detrás de Bruselas, sin que fuese inquietado en su retirada. Pronto se manifestó cuán necesario era este arreglo para las armas republicanas. En el siguiente dia, Clairfait, que ignoraba tal convenio, atacó al general Lamar-

Marzo 22.

che, quien se retiró atropelladamente mas allá de Lovaina, dejando un claro en su retirada, que con un enemigo mas astuto le habria ocasionado ruinosos resultados. Las tropas entonces se entregaron á la desesperacion, y amenazaron abiertamente de abandonar sus banderas; prueba incontestable de la poca confianza que se puede tener en soldados indisciplinados, durante las vicisitudes de la fortuna, inevitables en la guerra. Dumouriez

(1) Jom., III., 121. Dum., IV., 104 105

mismo confesó, que sus tropas estaban en tal estado de relajacion, que si hubiera sido vigorosamente estrechado, le hubieran aniquilado completamente en la larga retirada que tenia que hacer antes de que le fuese posible ganar las fronteras francesas; y sin embargo, el general en jefe austriaco estaba tan ignorante del estado de su enemigo, que no conocia, ni su desaliento, ni su confusion, que hasta los labriegos observaban en sus columnas en retirada [1].

En virtud del convenio, el ejército francés, sin mas dilacion, desocupó á Bruselas y Mechlin, y se retiró en buen órden por Hall, Mons y Ath hácia la frontera francesa. Al mismo tiempo los republicanos se retiraron á lo largo de toda la línea de Gertruydemberg á Namur, quitando tambien la guarnicion de la ciudadela. último lugar [2].

Muy pronto se conoció empero que Dumouriez tenia en estos movimientos otro objeto que el puramente militar. El 27 de Marzo se tuvo en Ath la primera conferencia de carácter político, en donde se convino verbalmente entre el general francés y el coronel Mack por parte de los imperiales, que el ejército francés descansaria algun tiempo en Mons y Tovernay sin que fuese inquietado, y que Dumouriez, que debia escoger el tiempo mas á propósito para marchar á Paris, regulase el movimiento de los austria-

[1] Dum., IV., 109, 111. Jom., III., 126, 127. Hand II., 214, 215.

[2] Toul., III., 295, 214, 215

cos, que debían obrar totalmente como auxiliares, y además, que en caso de que no pudiese llevar á cabo con solas las fuerzas de su mando el restablecimiento de la monarquía constitucional, debía fijar el monto de las fuerzas aliadas que se necesitasen, y por último, que la fortaleza de Condé sería puesta como garantía en manos de los imperiales, quienes la volverían á la Francia á la conclusión de la paz general [1].

Habiéndose así aventurado en la peligrosa empresa de trastornar la República y

Se frustra el objeto de Dumouriez y se fuga. establecer un gobierno monárquico, el primer cuidado de Dumouriez fué asegurarse las fortalezas de las cuales dependía el éxito de su empresa. El oficial á quien mandó tomar posesion de Lisle, se dejó engañar por el comandante de la plaza, quien lo condujo prisionero á la fortaleza; las guarniciones de Condé y Valenciennes resistieron con buen éxito á sus esfuerzos para atraerlos al partido constitucional, y alarmada la Convencion, mandó á Camus y otros tres comisionados con

Bournonville, ministro de la guerra, con órdenes al general para que se presentase ante la Convencion para responder de su conducta. Dumouriez, despues de una acalorada discusion, arrestó á los diputados y los entregó á los austriacos; mas prontamente fué abandonado por sus soldados, viéndose obligado por esto á huir de su campo de San Arnoud, refugiándose con

(1) Hard., II., 218, 219. Jom., III., 132.

mil quinientos de los suyos en las líneas austriacas (1).

Los austriacos, ya sea por un sentimiento de honor, motivado por el reciente convenio, ó ya por su natural lentitud, lo cierto es, que nada hicieron para aprovechar la oportunidad que se les presentaba con la desercion del general francés. Permitieron á los republicanos que se retirasen quietamente á Valenciennes, Lisle y Condé. Un número considerable de

Abril 5.

ellos se atrincheró cerca de Farnars, en donde tomó el mando el general Dampierre, por orden de la Convencion, esforzándose con todo celo por restaurar severamente la disciplina, y reanimar el espíritu de los soldados, debilitado por tantos reveses [2].

El mal éxito de la empresa de Dumouriez, convenció al príncipe de Coburgo de que nada podía obtenerse ya de los republicanos sino por la fuerza de las armas, y en consecuencia, todos los esfuerzos de las potencias aliadas se dirigieron á este fin.

Un congreso de ministros de las potencias aliadas se reunió en Amberes, al cual asistieron por parte del Austria, el conde de Metternich y Stahrenberg; Lord Auckland por parte de Inglaterra, y el conde de Kellen por la de Prusia [3]. Los recientes aconteci-

(1) Toul., III 308. Jom. III., 135, 137.

(2) Toul., III., 319

(3) Padre del grande estadista actual.

mientos habian inspirado tal confianza, que esos ministros imaginaron todos ellos, que la ruina de la Convencion estaba proxima, y en verdad que habria sucedido así, si ellos habiesen comunicado mas vigor y uniformidad á las operaciones militares. Los plenipotenciarios, inspirados por estas ideas, y ademas irritados por el completo malogro de la tentativa de Dumouriez para destruir en aquel pais el gobierno anárquico, resolvieron alterar totalmente el objeto de la guerra, y anunciaron abiertamente la necesidad que habia de proveer á *indemnizaciones y seguridades* para las potencias aliadas; ó mas claro, á la particion de los territorios de la frontera de Francia entre los estados invasores. Esta resolucion se manifestó completamente en una proclama que el príncipe de Coburgo dirigió á los franceses, en la cual negaba abiertamente por parte de su gobierno, aquellas resoluciones que tendiesen á abstenerse de toda adquisicion de territorio, cosa que el mismo habia anunciado pocos dias antes, declarando ademas, que tenia la orden de proseguir la contienda por la fuerza de las armas, con todos los medios que tenia á su disposicion. [1] Los efectos de es-

(1) Cobourg en su primer proclama de 5 de Abril, redactada durante las conferencias con Dumouriez, dice: "Deseoso tan solo de asegurar la prosperidad y gloria de un pais despedazado por tantas convulsiones, declaro que sostendré con todas las fuerzas de mi mando, las generosas y benéficas intenciones del general Dumouriez y su valiente ejército. Declaro que nuestro solo objeto es restaurar en la Francia su monarquía constitucional, con los medios de enmendar todos aque-

ta desgraciada resolucion se manifestaron muy presto. Cuando los imperiales tomaron á Valenciennes y Condé, desplegaron sobre las murallas el estandarte, no de Luis XVII sino del Austria, y los ministros aliados hablaban ya abierta-

los abusos conocidos que puedan existir, y dar á esa misma Francia, como igualmente á la Europa, paz, confianza, tranquilidad y felicidad. Conformandome con estos principios declaro por mi honor, que entro en el territorio frances sin ninguna intencion de conquistar, sino solo y simplemente con el objeto arriba mencionado. Declaro tambien por mi honor, que si las operaciones militares pusiesen en mis manos algunas plazas fuertes, tan solo las mantendré como un *depósito sagrado*, y me obligo de la manera mas solemne á volverlas al gobierno que se establezca en Francia, ó tan pronto como las pidiere el valiente general con quien hago causa comun." Estos eran los principios de la verdadera guerra antirevolucionaria; pero fueron estrañamente cambiados en la proclama dada pocos dias mas tarde por el mismo general, despues de la determinacion tomada en el congreso de Amberes. El príncipe de Coburgo, decia así: "La proclama del 5 del presente era la expresion de mis sentimientos *personales*, y en ella manifestaba mis miras *individuales* por la seguridad y tranquilidad de la Francia, pero ahora que los resultados de la declaracion han sido tan diferentes de lo que creí, la buena fé me obliga á declarar que el estado de hostilidad entre el emperador y la nacion francesa, está desgraciadamente restablecido desde este momento en su mas completa estension. Me resta por esto solamente "revocar mi declaracion antecedida," y anunciar al mismo tiempo que continuaré la guerra con el mayor vigor. Nada de lo dicho en mi primera proclama me ata ya; pero repito con placer, que mis tropas observarán la mas estricta disciplina, en cualquiera parte que ellas ocupen del territorio francés." No puede darse mayor prueba de los desastrosos resultados de un cambio desgraciado de sistemas.—Véase á Hardenberg, II, 231, 233, 241, 243,

mente de indemnizaciones por lo pasado y seguridades para el porvenir. Ningun paso se dió al principio de la guerra, que fuese seguido de consecuencias mas fatales, pues este cambió de un golpe el caracter de la contienda; era de libertad y se la hizo de conquista, dando así á los jacobinos de Paris un sólido fundamento en que apoyar su aserto, de que el desmembramiento del país era inevitable si todos los verdaderos ciudadanos no unian sus corazones y sus brazos para resistir al enemigo comun. El verdadero principio que se debía haber adoptado, era, el que con tanto ardor recomienda M. Burke, y el cual produjo despues tan buenos resultados en manos de Alejandro y Wellington, y era separar distinta y terminantemente la causa de la Francia y la de la facción jacobina que la tenía esclavizada; garantir la integridad de la primera, declarar guerra implacable solo contra la última, y trabajar de este modo para que el gran número de ciudadanos patriotas que eran contrarios al gobierno sanguinario de la Convencion, se desembarazasen á la vez de una tiranía doméstica y de un yugo extranjero. (1)

El contingente británico compuesto de doce mil hombres, desembarcó en Rotherdan, y el ejército aliado bajo su mando inmediato fué aumentado á mas de noventa mil hombres, sin contar con un cuerpo destacado que ascendia á ochenta mil austriacos, estacionados en Namur, Luxembourg y Treves, á fin de tener comunicaciones

(1) Hand., II, 233, 241. Burke. Reg. Peace.

abiertas con el ejército prusiano destinado á operar contra Maguncia. [1]

Alarmada la Convencion, á la inminencia del peligro que la amenazó por la ^{Conquista de la Flandes austriaca por los aliados.} desercion de Dumouriez, tomó las mas vigorosas medidas para proveer á la pública seguridad. Ordenó que una division de cuarenta mil hombres formase la reserva del ejército; por el decreto de 4 de Febrero, ordenó tambien una leva de trescientos mil, que debian reunirse á toda prisa, y nombró á sesenta representantes del seno mismo de la Convencion, para que como otros tantos vireyes, velasen sobre los generales en todos los ejércitos. Nada menos que doce de estos orgullosos republicanos, fueron mandados al ejército del Norte. Nada limitaba su autoridad; armados con el poder despótico que les habia conferido la Convencion, y apoyados por una soldadesca republicana y amotinada, con igual facilidad colocaban á los generales sobre un carro triunfal, como los arrastraban al cadalso. Disponiendo con absoluto poder de las vidas y de los brazos de muchos millones de franceses, ni los reveses los desalentaban, ni tenían miedo á las dificultades. Marchar adelante y despedazar la oposicion por la fuerza del número, era el invariable sistema que seguían, al mismo tiempo que prodigando con mano liberal, la sangre de una nacion de soldados, encontraban así recursos para el sosten de un sistema de guerra tan asesino, que ja-

[1] Jom., III., 146. Touf., IV., 4.

mas habria sido adoptado por ningun gobierno regular. [1]

Mientras ocurrían en el Norte estos desastrosos acontecimientos, la fortuna no era por eso mas favorable á las armas republicanas en la frontera oriental. Las fuerzas de los franceses en aquella parte; á la apertura de la campaña, eran muy inferiores á las de los aliados; entre los prusianos y los austriacos habia en Febrero nada menos que setenta y cinco mil hombres sobre el Rhin, ademas de otros veinte mil entre Treves y el Mosa; mientras que Custine, no tenia sobre el campo sino cuarenta y cinco mil, incluyendo los veintidos mil bajo su inmediato mando; estando el resto estacionado sobre el Mosa; ademas todas las fuerzas del alto Rhin, incluyendo las guarniciones, no excedian de cuarenta mil, de los cuales apenas la mitad era util para el servicio de la campaña. El rey de Prusia cruzando el Rhin

con una gran fuerza hasta Rheinfels, abrió la campaña, despues de algunos encuentros de poca consideracion. El ejército de Custine intentó una resistencia inútil, pues la superioridad de las fuerzas aliadas le compelió á replegarse, y despues de algunos dias, y de muchos encuentros parciales, se retiró primero á Landav, y despues detras del rio Lauter, tomando posicion en las famosas lineas de Weissemberg. Mentz quedó entregado entonces á sus propios re-

Marzo 24.

Marzo 31.

(1) Jom., III., 151

cursos con un gran tren de artilleria pesada, y una guarnicion de veinte mil hombres; mientras que Custine cuyas fuerzas se habian aumentado por las guarniciones de Alsacia, hasta treinta y cinco mil hombres, quedaba á la defensiva en las montañas de los Vosgos, y sus posiciones fortificadas. [1]

Los aliados se prepararon inmediatamente para el sitio de esta gran fortaleza; pero por una inconcebible boberia los soberbios pertrechos de sitio, que estaban en el camino del Austria, fueron enviados á Valenciennes, mientras se trajo de Holanda todo lo que se necesitaba para el sitio de Maguncia; cambio que ocasionó gran lentitud en ambos sitios, y fué en gran manera perjudicial á los ultiores progresos de las armas aliadas. La guarnicion aunque tan numerosa, no estaba abastecida con toda la artilleria indispensable para armar unas obras tan estensas; pero su espíritu era excelente y debia esperarse la mas vigorosa resistencia. Durante los dos primeros meses, se avanzó muy poco en las operaciones, hasta el 17 de Mayo en que se dió contra el ejército sitiado de Custine un ataque general sostenido por cuarenta mil hombres de los cuerpos del Moselle bajo el mando del general Hauchand, pero se combinaron mal los movimientos de las tropas; parte de

Sitio de Maguncia

Mayo 17.

(1) Toul. III, 322, 325. Jom. III, 187, 202, 205.

Los aliados son derrotados en el ataque contra el ejército sitiado.

las cuales se llenó de terror, desgraciándose por esto enteramente el ataque. Después de frustrado este intento, Custine fué removido del mando del ejército del Norte, entonces estrechado severamente por las fuerzas aliadas, cerca de Valenciennes, mientras que las líneas de las fuerzas de Weissemberg quedaban bajo las ordenes de Beauharnois, sin hacer ninguna cosa de importancia hasta el último período de la campaña. [1] La inactividad é irresolución de los aliados en estas operaciones, y la poca ventaja que sacaban de su superioridad numérica, y de la condición desgraciada de sus enemigos, prueban cuan imperiosamente necesitaban un caudillo capaz de dirigir tal contienda.

Entre tanto, las operaciones del sitio largo tiempo diferidas por la tardía llegada de los grandes trenes, fueron al fin comenzadas con actividad. Habiéndose concluido las trincheras de un modo algo regular, se montaron quince baterías el 1º de Julio, y mas de doscientos cañones rompieron un fuego sostenido contra la ciudad, cuya guarnición después de un sitio de dos meses, comenzó á verse seriamente estrechada por la falta de provisiones. El día 16 se prendió fuego á un almacén de forrage, y fué consumido enteramente, viniendo la destruccion de muchos molinos á aumen-

[1] Toul. IV, 15, 16. Jom. III, 209, 213, 225. Hard. II, 257, 258, 259, 298.

tar también las dificultades de los sitiados, quienes encontraban ahora, que su gran número era la principal desgracia con que tenían que luchar. Entonces se convino por esto en una capitulación, por la cual la guarnición se retiraría á alguna parte donde sus servicios pudiesen ser mas útiles á la República, fijándose el 22 Julio para el día de su cumplimiento [1].

Mientras que esto pasaba dentro de la ciudad, el ejército de Beauharnois, urgido por repetidas órdenes de la Convencion, concertaba medidas para libertarse. En los primeros días de Julio, las tropas rompieron por entre las líneas de Weissemberg, y después de varios y tardíos movimientos, el 19 tuvo lugar un ataque general en todas las líneas aliadas y en una extensión de mas de treinta leguas; pero los esfuerzos de los republicanos, débiles y mal conducidos, no produjeron ningun resultado, y además en medio de sus complicados movimientos, Maguncia se rindió el 22. El duque de Brunswick se alegró al encontrarse desembarazado por este acontecimiento, de

una situación que habria sido muy peligrosa con otros adversarios mas atrevidos; se les permitió marchar con sus armas y bagajes, bajo la condición que por el espacio de un año no servirían contra los aliados; estipulación de consecuencias ruinosas para el partido realista, pues que dejaba en libertad á diez y siete mil veteranos, que fueron enviados mas tarde contra los

(1) Jom, III, 235, 239. Hard. II, 299, 310.



insurgentes de la Vendéa. Los republicanos, al encontrar la ciudad tomada, se retiraron en desorden, y ganaron de nuevo las líneas de Weissemburg en tal confusion, que indicaba mas bien una completa derrota, que un movimiento ofensivo é indeciso (1 2).

Mientras se operaban estos acontecimientos sobre el Rhin, la guerra iba adquiriendo gradualmente un carácter mas decisivo en la frontera flamenca. Habiéndose reunido un congreso en Amberes con el objeto de arreglar el plan de campaña, y resueltas al fin las operaciones que se debian proseguir, el contingente británico se reunió á la línea general, y el archiduque Carlos entró triunfante en Bruselas, cuyo pueblo, con la acostumbrada inconstancia de la multitud, le recibió del modo mas lisongero, como lo habia hecho pocos meses antes con los republicanos. Los generales aliados, sin embargo, estaban muy distantes de aprovecharse, ni de las ventajas que se les presentaban con la desercion de Dumouriez, ni del extremo abatimiento del ejército francés; sus fuerzas no se pu-

Se reúne un congreso en Amberes para arreglar la campaña.

(1) Hard. II, 296, 319. Jom. III, 244, 252.

(2) Ya era demasiado manifesto que los prusianos, se inclinaban secretamente hácia los franceses, y que despues de la toma de Maguncia, se retirarian de la contienda tan pronto como les fuese posible. Durante el sitio, se entabló una negociacion para el cange de prisioneros, "entre la República francesa y el rey de Prusia," y tal era la disposicion de los oficiales, que cuando la fortaleza fué tomada, hicieron cantar la Marsellesa en los hoteles donde se alojaban.—Véase á Hardemberg, II, 303, 319.

sieron en movimiento hasta principios de Mayo, antes de lo cual, los franceses se habian recobrado de su consternacion, hasta el punto de presentarse entonces como ofensores. A pesar de disponer Coburgo de un ejército de ciento veinte mil hombres, nada hizo para inquietar la retirada de treinta mil republicanos, que caminaban desordenados y abatidos hácia sus propias fronteras, y por su larga lentitud permitió ademas que fuesen reforzados con numerosas levadas del interior, antes que él intentase proseguir sus triunfos [1].

El 1.º de Mayo el general Dampierre atacó todo el campo sobre la posicion de los aliados; pero los republicanos fueron rechazados á su campamento hasta Famars, con la pérdida de dos mil hombres y una gran cantidad de artillería. El 8 tuvo lugar un combate mas sério. Los franceses atacaron con fuerzas muy inferiores toda la estension de las líneas aliadas, que se estendian nueve leguas; pero en todas partes fueron desgraciados, escepto en el bosque de Vicogne, donde los prusianos fueron arrojados, hasta que la llegada de los guardias ingleses cambió el aspecto de los negocios. Estos bravos cuerpos rechazaron á los franceses con la pérdida de cuatro mil hombres, y restablecieron á los aliados en sus primeras posiciones. En esta accion murió el valiente general Dampierre, y este fué el primer encuentro que hubo entre soldados fran-

Los republicanos se repliegan á Famars.

(1) Hard. II, 246, 251. Jom. III, 147, 149.

ceses é ingleses; poco hicieron sin embargo, si se piensa en la terrible contienda que les aguardaba antes de que fuese concluida á pocas millas del mismo lugar en las llanuras de Waterloo (1).

Estos repetidos desastres convencieron á los republicanos de la necesidad de quedar á la defensiva, y esforzarse tan solo para estorbar el sitio de las grandes ciudades, que habian sido fortificadas para la proteccion de la frontera; pero habiendo los aliados reunido entonces, ochenta mil hombres enfrente de Valenciennes, resolvieron hacer un ataque general contra el campo atrincherado que cubria aquella importante ciudad. El ataque se fijó para el dia 23 siendo conducido por dos grandes columnas, secundadas por varios cuerpos parciales. La primera columna consistia en diez y seis mil hombres al mando del duque de York, la segunda de once mil hombres fué puesta á las órdenes del general Jerrani. Una niebla espesa ocultó primero á los ejércitos enemigos uno de otro, pero poco despues de despuntar el dia, se levantó como una cortina, y descubrió á las tropas republicanas en frente de sus atrincheramientos, y defendidas por una numerosa artillería. Las ingleses bajo el mando de Abercombric, que formaban parte de los cuerpos de Jerrari, avanzaron á lo largo con los alemanes, bajo las órdenes de Walmon-

[1] Jom. III, 160, 163. Ann. Reg. 1793. p. 169. Toul, IV, 6.

den, cruzaron el Rovellet, y á pesar de un fuego vivísimo de la artillería francesa, se apoderaron de algunos reductos del campo.

El duque de York habia tomado tambien en su ataque tres reductos, y todo el ejército aliado acampó cerca de los atrincheramientos. Los franceses entonces resolvieron no aguardar el éxito del asalto del siguiente dia, desocuparon su posicion durante la noche, y se retiraron al famoso campo de Cesar, dejando á Valenciennes entregado á su destino. [1]

Los aliados perdieron en esta ocasion la oportunidad de traer la guerra á un término definitivo. Coburgo tenia ochenta mil hombres en el campo, y los franceses no tenian sino cincuenta mil; si el hubiera proseguido con vigor y se hubiese aprovechado de sus ventajas, podia haber destruido el ejército republicano, y á la cabeza de una fuerza irresistible haber marchado á Paris. Pero en aquel tiempo ni los gabinetes aliados, ni los generales eran capaces de tal resolucion; los primeros solo atendian á la guerra de conquista y adquisicion contra la Francia, en que el gran objeto era asegurarse ventajas para si, y los últimos á una campaña lenta y metódica, ni mas ni menos que si se siguiese en tiempos ordinarios, y contra un gobierno regular. [2]

Los aliados resolvieron inmediatamente sitiar

(1) Toul. IV, 10, 13. Jom. III, 165, 170. Ann. Reg. 1793, p. 169.

(2) Hard, II, 268, 7.

Asalto de Valenciennes y Condé. El ejército de observación, compuesto de treinta mil hombres, acampó cerca de Herinnes, frente á Bauchain, mientras un cuerpo de igual fuerza bajo las ordenes del duque de York, tomaba sobre sí la dirección del sitio. La guarnición que consistía en nueve mil hombres, hizo una brava defensa; pero los sitiadores condujeron sus operaciones con la mas grande actividad. El 14 de Junio abrieron las trincheras, y mas de doscientas cincuenta piezas de pesado calibre con noventa morteros, vomitaron un fuego vigoroso é incesante contra las fortificaciones y la ciudad. Aquella tempestad de fuego fué recibida por los desgraciados habitantes con indomable serenidad, y muchos edificios de la ciudad comenzaron á arder instantaneamente; sin embargo, ellos sufrieron sus desgracias con grande resignacion, hasta que los tormentos del hambre comenzaron á añadirse á los terrores del bombardeo, al mismo tiempo que la aproximacion de los sitiadores, era sostenida por sus operaciones subterranas. Durante todo el mes de Julio, se prosiguieron las minas con la mas grande actividad, y el 25 tres grandes globos de compresion, estuvieron prontos para encenderse, bajo el camino cubierto, mientras que dos columnas, la primera compuesta de franceses y la segunda de alemanes, estaban preparadas para aprovecharse de la confusion y tomar las ruinas al asalto. A las nueve de la noche los globos reventaron con una espantosa explosion, y las

columnas que debian dar el asalto, se lanzaron adelante dando ruidosos gritos, rompieron las palizadas del camino cubierto, persiguieron á los republicanos en el interior de las obras, donde clavaron los cañones y desalojaron á la guarnición, pero no pudieron poner su campo á cubierto del fuego de la plaza. La mayor parte de las obras exteriores habian sido tomadas, levantando esto hasta el mas alto punto la consternacion de los ciudadanos que tenian á la vista la aproximacion del asalto, la cual fué causa de que el gobernador se viese obligado á capitular el dia 28. La guarnición reducida entonces

Julio 28. Rendición de Valenciennes.

á siete mil hombres despues de haber depuesto las armas, salió con todos los honores de la guerra, y se le permitió retirarse á Francia, á condicion de que no servirian otra vez contra los aliados. Estas tropas como las de Maguncia, fueron empleadas contra los realistas de la Vendea y Toulon, haciendo allí un servicio esencial á las armas republicanas. [1]

Ambas partes condujeron las operaciones de este sitio con grande actividad, y conocimiento, y la artilleria francesa aun sobrepujó á su antigua fama. Los aliados arrojaron contra la ciudad ochenta y cuatro mil balas de cañon, veinte mil granadas y cuarenta y ocho mil bombas. El general gobernador Ferrand fué arrestado y conducido ante el tribunal revolucionario, y si no hu-

(1) Jomini, IV, 171, 174, 181. Toul. IV 42, 43.

biera sido por la intervencion de un comisionado de la Convencion, hubiera perdido su vida en una defensa altamente honrosa en si misma, y la cual al fin fué la salvacion de la Francia, en el tiempo en que se produjo para el completo de los armamentos en el interior. (1) El sitio ó mas bien, bloqueo de Condé, se distinguió menos

13 de Julio.

en notables acontecimientos. Habiendo la guarnicion agotado todos los recursos de subsistencia, capituló pocos dias antes que Valenciennes. A causa de este acontecimiento se hicieron tres mil prisioneros, y se ganó una fortaleza para las armas aliadas. [2]

La capitulacion de estas dos fortalezas manifestó el cambio fatal del objeto y política de la guerra, que se habian convenido en el congreso de Amberes. Toda la Europa estaba en la ansiosa expectativa aguardando el anuncio oficial de las intenciones de los aliados respecto al uso que harian de sus primeras y considerables conquistas, cuando la bandera austriaca plantada sobre las murallas manifestó claramente que estaban decididos á conservarlas como una adquisicion permanente del emperador. Esto se puso fuera de duda con la proclama dada por el príncipe de Coburgo, el siguiente 13 de Julio de 1793, en la cual decia: "Anuncio por la presente proclama, que tomo posesion en el nombre de *Su Magestad Real é Imperial*, y daré seguridad y proteccion á todos los habitantes de los países con-

(1) Jom., III, 181.

(2) Toul., IV, 32.

buistados; declaro al mismo tiempo que no ejercitare el poder que me confiere el *derecho de conquista*, sino para la preservacion de la pública paz, y la proteccion de los individuos. Esto fué seguido inmediatamente por el establecimiento en Condé, de una junta real é imperial, que debia administrar las provincias conquistadas en el nombre del emperador, y la cual comenzó por desposeer á todas las autoridades revolucionarias, restaurando las comunidades religiosas, impidiendo la circulacion de los asignados, y levantando el secuestro de los estados emigrantes. [1]

La manifestacion pública de este cambio desgraciado en los objetos de la guerra, fué el primer rudo golpe que recibió su fortuna, sembrando así las divisiones entre los aliados, al mismo tiempo que unía mas á sus enemigos; la Prusia conoció entonces que la guerra por parte del Austria, habia llegado á ser una contienda de agresion, y concibiendo la mas grande inquietud con tal aumento de poder por parte de su temida rival, resolvió secretamente paralizar las operaciones de sus ejércitos en el momento en que se reconquistaba á Maguncia, el baluarte del Norte de Alemania, pensando igualmente retirarse tan pronto como la decencia se lo permitiese, de una lucha en que el triunfo era mas temible que la derrota. Los emigrados franceses se llenaron de consternacion á la vista de una prueba tan decisiva del intentado despojo de su

(1) Hard., II, 327, 328.

país. MONSIEUR, poco despues Luis VIII, como tutor de su sobrino Luis VII, protestó solemnemente contra el desmembramiento de todos sus dominios: aparecieron carteles en todas las murallas de Bruselas, invitando á todos los franceses para que se uniesen, á fin de salvar á su patria del destino de la Polonia, á cuyo proyecto se sopechaba con razon que Dumouriez no era enteramente extraño; mientras que la Convencion, haciendo el mejor uso de este anuncio de premeditada conquista, lograba inspirar un sentimiento unánime en defensa del país, cosa que ciertamente no habria podido llevar á cabo, si los aliados se hubiesen concretado tan solo á los objetos primordiales de la guerra [1].

Custine removido del ejército del Rhin, fué colocado á últimos de Mayo en el mando del ejército de Flandes. A su llegada al campo de César encontró á los soldados en el mas deplorable estado de desorganizacion, y perdido enteramente el espíritu militar. Una gran porcion de las tropas veteranas habian sido retiradas para el sosten de la guerra de la Vendea, ocupando su lugar jóvenes conscriptos indisciplinados casi totalmente, y que debian desalentarse á la sola vista de los escuadrones enemigos. "Temblaba" para valernos de sus propias palabras "al pensar cuales serian los resultados, si siguiendo el ejemplo de sus predecesores, se adelantaba antes que

(1) Hard., II, 329, 931.

la confianza y la disciplina se restablesiesen entre sus soldados." Su primer cuidado fué, escribir una proclama muy severa, calculada para restaurar la disciplina, y el segundo emplear todas sus fuerzas en reanimar el ánimo de sus tropas. Empero, como era inferior en número á sus contrarios, á pesar de las reiteradas órdenes de la Convencion, no se aventuró á moverse en favor de las plazas sitiadas. Empeñado incessantemente en enseñar á los conscriptos rudimentos de la tactica, prefirió arrostrar el resentimiento del gobierno, mas bien que conducirlos á una muerte evidente y á una derrota segura. Su firmeza en desempeñar este importante pero peligroso deber, fué fatal para él, pero salvó á la Francia, porque así acostumbró á llevar las armas á una soldadesca sin disciplina, y en unas circunstancias de extremo peligro, preservó igualmente el nucleo de un ejército del que dependia la salvacion de la República. Pero impaciente la Convencion por otros triunfos mas espléndidos, y dispuesta á atribuir cualquiera desastre á la falta de los generales, le privó del mando, y le ordenó presentarse en Paris para que respondiese de su conducta, donde poco despues fué entregado al tribunal revolucionario, condenado y ejecutado

Julio 23. con Beauharnois, acusado de mal comportamiento en la época en que se le mandó levantar el sitio de Maguncia, y cuyo nombre, solo los extraordinarios esfuerzos de su viuda han podido salvar del olvido: crueles é injustos

ejemplos que se añaden á los numerosos crímenes del gobierno republicano; pero colocando á sus generales en la alternativa de la victoria ó la muerte, contribuyó á aumentar la impávida energía que condujo á las armas francesas á sus triunfos ulteriores (1).

Las fuerzas del príncipe de Coburgo, reforzadas por los ejércitos sitiadores, ascendían á mas de ochenta mil infantes, y veinte mil caballos, prontos para entrar en acción, fuerza muy superior á las tropas desalentadas y sin esperiencia, á las que debían combatir. El ejército francés, encerrado dentro del campo de César, no pudo manifestamente, ni acamparse á presencia de los aliados, ni aun le fué posible retener largo tiempo su posición fortificada. En los primeros días de Agosto, fueron atacados y arrojados de sus atrincheramientos

con tanta facilidad, que la derrota muy difícilmente podría ser llamada una batalla. Los republicanos corrieron atropelladamente en el momento mismo en que los aliados se presentaron á su vista; fué tan precipitada su fuga, como en la batalla de las Espuelas; ni un tiro se disparó, ni un golpe se habia dado cuando todo el ejército se disolvió. Los aliados, en gran número, se acamparon á ciento sesenta millas de París: quince días de marcha los habrían conducido á sus puertas. Cambray habia sido ya ata-

(1) Jom. III, 182, 184, 185. Hard. II, 343. Toul., IV, 44, 45.

cado, Chateau Cambresis ocupado, campo formado entre Perona y San Quintin, y las tropas ligeras habrían avanzado hasta Perona y Bapoume. La irresolución prevalecía en el ejército francés, el desaliento en la capital, y por todas partes huían las autoridades republicanas. Los generales austriacos, alentados por un éxito tan extraordinario, se preparaban para avanzar y aprovechar su triunfo, antes que el enemigo se recobrase de su consternación; y si lo hubiesen hecho así, ¡cuántos incalculables desastres no se habrían evitado á toda la Europa! Veremos en el capítulo siguiente la deplorable división de intereses que estorbó esta pronta conclusión de la guerra, cuantos motivos tiene la Gran Bretaña, para resentir las mezquinas é interesadas miras que la sugirieron tomar parte en la transacción [1].

Hemos llegado al último punto del triunfo de los aliados. Desde esta época puede contarse una serie de desastres que fueron constantemente en aumento, aunque con grandes vicisitudes de fortuna, hasta que las armas francesas se posesionaron del Kremlin, y hasta que toda la Europa, desde Gibraltar hasta el cabo del Norte, se habia sometido á ellas. Cuáles fueron las causas que levantaron á la República, desde la mas baja abyección hasta el punto mas culminante de la gloria, se considerará en el próximo capítulo.

[1] Hard., II, 248, 249. Toul. IV, 45, 49. Ann. Reg. 1793, 191.

tulo, al mismo tiempo que los acontecimientos que se han narrado, serán un manantial de útil instruccion para el soldado y para el estadista.

1. La primera reflexion que por sí misma se presenta, es, el notable estado de debilidad de la República francesa en el primer periodo de su historia, y la facilidad con que, segun todas las apariencias, se habrian podido aniquilar sus fuerzas con un ataque vigoroso y unánime por parte de los aliados. Sus ejércitos, durante los tres primeros meses de la campaña, fueron derrotados en todas partes; solo una batalla hubo, en que la pérdida de los republicanos no pasó de cuatro mil hombres, ocasionada por falta de los flamencos; las mismas fronteras de Francia fueron invadidas con impunidad, y la barrera de hierro traspasada de una manera á la cual no llegaron ni Malborough ni Eugenio en las campañas ulteriores, y á la cabeza de cien mil hombres. Su ejército en la frontera flamenca, no excedia de treinta mil hombres, y estaban en tal estado de desorganizacion, que por ningun esfuerzo se les podia poner frente al enemigo. "La Convencion, dice Dumouriez, no tenia otro recurso que un ejército desertado del campo de Famars al de César. Si Coburgo hubiese destacado al duque de York para que con la mitad de sus fuerzas atacase el campo de César, el sitio de Valenciennes podia haberse continuado con la otra mitad, y entonces, de esa manera se habria decidido el destino de la Francia [1]."

[1] Dum. IV., 4. Hard., II, 289.

2. Estas consideraciones están calculadas para disipar las ilusiones populares de un pueblo entusiasta solo para resistir los ataques de un ejército poderoso. No obstante el ardor escitado por el brillante resultado de la campaña de 1792, y la conquista de Flandes, los ejércitos republicanos, al principio de la siguiente campaña, estaban en tal estado de relajacion y debilidad, que no fueron capaces de hacer frente en un encuentro á los austriacos, y al último se cerraron en campos atrincherados, por su manifiesta imposibilidad de salir á campaña. El enemigo que los atacaba, no era de ninguna manera formidable, sino por su actividad y disciplina, y sin embargo, siempre triunfó. ¿Cuál habria sido el resultado, si los aliados hubiesen sido conducidos con vigor y conocimiento por un Blucher, un Paskewith ó Wellington? Segun la confesion misma de los republicanos, sus fuerzas habrian sido subdivididas, y el ataque del campo de César habria decidido del destino de la Francia [1].

3. Todo nos manifiesta los ruinosos resultados, que se siguieron de la resolucion tomada en el congreso de Amberes, de convertir la guerra emprendida poco antes para destruir á los jacobinos, en una agresion y conquista contra toda la Francia. Los grandes objetos de la guerra habrian sido, reparar la causa de aquella terrible faccion, de la otra de la monarquía, y unir en bandos voluntarios á los estandartes de los aliados, á los héroes de la Vendea y á los

[1] Dum. IV, 4. Hard. II, 289.

generosos ciudadanos de Lyon. Por aquella resolución del congreso, los separaron para siempre y atrajeron al fin á todos los corazones de la República cordial y sinceramente al rededor de la bandera tricolor. Los subsecuentes desastres de la guerra, las divisiones que paralizaron á las potencias aliadas, la unanimidad que fortificó á los franceses, todo esto puede atribuirse en gran parte á la causa de haberse apartado los aliados de sus primeros principios: además, debe notarse que ya no pudieron encadenar la victoria á sus banderas, hasta que alocionados por el infortunio, renunciaron á su política interesada, y recurrieron en la gran alianza de 1813, al generoso sistema que veinte años antes habian renunciado en Amberes.

4. La importante y larga tregua pasada en los sitios de Valenciennes y Condé, fué utilísima á los franceses; además, la ventaja inmensa que sacaron de las nuevas levadas que recibian, y la reciente organizacion que adquirieron durante aquel importante periodo, es una prueba señalada de la importancia vital con que las fortalezas contribuyen á la defensa nacional. Napoleon no ha vacilado en atribuir la salvacion de la Francia á tres meses ganados de esta manera (1). Debe recordarse constantemente, que los ejércitos republicanos estaban entonces totalmente incapaces de salir al campo, que tras las fortalezas de la frontera no habia ni posesiones defendidas, ni un solo cuerpo para reforzarlas, y que si

[1] Nap., en Las Casas, II, 327.

se les arrojaba de la vecindad, la capital era tomada y la guerra concluida. El triunfo seguido á las invasiones de 1814 y 1815, no es un argumento contra estos principios; la circunstancia de un millon de veteranos mandados por los mas experimentados capitanes, y asaltando á un solo estado, no es una regla, sino una escepcion.

5. La falta de los aliados en no aprovecharse del débil estado de sus adversarios,

Facilidad con que los franceses habrian sido conquistados, si los aliados hubiesen permanecido unidos.

es la prueba mas convincente del erroneo sistema con que entonces condujeron la campaña, y de la ignorancia peculiar, que prevalecia en cuanto al modo de hacer la guerra

á un poder revolucionario. Dividir un grande ejército en una larga cadena de puestos militares, y perder por esto toda ventaja que se saca de la superioridad del número, es generalmente el modo mas débil de conducir las hostilidades, pero obrar así con antagonistas que se encuentran en estado de resolución, es el mayor absurdo del mundo. La pasión predomina entonces en la multitud, y muy pronto se transforma una en otra; el fervor de la ambicion en miedo. Prolongando la contienda, y conduciendo las operaciones bajo un plan metódico y lento, se dió tiempo al complemento de los armamentos revolucionarios, y la consternacion se introducía entre el pueblo por una sucesion de desastres que no cesaban. Repetidas veces durante las primeras operaciones de la guerra, los aliados ganaron considerables ventajas, que proseguidas con inal-

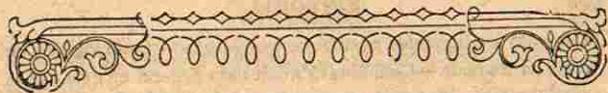
terable energia habrian sido decisivas; pero á menudo las seguia la inaccion, ó la escesaiva cautela las inutilizaba. Los ejércitos nuevos y republicanos, se vuelven soberbios y formidables con la victoria, pero muy pronto tambien los desalienta la derrota; solo á los soldados veteranos pertenece la cualidad de conservar su firmeza en los momentos del desastre, y presentar aun despues de la adversidad, la intrepidez que solo pertenece á la próspera fortuna. Tal sistema de ataque habria convenido mas bien al carácter de la fuerza que lo empleaba; la campaña metódica indispensable á presencia de tropas veteranas, es la peor que se puede adoptar contra los soldados ardientes, pero volubles, que producen los estados en revolucion.

El arreglo militar establecido en 1792 es el tema incesante de elogio de los políticos economistas del dia, y son tambien incesantes los esfuerzos que se hacen para reducir las fuerzas del imperio británico, á aquel arreglo diminuto. El resultado de la primera campaña de 1793, puede demostrar cuan mezquinos son, aun mirados bajo el punto de vista pecuniario, tan ruines proyectos. Si la Gran Bretaña, en lugar de veinte mil hombres, hubiese podido mandar al continente en aquella época, sesenta mil soldados ingleses, ¿cuales no habrian sido los resultados de estos sacrificios? Cuarenta mil ingleses destruyeron en Waterloo la fuerza militar de Napoleon ¿Y cual era el poder militar de la Francia al

Efecto ruinoso de la reduccion del ejército ingles.

principio de la guerra, comparado con el que entonces tenia en sus manos el terrible capitan? ¿Qué habria ganado la Inglaterra si el triunfo de 1815 le hubiese obtenido en 1793? Que el campo de Cesar habria sido el campo de Waterloo. ¿Cuantos cientos de miles ha sido necesario sacrificar, cuantos cientos de millones gastados, antes de conquistar ese campo, que se habria ganado mucho antes y á tan poca costa! Tan cierto es, que una nacion no puede ni aun para su hacienda reducir demasiado su armamento de guerra, que la severa economia en un tiempo la conduce en otro á una escesaiva prodigalidad, y finalmente, que son necesarios años de reputacion deslustrada y de loca prodigalidad, para borrar los resultados de una sola reduccion indebida.





CAPITULO XII.

GUERRA EN LA VENDEA.

SUMARIO.

Origen de la resistencia religiosa en la Vendea á la Revolucion.—Carácter y aspecto del pais.—El Bocage, su aspecto peculiar.—Costumbres de los habitantes y de los propietarios.—Fuertes sentimientos religiosos del pueblo.—Descontentos escitados por la primera severidad desplegada contra los sacerdotes.—Conspiracion anticipada en Bretaña, y frústranse las tentativas de insurreccion.—La conscripcion de trescientos mil hombres ocasiona una insurreccion en todo el pais.—Cincuenta mil hombres se ponen al momento sobre las armas.—Se nombran caudillos.—Se les une Enrique de la Rochejaquelein.—Primeras desgracias y grande actividad en el pais.—Fuertes levas de los paisanos.—Valor entusiasta de éstos; pero á pesar de sus triunfos, rehusan permanecer en sus banderas.—Su modo de dar órdenes en medio de la batalla.—Su humanidad, hasta que fué agotada por los republicanos.—Carácter de Bouchamps.—De Cathelineau.—De Enrique de Larrochejaquelein.—De M. Lescure de D'Elbée.—Steffle y Charrette.—Las fuerzas que mandaban severamente.—Ordenes salvages de la Convencion para extinguir la insurreccion.—Derrota de los republicanos en Touvars,—Ataque de Chatagnenic en Fontenay.—El obispo de Agra.—Grave resultado producido por aquel incidente.—Victoria ganada contra los republicanos en

Fontenay.—Repetidos triunfos de los realistas.—Gran victoria de estos en Saumur.—Cathelineau nombrado general en jefe.—Los realistas derrotados en su ataque contra Nantes.—Muerte de Cathelineau.—D'Elbée es elegido generalísimo.—Se invade el Bocage por todas partes.—Llegada de la guarnición á Maguncia.—Hábiles proyectos de Bouchamps; pero se desechan.—Derrota de los republicanos en Torlou.—Derrota del general Rosignal y de los republicanos en Conen.—Derrota general de la invasión republicana.—Vigorousos esfuerzos del gobierno en Paris.—Ruinosas divisiones entre los realistas.—Nueva invasión de los republicanos.—Los realistas derrotados y M. de Lescure mortalmente herido.—Situación desesperada de los realistas.—Los realistas derrotados en la batalla de Chalet, y D'Elbée y Bouchamps mortalmente heridos.—Humanidad de Bouchamps con cinco mil prisioneros republicanos.—Crueldad atroz de los republicanos.—Terrible paso del Loira.—Los realistas entran en Bretaña.—Batalla del castillo de Gouthier ganada por ellos.—Desesperada situación de los republicanos despues de su derrota.—Muerte de M. de Lescure.—Ataque contra Granville.—Los realistas son rechazados.—Su retirada hácia el Loira.—Derrotan á los republicanos en Pantorson y en Dol.—Sus grandes dificultades á pesar de estas victorias.—Los realistas son rechazados hasta Angers.—Derrotados con gran pérdida en Mons.—Su estado desesperado.—Conducta heroica de Enrique de Larrochejaquelein.—Ultimo viage á Savenay.—Movimientos tardios de los ingleses para sostener á los insurgentes.—Operaciones de Charrete.—Muerte de Larrochejaquelein, y del príncipe de Talmot.—Inauditas crueldades de los republicanos.—Thureau y las columnas infernales.—Ejecuciones en Nantes.—Compañía de Marat.—Carrier.—Matrimonios y bautismos republicanos.—Espantosas escenas en las prisiones.—Aventura de Agata de Larrochejaquelein y Madama Bouchamps.—Crueldad de los tenderos en las ciudades.—Heróica benevolencia del paisanage del país.—Reflexiones sobre los triunfos extraordinarios de los vendeanos, y causas de sus desastres.—La guerra de la Vendea compromete finalmente á la revolución contra la religion.

La Revolucion francesa fué una insurrección, no solo contra el gobierno y las instituciones, sino tambien contra las opiniones y contra las

creencias de los primeros tiempos. Introducida por una inundacion de escepticismo é infidelidad, fué seguida de una crueldad sin ejemplo contra los ministros de la religion; condujo al natural trastorno de toda especie de devoción, y destruyó tambien la enseñanza religiosa de una generacion, ignorante hasta de los primeros elementos de la fé cristiana. Cuando los soldados franceses se acercaron á la cuna de su religion, cuando miraron el Monte Carmelo y Nazareth, cuando visitaron el lugar del Nacimiento de Cristo, y consideraron desde lejos sus sufrimientos, ninguno de aquellos santos nombres les inspiraron ni siquiera una emocion; ellos los consideraban tan solo como aldeas sirias, que no estaban unidas á la historia ni á la tradicion por ningun recuerdo interesante. Los descendientes de Godofredo de Bouillon y de Raimundo de Tolosa, de aquellos que perecieron en el servicio del Santo Sepulcro, miraron con indiferencia los lugares de la gloria de los cruzados, y aquellos nombres que sus padres habrian escuchado menos de emocion, los consideraban tan solo como la morada de tribus bárbaras (1).

Pero no era natural, no estaba en las miras de la Providencia el que esta prodigiosa revolucion se efectuase sin una lucha, ó que una nacion olvidase por algun tiempo la fé cristiana, sin que tuviese lugar una contienda más desesperada que la que podia dimanar de los mas

(1) Lac. I, 362.

caros intereses de la vida presente. Según esto, pues, se levantó una guerra, y se señaló de tal modo con circunstancias de una atrocidad mas terrible que bajo el mismo reinado del terror, ó el gobierno de Robespierre. Ella comenzó, no entre la dignidad del rango ó el lustre de las cortes, no entre los hombres distinguidos por sus laces ó dichosos por su fortuna, sino entre los sencillos habitantes de una provincia lejana; entre aquellos que menos habian ganado por las antiguas instituciones, y que mas peligraron para restaurarlas. Mientras que la nobleza de Francia hnia cobardemente á la primera apariéncia de peligro, mientras que las mas altas órdenes del clero traicionaban su religion por su pusilanimidad, ó la deshonoraban por su disolucion, la dignidad del patriotismo, la sublimidad de la elevacion aparecian en medio de la simplicidad de la vida de los campos; y los paisanos de la Vendea daban un ejemplo de heroismo que podia avergonzar muy bien á sus superiores, por las innumerables ventajas de fortuna que tan mal aplicaban, ó por las grandes oportunidades que habian descuidado. Asi fue tambien como los mas grandes ejemplos de deber religioso se encontraron en los primeros siglos del cristianismo; y mientras que la luz de la razon era incapaz de detener á sus triunfantes sectarios, con sus excesos inauditos que manchaban con sangre los esfuerzos de la libertad, la tierra de los pastores y los pobres ignorantes de la Vendea, llevaban las tentaciones de la victoria sin soberbia, y la prueba de los reveses sin desaliento.

El distrito inmortalizado por el nombre de la Vendea, abraza una parte del Poitu de Anjou y del condado de Nantes, habiendo sido ahora dividido en cuatro departamentos, á saber: El Bajo Loira, Maine y Loira, Dos Sevres y la Vendea. Desde Nantes hasta Angers está limitado al Norte por el Loira; el mar al Occidente; al Sud, el camino de Niort á Fontenay, Lucen y las Arenas de Olone; al Oriente está dividido por una linea que pasa por Brissac, Thauars, Partenay y Niort. Este espacio comprende todo lo que propiamente era llamado la Vendea, con una poblacion de 800,000 almas [1]; el Loira separa este distrito de aquel que despues llegó á ser tan afamado por las guerras de Chouau. Este pais se diferencia de cualquiera otro de Francia, tanto por su aspecto exterior, como por las costumbres de sus habitantes componiéndose en su mayor parte de colinas bajas que no estan unidas por ninguna cadena de montañas, si no por las suaves ondulaciones de la superficie del pais, llena por lo general. Los valles son estrechos y poco profundos, y en su centro corren arroyuelos que se deslizan con suave descenso hácia el Loira ó hasta el Oceano vecino; grandes rocas de granito se levantan á intervalos sobre las alturas, y se asemejan á ruinas feudales en medio de un bosque de vegetacion. En las orillas del Sevre, la escena toma un caracter mas grandioso; alli los arroyos corren en profun-

(1) Guerres des Vend. I, 10, Beauc. I, Th. IV, 185 et seq.

dos lechos de roca, entre los magníficos bosques que se levantan orgullosamente, pero en los distritos que limitan el Loira, los descensos son mas suaves, y estensos valles recompensan los afanes del labrador (1).

El Bocage, como su nombre lo manifiesta, está cubierto de árboles; es verdad que por ninguna parte se presentan en grandes masas, pero rodean los pequeños vallados en los cuales está dividido el país. La pequeñez de las haciendas, la gran subdivisión de la propiedad territorial y la abundancia del ganado de labranza, ha hecho universal la costumbre de cerrar cada campo por pequeño que sea, con vallados dominados de hermosos árboles; cuyas ramas se cortan cada cinco años para leña de los habitantes. Se levantan pocas cosechas, pues la población se sostiene particularmente de la venta de su ganado ó del producto de las pasturas; el paisaje solo en el otoño está salpicado á intervalos, por manchas amarillas, que brillan por entre el follage que las rodea, ó por los racimos de las cepas que cuelgan desde las alturas pedregosas. [2]

El aire en esta region es puro, las haciendas pequeñas, y las casas de estas estan sombreadas por encinas seculares, enseñando á trechos la exuberancia de su follage del modo mas pintoresco y encantador. Allí no hay ni rios nave-

(1) Larroch, 31, 32. Beauch. I, 8.
 (2) Guerres des Vend. I, 16. Larroch. 32. Beauch. I, 8. Th. IV, 165, 166.

gables, ni canales, ni grandes carreteras, ni ciudades. Encerrado cada labrador en su sombría habitacion, cultiva su pequeño campo, separado así mismo, del lujo, de la ambicion y de las seducciones del mundo. [1]

La parte de la Vendea, que el Oceano limita hacia el sud del distrito, y que antiguamente cubria con sus olas, se llama el Marais, y tuvo una parte muy señalada en aquella memorable contienda; es un lugar perfectamente plano, é impregnado en gran parte, con pantanos salitrosos que jamas puede secar el calor del sol. Este país húmedo está interceptado por innumerables canales que se comunican unos con otros, y sembrados de sauces, de alisos, de chopos y de otros árboles de tremedal, cuyo exuberante follage sombrea frecuentemente los pequeños vallados. Jamas se ve á los paisanos sin un largo bordon en sus manos, con los cuales saltan sobre los canales y pantanos con sorprendente agilidad. Nada, por otra parte, es mas sencillo que las costumbres de los habitantes; un mismo techo cubre á toda una familia, mientras que sus vacas y corderos comen en sus pequeñas posesiones; el principal alimento del pueblo consiste en leche y pescado, el cual recogen en grandes cantidades, en los canales con que su tierra se halla interceptada. El silencioso y desierto aspecto de estas moradas apartadas, el sombrío tinte del paisaje, y el pálido color de los habitantes, prestan al país un aire melancólico; pero

(1) Beauch. I, 9.

aun al pasar tan solo, se experimenta en medio de esa tristeza, cierto sentimiento que tiene algo de sublime, (1) y en ninguna parte de Francia ha dado el pueblo mas grandes pruebas de un carácter elevado y entusiasta.

Solo hay una grande carretera que atraviesa el distrito desde Nantes á la Rochela; otra que hay desde Tours á Burdeos, y que pasa por Poitiers, está separada de ésta, habiendo entre ellas nada menos que treinta leguas de espacio, y en donde no se encuentran sino caminos de travesia.

Estos caminos estan cortados en el monte, como entre dos hileras de árboles, cuyas ramas se enlazan frecuentemente sobre la cabeza del viajero, mientras que en el invierno, ó en el tiempo de las lluvias, llegan á convertirse en lechos de otros tantos arroyos; ademas, muy á menudo estan interceptados unos con otros, y es tal la uniformidad general del pais, y la falta de toda señal distintiva, que los mismos naturales se pierden frecuentemente, si se aventuran dos ó tres leguas mas allá de su residencia ordinaria. [2]

Esta configuracion particular del pais ofrece los mas grandes obstáculos á un ejército invasor. "Esta tierra, dice el general Kleber, es un laberinto obscuro y sin límites, en el cual es imposible caminnar con seguridad, ni aun con

(1) Beauch. I, 6, 7.

(2) Larroch. 34. Guerres des Vend. I, 16. Th. IV, 166, 167.

las mas grandes precauciones. En el momento que dejeis la gran calzada os vereis obligado á cruzar una série de reductos y atrincheramientos naturales para buscar un camino, y cuando lo encontréis, será regularmente un estrecho desfiladero, no solo impracticable para artillería, sino tambien para los carros de la mas pequeña clase que acompañan á un ejército; los caminos reales no tienen otra ventaja á este respecto, que su mayor anchura, porque por todas partes están cerrados por la misma especie de cercados; es casi imposible desplegar en línea ó divisar á vuestro enemigo, hasta que os veis asaltado por su fuego [1].

En el pais no hay, ni grandes manufacturas, ni ciudades; la tierra se cultiva por medieros que dividen el producto con los propietarios, y es raro encontrar una hacienda que produzca al propietario 25 libras esterlinas al año. La venta de ganado constituye casi toda la riqueza del pais; los castillos magníficos son bien pocos; las propiedades son igualmente de muy moderada estension; los poseedores de las tierras residen todos en ellas, y sus costumbres son en extremo sencillas. El lujo y los vicios de Paris no han penetrado jamás en el Bocaje; el solo lujo de los propietarios, consiste en rústicos banquetes, pero abundantes, y su sola diversion, la caza, en la cual son muy experimentados. Los hábitos de los caballeros los hacen exelentes tiradores y capaces de sufrir las fatigas sin molestia: las

(1) Kleber, Men. 19. Guerres des Vend. I, 18. TOM. II. 44

señoras viajan á caballo ó en carros tirados por bueyes (1).

Pero lo que mas distinguía á este sencillo distrito, del resto de la Francia, y lo que era tambien mas digno de observacion bajo el punto de vista político, eran las relaciones desconocidas en otras partes que subsistian allí entre los propietarios y los arrendadores de las tierras. El propietario no solo vivia, sino que tambien estaba constantemente empeñado en relaciones de mutuo interes, ó de bondadosa afeccion con los que cultivaban sus tierras. Visitaba los campos, conversaba con sus arrendadores acerca del ganado, asistia á sus matrimonios y á sus bautismos, se alegraba con ellos y simpatizaba con sus lágrimas. En los dias de fiesta los jóvenes de ambos sexos bailaban en el castillo, y las señoras tomaban parte en la alegría general: apenas se señalaba el dia para una caza de Jabali ó de Lobo, cuando se invitaba al paisanage de las haciendas vecinas á participar de la batida; cada uno tomaba su fusil, acudia con gozo al punto que se le señalaba, y poco despues acompañaban á sus señores al campo de batalla con el mismo placer con que los habian seguido á esas escenas de fiesta y de alegría [2].

Estas costumbres unidas á la natural bondad de corazon, hacian de los habitantes del Bocage un pueblo exelente, y no debe sorprender que

(1) Larroch, 31. Lac. IX, 11, 12. Th. IV, 166.

(2) Larroch. 35. Beauch. I, 17, 18.

mientras el paisanage de otras partes de Francia se revolucionaba contra sus señores, los de la Vendea, perecieron casi todos combatiendo con ellos contra la revolucion. Eran piadosos, caritativos y hospitalarios, llenos de valor y de energía, con sentimientos puros y costumbres incorruptibles; raras veces habia un pleito entre ellos y casi nunca se osó hablar de un crimen. Su carácter era una mezcla de valor salvaje y de sumiso afecto hácia sus benefactores; al mismo tiempo que hablaban con familiaridad á sus señores, les conservaban en su corazon el mas ilimitado afecto [1]. Su temperamento los inclinaba mas bien á la melancolia, pero, como los hombres de este carácter, eran capaces de los sentimientos mas exaltados. Lentos y metódicos en sus costumbres, estaban poco inclinados á adoptar los sentimientos revolucionarios que se habian estendido por la mayor parte de los opulentos distritos de la Francia; una vez impresionados de cualquiera verdad, seguian invariablemente el camino que consideraban recto, sin mirar ni sus consecuencias, ni las calamidades del triunfo que pudiese seguirse. Aislados en medio de sus bosques, vivian solos con sus hijos y su ganado; su conversacion, sus diversiones, sus cantos, todo participaba de la vida rural; gobernados por hábitos antiguos, detestaban toda clase de innovacion, y en política ó religion, no conocian otros principios; que temer á Dios y honrar al rey [2].

(1) Larroch. 35. Guerres des Vend. I, 24. Th. IV, 166.

(2) Beauch. I, 14, 15.

Como puede esperarse de tales costumbres, la religion egercia sobre este pueblo sencillo, un dominio sin límites. Ellos miraban con filial veneracion á los pastores de su aldea, cuyos hábitos y benevolencia les hacian una imagen fiel de los sacerdotes de la primitiva iglesia; por lo que respecta á éstos, pocas veces mudaban de rebaño ni por riqueza ni por instruccion, ni por otra posicion mejor; simpatizaban con sus sentimientos, partian sus alegrías y mitigaban sus tristezas. A toda hora se les encontraba consolando á la humanidad, bien fuese junto á la cuna del niño, al lado del hombre, ó en el lecho de muerte del anciano; se les miraba como los mejores amigos de esta vida, y como á los que debian dar la felicidad futura. Los revolucionarios los acusaban de fanatismo, y sin duda habia cierta dosis de supersticion mezclada á su creencia, como debe suceder en todo pueblo en los primeros principios de la sociedad; pero esa supersticion era de naturaleza tan tierna y santa, que era mas bien una bendicion que una desgracia para aquellos que sentian su influencia; y mientras que el fanatismo político de la revolucion conducia á los suyos á inauditas atrocidades, el fanatismo religioso de la Venda estrechaba con mas fuerza los lazos de la moral, ó ensanchaba la esfera de la caridad cristiana. [1]

Cuando la revolucion estalló en 1789, los ha-

(1) Larroch. 35. Th. IV, 165. Guerres des Vend. I, 29, 31. Lac. IX, 9, 13.

bitantes de este distrito no se distinguieron por ninguna oposicion particular á sus dogmas. Los que vivian en las ciudades, eran, asi en ellas como en otras partes, ardientes sostenedores del nuevo orden de cosas; y aunque los habitantes del Bocage se sintiesen poco dispuestos á cualquiera cambio que tendiese á turbar la tranquilidad de su vida rural, sin embargo, se sometieron á todas las ordenes de la asamblea, y tan solo mostraron su afecto por sus antiguos amos, eligiendolos para todos los cargos de confianza de que podian disponer. En vano las autoridades revolucionarias los urgian para que egerciesen los privilegios con que la nueva constitucion los habia investido, la corriente se precipitaba con tanta fuerza á favor de los antiguos propietarios, que todos sus esfuerzos fueron infructuosos. Cuando se formó la guardia nacional, buscaron á los señores en todas las parroquias, para que fuesen sus oficiales; cuando se debian elegir regidores, ellos eran nombrados al punto para aquella dignidad. Cuando se mandó sacar de las iglesias las sillas de la nobleza, el pueblo rehusó egercutarlo, y todos los esfuerzos de los revolucionarios, cual el agua arrojada de las montañas, tan solo trajo un aumento de poder á los depositarios de la antigua autoridad; un ejemplo memorable de la bondadosa afeccion que necesariamente se aumentaba entre un cuerpo de propietarios territoriales y los arrendadores de sus estados, y finalmente una prueba decisiva del triunfante dique, que se podia haber opues-

to á la furia revolucionaria, si en otras partes de la Francia hubiese existido en los propietarios la misma bondadosa conducta que produjo allí, una tan grande recompensa por parte de los arrendadores. [1]

Las violentas medidas de la asamblea contra el clero fué lo primero que despertó las simpatías de los arrendadores rurales. Cuando el pueblo del Bocage vió á sus antiguos pastores que habian sido arrancados de su propia cuna, educados entre ellos y á quienes estaban unidos por tantos lazos de gratitud y de afecto; cuando los vió separados de su seno porque rehusaron hacer los juramentos revolucionarios, y sus lugares ocupados por un nuevo plantel de maestros, imbuidos de diferentes dogmas, extranjeros en el pais é ignorantes de su dialecto, entonces, su indignacion no conoció ya límites. Cesaron de concurrir á las iglesias en donde se habia instalado el clero intruso, y llenos de fervor, se reunieron en las soledades y en los bosques, en donde el clero desterrado enseñaba siempre á su fiel y contristado rebaño. El nuevo cura de la parroquia de Echaubrognies, se vió obligado á abandonar su casa por haber experimentado la imposibilidad de proveerse de fuego ó provisiones, y esto en una parroquia de cuatro mil almas. Estos colericos sentimientos condujeron á muchas contiendas, entre las

[1] Larroch. 26. Th. IV. 167. Guerres des Vend. I, 145. Lac. XI, 14. Beau. I, 17, 25.

guardias nacionales de las ciudades ó la gendarmeria, y el paisanage, en las cuales el pueblo sufría severamente; viniendo además, el heroismo de los prisioneros en sus últimos momentos á aumentar la lealtad y el entusiasmo del pueblo. [1]

Estas causas produjeron en Febrero de 1790, una séria insurreccion en el Morbihan, cerca de Vannes; pero los labradores aunque muchos miles en número, fueron dispersados con grande carniceria, por la guardia nacional; las crueldades ejercitadas en esta vez, aterraron tanto á los indignados habitantes, que los redujeron á la sumision. Otra rebelion estalló en Mayo de 1791 ocasionada por las crueldades ejercidas contra el clero fiel, y el heroismo de los paisanos que fueron entregados á la muerte, manifestaron la profundidad del entusiasmo religioso de que se habian apoderado sus almas. "Entregaos" gritaban muchos republicanos á caballo, á un paisano del bajo Poitou, que se defendia solo y con una orquilla, "volvedme á mi Dios" esclamaba él, y cayó así, acribillado por veinte y dos heridas. [2]

Durante el verano de 1792, los caballeros de Bretaña, entraron en una liga estensa con el objeto de librar al pais del yugo opresivo que hacian pesar sobre él los demagogos de Paris. A

(1) Larroch. 38, 39. Guerres des Vend. I, 65. Lac. IX, 12, 13.

(2) Beauch. I, 26, 28.

su cabeza estaba el marqués de la Rouarie, uno de aquellos hombres notables, que en medio de los tempestuosos días de una revolución, saben elevarse á grande altura, porque poseen la conciencia de su saber para dirigir su olas formositas. Ardiente, impetuoso y entusiasta, se había distinguido primero en la guerra americana cuando la intrepidez de su conducta le atrajo la admiración de las tropas republicanas, habiéndole hecho esas mismas cualidades un ardiente apoyo de la revolución francesa; pero cuando comenzaron las atrocidades del pueblo, entonces con igual calor abrazó la causa opuesta, y empleó todas sus fuerzas para levantar á la nobleza de Bretaña contra el yugo plebeyo que les había impuesto la asamblea nacional. Sometió su plan al conde de Artois, habiéndolo organizado con tal estension, que habría sido formidable para la República si la retirada del duque de Brunswick en Setiembre de 1792, no hubiese abatido á todo el occidente de la Francia, pronto entonces á estallar en una abierta insurrección. Si el plan hubiese continuado, él habría conseguido empeñar en la causa, no solo á toda la Bretaña, sino también á la mayor parte de los caballeros de la Vendea, cuando su muerte, ocasionada por un parasismo de dolor por la ejecución de Luis, vino á detenerle en medio de sus proyectos, muy adelantados ya; pérdida irreparable para el partido realista, pues le privaba así de las ventajas que habrían resultado de las operaciones simultáneas y concertadas so-

bre ambas orillas del Loira. La conspiración fué descubierta despues de su muerte, y doce de los mas nobles caballeros perecieron en el mismo día, en el espacio de trece minutos y bajo la misma guillotina. Todos ellos se portaron con el valor mas grande, rehusando la ayuda del clero constitucional, y despues de haberse abrazado tiernamente al pié del cadalso, murieron esclamando: *Vive le Roy*. Una jóven señorita bella y noble, llamada Angela Dessilles, fué condenada por equivocacion en lugar de su cuñada por la cual fué tomada, y rehusando que se descubriese el error, murió llena de serenidad, víctima de un afecto heroico [1].

Semejantes crueldades, escitaron la mas grande indignacion entre todos los realistas del occidente de Francia, y estos sentimientos, reprimidos con dificultad durante el invierno de 1792, estallaron en abierta rebelion á consecuencia de la leva de 300,000 hombres, ordenada por la Convencion en Febrero de 1792. Las tentativas para llevar á cabo esta peligrosa medida, ocasionó una resistencia general que estalló sin plan concertado y al mismo tiempo en todo el pais. Los principales puntos de la revolución, fueron, San Florentino en Anjou, y Challons en el bajo Poitou; en el primero de estos lugares, la juventud, capitaneada por Santiago Cathelineau, derrotó un destacamento republicano, al que se había encargado llevar á cabo el decreto

Marzo 10 de 1793.
La conscripcion de
300,000 hombres
ocasiona una in-
surreccion.

(1) Ibid. I, 34, 63, 70.

de la Convencion, apoderándose al mismo tiempo de una pieza de artillería. Habiendo este célebre caudillo tenido noticia de la revolucion de San Florentino, se conmovió fuertemente por la narracion que le hicieron, y dirigiéndose á cinco paisanos que le rodeaban “Nos arruinarán, exclamó, si permanecemos en la inaccion, nuestra tierra será despedazada por la República, y así no nos queda otro recurso sino tomar las armas.” Todos seis se pusieron entonces en camino entre las lágrimas de sus mugeres é hijos, y comenzaron sin miedo una guerra, tan poderosa, que los reyes de Europa no pudieron subyugar (1).

Pocos dias despues, la insurreccion tomó un carácter mas sério en Chalet, al Marzo 14. cual atacaron muchos miles de paisanos armados. Los republicanos opusieron una vigorosa resistencia; pero fueron al fin dominados, por el número y la resolucion de los insurgentes. Un incidente manifestó de una manera singular en aquella ocasion el nuevo carácter de la guerra. En la línea de retirada que seguian los republicanos, colocaron una imagen crucificada de Nuestro Salvador, y esto detuvo el progreso de la victoria; conforme caminaban los paisanos por aquel santo parage, antes de proseguir se arrodillaban y oraban con las manos levantadas. Esto continuó aun bajo el sostenido fuego de los nacionales; los paisanos se ar-

(1) Lac. XI, 47. Guerres des Vend. I, 67, 72. Beauchamps, 89, 90.

rodillaban á veinticinco pasos del enemigo, y presentando sus senos desnudos al fuego mortífero, manifestaban así que la muerte les era agradable por una causa tan santa. Cuando se apoderaban de una ciudad, en lugar de entregarse al pillage ó á los escesos de cualquiera otra especie, se dirigian en masa á las iglesias para dar gracias á Dios, y se contentaban con las provisiones que voluntariamente les traian los habitantes. Por todas partes la insurreccion tenia el mismo carácter; las infamias cometidas contra el clero eran las causas que la escitaban, y una mezcla de corage y devocion su carácter peculiar. En pocos dias, se pusieron cincuenta mil hombres tomaron cincuenta mil hombres en las armas. abierta insurreccion en los cuatro departamentos de la Vendea; pero á la aproximacion de la Pasena, todos los habitantes se resolvieron á sus casas para celebrar sus devociones; de manera, que una columna republicana destacada de Angers, atravesó todo el pais sin encontrar en el camino ni oposicion, ni enemigos [1].

Quando se concluyeron las fiestas de Pascua, los paisanos se reunieron de nuevo, pero entonces sentian ya la necesidad de tener algunos caudillos del mas alto rango para que dirigiesen sus movimientos, y fueron á los castillos para pedir á los caballeros que habian quedado en el pais, que se pusiesen á su cabeza. No aguarda-

(1) Larroch. 49. Jom. III, 390. Beauch. I, 95, 97, 102. Th. IV, 171, 172. Guerres des Vend. I, 74, 676.

ron mucho tiempo la respuesta. Nombran caudillos. M. de Lescure, de Larrochejaquelein, Bonchamps, Stofflet, D'Elbée, se pusieron á la cabeza del paisanage sobre el que tenian la mas grande influencia. Mientras que el valiente Chatelineau, aunque nada mas que un carretero, habia ya ganado la confianza de los paisanos por sus triunfantes hazañas, siendo elegido por esto general en gefe; otros nombres inmortalizados desde mucho antes por la fama, adquiririan tan solo un nuevo lustre, y brillaban con una luz mas pura por los sufrimientos y los reveces que precedieron á su caida. A la par que los paisanos de las parroquias vecinas se reunian bajo el mando de Enrique de Larrochejaquelein. Enrique de Larrochejaquelein. memorables palabras. "Amigos míos, si mi padre estuviese aquí, el seria digno de vuestra confianza; pero yo tambien por mi valor espero ser digno de mandaros: si avanzo, seguidme; matadme si retrocedo, y si caigo, vengadme." Los paisanos respondieron entusiasmados, pero sus armas y equipo estaban muy lejos de corresponder al espíritu que los animaba. La mayor parte de ellos no tenian otras armas que guadañas, picas y bordones; entre tantos miles de hombres apenas se encontraban doscientos fusiles, y todas sus municiones se reducian á sesenta libras de pólvora de la que se usa para volar rocas y las cuales habian sido encontradas en las manos de un minero; por el conocimiento é

intrepidez de su gefe suplieron sin embargo, aquella falta. El los condujo al dia siguiente á Aubiers á fin de atraer un destacamento, y colocándolos detrás de los vallados, lanzó un fuego tan mortífero sobre el enemigo, que vaciló al fin; al mismo instante se lanzó á la cabeza de los mas resueltos, y los rechazó del campo con la pérdida de dos piezas de cañon [1].

La Venda llegó á ser muy pronto el teatro de innumerables encuentros, en los que la táctica y los triunfos de los insurgentes fueron casi siempre los mismos. Un inconcebible grado de actividad se estendió inmediatamente por todo el pais; los hombres ó se encontraban en la insurreccion ó estaban activamente ocupados en la manufactura de armas; los pastores convertian sus pacíficas cabañas en obrages; nada se oia sino los golpes del martillo ó el ruido de los preparativos guerreros; los instrumentos de labranza se transformaban groseramente en armas ofensivas; hechas para el sustento de la vida, llegaron á convertirse en terribles instrumentos para su destruccion. Tampoco descuidaban al mismo tiempo la agricultura; las mugeres y los niños estaban encargados de ella; pero si la fortuna les era adversa y se acercaban las columnas republicanas, entonces ellos tambien abandonaban sus casas, y corrian al campo de batalla, para estimular el corage de sus maridos, res-

(1) Larroch. 66, 67. Jomb. III, 370. Beauch. 41. Beauch. I, 41.

tañar su sangre ó escudarlos de la persecucion de sus enemigos [1].

El modo de pelear proseguido por esta muchedumbre valiente, pero resuelta, es-

Manera de pelear de los paisanos. taba admirablemente adaptado al

espíritu que los animaba, y á la naturaleza peculiar de la tierra en que se disputaba la contienda. Su táctica consistía en barricar los numerosos vallados con los cuales estaba cercado el campo y permanecer ocultos, hasta que los republicanos abrigados por sus fuerzas se adelantaban briosamente; entonces abrían un fuego por todas partes, pero con tan mortífera certeza, que una gran parte de los enemigos generalmente caían abatidos á la primera descarga. Este rudo modo de hacer la guerra continuaba hasta que las filas republicanas comenzaban á entrar en confusión; en cada instante saltaban instantaneamente de sus parapetos, dando gritos tremendos, y capitaneados por sus gefes se lanzaban sobre la artillería. Los mas bravos se adelantaban, y con los ojos clavados en las bocas de los cañones, se abatían sobre la tierra en el momento en que veían el fogonazo; cuando la metralla habia silvado sobre sus cabezas, se levantaban de nuevo, y con la rapidez del relampago se lanzaban sobre las baterías, en donde los artilleros, si es que no habian huido, eran despedazados á bayonetazos contra los cañones. [2]

[1] Beauch. 43. Jom. III, 390.

[2] Beauch. 43. Beauch. I, 187. Larroch. 68. Jom. III, 391.

En estas expediciones, siempre los gefes marchaban adelante, y esto no era solo el resultado de un alocado corage, sino meditado y necesario. Los habitantes de la Vendea estaban en aquel estado de sociedad, en que la supremacia se adquiere por el atrevimiento personal; además el soldado no tiene confianza en los gefes que no son los primeros en dar el ejemplo de grandes hazañas. (1) Aunque los habitantes de la Vendea tomaron las armas por la causa real, siempre prevaleció entre sus filas la mas completa confusión de rangos. Nobles y plebeyos, ricos y pobres, todos al principio de la guerra participaban de la misma ignorancia en el arte militar; jamás se reclutaban soldados, y solo un número muy limitado de entre ellos, estaban acostumbrados á las armas de fuego. En esta estremidad, la elección de los soldados pertenecía necesariamente á los mas intrépidos ó experimentados de entre ellos, sin que les inquietase en nada ni la superioridad ni la posición: un paisano valiente, el tendero de una aldea, era el camarada del caballero: llevaban la misma vida, estaban interesados en los mismos objetos, y participaban de los mismos peligros. La distinción del nacimiento, el orgullo de la descendencia, y hasta las sombras del talento particular, todo se olvidaba en la grandeza del peligro presente. Al principio de la lucha, existían algunas diferencias de opinión entre los realistas, pero pronto las hicieron desaparecer las atrocidades repu-

[1] Larroch. 66. Beauch. I, 186, 187.

blicanas. Los hombres inteligentes ó experimentados de cualquiera clase que fuesen, eran los oficiales, poco les importaba el como; los paisanos mismos se afiliaban insensiblemente bajo sus ordenes, y se mantenian en la obediencia tanto tiempo, cuanto aquellos se mostrasen dignos de mandarlos. [1]

En el principio era casi imposible para los republicanos resistir esta fuerza irregular, que peleaba en una tierra semejante, y animada por un espíritu tan entusiasta. En los primeros encuentros habia una diferencia prodigiosa entre sus pérdidas y las de sus enemigos: esparcidos los paisanos en filas sencillas por entre los vallados, hacian fuego como á un blanco seguro contra sus enemigos, quienes ó estaban formados en columnas, ó en filas demasiado espesas, y cuyo fuego se estrellaba tan solo contra moras verdes, por entre las cuales se distinguian apenas las figuras de los realistas. Cansados y desconcertados los republicanos por aquel fuego mortifero, raras veces podian resistir el choque terrible que se seguia, cuando los realistas con gritos atronadores y espada en mano, se lanzaban de sus escondrijos sobre las filas ya muy claras de sus enemigos; entonces la derrota era mas sangrienta que la accion. Rotos y dispersos, huian por en medio de una tierra montuosa é impenetrable, cayendo asi en las manos de los pocos labriegos, que aun quedaban en las aldeas, y quienes se reunian con alegria para

[1] Larroch. 99, 100, 101. Beauch. I, 185, 186.

completar la destruccion de sus enemigos. Por otra parte, cuando los realistas eran derrotados, inmediatamente se dispersaban, saltaban por entre las cercas, y volvian á sus casas sin que los vencedores pudiesen alcanzarlos. Ningun reves era capaz de abatirlos, y por el contrario, se reunian armados con nuevas esperanzas, y á pocos momentos marchaban al campo cantando alegremente. "*Vive le Roi quand même.*" [1]

Cuando se fijaba un dia para cualquiera expedicion, entonces se tocaba la campana de la aldea señalada para punto de reunion del paisanage, y los campanarios vecinos repetian la señal; los labradores abandonaban sus casas si era de noche, y sus arados, si de dia; colocaban el fusil sobre sus hombros, ataban á su cuerpo el cinto atestado de cartuchos, amarraban su pañuelo bajo el sombrero de ancha falda que sombreaba sus tostados rostros, oraban un instante á Dios, y alegremente acudian al lugar señalado, con una completa confianza en la proteccion del cielo, y en la justicia de su causa. Allí encontraban á los gefes que les manifestaban la naturaleza y el objeto de la expedicion en que se debian emplear; y si era el ataque de una columna enemiga, el camino que debia seguirse, el punto del ataque, y finalmente, la hora y modo como debia hacerse; los grupos se dispersaban al instante, pero los hombres marchaban de nuevo á sus filas; cada uno aparecia en el punto que se le señalaba, y muy presto cada árbol, cada arbusto, cada

(1) Larroch., 69, 70. Beauch., I., 184, 188, 190.

penacho de retama que desembocaba al camino, ocultaba á un paisano que mientras que con una mano se apoyaba en la planta, sostenia con la otra su mosquete, velando cual una fiera salvaje, sin hacer un movimiento, sin respirar siquiera (1).

Entre tanto que las columnas del enemigo avanzaban precedidas por una nube de batidores y tropas ligeras, á las que se mandaba adelantarse sin vacilar contra el enemigo oculto, velaban ellos; pero cuando la division estaba empuñada toda ella en el desfiladero y tan avanzada que no pudiese retroceder, entonces se oia repentinamente el maullido de un gato, que se repetia por toda la línea, como una señal de que cada uno estaba en su puesto. Si respondian del mismo modo, se oia repentinamente una voz humana que ordenaba el ataque, é instantáneamente una rociada de muerte se desprendia de cada árbol, de cada vallado, de cada montecillo, y una lluvia de balas caia sobre los soldados, sin que pudiesen ver al enemigo que los mataba; los muertos y los heridos caian al centro del camino, y si la columna no se confundia inmediatamente, si se oia la voz del oficial que dominando el ruido del fuego, mandaba avanzar por entre los cercados que los ocultaban, entonces los paisanos retrocedian tras del próximo cercado, y desde aquella muralla salia un fuego vivísimo como el que los habia abatido en el desfiladero. Si este segundo cercado era tomado, de la mis-

(2) Desmoueveent. La Vendéa, 30.

ma manera, tres, cuatro, diez, veinte trincheras de igual clase les ofrecian su amparo para protegerlos en aquella retirada sangrienta porque todo el pais estaba subdividido de esta manera, y por todas partes ofrecia un asilo á sus hijos y una tumba á sus enemigos [1].

Empero la gran causa de los primeros y asombrosos triunfos de la Vendea, fué su valor entusiasta é indomable.

Los republicanos estaban compuestos en su mayor parte de guardias nacionales y voluntarios que aun cuando mucho mejor armados, equipados y disciplinados que sus enemigos, tambien estaban destituidos del espíritu ardiente y devoto que animaba á los insurgentes. Los primeros marchaban al campo, pero no por un sentimiento natural, sino por el terror de los requerimientos y las medidas sanguinarias de la Convencion; los últimos peleaban al lado de sus vecinos y señores en la defensa de sus esposas, de sus hijas y de su religion. Los unos obraban para obedecer las órdenes de un poder desconocido pero terrible, que habia despedazado la libertad en cuyo nombre se les mandaba, mientras que los otros cedian á sus movimientos hereditarios de lealtad, y combatiendo por su salvacion, se creian seguros del paraiso [2].

Si los gefes de la Vendea hubiesen tenido so-

[1] Ibid., 31.

[2] Guerres des Vend., I., 55. Laroch., 70. Beauch., I., 185. 189.

bre sus tropas la misma autoridad que los comandantes de soldados regulares, podrian haber marchado á Paris, y obrado de modo que todas las fuerzas reunidas habrian sido insuficientes para resistirlos. Empero sus triunfos mas grandes se paralizaban por la imposibilidad de retener á los soldados en sus banderas por algun tiempo considerable. Jamas el mon-

Rehusan permanecer en sus banderas, aun despues de sus triunfos.

to de todas las fuerzas se reunia, sino por tres ó cuatro dias, y no tan presto se ganaba ó se perdía la batalla, cuando la expedicion triunfante ó derrotada volvía á sus casas; los gefes quedaban solos entonces con algunos desertores ó extranjeros que no tenian hogar á donde volver, y todas las ventajas de los primeros triunfos se perdian por falta de medios para proseguirlos. Sin embargo, el ejército se formaba de nuevo con la misma prontitud que se disolvía: despachábanse mensajeros á todas las parroquias, la campana sonaba, y los paisanos se reunian en sus iglesias parroquiales, en donde se les leía el requisitorio, que generalmente estaba concebido en estos términos: "En el santo nombre de Dios, y por mandato del rey, se invita á esta parroquia á mandar tantos hombres como sea posible, á tal lugar, á tal hora, y con provisiones para tantos dias." La orden era obedecida con alegría, y la sola emulacion de los paisanos era, quién llegaría primero á la expedicion; cada soldado llevaba consigo cierta cantidad de pan, y tambien los generales proveian algunos almacenes. El trigo

y ganado necesario para la subsistencia del ejército, eran dados voluntariamente por los caballeros y principales propietarios; ó tomados por requerimiento de las haciendas de los emigrados; ademas, como las tropas no permanecian juntas por largo tiempo, jamas se experimentó ninguna falta de provisiones. Las aldeas se disputaban el privilegio de enviar carros para el servicio del ejército, y las jóvenes aldeanas corrian á las iglesias ó á la orilla del camino para abastecer de provisiones á los soldados, ó para orar por el triunfo de su causa (1).

El ejército no tenia ni carros ligeros, ni carretas; las tiendas de campaña eran totalmente desconocidas; pero en recompensa, los hospitales estaban regularizados con especial cuidado; todos los heridos, ya fuesen realistas, ya republicanos, eran trasportados á San Lorenzo en el Sevrés, donde las Hermanas de la Caridad y los religiosos que se habian consagrado á estos actos de beneficencia, corrian de todas partes á la escena del dolor para mitigar sus sufrimientos. Jamas se pudo conseguir que estableciesen patrullas, ó que tomasen cualquiera otra clase de precauciones, contra la sorpresa como se acostumbra en tropas regulares, y estas faltas no solo les espusieron á frecuentes reveses, sino que hacia infructuosos sus mas grandes triunfos. Los soldados marchaban generalmente de cuatro en fon lo, y los oficiales á la cabeza, siendo los úni-

[1] Laroch., 101, 102. Journ., III., 390, 391, 397. Th., IV., 174. Beauch., I., 184. Cuerres des Vend., I., 98.

cos que se acostumbraban á su posicion; tenian pocos dragones, y su caballería, que jamas escedió de novecientos hombres, iba casi toda ella montada en caballos tomados á los republicanos [1].

Cuando las tropas estaban reunidas, se dividian en diferentes columnas á fin de atacar los puntos señalados por los generales. Las órdenes que se daban eran: tal comandante á tal camino, ¿Quién lo sigue? Llegados al punto de ataque se daban las órdenes del mismo modo:—avanzad hácia aquella casa, hácia aquel árbol, saltad aquel vallado;—estas eran las solas órdenes que se daban; ni amenazas ni promesas de recompensas podian inducirlos á marchar adelante como batidores; cuando aquel deber era de todo punto necesario, los oficiales se veian obligados á tomarlo sobre sí. Los paisanos jamás iban á la batalla sin haber orado primero, y generalmente hacian la señal de la cruz antes de disparar sus mosquetes; estandartes tenian muy pocos, y solo se desplegaban en ocasiones solemnes; pero no tan pronto se ganaba la victoria, cuando los amontonaban en un carro junto con los tambores, y volvian á sus aldeas con cantos de triunfo (2).

Cuando comenzaba la batalla, se oia el ruido de la mosqueteria y del cañon; las mugeres, los niños y los ancianos, corrian á las iglesias ó se arrodillaban en los campos para implorar el

(1) Beauch., I., 185. 186. Larroche., 103.

(2) Larroche., 104. Jom., III., 390, 391.

triunfo de sus armas. Puede decirse que en tales ocasiones no habia sino un solo pensamiento, un solo deseo en todos los corazones de la Vendea, y cada uno aguardaba en oracion el éxito de una lucha, del que dependia su destino [1].

Como la insurreccion emanó de un sentimiento predominante, sin plan acertado, se guió del mismo modo sin objeto conocido, ni la menor mezcla de ambicion personal, y aun mucho despues que sus grandes victorias habian inspirado á los mas desconfiados la esperanza de contribuir de un modo mas poderoso al triunfo de la restauracion de la monarquía, los deseos de los insurgentes eran sin embargo de la clase mas moderada. Que el rey visitase siquiera una vez su apartado país, que en memoria de la guerra se les permitiese colocar una bandera blanca en lo alto de sus campanarios, que se les concediese contribuir con un destacamento para la guardia real del soberano, y se llevasen á efecto algunos antiguos proyectos para la mejora de los caminos y la navegacion de los rios; hé aquí, todo lo que constituia los deseos de aquellos cuyo valor habia casi llevado á cabo la restauracion de la monarquía (2).

Los primeros triunfos de los habitantes de la Vendea y su valor entusiasta no extinguieron la humanidad, que su natural y la influencia de la religion habian nutrido en sus senos. Las atrocidades de los republicanos en las pos-

Su humanidad, hasta que fué agotada por los republicanos.

(1) Larroche., 104.

(2) Ibid., 104, 105.

teriores campanas de la guerra, la vista de sus aldeas incendiadas, y sus mugeres é hijos asesinados, introdujeron entre ellos un deseo insaciable de venganza; pero en los primeros meses de contienda, su dulzura era tan tierna como admirable su valor. Cuando entraban por asalto en las ciudades, ni robaban á los habitantes, ni les exigian contribuciones ni rescates; frecuentemente se les veia tiritar de frio ó casi perecer de hambre, y esto en medio de plazas abundantemente provistas de comestibles y provisiones (1). “En la casa en que me alojaba en Bressuire, dice Mad. de Larrochejaquelein, habia algunos soldados que estaban lamentándose de no tener tabaco. Pregunté entonces sino lo habia en la ciudad; mucho, replicaron, pero no tenemos dinero para comprarlo. Al pié de nuestros balcones se ocasionó una querella entre dos hombres á caballo, y habiendo herido ligeramente uno de ellos á su antagonista, este le desarmó é iba á concluir con él, cuando Mad. de Larrochejaquelein exclamó desde sus ventanas: “Jesucristo perdonó á sus asesinos, y un soldado del ejército cristiano está á punto de matar á un camarada.” El hombre avergonzado arrojó su sable y abrazó á su enemigo (2).” Estas tiernas escenas ocurrían en una ciudad recientemente tomada por asalto, ocupada al mismo tiempo por veinte mil insurgentes, y muy particularmente odiada por los realistas, á causa de

(1) Ibid. 90. (1) Bauch. I, 163, 164. Guerres des Vend. I, 69.
(1) Ibid. 91. Tom. II

las crueldades que sus guardias nacionales habian ejecutado contra el paisanage.

“En esta ciudad, añade aquella senora, me sorprendió el ver á los soldados en la tarde, rezando arrodillados conmigo y en mi misma casa, mientras que las calles estaban llenas igualmente de paisanos que oraban devotamente. Cuando concluamos, me llevaban á ver su canon favorito llamado Maria Juana, primer trofeo conquistado de las tropas republicanas, quienes despues de haberlo tomado de nuevo, habian vuelto á perderle; le habian adornado con cintas y flores, y le abrazaban con lágrimas de gozo.” Cuando Thouars fué tomado por asalto, se encontraba en la mas grande consternacion, como que aguardaban un terrible desquite por la matanza egercida contra los realistas en aquella misma ciudad, en el mes de Agosto anterior. ¡Cual no seria su asombro al ver á los soldados, que en lugar de asesinar ó cometer otros actos de crueldad, corrian á los altares de las iglesias á dar gracias á Dios, por el triunfo con que habia bendecido sus armas, habiendo tratado hasta á la misma guarnicion con la mayor humanidad. Doce solamente fueron los detenidos de cada departamento, y nada mas que como en rehenes, y el resto sin cambio ni rescate fué despedido á sus casas. [1]

Solo en un distrito, que manchaba la insurreccion con las mas espantosas atrocidades, en los pantanos del bajo Poitou, se vió á los pai-

(1) Bauch. I, 163, 164. Guerres des Vend. I, 69.
Tom. II 46

sanos apoderados de una sed irresistible de venganza, á consecuencia de las crueldades que los republicanos ejercieran contra los gefes realistas, durante la insurreccion del verano anterior. Machecoult fué tomado mientras Charrette estaba ausente, y bajo la influencia de las terribles noticias de las crueldades republicanas cometidas en Nantes y en Paris, una muchedumbre furiosa arrancó á los prisioneros, y mas de ochenta republicanos perecieron en un solo dia. Cerca de quinientos republicanos cayeron víctimas de la rabia de un consejo realista, á la cabeza del cual estaba un desgraciado llamado Sauchu, que poco despues enarbó su verdadera bandera uniendose á los republicanos, pero cayó víctima de la justa indignacion de las viudas de aquellos á quienes habia asesinado. [] Charrette á su vuelta se horrorizó de estas atrocidades, y conociendo que su autoridad militar no estaba perfectamente establecida para estorbarlas, recurrió al clero para que le ayudase con sus esfuerzos. Este inventó un milagro en la tumba de un santo, á fin de influir en la imaginacion del pueblo, y mientras estaban arrodillados al pie del altar, los conjuraban en nombre del Dios de paz, á no matar jamas sino en el momento del combate. Charrette prohibió al mismo tiempo bajo pena de muerte que se matase en su ejército á ningun prisionero, y en su misma casa ocultó á muchos zelosos republicanos, cuyas cabezas eran pedidas á gritos por sus soldados. A

(1) Beauch. I, 123, 124, 129. Th. IV, 172.

causa de estos medios se detuvo la crueldad que habia comenzado á manchar la causa real en el Bajo Poitou, verdadera respuesta cristiana á los salvages decretos de la Convencion, que ordenaban que todo insurgente tomado con las armas en la mano, Marzo 19 de 1793. fuese entregado á la muerte sin misericordia en el término de veinticuatro horas. [1]

M. de Bonchamps, gefe del ejército de Anjou, fué el mas distinguido de los caudillos realistas. Al valor heroico de los otros capitanes, reunia consumados talentos militares, y una elocuencia que le daba al mismo tiempo un dominio ilimitado sobre sus soldados. Si él hubiese vivido, el destino de la guerra habria sido probablemente muy diferente, y la expedicion del otro lado del Loira que condujo á tan desastrosos resultados, el principio de los mas esplendidos triunfos. Caballero en su porte, humano en su conducta, afable en su trato, era adorado por sus soldados que eran á la vez los mas experimentados y mejor disciplinados de las tropas vendeanas. En medio de los horrores de una guerra civil, y entre las disensiones de los gefes rivales, era enemigo de la intriga; libre de ambicion personal, estaba encargado de un mando debido solo á sus méritos particulares. Su carácter puede apreciarse por las palabras que dirigió á su jóven y triste esposa, en el momento en que se puso á la cabeza de su ejército. "Llama todo tu valor,

(1) Pieces Just, núm. 10. Beauch. I, 116, 123.

redobla tu paciencia y resignacion, que bastante necesidad tendras de ejercitar estas virtudes. No debemos engañarnos á nosotros mismos, ni esperar recompensa en este mundo por lo que aun nos resta que sufrir. Cuanto se pudiese ofrecer, seria siempre muy inferior á la pureza de nuestras razones y á la santidad de nuestra causa. Veremos nuestras casas incendiadas, seremos saqueados, proscriptos, ultrajados, calumniados, quizá asesinados. Demos pues, gracias á Dios por habernos permitido entrever lo peor, para que redoblando el mérito de nuestras acciones, podamos aguardar antes que se cumpla el vaticinio, la recompensa que espera á los que son valerosos en la adversidad y constantes en el sufrimiento. Levantemos nuestros ojos y nuestros pensamientos hácia el cielo: allí es donde encontraremos un guía que no puede estraviarnos, una fuerza que no puede quebrantarse, y una recompensa eterna por estos dolores transitorios. (1)

Chatelineau, plebeyo de nacimiento y carretero por profesion, fué el primero de los gefes que adquirió la confianza ilimitada de los soldados. A una inteligencia extraordinaria y á la mas esquisita sagacidad, reunia una elocuencia nerviosa, admirablemente calculada para influir en los soldados. Tenia treinta y cuatro años; era de carácter humilde, modesto y retirado; tenia tal reputacion

(1) Beauch. 25. Beauch. I, 98. Jom. III, 392. Th. IV, 176. Larroch. 93.

de piadoso y recto, que los paisanos le llamaban el santo de Anjou, y le buscaban ardientemente para colocarse á su lado en la batalla, creyendo como imposible que pudiesen ser heridos aquellos que estaban al lado de un hombre tan irreprehensible. (1)

Enrique de Larrochejaquelein, hijo del marques del mismo nombre, era el caudillo de todas las parroquias que estaban situadas al rededor de Chatillon. Habiendo rehusado seguir la corriente general de la emigracion, marchó por el contrario á Paris, á fin de apoyar la monarquia constitucional, y cuando la revolucion del 10 de Agosto trastornó el trono, volvió á la Vendea exclamando: "Me retiro á mi provincia, pero muy pronto oireis hablar de mi." No obstante que aun era jóven, adquirió la confianza de los soldados por su indomable corage y por su frialdad en medio del combate, lo que le ganó el sobrenombre de el intrepido. Le echaban en cara que llevado de su ardor natural se avanzaba demasiado en la pelea, olvidando al general por el soldado; frecuentemente antes de rendir á uno le ofrecia la libertad si queria aceptar un combate singular. Los consejos de guerra ó los deberes del general fatigaban su carácter ligero, y comunmente se adormecia despues de dar su opinion respondiendo á las reconveniones de sus camaradas: "¿Por qué os empeñais en hacerme general?" Yo, tan solo deseo ser un husar y

[1] Larroch. 95. Beauch, I, 91, 92.

tener el placer de batirme." No obstante esta pasión por el peligro, era un hombre lleno de dulzura y humanidad, y cuando el combate había concluido, no había ninguno mas generoso con los vencidos.

A pesar de haber desempeñado los mas eminentes servicios, formaba para sí los mas humildes deseos. "Si nosotros colocásemos al rey en el trono, decia, espero que me dará el mando de un regimiento de húsares." Hizo los mas grandes servicios en la guerra, y en el periodo mas crítico, fué elegido general en jefe por unanimidad. Despues de innumerables y heróicas acciones, cayó en una obscura escaramuza, y fué enterrado en el cementerio de Saint Aubin. "Una casualidad, dice el historiador, ha cubierto su tumba como así mismo la de su hermano Luis, con la flor de Aquiles, que jamás ha florecido sobre restos mas dignos del nombre que lleva (1)."

M. de Lescure el primo é íntimo amigo de Larrochejaquelein, se distinguia de él por un valor de un carácter totalmente diferente: frio, intrépido y sagaz, era no menos atrevido que su alegre camarada; pero ese valor resultaba de la reflexión y de la conciencia de su deber. Sus opiniones eran mucho mas consideradas por sus conocimientos de fortificación y de táctica; pero cierta dósis de obstinacio disminuia el peso

(1) Genoude. 47. Beauch. 41. Larroch. 96, 98. Jom. III, 393.

de sus consejos. Su humanidad era angélica; durante toda aquella terrible contienda, en la cual los generales así como los soldados peleaban personalmente con sus enemigos, ni uno siquiera cayó por su propia mano, y aun en los peores tiempos, cuando las crueldades de los republicanos habian encolerizado á los hombres de mas suave natural, él trabajaba incesantemente para salvar las vidas de los prisioneros. Sábio, estudioso y meditabundo, se había prescripto á si mismo, á la edad de diez y ocho años, la mas severa economía para pagar las deudas de la estravagancia de su padre, y no fué sino á los veinticinco años, siendo ya padre de familia, cuando otros mas dulces sentimientos suavizaron la natural austeridad de su carácter. Su jóven esposa, hija única del marqués de Donnissan, y rica heredera, reunia á una belleza imponderable é infinitas gracias, un valor no comun entre las personas de su sexo. La única ocasion en que á él se le oyó jurar, fué cuando sus indignos soldados mataron junto á él á un prisionero á quien habia desarmado en el acto de disparar un mosquete contra su pecho; el número de vidas que salvó durante la guerra, es incalculable, y entre todos los gefes de aquella memorable lucha, él tan solo es el único que puede decirse con verdad, que jamás manchó su gloria con sangre humana [1].

En el grande ejército, como se llamaba al de

(1) Larroch. 97. Beauch. 47. Beauch. I, 147.

la Vendea, el principal gefe era M. De D'Elbée. D'Elbée, sajón de origen, pero naturalizado en Francia. Cuarenta años tenia cuando comenzó la contienda; era entusiasta, devoto y supersticioso; pero su mérito principal consistia en una inalterable frialdad en el peligro, que rivalizaba con la del mismo Mariscal Ney. Su devocion era sincera, pero conociendo como Cromwell, que esta era la palanca mas poderosa para mover á los paisanos, llevó ésta hasta el último punto. Adquirió por su extraordinaria virtud un poder ilimitado sobre sus soldados, y justificó esta confianza por sus grandes conocimientos militares, por lo que al fin fué nombrado general en gefe, puesto que desempeñó con gran firmeza durante una época de ruinas y desastres (1).

Stoffle nacido en la Alsacia, y guarda de profesion, se distinguió desde muy temprano por su consagracion á la causa real, mandando algunos de los principales cuerpos del ejército; atrevido por carácter, áspero en sus maneras, jamas adquirió como los gefes nobles el amor de los soldados; pero su carácter exterior é indomable severidad, le hacian obedecerle sin réplica mas que á ningun otro caudillo, siendo sus servicios á causa de esto mismo, altamente valorizados por los generales realistas [2]. Activo, inteligente y valiente, era

[1] Jo. n. III, 392. Thuereau. Men. 92. Beauch. I, 97. Th. IV, 176.

[2] Larroch. 95. Jom. III, 394. Beauch. I, 95.

mas bien un experimentado guerrillero que un general, y cuando la muerte de los otros gefes le abrió el camino al mando supremo, su ambicion y envidia contribuyeron mucho á la ruina de la causa comun.

Charrete, el último de este illustre bando, alcanzó el último y mas grande periodo de esta lucha, en un momento en que la guerra habia llegado á ser una contienda de puestos. El fué primero teniente de marina; era de constitucion débil, pero los hábitos de la caza, á la cual era apasionadamente afecto, y en cuyo ejercicio se quedaba por meses enteros en los bosques, fortificaron su cuerpo á tal extremo, que le hicieron capaz de sufrir las mas grandes fatigas, al mismo tiempo que le relacionaron con los moradores y con el pais, teniendo de esta manera frecuentes ocasiones de atravesarlo. A causa de que desconfiaba del triunfo por la debilidad de los medios, rehusó por algunos dias capitanear al paisanage que le rogaba se pusiese á su cabeza; pero cuando cedió al fin, mostró al instante la decision de su carácter, exigiendo de ellos una sumision instantánea á sus órdenes órdenes, y su espíritu devoto le hizo jurar sobre los Evangelios en el altar mayor de la iglesia de Machecoult, fidelidad á la causa de Dios y del trono; su corage era sin limites; su firmeza invencible, sus recursos infinitos; y largo tiempo despues que en otras muchas partes habian ya desesperado de la con-

tienda, él, en los pantanos y bosques de la Baja Vendea, sostenía una lucha desesperada. Tal era el terror que inspiraban sus hazañas, que cuando estaba á la cabeza de catorce de sus camaradas tan solo, la Convencion le ofreció un millon de francos si queria retirarse á Inglaterra; pero rehusó noblemente el cohecho y con aquella fuerza tan pequeña, prefirió mas bien luchar contra un poder al cual los reyes de Europa se apresuraban á someterre (1) Entregado por último á sus enemigos, se sometió á su destino con una firmeza sin igual, y su glorioso de nombre dejó de ser el último y mas temible de los gefes vendeanos á *capite*. Las tropas que mandaban estos gefes, estaban separadas en tres divisiones. El primero, ó sea el ejército de Anjou, bajo las órdenes de Bouchamps, estaba compuesto de doce mil hombres, y destinado á combatir á los republicanos por el lado de Angers. El segundo, llamado el grande ejército, al mando de D'Elbée, ascendía á veinte mil hombres, y en algunas ocasiones importantes, podia levantarse al doble de aquel monto. El tercero llamado el ejército de Marais, obedecia las órdenes de Charrette, y en una época tambien llegó hasta veinte mil combatientes. Además de estos, un cuerpo de doce mil hombres, estaba estacionado en Montaigut, para abservar la guarnicion de Lucon, y muchos destacamentos pe-

Las fuerzas que mandaban separadamente.

(1) Th. IV, 195. And. VIII, 216. Beauch. I, 105, 106. Larroch. 415.

queños que ascendian en todo á tres mil hombres, guardaban las comunicaciones entre los grandes cuerpos [1].

Las primeras medidas de la Convencion para ahogar la rebelion, se señalaron por el sangriento espíritu que desde mucho antes habia caracterizado sus procedimientos. Al primer aviso de rebelion, ordenaron á los soldados republicanos que esterminasen hombres, mugeres, niños, animales y vegetacion. Enviaron contra ellos á las infames bandas de marseleses, quienes á su llegada á Bressuire esclamaron inmediatamente que debian comenzar por dar muerte á los prisioneros; y rodeando la prision, mataron á once paisanos que pocos dias antes se habian tomado en sus camas como sospechosos de convenio con los insurgentes. El destino de estos valientes que fueron despedazados á sablazos mientras que de rodillas oraban á Dios, esclamando al mismo tiempo: *Vive le Roi*, escitó un entusiasmo general entre los habitantes. "Es penoso, decian los comisionados republicanos, verse obligados á proceder á las estremidades, pero no pueden evitarse, mientras exista el fanatismo de estos paisanos, de quienes no hay un solo ejemplo que hayan abandonado á sus señores; debemos quemar los vallados y los bosques, diezmar á los habitantes, enviar el resto al interior de la Francia, y poblar la tierra de colonos patriotas [1]."

[1] Jom. III, 388. Larroch. 92. Th. IV, 175, 176.

(2) Beauch. 22, 71, 72, 73.

Estas atrocidades no eran solo la obra de los comandantes generales. Un solemne decreto de la Convencion les mandó proceder con un rigor inaudito contra los insurgentes. Por esta ley sanguinaria, "todas las personas que hubiesen tomado alguna parte en la rebelion; eran declaradas *hors de loi*, y en consecuencia privadas de los procedimientos de un jurado, y de todos los privilegios acordados á las personas acusadas; si eran tomados con las armas en la mano, una comision militar debia mandarlos fusilar en el término de veinticuatro horas, sin mas procedimientos que la acusacion de un solo testigo; aquellos que hubiesen tomado alguna parte en la insurreccion aun cuando no hubiesen tomado las armas, estarian sujetos al mismo procedimiento y castigo. Todos los sacerdotes y nobles con sus familias y criados, debian sufrir la misma sentencia. La pena de muerte tendria lugar en todo caso despues de la confiscacion de bienes, y del mismo modo se procederia con los muertos en la guerra, una vez confrontado el cadáver por los jueces criminales [1]."

Los realistas, al principio de la guerra, por el contrario, en ninguna circunstancia recurrieron á medidas de represalias, á escepcion de Mache-coult, en donde despues de la insurreccion, como ya lo hemos dicho, y antes que Charrette asumiese el mando, ejercitaron las mas atroces crueldades. Estas atrocidades, á las que el ejército de la Vendea propiamente dicho, era estra-

(1) Decree. March. 19, 2793. Beaucl. I, 367.

ño, y las mismas que Charrette reprimió con severidad cuando asumió el mando, hicieron un mal incalculable á la causa realista, por el horror que inspiraron á las ciudades vecinas [1]. No solo impidió esto que la opulenta ciudad de Nantes se uniese á la insurreccion, sino que en el ataque de Cathelineau produjo una terrible resistencia por parte de los habitantes, siendo esto causa del primero y mas grande de sus reveses.

Empero los republicanos conocieron muy pronto que debian luchar con un enemigo mas formidable, que los indefensos prisioneros con quienes tantas y tan grandes crueldades habian egercido en Paris. La primera expedicion de importancia emprendida por los realistas, fué contra Thouars, ocupada por el general Queteneau con una division de siete mil hombres. Una gran parte de los paisanos se batian por la primera vez, pero su corage suplía la disciplina y la esperiencia. Despues de un fuego nutrido, la municion de los realistas comenzó á faltar; entonces M. Lescure arrancando el fusil de las manos de un soldado, descendió de las alturas en que las tropas estaban apostadas, é incitando á los soldados para que lo siguiesen, se lanzó sobre el puente que conducia á la ciudad; una espantosa descarga de metralla y de mosquetaria detuvo á los mas arrojados de los que le seguian, permaneciendo solo entre las nubes del

(1) Larroch. 481.

humo; volvió á sus compañeros exortándolos á seguirle y de nuevo tentó el peligroso paso; pero quedó solo otra vez, y sus vestidos acribillados á balazos. En este instante Enrique de Larrochejaquelein, se adelantó con Foret y un simple paisano, á fin de acompañar á su heroico camarada; todos cuatro se arrojaron sobre el puente acompañados por los soldados que ya entonces siguieron sus pasos muy de cerca, y asaltaron y tomaron las barricadas, mientras que Beauchamps, que habia descubierto un vado á poca distancia, destruía un cuerpo de guardia nacional que defendía este y los arrojaba á la espalda de la ciudad. Sus viejas murallas no pudieron resistir por mucho tiempo la furia de los vencedores; Enrique de Larrochejaquelein subiendo en los hombros de un soldado, alcanzó á lo alto de la muralla, ayudó al mas atrevido de los suyos, y un instante despues habian tomado la ciudad. Seis mil prisioneros, doce cañones y veinte cajas de municion, cayeron en manos de los vencedores. La ciudad aunque afecta de corazon á los republicanos, y manchada ademas con la matanza de los realistas en Agosto anterior, sin embargo no sufrió ninguno de aquellos horrores que son consiguientes á una plaza tomada por asalto. Los paisanos corrían en masa á las iglesias para dar gracias á Dios, y se divertían entre ellos quemando el árbol de la libertad y los papeles de la municipalidad [1].

[1] Jom. III, 394. Larroch. 108, 112. Beauch. 27, 28. Beauch. I, 161, 163.

Alentados los vendeanos por este triunfo, avanzaron contra Chataignerie, el cual estaba guarnecido por cuatro mil republicanos, pero fué tomado despues de un ataque vigoroso, y la guarnicion despues de haber sufrido algunas pérdidas, se replegó con mucha dificultad á Fontenay. Los realistas le siguieron hasta este lugar, pero las fuerzas del ejército se habian disminuido mucho al adelantarse; grandes masas de paisanos se volvian á cultivar sus campos y á colocar á sus familias en seguridad: de manera que cuando el ejército llegó á la vista de Fontenay, apenas podían contarse unos diez mil combatientes.

15 de Mayo. Ataque de Chataignerie y Fontenay. Con esta fuerza asaltaron la ciudad, pero aunque M. de Lescure y Larrochejaquelein penetraron en los arrabales, los realistas fueron derrotados por todas partes con la pérdida de veinticuatro piezas de artillería, incluyendo entre ellas la celebre Maria Juana, objeto de tanta veneracion para ellos: el ala victoriosa no pudo retirarse tampoco de la plaza sino con mucha dificultad. [1]

Este primer golpe espació la mas profunda consternacion en todo el ejército. Habian perdido á Maria Juana, su cañon favorito, y no les quedaban sino seis piezas de artillería tan solo: habianse agotado tambien las municiones, cada soldado no tenia sino un cartucho por mosquete; y desalentados empezaron á volverse á sus

[1] Jom. III, 395. Larroch. 116, 117. Beauch. I, 171, 173.

aldeas. En esta estremidad solo la firmeza de los gefes restauró la fortuna de la guerra, é instantaneamente tomaron su determinacion. Replegaronse sobre Chataignerie, hablaron con dulzura á los paisanos, diciendoles que aquel reves era un castigo del cielo por algunos desordenes cometidos por las tropas, y enviaron ordenes á los sacerdotes del interior para que les mandasen sin dilacion toda la fuerza disponible de las parroquias. [1]

Un incidente inspirado contribuyó en esta circunstancia de una manera poderosa á dar un nuevo aspecto á la causa de los realistas. Un abate que habia sido tomado por los republicanos, pudo fugarse á los insurgentes á quienes dijo que era el obispo de Agra

habiendo hecho la casualidad que llegase a Chitill el dia mismo de la derrota.

Grande resultado
provenido de este
acontecimiento. Alegres los paisanos por tener entre ellos un obispo, corrieron en masa á unirse al ejército, llenos de confianza y cantando salmos, con el fin de recibir al mismo tiempo su bendicion. Treinta y cinco mil hombres se reunieron al momento, y los gefes realistas no perdieron tiempo en aprovecharse de su entusiasmo para reparar su desastre. Bonchamps mandaba el ala derecha, Chatelineau el centro y D'Elbée la izquierda, mientras que Enrique Larrochejaquelein conducia la pequeña pero valiente caballeria. Al dia siguiente volvieron á Fontenay, donde los republicanos en número de diez

[1] Larroch. 119. Lac. XI, 26. Beauch. I, 173.

mil con cuarenta piezas de artilleria, salieron á esperarlos fuera de la ciudad. El ejército realista recibió la absolucion de rodillas, y M. de Lescure les dirigió estas palabras: "Avancemos, hijos míos, no tenemos pólvora ni podemos tomar los cañones sino con nuestros palos, y sin embargo debemos rescatar á Maria Juana: ella será el premio de los que sean mas ligeros entre nosotros." Los paisanos contestaron con gritos de entusiasmo: pero cuando se acercaron á los cañones republicanos, lo terrible del fuego hizo vacilar á los mas valientes. A esto, M. de Lescure, avanzó mas de treinta pasos adelante de los suyos, y parandose directamente en frente de las baterias de seis piezas, que vomitaban la metralla con la mas espantosa violencia, se quitó allí el sombrero al mismo tiempo que gritaba *vive le Roy*; entonces volvió lentamente hacia sus tropas. Sus vestidos estaban acribillados, sus botas hechas trizas, sus espuelas habian desaparecido, y sin embargo su cuerpo no tenia ni tan siquiera una herida. "Amigos míos, dijo él, ya veis que los Azules no saben hacer fuego." Esto decidió á los soldados, que se lanzaron adelante con la violencia de un torrente; pero antes de que llegasen á la bateria, una nueva causa vino á detenerlos en su marcha; percibieron una cruz en una altura, y todos los soldados cayeron arrodillados bajo el fuego mismo de los cañones. Un oficial les mandaba levantarse: "dejadlos rogar á Dios" dijo Lescure, "que no por eso se

Victoria ganada
contra los republi-
cianos en Fontenay.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

batirán menos." Efectivamente un instante despues, los soldados se levantaron armados de sus bordones, y con sus mosquetes empuñados por la boca á guisa de hachas, se lanzaron hasta la bateria con tal resolucion, que los artilleros abandonaron sus cañones, y corrieron atropelladamente á la ciudad.

Entretanto M. de Bouchamps, que con mucha destreza habia dispuesto su ala derecha en una línea oblicua, se adelantó con los suyos, y rompió á cincuenta pasos un fuego tan mortífero, que los republicanos de aquella parte huyeron todos, completando así la victoria. Vencidos y vencedores entraron en la ciudad, capitaneados por Lescure, que fué el primero que pasó sus puertas. No bien se halló dentro, cuando empleó todos sus esfuerzos en salvar á los vencidos, exclamando incesantemente: "Deponed las armas, cuartel á los vencidos." Cuarenta piezas de artillería, muchos miles de mosquetes, municiones y almacenes abundantemente provistos, fueron la recompensa del mas grande de los triunfos realistas, que no sufrieron otras pérdidas que el haber sido herido Bouchamps por un tiro de mosquete disparado por un traidor, á quien acababa de salvar la vida. No tuvo menos parte en este triunfo la conquista de María Juana, que fué rescatada de manos de los republicanos por Foret, quien por su propia mano mató á dos gendarmes que la custodiaban. El entusiasmo escitado por el recobro de su cañon favorito, fué ilimitado; los paisanos, casi enloque-

cidos por el gozo, se arrodillaban y abrazaban á su querida María Juana, la cubrian con ramas, flores y guirnaldas, y la llevaron á la plaza del mercado de Fontenay, preparándose á conducirla á un lugar de seguridad en el Bocage [1].

Los realistas estaban muy embarazados con la conducta que debian seguir con los prisioneros que estaban en sus manos, y los cuales ascendian á muchos miles; retenerlos en prision, era imposible porque ellos no tenian plazas fortificadas; seguir el ejemplo de los republicanos y asesinarlos, era una cosa en que no debia ni pensarse; al fin determinaron afeitarles la cabeza, y mandarlos así á los republicanos, resolucion que no causó poca alegría á los soldados. Despues del triunfo de Fontenay, se propusieron avanzar á Niort, en donde estaban reunidas todas las tropas republicanas de la vecindad; pero los paisanos se volvieron con tanta precipitacion á sus casas, que se vió que esto era de todo punto imposible. A las veinticuatro horas de la toma de la ciudad, tres cuartas partes del ejército habian vuelto al Bocage, á fin de contar sus hazañas á sus inquietas familias. Determinaron por esta razon abandonar su conquista, la cual por otra parte era un punto indefenso en medio de un territorio hostil, y á pocos dias todo el ejército entró de nuevo en el Bocage [2].

Durante este triunfo, los vendeanos habian

(1) Larroch, 122, 123, 125. Bouch. 33, 35, Lac. XII, 28, 29. Beauch. I, 175, 178, 179.

(2) Beauch. I, 195, 196. Larroch. 127.

conseguido iguales triunfos, en otras partes. Cathelineau, Stofflet y Charrette habian derrotado á todos los cuerpos republicanos, que intentaron penetrar en los lugares de la Vendea vigilados por ellos, y el último habia llegado hasta apoderarse de la isla de Nairmentier. En Vetiers, Doué y Montreuil, habian tenido lugar repetidos triunfos que contribuyeron á reanimar el espíritu de las tropas. Al fin, se resolvió reunir á todas las fuerzas para el ataque de la importante ciudad de Saumur, en donde la Convencion, que hacia entonces los mas vigorosos esfuerzos para extinguir la insurreccion, habia reunido veinte mil veteranos á mas de un gran número de guardias nacionales (1).

El ejército realista, compuesto de cuarenta mil hombres, se aproximó á Saumur el 1.º de Junio. Los republicanos habian tomado posesion de un campo fortificado, que circundaba la ciudad; su izquierda se apoyaba en las alturas que estaban frente al antiguo castillo; su derecha en San Florentino, mientras que sus formidables baterías se alineaban en todos los espacios intermedios entre estos puntos. Varias obras de fortificacion se habian levantado en diferentes lugares, completándolas algunos reduetos, todo á fin de fortificar su campo atrincherado, que cubria el espacio que se estiende por todas las alturas, desde la ancha y profunda corriente

(1) Lac. XII, 30, 31. Jom. III, 398. Beauch. I, 197, 228, 232.

del Thouet, hasta las orillas del Loira. Diez y siete mil hombres y casi cien piezas de artillería, estaban reunidos en aquel importante puesto, que dominaba uno de los principales pasos de aquel gran rio (1).

Mientras que los gefes deliberaban acerca del mejor modo de atacar este formidable campo, los vendeanos por su propia autoridad se empeñaron en el ataque. Era tal el ardor de las tropas á consecuencia de algunas triunfantes escaramuzas que se habian empeñado entre las avanzadas, que todo el ejército, sin aguardar las órdenes de sus gefes, se precipitó por sí mismo sobre la ciudad. Este asalto tumultuoso sin ningun plan, era poco calculado para asegurar el triunfo: M. de Lescure fué herido, y el ver la sangre de un hombre á quien ellos creian invulnerable, amortiguó el valor de los soldados, viniendo una carga de coraceros á ponerlos en un completo desórden. Al ver los pai-

Junio 10. Su gran victoria en Saumur.

sanos que sus balas no podian penetrar las cotas de acero de sus enemigos, corrian en confusion, siendo solo detenidos por M. de Lescure, que se habia parapetado tras de unos carros caidos, lo cual formaba una barricada en su camino de fuga. En cuanto los gefes realistas notaron la confusion, tomaron al instante medidas para atacar en una forma regular. Stofflet y Cathelineau dirigieron sus fuerzas á las alturas, haciendo un falso movimiento contra el castillo, al mismo tiempo

(1) Beauch. I, 198, 199.

que Lescure, poniéndose á la cabeza del ala izquierda, asaltó el puente de Fouchard, volviendo entonces á los reductos de Adournan. Enrique de Larrochejaquelein marchó igualmente con su division hácia las praderas de Varrins, á fin de atacar por aquella parte el campo atrincherado.

Al mismo tiempo que Lescure ordenaba á los suyos detras de los carros, Enrique de Larrochejaquelein asaltaba por la parte opuesta el campo republicano, defendido alli por una muralla y un foso; viendo que sus soldados vacilaban para atravesarle, quitóse el sombrero, y arrojándole dentro exclamó: “¿Quién quiere tomarlo por mí?” Sumergiose al mismo tiempo, siendo el primero que lo alcanzó; pero le habian seguido sus soldados, quienes esparcidos por todas partes, escalaron las murallas, y entraron en la ciudad. Seguido por sesenta soldados, atravesó las calles, cruzó los puentes del Loira, apoderandose de un cañon que dirigió contra los republicanos á fin de estorbar su vuelta, y los persigió á una considerable distancia por el camino de Tours. El general Coustard que mandaba á los republicanos sobre las alturas de Bournan, se vió entonces separado de toda comunicacion con el resto del ejército, y tomó la atrevida resolución de entrar en Saumur, tomando á los realistas por retaguardia. Con este objeto le fué necesario cruzar un puente en donde los vendeanos habian colocado una bateria que dominaba el paso. Coustard ordenó que un regimiento de

coraceros apoyado por los voluntarios de Orleans, atacase la bateria. “¿Donde nos mandais?” preguntaron los soldados. “A la muerte, replicó Coustard, así lo requiere la salvacion de la República.” Los valientes coraceros cargaron al galope y tomaron los cañones; pero los voluntarios de Orleans se desbandaron bajo un fuego tan terrible, y los coraceros se vieron obligados á abandonarlos de nuevo á los realistas. Interin que se adquirian estas ventajas, M. de Lescure habia logrado al fin arreglar á sus soldados, quienes tirándose al suelo en el momento de las descargas, consiguieron apoderarse de los reductos, al mismo tiempo que Stofflet entraba en la ciudad y completaba la victoria [1].

Los trofeos de los republicanos ganados en este grande triunfo, mucho mas importante que cuantos los soberanos aliados obtuvieron sobre los republicanos, fueron ochenta piezas de artillería, diez mil mosquetes y once mil prisioneros, con la pérdida solamente de sesenta muertos y cuatrocientos heridos. Al dia siguiente se rindió el castillo con mil quinientos hombres, toda la artillería que contenia, y cediendoles el dominio de ambas orillas del Loira. Los realistas hicieron afeitar la cabeza á sus prisioneros, y se los mandaron á los republicanos, sin otra condicion, que la de que no sirviesen otra vez contra la Vendea; condicion ilusoria, violada sobre la marcha por la mala fé de sus enemigos.

(1) Lac. XII, 31, 32. Jom. III, 396. Larroch. 137, 133, 141. Th. V, 50. Beauch. I, 204, 208.

Esta humanidad era mas notable [1] cuanto que en esta época habian comenzado ya los republicanos su inhumano sistema de matar á sus prisioneros, y á todos los que fuesen tomados con armas contra la Convencion.

Después de la toma de Saumur, la opinión del consejo de generales estaba dividida en el modo como debian obrar; pero al fin se determinaron por la posesion de Nantes; atendidas las grandes ventajas que esto les proporcionaba, pues les abriria desde luego la comunicacion con Inglaterra, sirviéndoles además como un depósito, y como centro para sus futuras operaciones arriba del Loira; en consecuencia se resolvió adoptar este plan. Esta resolucion fué al cabo fatal para la causa realista, pues retiraba á su grande ejército del camino de Paris, á donde podia haber marchado en los primeros momentos de alarma producida por la toma de Saumur, y haber ahogado en su cuna el reinado de la sangre. Pero no obstante, aquella resolucion fué sabiamente concebida bajo el punto de vista militar, pues era evidente que el curso del Loira formaba la linea de operaciones del ejército real, y que Nantes era indispensable para su seguridad. Al otro dia de la batalla llegó M. Bouchamps con su division compuesta de cinco mil hombres, al mismo tiempo que dos jóvenes nobles, Carlos Beaumont de Antichamps y el príncipe de Talmont, se reunian tambien á la causa realista; mientras

(1) Larroch. 141. Lac. XII, 32, 33.

esto pasaba, un consejo de generales elegia por comandante en jefe á Chathelineau un simple paisano; prueba sorprendente de la desinteresada magnanimidad que distinguia á los nobles gefes del ejército, mientras que por un extraño contraste Biron, un par de Francia é hijo de un mariscal, mandaba las fuerzas republicanas [1].

M. Bouchamps, dotado de un verdadero genio militar, estimulaba con mucho calor, para que se bajase á Bretaña á fin de tener una comunicacion con el océano y después marchar inmediatamente á Paris; si este plan se hubiese adoptado, habria conducido á incalculables resultados; pero los otros generales, aunque valientes y hábiles, no estaban igualmente penetrados de la necesidad de dar en este momento decisivo un golpe de muerte al corazon de sus enemigos; además habia una grande dificultad conocida, que era el obligar á los paisanos á emprender una expedicion tan lejana, ó á exigirles cualquiera cosa que no fuese casi á los puestos de su querido Bocage. Resolviose por esto bajar al Loira hasta Nantes á fin de asegurarse un firme apoyo en la carta y una franca comunicacion con Inglaterra, después de lo cual se pensaria en operaciones mas lejanas, pudiendose emprender entonces con mas seguridad. [2]

Habiendo dejado una guarnicion en Saumur

(1) Lac. XII, 125. Beauch. I, 210, 212, 215 219. Th. V, 50. Jom. III, 397, 399.

(2) Th. V, 66, 67.

Los realistas derrotados en su ataque de Nantes. á fin de conservar el paso del Loira, el grande ejército, al mando de Chathelineau, despues de ocupar á Angers, que fué abandonado apresuradamente por los republicanos, avanzaron hacia Nantes por la orilla derecha del rio, mientras que Charrete que tenia veinte mil hombres á sus ordenes se adelantaba por la izquierda. Sin embargo, el ardor de los paisanos habia disminuido considerablemente durante la marcha; habian estado ausentes de su casa por largo tiempo, y sentian la interrupcion de sus trabajos agricolas: nada podia persuadirles que despues de haber ganado tan grandes victorias, era necesario tentar la reduccion de plazas tan distantes como Nantes; un gran número de ellos abandonaban sus banderas y volvian á sus campos; asi fué que cuando lo principal del ejército se acercó á esa ciudad, apenas ascendia á diez mil combatientes. La hora del ataque señalose para las dos de la mañana del dia 29 de Junio. Charrete por su parte comenzó efectivamente el asalto á esa misma hora; pero la division de Chatelineau habia sido detenida diez horas delante de la aldea de Niort, y por consiguiente no pudo llegar hasta las diez; esta detencion fué ocasionada por algunos cientos de guardias nacionales que pelearon con un valor heroico. No obstante este retraso, las fuerzas unidas comenzaron el ataque con gran vigor, y Chatelineau habia ya penetrado en la ciudad con las mas valientes de sus tropas, cuando en

la plaza de Viarmis fue peligrosamente herido en el pecho por una bala de mosquete. Desesperados los paisanos, lo sacaron de la ciudad abandonando todas las ventajas que habian obtenido, y aunque continuaron el combate por diez y ocho horas consecutivas, la falta de caudillo hizo infructuoso el corage de los soldados y la empresa quedó así frustrada. [1]

Este golpe fué terriblemente perjudicial para la causa vendeana; el ejército, se disolvió al instante, y el bravo Chatelineau, se vió condenado á la inaccion á causa de su herida. Oficiales y soldados se arrojaban apresuradamente en los botes y volvian á cruzar el Loira; la orilla derecha estaba enteramente desierta y los hombres en grupos de veinte y treinta se dirigian á sus casas. Chatelineau con indescrible pesar de oficiales y soldados, espiró de resulta de su herida al cabo de quince dias, llevandose al sepulcro las mejores esperanzas para el restablecimiento de la causa realista. La muerte del comandante, fué anunciada á la ansiosa multitud que rodeaba la casa

Julio 14.

en que dió su último suspiro con estas sencillas palabras pronunciadas por un paisano. "El buen Chatelineau ha entregado su espíritu al mismo que se lo habia dado, á fin de castigar su gloria." (2)

Mientras que estos acontecimientos tenían lu-

(1) Lac. XII, 127. Larroch. 153, 155. Th. V, 69, 70. Beauch. I, 238, 248.

(2) Larroch. 156, 174. Beauch. I, 252, 253.

gar al lado de Nantes, derrotaban en el Bocage una formidable ambicion de tropas veteranas y de hábiles generales. Westerman, el célebre gefe de los insurgentes del 10 de Agosto, habia organizado lo que él llamaba una legion alemana, con soldados veteranos sacados de la frontera del Rhin, y concibiendo el mas soberano desprecio hácia los vendeanos, penetró en el corazon de la Vendea durante la ausencia del grande ejército de los realistas, que se hallaba entonces en Nantes. En los primeros dias se apoderó de Parthenay y Amaillou al cual redujo á cenizas, y quemó tambien á Clisson el castillo de M. de Lescure. Los gefes se apresuraron todos á Chatillon donde estaba reunido el su-

20 de Julio.

premo consejo real; pero este último refugio fué invadido poco despues por Westerman que arrasó el castillo de La Darbelliere, la posesion de M. de Larrocheja-

Julio 3.

quelein; pero alli terminaron los triunfos de sus infames hazañas. M. de Lescure habia prevenido á los otros gefes del peligro que le amenazaba; y ellos se adelantaron á marchas forzadas en su ayuda. Stofflet y Bouchamps llegaron con sus divisiones, mientras que la campaña levantaba á todos los paisanos de las aldeas vecinas, y poco despues un hábil ataque dirigido por Lescure, que conocia perfectamente el pais, dió los resultados mas satisfactorios. En poco mas de una hora, dos tercios del ejército de Westerman fueron destruidos, debiendo su salvacion los fugitivos que escaparon al general

cuyo castillo habian incendiado; Westerman mismo huyó del Bocage tan solo con algunos de los suyos y esto con mucha dificultad; algun tiempo despues fué entregado al tribunal revolucionario yendo por último á parar en un cadalso (1).

Despues de la muerte de Chatelineau, M. D'Elbée fué nombrado generalísimo, y todos los gefes ejercitaron todo su poder á fin de reunir el ejército. Era tal el desinterés de los otros caudillos, que M. Bouchamps, con mas cualidades que ninguno para aquel puesto, hizo que sus mismos oficiales votasen por su rival. Biron entre tanto habiendo reunido cincuenta mil hombres invadió en forma al Bocage con cuatro divisiones que se estendian desde el Loira hasta el Sevre. Esta invasion comenzó con algun suceso: los realistas con veinticinco mil hombres atacaron al general Laborolliere que con quince mil hombres estaba acantonado en Martigne Briand; pero despues de un obstinado combate fueron rechazados y se retiraron á Coron. Alli

Agosto 13.

fueron perseguidos por Santerre quien se consideraba seguro de su conquista; pero le aguardaba un terrible reves.

La campana sonaba en todas las parroquias, el cura de San Land que tanto se distinguió, en la guerra, reunió todas las fuerzas de los distritos

Julio 17.

vecinos, y el 17, mientras los republicanos marchaban en columna por el camino real, fueron atacados de frente y de

(1) Th. V, 121, 122. Beauch. I. 257, 264.

flanco y rechazados en el mayor desorden hacia Saumur y Chinon con la pérdida de diez mil hombres, toda su artillería, equipage y municiones [1].

Poco despues M. D'Elbée acompañado de Agosto 13. Charrete atacaron en Lucon un cuerpo de quince mil hombres; pero aunque la victoria se declaró al principio por los realistas, fueron derrotados al fin con la pérdida de mil quinientos hombres y diez y ocho piezas de artillería, el desastre mas grande que experimentaron desde el principio de la guerra. Esta derrota fué ocasionada por haber seguido muy al pié de la letra los consejos de M. de Lescuré, cuyo plan de ataque aunque admirablemente adaptado para tropas veteranas, no era muy á proposito para el modo impetuoso é irregular con que el paisanaje hacia la guerra. Toda la artillería de los realistas habria caido en manos de los republicanos, si Larrochejaquelein á la cabeza de sesenta de los más bravos de los suyos y por los mas prodigiosos esfuerzos de valor, no hubiese detenido la persecucion en el puente de Dissay [2].

Alentados entonces por este triunfo los ejércitos de la Convencion, y reforzados ademas con las nuevas medidas del gobierno, invadieron el Bocage por todas partes. Santerre, tan fatalmente célebre en la revolucion, avanzó al frente de numerosas tropas veteranas; Chantonay, fué ocu-

(1) Jom. III, 400, 401. Beauch. I, 278, 288, 297.
(2) Larroch. I, 194. Jom. IV, 290.

pado; el pais invadido por todas partes y destruido á fuego y sangre; á fin de obedecer las órdenes de la Convencion, fueron arrasados hasta los mismos molinos y haciendas; pero les aguardaba una terrible retribucion. Los realistas sonaron las campanas en todas las parroquias, y habiendo reunido á los paisanos, hicieron un ataque combinado y hábil contra siete

Setiembre 5. mil republicanos reunidos en los alrededores de Chantonay. El triunfo fué completo, particularmente á consecuencia de la division de Bouchamps, que no habiendo participado de los precedentes desastres, conservaba todo su entusiasmo de costumbre; derrotaron á los republicanos con la pérdida de toda su artillería y pertrechos, siendo tal la carnicería, que mil ochocientos hombres pudieron apenas reunirse despues de la batalla; Santerre mismo estuvo á punto de caer en manos de sus enemigos [1]. Al mismo tiempo Charrette sostenía una obstinada contienda en la Baja Vendea, y aunque frecuentemente derrotado, jamás se desalentó por sus reveses, destruyendo por el contrario á muchas columnas republicanas que intentaban penetrar en su distrito.

Empero la Convencion, que habia llegado á conocer al fin todo el peligro de esta guerra, estaba reuniendo fuerzas por todas partes á fin de ahogar la rebelion. La guarnicion de Maguncia

(1) Jom. III, 247, 402. Larroch. 195. Beauch. II, 7. Lac. XII, 129.

compuesta de catorce mil hombres mandados por Kleber y á la que los aliados por un culpable descuido no habian aprisionado, limitándose tan solo á exigir que no pelearian contra ellos por el término de un año, fué mandada á tomar parte en el teatro de la guerra; una gran porcion de las guarniciones de Valenciennes y Condé que habian sido perdonados bajo la misma condicion siguieron muy luego el mismo camino. No solo se les reunieron las guardias nacionales sino el *levée en masse* de los departamentos vecinos; así es que antes de mediados de Setiembre mas de doscientos mil hombres rodeaban á la Vendea por todas partes, y mediante un movimiento simultáneo amenazaban despedazar á los insurgentes. A fin de oponerse á esta formidable invasion, los realistas se habian dividido en cuatro grandes cuerpos; el de las cercanías de Nantes al mando de Charrette, el de las orillas del Loira, á cuya cabeza estaba Bouchamps; M. de Larrochejaquelein en Anjou, y M. de Lescuré en el Poitou oriental, mientras que D'Elbée conservaba el mando supremo [1].

El plan que ardientemente recomendó Bouchamps y que lleva las señales de un gran genio militar, era, dejar que el enemigo penetrase en el Bocage en columnas separadas, y batidos sucesivamente por una reunion de las fuerzas realistas en aquel distrito, que ocupaba una

[1] Jom. III, 300. Larroch. 199, 200. Beauch. II, 21, and. I, 313.

(1) Jom. IV, 300. Beauch. II, 26, 27. Larroch. 199.

posicion central, aprovecharse del primer momento de alarma, cruzar el Loira, levantar la poblacion realista de Bretaña y nutrir el ejército de una poblacion que nada habia sufrido hasta entonces. “¿No se qué casualidad, dijo, nos ha hecho conocer los designios del enemigo? y en esto no puedo menos de veer la manó de Dios que protege á la Vendea.” Los republicanos han descubierto al fin el secreto de nuestras victorias, y desean concentrar sus fuerzas para arrollarnos con su número. Nosotros, es verdad, podemos rechazar el ejército de Maguncia, pero acaso ¿no volverá á la carga con doble número y una fuerza irresistible? Anticipémonos al enemigo: la Bretaña nos llama, marchémos y demos un nuevo ensanche á nuestro poder. No nos dejemos engañar por mas tiempo con la esperanza de que las potencias coligadas restaurarán la monarquía; esta gloria está reservada para nosotros tan solo. Amos de aquel puerto sobre el océano, hallaremos á los príncipes reales á nuestro frente, y al fin habremos adquirido aquella organizacion politica (1) sin la cual no podemos esperar ningun triunfo permanente.” D'Elbée combatió la última parte del proyecto, como escesivamente aventurado en el estado irregular del ejército, y despues de una larga discusion, se resolvió quedar á la defensiva en la Vendea.

El primero que se encontró atacado por las inmensas fuerzas de los republicanos fué el ejército de Charrette. Los vendeanos se vieron asalta-

Derrota de los republicanos en Torfou.

(1) Jom. IV, 300. Beauch. II, 26, 27. Larroch. 199.

dos por la terrible guarnicion de Maguncia, la cual cruzó el Loira, é invadió el pais el 10 de Setiembre. Los realistas en esta invasion fueron derrotados en muchos encuentros y se retiraron al fin. Bouchamps fué igualmente derrotado cerca de las rocas de Erigny, mientras que Lescure experimentaba un golpe igual en Thouars, y el Bajo Poitou entero fué devastado á sangre y fuego, no obstante los prodigiosos esfuerzos de Charrette. Sin embargo la retirada sucesiva de estas columnas, acreció mas unas á otras las fuerzas realistas, y se hizo un esfuerzo simultaneo por todo el ejército. D'Elbée y Bouchamps recobrado ya de su herida, habian reunido treinta mil hombres; entonces, habiendo recibido el ejército la bendicion del cura de San Laud, y oido una misa mayor á media noche, atacaron á los republicanos al amanecer del 19

de setiembre. Los realistas ascendian á cuarenta mil hombres; los republicanos eran algo menos numerosos, pero comprendian entre ellos á la guarnicion de Maguncia los mejores soldados de Francia. Todos los gefes conocian la necesidad de rechazar á todo evento esta invasion y conocian tambien que habia llegado el momento de vencer ó morir. Charrette, cierto de la cooperacion de los otros generales, habia arreglado sus fuerzas en orden de batalla interceptando el camino de Torfou. Sus tropas derrotadas de antemano, y muy desalentadas, no pudieron resistir por mucho tiempo el choque de los vete-

(1) Jour. IV, 302, 303. Larroch. 213, 214. Beauch. II, 34, 41.

ranos de Kleber fueron rotos introduciéndose la confusion en sus filas; entonces M. de Lescure viendo lo desesperado de las circunstancias, exclamó "¿No hay cuatrocientos hombres bastante bravos para morir conmigo?" Los paisanos de la parroquia de Echaubraignes, setecientos entre todos, respondieron con ruidosas aclamaciones, y esta tan débil division, resistió el choque de los republicanos por espacio de dos horas, hasta que llegó la division de Bouchamps. Este refuerzo cambió instantaneamente el aspecto de la batalla; los paisanos se espantaron en filas sencillas detras de los vallados que cercaban á los republicanos, y de todas partes rompieron sobre ellos un fuego terrible; tomaron los cañones por asalto y todas las tropas fueron puestas en confusion. Nada preservó al ejército invasor de una total destruccion, sino el heroico sacrificio del coronel Chouardin que con su regimiento, retuvo el puente de Boussay prefiriendo ser casi todos destruidos antes que abandonarle. [1]

Aunque los realistas no tenian un momento que perder era necesario atacar inmediatamente el cuerpo del general Beysser, que estaba á punto de reunirse con las fuerzas de Kleber. Al otro dia de la victoria en Torfou le sorprendieron en Montaigut, derrotando completamente á los republicanos con la pérdida de toda su artillería, municiones y

(1) Jour. IV, 302, 303. Larroch. 213, 214. Beauch. II, 34, 41.

pertrechos. Este triunfo fué seguido de la sorpresa y completa derrota del general Mukinski en San Fulgencio, por Charrette y Lescure, mientras que en el mismo día Bouchamps y D'Elbée atacaban las columnas en retirada del general Kleber, embarazados con mil doscientos carros; despues de haberlos puesto en confusion, les tomaron una gran parte de sus equipajes, pero este triunfo, aunque considerable, era nada en comparacion de lo que habria sido si todas las fuerzas realistas se hubiesen unido, como debian haberlo hecho, contra las formidables tropas de Maguncia [1].

Los vendeanos triunfaron igualmente en otras partes. Los gefes realistas Talmont y Autichamp fueron derrotados en un ataque mal concertado por el general Rosignal que se hallaba á la cabeza de quince mil hombres; pero él y Santerre habiéndose adelantado despues de este triunfo hasta Coron, fué allí atacado por Pirou y Larrochejaquelein, que habia logrado levantar á toda la poblacion de las parroquias vecinas, y condujo con tal habilidad los movimientos de los realistas, que el ejército republicano fué atacado por el centro y enteramente dispersado, tomándoles ademas venticuatro piezas de artillería y todas sus municiones. Inmediatamente despues de esta victoria, un destacamento de las fuer-

Setiembre 15.
Derrota del general Rosignal en Coron.

[1] Larroch. 215, 217. Jom. IV, 303, 304. Beauch II, 42, 44.

zas realistas fué despachado contra la division del general Dahaus, que habia cruzado el puente de Ce y arrollaba á los destacamentos vendeanos; pero no tan presto habia llegado á las alturas de San Lamberto, cuando fué atacado por la mayor parte de las fuerzas realistas, mientras que Bernier, criado de no labrador, en la parroquia de San Lamberto, atravesó el rio á nado, y con los paisanos armados en la vecindad los atacó por la retaguardia.

La derrota entonces fué completa, tomaron toda la artillería de los invasores, y su columna que ascendia á nueve mil hombres, fué totalmente destruida. Fué tal el terror producido por estos desastres, que el *levée en masse*, reunido entre Tours y Poitiers se dispersó sin disparar un solo tiro, y por todas partes las tropas veteranas de la República dejaron la Vendea. (1)

Así fué derrotada por una serie de las mas brillantes combinaciones militares, secundadas por los mas heroicos esfuerzos de parte de los paisanos, la invasion de seis grandes ejércitos que ascendia á cien mil hombres de tropas veteranas, y parte de las cuales eran los mejores soldados de la Francia; así causaron á los republicanos pérdidas infinitamente mas grandes, que cuantas estos habian sufrido de las potencias aliadas, aun cuando se contasen todas las ocasionadas desde el principio de la guerra. Prueba sorprenden-

[1] Jom. IV, 304-307. Larroch. 202, 210. Beauch II, 23, 32.

te del admirable conocimiento con que sus gefes se habian aprovechado de su posicion central, y del modo particular de combatir, para aniquilar las fuerzas invasoras; ejemplo memorable de lo que puede llegar á efectuarse por hombres resueltos, aun sin las ventajas de una organizacion regular, si son habilmente dirigidos, contra la mas formidable superioridad de la fuerza militar.

Pero los vendeanos tenian que luchar con un enemigo espantoso, y desgraciadamente el ejército invasor, del cual mas se debia temer, era despues de todo el que menos habia sufrido de sus ataques. La Convencion hizo los mas vigorosos esfuerzos para evitar el peligro. Barrere decia en una memoria á esa misma Convencion: "La incomprendible Vendea existe aun. Veinte veces desde que esa rebelion estalló, han dicho vuestros generales y hasta el mismo Comité, que la habian ahogado para siempre, y sin embargo, existe, y existe mas formidable que nunca. Pensamos que se la puede destruir, suena la campana en todos los departamentos vecinos; una multitud inmensa de ciudadanos armados se reune para sofocar la insurreccion, y sin embargo pocos instantes despues un terror pánico disuelve esos enjambres de hombres, que huyen cual nubes arrastradas por el viento. Debeis cambiar de sistema; un déspota debe mandar vuestros ejércitos, y debe tambien ponerse un término á la existencia de los infames. Ellos son como el gigante de la fábula, que no era in-

Vigorous esfuerzos del gobierno en Paris.

vencible sino cuando se agarraba á la tierra; asi pues, debeis arrancarlos de su suelo natal, si es que quereis pulverizarlos." A consecuencia de esta sugestion, el general Lechelle fué nombrado generalisimo: mandóse hacer á la vela á la flota de Brest á fin de secundar á los ejércitos, y dirigiose una proclama á las tropas, ordenandoles exterminar á los vendeanos antes del 20 de Octubre. [1]

Entre tanto, los paisanos cual siempre, viendo que el peligro actual habia pasado, volvieron á sus casas, y las banderas de los generales se encontraron abandonadas. En todas las parroquias se cantó el *Te Deum*, entre las gozosas aclamaciones de los habitantes. M. de Lescure en la iglesia de su parroquia, se arrodilló detras de una columna, á fin de evadirse de la admiracion de sus paisanos. Al saber estos la matanza que los republicanos hacian de los suyos cuando los tomaban prisioneros, lo cual se ordenó por los decretos de la Convencion, que prohibia dar cuartel, pidieron ruidosamente que se ejecutasen las represalias con los numerosos prisioneros que tenian en su poder; pero los gefes manifestaron tal horror á semejante propuesta, que lograron al fin estorvar que se llevase á efecto. Las formidables tropas de Maguncia estaban tan disgustadas en esta época con los salvajes procedimientos de la Convencion, que ofrecieron unirse á la causa de los realistas, si se les

[1] Jom. IV, 308, 309. Beauch. II, 56, 57. Larroch. 218.

queria garantir su sueldo; pero la grande suma que era necesaria para este objeto, pues montaba á cuatrocientos mil francos, unida á las sospechas de los realistas de que estas tropas premeditaban alguna traición, hicieron infructuoso este designio, que si se hubiese llevado á cabo, habria dado una preponderancia terrible á las fuerzas vendeanas. [1]

Desgraciadamente para la causa realista, cuando sus enemigos estaban concentrando bajo una mano hábil, toda la guerra de la Vendea, los gefes de aquella, divididos en cuanto al lugar á donde debian dirigir sus fuerzas, habian separado sus tropas. Charrette los retiró hácia la isla de Noirmoutiers, mientras que Lescure y Beaurepaire se apostaron cerca de Chatillon, á fin de hacer frente á Westerman, que avanzaba con una fuerza poderosa, asesinando á todos los habitantes sin distinción, y quemando cuantos edificios podian distinguir sus soldados. Lescure, Stofflet y Larrochejaquelein todos reunidos, apenas tenian seis mil hombres en Moulin y Chevres casi en frente de Chatillon, en donde fueron atacados por veinticinco mil hombres del ejército republicano, mandados por Westerman. La superioridad de su fuerza era tal que los arrojaron dentro de la ciudad, la cual fué tomada al instante por sus fuerzas; pero este triunfo fué de muy corta duracion. Habiendo Bonchamps y Larrochejaquelein le-

Octubre 7.

[1] Beauch. II, 50, 52, 66. Larroch. 218, 219.

vantado al paisanage y reunido el grande ejército, dieron dos dias despues un ataque general contra los republicanos, los derrotaron completamente y los arrojaron de Chatillon con la pérdida de diez mil hombres y toda su artilleria. Durante la derrota, Westerman que vió en Chatillon, que los realistas estaban casi todos borrachos y que no tenian centinelas, concibió el atrevido proyecto de reconquistar la ciudad y despedazar á la guarnicion: este pensamiento fué coronado del mas completo triunfo. Tomando cien husares intrépidos, cada uno con un granadero á la grupa, volvió á Chatillon Octubre 12, á media noche donde los vendeanos segun su costumbre no habian colocado centinelas; se adelantó por las calles, mató á un sin número de realistas, que eran incapaces de defenderse entre el sueño y la embriaguez; incendió la ciudad, y despues de una escena sin igual de sangre y horror, se retiró antes del amanecer. (1)

Apenas habian rechazado los vencedores esta invasion, cuando fueron llamados á otra parte á fin de oponerse á un enemigo mas formidable. Las terribles tropas de Maguncia, reforzadas por varias otras divisiones formando en todo cuarenta mil hombres, avanzaban al mismo corazon del pais, y casi habian llegado á Cholet, en tanto que la desgraciada oposicion de los gefes vendeanos,

[1] Jom. IV, 312, 313. Larroch. 221, 227, 229. Beauch. II, 58, 61, 73, 75.

detenia en otras partes una gran porcion de sus fuerzas. Charrette, á pesar de las enérgicas representaciones que se le hacian, persistia en su sistema de obrar separadamente, y además, disminuyó su fuerza en una expedicion inútil á la isla de Noirmoutiers. Lescure y Bonchamps se apresuraron sin embargo, á sostener á M. de Royrand, que huia ante los invasores. Se convino que el primero esperaria al enemigo de frente, mientras que el otro iba por un rodeo para atacarlo de flanco. Empero los republicanos habian avanzado con más ligereza de la que se esperaba: Lescure se encontró con ellos antes que Bonchamps estuviese pronto á sostenerlos; y aunque los republicanos cedieron primero al furioso ataque de sus enemigos, sin embargo, la inferioridad de la fuerza de estos, y

Los realistas derrotados y M. de Lescure mortalmente herido.

una carga desesperada por el flanco dada por Beaupuy en el primer momento en que los realistas parecian triunfar, los puso en confusion y se replegaron á Beaupreau, mientras que los republicanos bivaqueaban en el campo de batalla. Al otro día el ejército victorioso entró en Cholet, al que los desalentados vendeanos no podian defender. Los realistas no perdieron gran cosa, pero sufrieron una desgracia irreparable en la herida de M. de Lescure, que mientras conducia á los suyos, recibió al principio de la accion un mosquetazo en la cabeza. La herida se declaró al fin mortal, despues de muchas semanas de

sufrimiento, que soportó con el heroismo y mansedumbre acostumbrados de su carácter [1].

Cruelmente desalentados los vendeanos por este revés, crecia este tanto más, á medida que las columnas enemigas penetraban en el pais por todas partes, sin que los destrosos que se habian cometido en él, les dejasen la esperanza de sostener por mas tiempo la contienda en su propia tierra. A causa de esto, resolvieron cruzar el Loira y llevar la guerra á Bretaña; pero antes de esto todos los gefes creyeron necesario hacer un esfuerzo desesperado, á fin de arrojar á los invasores de las cercanias de Chollet. La accion tuvo lugar dos dias despues, y ambas partes combatieron con el corage mas encarnizado. Las fuerzas eran casi iguales, teniendo los realistas cuarenta mil hombres, y los republicanos cuarenta y un mil; pero los últimos eran superiores en artillería, la cual se componia de treinta piezas, y la caballería cuyo número era de tres mil hombres; incluyendo además en su infantería las mejores tropas de Francia (2). Ambas partes conocian como se manifestó despues, que este combate debia decidir el destino de la guerra.

A las tres de la mañana del diez y siete de Octubre, el sonido de la artillería despertó al ejército, y los soldados se apresuraron á oír una mi-

[1] Jom. IV, 314. Larroch, 229, 230. Beauch II, 75, 78, 83.

[2] Jom. IV, 315. Beuch. I, 84, 85. Lac. IX, 137

sa mayor del cura de la aldea en que se hallaba el cuartel general. La ceremonia se ejecutó á la luz de las antorchas, y el sacerdote con una palabra fervorosa y elocuente les rogó, que combatesen con valor por su Dios, su rey y sus hijos, concluyendo al fin por dar la absolucion al ejército. Las tinieblas de la escena y el ruido de los cañonazos que interrumpian su discurso, llenaban todos los corazones con el triste presentimiento de los desastres que debian seguirse. Los republicanos se habian formado en tres divisiones; la guarnicion de Maguncia y la caballeria formaban la reserva. En el ejército de los realistas, Stofflet mandaba el ala izquierda, D'Elbée y Bonchamps el centro, Larrochejaquelein el ala derecha [1].

La accion principió á las diez; los vendeanos, cual si fuesen tropa de linea, marcharon por primera vez en columna cerrada, pero no tenian artilleria. Despues de un corto tiroteo, Enrique de Larrochejaquelein y Stofflet se precipitaron al centro enemigo, lo derrotaron por la violencia de su ataque, y lo hicieron replegarse en desorden sobre la ciudad de Cholet en donde tomaron el gran parque de artilleria. La batalla parecia perdida, y los republicanos, aterrorizados por el primer impetu de sus enemigos, corrian ya por todas partes, cuando Lechelle, como un último recurso, hizo cargar á su caballeria, al mismo tiempo que mandaba avanzar á la guarnicion de Maguncia. La carga de caballeria se

[1] Jom. IV. 316. Beauch. II, 86, 87. Larroch. 322.

efectuó de derecha á izquierda contra todo el ejército realista, desordenado entonces por la rapidez de su ataque, al mismo tiempo que las lineas de hierro de la guarnicion de Maguncia, recibian á los fugitivos por todas partes, y completaban la persecucion de los vencedores. En un instante cambió el aspecto de la batalla; el miedo se apoderó de los vendeanos; corrieron

por todas partes cambiándose el gozo de la victoria en los terrores de la derrota. En medio de este peligro, Enrique de Larrochejaquelein, D'Elbée y Bonchamps, reunieron doscientos de sus mas valientes soldados, y por medio de una heroica resistencia, no solo dieron tiempo á los realistas para escapar, sino que rechazaron á los escuadrones victoriosos del enemigo; pero su valor fué fatal para los dos últimos, heridos mortalmente en medio de la carga. Larrochejaquelein reunió con gran dificultad cinco mil hombres con los cuales pudo llevarse los restos heridos de sus bravos camaradas hasta Beaupreau, en donde pasaron la noche, mientras el resto del ejército huia hácia el Loira comenzando el paso del rio aun sin recibir ningunas órdenes. [1]

Esta derrota fué fatal para la causa de la Vendea, no solo por la confusion y desaliento que introdujo en los soldados, sino tambien por la pérdida irreparable que sufrieron en dos de los mas distinguidos de sus generales. El bravo Bonchamps fué conducido por sus inconsolables

[1] Guerres des Vend. II, 287. Jom. IV, 318.

soldados á San Florentino, donde los vendeanos casi enloquecidos por el incendio de sus ciudades y la matanza de sus familias, pedian á gritos la muerte de cinco mil prisioneros que tenían en la ciudad. La noticia de la herida de Bonchamps redobló su cólera, y nada parecia capaz de salvar á los infelices cautivos. Ya el cañon cargado á metralla habia sido dirigido contra esta muchedumbre sin esperanzas, cuya destruccion parecia de todo punto inevitable. Entre tanto los oficiales de Bonchamps, arrodillados al lado de su lecho, aguardaban con temerosa ansiedad la sentencia del cirujano. Su abatido y lloroso rostro les dijo muy pronto que no habia esperanza, mientras que fuera los furiosos gritos de los soldados anunciaban el inminente peligro de los prisioneros. Bonchamps

Humanidad de Bonchamps con los prisioneros.

tomó instantáneamente la mano de Autichamps, que estaba arrodillado á su lado, y le rogó que corriese al momento á llevar á los soldados sus últimas órdenes, á fin de salvar á los prisioneros. Salió al instante á desempeñar esta mision de humanidad, pero los soldados estaban en tal estado de exasperacion, que nada sino las súplicas de Bonchamps pudieron detener los brazos prontos á destruir á estos desgraciados. Sin embargo, escucharon al fin sus ruegos, volvieron al fin las bocas de los cañones, y los prisioneros se salvaron. En este intervalo, Bonchamps daba con calma sus últimas órdenes, encargando muy particularmente que se salvase á todos los

cautivos; muchas veces antes de espirar, preguntó ansiosamente si se habian cumplido sus órdenes, espresando en seguida la mas grande satisfaccion, cuando se le respondia, que los cautivos estaban en completa seguridad. El fué bastante afortunado para recibir los últimos consuelos de la religion, de dos venerables eclesiásticos, que endulzaron sus horas de agonía con las promesas concedidas á la devoción y á la humanidad. "Sí, dijo, me atrevo á esperar en la misericordia divina; no he obrado por orgullo, ni por el deseo de una gloria que se estingue en la eternidad; tan solo he querido destruir el gobierno de la impiedad y de la sangre (1); no he podido restaurar el trono, pero me queda el consuelo de haber defendido la causa de Dios, de mi rey y de mi patria, y el Señor tendrá misericordia de mí." La voz faltóle entonces, y espiró en medio de las lágrimas de los que presenciaban esta triste escena.

Mientras que el gefe realista ennoblecia sus últimos momentos con un acto de misericordia, los republicanos manchaban su victoria con una crueldad inaudita y sin compasion. Las ciudades de Beaupreau y Cholet, fueron incendiadas y arrasadas hasta el nivel de la tierra; acuchillaron á todos los habitantes sin distincion de sexo ni edad, y levantaron sus trofeos de victoria sobre las ruinas tintas con la sangre de sus paisanos, asesinados en sus propias casas.

[1] Bouch. 52, 53. Larroch. 241. Beauch. II, 96, 97.

“La Convencion nacional, decian los representantes Baurbotte y Turreau, en su parte á la asamblea, decretó, que para fines de Octubre se concluyese la guerra en la Vendea; y bien podemos decir con verdad, que la Vendea no existia. Una soledad profunda reina en toda la tierra no ha mucho ocupada por los rebeldes, y púese atravesar estos distritos, sin encontrar en ellos un sér viviente, ni tan siquiera el humo de un hogar, porque con escepcion de Cholet, San Florentino y algunas aldeas, donde el número de patriotas escedia con mucho al de los realistas, nada hemos dejado tras nosotros sino cenizas y montones de cadáveres [1].

En el interin, todas las fuerzas de la Vendea á ecepcion de las que mandaba Charrette, corrieron á San Florentino con el designio de apresurar el paso del Loira. Nada es capaz de dar una idea justa de los horrores de la escena que se presentaba. Ochenta mil personas, de las que mas de la mitad estaban armadas, llenaban el valle semicircular que se estiende desde el pié de las alturas de San Florentino hasta las márgenes del rio. Soldados, mugeres, niños y ancianos, se agrupaban juntos corriendo llenos de consternacion de sus aldeas incendiadas cuyo humo obscurecia el horizonte tras de ellos, mientras que á su frente se estendia la ancha superficie del Loira con al-

Horrible paso del Loira.

Octubre 18.

[1] Guerres des Vend., II., 587. Jom., IV, 318,

gunas barcas tan solo para trasportar á esa muchedumbre desamparada. En medio del tumulto y á la par que el espacio resonaba con los gritos de los fugitivos, cada uno buscaba á sus hijos, á sus padres, á sus defensores; se recibian á la orilla, alargaban sus brazos hácia la margen opuesta, y una vez en ella parecian cesar sus padecimientos. Tan terrible era aquel espectáculo, tan vehemente la agitacion de la multitud, que muchos la han comparado á la escena espantosa que nos aguarda el dia del juicio final (1).

Los generales se encontraban al principio en una completa desesperacion, á la vista de la multitud de fugitivos que rodeaban al ejército, y la completa confusion que á causa del miedo habia penetrado en todas las filas; este sentimiento se aumentaba con la muerte de Bonchamps, el único que conocia perfectamente la opuesta, márgen y que siempre habia apoyado el paso del rio; pero viendo que era en vano querer dominar ese torrente se aprovecharon del mejor modo de las circunstancias presentes, á fin de efectuar el paso del ejército. Sus disposiciones se hicieron con tal arreglo, que aun cuando no habia sino veinticinco fragiles barcas para trasportar á una multitud tan considerable, sin embargo todos pasaron con sus equipages sin que sucediese la mas leve desgracia, y antes que las avanzadas de los republicanos llegasen

[1] Larroche., 239, 240. Beauch., II., 99, 100.

á San Florentino. [1] Al día siguiente Westerman y los republicanos que se encontraban mas cerca, subieron hasta San Florentino, á tiempo en que pudieron ver cruzar á la orilla opuesta los últimos destacamentos vendeanos, y desfogando entonces su cólera, devastaron á fuego y sangre la tierra desgraciada que abandonaban. Apenas los vendeanos llegaron á Breña, cuando eligieron para generalísimo á Enrique Larrochejaquelein en lugar D'Elbée que se encontraba imposibilitado á causa de sus heridas, y por consejo de Lescure que languidecía en su lecho de muerte. “¡Oh si un milagro pudiese volverme á la vida!” decía el generoso guerrero con una voz débil, cuando aun permanecía postrado; “no formaría otro deseo, que el de ser su ayudante.” Ellos habian ganado infinito efectuando el paso del rio; pero aunque las tropas eran numerosas, estaban muy distantes de poder emprender ninguna clase de operaciones. Desalentados por la derrota, desterrados de su propia tierra, y cargados además con una multitud inútil de mugeres y niños, que seguian sus pisadas, los soldados no eran ya las bandas ardientes é impetuosas que en Torfou y Saumur habian aterrorizado á las filas republicanas. Por otra parte, ya no estaban en sus parroquias; su modo de pelear no era á propósito para un pais abierto, donde la artillería y la caballería constituian las principales armas de la

(1) Jom. IV, 319. Larroch, 239, 241. Beauch, II, 102, 104.

guerra; no tenían almacenes ni municiones, y les era necesario además reparar las pérdidas de una derrota sangrienta. ¡Cual no debía ser entonces la habilidad de los generales, cual el valor de los soldados, para que aun en medio de tan desastrosas circunstancias, pudiesen volver á encadenar la victoria á sus banderas, y adquirir tal superioridad sobre sus enemigos, que si no hubiera sido por la repugnancia invencible de las tropas á dejar sus casas, habrían marchado hasta el mismo Paris! [1]

Las opiniones estaban divididas sobre la marcha que entonces debía seguir el ejército. M. de Lescure aconsejaba energicamente, que se avanzase á Nantes, primero que verse debilitados con nuevas pérdidas, á fin de asegurar así un depósito para el ejército, una franca comunicacion con Inglaterra, y un lugar de seguridad para la muchedumbre indefensa de niños y mugeres. [2] Si semejante consejo se hubiese seguido, hubieran dado un gran paso en favor de la causa realista; pero el principe de Talmont urgía ardientemente, para que se avanzase hácia Rennes, donde se esperaba que estallaría una insurreccion, y se decidieron por este último consejo.

El ejército avanzó sucesivamente hácia Ingrande y Chateau Gonthier, cuyas guarniciones fueron fácilmente deshechas. Nueve mil guardias na-

(1) Jom. IV, 32. Beauch. II, 108, 109.

(2) Jom. IV, 321. Larroch. 249. Beauch. II, 210, 111.

cionales les disputaron la entrada en la ciudad de Laval; pero Larrochejaquelein la tomó por asalto y dispersó al enemigo [1]. Entre tanto el general Lechelle y la Convencion, que se lisonjaba de que la rebelion habia sido sofocada con la victoria de Cholet, quedaron completamente asombrados al saber que los realistas habian cruzado el rio sin pérdida ninguna, y amenazaban así mismo á Nantes y Angers. Despues de mucho vacilar, se resolvió dividir el ejército en dos columnas, la una de las cuales debia cruzar el rio en Nantes mismo, y la otra pasar por el puente de Ce, y unirse despues para perseguir al ejército realista. Lechelle subió con ellos mientras los realistas ocupaban la ciudad de Laval, y dividiendo su ejército en dos columnas, comenzó el ataque. Larrochejaquelein recorrió todas las filas dirigiendo estas enérgicas palabras á los soldados. "Borrad ahora el recuerdo de vuestra primera derrota; es la única salvacion que os queda. De vosotros dependen no solo vuestras vidas y las de vuestras mugeres é hijos, sino tambien el trono de la Francia y los altares de Dios. Marchemos á la victoria; los bretones estienden sus brazos para recibirnos, y ellos nos ayudarán á reconquistar nuestra patria: pero por ahora á nosotros nos toca vencer; una derrota seria una ruina irreparable." Lescure insistia en que se le condujese en una litera por entre las filas, y en participar de los peligros que los aguardaban. Animados

(1) Jom. IV, 321. Larroch. 257. Bauch. II, 117.

los realistas por estos ejemplos, marcharon al ataque en columnas cerradas. Sto-
Octubre 25. [flet con una vigorosa carga de un pequeño cuerpo de caballería, se apoderó de algunas piezas de artillería que volvió al instante contra el enemigo; Larrochejaquelein y Royrand los acosaron severamente de frente, mientras que otra columna mandada por Dehargues, volvió de flanco y los atacó por la retaguardia. Los vendeanos tuvieron que luchar con la formidable guarnicion de Maguncia; pero peleaban con el corage de la desesperacion, y jamás mostraron un valor mas entusiasta. Despues de una lucha desesparada, los republicanos comenzaron á cejar, pero fueron perseguidos por los realistas con terribles gritos hasta el mismo castillo de Gouthier, donde una bateria detuvo por un momento sus progresos; Larrochejaquelein se arrojó sobre los cañones, los tomó, y persiguió al enemigo por toda la ciudad haciendo una espantosa carniceria; al llegar á un campo abierto del lado opuesto, se dispersaron, y con gran dificultad y en un completo desorden, llegaron á las ciudades de Reims y Nantes por diferentes caminos. La guarnicion de Maguncia que tantas pérdidas habia ocasionado á los realistas, casi toda ella fué aniquilada en esta batalla. La pérdida total de los republicanos fueron doce mil hombres, diez y nueve piezas de artillería, y de todo su ejército apenas unos siete mil soldados se pudieron ordenar en Angers despues de la batalla. El general Lechelle llegó á impresionarse tanto con este de.

sastre, que desesperado renunció el mando, y se retiró á Tours en donde la ansiedad y la rabia le ocasionaron al fin la muerte (1).

En el día en que se ganaba esta asombrosa victoria, Barrere anunciaba en la Convencion el esterminio de la Vendea en estos términos. "La Vendea no existe ya. Montaigut y Cholet estan en nuestro poder; los infames han sido esterminados en todas partes; una profunda soledad reina en el Bocage cubierto de cenizas y regado de lágrimas. La muerte sola de Boncamps equivale á una victoria." Abandonaronse todos al gozo mas bullicioso, y en aquesta inteligencia el pueblo bailaba en todas las plazas públicas de Paris, y por todas partes se oía la esclamacion de, "La Vendea no existe ya." Puede concebirse, pues, cual sería la consternacion pública, cuando pocos dias despues se descubrió que el ejército republicano se habia dispersado, y que nada habia que pudiese impedir á los realistas marchar á la capital [2].

Esta gloriosa victoria restauró al instante la

causa realista. Los restos del ejército republicano habian huido en diferentes direcciones á Rennes,

Angers y Nantes, y nada habia que estorbase á los realistas de marchar á Paris, Nantes ó Alençon. El general Lenoir en su parte á la Convencion dice: "Los rebeldes si quie-

(1) Jom. IV, 322, 326, 330. Larroch. 262, 264. Kleber, Guerres des Vend. II, 305, 306. Beauch. II, 120, 123, 130.

(2) Beauch. II, 132, 134.

ren, pueden arrollarnos ante ellos hasta Paris. Afortunadamente, con la esperanza de recibir socorros de Inglaterra, dirigen su marcha hácia la costa, perdiendo así el momento oportuno de un triunfo decisivo. Despues de permanecer diez dias en Laval á fin de poner algun ordenen el ejército, avanzaron á Fongeres con la esperanza de ser reforzados con reclutas de Bretaña, y aguardar mas cerca la ayuda tan esperada de la Inglaterra. Al fin llegaron alli dos emigrados despachados por el gobierno británico, quienes despues de asegurarles á nombre de la Gran Bretaña, los deseos que tenia de ayudarlos, les señaló Granville como el lugar en que á la llegada de ellos á ese puerto, debia desembarcar el socorro prometido [1]. Esta oferta les quitó toda vacilacion por lo que tocaba á sus proyectos.

La perspectiva de tener un puerto de mar defendido por fortificaciones, donde á la vez pudiesen depositar en seguridad la muchedumbre de personas inútiles que embarazaban el ejército, obtener un establecimiento firme para sus almacenes y una comunicacion franca con sus poderosos aliados á quienes creian ya marchando en su socorro, les quitó enteramente toda duda. Determinaron por consiguiente marchar á Granville, y por los mismos enviados británicos despacharon una respuesta, en la cual, despues de espresar sus intenciones y manifestar sus faltas, suplicaban que se enviase á un príncipe de

(1) Larroch. 281, Jom. IV, 327, 328. Beauch. II, 133. Guerres des Vend. II, 327.

la sangre real, con el objeto de que tomase el mando, terminando así las divisiones, que habian ya comenzado á paralizar sus movimientos [1].

Entre tanto, los republicanos hicieron cuanto estuvo en su poder, á fin de reparar el desastre, y mientras que Kleber trabajaba en Angers asiduamente para reorganizar su ejército, la Convencion daba un sangriento decreto, en el cual ordenaba "que toda ciudad que recibiese á los insurgentes ó los socorriese, sin hacer, por el contrario, cuanto estuviera en su mano para rechazarlos, fuese tratada como una ciudad rebelde, arrasada hasta la tierra, y los bienes de los habitantes, confiscados á favor de la República [2]." Afortunadamente la debilidad de sus ejércitos en la ribera derecha del Loira, estorbó que este decreto fuese llevado á ejecucion en general.

El ejército sufrió en Fougères una pérdida irreparable con la muerte de M. de Lescure, que espiró al fin á causa de la herida que recibió en la batalla de Cholet, y los largos padecimientos y ansiedades que habia sufrido desde entonces.

Este guerrero esperó su última hora con su serenidad acostumbrada: "Abrid las ventanas, dijo á su mujer que lo velaba á la cabecera de su cama. ¿Es ya de día?" "Sí, replicó ella, hay un sol espléndido." "Entonces, tengo un velo ante los

(1) Jom. IV, 329. Larroch. 281. Beauch. II, 152, 155

(2) Guerres des Vend. II, 231. Larroch. 269, 271. Beauch. II, 149.

ojos, observó el moribundo general; siempre creí que mi herida seria mortal, y no puedo ya dudarle por mas tiempo: querida mia, dos pesares únicos me acompañan á la tumba; dejáros es el primero, y el otro, el no haber podido colocar al rey en el trono; os dejo en medio de la guerra civil, con un niño desamparado, y ademas otro en el seno, y esto me despedaza el corazón. Nada temo por mí mismo; he visto muy á menudo á la muerte para que pueda tener miedo á sus terrores, y espero participar de la vida eterna: por vos solo lo siento;" y sus ojos se llenaron entonces de lágrimas. "Esperaba haberos hecho feliz. Perdonadme si he labrado vuestra desgracia, y consolaos con la idea de que estaré en el cielo. Por lo que toca á mí, llevo conmigo el santo pensamiento de que el Señor velará sobre vos." Pocos instantes despues habia cesado de vivir, al mismo tiempo que una benévola sonrisa se esparcia por sus tranquilas facciones. El piadoso cuidado de sus parientes encomendó su cuerpo á la tierra, depositándole en un sepulcro desconocido, y preservando así su cadáver de los furiosos insultos de los republicanos.

Los vendeanos, recobrados al fin de sus fatigas, avanzaron lentamente hacia

Granville, al que cercaron con treinta mil combatientes. La marcha habia sido tan lenta, á causa de sus embarazos, que no quedaba ninguna esperanza de sorprender la plaza, y la falta de artillería de sitio les imposibilitaba al mismo tiem-

Noviembre 14.
Los realistas rechazados en Granville.

po de poder abrir ninguna brecha; se resolvió por esto escalarla, porque el socorro inglés no había llegado, y las circunstancias en que se encontraba el ejército, demandaban imperiosamente un pronto triunfo. Después de haber los realistas preparado las escalas de asalto y amonestado á la plaza, avanzaron al ataque con tal ardor por parte de los soldados, que no solo se hicieron dueños de los arrabales, sino que se arrojaron á las obras exteriores, y algunos de los mas bravos subieron á las murallas, supliendo la falta de escalas con sus bayonetas, las que clavaban en los intersticios de las piedras. Aterrorizada la guarnicion, corria de lo alto de las murallas, cuando un desertor exclamó: "¡Traicion! nos han vendido!" y la impetuosa multitud, cediendo al impulso, se precipitó dentro del foso. El ataque continuó, pero no habiendo precedido ninguna clase de reconocimiento, y seguido además con una completa ignorancia de las fortificaciones, se efectuó por la parte menos vulnerable y en donde los que asaltaban, estaban espuestos á un severo fuego de flanco por parte de los buques armados del puerto. No obstante los mas heroicos esfuerzos, los vendeanos fueron rechazados al fin, y viendo el comandante republicano que no habia modo ninguno de arrojarlos de los arrabales, los incendió él mismo, siendo alimentada la conflagracion por una fuerte brisa que pronto los redujo á cenizas. Solo por las ardientes súplicas de los caudillos, volvieron los vendeanos segunda vez al asalto por entre las

ruinas humeantes de los arrabales, pero este ataque salió de nuevo infructuoso. Los sacerdotes, con el crucifijo en las manos, animaban su valor marchando á la cabeza; los oficiales conducian las columnas sobre las ruinas calcinadas de las casas, y las valientes tropas se arrojaban adelante, sin reparar la tempestad de fuego y de metralla que arrojaban contra ellos desde las murallas, acompañada del terrible cañoneo de flanco que hacian las lanchas estacionadas en el puerto. Ellos, sin embargo, despedazaron las palizadas, cruzaron el foso, y aun escalaron las murallas por algunas partes; pero la resistencia de los republicanos era tan tenaz como el asalto mismo; así es que, después de un sangriento combate de treinta y seis horas, y de una pérdida de ochocientos hombres, Enrique de Larrochejaquelein, se vió al cabo obligado con mucho disgusto á mandar la retirada [1].

Este golpe fué dañoso en gran manera para la causa vendeana. Larrochejaquelein y Stofflet determinaron adelantarse á Caen donde sabiase que existia un gran partido realista: habian salido ya á la cabeza de la caballeria con aquel objeto, cuando estalló una rebelion entre las tropas. La autoridad de los gefes fué lo primero que despreciaron, y el principe de Talmont acusado de querer escaparse á Jersey, fué aprehendido por los amotinadores, y solo con gran dificultad

(1) Larroch. 286. 288. Jom. IV, 332. Beauch. II, 163, 170.

pudo escapar de la muerte. La voz de Larrochejaquelein fué despreciada asi mismo, y solo Stofflet fué el único que pudo conservar alguna autoridad sobre las tropas. Los paisanos que jamas se habian sujetado á una disciplina regular, y no pudiendo comprender tampoco el plan de operaciones adoptado por sus gefes, clamaron ruidosamente contra cualquier paso ulterior que tendiese á prolongar su cansada marcha, é insistieron en volver inmediatamente á sus casas. Los generales despues de agotar cuanto les pudo sugerir la razon y la elocuencia, se vieron obligados á ceder al torrente, y dieronse órdenes para que todo el ejército se dirigiese hácia el Loira, causando esto un verdadedo placer á los soldados, quienes dijeron que pasarian por Angers aun cuando fuesen de hierro sus murallas. (1)

El ejército de vuelta á su pais tomó el camino de Pantorson. Rosignal habia reunido un cuerpo de diez y ocho mil hombres, y esforzóse en defender aquella ciudad, lo cual dió lugar á un sangriento combate en sus calles; pero era irresistible el ataque de los realistas que estaban convencidos de que debian abrirse paso, espada en mano, hacia la Vendea; los republicanos fueron arrojados á la bayoneta por en medio de las calles: sus artilleros despedazados al pie de sus cañones; y todo el ejército derrotado con la pérdida de todo

(1) Jom. IV, 332, 333. Larroch. 289. Beauch. II, 173, 175.

su bagage y artilleria. Rosignal se replegó á Dol, en donde habiendo recibido refuerzos considerables, y unidosse ademas con otro ejército republicano que hacia ascender su fuerza á treinta y cinco mil hombres, se empeñó en hacer frente al enemigo y oponerse á su vuelta á la Vendea.

Y en Dol. Sin embargo á la aproximacion de los realistas desocupó la ciudad, y su única y espaciosa calle se llenó con carruages, artilleria, carros de bagage y mas de sesenta mil personas que embarazaban el ejército. La accion comenizó á media noche con un vigoroso ataque de parte de los republicanos contra las avanzadas de los realistas formados en frente de la ciudad; al instante se comunicó la alarma, y las tropas empuñaron al instante sus armas, en medio de las suplicas y las lagrimas de sus mugeres é hijos, para quienes no veian esperanza de salvacion sino en su propio valor; el estruendo de los cañones, los gritos de los combatientes, el brillo que á la luz de las antorchas despedian los sables agitados al aire por los dragones al cargar al enemigo, y la instantanea iluminacion de las granadas que rebentaban por todas partes, llenaban de terror y angustia á esta muchedumbre desamparada. El primer ataque

de los realistas fué coronado por el triunfo; los republicanos fueron rechazados dos leguas; pero en el momento en que á causa del triunfo mismo se encontraban desordenados los realistas, Rosignal con su ala derecha atacó repentinamente la

izquierda de estos, y los rechazó con gran pérdida hasta la ciudad. [1]

La confusion allí llegó á ser indescrible; los fugitivos se abrieron camino por entre esa muchedumbre indefensa, mientras que la caballería en su fuga atropellaba á las mugeres y á los niños; la calle se cubria al mismo tiempo de victimas, heridos y moribundos, que rogaban á sus paisanos no los abandonasen en su desgracia. En este terrible extremo, estaban los gefes en tal estado de desesperacion, que buscaban la muerte; Enrique de Larrochejaquelein permaneció algunos minutos frente á una bateria con los brazos cruzados, mientras que Antichamps, Marigny y los otros capitanes, empleaban todos sus esfuerzos para detener á los fugitivos; Stofflet que habia sido arrastrado por el torrente, hacia tambien los mas vigorosos esfuerzos para detenerlos. Las mugeres arrancaban los fusiles de manos de los soldados, y los descargaban contra el enemigo; los sacerdotes con la cruz en la mano los exhortaban á volver al combate. El cura de Santa Maria de Ré en particular, arengaba á los hombres desde una altura, del modo mas energico. "Hijos mios, les decia, yo marcharé á vuestra cabeza con el crucifixo en mis manos; que se arrodillen cuantos quieran seguirme, y les daré la absolucion; si mueren, para ellos será el reino de los cielos; pero los cobardes que traicionan á Dios y á sus familias, seran asesinados por los Azules, y sus almas condenadas al

(1) Larroch. 292. Beauch. II, 184.

fuego eterno." Mas de dos mil hombres se arrodillaron entonces, recibieron la absolucion, y con el cura á su cabeza volvieron á la batalla esclamando "*Vive le Roy. Nous allons au Paradis.*" Estimulados los realistas de este modo renovaron el combate; á pocos instantes era tal la furia entre ambas partes, que cuando se habia agotado la municion, se enlazaban unos con otros, y con las manos se desgarraban el cuerpo; la confusion en las filas era tan completa, que vendedanos y republicanos se servian con frecuencia de las mismas cajas de municion. El valor de los realistas triunfó al fin: los batallones de voluntarios del ejército republicano, comenzaron á entrar en confusion, y su derrota llegó muy presto á ser general; todo el ejército huyó dispersado, unos á Rennes y otros á Fougues, dejando en el campo de batalla seis mil hombres entre muertos y heridos; (1) mientras que los realistas capitaneados por sus sacerdotes, volvian á Dal, apresurandose á entrar en las iglesias para dar gracias á Dios por su fortuita libertad de una situacion tan desesperada.

Los republicanos fueron rechazados, pero no derrotados; retiráronse á una posesion que habian fortificado muy bien al rededor de la ciudad de Antrain, poniendo así un obstáculo á la marcha que debian seguir los realistas. Los vendedanos los atacaron á medio dia, siendo conducidos por Larrochejaquelein, quien temia de

(1) Larroch. 300, 305. Jom. IV, 336, 337. Beauch. II, 197, 198.

jar pasar los primeros momentos de entusiasmo sin que pudiesen conseguir un triunfo decisivo. La obstinacion de los republicanos detuvo por largo tiempo el furioso ataque de los realistas; pero tomaron al fin los atrincheramientos, y aquellos corrieron por todas partes. Vencedores y vencidos entraron mezclados en Antrain, siguiéndose en medio de las calles apiñadas de aquella ciudad, escenas de sin igual horror. En la confusion de la huida, los soldados, la gente que acompañaba á los campamentos y los heridos, estaban todos agrupados en medio de la artillería y de los carros del bagaje; así pues, todos cayeron en manos de los realistas; y habriase seguido allí una horrible carnicería ejecutada por estos, exasperados entonces hasta el mas alto grado, por las crueldades de los republicanos; pero interpusiéronse sus gefes, engrandeciendo su triunfo por un acto de extraordinaria humanidad. Los heridos que cayeron en su poder, no solo fueron tratados y vestidos con el mismo cuidado que sus propios soldados, si no que sin cange ninguno fueron enviados á Rennes, con una carta para las autoridades republicanas de aquella ciudad, en la cual despues de referir la atroz crueldad ejercitada por sus tropas en la Vendea, añaden, "pero el ejército real tan solo se venga de las sangrientas atrocidades de sus enemigos, con actos de humanidad (1)."

Estas grandes victorias restauraron otra vez la causa de los realistas, porque durante la pri-

[1] Beauch. II, 200, 203.

mera confusion que se siguió á su derrota, los republicanos no estaban en estado de estorbarles, ni que llegasen al puente de Cé ó Saumur, ni aun que se apoderasen de Nantes ó Granville, de cuyos puntos se habian retirado entonces las guarniciones [1].

Despues de un largo consejo los generales determinaron volver á aquel lugar, el cual era entonces una presa fácil, pudiendo desembarazarse en él al mismo tiempo, de la muchedumbre que les seguia, y abrir una comunicacion con Inglaterra. Empero, no bien llegó á trascenderse este plan, cuando entre las tropas estalló otra vez una abierta rebelion, siendo tan vehemente el motin, que solo pudo apaciguarse con la inmediata resolucion de que el ejército marchase á Angers. "Considerad, decian, cuán formidable es la República; jamás hemos afrontado un combate por sangriento que pareciera, que no fuese el preludio de otro mas sangriento todavía. ¿No estamos debilitados por inmensas pérdidas, é incapaces totalmente de levantar una insurreccion en Bretaña? ¿Qué podemos hacer entonces en un país inhospitalario, sin socorro, sin apoyo, y á menudo sin pan? Volvamos á la tierra que nos dió el ser; allí encontraremos al menos algunos vestigios de nuestros altares, algunas ruinas de nuestras casas, donde podamos guarecernos, ó en último caso, donde se nos permita siquiera reposar tranquilos en la tumba. Allí

[1] Jom. IV, 333.

nuestros cadáveres no serán como aquí, la presa de los buitres y de las bestias feroces. ¿Qué podemos esperar de los bretones? ¿Acaso no nos tratan cual si fuésemos bandas de ladrones? Apresurémonos, pues, á ganar la Vendea. Charrette aun infunde el espanto en medio de sus bosques; unamos nuestros estandartes á los suyos y ¡quién sabe si él nos podrá conducir aún á la victoria!" Este discurso inflamó la imaginación del pueblo á tal extremo, que cuantos esfuerzos se hicieron para dominarlo, fueron infructuosos. En vano se desplegaron las banderas en el camino de Pantorson, y en vano tambien emplearon los gefes todos los esfuerzos para obligarlos á que los siguiesen; un motin mas terrible que el de Granville se levantó por todas partes, y los gefes contra toda su voluntad se vieron obligados á tomar el camino del Loira. Así pues marcharon en seguida, pasando por Fougueres, Ernee y Laval, sin ser inquietados por el enemigo; pero el valor de los soldados se encontraba muy abatido á causa de los espectáculos de horror con que se encontraban al pasar de nuevo por las ciudades que habian ocupado anteriormente. Por todas partes los enfermos, las mugeres y los niños que se habian dejado atrás, habian muerto á manos de los republicanos, y sus cadáveres aun estaban insepultos en las calles; los mismos propietarios de las casas que los ampararon, tambien habian caido sin misericordia al filo de la espada republicana. Todos se acercaban á Angers con la con-

vicción de que en el curso de esa terrible guerra, debian caer tarde ó temprano, ya fuese en el campo, ya en el cadalso (1).

Angers, rodeado de una vieja muralla, y embarazado por vastos arrabales, estaba defendido tan solo por una pequeña guarnicion; el general Dancican á la cabeza de una brigada habia entrado en ella, menos con la esperanza de defenderla, que de obtener una regular capitulación, y si las tropas hubiesen sabido dar un *coup de main*, la plaza habria sido una presa fácil, y todas las medidas de la Convencion se hubieran podido trastornar; pero el ataque no fué llevado á cabo con mas habilidad que el de Granville, y las tropas, exhaustas por la fatiga y el sufrimiento, no mostraron su valor acostumbrado. Por mucho tiempo se concretaron tan solo á un cañoneo lejano; pero al fin, despues de treinta horas de un combate terrible, llegaron á las murallas y comenzaban á escalarlas, cuando su retaguardia fué acometida por la caballería republicana, destacada por Rosignal, con el objeto de molestar á los sitiadores. M. Forestier rechazó prontamente el ataque con la caballería vendeaná; sin embargo, la confusión ocasionada por esta desgraciada alarma fué tal, que un temor repentino se apoderó del ejército, desampararon las murallas, y sin orden ninguno comen-

(2) Larroch., 309 Jom., IV., 338. Beauch., II., 297, 208.

zaron á desfilan en confusión hácia Beaugé. Los gefes emplearon todo su poder á fin de conducirlos al asalto, pero fué en vano, y aun se avanzaron hasta prometerles el saqueo, de la ciudad caso que triunfasen; pero era tal la virtud de aquel pueblo sencillo aun en medio de tantas desgracias, que rechazaron con horror semejante propuesta diciendo, que Dios los abandonaria si alimentaban tales proyectos (1).

Apenas el ejército habia llegado á Beaugé, cuando conocieron los ruinosos resultados del paso que habian dado. Por aquella parte no tenían medios ningunos para cruzar el Loira, sino por Saumur y Tours, cuyos puentes, defendidos por numerosas guarniciones, les impedian efectuar su objeto. Una consternacion general se apoderó de las tropas, pues no obstante estar á la vista de sus casas, les era casi imposible cruzar el rio. Este mal crecia con espantosa rapidez; los gritos de los heridos á quienes era preciso abandonar en la marcha, despedaban todos los corazones; lo espantoso de los caminos, el hambre que empezaba ya á dejarse sentir, y en fin, la muchedumbre llorosa que rodeaba á los soldados, todo contribuia á enervar á los mas varoniles corazones. Los gefes no sabian qué partido tomar, y los soldados estaban desesperados [2].

(1) Jom., IV., 340. Larroch., 310. Beauch., II, 214, 216.

(2) Jom., IV., 340. Larroch., 313, 314.

La firmeza de M. de Larrochejaquelein no le abandonó en esta cruel estremidad, y despues de pesar con madurez cuantas reflexiones se presentaban naturalmente, resolvióse cambiar la marcha del ejército, y moverse por la Felche hacia el Mans. La retirada era protegida por una fuerte retaguardia porque de frente no se temia ningun peligro; grande fué, pues, la consternacion de las tropas, cuando á su llegada á La Felche encontraron el puente roto, y cinco mil hombres ademas, que ocupaban la orilla opuesta del rio, mientras que su retaguardia era vehementemente asaltada; pero la presencia de ánimo del general los salvó de una ruina manifiesta. Ordenando hacer alto á la retaguardia, tomó trescientos de sus mas bravos soldados de caballería, puso á cada uno un granadero *en croupe*, y á la caída de la noche, despues de haber atravesado el rio por un vado que se hallaba mas arriba, atacó á los republicanos en la obscuridad. Un terror repentino se apoderó de aquellos, quienes se dispersaron y corrieron por todas partes, mientras que Larrochejaquelein restablecia el puente, y daba un dia de reposo á su ejército tan fatigado ya; despues de esto, continuaron su marcha hasta Mans sin oposicion ninguna (1).

Esta ciudad estaba destinada á presenciar la ruina de la causa realista. Las tropas llegaron allí en tal estado de fatiga y sufrimiento, y tan abatidas ademas, que facilmente podia

El 10 de Diciembre fueron derrotados con inmensa pérdida en Mans.

(1) Larroch. 317. Jom, IV, 342. Beauch. II, 222, 225.

preverse que serian incapaces de resistir un ataque vigoroso; seis meses de incesantes marchas y combates no solo habian dibilitado su energia, sino agotado tambien su fuerza. Estaban en el mismo estado que el grande ejército cuando su retirada de Moscow, añadiendose á esto la carga de una muchedumbre sin fuerzas é igual en número á los soldados, que entristecia todos los corazones con el cruel espectáculo de sus padecimientos. El número de enfermos y heridos hacia absolutamente necesaria la detencion de algunos dias, dando asi tiempo á los generales republicanos, para que concertasen el modo

Diciembre 12, de aniquilarlos. Por todas partes se acumulaban fuerzas numerosas.

Marceau, Westerman y Kleber, habian reunido cuarenta mil hombres con los que atacaron al desalentado ejército realista, incapaz bajo todos aspectos de resistir un serio asalto; pero estehizo una heroica defensa no obstante que apenas pudieron reunirse unos doce mil hombres capaces de hacer frente al enemigo. Larrochejaquelein colocó en un bosque de abetos á sus mas valientes soldados, desde donde mantuvieron un fuego terrible, tanto tiempo, cuanto pudieron tener al alcance la izquierda de los republicanos; pero habiendo Kleber desalojado á la division de Stofflet de su posicion, todo el ejército fué arrastrado como un torrente dentro de la ciudad, y aun alli mismo se resistieron del modo mas obstinado. Larrochejaquelein colocó cañones en todas las calles que desembocaban

á la plaza mayor, llenó de mosqueteros las casas de esas mismas calles; y un fuego terrible se desprendió de todas partes, acrecentando asi los horrores del combate nocturno. Empero, despues de una espantosa noche de sangre, los soldados republicanos quedaron al fin dueños del campo por todas partes; á Larrochejaquelein le mataron dos caballos, y á pesar de los mas heroicos esfuerzos, las masas de la multitud fueron arrojadas de la ciudad, y dispersadas en el momento en que llegaban á la parte opuesta. La escena de horror y confusion que se siguió allí, desafía por cierto la descripcion mas atrevida; en vano Larrochejaquelein reunió mil quinientos hombres, á fin de oponerse á las columnas victoriosas; fué herido y atropellado entre el tumulto y dispersados los suyos, empezando entonces los republicanos una carniceria sin distincion con los espantados fugitivos.

Diez mil soldados é igual número de mugeres y niños perecieron al filo de sus incansables espadas, mientras que toda su artillería y una cantidad incalculable de bagage cayó en manos de los vencedores. Los que conservaron su vida, la debieron particularmente al heroismo del caballero de Duhaux y del vizconde de Scepeaux, que con ochocientos bravos se sostuvieron hasta lo último, descargando con sus propias manos los cañones de una batería que apoyaba la retaguardia, porque ya todos los artilleros habian caido á su lado. Aquellos republicanos sin compasion ninguna, mataban por miles á las mu-

geres y á los niños; la juventud, las gracias, el rango y la belleza, todo lo despreciaban, y aquella inmensa multitud que para evitar su destrucción se agolpaba mas estrechamente, pereció bajo las espantosas é incesantes descargas de metralla ó de mosquetería, mientras que los representantes de la Convencion velaban con ojos impasibles sus últimas agonias (1).

Todos los realistas que habian escapado de la muerte, se reunieron en Laval dos dias despues, y resolvieron marchar á Ancenis con el designio de tentar segunda vez el paso del Loira. Un bote tan solo encontraron en aquella ciudad; pero en la opuesta orilla guardada por patrullas del enemigo, habia cuatro buques grandes cargados de heno. Viendo Enrique de Larrochejaquelein que ninguno tenia valor suficiente para intentar apoderarse de ellos, saltó dentro del bote, mientras que M. de Langerie y ocho soldados conducian otro que se habia traído en los carros. El rio, hinchado con las lluvias del invierno, corria cual un torrente impetuoso, al mismo tiempo que todos los ojos seguian con una ansiedad de muerte á las frágiles barcas de los que defendian la salvacion de todos. Llegaron al fin á la opuesta orilla, y los paisanos comenzaban ya á trabajar con ardor en la descarga de los buques, cuando apareciendo un destacamento de republicanos en

(1) Jom., IV., 343, 344. Larroch., 320, 322. Lac., IX., 167, 168. Beauch., II., 230, 238.

la ribera donde habian desembarcado, atacó y dispersó á los soldados de Larrochejaquelein viéndose obligado él mismo á refugiarse en el bosque vecino. Al mismo tiempo una lancha cañonera del enemigo apareció en el rio, y con algunas cuantas descargas echó á pique todas las jangadas que habian formado los paisanos con ardiente prisa á fin de pasar cuanto antes; en esto se hallaban cuando aparecieron las avanzadas de Westerman y los atacaron por retaguardia, y el ejército se vió privado de su caudillo en el momento mismo en que su habilidad le era mas necesaria que nunca (1).

La desesperacion se apoderó entonces de todas las tropas que sin provisiones ni capitanes corrieron en confusion hácia Niort y de allí á Savenay, á pesar del terrible turbion de nieve que caía. El ejército se dispersó por todas partes, los enfermos y heridos fueron abandonados, los mas intrépidos se dirigieron en partidas sueltas á las orillas del Loira, y mas de mil fueron tras-

portados en la noche, formándose de ellos el nucleo de esas intrépidas bandas de Chouanes, que desolaron por tanto tiempo el Morbihan, mientras que otros menos decididos se vendian á los republicanos con la esperanza de aquella amnistia tendida cual una red á sus postrados enemigos. Unos diez mil, de los cuales seis mil á lo sumo estarian ar-

(1) Larroch., 322, 323. Jom., IV., 345, 346. Beauch., II., 243, 245.

mados, pudieron apenas reunirse en Savenay, en donde á pesar de todo hicieron una briosa defensa.

Sus generales, M de Marigny, Fleuriat, el príncipe de Talmont, y otros indomables gefes, incitaban á los soldados á pelear con el corage de la desesperacion; todos los heridos que podian sentarse á caballo, y hasta las niñas y muchachos, se apoderaron de los mosquetes de sus padres y hermanos y se unieron á las filas. Por largo tiempo y con heroica resolucion, tuvieron á raya las tremendas columnas de los republicanos, y cuando se vieron al fin obligados á retirarse, se replegaron con las mugeres á vanguardia, protegiendo su retira con las pocas piezas de artilleria colocadas á retaguardia hasta que se hubo gastado su último cartucho; y aun mucho despues que se vieron imposibilitados de descargar sus piezas, la retaguardia continuó en pelear con indomable valor, sirviéndose de sus espadas y bayonetas hasta que cayeron todos bajo el fuego de sus enemigos. "Yo examiné sus cuerpos, decia el general republicano en su parte á Merlin de Thionville, y reconocí el fiero, semblante y la invencible resolucion de los que habian peleado en Cholet y en Laval. Los hombres que han vencido á semejantes enemigos, nada tienen que temer á ningun pueblo. Aquesta guerra tan ridiculizada á menudo, como una contienda con ladrones y paisanos, ha sido el mas terrible ensayo de la república, y estoy firmemente convenci-

Diciembre 23

do de que nuestras batallas con otros enemigos, seran tan solo un juego de muchachos [1].

Esta derrota fué un golpe de muerte para la causa vendeana. De ochenta mil almas que seis semanas antes habian cruzado el Loira, tres mil apenas volvieron en partidas separadas á la Vendea. Un gran número de ellos fueron amparados por la atrevida hospitalidad de los vendeanos, y otros muchos libertados de la salvaje crueldad de sus perseguidores; entre estos se hallaban las señoras de Larrochejaquelein y Bonchamps, que escaparon de peligros sin ejemplo y vivieron para facinar al mundo con la espléndida historia de las virtudes de sus esposos, y con el brillo de sus propios infortunios. Otros mas desgraciados cayeron en poder de los republicanos que los persiguieron noche y dia durante aquel espantoso invierno de 1794, arrastrando á la prision y al cadalso á los hombres mas nobles de la Francia [2].

En la guerra todo depende de la rapidez de la egecucion y del atento cuidado con que debe aprovecharse el triunfo; si este se desperdicia una vez tan solo, entonces ya no vuelve jamas. Apenas los estandartes realistas habian desaparecido de la corte de Bretaña, cuando el tardío socorro de los ingleses mandado por Lord Moira, el mismo que tanto habia

Movimientos tardíos de la Inglaterra para apoyar á los insurgentes

(1) Larroch., 345., 349. Jom. IV, 348, 349., Lac., IX., 168, 169. Beauch., II., 250, 559.

(2) Jom., IV., 349. Larroch., 350, 351.

hecho á fin de apresurar los preparativos, apareció en la costa de Cherbourg, trayendo á su bordo ocho batallones ingleses, cuatro mil hannoverianos y dos mil emigrados, que hacían ascender toda la expedición á diez mil hombres. A pesar de haberse demorado en la costa por algunos días, aguardaron en vano las señales esperadas y al fin recibieron noticia de la derrota de los realistas en Granville; entonces volvieron á Guernsey, en donde se deshizo la expedición. Si el socorro hubiese llegado á la costa quince días antes, ó que al menos hubiesen aparecido algunas fragatas inglesas á la vista de Granville, durante el asalto, con el objeto de intimidar á los republicanos, y alentar el valor de los realistas, se habría tomado la ciudad, hubiérase efectuado la reunion de las tropas inglesas y realistas y las fuerzas unidas podrian haber marchado hasta Paris. (1)

La expedición del otro lado del Loira, fué ruinosa sin duda ninguna á la causa de la Vendea, y sin embargo, jamas un ejército en circunstancias iguales, adquirió mas esplendidos triunfos, ni concluyó tampoco de un modo mas fatal. Antes de ser aniquilados y estando sin provisiones á una distancia de cuarenta leguas de su propia tierra y rodeado por tres ejércitos enemigos, marchó ciento y setenta leguas en seis días, tomó doce ciudades, ganó siete batallas, mató veinte mil republicanos y les tomó cien

(1) *Jom.*, IV., 351. *Beauch.*, II., 178, 181.

piezas de artillería, trofeos mucho mas grandes que cuantos ganaron los soberbios ejércitos de los aliados durante toda la campaña. [1]

Mientras que la mayor parte de las fuerzas vendeanas estaban empeñadas en esta peligrosa y fatal expedición, Charrette con algunos miles de hombres que quisieron seguir sus banderas, se apoderó de la isla de Nourmoutiers donde los republicanos habian dejado una guarnición muy ligera. Al momento comenzó á fortificarla cuidadosamente, con el fin de convertirla en hospital para sus enfermos y heridos y tambien como un lugar de depósito para sus almacenes. [2] Desde esta plaza fortificada, hizo con suceso vario diferentes expediciones á las provincias circunvecinas durante el invierno de 1793 y parte del 94, hasta que los restos desgraciados del grande ejército, volvieron de su expedición del otro lado del Loira. El general republicano escribía con frecuencia al regidor de una aldea, que si los habitantes permanecian en sus casas no sufrirían ningun daño; si lograba tranquilizarlos con esta mentirosa promesa, sino huían, entonces rodeaba la aldea con sus soldados y todos eran entregados á la muerte sin misericordia. (3)

El general Thurreau fué nombrado general en jefe del ejército de Occidente, encontrándose no-

(1) *Beaulh.*, II., 260.

(2) *Beauch.*, V., 258. *ib.*, II 563, 597.

(3) *Larroth.*, 144.

minalmente á la cabeza de cincuenta mil hom-
 bres, de los que solo la mitad estaban en
 estado de activo servicio, el resto eran heridos,
 enfermos ó gente que se moría en los hospita-
 les. Thurreau comenzó sus operaciones hacien-
 do un desembarco en la isla de Noirmoutiers,
 de la cual, en ausencia de Charrette, se apode-
 ró fácilmente. Allí encontró á D'Elbée cubierto
 de heridas, quien después de la batalla de Cho-
 let habia sido trasportado á aquel lugar de se-
 guridad. Cuando los soldados entraron á su
 cuarto, en el que no podía levantarse de su lecho,
 esclamaron: "¡Conque al fin tenemos á D'El-
 bée!"—"Sí, aquí teneis á vuestro mas grande
 enemigo, y si hubiese podido empuñar una es-
 pada jamas habriais tomado á Noirmoutiers."
 Sufrió mas tarde un largo interrogatorio, al que
 respondió con igual firmeza y buena fé, y senta-
 do en una silla, de la cual no le permitian levan-
 tarse sus heridas, recibió la muerte con firme
 constancia. Las últimas palabras que pronunció
 fueron para salvar á un inocente, á quien con-
 dujeron con él á la ejecución. El oficial que pre-
 cedía ésta, nombró á D'Elbée y á otros dos que
 fueron colocados juntos, entonces llamó de nue-
 vo. "Vieland, el traidor que vendió Noirmoutiers
 á los rebeldes."—Al instante D'Elbée reunien-
 do las pocas fuerzas que le quedaban, exclamó:
 "No, caballeros, Vieland no es un traidor; jamas
 ayudó á nuestro partido, y vais á asesinar á un
 inocente;" pero apenas habia pronunciado estas
 generosas palabras, cuando se dió la orden de

hacer fuego y todos cuatro cayeron juntos. Su
 muger fué ejecutada al dia siguiente con la ge-
 nerosa posadera que la habia amparado en su
 infortunio y ambas manifestaron en sus últimos
 momentos el mismo valor que mostrara el ase-
 sinado general. Un gran número de realistas
 fueron fusilados al mismo tiempo entre los cua-
 les se hallaban dos jóvenes, hijos de Maignan
 de l'Ecorce, que habian seguido á su padre á la
 batalla con un valor muy superior á sus años (1).

Enrique de Larrochejaquelein no sobrevivió
 mucho tiempo á su bravo general. Después de
 haberse separado del ejército en el camino de
 Mans, se refugió en el bosque de Visins cerca
 del Loira, desde donde hizo frecuentes incursio-
 nes contra los puestos republicanos, y con tal
 suceso, que su pequeña partida se acrecentaba
 diariamente, siendo un manantial de incesantes
 inquietudes para los republicanos. En una de
 sus correrías hizo prisionero á un ayudante ge-
 neral; portador de una orden, para que se pro-
 clamase á los paisanos una amnistía completa, y
 que una vez sometidos, se les matase á todos;
 descubrimiento que contribuyó de una manera
 poderosa á perpetuar la guerra, quitando toda
 esperanza á los vencidos. Al fin aquel valiente
 general, cayó víctima de su misma humanidad.
 Acercándose á dos soldados republicanos contra
 quienes se preparaba á caer su partida, se ade-
 lantó exclamando: "Rendíos, os doy cuartel."

[1] Jom., V., 565. Larroch., 402, 403. Beauch., II.
 347.

No bien habia pronunciado estas palabras, cuando disparándole los soldados, le ^{Marzo 4.} hicieron caer muerto. Veinte y un años tenia entonces. Cuando sus soldados le enterraron en el lugar mismo en que habia caido dijeron: "Ahora sí que la Convención puede decir con verdad que la Vendea ya no existe [1]."

Al mismo tiempo el príncipe de Talmot, murió víctima de la venganza republicana. Habiendo caido prisionero cerca de Laval, y despues de que por algun tiempo se le hubo conducido como en triunfo de ciudad en ciudad, fué ejecutado en el patio de su propio castillo. Cuando fué traído ante sus jueces, dijo: "Descendiente de Latremouilles, é hijo del señor de Laval, mi deber me mandaba servir al rey, y hasta mis últimos momentos mostraré que era digno de defender el trono. Sesenta y ocho combates contra los republicanos me han familiarizado con la muerte."—"Vos sois un aristócrata, y yo un patriota," dijo el juez. —"Haced vuestro oficio, señor, replicó él, que por lo que toca á mí, ya he cumplido mi deber [2]." Ofreciéronle la vida á su fiel criado, pero rehusó sobrevivir á su amo y le siguió al cadalso.

La ejecucion de estos bravos gefes puso un término al primer periodo de la ^{Inauditas crueldades de los republicanos.} guerra de la Vendea. Podía ésta haber terminado entonces, si los

[1] Lac IX., 178. Beauch., II., 374, 375. Larroch., 406.

[2] Larroch., 308. Beauch., II., 262, 263.

republicanos hubiesen hecho un uso humano de su victoria, y si hubieran querido envainar la espada de la conquista, una vez que ella habia destruido á sus enemigos en el campo de batalla. Empero se acercaba ya el mas terrible periodo de la tragedia, pues tras de sus ejércitos vinieron aquellos demonios en forma humana, que aun sobrepujaron los horrores de Marat y Robespierre, tiznando la historia francesa con un borron mas negro que la espantosa tiranía de Neron ó el degüello de San Bartolomé. Sus atrocidades arrebataron toda esperanza á los vencidos, y en medio de la desesperacion y la venganza brotó aquel nuevo semillero de las bandas de COUAN, que bajo Charrette, Stofflet y Tinteniac, mantuvieron por largo tiempo la causa realista en las provincias de Occidente, llegando á ser para los republicanos mas fatales que todos los ejércitos de Alemania.

Thurreau fué el primero que empezó contra los vendeanos un sistema de guerra de esterminio. Formó doce cuerpos llamados con mucha justicia *infernal columns*, cuyas órdenes eran atravesar el pais en todas direcciones, aislarlo de toda comunicacion del resto del mundo, robar ó destruir todas las mieses y ganado, asesinar á todos los habitantes y arrasar las casas: estas órdenes se ejecutaban desgraciadamente con excesiva fidelidad. Las columnas infernales entraron en el pais por todas partes; su camino podia trazarse por el incendio de las aldeas, y conocerse sus pasos por los cadáveres de los habi-

tantes asesinados. Un escritor republicano, que vivía en la misma época, ha trazado el carácter de estas hazañas. "Parecía que ya no se consideraba á los vendeanos como hombres; las mugeres embarazadas, los niños en la cuna, las bestias del campo, las piedras, las casas y hasta la tierra misma, parecían á los republicanos enemigos dignos de un completo esterminio [1]." Empero de este horrible modo de hacer la guerra se originaron nuevas dificultades para los invasores; á consecuencia de aniquilarlo todo, comenzaron á faltar las provisiones así para ellos como para sus enemigos, y las bandas de Chouhuanes se aumentaban por la muchedumbre á quien con el incendio de sus habttaciones y la muerte de sus parientes habian impulsado á la desesperacion. Fortificado el indomable Charrete con tales reclutas, mantenía la lucha y á menudo tomó una sangrienta venganza de sus enemigos. Conociendo todos los caminos y emboscadas del pais, capaz de sufrir el hambre, sereno en el peligro, alegre en la desgracia, afable con sus soldados, inagotable en sus recursos é invencible en sus resoluciones, desplegó en aquella contienda de guerrillas el talento de un consumado general. En vano Thurreau mandó contra él, al general Haxo, uno de los mas hábiles de los gefes republicanos. Su infatigable contrario se retiró delante de él, hasta que llegó á un lugar á propósito para su ataque, y volviéndose entonces á los suyos les mandó hacer

(1) Toul. V, 199. Beauch. II, 359.

alto. "Bastante nos hemos retirado les dijo, es tiempo ya de manifestar á la Convencion que la Vendea existe todavia. Animados asi se precipitaron con tal furia contra sus enemigos, que rompieron la columna y la pusieron en fuga, siendo muerto el mismo general, en los momentos en que se esforzaba valientemente para restaurar el combate. [1]"

Mientras que Thurreau proseguia en la Vendea con éxito vario su sistema de esterminio, el cadalso se habia levantado en Nantes, comenzando entonces aquellas infernales egecuciones, que añadieron á la revolucion francesa una marcha sin igual desde el principio mismo del mundo. Instalóse allí bajo la direccion de Carrier un tribunal revolucionario que muy pronto dejó atrás aun la rápida marcha de Robespierre y de Danton. "Su sistema, dice el historiador republicano, era que se debia destruir *en masse* á todos los prisioneros. Por su mandato se organizó un cuerpo llamado la Legion de Marat de Marat compuesto de los revolucionarios mas atrevidos y mas sedientos de sangre, quienes bajo su sola autoridad estaban facultados para encarcelar á la persona que designasen. El número de prisioneros ascendió muy presto á tres ó cuatro mil, repartiéndose entre ellos todas sus propiedades. Siempre que se experimentaba, la falta de nuevos prisioneros,

(1) Jom. V, 562, 572 573. Lac. IX, 174, 176. Benuch. II, 369, 371, 310, 318, Larroch. 414.

esparciase la alarma de una contra-revolucion, se tocaba la *generale*, se preparaban los canones, siendo seguido todo esto de innumerables arrestos, y cuidándose de no prolongar su prision. Los infelices eran entonces o asesinados a puñaladas en las prisiones, o sacados en un baque y ahogados a montones en el Loira. En una ocasion, "cien sacerdotes fanáticos" como se les llamaba fueron sacados juntos, desnudados, y precipitados en las ondas. La misma embarcacion, sirvió tambien para algunas de aquellas espantosas *navades*, [1] dando margen para nuevos arrestos el horror que manifestaron muchos ciudadanos por aquellas terribles ejecuciones. Mujeres embarazadas, niños de ocho nueve y diez años, fueron arrojados juntos en el rio, á cuyas orillas se colocaban hombres armados de sables á fin de cortarles las manos, dado caso que las olas los arrojasen á la costa antes de haberse ahogado. Los ciudadanos imploraban á gritos las vidas de aquellos inocentes, y muchos se ofrecian á adoptarlos por hijos; pero aun cuando á tantas súplicas cedieron unos cuantos, la mayor parte de ellos eran condenados á muerte. Asi se destruian todas las generaciones á la vez, el orgullo del presente y la esperanza del porvenir." [2]

Por solo el mandato de Carrier y sin ninguna

(1) La accion de ahogar á muchas personas juntas.

(2) Toul. V, 103, 104. Beauch. II, 270, 281.

Bautismos republicanos de Carrier.

clase de proceso se mandaron guillotinar en una ocasion veintitres realistas, y en otra, veinticuatro.

El verdugo representó contra estos procedimientos, pero en vano. Entre ellos se hallaban niños de siete y ocho años y siete mugeres; el ejecutor impresionado con lo que habia hecho, murió lleno de horror á pocos dias despues. En otra ocasion, ciento cuarenta mugeres encarceladas como sospechosas fueron ahogadas juntas, apesar de que se habian ocupado activamente en hacer vendas y camisas para los soldados republicanos. Era tan grande la multitud de cautivos que se traia de todas partes, que los verdugos lo mismo que la compañía de Marat, declararon que se encontraban aniquilados por el trabajo, adoptando entonces para deshacerse de ellos un nuevo método, practicado por Neron; pero mejorando sin embargo el plan de aquel tirano.

Ciento á ciento cincuenta victimas mugeres y niños la mayor parte, se colocaban juntos en un bote con una escotillon en el fondo, el cual era llevado al medio del Loira. A una señal convenida, la tripulacion saltaba en otro bote, abriase entonces el escotillon y las desgraciadas victimas eran sumergidas en las olas en medio de las rechiflas de la compañía de Marat, que estaba colocada en las orillas con el objeto de despedazar á los que se acercasen á la ribera; esto era lo que llamaba Carrier *Bautismos republicanos*. Los *Matrimonios republicanos* eran, si po-

sible es de una crueldad mas refinada. Des personas de diferente sexo, por lo general dos ancianos ó dos jóvenes completamente desnudos, eran atados juntos, espuestos á ese martirio por el espacio de una hora y media, y despues se les arrojaba al rio. Hase provado con documentos auténticos que seiscientos niños habian perecido de aquella manera execrable, siendo tal la cantidad de cadáveres acumulados en el Loira que el agua de aquel rio estaba corrompido hasta el punto de hacerse necesario un decreto público prohibiendo el uso de ella á los habitantes [1]. Cuando los marinos levantaban sus anclas, arrastraban con ellas los botes cargados de cadáveres; una muchedumbre inmensa de pajaros de presa se alimentaban en la costa de carne humana, mientras que el pescado mismo llegó á hacerse tan ponzoñoso, que la municipalidad de Nantes prohibió la pesca de ellos, (2)

Las escenas que precedieron en las prisiones á estas horribles matanzas, exceden cuanto el romance puede inventar de terrible. Algunas mugeres creyendo que iban á ser conducidas á los *noyades* morian de espanto en el momento en que un hombre entraba en sus calabozos; el pavimento estaba cubierto con los cadáveres de sus hijos; muchos de los cuales palpitaban aun con las úl-

(1) Beauch. II, 281, 283. Th. IV, 373. Lac. XII, 164, 165. Toul. V, 104, 105, 120.

(2) Th. VI, 314.

timas agonias de la muerte. En una ocasion entró el inspector en las prisiones con el objeto de buscar un niño; la tarde antes habia dejado en ellos mas de trescientos, y sin embargo, todos habian desaparecido en la mañana, habiéndoseles ahogado la noche anterior. A todas las peticiones de los ciudadanos en favor de aquellas víctimas inocentes, respondia Carrier. "Todos ellos son vívoras, dejad que los ahoguen. Trescientos jóvenes de Nantes fueron ahogadas por él en una sola noche, quienes tan lejos de haber tomado ningua parte en las contiendas políticas, pertenecian por el contrario á aquella clase infortunada, que existe para los placeres de los otros; por algunos meses fueron arrojados al rio cada noche cientos de personas; sus gritos que se oian á bordo de los barcas, despertaban á todos los habitantes de la ciudad y helaban de horror el corazon. Quince mil personas perecieron alli en un mes á manos del verdugo, ó por las enfermedades de la prision. El número de víctimas sacrificadas allí durante el reinado del terror pasan de treinta mil personas. (1)

Los paisanos de ambos sexos de la Vendea, iban casi siempre á encontrar la muerte con el valor mas heroico, y perecian proclamando abiertamente sus opiniones, al mismo tiempo que gritaban al caer. *Vive le Roy! nous allons en Pa-*

[1] Toul. V, 119, 129. Larroch. 394. Beauch. II, 284, 285. Th. IV. 334, Prudhomme, Vict. de la Revolution. Chateaubriand. Etud. Hist. I, Pref. 45.

radis. Ejemplos innumerables de heroísmo acontecian, particularmente entre las mugeres! Madama de Jourdain habia sido sacada para ahogarla en union de sus tres hijas; un soldado deseaba salvar á la menor de ellas, la mas bella; arrojose á el agua á fin de participar del destino de su madre, pero habiendo caido en un monton de cadáveres no pudo sumergirse. "Empujadme esclamó el agua no está bastante profunda" y se hundió bajo su empuje. Mme. de Cuissan de diez y seis años apenas y de la mas sorprendente belleza, escitó la mas loca admiracion en un jóven oficial de husares quien por el espacio de tres horas le rogó arrodillado, que la permitiese salvarla, pero como no pudo libertar al mismo tiempo á su anciana madre, que participaba con ella de la cautividad, rehusó la vida, y á la par que su madre se arrojó ella misma en el Loira. (1)

Agata de Larrochejaquelein se salvó de la manera mas estraordinaria. Habia ella dejado su asilo en una caña de Bretaña, á consecuencia de la engañosa amnistia que habian decretado los republicanos con el fin de inducir á sus victimas á dejar su retiro; al momento fué aprehendida y conducida ante Lamberty uno de los atroces satelites de Carrier, pero su belleza escitó la admiracion de éste; "¿tienes miedo?" le preguntó él. "No general" replicó la digna heredera de aquel gran nombre. "Pues bien, cuan-

[1] Larroch. 392, 393.

do tengas miedo manda llamar á Lamberty. Cuando fué llevada al entrepuente de la barca y viendo la muerte tan cercana, recordó las palabras y mandó llamar al general. En la noche la tomó á solas consigo y entraron en un pequeño bote de escotillon que Carrier le habia dado para sus asesinatos privados, y la declaró que era preciso sacrificarse á sus deseos; ella se resistió á lo cual amenazóla con que la arrojaria al rio, pero la jóven anticipose y corrió á la orilla para precipitarse á el agua. El republicano conmoviöse entonces, "eres una guapa muchacha le dijo, y quiero salvarte. En efecto la dijo oculta en el fondo del bote entre algunos arbustos de la orilla del rio en donde permaneciò ocho dias con sus noches, presenciando los incesantes asesinatos nocturnos de sus camaradas de prision. Al fin fué sacada de su escondite y amparada por un hombre llamado Sullivan, que se resolvió á salvarla, horrorizado del asesinato que habia cometido en su propio hermano, al que habia denunciado como realista á las autoridades republicanas. Sin embargo, esparciöse la noticia de su humanidad, y Lamberty fué acusado poco despues de haber salvado algunas mugeres de los *noyades*.

A fin de evitar que esto se provase con la vida de Agata, fué sacada de su retiro por un amigo de Lamberty llamado Robin quien la condujo á un bote en el que se preparaba ya, á darla de puñaladas á fin de borrar con su muerte cualquier rastro que pudiese probar su liber-

tad, cuando su belleza subyugó de nuevo al fiero asesino; se arrojó á sus pies y logró que la salvase. Apesar de esto, fué arrestada atra vez en el lugar mismo en que se habia ocultado, y habria sido guillotizada irremisiblemente, si la caída de Robespierre no hubiera suspendido las ejecuciones; siendo restaurada al fin á la libertad (1).

El destino de madama de Bonchamps no fué menos digno de atencion. Después de la derrota de Mans, vivió como las otras mugeres de los oficiales y generales, de la caridad de los paisanos de Bretrña, cuyo valor y entrañable afecto no podian disminuir ninguna clase de infortunios; todos ellos decian al momento sus nombres y relaciones de parentesco, y aquellas fieles gentes los recibian con lágrimas de gozo; además, no solo las ocultaban en sus propias casas, sino que partian con ellos su alimento á fin de proveerlos para su marcha. Durante lo mas terrible de la persecucion ella y su hijo permanecieron ocultos por muchos dias consecutivos entre el espeso follage de un roble, al pié del cual pasaban continuamente los soldados republicanos; si ese niño tan tierno aun hubiese tocido, si hubiese gritado, ambos se habrian perdido para siempre; pero aunque esa desgraciada criatura sufría una penosa enfermedad, jamás exaló ni un quejido siquiera, y sucedia á menudo que madre é hijo dormian en paz por horas enteras

(1) Larroch., 394. 396.

en el momento mismo en que las bayonetas de sus perseguidores se habrian podido ver por entre las aberturas de las hojas. En medio de la noche, y mientras que los enemigos dormian, los niños de las cabañas les traian su alimento, y en ocasiones algunos viejos soldados del ejército de su marido, aventuraban su vida para socorrerlos. Apesar de todo esto, ella fué arrestada y conducida ante el tribunal revolucionario de Nantes. El recuerdo de cinco mil prisioneros salvados por aquel heroe moribundo, no pudo salvar á su viuda de una condenacion unánime. Sin embargo, la atroz crueldad de estos procedimientos, exitó tanta compasion entre los muchos que habian sido salvados por su clemencia, que el ardor de sus súplicas obtuvo al fin un sobreseimiento de los jueces, durante cuyo tiempo los paisanos que habian protegido á su tierna niña, se la enviaron á la prision, y la madre tuvo la delicia de oír á su hija rogar noche y dia á la cabeza de su lecho, por la libertad y la salud de la que le habia dado el sér. Al fin, después de un largo cautiverio obtuvo su libertad, encargandose á su hija el presentar la peticion á la corte, y aun los mismos jueces del tribunal revolucionario no pudieron resistir á la tierna súplica que les dirigió aquella criatura en favor de la libertad de su madre [1. 2].

(1) Bonch., 72. 87.

[2] Un incidente muy particular ocurrió al presentar esta peticion. La inocente niña que apenas tenia seis años, llegó hasta los jueces y presentó el pliego diciendo. "Ciudadanos" os vengo á pedir el perdon de

“El pobre pueblo de Nantes, dice Larrocheja-
quelein, era bordadoso en estre-
mo, y hacia cuanto podia para sal-
var á las víctimas de la Revolu-
cion; todos los grandes comerciantes eran tam-
bien compasivos, pues aunque al principio apo-
yaban la Revolucion, sin embargo, pronto se
horrorizaron de sus crímenes, siendo persegu-
dos a causa de esto de la misma manera que los
realistas. Ciento y nueve de ellos fueron en-
viados á Paris para que se les procesase, y tan
solo se salvaron por la caída de Robespierre. La
clase feroz, que prestó su apoyo á los degüellos
y á las *noyades*, era compuesta de tenderos y de
los mas opulentos entre los artesanos, los cua-
les vinieron de otras ciudades ademas de los de
Nantes [1].” Palabras son estas de una grande

mamá. Al dirigir los ojos al papel observaron el nom-
bre de Bonchamps, y uno de ellos dirigiose á ella dicien-
dole, que se la concederia su suplica, si queria cantar una
de sus mejores canciones, pues sabia que tenia una voz
que encantaba á los habitantes de la prision. Entonces
ella con una voz muy clara, entonó las mismas pala-
bras que habia oído á sesenta mil hombres en el campo
de batalla.

“Vive, vive le roy!”

A bas la Republique!”

Si aquella niña hubiese sido un poco mayor, esas pa-
labras la habrian perdido á ella y á su madre; pero la
sencillez con que fueron pronunciadas, desarmó la có-
lera de los republicanos; se sonrieron, y después de al-
gunas observaciones sobre la detestable educacion que
los fanáticos realistas daban á sus hijos la despidieron
con el perdon que deseaba

(1) Larroch., 391., 392.

importancia política, pues que designan la clase
en que es siempre mas violento el fervor revo-
lucionario, y quiénes cometen las principales
atrocidades.

Empero si la humanidad tiene motivo para
avergonzarse de las espantosas
crueldades de los tenderos de las
ciudades de Bretaña, ella podia re-
posar, sin embargo, con tranquila delicia en la
generosa hospitalidad de los labradores. La es-
periencia que habian adquirido en ocultar á los
sacerdotes y á los jóvenes requeridos para la
conscipcion, les hacia muy espertos en eludir
las pesquizas de sus enemigos. Una porción de
ellos fueron fusilados por haber dado un asilo á
los vendeanos, pero nada podia abatir su briosa
humanidad; así hombres como mugeres y niños,
todos manifestaban una bondad á toda prueba é
infinitos recursos. Una pobre muchacha sordo-
muda, habia llegado á comprender los peligros
de los realistas, y cuando sus enemigos se acer-
caban, siempre los prevenia por medio de seña-
les. Ni amenazas de muerte, ni ofertas de oro
pudieron corromper la fidelidad de las mas tier-
nas criaturas; hasta los mismos perros habian
llegado á adquirir cierta aversion hácia los re-
publicanos, de quienes eran tratados muy mal;
invariablemente habian de ladrar en cuanto se
acercaban, siendo este el medio de salvar á mu-
chos, y por el contrario, jamas hacian el mas li-
gero ruido cuando los fugitivos realistas podian
ser vistos, habiéndoles acostumbrado los paisa-

nos á no hacer nada que pudiese traicionarlos. No habia en todo el pais una sola cabaña donde cualquier fugitivo no pudiese presentarse á toda hora con perfecta seguridad; si no podian ocultarlos, les proporcionaban algun alimento y los conducian al camino. Jamas habrian aceptado la menor recompensa por estos peligrosos servicios, y aun se ofendian seriamente si se les ofrecia alguna [1].

Al revisar la historia de esta guerra nada llama tanto la atencion como el contraste que forman las prodigiosas victorias obtenidas por los paisanos en su distrito tan apartado, y lo próximos que estuvieron á efectuar el restablecimiento de la monarquía, con los débiles esfuerzos y con los mezquinos combates de las grandes potencias militares que guerreaban en la frontera; todo lo efectuaron ellos sin la ayuda de montañas, fortalezas ú otros recursos extraordinarios de la guerra. Indisciplinados y sin experiencia, destituidos de caballeria, artilleria y de almacenes militares, y, fualmente, sin pertrechos ni dinero, hicieron mas para trastornar la Revolucion, que cuanto efectuaron los grandes ejércitos que la Europa habia reunido para destruirla. Mientras que las victorias de los aliados ó republicanos jamas ocasionaban á sus enemigos otras pérdidas que de tres ó cuatro mil hombres, sin que rara vez condujesen á otro resultado, que llevar á cabo algunas correrias ó

[1] Larroch., 350, 351. Beauch., II., 267. 268

rendir una fortaleza, los triunfos de los vendeanos deshacian ejércitos enteros, y causaban á menudo á los republicanos pérdidas de diez y de quince mil hombres, apoderábanse de vastos parques de artilleria, y si no hubiera sido por la incapacidad en que se encontraban los gefes de retener á los paisanos en sus banderas despues de alguna de las grandes victorias, segun la misma espresion de los republicanos, ellos habrian restablecido el trono [1]. Hemos pasado á la vez y en un mismo año, desde las batallas de Famars y Kaiserslautern á los triunfos de Marengo y de Hogelinden. Tales fueron los asombrosos resultados del valor entusiasta que los profundos sentimientos de religion y lealtad produjeron en este valiente pueblo; tal es la grandeza del resultado, cuando en lugar del frio cálculo, se ponen en accion las mas ardientes pasiones.

De otra parte, el final resultado de esta contienda, no obstante los heroicos esfuerzos del paisanage, es la prueba mas evidente de la inutilidad del valor solo, cuando no le apoyan la disciplina, la experiencia y los recursos militares para luchar permanentemente contra un gobierno regular. No puede esperarse de ninguna insurreccion futura, que manifieste un valor mas grande, ni que esté animada de un espíritu mas profundo; ninguna tampoco podrá ganar triunfos mas gloriosos que los que obtuvieron los ven-

(1) Jom., IV., 4000.

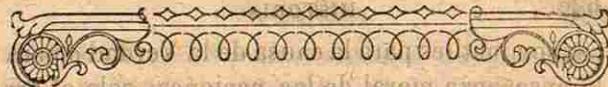
deanos, y sin embargo todo fué infructuoso. Débese tener siempre á la vista este grande ejemplo, cuando se quiera calcular sobre el probable resultado del entusiasmo popular, opuesto á los esfuerzos sistemados de la disciplina y de la organizacion. La falta de todo esto fué fatal á la causa realista. Si los vendeanos hubiesen poseido dos ó tres plazas fortificadas, hubieran podido á su amparo reparar sus desastres; si hubiesen sido dueños de un ejército regular, habrían podido convertir sus victorias en una perdurable conquista. La falta de estas dos cosas arrebató á sus triunfos las ventajas efectivas, é hizo que sus derrotas fuesen la señal de su inevitable ruina. En una época posterior, la guerra del Tirol y de la España demostró la misma verdad; mientras que las victorias durables de las campañas de Rusia y Portugal mostraron los grandes resultados que nacen de aunar el entusiasmo del pueblo con el firme valor de las fuerzas regulares. La conclusion que debe sacarse de esto no es que la efervescencia popular sea incapaz de llevar á cabo un triunfo durable, ni que todo dependa en la guerra de la organizacion militar, sino que es necesaria la combinacion de las dos cosas para obtener un triunfo permanente. En 1793 la disciplina del Austria y la Rusia en las campañas del Rhin, no pudieron efectuar nada porque no estaban animados por un ardiente espíritu, mientras que el entusiasmo de la Vendea se apagó por no ser apoyada por una organizacion regular. Los rusos en

1812, combinaron ambos para oponerse al ataque de un enemigo diez veces mas grande, y el resultado fué la campaña de Moscow.

No obstante, aunque la Vendea cayó, su sangre no fué derramada en vano.

La guerra Vendeana compromete al fin á la revolucion contra la religion. La espada del conquistador subyugó sus cuerpos, pero solo el heroismo de los vencidos subyuga á menudo las almas de los hombres y adquiere eternas conquistas. El trono de los Césares ha desaparecido; pero la sangre de los mártires levantó un monumento de eterna duracion; la tirania de Maria sojuzgó por algun tiempo la libertad religiosa de Inglaterra; pero Latimer y Ridley encendieron un fuego que no se extinguirá jamas. Las cenizas de la Vendea brotaron el espíritu que arrancó de su trono á Napoleon y ese mismo espíritu está destinado á cambiar la faz moral del mundo. En primer lugar él puso la causa de la revolucion en guerra abierta é irrevocable contra la religion, y los amigos de la verdadera libertad pueden agradecerle el que haya colocado á su lado un poder que no será subyugado jamas. De las crueldades atroces cometidas por mandato de los republicanos en aquella devota provincia, salió el odio profundo de los creyentes cristianos á su gobierno y el obstinado espíritu que se levantó para resistirla. La destruccion del Bocage fué vengada por el sangriento hospedage en España, y los horrores del Loira se borraron con el paso de Berezina. Las épocas de grandes males, rara

vez son inútiles para la causa de la Verdad ó para la enseñanza moral de las naciones; solo el brillo de la prosperidad esparré las fatales consecuencias de la corrupcion. La cristiandad se marchitaba bajo la gerarquía titulada; pero brilló doblemente con pureza inmaculada desde las agonias de la Francia revolucionaria, y aquel origen celestial que fué oscurecido por el esplendor de la prosperidad se ha revelado con las virtudes de una edad de padecimientos.



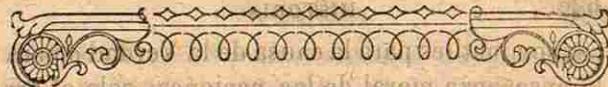
CAPITULO XIII.

CAMPAÑA DE 1793.—PARTE II.—DESDE LA DERROTA DEL CAMPO DE CESAR HASTA LA CONCLUSION DE LA CAMPAÑA.

SUMARIO.

Sistema de Carnot para la prosecucion de la guerra.—Es secundado por los mismos resultados de la revolucion.—Medidas vigorosas del gobierno.—Sus esfuerzos á fin de levantar toda la nacion.—Se ordena y lleva á efecto la gran conscripcion de 1.200,000 hombres.—Carnot nombrado ministro de guerra.—Su carácter.—Retiro de Kaunitz en Viena.—Nombramiento de Thugut.—Su carácter y primeras medidas.—Primeras divisiones entre Prusia y Austria.—Aprobacion de la ley marítima por los aliados.—Política absurda de las potencias aliadas.—Insisten los ingleses en dividir el ejército.—Ruinosas consecuencias de esta medida.—Los ingleses marchan á Dunquerque y los imperiales á Quesnoy.—Quesnoy se rinde, pero los franceses hacen levantar el sitio de Dunquerque.—Malas consecuencias de este desastre.—Los republicanos no prosiguen su triunfo con energía y Houchard es arrestado.—Maubeuge sitiado.—Jourdan toma el mando del ejército.—Firme conducta de la Convencion.—Acércase Jourdan para levantar el sitio.—Batalla de Watignies.—Retirada de los aliados y se levanta el sitio.—Conclusion de la campaña en Flandes.—Ambos ejércitos se retiran á cuarteles de invierno.—Pichegru es

vez son inútiles para la causa de la Verdad ó para la enseñanza moral de las naciones; solo el brillo de la prosperidad esparré las fatales consecuencias de la corrupcion. La cristiandad se marchitaba bajo la gerarquía titulada; pero brilló doblemente con pureza inmaculada desde las agonias de la Francia revolucionaria, y aquel origen celestial que fué oscurecido por el esplendor de la prosperidad se ha revelado con las virtudes de una edad de padecimientos.



CAPITULO XIII.

CAMPAÑA DE 1793.—PARTE II.—DESDE LA DERROTA DEL CAMPO DE CESAR HASTA LA CONCLUSION DE LA CAMPAÑA.

SUMARIO.

Sistema de Carnot para la prosecucion de la guerra.—Es secundado por los mismos resultados de la revolucion.—Medidas vigorosas del gobierno.—Sus esfuerzos á fin de levantar toda la nacion.—Se ordena y lleva á efecto la gran conscripcion de 1.200,000 hombres.—Carnot nombrado ministro de guerra.—Su carácter.—Retiro de Kaunitz en Viena.—Nombramiento de Thugut.—Su carácter y primeras medidas.—Primeras divisiones entre Prusia y Austria.—Aprobacion de la ley marítima por los aliados.—Política absurda de las potencias aliadas.—Insisten los ingleses en dividir el ejército.—Ruinosas consecuencias de esta medida.—Los ingleses marchan á Dunquerque y los imperiales á Quesnoy.—Quesnoy se rinde, pero los franceses hacen levantar el sitio de Dunquerque.—Malas consecuencias de este desastre.—Los republicanos no prosiguen su triunfo con energía y Houchard es arrestado.—Maubeuge sitiado.—Jourdan toma el mando del ejército.—Firme conducta de la Convencion.—Acércase Jourdan para levantar el sitio.—Batalla de Watignies.—Retirada de los aliados y se levanta el sitio.—Conclusion de la campaña en Flandes.—Ambos ejércitos se retiran á cuarteles de invierno.—Pichegru es

nombrado para el mando del ejército republicano.—Campana en el Rhin.—Decidia de los prusianos.—Los franceses son derrotados en Pirmasens, y sus líneas atacadas en Wissemburg con una derrota completa.—Los ningunos resultados que esta produce.—Toma del fuerte Vauban, y los aliados bloquean á Landau. Cruel venganza de los franceses en Alsacia.—Divisiones entre los franceses y austriacos.—Hábiles medidas de los franceses: arrojan á los aliados sobre el Rhin y levantan el bloqueo de Landau.—Campana en la frontera de España, en el Bidasoa y en los Pirineos orientales.—Los españoles invaden el Rosellon.—Derrota de éstos.—Batalla de Truellas, y derrota de los franceses.—Segunda derrota de los mismos, quienes se repliegan á Perpignan.—Campana en los Alpes marítimos.—Débil irrupcion del Piamonte por el lado de Chambery.—Grandes descontentos en el Sur de la Francia.—Aborta la insurreccion en Marsella.—Revolucion de Tolon, la cual abre sus puertas á los ingleses.—Insurreccion y sitio de Lyon.—Grandes esfuerzos de los republicanos á fin de someterle.—Bombardeo de la ciudad, y crueldad de los sitiadores.—Espantosos sufrimientos de los habitantes.—Sus esfuerzos heroicos.—Precy se abre camino por entre el ejército sitiador.—Capitulacion de la ciudad.—Sanguinarias medidas de la Convencion contra los habitantes.—Procedimientos de Collot de Herbois.—Su atroz crueldad.—Terribles medidas del tribunal revolucionario en aquella ciudad.—Los prisioneros son ametrallados.—Número inmenso de los que perecieron así.—Sitio de Tolon.—Se reúnen los aliados para defenderlo.—Progresos del Sitio.—Medidas decisivas de Napoleon.—Toma de las fortificaciones exteriores.—Desesperacion de los habitantes.—Incendio del arsenal y la flota.—Horrores al desocupar la plaza.—Crueldad espantosa de los republicanos.—Reflexiones generales sobre el resultado de la campana.

“CARNOT, decia Napoleon, ha organizado la victoria.” La máxima de aquel

Sistema de Carnot para la prosecucion de la guerra.

grande hombre era: “que nada es tan fácil como encontrar en todos los rangos escelentes oficiales, caso de que se les escoja; solo en razon de su valor y capacidad. A causa de esto, se tomó el

mayor trabajo á fin de conocerlos por su nombre y carácter, y era tal la estension de sus noticias, que era muy raro se le escapase un militar de mérito, aun cuando no fuese sino un soldado raso. Creia imposible que un ejército, mandado esclusivamente por oficiales escogidos de una sola clase de la sociedad, pudiese contener largo tiempo con otro mandado por gefes sacados con discernimiento de las clases inferiores. Capitanes como Turena y Condé le parecian demasiado raros para poder calcular por ellos, con algun grado de certeza de una clase privilegiada, mientras que lo principal del talento, que permanece oculto en las clases inferiores de la sociedad, le presentaban inagotables manantiales [1].”

Estando fundado este principio en las inmutables leyes de la naturaleza, es por consiguiente de una aplicacion universal. Esto constituye la gran superioridad de las fuerzas republicanas sobre las monárquicas; y una vez organizados y completamente disciplinados los ejércitos bajo esta base, es indudable que jamas puedan ser resistidos con éxito, sino por tropas que posean iguales virtudes militares. Suponiendo que los conocimientos de las clases mas altas, fuesen iguales á las del mismo número en las inferiores, es imposible que puedan jamas producir una parte tan grande de talento, como la que brotará de la libre emulacion, de las filas numerosas de sus humildes competidores. Cien mil hom-

[1] Carnot, 31, 33.

bres no pueden producir tantos caracteres energicos como diez millones.

Al abrir la Revolucion francesa, la carrera del talento á todas las clases indistintamente y procurando los medios elevacion de una manera particular, á las almas mas audaces y energicas, contribuyó favorablemente al acrecentamiento de las grandes hazañas militares. La desgracia consiguiente á la paralización de tantas ramificaciones de la industria; la intranquilidad que se levantaba de la disolucion de todos los lazos de la sociedad, los hábitos inquietos adquiridos por el triunfo de la Revolucion, todo conspiraba á introducir el gusto por las expediciones militares, llenando las filas del ejército con aventureros pobres, pero ardientes. Tales disposiciones prevalecen siempre durante las discordias civiles, por que en la naturaleza de semejantes contiendas está el despertar las pasiones y nulificar las costumbres de la vida ordinaria. Empero en esta ocasion fueron escitadas de una manera peculiar por la campaña de 1793; primero, por la invocacion hecha á toda la Francia para defender la patria, y segundo, por la sed de gloria militar que nació Febrero 6.

Quando ésta penetró por todas partes el territorio de la Francia, y cuando la guerra civil desgarraba su seno, el gobierno tomó las mas enérgicas medidas para prevenir el peligro. La Conven-

Es secundado por los mismos resultados de la revolucion.

Medidas vigorosas del gobierno.

cion habia armado al comité de seguridad pública con un poder mas terrible que el que empuñó jamás ningun conquistador oriental, correspondiendo tambien los derechos de la legislatura á la energia de sus medidas. Ellos comprendian, valiéndonos de las palabras de Danton, "que la cabeza de Luis era el guante ensangrentado que arrojaran á los monarcas de la Europa toda, y que de aquella lucha dependia ó la vida ó la muerte," y llamaron á todo el poder de la Francia. Diez mil comités esparcidos por todo el pais, ejecutaban los despóticos mandatos del comité de Seguridad Pública, y su poder irresistible exigia no menos de sus sufrimientos que de su patriotismo los medios de efectuar una triunfante resistencia [1].

Ninguna situacion puede ser mas peligrosa que aquella en que se encontraba el gobierno revolucionario. Desde Basile hasta Dunquerque, habia en el campo de los aliados nada menos que 280,000 hombres al mismo tiempo que la antigua barrera de la Francia habia sido rota con la toma de Valenciennes y Condé; Maguncia daba á los invasores un paso seguro hasta el corazon mismo del pais; mientras que Tolon y Lyon habian levantado el estandarte de la revuelta, viniendo á añadirse á todo esto el fuego devorador que consumia el corazon de las provincias occidentales. Sesenta mil insurgentes vendeanos amenazaban á Paris por la retaguardia; al mismo tiempo que 280,000 aliados pare-

(1) Jom, III, 25. Th. V, 207. Mig. 1, 248.

cian dispuestos á acampar bajo sus murallas. La fuerza de la República no solo era inferior en número, sino que su disciplina y equipo estaban en el mas deplorable estado (1).

Todas las faltas de la República en número y organizacion se suplieron rápidamente con la extraordinaria energia del que se puso al frente del ministerio de la guerra, despues de la insurreccion del 31 de Mayo y del establecimiento del Comité de seguridad pública. Barrere dijo en la asamblea á nombre de aquel sábio cuerpo; "La libertad ha llegado á ser el acreedor de todo cuidado: unos le deben su industria, otros su fortuna, algunos sus consejos, sus brazos los mas, y todos le debemos nuestra sangre. Todos los franceses de cualquiera edad ó sexo son llamados á la defensa de su patria. Todas las fuerzas físicas y morales, todos los recursos políticos é industriales estan á su disposicion. Que cada uno ocupe su puesto en el grande movimiento nacional y militar que se prepara. Los jóvenes marcharán á las fronteras; los mas viejos forjarán las armas, transportarán el bagage ó la artillería, ó proveerán la subsistencia necesaria para su defensa; las mugeres harán las tiendas, la ropa de los soldados y llevarán á los hospitales sus benéficos cuidados; las manos mismas de la niñez pueden emplearse útilmente; y los ancianos imitando los ejemplos de la virtud antigua se harán

Sus esfuerzos á fin de levantar á toda la nacion.

Agosto 23.

(1) Jom. IV, 21, 24. Th. V, 170.

transportar á las plazas públicas á fin de animar á la juventud con sus consejos y su ejemplo. Haced que los edificios nacionales se conviertan en barracas, los paseos públicos en obrages, las bodegas en manufacturas de salitre; que la caballería trabaje sus monturas, que los artilleros se proporcionen sus caballos de tiro; las escopetas, las espadas y las picas, bastarán para el servicio del interior. La República es una ciudad sitiada, y todos sus territorios deben ser un vasto campo." Estas enérgicas medidas no solo fueron aceptadas sino llevadas

Decrétase la gran conscripcion de 1,200,000 y se lleva á efecto.

á efecto inmediatamente por la asamblea. La Francia se convirtió en un inmenso taller que resonaba con el ruido de los preparativos militares; los caminos estaban cubiertos de conscriptos que marchaban á diferentes puntos de reunion. Catorce ejércitos y 1,200,000 soldados estuvieron muy pronto sobre las armas.

Toda la propiedad del estado obtenida por confiscaciones, y la circulacion forzada de asignados estaba á la disposicion del gobierno. Los insurgentes arrojaban á la prision por todas partes á las mejores clases de la sociedad, mientras que las bandas de esa canalla revolucionaria pagada por el estado, vagaban por las aldeas de su propio territorio, y exigian de los aterrados habitantes una incalificable sumision al despotismo de la República. Al mismo tiempo se proveia con igual serenidad á los medios de crear rentas; todos los antiguos reclamos del gobierno

se convirtieron en una gran deuda revolucionaria, en la cual los nuevos deudores no podían distinguirse de los antiguos. Se ordenó al instante un impuesto forzoso de cuarenta millones de libras esterlinas, que debía sacarse de los ricos y el cual fué realizado por papel, asegurado sobre las propiedades nacionales. Como todos los artículos, aun aquellos de primera necesidad eran juntamente afectados por estas medidas, y por todas partes se veía muy cercana la perspectiva del hambre, se insistió á todas las municipalidades de la Francia con el poder de tomar los víveres y mercaderías de toda clase, que existiesen en manos de los tenedores, compeliéndolos á su venta por un precio fijo en asignados; en otras palabras, apoderarse de ellos bajo la promesa de un pago ilusorio. El grande objeto de estas medidas era rechazar á un tiempo la invasion estrangera, y hacer las propiedades nacionales un fondo inmediato de rentas, en una época en que no se podían encontrar compradores; y debe confesarse, que ningun gobierno adoptó jamas medidas tan grandes ni enérgicas para llegar á estos objetos. [1]

El miedo llegó á ser el gran motor para llenar las filas; las bayonetas de los aliados parecían menos formidables que la guillotina de la Convencion, y en ninguna parte se encontraba la seguridad sino en los ejércitos de la frontera. La destruccion de la propiedad, la ruina de la in-

(1) Hard. 278. Mig. II, 237. Jom. IV, 22, 23. Th. V, 207, 208.

dustria, el aniquilamiento de las finanzas, parecían nada á los hombres que empuñaban las riendas de la revolucion; la fortuna y la riqueza nada pesaban para aquellos que estaban empeñados en una lucha de vida ó muerte. [1]

Por una estraña combinacion de las circunstancias, la ruina del crédito comercial, la pérdida de las colonias, la paralización de la industria y la completa estincion de las fuentes de la opulencia, aumentaron los recursos actuales. Gobernando la Convencion un estado empobrecido y arruinado, fué sin embargo por algun tiempo el poder mas rico de la Europa. El despotismo, es verdad, agota los manantiales de la futura riqueza; pero dispone de los recursos del presente de una manera que no podia hacer ningun gobierno regular. Las inmensas deudas del gobierno se pagaron en papel moneda, cosa que no ocasionaba gasto ninguno, imponiéndoles una circulacion forzada; y las numerosas confiscaciones prestaron una sombra de seguridad á sus empeños. El terrible derecho requisitorio puso todo el resto de la riqueza privada á disposicion del gobierno; la conscripcion llenó las filas con la juventud del estado y el terror y el hambre impelieron á inmensas masas de voluntarios á sus filas: delante de ellos se presentaba un camino de esperanzas y de flores, detras, solo se veía un desierto espantoso.

A la cabeza del ministerio de la guerra esta-

(1) Jom. IV, 21. Hard. II, 279.

ba colocado Carnot un hombre cuyo talento extraordinario, é indomable carácter contribuyó mas que ninguna otra circunstancia á los primeros triunfos de las guerras de la revolucion. Austero en su carácter, indomable en sus resoluciones y republicano por principios, es el que mas se ha parecido á los patriotas antiguos entre todos los hombres de estado de los modernos tiempos. Su desgracia fué haberse asociado á Robespierre en el Comité de Seguridad Pública durante todo el reinado del terror, y á consecuencia de esto su nombre se encuentra unido á algunos de los mas infames actos del sanguinario tirano: pero él ha asegurado solemnemente, y su carácter le hace acreedor á que pueda creerse en sus excusas, que en la premura de los negocios firmó aquellos documentos sin conocer lo que contenian, y que salvó mas vidas con sus súplicas, que cuantas sus cólegas habian destruido con su crueldad. [1]

El fué el creador del nuevo arte militar en Francia, que Dumouriez pudo bosquejar apenas y el cual llevó Napoleon á su perfeccion. Sencillo en sus costumbres sin ostentacion en su porte é incorruptible en sus inclinaciones, fué asi mismo superior al amor de la riqueza, á la debilidad con sus superiores y á la ambicion del poder, la enfermedad de las grandes almas. Cuando fué llamado al lugar del peligro por la voz de su patria, jamas huyó la tormenta; desdeñando

(1) Carnot, Memoires, 230.

cortejar á Napoleon en el apogéo de su gloria; y volando él solo contra el imperio, corrió sin embargo en su apoyo en la hora de la desgracia y tendió al caido la mano que habia rehusado al monarca conquistador. Encargado de la dictadura de los ejércitos; justificó la eleccion de su patria con la victoria. Superior á los triunfos que habia ganado renunció con gusto la posesion del poder, á fin de egercitar su entendimiento con las ciencias abstractas, ó vivificar su corazon con las impresiones de la vida del campo. Casi el único de los hombres ilustres de su siglo su carácter salió comparativamente, immaculado del infierno de la revolucion, y la historia debe recordar con el orgullo debido á la verdadera grandeza, que despues de haber empuñado una fuerza inmensa, y resistido un poder deseneadenado murió pobre y sin amigos en una tierra estrangera. (1)

En la energia extraordinaria y en el conocimiento del Comité de Seguridad Pública [2] unidos á la efervescencia producida por el completo trastorno de la sociedad y el poder despótico empuñado por la Convencion, es donde debe encontrarse el verdadero secreto de la triunfante resistencia de la Francia á la formidable invasion de 1793. La incapacidad de Napoleon para oponerse á un ataque semejante en 1815, de-

(1) Thib. I, 37. Carnot 255. Dum. IV, 5, 6.

(2) Sus nombres fueron primero, Barrere, Delmas, Breord, Cambron, Debry, Danton, Guiton, Morveau, Trailliand y Lacroix.—Véase Hard. II, 772.

muestra esta importante verdad y será una advertencia á las edades venideras para no incurrir en semejante riesgo, queriendo obtener un triunfo igual. Superior en conocimientos militares y á la cabeza de un ejército de veteranos apoyados por un nombre terrible, en vano quiso comunicar al imperio, la energía que le habia puesto en accion bajo la garra de hierro de la República (1). Un hombre racional jamás podrá igualar la fuerza de un loco en un acceso de frenesi.

Mientras que se hacian en Francia tan extraordinarios é inauditos esfuerzos para resistir la invasion de que estaban amenazados, se efectuó en el gobierno imperial, un cambio seguido en sus últimos resultados de importantes consecuencias. Kaunitz, que por tanto tiempo dirigiera el gabinete austriaco, habia sobrevivido á su siglo. La conducta cautelosa, vieja esperiencia y grandes conocimientos, eran inútiles de todo punto, para suplir la falta de aquel conocimiento práctico de los negocios que habian crecido bajo su influencia. La Revolucion francesa habia abierto una nueva era á los negocios humanos. Los viejos actores, por distinguidos que fuesen, no conocian la nueva maquinaria y eran incapaces por consiguiente de representar sus papeles en el drama poderoso que se acercaba. Los viejos diplomáticos de Austria, llenos de años y cargados de honores, se retiraron del gobierno á cau-

(1) Jom. III, 6. Hard. II, 578.

sa del prudente desafecto que tenían de arresgar su reputacion en las tempestuosas escenas que se habian ya levantado [1].

Su lugar en el ministerio de negocios estrangeros fué ocupado por Thugut, Marzo 23 de 1793. quien gobernó por largo tiempo durante la guerra de la Revolucion. Thugut ministro de negocios estrangeros en Viena.

Hijo de un pobre barquero de Lintz, habia sido colocado desde muy temprano por la industria de sus padres en la academia de lenguas orientales de Viena, en donde su aplicacion y conocimientos le dieron á conocer á María Teresa, quien lo recomendó al director del colegio; á la edad de quince años fué agregado como intérprete á la embajada de Constantinopla, desde donde ascendió gradualmente en la carrera diplomática hasta hacerse cargo de la cartera de negocios estrangeros. Aunque habia recidido mucho tiempo en Paris, y estaba además íntimamente unido con Mirabeau, cuya conversion á la corte fué debida en parte á sus esfuerzos, sostuvo en toda su carrera una hostilidad inflexible á los principios republicanos; y aun cuando no siempre salió bien en sus proyectos, sus mas encarnizados enemigos no pudieron negarle la opinion de un espíritu verdaderamente patriota, un carácter energético, profundo conocimiento de la diplomacia (2) y una fidelidad á sus empeños tan honrosa como rara en aquellos dias de cambios continuos y de debilidad.

(1) Hard. II, 256, 260.

(2) Hard. II, 260, 269.

Su llegada á aquel puerto fué seguida muy pronto de un manifiesto acrecentamiento de vigor en los negocios diplomáticos. Importunando con repetidas notas á los poderes inferiores de la Alemania, pudo al fin alistar las fuerzas tardías é insuficientes del contingente germánico; mientras que una proclama amenazadora de la dieta de Ratisbona, prohibia toda circulacion de asignados franceses ó escritos revolucionarios, y ordenaba la inmediata salida de su territorio á todos los súbditos de aquel pais que no pudiesen justificar su permanencia; pero aunque estas medidas podian ser bien calculadas para prevenir la inundacion del imperio con principios democráticos, con todo, solo con armas de muy diferente naturaleza podia combatirse aquel ejército formidable que habia nacido de las agonias de la República [1].

Mientras que el célo del Austria se empeñaba así ardientemente en la causa común, el de la Prusia se enfriaba con rapidez; y el éxito extraordinario que por algunos años acompañó á las armas republicanas, mas que á ninguna otra causa, debe atribuirse á la tibieza é indiferencia de este poder en la contienda con la Francia. La ambicion interesada de los gabinetes de San Petersburgo, Viena y Berlin fué la causa de esta desgraciada desunion. Apenas se habia secado la tinta del tratado del 14 de Julio celebrado con

Sus primeras medidas.

Marzo 22 de 1793.

Primeras divisiones entre Austria y Prusia.

(1) Hard. II, 264, 274.

la Gran Bretaña, cuando la bandera austriaca, desplegada sobre las murallas de Valenciennes y Condé, manifestó claramente al ministro de Prusia los proyectos de engrandecimiento que alimentaba el gabinete imperial, y los cuales apoyaba Thugut con todos sus talentos é influencia.

Irritado el gabinete de Berlin á vista de este aumento de poder material adquirido por su terrible enemiga, se consoló algo con la conclusion definitiva de sus convenios con la emperatriz Catalina, respecto á la particion de la Polonia, y en virtud de los cuales el ejército prúso se habia apoderado recientemente de Dantzie, su noble puerto y fortificaciones con un territorio circunvecino ademas de Thorn; todo esto con no pequeño disgusto del Austria, que se vió excluida de una parte en aquel premeditado despojo. La Rusia no debia ser probablemente un combatiente mas interesado en la causa común, por que ella tambien estaba empeñada en la obra de particion, y sus tropas habian ya inundado el ducado de Varsovia con el resuelto pensamiento de convertirlo en frontera de los dominios moscovitas. Así, pues, en el momento en que la aproximacion de la tormenta contra la independencia nacional, echaba un velo sobre las terribles divisiones que hasta entonces habian paralizado la fuerza de la Francia, las potencias aliadas premeditaban proyectos separados de engrandecimiento, relajaban rápidamente los lazos de la confederacion y se empeñaban en la mas inicua particion que se recuerda en

los tiempos modernos, al mismo tiempo en que se levantaba el poder colosal destinado á hacerlos temblar muy breve dentro de sus dominios mismos [1].

Este periodo de la guerra fué notable por el paso importante dado en las relaciones marítimas de la Europa llegando á ser posteriormente del mayor interés en las importantes discusiones sobre los derechos neutrales, las cuales tuvieron lugar al fin del siglo. La emperatriz Catalina anunció públicamente la separacion de la Rusia, del sistema de una neutralidad armada, y su resolucion de obrar segun aquellos usos que la Inglaterra habia mantenido uniformemente, y los cuales formaban el código naval de la Europa, conformándose asi con las prácticas adoptadas por todos los estados beligerantes. Equipó una flota de veinte y cinco buques de línea, la cual fué destinada á cruzar el Báltico y los mares del Norte, y cuyas instrucciones eran: "Apoderarse de todo buque sin distincion ninguna, siempre que navegase bajo la bandera de la República francesa, ó de las embarcaciones de dicha República que tomasen el pabellon de cualquiera otro Estado; ademas *detener á todo buque neutral*, destinado y cargado para un puerto francés; obligarlos á volver ó á dirigirse á cualquiera puerto neutral que mas les conviniera." Estas instrucciones se anunciaron públicamente á las cortes de Prusia, Suecia y Dinamarca (2);

(1) Hard. II, 232, 233,

(2) M. Bernstorff, despues de haber anunciado sus

y aunque el gabinete dinamarqués habia conocido desde muy temprano las ventajas del lucrativo comercio neutral, que la hostilidad de los demás iba probablemente á poner en sus manos, objetó al principio algunas dificultades, pero cedió al fin, y todos los poderes marítimos convinieron en retroceder por lo que respeta á los neutrales, á los usos de la guerra que existian antes de la neutralidad armada de 1780. Un de-

instrucciones, declaró al gabinete dinamarqués "que no debía suponerse que al dar Su Magestad Imperial tales órdenes se habia separado, ni aun del modo mas ligero, del benéfico sistema calculado para asegurar los intereses de los neutrales en la guerra, pues se podia conocer muy bien, que éste no era aplicable de ninguna manera á las presentes circunstancias. Los revolucionarios franceses, despues de haberlo trastornado todo en su propia patria, bañando sus impías manos con la sangre de su soberano, se han declarado por un decreto público, los aliados de todo pueblo que cometiese semejantes atrocidades, y han atacado en seguida con la fuerza armada á todos sus vecinos. La neutralidad no puede existir con tal poder, escepto en aquellas cosas que se deducen de una prudente consideracion. Pueden haber algunos Estados cuya posicion no les permita hacer esfuerzos tan eficaces en la causa comun como los grandes poderes, así es que lo menos que debe exigirse de ellos es, que pondrán cuantos medios estén manifestamente á su alcance, á fin de evitar todo comercio y comunicacion con estos perturbadores de la pública paz. Su Magestad Imperial se cree la mas autorizada á exigir estos sacrificios, pues ella misma se ha sometido á ellos con toda voluntad, conociendo muy bien los desastrosos resultados que se seguirian para la causa comun, si por razon de un libre transporte de provisiones y pertrechos navales, pudieran darse al enemigo los medios de prolongar y alimentar la contienda." Véase Ann. Reg. XXXIII, State papers, núm. 41, and Hard. II, 337, 341.

ereto dado el 8 de Junio por el gobierno británico, ordenaba á todos sus almirantes que buscasen á los buques cargados para Francia con artículos prohibidos por la guerra, y Suecia, Dinamarca y Prusia adoptaron sucesivamente el mismo sistema. La última potencia en particular, decía en una nota el conde de Bernstorff, dirigida con el objeto de obviar las dificultades del gabinete de Dinamarca. "No teniendo Su Magestad el rey de Prusia otro interés sino el mismo del rey de la Gran Bretaña, no puede hacer ninguna objecion al sistema á que las circunstancias han obligado á la corte de Londres con respeto al comercio de los neutrales, durante la presente guerra con la Francia. El infrascripto al acceder absolutamente y sin restriccion ninguna á cuanto pide el embajador inglés, obedece de la manera mas solemne las espresas instrucciones de su corte, á fin de provar al mundo la perfecta armonia que en esto, como en cualquier otro respecto, reina entre los reyes de Prusia y de la Gran Bretaña." Como quiera que sea, los poderes marítimos pidieron ruidosamente un nuevo código marítimo como una prohibicion contra la hostilidad de los otros cuando ellos eran neutrales; pero se sentian bastante inclinados á retroceder á los antiguos usos en la vez que á su turno llegaron á ser partes beligerantes [1].

Si los aliados hubiesen intentado de propósi-

[1] Hard. II, 334, 331.

to hacer desplegar la formidable fuerza militar que la Republica francesa habia creado, no podian haber inventado mejores medidas para llegar á su objeto que las que pusieron en ejecucion. Cuatro meses de triunfos que podian haber decidido la contienda, habiánse desperdiciado en una culpable decidia. Despues de haber roto la línea fronteriza de fortalezas y derrotado en una batalla campal el ejército de la Francia y cuando finalmente se encontraban á quince dias de marcha de Paris y á la cabeza de un esplendido ejército de 130,000 hombres, pensaron mas á propósito dividir sus fuerzas, y

Insisten los ingleses en dividir sus fuerzas.

en lugar de marchar al centro donde se encontraba el poder republicano, quisieron proseguir mejor, planes independientes de engrandecimiento. Los ingleses con sus aliados que ascendian átreinta y cinco mil hombres, marcharon hácia Dunquerque, objeto tan largo tiempo codiciado de su envidia marítima; mientras que cuarenta y cinco mil imperiales se acampaban frente á Quesnoy dividiendo el resto de su grande ejército á fin de guardar las comunicaciones [1].

Desde esta ruinosa division pueden contarse los desastres de la campaña. Si ellos hubiesen permanecido unidos y hubieran marchado contra las masas de las fuerzas enemigas cruelmente divididas entonces y

[1] Jom. IV, 35. Hard. II, 401. Th. V, 218, 219.
TOM. II. 56

desalentadas por la derrota, no hay duda ninguna de que se habria conseguido el objeto de la guerra. La Convencion no dió sus decretos para levantar la poblacion *en masse*, sino algunas semanas despues, y las fuerzas que mandó dis-

Ruinosos resultados de esta division.

poner no se organizaron sino hasta tres meses mas tarde. El génio poderoso de Carnot, aun no habia tomado el timon de los negocios; el Comité de Seguridad Pública aun no habia adquirido su terrible vigor y todo prometia grandes resultados si se hubiera obrado de un modo enérgico y simultaneo. Lo que ocasionó esta fatal division fué, la resolucion del gabinete inglés opuesto al deseo ardiente y manifiesto de Coburgo y de todos los generales. El historiador imparcial debe confesar con dolor, que los intereses británicos fueron los que intervinieron entonces en los grandes objetos de la guerra, y que obligando al contingente inglés á separarse con el fin de sitiar á Dunquerque, coadyuvaron á posponer por veinte años su glorioso término. La posteridad tiene grandes motivos para lamentar este error: en primer lugar una guerra de veinte años seguida de grandes desastres, el nuevo peso de seiscientos millones agregado á la deuda pública y el sacrificio de millares de valientes; todo esto pudo dar á conocer de una manera palpable aquella desgraciada resolucion. [1]

La empresa de los austriacos fué coronada

[1] Jom. IV, 26, 27, 28. Toul, IV, 49. Ann. Reg. 1793, 377. Jom. IV, 37. Hard. II, 446, 347, 330.

Rendicion de Quesnoy. No- viembre 11. de un completo triunfo. Despues de quince dias de una trinchera abierta, Quesnoy capituló, y la guarnicion que consistia de cuatro mil hombres, quedó prisionera de guerra. Los esfuerzos de los republicano para terminar el sitio solo concluyeron con desastres. Dos columnas de diez mil hombres cada una, destinadas á molestar á los sitiadores fueron derrotadas y en una de ellas un cuadro de tres mil soldados, roto y totalmente destruido por la caballeria imperial. [1]

Empero, un destino muy diferente aguardaba al ejército inglés. La division al mando del duque de York que montaba á veinte mil hombres entre ingleses y Hannoverianos, se engrozó con la reunion de un cuerpo de austriacos bajo las ordenes de Alvinzi, ascendiendo así á treinta mil hombres. Estas fuerzas espuestas como estaban al ataque del cuerpo principal del ejército francés, no eran á propósito para la empresa. El duque de York llegó el 18 de Agosto á los alrededores de Lincelles, en donde las guardias ingleses despues de un obstinado combate tomaron un fuerte reducto y doce piezas de artilleria. Al mismo tiempo, avanzaron las tropas holandesas al mando del mariscal Freytay, y desalojaron al enemigo de sus posiciones cercanas á Dunquerque; entonces los aliados marcharon á una legua de aquella plaza y acamparon cerca de Turnes, estendiendose desde aquel lu-

(1) Jom. IV, 41.

gar hasta los vallados de arena de la costa. Amonestaron á la plaza inmediatamente, pero el gobernador respondió con una repulsa en forma. [1]

Conociendo los republicanos, la importancia de estas fortalezas, que una vez tomadas por los ingleses les hubieran abierto un paso fácil al corazón de la Francia, hicieron los mas vigorosos esfuerzos para hacer levantar el sitio. [2] Esto era la que mas importaba, porque las fortificaciones de la plaza estaban en el estado mas deplorable cuando se presentaron los aliados, y la guarnición que acendia apenas á tres mil hombres, era de todo punto insuficiente para defender la ciudad; si la flotilla que debia bombardearla hubiese llegado de Inglaterra al mismo tiempo que el ejército sitiador, no hay duda ninguna de que se habria rendido inmediatamente. En Woolwich se hacian inmensos preparativos para el sitio, y en el Támesis se habian embarcado once nuevos batallones destinados á reforzar el ejército sitiador; pero fué tal la lentitud de sus movimientos, que no apareció ningun buque á

(1) Ann. Reg. 1793, 379, IV, 380. Jom. 41, 45.

[2] Carnot decia á Houchard en un despacho, "Dunquerque, no es solo importante bajo el punto de vista militar, lo es aun mucho mas porque su pérdida arrastraria consigo el honor nacional. Pitt no puede detener á la revolución que se acerca ya á Inglaterra, sino ganando aquella plaza, á fin de indemnizarse con ella de los gastos de la guerra. Reunid por esto, fuerzas inmensas en Flandes, y arrojad al enemigo de sus llanuras; el lugar decisivo de la contienda está allí." Hard. II, 365.

la vista del puerto de Darquerque, y la señora de los mares tuvo la mortificación de ver á sus ejércitos cruelmente acosados por las descargas de las miserables cañoneras del enemigo. La tardanza de los ingleses en estas operaciones, probó cuan novicios eran el arte de la guerra, y cuan poca importancia daban al tiempo en los movimientos militares. Mas de tres semanas se emplearon en los preparativos del sitio, demora que habilitó á los franceses para traer desde las lejanas fronteras del Mosa, las fuerzas que últimamente habian levantado el sitio [1].

El gobierno francés no demostró por cierto la misma lentitud. Siguiendo el hábil sistema de reunir en un punto decisivo inmensas fuerzas, condujo á marchas forzadas treinta y cinco mil hombres desde los ejércitos del Rin y del Mosa, y colocando bajo el mando del general Houchard, al ejército destinado á hacer levantar el sitio le aumentaron aquel nuevo refuerzo casi cincuenta mil hombres. No habiéndose completado el sitio, el general Houchard pudo introducir en la plaza diez mil hombres en cuya fidelidad podia contar mientras amenazaba al ejército enemigo compuesto de veinte mil soldados entre holandeses y austriacos al mando del mariscal Freytag, con una fuerza ofensiva del doble de su monto [2].

A la vez que los republicanos adoptaban el sis-

(1) Th. V, 220, Jom. IV, 46. Ann. Reg. 1793, 38. Hard, II, 366.

(2) Ann. Reg. 1793. p. 380. Th. V, 220, 239. Jom. IV, 51.

tema de concentrar sus fuerzas, los aliados por la esparcion de las suyas les cedian todas las provabilidades del triunfo. Cien mil hombres esparecidos al rededor de Qesnoy y estendiéndose desde el mar hasta el Mosa, guardaban todas las entradas á los Países Bajos y cubrian una línea de docientas millas de estencion. Así, pues, 120,000 hombres estaban encargados á la vez del sitio de dos plazas, de la guardia de aquella línea inmensa y últimamente de la proteccion de la Flandes; y esto al frente de un enemigo emprendedor, que poseia una línea interior de comunicacion y que obraba ya bajo el sistema de reunir una fuerza poderosa en un punto decisivo (1). La posicion del ejército aliado sitiador era tal, que una masa imponente les habria podido dar un ataque vigoroso con mucha provabilidad de buen éxito. El cuerpo de observacion de Freytag no estaba apartado en Furnes, sino mucho mas retirado para proteger la retaguardia de los sitiadores y al mismo tiempo á una distancia considerable frente de este, á fin de estorbar cualquiera comunicacion entre los sitiados y el interior de la Francia; mientras que los holandeses al mando del príncipe de Orange se encontraban en Menin á tres dias de marcha, é incapaces por consiguiente de prestar ningun socorro, quedando la division sitiadora del duque de York, espuesta á un ataque entre aquellos cuerpos dispersos. El Comité de Seguridad Pública habia ordenado á Houchard que adoptase es-

(1) Th. V, 238, 239.

te plan; arrojarse con cuarenta mil hombres entre los tres cuerpos y caer sucesivamente sobre el de Frytag, el del príncipe de Orange y el del duque de York; si Napoleon se hubiese hallado entonces á la cabeza del ejército de Italia, habria obrado así incontestablemente y con toda provabilidad, habria señalado á Dunquerque con un triunfo tan decisivo como los de Rivoli y Arcola. Empero, aquella audacia no podia esperarse de un gefe inferior; ademas que aun no podian entenderse los principios en que estaba basado semejante plan, ni sus tropas eran á propósito para una empresa tan atrevida. Contentose á causa de esto, con marchar contra la vanguardia de Freytag, con el objeto de apartarlo del ejército sitiador, forzar á estos á levantar el sitio é interponerse entre ambos, pudiendo mas bien destruir á los dos. Conseguido el objeto de este último modo, las consecuencias eran inmensas, y ésta consecucion habria sido la salvacion de la Francia: pero de la manera que habia sucedido estaba muy lejos de corresponder al triunfo que esperaba el gobierno republicano, y la falta de Fouchard en no querer entrar en el espíritu de sus órdenes, lo condujo al fin al cadalso (1).

El ataque se comenzó el 1º de Setiembre contra el mariscal de Freytag. Desde el 5 al 7 de Setiembre tuvieron lugar una serie de combates entre los franceses y el ejército sitiador, los cuales

Del 5 al 7 de Setiembre.

[1] Ibid. V, 239, 240. Hard. II, 270, 371.

terminaron con muy poco éxito para los aliados; al fin en la mañana 8 el general Houchard empuñó cerca de Hondscote un ataque decisivo contra el cuerpo principal de los austriacos que ascendían á casi diez y ocho mil hombres, en el cual los derrotó con la pérdida de mil quinientos soldados [1].

Entre tanto, la guarnición de Danquerque obrando de concierto con el ejército de afuera, hizo una vigorosa salida contra los sitiadores y á pesar de la superioridad de la fuerza de estos los puso en un peligro inminente. El duque de York viendo el flanco de su ejército espuesto á los ataques de Houchard á causa de la derrota de la fuerza sitiadora, y considerando con justicia demasiado peligrosa su situación para arresgarse á permanecer en las líneas, en la noche del 8 retiró sus tropas dejando en poder de los vencedores cincuenta y dos piezas de artillería de sitio y una gran cantidad de municiones (2).

Las consecuencias de tal derrota fueron la ruina de toda la campaña, y exitó el gozo mas estravagante en todos los partidos, levantando el espíritu público en proporción de su primer abatimiento. El haber desalojado á unos cuantos miles de hombres á la estremidad de la línea, cambió el aspecto de la guerra desde el mar de Alemania hasta el Mediterráneo. Libre la Convencion del

(1) Toul. IV, 53, 54. Jom. IV, 54, 60. Ann. Reg. 1793, p. 381. Th. V, 242, 243.

(2) Toul. IV, 53, 54. Jom. IV, 61. Ann. Reg. 1793. p. 381. Th. V, 242, 244.

miedo de un riesgo inminente y del peligro de una invasion, tuvo así tiempo para madurar sus planes de conquista estrangera, y organizar los inmensos preparativos militares del interior; cansada por otra parte la fortuna de permanecer entre los que desperdiciaban las oportunidades de aprovecharse de sus favores, se pasó al bando opuesto [1].

A pesar de todo, Houchard, como debia esperarse, no se aprovechó de sus ventajas. En lugar de seguir el plan de concentrar sus fuerzas en pocos puntos, emprendió de nuevo el sistema de division que tan imprudentemente habian adoptado sus adversarios. Habiendo considerado que las fuerzas del duque de York eran demasiado poderosas para atacarlas inmediatamente en el campo en que se habian atrincherado, resolvió asaltar una division de holandeses que se habian acampado en Menin. A consecuencia siguióse una série de combates con éxito vario entre los cuerpos destacados de los aliados que guardaban las comunicaciones con el ejército del duque de York y el cuerpo principal de los imperiales bajo el príncipe de Coburgo. Los holandeses de una parte, dominados por las masas superiores del enemigo, fueron derrotados con la pérdida de dos mil hombres y cuarenta piezas de artillería, mientras que por la otra, el general Beau lieu derrotó completamente en Courtray al ejército de Houchard, arrojándolo detrás de Lisle,

(1) Toul. IV, 55. Th. V, 245.

prueba palpable de lo ineptos que aun eran los reclutas republicanos para las operaciones campales, y la facilidad con que en aquella época los numerosos y disciplinados ejércitos de los aliados, habrían obtenido los triunfos mas grandes, si permaneciendo juntos hubiesen querido obrar enérgicamente en masas, y dirigidas por un gefe hábil [1].

Este último reves fué fatal para el general Houchard, acusado ya de inercia, por no haber proseguido las ventajas de Hondscote, con un pronto ataque contra las fuerzas inglesas. Acusado por sus propios oficiales, fué conducido á Paris ante el tribunal revolucionario, condenado y ejecutado. Los ingleses habian sacrificado al almirante Pying por haber sufrido una derrota. Los romanos condenaron á Manlio por haber combatido desobedeciendo así las órdenes del senado; pero fué el primer ejemplo en la historia el de haber sentenciado á muerte á un general triunfante y cuya victoria fué la salvacion de su patria [2].

Los procedimientos de la Convencion contra este infortunado general, interesan muy particularmente por la idea que dan del conocimiento del arte militar que habian obtenido aquellos que estaban al frente de los negocios, á lo cual se debieron los triunfos ulteriores de las armas republicanas. "Hace mucho tiempo, decia Bar-

(1) Jom. IV, 55, 65, 66. Ann. Reg. 1793. Th. V, 246, 247. Hard. II, 369.

[2] Jom. IV.

rere, que está reconocido el principio establecido por el Gran Federico, de que el mejor modo para aprovecharse del valor del soldado, es, acumular las tropas en grandes masas y en puntos designados. En lugar de hacerlo así, los habeis dividido en destacamentos separados, y los generales encargados de su mando han tenido que luchar generalmente con fuerzas superiores. El Comité de Seguridad Pública, apercibido completamente del peligro ha enviado á los generales las órdenes mas terminantes á fin de que combatesen en grandes masas; vos habeis desobedecido sus órdenes y grandes desastres han sido el resultado [1]. No es difícil reconocer por estas espresiones, la influencia que el poderoso entendimiento de Carnot, habia ya adquirido en la direccion del ministerio de la guerra.

Con el objeto de compensar tantos reveses, los aliados se acamparon al fin frente al Sitio de Maubeuge, importante fortaleza cuya posesion habria abierto á la invasion las llanuras de San Quintín y la capital misma, y cuyo sitio emprendido mas temprano con lo principal de sus fuerzas, habria determinado probablemente el triunfo de la guerra. Landrecy estaba ya bloqueado, y las tropas francesas manifestamente inferiores en el campo, se habian concentrado en fortificaciones atrincheradas dentro de su propia frontera. Era necesario un esfuerzo vigoroso á fin de evitar que los aliados atacasen estas fortalezas y tomasen sin oposi-

(1) Jom. IV. 69. Toul, IV, 130.

ción sus cuarteles de invierno en el territorio francés (1).

En estas alarmantes circunstancias, solo el Comité de Seguridad Pública fue el único que no desesperó del porvenir de la República. Confiando con seguridad en su propia energía y en el inmenso número de conscriptos que había ordenado, tomó las medidas mas vigorosas para la defensa pública; y pidiendo incesantemente nuevos conscriptos, pronto levantó las fuerzas en los diferentes campos atrincherados de la frontera flamenca á ciento treinta mil hombres. Es verdad que una gran parte de éstos no formaban sino grupos confusos; paisanos sin armas ni uniforme, quienes disputando furiosamente sobre toda caestion de politica, se formaban en batallones por sí mismos y escogian sus gefes, presentando así una fuerza poco á propósito para pelear en campo abierto con las tropas veteranas del Austria y de la Confederación. Empero poseyendo tantas ciudades fortificadas y campos atrincherados, se encontraban en posicion de organizar y disciplinar las masas tumultuosas, convirtiéndolas de este modo en tropas regulares que ascendieron al fin á cien mil hombres, prontos para salir á campaña. A la cabeza de todo el ejército fué colocado el general Jourdan, jóven oficial desconocido hasta entonces, pero que estando colocado entre la victoria y el

Jourdan toma el mando del ejército.

(1) Toul. IV, 133, 134. Jom. IV, 112, 114.

cadalso, tuvo suficiente confianza en sus talentos para aceptar esta peligrosa alternativa [1].

Al mismo tiempo, el Comité de Seguridad Pública tomó las medidas mas energicas. La Francia toda fué declarada en estado de sitio y las autoridades facultadas para dar todos los pasos necesarios á fin de proveer en tal peligro á la defensa pública. "Las leyes revolucionarias" decía Robespierre, "deben ejecutarse con rapidez: la lentitud y la desidia son la causa de nuestros reveses. De aquí en adelante debe fijarse el tiempo para la egecucion de la ley, y que la lentitud sea castigada con la muerte." Saint Just,

ha bosquejado un cuadro sombrío del estado de la República y la necesidad de luchar contra la multitud de peligros que los rodeaban. Habiendo escitado el terror de la Asamblea hasta el mas alto grado, obtuvieron su consentimiento para las siguientes resoluciones. Que se calcularia cuidadosamente la subsistencia necesaria para cada departamento, y que todo lo superfluo se colocase á la disposicion del estado, sugetando esta medida á requerimientos forzados ya fuese para los ejércitos, las ciudades ó departamentos que tuviesen necesidad de ello. Que dichos requerimientos serian regulados esclusivamente por una comision nombrada espresamente con aquel objeto por la Convencion; que Paris seria abastecido para un año; que se crease un tribunal para procesar á todos los que desobedeciesen de cual-

(1) Toul. IV, 134. Jom. IV, 114, 115, 116.
TOM. II. 57

Conociendo Jourdan por esta derrota de que era indispensable un nuevo sistema de ataque, concentró en la noche sus fuerzas contra el punto principal, y á la aurora del dia 16 asaltó á Was-tignies con tres columnas, mientras que un fuego concéntrico de artillería despedazaba á las tropas que la defendían. En medio del ruido de los cañones que descargaban con un vigor terrible, los austriacos podían oír distintamente los aires republicanos que se elevaban entre las líneas francesas. La aldea fué tomada rápidamente por esta hábil y bien dirigida reunion de fuerzas, mientras que á la vez la vista de la reserva de Jourdan dirigida contra el flanco de los aliados, completó el desaliento de Coburgo, y después de sufrir una pérdida de seis mil hombres, se vió obligado á una retirada general. Semejante resolución fué tan desgraciada como innecesaria, por que en otros puntos su ejército habia triunfado completamente, y la llegada del duque de York que se encontraba á una jornada de marcha tan solo, lo habria puesto en posición de sostener su campo y convertir su triunfo parcial en una victoria completa. En la historia romana se refiere que en cierta ocasion después de una batalla dudosa, un dios les previno en la noche que tan solo habian perdido un hombre menos que sus enemigos, y á consecuencia de esto salieron de nuevo á campaña y ganaron una completa victoria:

Retirada de los aliados, los cuales levantaron el sitio.

á menudo acontece que una tenaz firmeza convierte un desastre prematuro en verdaderas ventajas (1).

El haber levantado el sitio, y la retirada de los aliados al otro lado del Sambra pusieron á la vista las gigantescas obras que habian construido para reducir á la ciudad, y las cuales habrian coronado indudablemente sus esfuerzos, si hubiesen querido obrar con mas energia concentrando sus tropas. El triunfo de los republicanos en este punto, equilibró las alarmantes noticias recibidas de otras partes, y sofocó al mismo tiempo la peligrosa fermentacion que habia comenzado en la capital. [2]

Las ventajas ganadas en esta accion por los republicanos, manifestaron cuan inútil era la táctica antigua y metódica de los imperiales, para luchar con el nuevo y hábil sistema que Carnot habia introducido en sus ejércitos, y al mismo tiempo cuan capaz podia ser en su inmensa conscripcion para obrar con descuidada audacia. Jourdan tenia casi sesenta mil hombres cuando hizo levantar el sitio; si Coburgo hubiese dejado tan solo, 15000 para guarnecer las fortificaciones, habria podido oponerle así una fuerza igual, y una accion dada bajo tal pie y con la inferioridad de los franceses en disciplina, le habrian conducido á un triunfo infalible, y su resultado habria sido la rendicion inmediata

(1) Hard. II, 406, 409. Jom. IV, 134, 135. Th. V, 328, 330. Toul. IV, 136, 138.

(2) Toul. IV, 136, 137. Th. V, 328, 332. Jom. IV, 130, 135.

de la ciudad. Pero en lugar de esto, dejó en el sitio treinta y cinco mil hombres, y con solo treinta mil se espuso al choque de sesenta mil republicanos viéndose obligado al fin, á levantar el sitio. [1]

Por lo demas ninguna otra cosa de importancia se emprendió antes de la conclusion de la campaña, pues un movimien-

to de los franceses amenazando el ala derecha de los aliados hacia el mar, no tuvo resultado ninguno, y despues de varios cambios de poca importancia ambas partes se retiraron á cuarteles de invierno. Coburgo estableció sus cuarteles generales en Bavay y los republicanos en Guicé en donde formaron un vasto campo atrincherado, para la instruccion y disciplina de las masas revolucionarias que diariamente llegaban al ejército. El Comité de Seguridad Pública insaciable en sus esperanzas de triunfo, quitó á Jourdan el mando supremo y se lo dió á Pichegnu, oficial distinguido en la campaña del Rhin; favorito ademas de Robespierre y Saint Just, lleno de talento, actividad y emprendedor, cosas tan necesarias en aquellos tiempos peligrosos, en que un general arresgaba mas con la tirania doméstica que en la guerra con el extranjero. [2]

Despues de la toma de Maguncia; los imperia-

(1) Th. V, 332.

(2) Jom. IV, 134, 148.

les se encontraron reforzados con cuarenta mil hombres de la excelente tropa empleada en el sitio de aquella ciudad, pudiendo reunir entonces en las llanuras del Palatinado hasta 100000 hombres destinados á las operaciones defensivas, mientras que los del enemigo no excedian de 80000. Todo prometia la victoria, si hubiesen obrado de un modo enérgico; pero paralizados los aliados con divisiones intestinas, quedaron en un estado de inesplicable inercia, y dividieron su hermoso ejército en cuatro grandes cuerpos que colocaron opuestos á las estensas líneas de sus adversarios. A quienes mas particularmente debe culparse semejante torpeza, es á los prusianos, quienes despues de la toma de Maguncia adoptaron secretamente la resolucion de no contribuir en adelante de una manera eficaz á la prosecucion de la guerra, una vez que con la rendicion de aquella plaza tenian asegurada la frontera del Norte de Alemania. Dos meses enteros quedaron en un completo reposo, siendo igual la envidia de los soberanos en los negocios concernientes á Polonia, á la rivalidad de los generales por el mando de los ejércitos. Ambas monarquías tuvieron mas tarde sobrados motivos para lamentar amargamente aquella desidia, pues jamas sus ejércitos volvieron á aparecer sobre el Rhin tan formidables, ni los republicanos en un estado de relajacion como en el que se hallaban entonces (1).

Causado al fin de la lentitud de sus enemigos,

(1) Jom. IV, 75, 78, 91. Hard. II, 342.

y urgido además por las reiteradas órdenes de la Convención para que emprendiese algo de decisivo, el general francés Moreau que mandaba el ejército del Mosa, comenzó un ataque contra los cuerpos prusianos apostados en Permasin. Las columnas republicanas avanzaron al ataque con intrepidez, pero cuando llegaron á los redectos prusianos, una tempestad terrible de metralla los detuvo en su marcha al mismo tiempo que el duque de Brunswik atacaba sus flancos, y un fuego nutrido de artillería introducía el desorden en sus filas lo cual los hizo replegarse apresuradamente, retirándose en confusión á las vecinas gargantas. Los republicanos perdieron en este combate cuatro mil hombres y veintidos piezas de artillería, desastre que habria sido fatal para el resto de la campaña, si los gefes aliados lo hubiesen aprovechado tanto como lo descuidaron [1].

A pocos dias despues, el rey de Prusia dejó el ejército para marchar á Polonia, á fin de proseguir en union de la Rusia sus planes de engrandecimiento á costa de aquella tierra infortunada; por lo que respecta á los aliados convinieron un plan de operaciones y tomaron otra vez la ofensiva. Los franceses ocupaban las antiguas y célebres líneas de Wissemburg, construidas en tiempos anteriores para proteger las fronteras del Rhin de la invasion alemana. Estendian-

(1) Jom. IV, 88. 91. Toul. IV, 138, 140.

se desde la ciudad de Lauterburg sobre el Rhin, y pasaban por la aldea de Wissemburg hasta las montañas de los Vosgos, cerrando así por aquella parte todas las entradas de la Alsacia. En el espacio de cuatro meses que los republicanos las ocuparon, habian empleado todos los recursos del arte á fin de fortificarlas. El reciente triunfo de los aliados los habia traído á la izquierda de aquella posición, y formaron el designio de atacarla de izquierda á derecha y obligarlos á abandonar toda la línea de fortificaciones. Los prusianos al mando del duque de Brunswik y colocados en los desfiladeros de las montañas de los Vosgos, asaltaron simultaneamente todas las líneas de la izquierda; al paso que los austriacos conducidos por el príncipe de Waldeck, cruzaron el Rhin y atacaron la derecha, y el mismo Wurmser con lo principal del ejército se esforzaba en romper el centro. Lauterburg en el ataque del ala derecha, solo obtuvo un triunfo momentaneo; pero Wurmser, tomó muchos reductos en el centro, y pronto se apoderó de Wissemburg, en cuyo momento habiendo sido envuelta y obligada á retirarse la izquierda, el ejército republicano se retiró en confusión, corriendo algunos de los fugitivos hasta Straburgo. Fué tal la lentitud de los aliados, que los franceses tan solo perdieron mil hombres en esta derrota general, la que si

Octubre 13.

Setiembre 14.

Derrota de los franceses en Permasin.

Atacaron sus líneas en Wissemburg.

Son completamente derrotados.

se hubiese aprovechado, habría ocasionado la ruina de todo el ejército [1].

Empero, esta importante victoria, que abrió segunda vez el territorio de la República al enemigo victorioso, y la cual esparció la mas grande consternacion entre todas las ciudades de la Alsacia, no produjo ningunos resultados; y por el contrario, los deseos manifiestos del Austria sobre esta provincia, contribuyeron á aumentar el disgusto que reinaba ya entre aquel poder y su vacilante aliada. Apesar de que á causa de esto comenzó una poderosa reaccion entre los nobles de la Alsacia y apesar tambien de que en Straburgo se levantó un partido formidable á favor de los proyectos del imperio, los ejércitos no comprendieron nada de positivo. Wurmser gastó en fiestas y regocijos los preciosos momentos originados por el primer terror; la Convencion tuvo así tiempo de recobrase de su alarma, y el Comité de Seguridad Pública tomó las mas enérgicas medidas para restaurar el fervor democrático en los distritos conmovidos. Una fuerza de revolucionarios al mando de un caudillo feroz, atravesó la provincia confiscando sin misericordia las propiedades de los individuos sospechosos y esparciendo un temor de muerte entre todos los ciudadanos á causa de sus innumerables arrestos. "Marat, decia Baudet, tan solo ha pedido doscientas mil cabezas;

(1) Hard. II, 424, 425. Toul. IV, 140, 141, 142. Jom. IV, 96, 97, 104.

pero si hubiese pedido un millon tambien se lo dariamos." A fin de aprovecharse de la fermentacion ocasionada por estas amenazas, Wurmser avanzó hasta los alrededores de Straburgo, donde todas las autoridades constituidas ofrecieron rendirse á los imperiales en el nombre de Luis XVII. Atado sin embargo el general austriaco, por las ordenes de Viena que le prohibian hacer nada que pudiese perjudicar á su sistema de conquista metódica, rehusó tomar posesion de la ciudad bajo tales condiciones y movió á los prusianos á Laverne, á fin de hacer replegar á los republicanos que se estaban reuniendo en aquel punto. Este proyecto sin embargo salió muy mal; los prusianos fueron rechazados y Wurmser imposibilitado de emprender el sitio de Straburgo por medio de la fuerza, se vió obligado á retirar sus tropas, concre-

Bloqueo de Landau y rendicion del fuerte Vauban.

tando sus operaciones al bloqueo de Landau y al sitio del fuerte Vauban, el cual capituló con su guarnicion de tres mil hombres, el 14 de Noviembre. Los habitantes de Straburgo abandonados así á su destino, experimentaron el peso terrible de la venganza republicana.

Cruel venganza de los franceses en Alsacia.

Setenta personas de las familias mas distinguidas fueron entregadas á la muerte, al mismo tiempo que el terror y la confusion instalaban el dominio de la Convencion sobre aquella provincia desgraciada. Apenas se conoció toda la importancia de la conspiracion, cuando Saint Just y Le Bas fue-

ron despachados por el gobierno republicano, los cuales pusieron en toda su fuerza la terrible severidad de la revolucion. La sangre de los realistas corrió inmediatamente á torrentes; era suficiente delito para condenar, si se probaba que cualquier habitante habia permanecido en la aldea ocupada por los aliados, y una cuarta parte de las familias diezradas por la guillotina huyeron á los vecinos distritos de la Suiza, siendo inscriptos inmediatamente en las listas de proscripcion. [1]

La separacion de la Prusia de la Confederacion, se manifestaba diariamente mas y mas clara. En vano se esforzó Wurmsér para atraerlos á ciertos movimientos combinados. Las órdenes del gabinete, sugetaban al duque de Brunswick á una línea de conducta tan perjudicial á su fama de general, como peligroso á su patria. Al volver Federico Guillermo á Berlin, fué acosado por innumerables representaciones de sus ministros, en las cuales le pintaban el estado deplorable de la hacienda y la estincion de la fuerza nacional, en una contienda agena de todo punto á los verdaderos intereses de la nacion, y esto en el momento mismo en que los negocios de Polonia requerian una atencion indivisible, y la mayor parte de las fuerzas que pudiesen reunirse en aquel punto; el rey en vista de esto adoptó al cabo la resolucion de llamar á sus tropas del Rhin, esceptuando el pequeño contingente

(1) Hard. II, 425, 426. Toul. IV, 143, 144, 186. Th. VI, 48, 49. Jom. IV, 104, 105, 111, 150.

que se hallaba obligado á suministrar como príncipe del imperio, en seguida se mandaron órdenes al general prusiano para obtener aquel objeto. Informado el gabinete de Viena del peligro que le amagaba, hizo las mas apremiantes representaciones contra una desercion tan extemporánea como ruínosa, en las cuales fué tambien secundado por los gobiernos de Inglaterra y San Petersburgo, que se pospuso esta resolucion, y en consideracion de un gran subsidio dado por el Austria, se empeñó de nuevo á proseguir la contienda. Empero, se transmitieron órdenes al duque de Brunswick para que contemporizase tanto cuanto fuera posible y no empeñase á las tropas prusianas en ninguna empresa seria, ó en conquistas que pudiesen redundar en beneficio de los austriacos; el resultado de estas medidas se conoció muy pronto, con la remocion de los morteros y cañones prusianos de las líneas de Landau en el momento en que continuaba el bombardeo con las mejores esperanzas de buen éxito; poco despues, retiraron una parte tan grande de las fuerzas sitiadoras, que la guarnicion pudo comunicar libremente con los pueblos circunvecinos (1).

Entre tanto, el Comité de Seguridad Pública, obrando de un modo diametralmente opuesto al de sus tardios y divididos enemigos, no se concretaba tan solo á reducir á los realistas de Alsa-

(1) Hard. II, 425, 43.

cia, aspiraban nada menos que á libertar completamente al territorio francés de las fuerzas aliadas. Con el objeto de hacer levantar el bloqueo de Landau, colocaron á las órdenes de Pichegru á treinta mil hombres destacados de los ejércitos del Rin y del Mosa, y los cuales se destinaron á romper las líneas aliadas entre los acantonamientos de las fuerzas prusianas y austriacas, debiendo ser apoyados por otros treinta y cinco mil á las órdenes del general Hoche que se adelantaba por la parte de La Sarre. Después de algunos movimientos preparatorios de éxito vario, y de algunas acciones parciales, los republicanos en la mañana del 26 de Diciembre atacaron en masa al ejército sitiador del duque de Brunswik, quien se hallaba situado cerca del castillo de Geisberg y casi al frente de Weissemberg. Era tal la disencion de los dos comandantes á consecuencia de la manifiesta repugnancia de los prusianos á combatir, que á presencia de sus oficiales y en el campo de batalla tuvo lugar una acalorada discusion entre los dos. El resultado, como debía esperarse fué que los aliados atacados vigorosamente por el centro fueron arrojados de sus posiciones, y después de tentativas infructuosas para sostenerse en la orilla izquierda del Rin, todo el ejército cruzó en desorden á la orilla derecha en Philisberg, no sin levantar antes el bloquo de Landau abandonando á su destino la re-

Noviembre 17.

Diciembre 26.

Diciembre 30.

Se levanta el bloqueo de Landau y los aliados son arrojados al otro lado del Rin.

ciente conquista del fuerte Vauban, y desocupando completamente el territorio francés en aquella parte. Spine y Worms fueron reconquistados sobre la marcha y poco después desocupado Fuerte Vauban. Los ejércitos republicanos avanzaron rápidamente, apareciendo ante las puertas de Mannheim, y la Alemania no ha mucho victoriosa, comenzó á temblar por sus propias fronteras (1).

Enero 19 de 1794.

Estos importantes resultados demostraron las grandes combinaciones militares ejecutadas por parte de los franceses, y tan superiores á las de los aliados. Cuarenta mil hombres entre prusianos y sajones estaban en una inaccion completa mientras que los aliados se encontraban en tal estado de discordia, que ni aun en la mayor inminencia del peligro se prestaron ayuda (2, 3). No era, pues, difícil preveer cuál seria el resultado de la contienda (4).

(1) Toul. IV, 221, 227. Jom. IV, 154, 160, 177. Th. VI, 48, 49.

(2) Hard. II, 439, 441. Jom. IV, 177.

(3) Era tal la discusion entre los austriacos y prusianos, que sus respectivos generales publicaron mutuas recriminaciones, y se batieron en apoyo de las cuestiones que habia sentado cada uno.—Hard. II, 424.

(4) La causa de todos los desastres de la campaña en la frontera alemana, eran las divisiones de los aliados y la desercion de la Prusia, siendo esto tan manifiesto, que el mismo duque de Brunswick no vaciló en atribuirlos á las mismas razones. El 24 de Enero escribió al príncipe Luis de Prusia en estos términos: "He sido envuelto en circunstancias tan desgraciadas como extraordinarias, y las cuales me imponen la penosa necesidad de obrar como lo hago. Es una verdadera desgracia que las disenciones interiores y exteriores hayan

La campaña en la frontera de los Pirineos no se distinguió durante este año por ningun acontecimiento de importancia. Al estallar la guerra en Febrero, el gobierno español se esforzó vigorosamente en aumentar sus ejércitos, y el celo y patriotismo de los habitantes suplió muy presto la falta de los establecimientos militares, poniéndole en estado de formar dos grandes ejércitos; el uno compuesto de treinta mil hombres

paralizado á menudo los movimientos de los ejércitos, en el momento en que era necesaria la mas grande actividad. Si despues de la rendicion de Maguncia hubiesen caido sobre Houchard, á quien habrian batido, hubieran estorbado así la marcha de las tropas del Norte y en consecuencia, los reyes de Dunquerque y Maubeuge. Sarra Luis, mal abastecido, y destituido en aquella época de todo cuanto podia estorbar el bombardeo, se habria rendido en quince dias. La Alsacia se podia así haber envuelto por el Sarra; la toma de las líneas de Lautern habria sido mas sólida, y si por aquellos medios se hubiese podido separar al ejército republicano del otro lado del Mosa, Landau se habria rendido infaliblemente. Os ruego hagais cuantos esfuerzos os sean posibles, á fin de estorbar la indevida separacion del ejército en destacamentos, pues en tal caso, se encuentra debilitado en cada punto y muy capaz de ser batido en detall. En Maguncia se perdieron los frutos de toda la guerra, y no hay esperanza de que una tercera campaña pueda reparar los desastres de las dos precedentes. Las mismas causas que hasta hoy han dividido á las potencias aliadas, los dividirán de nuevo, y los movimientos de los ejércitos se resentirán como se han resentido: su marcha será embarazada, retardada y la estorbarán tambien; y la lentitud en el restablecimiento del ejército prusiano, inevitable quizá por razones políticas, será en la siguiente campaña la causa de incalculables desastres.—Véase á Hard, II, 444, 448.

estaba destinado á invadir el Rosellon y el otro de veinticinco mil á penetrar por el Bidassoa por la parte de Bayona. (1)

El ejército republicano acampado á la entrada oriental de los Pirineos, ocupaba una línea desde San Juan *Pied de Port*, hasta la boca del Bidassoa, fortificada por tres campos atrincherados, mientras que los españoles estaban estacionados en las alturas de San Marcial; teatro destinado á las honrosas hazañas de sus armas

en una guerra mas gloriosa. Los españoles el 14 de Abril rompieron desde su posicion un fuego nutrido contra la línea francesa, y durante la confusion que esto ocasionó entre sus enemigos, cruzaron el

Bidassoa y tomaron un fuerte que fué abandonado muy presto. Este ataque era solo el preludio de otro mas decisivo que se efectuó el 1º de Mayo y en

el cual los franceses fueron arrojados de uno de sus campamentos con la pérdida de quince piezas de artilleria; el 6 de Junio fueron arrojados igualmente del otro campo, y forzados á retirarse dentro de San Juan *Pied de Port*, habiendo perdido toda la artilleria y municion que contenia dicho campo. El general republicano despues de estos desastres trabajó sin descanso en restaurar el valor y disciplina de sus tropas, y cuando los consideró suficientemente experimentados para las operaciones defensivas, emprendió el 29 de Agosto un ataque

[1] Ann. Reg. XXXIII, 396.

general contra las posiciones que los españoles habian fortificado en el territorio francés; pero fueron rechazados con pérdida considerable é imposibilitados de emprender ningun movimiento de consecuencia por todo el resto de la campaña. (1)

Las operaciones de mayor importancia se efectuaron en la parte oriental durante la misma campaña. A mediados de Abril, los españoles al mando de Ricardos invadieron el Rosellon, y el 21 de Abril habiendo un pequeño cuerpo ganado algunas ventajas contra un número igual de franceses, empeñaron un ataque general contra el campo de estos, el cual concluyó con la derrota de los republicanos. Poco despues se tomaron los fuertes de Belgrado y

Villa Franca, mientras que Ricardos aprovechando sus ventajas, atacó en Millas el 29 de Agosto, á un grande cuerpo de franceses que fueron derrotados con la pérdida de quince piezas de artilleria. El resultado de esto fué que los invasores marcharon á Perpignan é interrumpieron las comunicaciones entre el Languedoc y el Rosellon. [2]

Empero, alarmada la Convencion con los rápidos progresos de los españoles tomó al fin las medidas mas vigorosas para reforzar sus ejércitos,

Invasión del Rosellon.

[1] Jom. IV, 273, 282. Ann. Reg. XXXIII, 397, 398.

[2] Jom. IV, 241, 243. Ann. Reg. XXXIII, 399.

y el enérgico gobierno del Comité de Seguridad Pública restauró el triunfo á las banderas republicanas. Dos divisiones francesas que ascendian como á cincuenta mil hombres fueron dirigidas á marchar contra los españoles mandados por D. Juan Courten, quien no tenia en Peirestortes arriba de seis mil hombres; y combinaron su ataque con tanta habilidad que el enemigo fué asaltado por bandguardia, ambos flancos y por retaguardia. Los españoles despues de una briosa defensa se vieron obligados á emprender la retirada aunque conduciendola en buen órden por algun tiempo, pero al fin se convirtió en huida, durante la cual perdieron mil hombres muertos y mil quinientos prisioneros, ademas de toda su artilleria y equipage de campaña. [1]

Ensobervecidos los republicanos con este triunfo, resolvieron un ataque general contra el ejército español, el cual se efectuó en Truellas. Veinte mil soldados escogidos se dividieron en tres columnas y avanzaron contra el campo español. Despues de una obstinada resistencia, la que atacó el centro mandada por Dagobert tomó los atrincheramientos y estaba á punto de ganar una gloriosa victoria, cuando avanzando Courten con la reserva española prolongó el combate y dió tiempo á Ricardos que habia derrotado el ataque dirigido contra su iz-

Setiembre 17, Son derrotados.

[1] Jom. IV, 244, 245.

quierda, para que avanzase con cuatro regimientos de caballería, lo cual decidió la victoria. Tres batallones franceses rindieron sus armas y el resto formado en cuadros se retiró, á pesar de los mas grandes esfuerzos de la caballería española, pero sin embargo, no sin haber sufrido una pérdida de cuatro mil hombres y diez piezas de artillería [1].

Dagobert á causa de este desastre fué destituido del mando supremo; pero poco despues, los republicanos al mando de Davaust fueron reforzados con quince mil hombres reclutados por el decreto de 23 de Agosto, y Ricardos á pesar de su triunfo se vió obligado á permanecer á la defensiva. A causa de esto se retiró á un campo cerca de Boulon perfectamente fortificado, y el cual fué atacado por las fuerzas francesas el 3 de Octubre. Desde aquella fecha hasta principios de Diciembre, tuvieron lugar una porcion de acciones sin ventaja decisiva por ninguna de ambas partes, y sin que las tropas españolas fuesen desalojados de su posicion. En

Diciembre 7

aquella época, Ricardos habia sido reforzado fuertemente y resolvió por esto tomar de nuevo la ofensiva. En la mañana del 7 de Diciembre dispuso sus tropas en cuatro columnas, y habiendo sorprendido los puestos avanzados, comenzó un ataque imprevisto contra las líneas francesas. Algunos de los republicanos que eran reclutas inespertos, huyeron inmediatamente, y todo el ejército fué

(1) Jom. IV, 246, 248. Ann. Reg. XXXIII, 399.

derrotado con la pérdida de cuarenta y seis piezas de artillería y dos mil quinientos hombres. Los españoles prosiguieron su triunfo con una expedicion dirigida contra la ciudad de Port Vendre, la cual tomaron con toda la artillería montada para su defensa; Colliure se rindió poco

Diciembre 14.

despues á sus fuerzas con mas de ochenta cañones, mientras que

el marqués de Amarillas derrotó la derecha, introduciendo tal terror entre las líneas

Segunda derrota de los franceses, quienes se replegan á Perpignan.

inexpertas de los republicanos, que algunos batallones se dispersaron por sí mismos, corrieron

al interior y todo el ejército se retiró en desorden al abrigo de las baterías de Perpignan. El

ejército francés estaba tan desalentado á causa de estos repetidos desastres, que casi todos los

guardias nacionales dejaron sus banderas, y el general en jefe anunció á la Convencion que se

habia quedado á la cabeza de ocho mil hombres tan solo. Si el general español hubiese conocido el estado de sus enemigos, habria completado su ruina por un ataque vigoroso, antes que

hubiesen llegado los refuerzos de Tolon [1], los cuales á principios del mes siguiente restauraron el equilibrio de ambas fuerzas.

A la conclusion de la precedente campaña, los franceses quedaron amos del territorio, y de la ciudad de Niza.

Una expedicion de los republicanos

Campana en los Alpes marítimos.

Febrero 14.

Una expedicion de los republicanos

(1) Jom. IV, 251, 262, 270, 273. Ann. Reg. XXXIII, 400.

nos proyectada contra Cerdeña, se desgració completamente. Cuando la estacion mas avanzada ya pudo permitir las operaciones en los Alpes marítimos, el ejército piemontés compuesto de treinta mil naturales y diez mil austriacos, fué apostado á lo largo de todas las alturas con el centro apoyado en Saorgio perfectamente fortificado. En los primeros dias de Junio los republicanos que ascendian á veinticinco mil hombres, comenzaron un ataque dividido en cinco columnas; pero despues de algunos triunfos parciales tomaron de nuevo sus posiciones, y habiendo sido debilitados por los cuerpos destacados para el sitio de Tolon, quedaron á la defensiva hasta fines de Julio, que fué cuando se apoderaron de la Col d'Argentiere y de la Col d'Sauteyron, lo cual exitó la mas grande alarma en la corte de Turin, estorbándoles el enviar al ejército de Saboya los socorros que tan imperiosamente demandaba la poderosa diversion ocasionada por el sitio de Lyon (1).

La insurreccion de Lyon ofrecia una oportunidad para establecerse en el Sud de Francia, cosa que apenas podian haber esperado las potencias aliadas. Si sesenta mil veteranos hubiesen bajado de los Alpes á Italia, aprovechándose de la efervescencia que reinaba en Tolon, Marsella y Lyon, los resultados entonces habrian sido incalculables. Empero, las divisiones entre los aliados eran tales, que se descuidó esta magnífica oportunidad, que jamás debia volver, y la

(1) Jom. IV, 181, 184. Toul, IV, 216, 217, 218. Th. V, 38.

corte de Turin contentóse durante aquella inesperada diversion con procurar tan solo la espulsion de los franceses de los valles de Aré y de Lisere, lo cual no era asunto muy difícil, pues ocupaban las alturas Mont Cenis y del Pequeño San Bernardo, mientras que los franceses estaban abajo cruelmente debilitados por los destacamentos que habian dado para el sitio de Lyon. A mediados de Agosto, las columnas de Cerdeña al mando del general Gordon bajaron de las gargantas de San Juan de Moriena y Montiers, y despues de algunos combates de poca importancia, arrojaron á los republicanos de aquellos estrechos y serpeados valles, obligándolos á refugiarse bajo el cañon de Montmelian, pero aquí terminaron los triunfos de esta débil invasion. Al oir Kellerman que los sárdos avanzaban, dejó el sitio de Lyon al general Durnuy, y volviendo á Cambery á toda priesa, levantó la guardia nacional para oponerse al enemigo. En el momento en que este se preparaba á proseguir sus triunfos, el

Agosto 15.

Setiembre 11.

general francés se le anticipó por un vivo ataque y despues de una débil resistencia, los arrojaron de todo el terreno que habian ganado, hasta el pié del Montenis. Así terminó despues de efímeros triunfos en una verdadera desgracia, esa campaña que si se hubiera conducido con atrevimiento, podria haber dado por conclusion la libertad de todo el Sudeste de la Francia [1].

(1) Jom. IV, 195, 206; Bot. I, 294, 300, 309. Th. V, 307, 310.

Empero, mientras que las operaciones de los aliados eran ineficaces en su ve-
Gran descontento en el Sud de la Francia. ciudad, los esfuerzos de los fran-
 ceses eran de un carácter mas de-
 cidido y glorioso. La insurrección del 31 de Ma-
 yo que entregó la legislatura al populacho de
 París y estableció el reinado del terror en toda
 la Francia, escitó la mayor indignación en las
 provincias meridionales. Marsella, Tolon y Lyon
 abrazaron abiertamente el partido girondista;
 ellos eran afectos muy de veras á la libertad, pe-
 ro debe entenderse hácia aquella libertad regu-
 lar que provée á la proteccion de todos y no á
 la que subyuga las clases principales al despo-
 tismo de las mas bajas. El descontento fué au-
 mentándose hasta mediados de Julio, en que
 Chalier y Riard, gefes del Club jacobino, fue-
 ron entregados á la muerte. Desde aquel mo-
 mento se declararon en estado de insurrección,
 y conociendo los corifeos de la Gironda que el
 partido realista habia ganado la primacia en la
 ciudad, se retiraron y Precy fué nombrado para
 el mando del ejército. Inmediatamente comen-
 zaron á fundir cañones, á levantar atrinche-
 ramientos y á prepararse para una vigorosa de-
 fensa (1).

El descontento estalló primero en Marsella
 en una abierta rebelion. Keller-
Aborta la insurrección en Marsella. man, á las primeras noticias des-
 pachó al general Carteaux á fin
 de estorbar que un cuerpo de diez mil hombres

(1) Th. V, 142, 143. Toul. IV, 55.

de aquella ciudad, se reuniese con los volunta-
 rios de Lyon. Si semejante reunion se hubiese
 efectuado, no hay duda de que todo el Sud de
 la Francia habria sacudido el yugo de la Con-
 vencion; pero Carteaux, despues de haber suje-
 tado Avignon y Pon d'Esprit, encontró al ejérci-
 to de los marseleses, primero en Salons y des-
 pues en Septiemes, donde los derrotó completa-
 mente entrando el dia siguiente en Marsella. El
 terror reasumió de nuevo su dominio: se deso-
 cuparon las prisiones; todos los gefes del parti-
 do girondista fueron arrojados en ellas, y la
 guillotina, siempre á la retaguardia de los ejér-
 citos republicanos, fué instalada en toda su san-
 grienta soberanía (1).

Una gran parte de los ciudadanos marseleses
 huyeron á Tolon, en donde espar-
Revolucion en Tolon la cual abrió sus puertas á los ingleses. cieron las mas tristes noticias de
 los sufrimientos de sus conciuda-
 danos, haciendo preveer el destino
 que le esperaba á Tolon si se entregaba en las
 manos de la República. Aquel hermoso puerto
 poseia ya una poblacion de veinticinco mil al-
 mas, y era ardientemente opuesto á la revolu-
 cion, á causa de las desgracias que habian sobre-
 venido á los habitantes desde su principio, y
 ademas por los muchos oficiales emparentados
 con la aristocracia, y los cuales habian sido em-
 pleados en la marina bajo el gobierno antiguo.
 En la extremidad á que se veian reducidos los
 habitantes, amenazados como estaban con la

(1) Toul, IV, 63, 66. Jom. IV, 208, 209. Th. V, 7

aproximacion de las fuerzas republicanas, y destituidos de los medios necesarios para su defensa, no vieron otra alternativa que abrir su puerto á la flota inglesa que cruzaba en la vecindad y proclamar rey á Luis XVII. Se convocaron en seguida los primeros gremios y se convino por unanimidad en las proposiciones anteriores. El Delfin fue proclamado y la escuadra inglesa entró en el puerto; las tripulaciones de siete buques de guerra que se mantuvieron contumaces, se les permitió retirarse, mientras que el resto de los que quedaban se unió á los habitantes [1]. Poco despues arribó la escuadra española trayendo consigo un refuerzo considerable de tropas, y las fuerzas aliadas compuestas de ocho mil hombres tomaron posesion de todos los fuertes de la plaza. En esta ocasion el almirante inglés Hood, por medio de dos proclamas diferentes, se empenó del modo mas solemne á tomar posesion de Tolon, solo y exclusivamente en nombre y beneficio de Luis XVII, y á restaurar la flota al gobierno monárquico de Francia, á la conclusion de la paz general. (2)

(1) Jom. IV, 209, 211. Toul. IV, 67, 68.

(2) El almirante Hood en su primera proclama decia. "En caso de que el pueblo se declare abiertamente por un gobierno monárquico y resolviere ponerme en posesion del puerto, recibirá todo el favor que pueda proporcionarle, la escuadra de mi mando. Declaro, que la propiedad y las personas se mirarán como sagradas, pues solo deseamos establecer la paz. Una vez concluida esta, restauraremos con gusto la flota, segun el mismo inventario por el que la recibamos." En la segun-

Carteaux ordenó inmediatamente, que un destacamento de sus fuerzas marchase contra los insurgentes, pero sostenida la guarnicion por un cuerpo de guardias nacionales de Tolon, marchó á encontrarla y sorprendidos los republicanos se vieron obligados á retirarse en desorden. Este reves manifestó la necesidad de medidas mas energicas; se trajo desde los Alpes á una gran porcion del ejército de Italia, los guardias nacionales de los departamentos vecinos fueron llamados igualmente; ordenáronse nuevas conscripciones, y se pusieron en planta inmediatamente los mandatos de Robespierre, los cuales eran que Lyon fuese quemado y arrasado hasta la tierra

da era igualmente claro." Considerando, que los gremios de Tolon (segun lo esponen los comisionados que me han enviado) se han declarado solemnemente en favor de Luis XVII y del gobierno monárquico, ofreciendo hacer cuanto esté de su parte para romper las cadenas que oprimen al pais y para restablecer la constitucion tal como fué aceptada en 1793 por su difunto soberano, repito por la presente proclama, que tomaré posesion de Tolon, pero tan solo como un depósito de Luis XVII y únicamente mientras se restablece la paz en Francia, la cual confio que no está muy distante."—Proclama del 28 de Agosto de 1793. Hard, II, 357, 359. Estos eran los verdaderos principios de la guerra antirevolucionaria; bien diferentes por cierto de aquellos proclamados por el Austria cuando la toma de Valenciennes y Condé. Por lo que respecta á la destruccion subsiguiente de la flota, cuando lo republicamos tomaron de nuevo á Tolon, en nada contravino á la buena fe en esta transacion. La Inglaterra se obligó á volver la flota á un gobierno monárquico y á Luis XVII, pero no á entregarla al gobierno revolucionario el mas encarnizado enemigo de ambos.

y que despues se comenzase el sitio de Tolon. [1]

Kellerman á la primera noticia de la revolucion de Lyon, reunió ocho mil
 Julio 29. hombres y un pequeño tren de artilleria para observar la plaza; pero esto era de todo punto insuficiente ni aun para mantenerse frente á la poblacion armada de la ciudad, la cual presto ascendió á treinta mil hombres. Formóse una caja militar: se dió papel moneda cuya circulacion fué garantizada por los principales comerciantes; se fundió un gran número de cañones en la ciudad, y sobre todas las bellas alturas que circundan la ciudad se erigieron fortificaciones dirigidas por un hábil ingeniero. [2]

Aunque las tropas de los republicanos se acrecentaban diariamente, por mucho tiempo no pudieron hacer frente contra fuerzas tan considerables, apoyadas por el ardor de una poblacion numerosa y entusiasta. Durante todo el mes de Agosto y principios de Octubre, el sitio progresó muy poco, y aun las baterias de los sitiadores estaban casi desguarnecidas. Entre tanto, los sitiados propusieron un acomodo, pero los comisionados de la Convencion les volvieron por respuesta. "¡Rebeldes! mostraos primero dignos de perdon reconociendo vuestros crímenes. Deponed las armas, entregad las llaves de vuestra ciudad y mereced la clemencia de la Convencion por un sincero arrepentimiento." Em-

(1) Toul, IV, 68.

(2) Ann. Reg, XXXIII, 406, Toul, IV, 71.

pero, los habitantes convencidos perfectamente de los resultados de semejante sumision, volvieron esta respuesta. "Conducta tan atroz como la vuestra, prueba demasiado lo que debemos esperar de vuestra clemencia. Aguardaremos, pues, con firmeza vuestra llegada, y jamás tomareis la ciudad sino pasando sobre ruinas y montones de cadáveres (1).

Informada apenas la Convencion de la entrada de los ingleses en Tolon, redobló su ardor para rendir á Lyon, y desechó indignada los consejos para un convenio que presentaron muchos de sus miembros, en cuyo seno no se habian estinguido completamente los sentimientos de humanidad; en seguida tomáronse las mas enérgicas medidas para la prosecucion del sitio. Sobre las baterias se montaron inmediatamente cien piezas de artilleria sacadas de los arsenales de Besançon y Grenoble, mientras que tropas veteranas escogidas del ejército de las fronteras del Piamonte fatigaban las fortificaciones de la ciudad. En una sucesion de combates en los atrincheramientos exteriores, manifestaron los lyoneses el valor mas heróico; pero aunque el triunfo estuvo frecuentemente equilibrado, al fin los sitiadores se llevaron la ventaja, y los horrores de la guerra que tan acérrimamente se habian esforzado los habitantes en tener á distancia, cayeron al fin sobre aquella desgraciada ciudad. El 24 de Setiembre comenzó un espan-

(1) Tom, IV, 186, 187. Th, V, 310, 34.

Bombardeo de la ciudad, y crueldad de los sitiadores.

tosos bombardeo de bala roja el cual continuó sin interrupción por una semana entera. Aquella tempestad de llamas descendía noche y día en el barrio de Saint Clair, incendiando rápidamente las magníficas casas de aquel opulento cuartel, y los espléndidos edificios públicos que adornaron por tan largo tiempo la plaza de Bellecour y los magníficos muelles del río. El arsenal voló también á poco con una terrible explosión. Al fin, las llamas llegaron hasta el hospital mayor, uno de los más nobles monumentos de la caridad de los siglos pasados, y entonces lleno de heridos y moribundos de todos los cuarteles de la ciudad. Sobre su cúspide se enarboló una bandera negra para apartar la furia de los sitiadores de aquel asilo de humanidad; pero esto sirvió tan solo para redoblar su rabia y guiar sus tiros, los cuales eran dirigidos con tan inerrable certeza, que después de haber estinguido las llamas por veinticuatro veces consecutivas, fué incendiado al fin hasta los cimientos [1].

A pesar de que la destrucción del bombardeo acrecentaba los sufrimientos de los habitantes, no por eso disminuía sus medios de defensa. Empero poco después los republicanos con sus incesantes asaltos se apoderaron de las alturas de Santa Cruz, las cuales dominaban la ciudad desde una posición más cercana; al mismo tiempo los refuerzos que llegaban diariamente de

[1] Tom. IV, 187, 189. Toul, IV, 71, 75. Th, V, 305, 306. Lac, IX, 105. Ann. Req. XXXIII, 408.

los departamentos del Mediodía, todos levantados entonces por los esfuerzos de la Convención, pusieron á los sitiadores en estado de cortar todas las comunicaciones entre los habitantes y el campo, del cual hasta entonces habían tomado éstos sus provisiones. Antes de los últimos días de Setiembre, cincuenta mil hombres estaban reunidos ante las murallas; y á pesar de la rigida economía en la distribución de alimentos, las penas del hambre comenzaron á hacerse sentir cruelmente. Poco después [1] llegó la guarnición de Valenciennes, y por su pericia en el manejo de la artillería, dió una fatal preponderancia á la fuerza sitiadora, mientras que Couthon subía con veinticinco mil rudos montañeses de la parte de la Auvernia.

Las esperanzas de los habitantes, habían estado particularmente en una diversion del lado de Saboya, en donde de las tropas piamontesas se reunían lentamente para las operaciones defensivas; pero estas esperanzas fueron cruelmente engañadas. El ejército sardo, después de una débil irrupción, en los valles de San Juan de Moriena y de algunos triunfos efímeros, fué desgraciadamente arrojado sobre el Mont Cenís, habiendo errado en no aprovecharse de la más favorable oportunidad que jamás debía presentarse para establecer el partido realista en el Sud de la Francia. Este desastre y la opresión del hambre, desalentaron entonces cruelmente

[1] Lac, XI, 107. Toul, IV, 76. Th, V, 313.

el valor de los sitiados. Sin embargo, aunque abandonados los habitantes de todo el mundo, y asaltados por una fuerza que llegó al último á sesenta mil hombres, sostuvieron su defensa noble y resueltamente. En vano continuó el bombardeo con una crueldad sin ejemplo; en vano se arrojaron dentro de la ciudad veintisiete mil bombas, cinco mil granadas y once mil balas rojas. La mitad de los ciudadanos, sin cuidarse de aquella tempestad de hierro, guardaba las fortificaciones, mientras que la otra velaba la dirección de los proyectiles incendiarios y conducía agua á los barrios en que estallaba la conflagración (1).

Sin embargo, estos esfuerzos tan gloriosos, no pudieron apartar al fin el golpe del destino. Irritada la Convención de los lentos progresos del sitio, privó á Kellerman del mando, y aunque su talento y energía había salvado á la República cuando rechazó la invasión piemontesa, le ordenaron presentarse á la Convención para que diese cuenta de su conducta. El mando del ejército sitiador se entregó al general Doppert, quien recibió órdenes inmediatas para reducir á Lyon á fuego y sangre. A fin de apresurar sus operaciones, el salvaje Couthon, como comisionado de la Convención, fué investido con una autoridad despótica sobre los generales. Resolvió al instante tomar á Lyon por asalto, para lo cual empleó en el ataque todos los sesenta mil hombres que lo sitiaban (2).

(1) Lac, XI, 104. Bot, I, 247. Th, V, 311.

(2) Tom, IV, 191. Toul; IV, 79. Th, V, 313, 314

El nuevo jefe el 29 de Setiembre emprendió un ataque general contra los atrincheramientos de los sitiados, el objeto del cual, era forzar los puestos fortificados y la punta de Perache cerca de la confluencia del Saóna y del Ródano. Después de una obstinada resistencia, los republicanos tomaron las baterías de Saint Foix, las cuales dominaban aquella importante punta, al mismo tiempo que forzaron el puente de La Malatierre, que unia ésta con la orilla opuesta. Ya no quedaban ningunos atrincheramientos entre los acometedores y la ciudad, y el último momento de Lyon parecía muy cercano; pero Precy, á la cabeza de una porción de ciudadanos escogidos, se apresuró á llegar al teatro del peligro, y los republicanos fueron encontrados y rechazados de la llanura de Perache, con la pérdida de mas de dos mil hombres; pero á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo estorbarles que se sostuviesen sobre el puente y las alturas de Saint Foix [1].

Empero todos estos heroicos esfuerzos no pudieron detener los progresos de un enemigo mas fatal aun, el cual se hallaba dentro de sus murallas. El hambre iba consumiendo la fuerza de los sitiados; largo tiempo habian rehusado las mugeres el uso del pan, á fin de reservarlo para los combatientes; pero aun así pronto se vieron reducidos á media libra diaria de aquel humilde alimento. El resto de los habitantes se sostenia

(1) Tom, IV, 193. Lac, XI, 108.

con la escasa ración de avena, la cual se les repartía diariamente de los almacenes públicos y con la mas rígida economía; pero hasta estos recursos llegaron á agotarse al último. Las provisiones de toda clase faltaron absolutamente desde principios de Octubre, [1] y las treinta secciones de Lyon subyugadas por la extrema necesidad, se vieron obligadas á nombrar diputados que marchasen al campo enemigo.

Sin embargo, el valiente Precy desdenó someterse en esta extremidad; con generoso sacrificio y á la cabeza de una banda escogida, resolvió abrirse paso por entre las líneas enemigas y buscar en climas estrangeros aquella libertad de que la Francia se habia hecho indigna. En la noche del nueve de Octubre, la heroica columna, la flor de los lyoneses, se puso en camino con sus mugeres é hijos y con los pocos restos que pudieron salvar del naufragio de su fortuna. Guiados por la luz de sus habitaciones incendiadas emprendieron su peligrosa marcha en medio de las lágrimas y bendiciones de los amigos que dejaban atrás. Apenas habian salido, cuando cayó una bomba en un carro de municiones, cuya explosion mató á un gran número de ellos; á pesar de este desastre la cabeza de la columna rompió la division que encontró á su paso y abrióse camino por entre las líneas de los sitiadores, pero una fuerza immen-

[1] Lac. XI, 100. Ann. Reg. XXXIII, 410. Jom. IV, 192. Th. V, 314, 315.

sa los asaltó muy pronto por el centro y retaguardia. Conforme adelantaban se encontraron envueltos por todas partes; todas las alturas estaban coronadas de cañones y todas las casas llenas de soldados; entonces comenzó un degüello sin distincion en el cual perecian lo mismo los hombres que las mugeres y los niños; y de todos los que habian dejado á Lyon, cincuenta apenas se abrieron paso con Percy á los territorios suizos. (1)

Al dia siguiente los republicanos tomaron posesion de Lyon. Las tropas ob-servaron la mas abierta disciplina; fueron alojados en barracas ó vivaqueaban en la plaza de Bellecour ó en los Terreaux: engañándose los habitantes con la esperanza pasajera, de que un sentimiento de humanidad, habia al fin enternecido el corazon de los conquistadores. [2] Poco conocian la hiel del odio republicano: no habia perdon para los lyoneses: aquella demora consistia en que se reservaban tan solo para una venganza fria y cruel.

Apenas se habia rendido la ciudad, cuando Couthon entró á la cabeza de las autoridades republicanas, y reinstaló al instante la municipalidad jacobina en toda su soberanía, comisionándola para buscar y denunciar á los criminales. Despues de esto, escribió á Paris que los habitantes consistian en tres clases. 1ª Los ricos

[1] Ann. Reg. XXXIII, 410. Lac. XI, 113. Th. V, 315. Jom. IV, 194.

[2] Jom. IV, 194.

criminales. 2.^o Los ricos interesados, y 3.^o los trabajadores ignorantes incapaces de cometer ninguna iniquidad. "Los primeros, decia, deben ser guillotinaados y sus casas destruidas; la fortuna de los segundos debe ser confiscada, y los últimos trasportados á otra parte y su lugar ocupado por una colonia republicana."

Barrere al anunciar la toma de Lyon, decia, en nombre del Comité de Seguridad Pública; "Sobre las ruinas de aquella ciudad, se levantará un monumento para eterna gloria de la Convencion, y sobre el cual debe grabarse la siguiente inscripcion," *"Lyon peleó contra la libertad; pero Lyon tambien ha desaparecido para siempre."* Un decreto público suprimió el nombre de aquella ciudad infortunada, dándole entonces el nombre de "*Commune Affranchie*". Mandóse desarmar á todos los habitantes, y destruir á la ciudad entera, con escepcion tan solo de la casa de pobres, las manufacturas, los grandes talleres, los hospitales y los monumentos públicos. Nombróse una comision de cinco miembros para vengarse de los habitantes, á cuya cabeza fueron colocados Couthon y Collot d'Herbois el primero precidia la destruccion de los edificios y el último, la aniquilacion de los habitantes. Couthon, seguido de una multitud de satélites, atravesó con un martillo de plata los mas hermosos barrios de la ciudad, tocando con él las puertas de los edificios condenados, al mismo tiempo que esclamaba "¡Casa rebelde yo te toco en nombre de la ley!" é instantáneamente los

agentes de la destruccion, de los cuales veinte mil eran pagados por la República, se apoderaban del edificio y lo nivelaban con el suelo. El gasto de estas demoliciones que continuaron su interrupcion por seis meses consecutivos, costó mucho mas que la suma invertida para levantar la soberbia casa de los invalidos, pues ascendia á la enorme cantidad de setesientas mil libras esterlinas. Los palacios destruidos de este modo fueron los mas hermosos edificios privados de la Francia, de tres pisos y erigidos segun el mas rico estilo de arquitectura de Luis XIV. (1)

Empero esta venganza contra las piedras, no era sino el prelude de las mas sangrientas ejecuciones. Collot d'Herbois, el segundo procónsul, estaba poseido de un odio envenenado contra los habitantes. Diez años atras le habian silbado en el teatro, y las visitudes de la revolucion habian llegado á poner en las manos de un mal cómico de provincia un poder irresistible; emblema de la frecuente tendencia de las convulsiones civiles á elevar á los mas bajos como á humillar á los seres mas nobles del género humano. El despedido actor resolvió, pues, satisfacer con delicia esa venganza de diez años enteros. El pueblo de Lyon le habia concedido despues innumerables beneficios y una gran parte de su favor; pero nada habia podido extinguir su rencor inveterado. Fouché [natural de

[1] Lac. XI, 116, 117. Abbé Guillon, II, 392. Th. V, 317, 318, 356.

Nantes] tan conocido despues como ministro de policia en tiempo del imperio, y digno asociado de Collot d'Herbois, publicó antes de su llegada una proclama en la cual declaraba "que el pueblo francés no podia reconocer otro culto que el de la moral universal, ni otra fé que la de su propia soberanía; que todos los emblemas religiosos colocados en los caminos, en las casas ó en los lugares públicos serian destruidos; que los paños mortuorios acostitrados en los funerales, en lugar de un emblema religioso llevarian una figura del sueño, y que sobre la puerta del cementerio se escribiria. "*La muerte es un sueño eterno* [1]."

Procediendo de estos principios ateos el primer paso de Collot d'Herbois y de Fouché, fué instituir una fiesta en honor de Chalier el gobernador republicano de Lyon, hombre del mas execrable carácter y el cual fué entregado á la muerte cuando estalló la insurreccion contra el gobierno de los republicanos. Se cerraron las iglesias, se abolió el sacerdocio, establecióse la decada, y se aniquiló todo rastro de religion. El busto de Chalier fué conducido entonces por todas las calles, y seguido de una multitud inmensa de asesinos y prostitutas que gritaban: *A bas les aristocrates! Vive le guillotine!* Tras de ellos venia un asno que llevaba el Evangelio, la cruz y los vasos sagrados, y todos los mas santos em-

[1] Moniteur p. 18. Octubre 1793. Guillon, II, 337. Lac, XI, 117.

blemas del culto cristiano. La procesion llegó al lugar de los Terreaux, donde en medio de las ruinas de aquel espléndido edificio se habia levantado un altar en el cual se colocó el busto de Chalier. Fouché exclamó entonces: "Solo la sangre de los inicuos puede apaciguar tus mánes. Juramos, pues, ante tu imágen sacrosanta vengar tu muerte; la sangre de los aristócratas será el incienso que subirá hasta ti." Al mismo tiempo se prendió fuego á una pira colocada sobre el altar, y el Crucifijo y los Evangelios fueron entregados á las llamas. El pan consagrado, pisoteado bajo los pies de la multitud, á la vez que obligaban al asno á beber en el cáliz el vino consagrado. Despues de esto, la procesion, entonando canciones indecentes, atravesó las calles, seguida de una guillotina ambulante [1].

Establecido el tribunal revolucionario bajo tales auspicios, no se descuidó en consumir la obra de destruccion. "Convencidos como estamos, decia Collot d'Herbois, de que no hay un inocente en toda la ciudad, sino aquellos á quienes los enemigos del pueblo habian cargado de cadenas, endurecemos nuestro corazon contra todo sentimiento de misericordia, y hemos resuelto que la sangre de los patriotas será vengada de una manera tan pronta como terrible. El decreto de la República para la destruccion de la ciudad, ha sido puesto en planta, pero ca-

[1] Guillon, II, 348. Lac. XI, 118.

si nada se ha hecho para llevar á cabo el tenor de su espíritu. La obra de la demolicion camina del mismo modo con mucha lentitud, y la impaciencia de la República demanda una destruccion mas rápida. La esplosion de las minas ó la voracidad del incendio pueden solo expresar su omnipotencia; y su voluntad, cual la de un tirano, no puede admitir restriccion ninguna: ella debia asemejarse al fuego del cielo." "Debemos aniquilar á un tiempo á todos los enemigos de la República; semejante modo de vengar la soberanía ultrajada del pueblo, será sin comparacion mas aterrante que la obra pobre é ineficaz de la guillotina. Sucede á menudo que veinte miserables perecen en un mismo dia, pero mi impaciencia será insaciable hasta que hayan desaparecido todos los rebeldes; la venganza popular pide á gritos un golpe que estermines de una vez á todos sus enemigos y nosotros preparamos el rayo [1]."

En prosecucion de este sistema diéronse órdenes al tribunal revolucionario á fin de que redoblase sus esfuerzos. "Agonizamos de fatiga," decian los jueces y el verdugo á Collot d'Herbois. "Republicanos, respondia él, nada es vuestro trabajo en comparacion del mio; abrazaos por vuestra patria con el fuego que me consume, y entonces recobrareis vuestras fuerzas." Empero la ferocidad de los verdugos se desalentaba con el heróismo que la mayor par-

[1] Guillon, II, 402, 405. Moniteur, 24 de Noviembre de 1793. Th. V, 323.

te de las victimas demostraban en sus últimos momentos. Sentados sobre el carro fatal se abrazaban unos á otros con transportes de entusiasmo al mismo tiempo que esclamaban,

"Mourir pour la patrie
Est le Sort le plus d'aux
Le plus digne d'envie."

Algunas mugeres velaban la hora en que sus maridos debian pasar al cadalso, se presipitaban á los carros, los estrechaban en sus brazos, y voluntariamente sufrían la muerte á su lado. Las hijas prostituían su honor para salvar la vida de sus padres; pero los monstruos que las violaban añadian la traicion al crimen, conduciéndolas despues á presenciar la muerte de aquellos por quienes habían sacrificado mas que la misma vida [1].

Considerando Collot d'Herbois, que las ejecuciones de veinte personas diarias era demasiado lenta para satisfacer la venganza republicana, preparó una especie de castigo nueva y simultaneo. Sesenta cautivos de ambos sexos fueron atados fuertemente y conducidos en una fila al lugar de Broteaux. Allí los arreglaron en dos filas, teniendo á cada costado profundos fosos los cuales debían servirles de sepulcro, mientras que los gendarmes con sus sables preparados amenazaban con la muerte á cualquiera que se moviese del sitio en que le habían colocado. Al

Les prisioneros
son ametrallados,

[1] Guillon, II, 416. Lac. XI, 118, 189.

estremo de las filas estaban dos cañones cargados á metralla y colocados de manera que pudiesen barrerlas completamente. Las desgraciadas víctimas observaban con firmeza los espantosos preparativos, y continuaban cantando los himnos patrióticos de Lyon, hasta que se hizo la señal y los cañones se descargaron. Muy pocos fueron los afortunados que obtuvieron la muerte á la primera descarga, la mayor parte de ellos fueron mutilados y cayeron lanzando gritos penetrantes, al mismo tiempo que rogaban á los soldados que los ultimasen. Los miembros rotos y despedazados por la metralla estaban regados en todas direcciones, mientras que por ambas partes de la línea la sangre corría á torrentes dentro de los fosos. Una segunda y tercera descarga fueron insuficientes para completar esa obra de muerte, hasta que al fin los gendarmes incapaces de presenciar sufrimientos tan prolongados, avanzaron y con sus sables concluyeron con los que habian sobrevivido. Reunieron despues los cadáveres y los arrojaron al Ródano.

Aquella sangrienta escena fué renovada al siguiente dia en una escala mas grande aun. Doscientos cautivos sacados de las prisiones de Roanne fueron traídos ante el tribunal revolucionario del Hotel de Ville; y despues de insignificantes interrogatorios en cuanto á sus nombres y profesiones, el teniente de la gendarmeria les leyó la sentencia condenandolos á ser ejecutados jun-

Gran número que
pereció así.

tos. En vano esclamaron muchos, que se les habia equivocado con otros y que ellos no eran condenados. Se condujo este negocio con tal precipitacion, que dos comisarios de la prision fueron conducidos con sus cautivos, y sus gritos y sus reclamos se desoyeron de la misma manera. Al contar á los prisioneros mientras pasaban el puente de Monard descubrióse el error, y se puso en conocimiento de Collot d'Herbois que habia dos de mas. "¿Qué significa dijo él de que hay dos de mas? si mueren hoy no morirán mañana." Todos fueron llevados al sitio de la egecucion el cual era un prado cercano al granero de Part Dieu, en donde se les aseguró á una cuerda amarrada á los árboles colocandolos á trechos con las manos atadas á la espalda; al mismo tiempo, numerosos piquetes de soldados se habian dispuesto de manera que pudiesen destruirlos á todos de una vez. A una señal dada se hicieron las descargas pero murieron muy pocos, la mayor parte de ellos solo tuvieron algunos miembros rotos mientras que lanzando los gritos mas penetrantes, ó rompian ó se desataban en su agonía de la cuerda, siendo muertos por la gendarmeria en cuants intentaban fugarse. [1] Un gran número de los que sobrevivieron á la descarga, hicieron mas trabajosa esta obra de muerte, y muchos de los que aun respiraban al siguiente dia, eran recogidos y sus cuerpos cubiertos de cal arrojados en un sepulcro comun. Collot d'Herbois y Fouché pre-

[1] Guillon, II, 247. Lac. XI, 121.

senciaron aquella carniceria por medio de Telescopios dirigidos al lugar de la escena.

Todas las otras matanzas, que fueron muchas se efectuaron de la manera que hemos referido. Una de ellas fué ejecutada en un muelle y bajo las ventanas de la casa en que Fouché con treinta jacobinos y veinte cortesanas se encontraban en un banquete, levantandose de la mesa para gozar del espectáculo. Los cadáveres flotaban en tanto número abajo del Ródano, que las aguas se emponzoñaron y el peligro del contagio, obligó al fin á Collot d'Herbois á mandarlos sepultar. Durante cinco meses mas de seis mil personas perecieron á manos del verdugo, y mas del doble de aquel número fueron desterrados. Entre los que perecieron en el cadalso se encontraban las personas mas nobles y virtuosas de Lyon; en fin, todos los que se distinguian por su talento su generosidad, ó sus virtudes. El ingeniero Monard que recientemente habia construido sobre el Ródano el célebre puente que llevaba su nombre, fué uno de los primeros á quien condenaron á la muerte, habiendole seguido un generoso comerciante cuyo solo crimen consistia en haber dicho que daria quinientos mil francos, para reedificar el Hotel de Dieu, el mas hermoso monumento de la ciudad de Lyon. (1)

Todas estas espantosas atrocidades, no excitaron ningun sentimiento de piedad en la convencion. Mostrábanse deborados de un odio vergonzoso y llenos de envidia contra cualquiera

[1] Lac. XI, 121, 122. Guillon, II, 317, 427.

ciudad que queria oponerse al despotismo del populacho de Paris; así es que secretamente se regocijaban de encontrar una excusa para aniquilar la fortuna, el valor y la inteligencia que se levantaba con la prosperidad comercial de Lyon. "Las artes y el comercio, decia Hebenrt, son los enemigos mas grandes de la libertad. Paris debe ser el centro de la autoridad política no debe permitirse que exista ninguna comunidad que pretenda rivalizar con la capital. Barre anunciaba las egecuciones, á la convencion con las siguientes palabras," Los cadáveres de los rebeldes de Lyon que flotan abajo del Ródano, irán á decir á los infames ciudadanos de Tolon el destino que les espera." (1)

Las tropas empeñadas en el sitio de Lyon marcharon inmediatamente hácia aquella infeliz cindad; doce batallones del ejército de Italia se destinaron al mismo servicio, y muy pronto se reunieron cuarenta mil hombres bajo sus murallas: sin embargo, su bendicion presentaba grandes dificultades. [2]

La parte de Tolon que linda con la tierra, está defendida por una hilera de altos collados, en los cuales hace mas de un siglo que se habian erigido fortificaciones. Estos puestos aunque demasiado formidables para la fuerza que los ataque, no son menos peligrosos para los sitiados si llegan á caer en manos del enemigo; porque sus cañones pueden al-

(1) Lac. XI, 121. Guillon II, 307, 308.

(2) Toul. IV, 81.

canzar la mayor parte de la ciudad y el puerto. La montaña de Faron y la cima de Grasse son los principales puntos de su fila de collados de piedra, y de su posesion depende el mantenimiento de la plaza. [1]

Los ingleses poco despues de su desembarco, se apoderaron del desfiladero de Ollioulles, paso pedregoso de grande consecuencia, muy conocido de los viageros por su salvage prespectiva, y el cual forma la única comunicacion entre el promontorio de Tolon y el continente de Francia. Un destacamento ingles de seiscientos hombres habia desalojado á los republicanos de este importante punto; pero habiéndose confiado torpemente su defensa á tropas españolas, fueron atacadas á principios de Setiembre por Cartaux, con mas de cinco mil hombres y despues de una

Agosto 29. ligera resistencia se apoderó otra vez del paso. Considerando que su ocupacion requiera una gran parte de la guarnicion de la ciudad muy debilitada entonces, á causa de los numerosos destacamentos que habian colocado en las diferentes fortificaciones de la vecindad del puesto, nada hicieron para ganar otra vez aquel puerto, y los republicanos pudieron molestar las fortificaciones exteriores de Tolon. Como una recompensa de este importante servicio, la convencion privó á Cartaux del mando, confiriéndose á Dugommier la direccion de las fuerzas sitiadoras. (2)

(1) Ann. Reg. XXXIII, 445. Guillon, II, 317. Toul. IV, 81.

(2) Toul. IV, 81. Jom. IV, 215. Th. IV, 51.

Las tropas aliadas y los habitantes de Tolon hicieron los mayores esfuerzos, ^{Los aliados se reunen para su defensa.} durante el intervalo ocasionado por el sitio de Lyon para fortificar los lugares defensivos de la ciudad; pero las tropas veteranas eran muy pocas y compuestas ademas de materiales etereogéneos, para que pudiesen inspirar una séria confianza en sus medios de resistencia. Las tropas inglesas no escedian de cinco mil hombres, y por lo demas, muy poca confianza podia colocarse en la confusa multitud de ocho mil soldados españoles, napolitanos y piamonteses, que componian el resto de la guarnicion. Las peranzas de los habitantes consistian principalmente en los refuerzos poderosos prometidos por la Inglaterra y Austria; pero sus esperanzas en ambos poderes fueron miserablemente equivocadas. Sin embargo. hicieron los mayores esfuerzos para fortificar la plaza, empenándose particularmente en hacer inexpugnable el fuerte de Eguillette, colocado á la estremidad del promontorio que cierra la boca del puerto, y el cual por su semejanza con la gran fortaleza del mismo nombre, la llaman el pequeño Gibraltar. (1)

A principios de Setiembre llegó Lord Mulgrave y tomó el mando de toda la guarnicion, comenzandose inmediatamente los trabajos mas activos á fin de fortificar las obras exteriores que se hallaban en la fila de collados detras de la ciudad. (2) Las alturas de Malbousquet, Cabo

(1) Th. VI, 52. Ann. Reg. XXXIII, 415.

(2) Ann. Reg. XXXIII, 415.

Bruno y la Eguillete, se cubrieron muy pronto de fortificación trazadas por ingenieros franceses.

Apenas había tomado el mando el general Dugommier y se había reunido todo el ejército sitiador; cuando se resolvió emprender un ataque contra los fuertes de los collados que cubrían el puerto; con este objeto, mientras que se hacia un falso ataque contra Cabo Bruno, se dirigió el principal esfuerzo á fin de posesionarse de la Montaña de Faron y del fuerte de Malbousquet. Colocóse para este objeto la artillería de sitio bajo la dirección de un joven oficial destinado á obscurecer la gloria de todos sus predecesores en la historia Europea, era Napoleón Bonaparte. Bajo su hábil dirección comenzaron á injuriar seriamente las obras de la fortaleza, por lo cual la guarnición resolvió hacer una salida. [1]

El 30 de Noviembre, tres mil hombres de la ciudad hicieron una salida con el objeto de destruir las fortificaciones de las alturas de Arennes de las cuales se experimentaban mayores daños, mientras que otra columna casi de la misma fuerza que salió en otra dirección, estaba destinada á forzar las baterías de la garganta de Oullioulles y destruir al mismo tiempo el gran parque colocado allí. Ambos ataques salieron al principio perfectamente bien; las baterías fueron tomadas y el parque estaba á punto de tomarse

Progresos del sitio.
Noviembre 30.

(1) Jom. IV, 219, 220.

igualmente, cuando Dugommier avanzando á sus tropas, las condujo á la carga y logró rechazar á los vencedores. En la parte de Arennes la salida fué igualmente afortunada, tomáronse todas las obras del enemigo y clavaron sus cañones; pero dejándose llevar el destacamento de un ardor excesivo, persiguió demasiado lejos al enemigo, siendo á causa de esto atacado á su vez por tropas de refresco conducidas por Napoleón, y rechazado hasta la ciudad con pérdida considerable. El general O'Hara que recientemente había llegado de Inglaterra, fué herido en este ataque, y Dugommier fué maltratado dos veces por balas frías, pero sin experimentar ningún daño de consideración [1].

Toda la fuerza de los sitiadores se dirigió entonces contra el reducto inglés levantado en el centro de las fortificaciones, sobre la garganta de Eguillete, considerada como la llave de la defensa en aquella parte. El fuego de los sitiadores despues de batir por mucho tiempo á las fortalezas, llegó casi á hacerse incesante en todo el día del 16 de Diciembre; y á las dos de la mañana del 17, los republicanos avanzaron al asalto. Un fuego terrible de metralla y mosquetería los recibió desde las fortificaciones, llenándose muy pronto el foso de muertos y heridos. La columna fué rechazada, y Dugommier que la mandaba, lo había ya dado todo por perdido; pero tropas des-

(1) Ann. Reg. 1793, 114. Jom. IV, 220. Toul IV, 85. Th. VI, 55, 56. Nap. I, 19, 5.

cansadas avanzaban continuamente con grande intrepidez; al fin los españoles á quienes se habia encomendado una parte de la línea, fueron vencidos al mismo tiempo que se rodeó el destacamento inglés, del cual habian caido casi trescientos hombres mientras defendian los atrincheramientos. Una vez posesionado el enemigo de este fuerte, el mantenimiento de las fortificaciones exteriores era de todo punto impracticable, así es que, durante la noche, las tropas aliadas se retiraron del promontorio á la ciudad de Tolon (1). Napoleon habia recomendado fuertemente esta medida, pues la posesion de aquel fuerte que dominaba el interior del puerto, pondria en gran peligro á la flota y de este modo les haria probablemente desocupar la ciudad.

Mientras que se ganaba este importante triunfo en la parte de Euguillete, no fueron los republicanos menos afortunados en la otra estremidad de la línea. Antes de romper el día y

poco despues que el fuego habia cesado en el promontorio, emprendió el enemigo un ataque general contra todos los puestos que coronaban la montaña de Faron. Los republicanos fueron rechazados en la parte oriental, pero hácia el Norte, en la parte que se elevaba el monte á mil ochocientos pies de altura, cortado, pedregoso y aparentemente inaccesible, lograron acender-

(1) Jom. IV, 223. Toul. IV, 87. Ann. Reg. 1793, 415. Th. VI, 5657. Nap. I, 14, 22, 23.

lo por sendas que parecian impracticables. Apenas habian empezado los aliados á lisongearse con la derrota de lo que habian creído el ataque principal, cuando observaron las alturas que se levantaban sobre ellos coronadas de grandes batallones, al mismo tiempo que flameaba la bandera tricolor desde la cima mas alta de la montaña (1).

Estos triunfos proyectados por el génio de Napoleon, decidieron del destino de la plaza. Aunque es verdad que la guarnicion consistia en mas de diez mil hombres, y aunque las mismas obras de la ciudad estaban intactas, el puesto sin embargo era incapaz de defensa, pues los tiros de las alturas de Faron y del fuerte de Euguillete, dominaban toda su estension. Solo Sir Samuel Hood insistió ardientemente en que se hiciese un esfuerzo inmediato, para ganar de nuevo las fortificaciones exteriores; pero su consejo fué desechado por los otros oficiales y en consecuencia resolvióse desocupar la plaza [2]

Inmediatamente se tomaron medidas para llevar á efecto esta determinacion. Los fuertes exteriores que aun quedaban en poder de los aliados se abandonaron todos, y se informó á los principales habitantes, de que se les proporcionaria los medios de retirarse á bordo de los buques

(1) Ann. Reg. XXXIII, 415. Jom. IV, 223. Toul. IV, 88.

(2) Nap. I, 14. Ann. Reg. 1793, 415.

ingleses, al mismo tiempo que la flota se ponía fuera del alcance del fuego enemigo. Empero con una guarnición compuesta de naciones tan diferentes siguióse necesariamente una terrible confusión. Los napolitanos en particular abandonaron sus puestos y corrieron á bordo de sus buques con tanta premura, que fueron el ridículo de la guarnición entera (1).

Desesperacion de los habitantes. Pero los desgraciados habitantes consideraban con sentimiento muy diferente, el modo precipitado con que se desocupaba su ciudad. Miraban ellos el triunfo de los republicanos como el precursor de la confiscación, del destierro, de la muerte y del reinado de la guillotina. Observaban con ansiosos ojos el embarque de los ingleses enfermos y heridos en la mañana del 18, y cuando no pudo ocultarse por mas tiempo la fatal verdad de que estaban á punto de ser abandonados, la desesperación y la angustia se apoderaron de todos los corazones. Las calles presentaron muy pronto el estado de una espantosa confusión. Al ver los jacobinos que muchos grupos de mugeres y niños se atropellaban á los muelles, comenzaron á incendiar algunas casas, y al instante las orillas del puerto se llenaron de una multitud desgraciada, que en el nombre de las cosas mas sagradas pedía que las salvaran de sus implacables enemigos. Tomáronse entonces sobre la marcha á bordo de los

(1) Ann. Reg. XXXIII p. 417. Jom. IV, 254. Th. IV, 57. Toul. IV, 88. James, I, 110, 115.

buques destinados para transporte á los infelices fugitivos; operación de no pequeño trabajo y dificultad por que su número pasaba de catorce mil (1).

Incendio del arsenal y la Flota. Resolvióse en consejo, que toda la flota francesa que estuviese pronta para darse á la vela, saldría bajo las órdenes del almirante realista Trogoffe, y que se destruyese el resto con todos los almacenes. Este era un servicio de gran peligro, por que los republicanos acosaban muy de cerca á las fuerzas sitiadas que se retiraban, y sus tiros comenzaban ya á caer dentro del puerto. Sir Sidney Smith se ofreció voluntariamente á efectuar esta peligrosa empresa, y á media noche marchó al arsenal para comenzar la destrucción. Encontróse con que los galeotes, que ascendían á seis mil, la mayor parte sueltos, estaban prontos á disputarle su entrada en el arsenal; pero disponiendo una balandra inglesa de manera que sus cañones enfilasen el muelle, pudo sugetarlos, y al mismo tiempo detener á los jacobinos que en gran número y con ruidosos gritos se habían juntado al rededor de las palizadas exteriores. A las ocho remolcóse un brulote dentro del puerto, á las diez se aplicó la antorcha y las llamas se levantaron por todas partes. A pesar de la calma de la noche, el fuego se esparció con rapidez y alcanzó pronto á la flota: en corto intervalo quince buques de li-

(1) Ann. Reg. XXXIII, p. 416, 418. James's Naval History, I, 115. Th. VI, 59.

nea y ocho fragatas fueron consumidas y quemadas hasta el nivel del agua. Las vastas masas de humo que llenaban el firmamento; las llamas que se lanzaban cual si fuesen de lo profundo del mar subiendo hasta los cielos, la luz roja que iluminaba las mas distantes montañas, formaban, dice Napoleon, un espectáculo singular y sublime. [1] Hacia la media noche la fragata Iris, que contenia muchos barriles de pólvora, voló con una explosion terrible, y poco despues el brulote Montreal experimentó el mismo destino. Las ardientes cenizas que caian en todas direcciones, y la espantosa violencia de los estallidos, ahogaron por un momento los gritos de los soldados republicanos apiñados entonces en la orilla de la costa y que observaban con una cólera rabiosa los progresos irresistibles del incendio. (2)

Ningun language puede espresar la escena de los horrores que se siguieron, cuando las últimas columnas de las tropas aliadas comenzaron su embarque. Gritos, chillidos y lamentos se oian tan solo por todas partes, mientras que pasando aquellos frenéticos clamores á través del puerto, iban á anunciar al campo de los soldados republicanos, de que habia desaparecido la última esperanza de los realistas. Los restos desgraciados de aquellos que habian favorecido la cau-

[1] Nap. I, 25.

(2) Ann. Reg. XXXIII, 418. Jom. IV, 226. James, I, 117. Th. VI, 58, 59. Nap. I, 25, 56.

sa real, y que habian descuidado embarcarse de los primeros, corrían á la costa, é imploraban con lágrimas y ruegos el favor de sus amigos ingleses. Las madres estrechaban á sus tiernos hijos contra su corazón; los niños desamparados y los ancianos decrepitos, veíaseles alargando sus brazos hácia el puerto, estremeciéndose al ruido mas leve que oian tras ellos, y hasta se precipitaban á las olas, para libertarse de la muerte menos misericordiosa que les guardaban sus paisanos. Todos los que pudieron apoderarse de algun bote, se arrojaban en él con frenética vehemencia, y sin remos siquiera se apartaban de la costa, dirigiendo su insegura y peligrosa marcha hácia sus primeros protectores. Sir Sidney Smith, con una humanidad digna de su alto rango, suspendió su marcha, hasta que no quedó en el puerto ni un solo individuo que reclamase su socorro, no obstante que el número total que llevaba ascendia á catorce mil ochocientos setenta y siete. [1] La tibieza ó timidez de los oficiales españoles, á quienes se encomendó la destrucción de los navios, que estaban en la bahia frente á la ciudad, los preservaron del incendio y salvaron así para la República, un resto compuesto de siete buques de línea y once fragatas. Estos y los cinco buques de línea enviados al rededor de Rochefort al principio del sitio, fueron todos los que quedaron de treinta y un buques de línea y veinte fragatas que exis-

(1) Joubert's Memoirs. p. 75. Jom. II, 226. Ann. Reg. 1793. 418. Fonville, 84, 87, 112.

tian en Tolon cuando cayó en poder de los aliados. Tres buques de línea y otras tantas fragatas, se trajeron intactas aplicándose al servicio inglés. El número total de buques tomados y destruidos fueron diez y ocho de línea, nueve fragatas y once corbetas. [1] Los soldados franceses, observaron con una angustia inexplicable la destrucción de su flota; y todos los hombres pensadores previeron entonces, que la guerra que habia estallado entre los dos poderes rivales, no podia extinguirse sino por la destrucción de uno de ellos.

La tempestad que reventó sobre las cabezas de los desgraciados habitantes de Tolon, fué verdaderamente espantosa. Los soldados enfurecidos se precipitaron en la ciudad, y en su rabia mataron á doscientos jacobinos, que á su aproximacion habian salido á darles la bienvenida. Por el espacio de veinticuatro horas, los desgraciados habitantes fueron presa de la brutalidad de los soldados y galeotes, á quienes se habia soltado contra la ciudad, y solo se puso un dique á estos horrores mediante la enorme suma de cuatro millones de francos, por la cual se redimieron los habitantes. Debe añadirse en honor de Dugommier, que hizo cuanto pudo para enfrenar la violencia de los soldados y mitigar la severidad de la Convencion contra los cautivos. Muchos miles de ciudadanos de todos sexos y

(1) Jom. IV, 225, 226. James I, 117. Th. VI, 60. Ann. Reg. XXVIII, 420.

edades perecieron en pocas semanas por la espada ó por la guillotina. Durante mucho tiempo, se degollaban diariamente doscientas personas, y á fin de demoler los edificios de la ciudad se tomaron á sueldo por la Convencion dos mil trabajadores de los departamentos vecinos [1].

Empero nada pudo apiadar el corazón de aquel cuerpo inexorable. A propuesta de Barrere, decretóse que el nombre de Tolon se cambiaria en el de "Puerto de la Montaña," que las casas serian arrasadas hasta los cimientos, y no se dejaria otra cosa que los establecimientos navales y militares. Barras, Freron y Robespierre el menor, fueron escogidos para ejecutar la venganza de la Convencion en la ciudad rendida. Formáronse inmediatamente comisiones militares; se llenaron las prisiones, establecióse el tribunal revolucionario y pusieron la guillotina en permanente actividad. El modo inhumano empleado en Lyon para metrallar á los prisioneros, fué imitado con espantoso efecto. Ochocientas personas habian perecido en el corto espacio de unas cuantas semanas, número prodigioso para aquella ciudad que no escedia en aquella época de diez mil almas. Una de las víctimas fué un viejo mercader nombrado Hughes, de ochenta y cuatro años de edad, sordo y casi ciego, consistiendo su solo crimen en tener una fortuna de ochocientas mil libras esterlinas. Para salvar su vida ofreció toda su riqueza con

(1) Jom. IV, 226. Ann. XXXIII, 421. James I, 116, 117. Renvution, III, 336.

escepcion de quinientos mil francos; pero considerando el juez que la oferta no era admisible, envi6lo al cadalso y le confisc6 toda su riqueza. "Cuando observ6 la ejecucion de aquel anciano, decia Napoleon, crei que se acercaba el juicio final [1]. Entre los que fueron conducidos á una de las metralladas, estaba un viejo, el cual fu6 herido de consideracion aunque no de muerte; crey6ndole tal los ejecutores, retir6ronse del teatro de la carnicería: las personas que las sucedian para despojar á las victimas, pasaron por 6l en la oscuridad sin reconocerle tampoco, y tuvo bastante fuerza para levantarse del campo y emprender su fuga. Sus pies tropezaron con un cuerpo, el cual lanz6 un gemido, se detuvo y descubri6 que era su propio hijo. Despues que pasaron los primeros trasportes de gozo, se arrastraron á lo largo del campo, y favorecidos por la obscuridad de la noche y la embriaguez de los guardias, tuvieron la buena fortuna de escapar, y vivieron para referir una historia que habria pasado por ap6crifa, si la esperiencia no hubiese probado con ejemplos innumerables, que los horrores y vicisitudes de una revolucion exceden á cuanto pudiera fingir la imaginacion del novelista [2]."

Así termin6 esta memorable campaña, la mas notable en los anales de la Francia, y quizá en los del mundo entero. La República sali6 triunfante

Reflexiones generales sobre la campaña.

(1) Las Cases, I, 166.

(2) Ann. Reg. XXXIII, 421. Lac. XI, 189.

de un estado de peligros sin igual, del ataque de fuerzas que habrian sojuzgado á Luis XIV en todo el apogeo de su grandeza, y de convulsiones civiles que amenazaban desmembrar el Estado. Una rebelion destinada manifiestamente á arrancar de su dominio las opulentas ciudades del Sud de la Francia; una guerra civil que consumia el corazon de las provincias occidentales; una invasion que habia despedazado la barrera de hierro septentrional y conmovido la fuerza de las provincias orientales, todas ellas fueron aniquiladas. Los ingleses, derrotados, se retiraron de Tolon; los prusianos cruzaron el Rhin en des6rden; la corriente impetuosa de la conquista fu6 detenida y rechazada en el Norte, y el terrible valor de los vendeanos, sofocado para siempre.

La Convencion debió estas inmensas ventajas, á la energía de sus medidas, á la sabiduría de sus consejos y al entusiasmo de sus súbditos. En medio de las convulsiones de la sociedad, no era el crimen tan solo el que se habia apoderado de los negocios, tambien era el talento. Si la historia no tiene nada que se pueda comparar á las iniquidades que se cometieron, tampoco puede recordar muchos ejemplos de una resolucion tan indomable. La justicia imparcial requiere que se tribute esta alabanza al Comité de Seguridad Pública; si la crueldad de su administracion interior escedió al mas infame despotismo de los emperadores, la dignidad de su conducta en el exterior, rivalizó con los mas nobles ejemplos

del heroismo romano. Era evidente que los republicanos habian adquirido entonces en sabiduría una decidida preponderancia sobre sus enemigos. Esta era la consecuencia natural de la reñion de todos los talentos de la Francia, enrolados en el servicio militar, y en la carrera que se abrió al mérito, cualquiera que fuese su clase, para aspirar á las mas altas posiciones. El talento que se desplegó entonces en todas las filas desde el centinela al general, y el cual se sacaba de las minas inagotables de las clases medias, formó la base de un ejército mas inteligente, que cuantos se habian creado jamas en la moderna Europa; mientras que los inagotables refuerzos de hombres que producian las conscripciones elevó éste á un número desconocido con mucho, á cuanto se habia visto hasta entonces en el mundo.

La Convencion, despues de haber autorizado en la primavera una conscripcion de trescientos mil hombres, ordenó otra á principios de Agosto de un millon doscientos mil. Estos inmensos armamentos que jamas se habian intentado por un gobierno regular, se lograron poner en pie en el fervor de la revolucion, mediante la exaltacion de espíritu y la miseria que habia producido. La destruccion del comercio y la imposibilidad de encontrar ningun empleo pacífico aumentaron estos formidables ejércitos, que cual de un volcan inflamado salieron para destruir los estados vecinos; y de la estincion de todas las fuentes conocidas del crédito, sacó el gobierno recursos financieros, únicos en su ejemplo.

Como entonces era éste un nuevo elemento introducido por la primera vez en las contiendas políticas, todos los gobiernos de Europa se equivocaron en los medios para resistirlo. Sin cuidarse de la grandeza del poder que se ponía así en accion, esperaron ahogarlo con los esfuerzos moderados que tan bien habian provado en las primeras guerras. Efectivamente, mientras que la Francia, reforzaba sus ejércitos todos los dias, los aliados se contentaban tan solo en mantener sus contingentes, en su primer estado numérico así es que se asombraron cuando los ejércitos que estaban calculados para vencer á trescientos mil hombres no pudieron combatir con un millon. De aquí esa rápida série de triunfos que antes de la conclusion del año acompañó á las armas republicanas por todas partes, y la aclaracion del hecho que manifiesta, porque las fuerzas aliadas, que al principio se mostraron siempae superiores, antes del fin de la campaña eran inferiores en todas partes á sus enemigos.

Empero la Inglaterra mas que ningun otro poder esperiméntó en esta campaña los mas amargos resultados de la imprudente reduccion de la fuerza militar, que decretó á la conclusion de la guerra americana. ¿Qué podia hacerse contra la Francia en la energía de la revolucion con un ejército que no exedió primero á 30000 hombres? y sin embargo ¿cuantas oportunidades que jamás debian volver, no se presentaron entonces para alogar á la hidra en su cuna? Si en el sitio de Dunquerque se hubiesen añadido

treinta mil soldados ingleses al duque de York, se habria rendido al instante aquella importante fortaleza, y la marcha de los aliados habria paralizado todos los esfuerzos de la Convencion: si la misma fuerza se hubiese unido á los insurgentes de la Vendea, la bandera blanca habria marchado entonces hasta las Tullerías; Si por el contrario, se la hubiesen mandado á Tolon, se habria establecido á un tiempo el trono constitucional en todo el Sud de la Francia. ¡Qué de sumas sin cuento, que de esfuerzos gigantescos no se necesitaron para reconquistar aquel campo perdido! El estado de Napoleon en 1814 no fué tan desesperado como lo habria sido el de la República, si en aquel critico momento se hubiese añadido un esfuerzo de esta clase al ejército británico invasor.

Este sistema ruinoso de reducir las fuerzas, del país á la conclusion de las hostilidades, es la causa de casi todas las derrotas, que deslustran la reputacion de la Gran Bretaña, y de mas de la mitad de la deuda que reprime ahora su energía. Las causas que estorban á veces la marcha de una constitucion libre, ha sido perfectamente bosquejada por Dean Tucker, "El patriota y furioso anticortesano, comienza siempre con planes de frugalidad, siendo el zeloso sostenedor de las medidas económicas; grita ruidosamente contra el mas pequeño ejército parlamentario, no solo en razon de los peligros sino tambien de los gastos que ocasiona. Perseverando en estos laudables esfuerzos, estorba que

se levante un número de fuerzas terrestres y marítimas, necesarias para la comun seguridad del reino. El resultado es, que cuando estalla la guerra se levantan apresuradamente ejércitos medio formados y disciplinados tambien á medias, se ehan al mar escuadras medio tripuladas y con oficiales novicios en su carrera; la ignorancia, impericia y confusion son en tales casos inseparables por mucho tiempo: y los resultados necesarios de este modo de obrar son alguna derrota, alguna mancha deshonrosa tal vez, sobre las armas inglesas. La nacion entonces, hasta que se hace la paz, se empeña en gastos diez veces mas grandes, y tiene tambien que levantar fuerzas veinte veces mas numerosas que las que se necesitaban antes, y sin embargo, los planes de economía se presentan otra vez por un nuevo plantel de patriotas." [1] Imposible parece esperar que cesará en los tiempos pacíficos este grito popular por la economía costosa: porque apesar de la prueba reciente de sus ruinosos resultados al principio de la guerra de la revolucion, hemos visto abogar de nuevo ardentemente por la reduccion del noble ejército que condujo la guerra á un término tan glorioso. No parece sino que el triste destino de cada generacion, es instruirse por sus propias faltas y jamas por las de sus predecesores. Quizá es una ley de la naturaleza de que semejantes causas enerven, en tiempos dados, las fuerzas de los

(1) Tucher's Essays 1, 12.

estados libres, estorbando así el adelantamiento progresivo de su poder, el cual de otra manera podría sumir la emulacion de los reinos independientes bajo la sombra de un dominio universal.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ERRATA NOTABLE.

En la página 463, línea 18 que concluye con estas palabras, "la cual á nada condujo sino á que se dirigiesen inculpaciones mutuas," deben léerse en seguida estas líneas.

Dumouriez les hechó en cara el haber autorizado y permitido las estorciones y desordenes que habian causado semejante comosion en las provincias conquistadas, y ellos á su vez se vengaron acusándolo de alimentar designios subversivos contra la autoridad del pueblo. Esto concluyó de la manera siguiente. "General, le dijo Camus, os acusan de querer imitar á César si yo pudiese asegurarme de ello, obraria como Bruto y os daria de puñaladas en el corazon." "Querido, replicó él, ni yo soy César ni vos Bruto, y la amenaza que me habeis lanzado es un pasaporte para la inmortalidad [1]."

Dumouriez encontró al ejercito, el cual á pesar del destacamento de veinte mil hombres en Holanda, doce mil en Namur y cinco mil en otra direccion, aun ascendia á cuarenta y cinco mil hombres incluyendo cuatro mil quinientos de caballeria en el estado mas grande de desorganizacion, á cuya licen-

(1) Dum. IV, 67, 72.

cia republicana se había añadido la confusión de la derrota. Inmediatamente lo reorganizó de otro modo, y á fin de restaurar la confianza de los soldados, resolvió comenzar las operaciones ofensivas. A pocos días, la vanguardia francesa derrotó á los austriacos cerca de Tilemont, con pérdida de doce mil hombres, acontecimiento que restauró al momento la confianza á todo el ejército, y confirmó á Dumouriez en su resolución de arresgar una acción general [1].

Los austriacos tenían nueve mil hombres de los cuales, nueve mil consistían en caballería apostada cerca de Tilemont. Resolvieron aceptar el combate, para lo cual colocaron sus fuerzas á lo largo de una línea como de dos leguas de estension cerca de la aldea de NERWINDE. La izquierda mandada por el archiduque Carlos fué colocada á través de la calzada que conducía á Tilemont; la derecha á las órdenes de Clairfait se estendía hácia Landau, y el centro dispuesto en dos líneas estaba colocado á las órdenes del general Colloredo y el príncipe de Wirtemberg. En la otra parte, el ejército francés estaba dividido en ocho columnas, tres de las cuales al mando de Valencia estaban

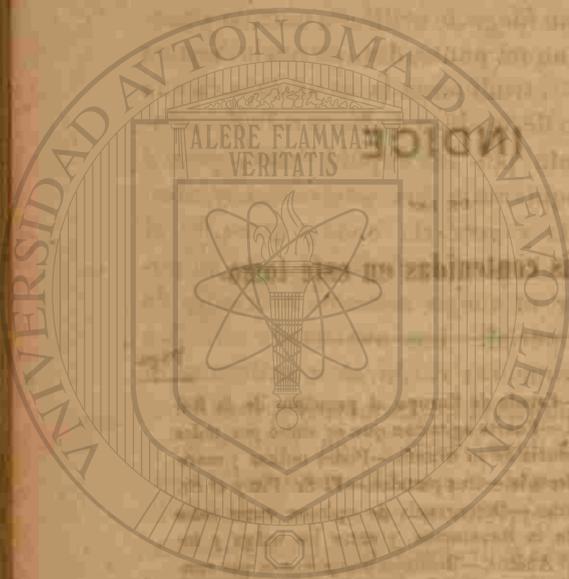
Marzo 18.

destinadas á atacar la derecha, dos dirigidas por el duque de Chartres á forzar el centro, y tres al mando de Miranda á oprimir la izquierda. La acción comenzó por un ataque contra la izquierda de los austriacos, dirigida

[1] Dum, IV, 74. 80, 81.

por las tropas de Miranda, las cuales avanzaron en espesas, calumnas y al primer choque lograron tomar las aldeas inmediatas que estaban en frente de su posición; pero habiendo dirigido los austriacos un fuego de artillería nutrido y concentrado sobre aquel punto, detuvieron la marcha de las masas é introdujeron la confusión en sus filas. El centro de la aldea de Nerwinde fué ocupado entre tanto por los republicanos, pero á poco la reconquistaron los austriacos y después de tomarla y perderla unos y otros fué al último desocupada por los franceses que no pudieron sostener el fuego severo é incesante de la artillería imperial. Los austriacos con dos columnas de corazeros cargaron inmediatamente contra la infantería de Dumouriez, quien había colocado su línea como á cien yardas á retaguardia de la aldea; pero fueron primero detenidos por el terrible fuego de metralla de la artillería francesa y después de un severo combate rechazados por la caballería republicana. La acción cesó entonces en la derecha y en el centro pero en la izquierda había tomado un aspecto muy diferente.

Derrota de los franceses.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



INDICE

DE LAS

Materias contenidas en este tomo.

Págs.

CAPÍTULO VII.—Estado de Europa al principio de la Revolución francesa.—Fuerte agitación que se sintió por todas partes á consecuencia de su triunfo.—Poder militar y marítimo de la Gran Bretaña.—Sus partidos.—El Sr. Pitt y el Sr. Fox.—El Sr. Burke.—Divergencia de opinion entre estos orifeos acerca de la Revolución, y entre los whigs y toria.—Situación del Austria.—Recursos militares con que contaba el emperador en sus dominios.—Países Bajos austríacos.—Destrucción de las fortalezas limítrofes, por el emperador José.—Estado militar de Rusia y Prusia.—Ejército.—Cosacos.—Polonia.—Suecia.—Dominios de la Puerta Otomana.—Italia y Piamonte.—España y Portugal.—Holanda.—Suiza.—Francia.—Estado social de la Europa en este periodo.—Diferencia que habia entre los Estados del Norte y Mediodía respecto de valor militar.—Estado interior de la Francia cuando las hostilidades se rompieron.—Negociaciones diplomáticas de las potencias europeas antes que diese principio la lucha.—Estado que guardaba la guerra en Turquía, su conclusion, y cómo se fueron estinguendopor grados la desconfianza y las desavenencias.—Lenguage amenazador con que se dirigió la Francia á las demas potencias.—Tratado de Manqua.—Manifiesto de Pimry.—Cómo no obraron con arreglo á él los aliados.—Cómo el partido revoluciona-

rio de Francia se manifestó resuelto á llevar á cabo la guerra.—Declaraciones de los girondinos en pró de la guerra.—Recíprocas inculpaciones que terminan con el rompimiento de las hostilidades.—Rigurosa neutralidad en que se conserva la Gran Bretaña.—Hace cesar esta neutralidad la rebelion del 10 de Agosto.—Sistema de Propaganda que emplea la Francia.—Declara la guerra á todas las naciones que no adopten sus principios de gobierno.—Llenan de inquietud estos actos á la Gran Bretaña.—Hace preparativos para la guerra.—La declara á la Francia.—Reflexiones generales con relacion á estos sucesos.

CAPITULO VIII.—CAMPANA DE 1792.—Estado de los ejérci-

tos franceses á los principios de la guerra.—El que guardaban los de los aliados.—Invasion de los franceses en los Países Bajos.—Derrota de los invasores.—Consternacion de los habitantes de Paris á consecuencia de esta derrota.—Reúnense en el Rhin los ejércitos aliados.—El duque de Brunswick invade á la Francia.—Su línea de avance.—Rendicion de Longwy y de Verdun.—Movimientos de Dumouriez.—Descripcion de la selva de Argona.—Dumouriez toma los caminos por donde se atraviesa, antes que los prusos.—Lento movimiento de los aliados.—Clairfayt fuerza uno de los caminos.—Replégase Dumouriez á Santa Menehulda.—Derrota de una parte del ejército francés al operar su retirada.—Sitúanse los franceses en Santa Menehulda.—Reunense allí sus ejércitos.—Consternacion en Paris y en la retaguardia de las fuerzas francesas.—Cañoneo sobre Valmy.—Retienen su posicion los franceses.—Conflicto de los aliados, se resuelven á retirarse.—Diversos motivos que hubo para esto.—Terror que se difunde en Paris.—Conferencias que se entablan para la retirada de los aliados.—Comienzan á operar su retirada y regresan al Rhin.—Operaciones en Flandes.—Bombardeo de Lila.—Se levanta el sitio.—Movimientos en el alto Rhin.—Toma de Maguncia por Custine.—Planes para la invasion de Flandes.—La comienza Dumouriez.—Batalla de Jemappes.—Lento avance de Dumouriez.—Conquista de Flandes.—Dezconfianza que se suscita contra Dumouriez en Paris.—Avance de los republicanos sobre el Escalda y el Mosa.—Toma de Antuerpe, de Lieja y de Namur.—Dumouriez pone á su ejército en cuarteles de invierno.—Violento decreto de la Convencion, y grandes cambios revolucionarios en la Bélgica.—Cruel epresion que ejercen los franceses sobre

el pueblo de Flandes.—Rómpanse las hostilidades contra el Piamonte.—Conquista de la Saboya y de Niza.—Amagos de invasion sobre la Suiza.—Se difiere.—Medidas para difundir las ideas revolucionarias en Saboya y Niza.—Se las incorpora á la Francia.—Conclusion de la campaña sobre el alto Rhin.—Infructuosas operaciones de los republicanos: vuelven á atravesar el Rhin.—Resultados inmensos de esta campaña.—Conducta precipitada de los aliados.—Funestas consecuencias que produjo la falta de vigor de éstos á los principios.—Gran peligro que corrió la Francia en aquella época.—Reflexiones generales sobre la campaña.

CAPITULO IX.—REPUBLICA FRANCESA.—DESDE LA DECAPITACION DEL REY HASTA LA CAIDA DE LOS GIRONDINOS.—

Dolor y consternacion general que se difunden con motivo de la muerte de Luis.—Ocasiona la irreparable ruina de los girondinos.—Retirase Roland del ministerio del interior y sucedele Garat.—Guerra con la Gran Bretaña, la España y la Holanda.—Prodigioso efecto que produce este acontecimiento.—Su efecto perjudicial á la causa del partido del rey y de la constitucion.—Plan que adoptan los jacobinos para resistir á los aliados.—Ereccion del tribunal revolucionario.—Grande miseria en Paris.—Peticiones que dirige el pueblo para que se establezca una ley de maximum.—Designios de Dumouriez.—Se resuelve á establecer la monarquía.—Frústrase su proyecto y huye.—Contiendas entre girondinos y jacobinos.—Traman los jacobinos una conspiracion, y se les malogra.—Estalla la guerra en la Vendea.—Medidas vigorosas de la Convencion.—Es denunciado Dumouriez, y se nombran los miembros para la comision de salvacion pública.—Los girondinos y el centro envian á Marat al tribunal revolucionario.—Violenta agitacion que se suscita para impedirlo.—Queda absuelto.—Energica proposicion de Guadet.—Insurreccion general contra los Girondinos y la Convencion.—Desesperada lucha en la asamblea.—Dictámen de Garat declarando á Paris en estado de tranquilidad.—Repítase la insurreccion el 31 de Mayo.—Inmensa fuerza que se organiza en los suburbios.—Rodean á la Convencion y la asaltan.—Vehemente debate que se sostiene en su recinto.—Intentan los diputados evacuar la cámara: pero los repelen hácia adentro las turbas armadas del pueblo.—Los treinta caudillos de la Gironda son entregados y se les arresta.—Muchos se fugan á las provincias.—Se les juzga y sentencia.—Su he-

róica muerte.—Juicio de Madama Roland y su muerte.—Noble conducta que despliega.—Muerte de Mr. Roland.—Reflexiones sobre la caída de los girondinos, , , , , , 237

CAPITULO X.—REINADO DEL TERROR.—DESDE LA CAIDA DE LOS GIRONDINOS HASTA LA MUERTE DE DANTON.—Organizan nuevo gobierno los jacobinos.—Vastos poderes que se confieren á la junta de Seguridad Pública.—Situacion de las provincias.—Situacion de Lyon, de Burdeos y de Marsella.—Coalicion general que forman contra la Convencion los departamentos.—Medidas que se toman para contrariarla; su disolucion.—Facultades inmensas de la enunciada junta.—Ley contra las personas sospechosas.—Formacion de juntas revolucionarias en toda la estension de la Francia.—Inmenso número de estas juntas que se organizan, y grandes desembolsos que ocasionan.—Se establece una nueva era, y se suprimen los domingos.—Carlota Corday.—Su carácter.—Se resuelve á dar muerte á Marat.—Lo ejecuta.—Su proceso y muerte.—Apotósis de Marat.—Arresto de 73 miembros de la Convencion.—Situacion de María Antonieta.—Cruel trato que se daba al delfín, y su muerte.—Proceso de la reina.—Conducta heroica que despliega y su decapitacion.—Su carácter.—Violacion de los sepulcros de San Dionisio.—Destruccion de monumentos que se opera en toda la estension de la Francia.—La municipalidad abjura el cristianismo.—Introdúcese en la Convencion á la diosa de la Razon.—Se cambia el nombre de la catedral de Nuestra Señora en el de Templo de la Razon.—Abjuracion universal que se hace de la Religion, y clausura de las iglesias.—Disolucion general y desenfadada que se introduce en las costumbres.—Confiscacion de los bienes de los hospicios y de los pobres.—Prision y muerte de Bailly, de Bernave, de Condorcet y de Custine.—Proceso y decapitacion del duque de Orleans.—Desprestigio de los Dantonistas, y autoridad suprema que adquiere la municipalidad.—Publicacion del Viejo Franciscano.—Esfuerzos de Danton para enagenar á Robespierre del cabildo.—Convenio secreto entre Robespierre y el cabildo, por el cual queda Danton abandonado al segundo, y Hebert Chaumette al primero.—Espocion de los proyectos de la Convencion.—Proscripcion de los monarquistas.—Infamia con que se les da muerte.—Rompimiento entre Danton y Robespierre.—Prision del primero y de Camilo Desmoulins.—Violenta agitacion en la asamblea.—Juicio y decapitacion de

Danton y de Desmoulins.—Irresistible poder de Robespierre.—Reflexiones generales acerca de la sucesiva destruccion de los Revolucionarios. 324

CAPITULO XI.—CAMPAÑA DE 1793.—PARTE I.—DESDE LA APERTURA DE LA CAMPAÑA, HASTA QUE SE FORZÓ EL CAMPO DE CÉSAR.—Gran divergencia de opinion en la Gran Bretaña acerca de la revolucion francesa.—Argumentos que se presentaron en el pais en pro y en contra de la guerra.—Argumentos presentados sobre el mismo particular en el parlamento.—Verdaderos motivos que ocasionaron que se emprendiese.—Reforma parlamentaria.—Argumentos que se emplearon para sostener la mocion relativa, y los que se hicieron valer en contra.—Es reprobada la mocion en la cámara de Comunes.—Decreto acordado contra los que llevasen correspondencia con el enemigo, y persecucion que se entabla contra los sediciosos y traidores.—Preparativos para la guerra que hacen la Gran Bretaña y los aliados.—Efecto que produce en San Petersburgo la muerte de Luis.—Tratado entre la Inglaterra y la Rusia, y con la Cerdeña, la Prusia, el emperador, Nápoles y España.—Miras secretas de la Rusia.—Disencion entre los prusos y los austriacos.—Fuerzas de ambas partes.—Estado miserable que guardaban los ejércitos franceses.—El príncipe Coburgo, generalísimo.—Vastos esfuerzos de la Francia.—Designios de Dumouriez y de los generales aliados.—El archiduque Carlos se incorpora al ejército.—Repetidas derrotas que sufren los republicanos.—Grande sensacion que producen en Flandes.—Esfuerzos de Dumouriez.—Batalla de Nervinda.—Derrota de los franceses.—Desorganizacion de su ejército.—Retirada de Dumouriez.—Conferencias con el príncipe Coburgo.—Se frustra su objeto y se fuga.—Los aliados se posesionan de Flandes y de Austria.—Se frustran en el Rbin los proyectos del Austria.—Sitio de Maguncia.—Se ataca á las fuerzas sitiadoras sin buen éxito.—Rendicion de Maguncia.—Fórmase un congreso en Antuerpia con el fin de organizar un plan de campaña.—Los republicanos tienen que replegarse á Farnars.—Toma del campo de este nombre.—Ataque sobre Valenciennes y Condé.—Sitio del primer punto y bloqueo del segundo.—Ambos se riuden.—Custine, con el ejército de Flandes, se refugia á campamentos atrincherados.—Derrota que sufre en el campo de César.—Desesperada situacion en que se hallaban los franceses.—Reflexiones generales sobre estos su-

cesos, y sobre la facilidad con que habrían podido posesionarse de la Francia los aliados si hubiesen obrado de acuerdo.—Efecto perjudicial que produjo el paso que dió la Inglaterra sobre haber reducido sus fuerzas. 414

CAPITULO XII.—GUERRA EN LA VENDEA.—Origen de la resistencia religiosa en la Vendea á la Revolución.—Carácter y aspecto del país.—El Bocage; su aspecto peculiar.—Costumbres de los habitantes y de los propietarios.—Fuertes sentimientos religiosos del pueblo.—Descontentos excitados por la primera severidad desplegada contra los sacerdotes.—Conspiración anticipada en Bretaña y frústranse las tentativas de insurrección.—La conscripción de trescientos mil hombres ocasiona una insurrección en todo el país.—Cincuenta mil hombres se ponen al momento sobre las armas.—Se nombran caudillos.—Se les une Enrique de Larrochejaquelein.—Primeras desgracias y grande actividad en el país.—Fuertes levas de los paisanos.—Valor entusiasta de éstos; pero á pesar de sus triunfos, rehusan permanecer en sus banderas.—Su modo de dar órdenes en medio de la batalla.—Su humanidad hasta que fué agotada por los republicanos.—Carácter de Bouchamps.—De Cathelineau.—De Enrique de Larrochejaquelein.—De M. de Lescure.—De D'Elbée.—Steffle y Charrette.—Las fuerzas que mandaban severamente.—Órdenes salvajes de la Convención para extinguir la insurrección.—Derrota de los republicanos en Touvars.—Ataque de Chatagnenic en Fontenay.—El obispo de Agra.—Grave resultado producido por aquel incidente.—Victoria ganada contra los republicanos en Fontenay.—Repetidos triunfos de los realistas.—Gran victoria de éstos en Saumur.—Cathelineau nombrado general en jefe.—Los realistas derrotados en su ataque contra Nantes.—Muerte de Cathelineau.—D'Elbée es elegido generalísimo.—Se invade el Bocage por todas partes.—Llegada de la guarnición á Maguncia.—Hábiles proyectos de Bouchamps; pero se desechan.—Derrota de los republicanos en Torfou.—Derrota del general Rosignol y de los republicanos en Conen.—Derrota general de la invasión republicana.—Vigorousos esfuerzos del gobierno en Paris.—Ruinosas divisiones entre los realistas.—Nueva invasión de los republicanos.—Los realistas derrotados y M. de Lescure mortalmente herido.—Situación desesperada de los realistas.—Los realistas derrotados en la batalla de Challet, y D'Elbée y Bouchamps mortalmente heridos.—Huma-

ndad de Bouchamps con cinco mil prisioneros republicanos.—Crueldad atroz de los republicanos.—Terrible paso del Loira.—Los realistas entran en Bretaña.—Batalla del castillo de Couthier ganada por ellos.—Desesperada situación de los republicanos despues de su derrota.—Muerte de M. de Lescure.—Ataque contra Granville.—Los realistas son rechazados.—Su retirada hácia el Loira.—Derrotan á los republicanos en Panterson y en Dol.—Sus grandes dificultades á pesar de estas victorias.—Los realistas son rechazados hasta Angers.—Derrotados con gran pérdida en Mons.—Su estado desesperado.—Conducta heroica de Enrique de Larrochejaquelein.—Ultimo viaje á Savenay.—Movimientos tardios de los ingleses para sostener á los insurgentes.—Operaciones de Charrette.—Muerte de Larrochejaquelein, y del príncipe de Talbot.—Inauditas crueldades de los republicanos.—Thureau y las columnas infernales.—Ejecuciones en Nantes.—Compañía de Marat.—Carrier.—Matrimonios y bautismos republicanos.—Espantosas escenas en las prisiones.—Aventura de Agata de Larrochejaquelein y Madama Bouchamps.—Crueldad de los tenderos en las ciudades.—Heroica benevolencia del pisanage del país.—Reflexiones sobre los triunfos extraordinarios de los vendeanos, y causas de sus desastres.—La guerra de la Vendea compromete finalmente á la revolución contra la religión. 498

CAPITULO XIII.—CAMPAÑA DE 1793.—PARTE II.—DESDE LA DERROTA DEL CAMPO DE CESAR HASTA LA CONCLUSION DE LA CAMPAÑA.—Sistema de Carnot para la prosecución de la guerra.—Es secundado por los mismos resultados de la revolución.—Medidas vigorosas del gobierno.—Sus esfuerzos á fin de levantar toda la nación.—Se ordena y lleva á efecto la gran conscripción de 1.200.000 hombres.—Carnot nombrado ministro de guerra.—Su carácter.—Retiro de Kaunitz en Viena.—Nombramiento de Thugut.—Su carácter y primeras medidas.—Primeras divisiones entre Prusia y Austria.—Aprobación de la ley marítima por los aliados.—Política absurda de las potencias aliadas.—Insisten los ingleses en dividir el ejército.—Ruinosas consecuencias de esta medida.—Los ingleses marchan á Dunquerque y los imperiales á Quesnoy.—Quesnoy se rinde, pero los franceses hacen levantar el sitio de Dunquerque.—Malas consecuencias de este desastre.—Los republicanos no prosiguen su triunfo con energía, y Houelhard es arrestado.—Maubenge sitiado.—Jourdan toma

el mando del ejército.—Firme conducta de la Convencion.—Acérrase Jourdan para levantar el sitio.—Batalla de Watignies.—Retirada de los aliados y se levanta el sitio.—Conclusion de la campaña en Flandes.—Ambos ejércitos se retiran á cuarteles de invierno.—Pichegnu es nombrado para el mando del ejército republicano.—Campaña en el Rhin.—Decidia de los prusianos.—Los franceses son derrotados en Pirmasenz, y sus líneas atacadas en Wissemburg con una derrota completa.—Los ningunos resultados que ésta produce.—Toma del fuerte Vauban, y los aliados bloquean á Landau.—Cruel venganza de los franceses en Alsacia.—Division entre los franceses y austriacos.—Hébilles medidas de los franceses: arrojan á los aliados sobre el Rhin y levantan el bloqueo de Landau.—Campaña en la frontera de España, en el Bidasoa y en los Pirineos orientales.—Los españoles invaden el Rosellon.—Derrota de estos.—Batalla de Truellas, y derrota de los franceses.—Segunda derrota de los mismos, quienes se replegan á Perpignan.—Campaña en los Alpes marítimos.—Débil irrupcion del Piamonte por el lado de Chambery.—Grandes descontentos en el Sur de la Francia.—Aborta la insurreccion en Marsella.—Revolucion de Tolon, la cual abre sus puertas á los ingleses.—Insurreccion y sitio de Lyon.—Grandes esfuerzos de los republicanos á fin de someterle.—Bombardeo de la ciudad, y crueldad de los sitiadores.—Espantosos sufrimientos de los habitantes.—Sus esfuerzos heroicos.—Precy se abre camino por entre el ejército sitiador.—Capitulacion de la ciudad.—Sanguinarias medidas de la Convencion contra los habitantes.—Procedimientos de Collet d'Herbois.—Su atroz crueldad.—Terribles medidas del tribunal revolucionario en aquella ciudad.—Los prisioneros son ametrallados.—Número inmenso de los que perecieron así.—Sitio de Tolon.—Se reúnen los aliados para defenderlo.—Progresos del sitio.—Medidas decisivas de Napoleon.—Toma de las fortificaciones exteriores.—Desesperacion de los habitantes.—Incendio del arsenal y la flota.—Horrores al desocupar la plaza.—Crueldad espantosa de los republicanos.—Reflexiones generales sobre el resultado de la campaña. 625



